

NÚMERO 34 - AÑO XVII, 2.2020 ISSN 1885 - 2718

REVISTA DE

Historiografía

PUBLICACIÓN SEMESTRAL PVP: 23 EUROS

RevHISTO



KOSELLECK Y LA CONFIGURACIÓN
DEL MUNDO MODERNO

ANTONIO GÓMEZ RAMOS Y MANUEL OROZCO PÉREZ (Eds.)

DIRECTORES

Jaime Alvar Ezquerro
(Universidad Carlos III de Madrid)

Mirella Romero Recio
(Universidad Carlos III de Madrid)

SECRETARIA

Laura Branciforte
(Universidad Carlos III de Madrid)

VICESECRETARIO

José Carlos López Gómez
(Universidad Carlos III de Madrid)

CONSEJO DE REDACCIÓN

Laura Branciforte (Universidad Carlos III de Madrid),
Jacobo García Álvarez (Universidad Carlos III de Madrid),
Montserrat Huguet (Universidad Carlos III de Madrid),
Ricardo de Molino (Universidad Externado de Colombia),
Gloria Mora (Universidad Autónoma de Madrid), José Luis de
la Nuez (Universidad Carlos III de Madrid), Álvaro Ribagorda
(Universidad Carlos III de Madrid), Carolina Rodríguez López
(Universidad Complutense de Madrid)

COMITÉ CIENTÍFICO

Carmine Ampolo (Università di Pisa, Italia), Jean-François
Brotel (Université de Rennes 2, Francia), Paolo Desideri
(Università di Firenze, Italia), Sotera Fornaro (Università di
Sassari, Italia), Patrizia Gabrielli (Università di Siena, Italia),
Fernando Gómez Redondo (Universidad de Alcalá de Henares),
Antonio Gonzales (Université de Franche-Comté), Chantal Grell
(Université Saint Quentin-Versailles, Francia), Elena Hernández
Sandoica (Universidad Complutense de Madrid), Eduardo
Manzano (Consejo Superior de Investigaciones Científicas -
CSIC), Ignacio Peiró Martín (Universidad de Zaragoza), Juan
Sisinio Pérez Garzón (Universidad de Castilla-La Mancha),
José Luis Peset (Consejo Superior de Investigaciones Científicas
- CSIC), Susanne Rau (Universität Erfurt), Aurelia Vargas
Valencia (Universidad Nacional Autónoma de México).

EDICIÓN DIGITAL

www.uc3m.es/revhisto
EISSN 2445-0057

ISSN 1885-2718

DEPÓSITO LEGAL M-39203-2005

REVISTA SEMESTRAL

REDACCIÓN

Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja
Universidad Carlos III de Madrid -Edificio Concepción Arenal
(14.2.10) - C/ Madrid, 126 – 28903 Getafe, Madrid
revhisto@uc3m.es

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Syntagmas (www.syntagmas.com)

EDITA

Dykinson, S. L. (www.dykinson.com)

REVISTA EDITADA POR

uc3m | Universidad Carlos III de Madrid
Instituto Julio Caro Baroja

Revista de Historiografía (RevHisto) es una publicación científica semestral dedicada al estudio de las condiciones y circunstancias en las que se construye la producción histórica, que sólo admite originales que contribuyan al progreso del conocimiento. Su interés interdisciplinar la convierte en un foro no sólo dedicado al análisis de las narrativas históricas en sus contextos, sino también al estudio historiográfico de cualquier ámbito del conocimiento, generado por, y destinado a, expertos y estudiosos cualificados.

* * *

Este volumen ha recibido financiación competitiva del Plan Propio de Investigación de la UC3M para revistas a ella vinculadas.

* * *

Revista de Historiografía no suscribe necesariamente las premisas historiográficas desarrolladas en los artículos publicados, ni las opiniones de sus autores.

* * *

Se permite la reproducción parcial de los artículos publicados en *Revista de Historiografía*, citando la procedencia.

* * *

Revista de Historiografía ha renovado el certificado de revista excelente y el Sello de calidad FECYT en 2020, (FECYT-025/2020).



* * *

Los contenidos de Revista de Historiografía están indizados en SCOPUS, ERIH PLUS y EBSCO, así como en otras prestigiosas bases de datos como el Índice y el Catálogo 2.0 LATINDEX, CINDOC, DIALNET, CIRC, RESH y REGESTA IMPERII.

* * *

Admisión, envío de originales y normas de edición en www.uc3m.es/revhisto

REVISTA DE
Historiografía
NÚMERO 34 **REVHISTO**

I. Koselleck y la configuración del mundo moderno

ANTONIO GÓMEZ RAMOS Y MANUEL OROZCO PÉREZ (EDS.)

- 8 Introducción
ANTONIO GÓMEZ RAMOS Y
MANUEL OROZCO PÉREZ
- 15 I. KOSELLECK, CRÍTICA Y CRISIS
¿Antropología u ontología de la historia?
La presencia de Carl Schmitt en la obra de
Koselleck
MANUEL OROZCO PÉREZ
- 39 Koselleck y la filosofía de la historia en el siglo
XVIII
JOHANNES ROHBECK
- 53 La « crise » sans fin de la modernité :
naissance et avatars d'un thème chez Reinhart
Koselleck
ALEXANDRE ESCUDIER
- 75 II. HISTORIA CONCEPTUAL: ALCANCE Y LÍMITES
Los problemas de una ciencia de la historia en
Reinhart Koselleck
JUAN SÁNCHEZ MANDINGORRA
- 101 Ein altes menschliches Bedürfnis.
Temporalidad y mundo de vida, o por qué a
Koselleck le viene bien Blumenberg
JOSÉ LUIS VILLACAÑAS
- 121 Sozialtheoretische und begriffsgeschichtliche
Aspekte des Problems der Beschleunigung der
Geschichte. Überlegungen im Ausgang von
Reinhart Koselleck
FALCO SCHMIEDER
- III. TEMPORALIDAD, HISTORIA Y MEMORIA
- 137 Koselleck, la memoria y la historia. Sobre la
dificultad de entender el tiempo presente
ANTONIO GÓMEZ RAMOS
- 163 Temporalidades alternativas: modos de
imaginar el paso del tiempo
MONTSERRAT HERRERO
- 183 Koselleck y los márgenes estéticos de la
historia: anacronismo, memoria y latencia
ANTONIO RIVERA GARCÍA

II. Miscelánea

- 211 La paz en el medievalismo. Una aproximación historiográfica
ÓSCAR LÓPEZ GÓMEZ
- 237 Tensiones historiográficas en las narrativas del arte contemporáneo: desconexiones entre la historia de las artes electrónicas y el circuito del arte contemporáneo hegemónico
JAZMÍN ADLER
- 253 La invención de la «humanidad» en la historiografía europea del siglo XX: sobre el tratamiento de los prisioneros de guerra en el mundo helenístico
ÁLVARO M. MORENO LEONI
- 277 Los estudios sensoriales y la Edad Media: planteos historiográficos, desafíos y proyecciones
GISELA CORONADO SCHWINDT
- 299 Una prospettiva storiografica: l'Italia repubblicana, la rappresentanza, le rappresentazioni di genere (1945-1968)
PATRIZIA GABRIELLI
- 321 Viriato y Numancia se alzan en armas en al-Andalus: El discurso sobre los hispanos durante el siglo X
JORGE ELICES OCÓN
- 347 El videojuego histórico como forma de memoria
ALBERTO VENEGAS
- 369 La cátedra de Declamación en la Escuela Nacional de Música: Matilde Díez y Teodora Lamadrid (1874-1896)
GUADALUPE SORIA TOMÁS

III. Libros

- 403 Descubriendo el románico alavés. La colección fotográfica de Federico Baraibar y Lorenzo Elorza
- 408 Dopoguerra. Gli italiani fra speranze e disillusioni (1945-1947)
- 412 Historia de la Arqueología del México Antiguo
- 418 Ideas educativas a través de los planes de estudio de los colegios del Sacré-Coeur. Pedagogía humanista para mesdemoiselles
- 421 The Invention of Papal History: Onofrio Panvinio between Renaissance and Catholic Reform
- 428 Prima della tragedia. Militari italiani a Cefalonia e a Corfú
- 431 Patrimonio arqueológico español en Roma. "Le Mostre Internazionali di Archeologia de 1911 y 1937 como instrumentos de memoria histórica
- 437 Con la tercera España. Luigi Sturzo, la Iglesia y la Guerra Civil Española
- 441 Select Correspondence of Ronald Syme, 1927-1939 [History of Classical Scholarship
- 447 Iconoclasia. Historia y psicología de la violencia contra las imágenes



I

MONOGRÁFICO

Koselleck y la
configuración del
mundo moderno

ANTONIO GÓMEZ RAMOS Y
MANUEL OROZCO PÉREZ (Eds.)

Introducción¹

ANTONIO GÓMEZ RAMOS Y MANUEL OROZCO PÉREZ

LA FIGURA DE REIHNART KOSELLECK (1920-2006) no ha cesado de agrandarse desde su fallecimiento hace ya casi tres lustros. No solo en la Alemania reunificada, sino en todos los países de Europa occidental y en los dos hemisferios americanos, este «historiador pensante», como lo llamaba Gadamer, se ha convertido en una referencia inexcusable para abordar la teoría de la historia y la historia conceptual; pero también para entender las dinámicas temporales de la Modernidad tardía y la relación de nuestro presente con el traumático pasado del siglo XX. Koselleck se ha convertido uno de los intelectuales más importantes e influyentes en la reunificada República Federal Alemana, y por extensión, en las universidades y círculos académicos del mundo occidental, capaz de atraer tanto a filósofos como historiadores o teóricos de la cultura. A partir de su ambicioso e influyente modelo de historia conceptual —impulsado, en un primer momento, al alimón con Otto Brunner y Werner Conze²— analizó la disolución del mundo antiguo y el nacimiento del mundo moderno. Su metodología de análisis revela una especificidad propia respecto a otros análisis conceptuales y descubre

1. Esta publicación forma parte de los resultados del proyecto de investigación “Sujetos-emociones-estructuras. Un proyecto de teoría crítica”, (FFI-2016-75073-R), financiado por la Agencia Estatal de Investigación del Gobierno de España.

2. Una colaboración que se materializó en el ambicioso proyecto de elaboración de un *Diccionario de conceptos históricos fundamentales*: O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (Dir.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, 8 vols., Stuttgart, 1972-1997. No puede decirse, empero, que la colaboración fuera del todo homogénea; circunstancia ésta que habría de explicarse fundamentalmente por la diferencia de edad entre cada uno de ellos. Esto aplica al caso de Otto Brunner, que contaba con 74 años de edad cuando apareció el primer volumen del *Diccionario* y llevaba ya cinco años como profesor emérito. En aquel momento, Conze tenía 62 años y Koselleck, el más joven de los tres, 49 años. Mientras que Brunner aportó un único artículo («Feudalismus») que apareció en el segundo volumen, Conze contribuyó con dieciocho artículos redactados por él mismo de forma parcial («Adel», «Demokratie», «Freiheit», «Monarchie», «Rasse», «Reich», «Säkularisation», «Staat» und «Souveranität») o total («Arbeit», «Arbeiter», «Bauer», «Beruf», «Fanatismus», «Militarismus», «Mittelstand», «Proletariat», «Sicherheit/Schutz», «Stand/Klasse») y Koselleck hizo lo propio con trece artículos redactados también parcial («Demokratie», «Emanzipation», «Fortschritt», «Geschichte», «Herrschaft», «Interesse», «Revolution», «Staat und Souveranität») o totalmente («Einleitung», «Bund», «Krise», «Verwaltung», «Volk/Nation»).

una historiografía genuina del discurso histórico-político en el que los cambios en el valor político del concepto parecen ser testigo de la consolidación y el triunfo de la Modernidad. Un modelo teórico y una metodología histórica que se muestran como un proyecto abierto de interpretación de la *nova aetas* al que aún le quedan muchas vetas por explorar. Se trata asimismo de una metodología de análisis que permite entender la formación y evolución del vocabulario político y social, así como analizar las tensiones propias de la política en el estudio de ese vocabulario. Sus matizadas, pero firmes, intervenciones posteriores en los debates alemanes sobre la memoria histórica muestran lo fructífera que puede ser esa metodología, unida a una larga biografía de trabajo e investigación en la mejor tradición alemana, así como —no hay que desdeñarlo— un sólido carácter personal que, tras el paso por la experiencia juvenil de la guerra y del nacionalsocialismo, le hizo adoptar siempre una postura propia e independiente en los grandes debates intelectuales y políticos de Alemania.³

En el mundo hispano hablante, Koselleck tuvo una recepción temprana —su libro *Crítica y crisis* se tradujo ya en los años sesenta— y, aunque no haya recibido la atención masiva de otros autores sujetos al curso de las modas académicas, sí ha contado siempre con algunos grupos que han seguido y discutido su trabajo. En España, contamos con el proyecto Iberconcepts, en torno a Juan Fernández Sebastián,⁴ y una ya nutrida bibliografía sobre historia

3. Cf. la introducción escrita por Faustino Oncina a una colección de artículos recogidos en R. Koselleck *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, 2ª ed., Madrid, 2020, IX-LII, donde se muestra con precisión la independencia de nuestro autor en los debates alemanes de los años ochenta y noventa. Estos artículos se fueron publicando en periódicos alemanes. Años más tarde, quedarían recogidos en un voluminoso libro junto a las intervenciones de otros intelectuales alemanes (Jürgen Habermas, Aleida Assmann, Jürgen Kocka, entre otros): U. Heimrod, G. Schlusche y H. Seferens (Dir.), *Der Denkmalstreit- das Denkmal? Die Debatte um das «Denkmal für die ermordeten Juden Europas»*. Eine Dokumentation, Berlín, 1999.

4. J. Fernández Sebastián (Dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, Madrid, 2009. Se trata de un trabajo que se enmarca dentro del Proyecto de Investigación Conceptual Comparada del Mundo Iberoamericano.

conceptual y Koselleck a la que siguen sumándose publicaciones que permiten al lector hispanohablante mantenerse actualizado.⁵

Ya la revista *Anthropos* publicó en 2009 un amplio dossier sobre su obra, testimoniando así su significado y la potencia de su recepción en el mundo hispanohablante.⁶ Este número pretende acercarse de nuevo globalmente a Koselleck en una serie de enfoques, a la vez analíticos y críticos, que estudian de modo poliédrico varios aspectos de la obra koselleckiana. Los textos surgen del Seminario Internacional *Historia concepto y crisis. Koselleck y la configuración del mundo moderno* que se celebró en los días 22 y 23 de noviembre de 2018 en la Universidad Carlos III de Madrid. El objetivo del seminario era condensar en dos jornadas una serie de ponencias orientadas a la exposición rigurosa del pensamiento de nuestro autor, de manera que pudiera quedar expuesta su trascendencia para comprender el significado de la Modernidad, pudiendo asimismo discutir la presente crisis del proyecto europeo en un mundo de historia globalizada a partir de su metodología de historia conceptual, su pensamiento político y su teoría del tiempo histórico. El evento supuso una excelente oportunidad para congregarse en España a un buen número de estudiosos de la obra de Koselleck, tanto nacionales como internacionales.

Este número monográfico está organizado en tres secciones. La primera, a través de los artículos de Manuel Orozco y Alexander Escudier, se ocupan de lo que podría llamarse el «Koselleck de *Crítica y crisis*», un primer Koselleck, cuyos planteamientos cercanos, a la vez que distantes, de Carl Schmitt dejan entrever ya en la elaboración de su tesis doctoral ciertos planteamientos que se revelarán fundamentales ulteriormente. Manuel Orozco se ocupa de la estrecha relación personal e intelectual entre Reinhart Koselleck y Carl Schmitt a la luz de la correspondencia de casi tres décadas entre ambos autores. En esa correspondencia se revela la intrahistoria con buena parte de los avatares que van dando forma a la tesis doctoral *Crítica y crisis* para su posterior publicación en forma de libro. Alexandre Escudier, por su parte, hace hincapié en que la problemática de la crisis determinó muy tempranamente, ya en la misma tesis doctoral, la percepción de Koselleck sobre el mundo moderno, desde las guerras confesionales del siglo XVI hasta el ciclo revolucionario de finales del siglo XVIII. No obstante, ese impulso inicial en clave interpretativa que ofrecía la noción de «crisis» fue evolucionando a lo largo de su obra a través de las temáticas de la *Sattelzeit*, la «temporalización» y la «aceleración». Dentro de esta primera sección, el artículo de Johannes Rohbeck aborda críticamente el uso que hizo Koselleck de algunas fuentes históricas francesas del siglo XVIII, y pone en cuestión su tesis de la singulari-

5. Entre los más recientes, merecen destacarse *Crítica de la Modernidad. Modernidad de la Crítica. Una aproximación histórico-conceptual*, Valencia, 2020, así como *Utopías y ucronías. Una aproximación Histórico-conceptual*, Barcelona, 2020, ambos editados por Faustino Oncina, el último en coedición con Juan de Dios Bares. También, de inminente salida, el volumen Hans Ulrich Gumbrecht, Reinhart Koselleck y Horst Stucke, *Ilustración, progreso, modernidad*, estudio introductorio de Faustino Oncina Coves, traducción de Josep Monter Pérez, Madrid, 2021.

6. Juan María Sánchez-Prieto (Dir.), «La investigación de una historia conceptual y su sentido sociopolítico», *Anthropos*, nº 223, 2009.

zación semántica en la época de la denominada *Sattelzeit*. La segunda sección, al hilo de las contribuciones de Falko Schmieder, José Luis Villacañas y Juan Sánchez Mandingorra, ofrece un examen crítico de la historia conceptual koselleckiana mostrando su alcance y sus límites (Schmieder) y completándola a la luz de otros autores como Hans Blumenberg y Sigmund Freud (Villacañas), Otto Brunner y Giuseppe Duso (Sánchez Mandingorra). El ensayo de Falko Schmieder es una contribución a la actualidad de los planteamientos de la historia conceptual koselleckiana tomando el concepto «aceleración» como hilo conductor, un concepto que, por otro lado, se encuentra estrechamente relacionado con el de «temporalización». Abundando en esta última categoría de análisis temporal y social, el texto discute la tesis formulada por Paul Nolte, defendida tanto por historiadores como por sociólogos y filósofos, según la cual habríamos entrado en una «cultura postkoselleckiana». José Luis Villacañas lleva a cabo una propuesta para enriquecer y mejorar la sistematización de las bases antropológicas de la historia tal y como se presenta en Koselleck. El punto fundamental del que parte es que Koselleck no llega a mediar filosóficamente algunas de sus tesis antropológicas fundamentales. Se trata de pasajes filosóficamente pregnantes que solo adquieren su significado propio una vez que se ponen en relación con contextos de pensamiento en los cuales Koselleck jugaba y de los que era enteramente consciente. Juan Sánchez Mandingorra examina la Histórica en cuanto doctrina de las condiciones de posibilidad de historias apoyándose especialmente en las investigaciones histórico-conceptuales de Giuseppe Duso, tal vez más deudor de Otto Brunner que del propio Koselleck. Este cambio de prisma pone el acento en que, con el concepto de historia como singular colectivo, el catedrático de Bielefeld proyecta de modo retrospectivo un concepto que toma del final de proceso moderno y con el cual incurre en una serie de dificultades teóricas en el ámbito de la trascendentalidad. La tercera sección, a la que dan forma los artículos de Antonio Gómez Ramos, Montserrat Herrero y Antonio Rivera, invita a reflexionar con Koselleck sobre problemáticas de gran calado histórico-filosófico como la de comprender el propio presente a partir de conceptos históricos fundamentales de la Modernidad. Antonio Gómez Ramos se ocupa de las dudas de Koselleck sobre los diagnósticos del tiempo presente como presente extendido, y de los límites, a la vez que de la fortaleza y originalidad, de su concepción del recuerdo y de la experiencia histórica en medio de los debates actuales sobre las políticas de la memoria. Montserrat Herrero discute cómo la teoría de la historia de Koselleck da pie a imaginar temporalidades alternativas, no lineales, para reconfigurar la relación entre el presente, el pasado y el futuro; aunque ello pueda llevar más allá de las conclusiones del propio Koselleck. El artículo de Antonio Rivera encuentra en la obra de Koselleck claves para desarrollar motivos tradicionalmente marginales al discurso historiográfico, como el anacronismo, la memoria y la latencia; se ofrecen así vías, con Koselleck, para llevar el pensamiento histórico fuera de la hermenéutica y encontrar un régimen de historicidad donde el pasado no depende del futuro.

El conjunto de contribuciones que dan forma a este número monográfico sobre la obra y el pensamiento de Koselleck pone directamente en entredicho la idea de que la historia de los conceptos no iría más allá de una disciplina auxiliar de las ciencias humanas y sociales a la que éstas podrían acudir para instruirse gracias a su alto grado de erudición. Se trata, en

efecto, de una crítica que ha venido acechando a la historia de los conceptos desde sus inicios.⁷ Sin ir más lejos, el propio Koselleck ya apuntaba en la introducción al diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe* que ésta sería una de las funciones a las cuales habrían de servir los resultados presentados en esa monumental obra.⁸ Los ensayos que aquí se ofrecen apuntan, sin embargo, a comprender la historia conceptual koselleckiana como un proyecto intelectual que, amén de su carácter instructivo, apunta esencialmente a comprender mediante el movimiento histórico de los propios conceptos el proceso que ha conducido a eso que se ha venido denominando «Modernidad».⁹

7. Cf. Manuel Orozco, *Aceleración y temporalización de la historia. La modernidad según Koselleck*, Tesis doctoral, Universidad Carlos III de Madrid, 2017, 27-29.

8. R. Koselleck, “Einleitung”, en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (Dir.), *Geschichtliche Grundbegriffe... op. cit.*, p. vol. 1 Stuttgart, 1974, XIII-XXVII, XIX y XXIV.

9. Más allá de la investigación sobre el lenguaje y las prácticas lingüísticas cristalizadas en conceptos clasificados y clasificables con mirar a dilucidar el advenimiento de la Modernidad y todo lo que gira a su alrededor, queda aún por explorar la escurridiza relación de Koselleck con el psicoanálisis a la luz del interés del catedrático de Bielefeld por la interpretación de los sueños de la época nacionalsocialista. Cf. R. Koselleck, “Nachwort”, en Ch. Beradt, *Das Dritte Reich des Traums*, 2ª ed., Fráncfort del Meno, 2017, 115-131.



**KOSELLECK,
CRITICA
Y CRISIS**

ANTHROPOLOGY OR ONTOLOGY OF HISTORY? THE PRESENCE
OF CARL SCHMITT IN KOSELLECK'S WORK

¿Antropología u ontología de la historia? La presencia de Carl Schmitt en la obra de Koselleck

Manuel Orozco Pérez

orozcoperezmanuel@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0002-6387-7825>

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 25.09.2020

Resumen

En este artículo se presentan los resultados de investigación de la estancia en el *Nachlass Carl Schmitt* que se encuentra en el *Landesarchiv Nordrhein-Westfalen*. El contenido de la correspondencia se ha organizado con vistas a ofrecer argumentos sólidos desde el punto de vista histórico a la tesis según la cual el proyecto de la historia conceptual

Abstract

This article presents the research results of the stay at the Carl Schmitt Nachlass located in the Landesarchiv Nordrhein-Westfalen. The content of the correspondence has been organized with a view to offering solid arguments from the historical point of view to the thesis that Reinhart Koselleck's project of conceptual history is not so much a method of his-

* Este artículo es un extracto revisado, corregido y ampliado de la tesis doctoral *Temporalización y aceleración de la historia. La modernidad según Koselleck*, que defendí en la Universidad Carlos III de Madrid en septiembre de 2017. Para su modificación he tenido en consideración la lectura de textos relevantes en el marco de la temática tratada, textos que por motivos de espacio y tiempo me fueron imposibles abordar en la tesis doctoral. Se da, asimismo, la azarosa circunstancia de que en la segunda quincena de diciembre de 2019, ya prácticamente finalizando el año, Jan Eike Dunkhase publicó para la editorial alemana Suhrkamp la correspondencia entre Carl Schmitt y Reinhart Koselleck, material éste que resultó fundamental para los resultados de mi investigación doctoral y que es indispensable para toda investigación orientada a la relación personal e intelectual entre Schmitt y Koselleck. La edición de Dunkhase incluye también varias cartas de Schmitt a Koselleck que tan sólo se encuentran en el *Nachlass Reinhart Koselleck* con sede en el *Deutsche Literaturarchiv* de la ciudad alemana de Marbach. R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel: 1953-1983*, Berlín, 2019.

de Reinhart Koselleck no es tanto un método de análisis histórico-filológico como una teoría de la modernidad. Asimismo, esta correspondencia sirve como punto de referencia para analizar la profunda relación personal e intelectual entre Koselleck y Schmitt.

Palabras clave

Reinhardt Koselleck, Carl Schmitt, *Crítica y crisis*, dualismo político, historia conceptual

torical-philological analysis as a theory of modernity. Furthermore, this correspondence serves as a point of reference to analyze the deep personal and intellectual relationship between Koselleck and Schmitt.

Keywords

Reinhardt Koselleck, Carl Schmitt, *Critique and Crisis*, political dualism, conceptual history

1. *Crítica y crisis*: una tesis doctoral, un libro

Koselleck entra en el mundo académico con su tesis doctoral titulada *Crítica y crisis*.¹ Considerada como la tesis en lengua alemana con mayor repercusión en el siglo XX dentro del ámbito de las ciencias humanas,² las dudas de los dos examinadores³ sobre la calificación del trabajo –finalmente consiguió la segunda mejor calificación, *magna cum laude*– y el temor del propio Koselleck a que su trabajo no fuese aceptado por no cumplir con los cánones clásicos de la filosofía ni de la historia ni de la sociología, no hacían presagiar su posterior éxito. A lo largo de este ensayo se irán mostrando las semejanzas y diferencias entre la tesis y su posterior publicación en forma de libro. Este análisis se llevará a cabo a la luz de los planteamientos de Schmitt y las críticas de Johannes Kühn tal como aparecen reflejados en la correspondencia. La correspondencia entre Carl Schmitt y Reinhart Koselleck contenida en ese *Nachlass* está comprendida entre 1953 y 1983. Comienza con una carta de Koselleck datada el 21/01/53 y termina el 20/11/83, igualmente con una carta del historiador de Görlitz. La primera carta que encontramos de Schmitt data del 29/09/53 y la última del 04/03/79.

A finales de 1953 Koselleck tiene ante sí los exámenes orales final de carrera y la lectura de la tesis. En los exámenes orales Koselleck se examinó sobre cuestiones históricas de derecho constitucional (*Staatsrecht*) con Ernst Forsthoff –figura decisiva en Heidelberg para el

1. El título de la tesis iba acompañado de un subtítulo que sería modificado en su posterior publicación. Así, en la tesis puede leerse como subtítulo “Una investigación sobre la función política de la cosmovisión dualista en el siglo XVIII” (*Eine Untersuchung der politischen Funktion des dualistischen Weltbildes im 18. Jahrhundert*), mientras que en la publicación como libro reza “Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués” (*Eine Studie zur Pathogenesen der bürgerlichen Welt*).

2. Así lo recoge, sin citar la fuente, Christian Meier en su discurso pronunciado en un acto organizado en la Universidad de Bielefeld en conmemoración de la muerte de Koselleck: Ch. Meier, “Gedenkrede”, en N. Bulst y W. Steinmetz (Dir.), *Reinhart Koselleck 1923-2006. Reden zur Gedenkfeier am 24. Mai 2006*, Bielefelder Universitätsgespräche und Vorträge 9, 2007, 7-34, aquí: 8; discurso recogido ahora también en H. Joas y P. Vogt (Dir.), *Begriffene Geschichte*, Berlín, 2011, 103-120, aquí: 103. Cf. J. W. Müller, *A Dangerous Mind: Carl Schmitt in Post-war European Thought*, New Haven/London, 2003, 106.

3. La tesis fue defendida ante Karl Löwith y Johannes Kühn, quien, además de su tío materno, fue su director.

restablecimiento académico de profesores cercanos tanto personal como ideológicamente a Carl Schmitt⁴ con quien había hablado dos veces antes del examen; con Gadamer se examinó sobre Kant, estableciendo vínculos entre Descartes, Leibniz y Heidegger; y con su director de tesis, Johannes Kühn, sobre historia universal (*Weltgeschichte*), tomando a Alemania como ejemplo, y cuya divisa histórica rezaba «siempre demasiado tarde» (*immer zu spät*). Los exámenes orales, según le cuenta Koselleck a Schmitt, se desarrollaron en una atmósfera muy apacible. Las calificaciones finales fueron dos «magna» (con Forsthoff y Gadamer) y «summa» en historia (con Johannes Kühn).⁵

En cuanto a la tesis doctoral, ésta recibió finalmente, como se acaba de señalar, la calificación de *magna cum laude*.

La nota de mi tesis doctoral, dicho sea de paso, la bajó Löwith en su segundo informe en un momento en el que Kühn estaba dudando entre el *summa* y el *magna cum laude*, así que al final me otorgaron la segunda de estas calificaciones. Por aquel entonces yo personalmente estaba contento de que mi trabajo hubiese sido aceptado, ya que no podía caracterizarse claramente como un trabajo histórico ni sociológico ni tampoco filosófico.⁶

Crítica y crisis fue, en efecto, dirigida, al menos oficialmente, por el historiador Johannes Kühn, por quien Koselleck sentía un profundo respeto y admiración. En su discurso de agradecimiento (*Dankrede*) del 23 de noviembre del 2004 en conmemoración del quincuagésimo aniversario de su tesis doctoral, reconoce, quién sabe si quizá por deferencia hacia su maestro y, además, tío materno, que en pocas ocasiones había aprendido tanto en una hora como en la defensa de su tesis ante Kühn.

Sin haber acordado el tema, me preguntó en el debate dónde, cómo y por qué se había diferenciado la historia de Alemania de la de sus países vecinos. No se trataba de una inquisición moral para reformular ex post una nueva «vía especial» (*Sonderweg*), sino el intento sobrio de sondear las diferencias con ayuda de criterios comparativos comunes [...].⁷

En su tesis doctoral Koselleck se propuso analizar la función política de las tres *Críticas* kantianas.⁸ En un principio, su intención era titularla *Dialéctica de la Ilustración*. Tras

4. Cf. R. Mehring, *Carl Schmitt. Aufstieg und Fall*, Múnich, 2009, 464-468. Koselleck, junto a otras jóvenes promesas de la intelectualidad alemana, también visitaría los seminarios privados que Forsthoff organizaba en Ebrach, un pequeño pueblo de la Alta Franconia. Cf. D. van Laak, *Gespräche in der Sicherheit des Schweigens*, Berlín, 1993, 206; así como N. Sombart, *Rendezvous mit dem Weltgeist*, Fráncfort del Meno, 2000, 205.

5. R. Koselleck a C. Schmitt, 14/11/1954, en RW 265-8135. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 66-73.

6. R. Koselleck, "Dankrede am 23. November 2004", en S. Weinfuter (ed.), *Reinhart Koselleck (1923-2006). Reden zum 50. Jahrestag seiner Promotion in Heidelberg*, Heidelberg, 2006, 33-60, aquí: 50.

7. R. Koselleck, "Dankrede...", *op. cit.*, 51.

8. R. Koselleck, "Dankrede...", *op. cit.*, 34.

hacerse eco de que en 1947 se habían publicado en Holanda unos *fragmentos filosóficos* con ese mismo título,⁹ se vio obligado a buscar uno nuevo. En efecto, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno redactaron la *Dialéctica de la Ilustración* durante la II Guerra Mundial, entre 1939 y 1944. Se publicó «por primera vez en 1944 con ocasión del cincuenta cumpleaños de Friedrich Pollock en una pequeña edición [...] del Instituto de Investigación Social y, posteriormente, en Amsterdam, en 1947, en la imprenta de la editorial Querido, la más significativa del exilio alemán.»¹⁰ Volviendo a *Crítica y crisis*, su propio autor reconoce que se trata del «resultado de las sugerencias de Carl Schmitt comenzando por poner de relieve los análisis léxicos e investigando las transformaciones léxicas. Quizá se podría deducir una historia conceptual de la aplicación de los usos recíprocos de las palabras que hiciese referencia a la función política de la crítica y de la crisis.»¹¹ En su epílogo a la reciente publicación de la correspondencia entre Koselleck y Schmitt, Jan Eike Dunkhase ha dejado poco margen para dudar que Koselleck encontrase el título de la tesis en un pasaje del texto de Schmitt *Donoso Cortés in gesamteuropäischer Interpretation* en el que habla de la «fatalidad que para la historia intelectual alemana de los dos últimos siglos vaya unida a los términos crítica y crisis.»¹² Afirma Dunkhase que en la biblioteca de Koselleck se encuentra un ejemplar de esta obra adquirido en diciembre de 1950 –prácticamente en el momento de su publicación– en el que ambos conceptos aparecen doblemente subrayados.¹³ Por otro lado, se da la azarosa coincidencia de que allá por los años 30 del siglo pasado Bertolt Brecht y Walter Benjamin habrían planeado publicar una revista con el título *Krise und Kritik*,¹⁴ lo que parece indicar que el concepto de crisis lleva décadas siendo actual.

Existen, asimismo, otros motivos importantes a lo largo de la obra de Koselleck que van más allá de su tesis doctoral, que se forjaron en las clases magistrales a las que asistió en Heidelberg, y que serán decisivos en la formulación de sus fundamentos para una ontología de la historia orientada hacia la formación histórica de los conceptos. Entre ellos cabe destacar especialmente el estímulo de Ernst Wahle para concebir la historia más allá de las fuentes escritas.¹⁵ Tal premisa era, no obstante, un instrumento de análisis común en la investigación

9. Th. W. Adorno/Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, 2009.

10. G. Schmid Noerr, “Nachwort des Herausgebers”, en Max Horkheimer, *Gesammelte Schriften*, Band 5, Fráncfort del Meno, 2003, 424-457, aquí: 424.

11. R. Koselleck, “Dankrede...”, *op. cit.*, 64.

12. C. Schmitt, “Donoso Cortés in gesamteuropäischer Interpretation”, en *Donoso Cortés in gesamteuropäischer Interpretation. Vier Aufsätze*, Colonia, 1950, 80-114, aquí: 100 (ejemplar anotado de la *Bibliothek Reinhart Koselleck*). Cita tomada de J. E. Dunkhase, “Nachwort. Asymmetrische Korrespondenz”, en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 409-429, aquí: 417, nota 12.

13. J. E. Dunkhase, “Nachwort...”, *op. cit.*, 417. En todo caso, esta intuición había sido puesta sobre la mesa hace ya más de tres lustros por J. W. Müller, *A Dangerous Mind... op. cit.*, 266, nota 16.

14. E. Wizisla, “Windschiefes, ‘Grüppchenhaftes’ und ‘selbstverständliche Bedeutung’. Das Zeitschriftenprojekt ‘Krise und Kritik’ (1930/31) aus der Sicht Ernst Blochs und die Edition der Dokumente”, en G. Klaus y L. Rehm, *Global Benjamin*. Vol. 2, Múnich, 1999, 801-809.

15. R. Koselleck, “Dankrede...”, *op. cit.*, 35.

histórica que encontramos ya en otros autores que marcarían igualmente la línea de trabajo de Koselleck, entre los que destaca Otto Brunner.

El pensamiento teórico de Brunner se movía en círculos peculiares. Que los conceptos se pueden obtener únicamente de las fuentes es algo que él no creía. Para encontrar en las acciones lo que se anda buscando se necesitan primeramente categorías y conceptos sistemáticos del presente [...] Sin embargo, los conceptos modernos son sólo la condición, naturalmente la condición necesaria, sobre la que el historiador debe dar forma a conceptos individuales y a conceptos tipo que sean apropiados para el estudio del objeto histórico en cuestión.¹⁶

Décadas más tarde, Koselleck, por su parte, mantendrá una posición semejante, a saber: que la interpretación de la realidad histórica se decide no sólo sobre el terreno del control metódico de las fuentes, sino allí donde se procura articularlas lingüísticamente.¹⁷ Y es que, en el fondo, una de las tareas esenciales de la historia de los conceptos en cuanto disciplina es hacer que el historiador sepa de su propio lenguaje, un lenguaje que no se encuentra necesariamente en las fuentes a partir de las cuales elabora su relato. Es necesario señalar, empero, una diferencia fundamental entre las posiciones de ambos historiadores respecto a la comprensión de la noción de *Grundbegriff*.

Lo que es un concepto histórico fundamental lo definió Koselleck en el primer volumen [de los *Geschichtliche Grundbegriffe*]. La distancia con el concepto histórico fundamental del Brunner de los años treinta como expresión de «orden concreto», que debe construir puentes entre el presente y la Edad Media, es evidente. Koselleck evita dar una definición donadora de sentido. Se trata de «conceptos rectores del movimiento histórico, un movimiento que en el transcurso del tiempo ha ido constituyendo el objeto de la investigación histórica.»¹⁸

Otro ejemplo de la influencia de los primeros años de estudio en Heidelberg es la noción de patogénesis que encontramos en el subtítulo de la obra publicada: *Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. La inspiración para este concepto la encontró en las clases magistrales del médico Viktor von Weizsäcker: «Cuyas espontáneas y, sin embargo, lógicamente planteadas clases magistrales sobre antropología médica, lo que para él significaba siempre antropología social, me indujeron a utilizar la metáfora de patogénesis del mundo burgués como subtítulo de la edición impresa.»¹⁹ *Un estudio sobre la patogénesis del mundo*

16. Th. Etzemüller, *Sozialgeschichte als politische Geschichte*, Múnich, 2001, 72.

17. R. Koselleck, “Fiktion und geschichtliche Wirklichkeit”, en *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*, Berlín, 2014, 80-95, aquí: 93.

18. Ch. Dipper, “Die ‘Geschichtliche Grundbegriffe’. Von der Begriffsgeschichte zur Theorie der historischen Zeiten”, en H. Joas y P. Vogt (Dir.), *Begriffene... op. cit.*, 288-316, aquí: 298. Cf. T. Pankakoski, “Conflict, Context, Concreteness. Koselleck and Schmitt on Concepts”, *Political Theory*, 6, 2010, 749-779, aquí: 754.

19. R. Koselleck, “Dankrede...”, *op. cit.*, 35.

burgués fue, en efecto, el subtítulo de la tesis publicada como libro. El subtítulo de la tesis doctoral propiamente dicha rezaba *Una investigación sobre la función política de la cosmovisión dualista en el siglo XVIII (Eine Untersuchung der politischen Funktion des dualistischen Weltbildes im 18. Jahrhundert)*.²⁰ El cambio en el subtítulo de la obra obedece a una serie de objeciones de su director de tesis. Johannes Kühn propone a Koselleck que, además de deshacerse de la noción de burguesía (*Bürgertum*), evite en la medida de lo posible el término *dualismo*, ya que tal concepto era propio de la historia de las religiones y, por consiguiente, no debía aplicarse a las tendencias políticas del siglo XVIII.

En el curso de sus objeciones [Johannes Kühn] realizó dos importantes propuestas para las modificaciones. En primer lugar, tendría que precisar mis análisis en el sentido de que no debería hablar de *burguesía*, cuyo concepto estaría puesto en cuestión, sino del papel de la inteligencia y la *espiritualidad* burguesa. En segundo lugar, me ha planteado una objeción importante en cuanto al uso del concepto de dualismo. Este concepto pertenecería a la historia de las religiones y en vista de las tendencias totalitarias del siglo XVIII, que no son dualistas, sería inapropiado aplicarlo.²¹

Cómo poder evitar o substituir el concepto de dualismo era a finales de 1954 toda una incógnita. Es en la publicación de la tesis como libro donde se puede apreciar el trabajo de Koselleck para superar la noción de dualismo sin desestructurar las tesis fundamentales de su trabajo para obtener el título de doctor.

En la obra publicada (1959), Koselleck limitará el uso de la expresión «dualismo moral» –si bien no la abandona del todo– y hará más hincapié en el dualismo entre moral y política. De hecho, en ciertos pasajes de la tesis doctoral (1954) en los que utilizaba la expresión *die moralischen Dualismen* («los dualismos morales»), aparecen en la publicación reformulados como *die Dialektik von Moral und Politik* («la dialéctica entre moral y política»). Así, donde en la tesis doctoral se puede leer «“Los dualismos morales” le confieren a la lucha una radicalidad que aún no correspondía en absoluto a la importancia de la burguesía alemana en su conjunto»,²² en la versión publicada encontramos «“La dialéctica entre moral y política” le confiere a la lucha una radicalidad que aún no correspondía en absoluto a la importancia de la burguesía alemana en su conjunto.»²³ Tal cambio para la publicación se encuentra consecuentemente corregido en el mismo índice.

20. I. Nagel, “Der Kritiker der Krise. Zum 50. Jahrestag von Reinhart Kosellecks Promotion”, en H. Joas y P. Vogt, *Begriffene... op. cit.*, 94-102, aquí: 99.

21. R. Koselleck a C. Schmitt, 05/11/1954, en RW 265-8138. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 79.

22. R. Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Untersuchung der politischen Funktion des dualistischen Weltbildes im 18. Jahrhundert*. Tesis doctoral, Heidelberg, 1954, 94. La cursiva en la cita es nuestra: «Die moralische Dualismen verleihen dem Kampf eine Radikalität, die dem sozialen Gewicht des deutschen Bürgertums insgesamt noch keineswegs entsprach.»

23. R. Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenesen der bürgerlichen Welt*, Fráncfort del Meno, 2013, 106. La cursiva en la cita es nuestra: «Die Dialektik von Moral und Politik verlieh dem Kampf eine Radikalität, die dem sozialen Gewicht des deutschen Bürgertums insgesamt noch keineswegs entsprach.»

Más ni siquiera es necesario llegar al primer capítulo para percibir las sutilezas del cambio. Éstas se muestran ya en las primeras líneas de la introducción. La tesis comienza así: «Desde un punto de vista histórico, la crisis actual de la historia mundial, políticamente determinada por la tensión existente entre los polos opuestos que representan Estados Unidos y Rusia como las dos potencias mundiales, es el resultado de la expansión europea sobre la faz de la tierra.»²⁴ Y estas son las primeras líneas del libro: «Desde un punto de vista histórico, la crisis mundial actual, determinada por la tensión existente entre los polos opuestos que representan Estados Unidos y Rusia, es el resultado de la historia europea.»²⁵ En ambos fragmentos el concepto de crisis juega ciertamente un papel fundamental; sin embargo, su genitivo es formulado de manera bien diferente: en el primero se trata de la crisis de la historia mundial; en el segundo, de la crisis global. No hay, empero, elementos suficientes para dudar de que, si bien formulados de un modo diferente, ambos genitivos hagan referencia a la situación global durante el primer y el segundo lustro posteriores a la II Guerra Mundial. El patetismo de esas primeras líneas de la tesis contrasta con lo que hoy llamaríamos una cierta corrección política del libro, sin que por ello sus argumentos dejen de ser, a su manera, provocadores. Esta reformulación no es en modo alguno baladí. Koselleck está buscando un espacio que le permita abundar en la idea de división entre moral y política, un espacio que la estructura original de la tesis no le deja. Por eso se ve obligado a añadir páginas, siete en concreto, al inicio del primer capítulo,²⁶ donde se pueden apreciar las sugerencias que le hizo Johannes Kühn el día de la defensa de la tesis.

Repárese ahora en las significativas modificaciones de los títulos que aparecen en ambos índices. El apartado IV del segundo capítulo se corresponde en la tesis doctoral con el apartado III del segundo capítulo. El título de éste último reza: «*Die verborgene Wendung gegen den Staat: Die politische Funktion des Logenarcanus (Lessing)/Planung heimlicher Gewaltsame (Illuminaten), aber Verdeckung ihrer politischen Bedeutung "durch den moralischen Dualismus"*».²⁷ En la publicación encontramos «*Die verborgene Wendung gegen den Staat: Die politische Funktion des Logenarcanus (Lessing)/Planung heimlicher Gewaltsame (Illuminaten), aber Verdeckung ihrer politischen Bedeutung "durch den Dualismus von Moral und Politik"*».²⁸ El cambio en el título del tercer capítulo es también muy significativo. En la tesis reza: «*Die Dialektik des moralischen Dualismus und die politische Krise*»; en el libro: «*Krise und Geschichtsphilosophie*».

Parece, por tanto, que el dualismo moral del que hace uso Koselleck en su tesis doctoral está más cerca de los planteamientos de Schmitt que de los de su director de tesis. Recordemos que, como ya se ha señalado un poco más arriba, uno de los aspectos que Johannes

24. R. Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Untersuchung...* op. cit., 1.

25. Reinhart Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie...* op. cit., 1.

26. Véase especialmente R. Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie...* op. cit., 12.

27. R. Koselleck, "Inhaltsverzeichnis", en *Kritik und Krise. Eine Untersuchung...* op. cit. La cursiva en la cita es nuestra.

28. R. Koselleck, "Inhalt", en *Kritik und Krise. Eine Studie...* op. cit. La cursiva en la cita es nuestra.

Kühn consideró necesario de ser revisado fue precisamente el concepto dualismo moral por pertenecer a la historia de las religiones, no siendo así apropiado para explicar las tendencias totalitarias del siglo XVIII, que en sí mismas no eran dualistas.²⁹ Pero también el concepto de «dualismo entre moral y política» que usa Koselleck para evitar el de «dualismo moral» sigue siendo un término puramente schmittiano.³⁰ No obstante, habría espacio aquí para matizar este punto en concreto argumentando que tal dualismo podría remontarse hasta Maquiavelo y sus epígonos, con lo cual la crítica de Schmitt a la razón de Estado, en su tratamiento por Meinecke, podría no identificar inequívocamente la traslación directa del motivo de éste a Koselleck. En efecto, la contraposición entre política y moral irrumpe fuertemente en el Renacimiento como una contraposición entre «la moral cristiana y la praxis de aquellos que ejercen la acción política».³¹ Y Maquiavelo, o la lectura maquiavélica de Maquiavelo, puede ser ejemplo de ello.³² Llama la atención, empero, que Koselleck no se haya remitido a Maquiavelo a la hora de tratar de manera específica la problemática del dualismo entre la moral y la política. Esto no se debe en modo alguno al hecho de no haber tenido ocasión para hacerlo. Leyendo con detenimiento *Crítica y crisis*, se observa que su autor menciona a Maquiavelo –sin ni siquiera citar alguna de sus obras más conocidas– una única vez en relación al temor de los políticos ante el secreto de las logias masónicas.³³ Oportunidad ésta que habría sido de lo más oportuna para remitirse a este supuesto origen del concepto «dualismo entre moral y política». Pero no lo hace. De ahí que, a nuestro entender, siga teniendo más peso el argumento de que el término procede de Schmitt, especialmente si se tiene en cuenta la lectura de la correspondencia entre ambos autores y las remisiones a los textos correspondientes.

Crítica y crisis muestra, por tanto, hasta qué extremo Koselleck conocía los postulados de Schmitt y su valoración de los trabajos de Meinecke. Es más que probable que leyese la reseña del jurista alemán sobre *La idea de razón de Estado en la Edad Moderna*,³⁴ en la que, para refutar el planteamiento de esta obra, el jurista alemán intenta construir un argumento sobre la base de su teoría decisionista del estado de excepción que le permite dirigir una crítica feroz al planteamiento de Meinecke, tildándolo –¡qué curioso!– de «dualismo moral». Meinecke excluye la idea de una línea continua de desarrollo, así como la de una acentuación de la dialéctica y contiene un *dualismo moral* que mantiene el equilibrio en elementos con-

29. R. Koselleck a C. Schmitt, 05/11/1954, en RW 265-8138. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 69.

30. C. Schmitt a R. Koselleck, 11/11/1953, en RW 260-386. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 31-33.

31. N. Bobbio, *Teoría general de la política*, Madrid, 2005, 200.

32. N. Bobbio, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, México D.F., 2006, 70-71.

33. R. Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie... op. cit.*, 67.

34. C. Schmitt, "Zu Friedrich Meineckes 'Idee der Staatsräson'" *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 56, 1926, 226-234.

trapuestos. Este dualismo aparece ora como la contraposición entre ser y deber, ora como la contraposición entre poder y moralidad, ora en otras formas.³⁵

El trasfondo de esta crítica es el marco liberal en el queda delimitado el análisis de Meinecke:

Su dualismo evita tanto la [...] parte lógico-metafísica como la parte jurídica del problema y se mantiene en lo moral, es decir, en la tradición liberal de los siglos XVIII y XIX. [...] Al Estado [...] le corresponde detentar el poder. Pero ese poder debe manifestarse en la esfera de lo ético y vincularse ahí con algo ajeno a su naturaleza, incluso contradictorio.³⁶

También podría pensarse que, amén de este resquemor de Schmitt ante toda forma de liberalismo, el jurista alemán consigue vengarse aquí de un supuesto silencio de la *Meinecke-Schule* sobre su *Politische Romantik* publicada en 1919,³⁷ aunque las reticencias entre ambos autores no deben reducirse únicamente a este hecho. En una carta de Schmitt al historiador y politólogo alemán Waldemar Besson confiesa que su crítica a Meinecke

No llevaba mala intención. Yo se la envié por aquel entonces, en 1926, desde la más pura imparcialidad y con todo el respeto, para mí era lo más natural del mundo que así fuera; puesto que Meinecke era doctor honoris causa de la Facultad de Derecho de Bonn, a la que, a la sazón, yo pertenecía. Sin embargo, él me respondió con una breve carta en la que se mostraba ofendido y con la que rompía todo contacto posterior.³⁸

Continuando con el trazo de la relación entre el Koselleck de *Crítica y crisis* y los planteamientos antiliberales de Schmitt, cabría señalar las siguientes líneas escritas por el este último en la recensión sobre el mencionado libro de Meinecke que hoy día podrían servir incluso de *abstract* de la tesis doctoral de Koselleck:

Desde el punto de vista histórico surge otra duda. ¿Es la realmente la *idea de razón de Estado* una idea fundamental apropiada para sustentar una interpretación comprehensiva del problema del Estado y del poder del siglo pasado? ¿Dado su sentido específico, no se encuentra anclada en una época determinada, en la del absolutismo de los siglos XVI y XVII, y es demasiado poco característica y central como para que una exposición histórica pudiese basarse en ese concepto?³⁹

35. C. Schmitt, "Zu Friedrich Meineckes...", *op. cit.*, 227. La cursiva en la cita es nuestra.

36. C. Schmitt, "Zu Friedrich Meineckes...", *op. cit.*, 228.

37. R. Mehring, *Carl Schmitt...* *op. cit.* 197. No obstante, en una carta a Koselleck con fecha de 28/07/1966, Schmitt afirma haber conversado con Meinecke sobre su *Politische Romantik*, «lamentablemente de manera estéril», R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel...* *op. cit.*, 204.

38. C. Schmitt a W. Besson, 07/05/1959, en RWN 260-386, 16. Carta sin publicar.

39. C. Schmitt, "Zu Friedrich Meineckes...", *op. cit.*, 232.

Otra sentencia relevante de la recensión que demuestra el interés de Schmitt por la historia de los conceptos es cuando afirma que «la historia de la palabra *Estado* no está escrita todavía» (*die Wortgeschichte von Staat ist noch nicht geschrieben*). Un concepto de Estado cuya especificidad, según Schmitt, ignora Meinecke, a saber: la esfera de la publicidad en contraposición a todo lo privado y a todo lo económico.⁴⁰

2. El argumento de *Crítica y crisis*

En lo concerniente propiamente a la temática del libro, el hilo conductor que lo vertebra es el surgimiento del Estado absolutista moderno tras refrenar y superar las guerras de religión y su precipitada disolución con el estallido de la Revolución francesa. La Ilustración encontró su punto de partida en el Estado absolutista, del mismo modo que el Estado absolutista lo encontró en las guerras de religión, pero la Ilustración no interpretó el Estado absolutista como una respuesta a las guerras de religión. Una vez que estas finalizaron, fue visto como un mecanismo cuyo único fin era el abuso del poder. El autor que se encuentra de trasfondo es Thomas Hobbes, tamizado por la interpretación que Schmitt lleva a cabo en su libro sobre el Leviatán publicado en 1938.⁴¹ Con todo, las diferencias de fondo son notables. Schmitt lee a Hobbes desde el prisma de la teología política. En este sentido, para el jurista alemán, el sentido de la teoría política de Hobbes reside, concediendo razón en este punto a Leo Strauss, en la restitución de la unidad entre política y religión, una unidad a la que la Iglesia de Roma, amén de las iglesias presbiterianas, habría coadyuvado a aniquilar dejando de considerar la religión como parte de la política.⁴² Con ello Schmitt se está posicionando de manera implícita ante los argumentos que desarrolló Erik Peterson en *El monoteísmo como problema político*, publicado en 1935. Peterson percibía en las posiciones de la teología política schmittiana⁴³ un intento de instrumentalizar el Evangelio para justificar una situación política concreta,⁴⁴ y orientaba parte de su esfuerzo a demostrar la imposibilidad teológica de toda teología política, cuyo origen se remontaría al concepto de monarquía del judaísmo alejandrino,⁴⁵ mientras

40. C. Schmitt, “Zu Friedrich Meineckes...”, *op. cit.*, 233. Esta idea sobre la separación de lo público y lo privado como precondition del liberalismo burgués del siglo XIX, y que se manifiesta en la disyuntiva Estado/sociedad civil, se encontraba igualmente en Brunner. Cf. J. van Horn Melton, “From Folk History to Structural History: Otto Brunner (1898-1982) and the Radical-Conservative Roots of German Social History”, en J. van Horn Melton y H. Lehmann (Dir.), *Paths of Continuity*, Cambridge, 1994, 263-292, aquí: 272.

41. C. Schmitt, *Der Leviathan in der Staatslehre des Thomas Hobbes*, Stuttgart, 2015.

42. C. Schmitt, *Der Leviathan... op. cit.*, 21.

43. El primero de los dos ensayos de Schmitt sobre teología política fue publicado en 1922.

44. E. Peterson, *El monoteísmo como problema político*, Madrid, 1999, 95.

45. E. Peterson, *El monoteísmo... op. cit.*, 62. No obstante, Schmitt, especialmente en su segundo ensayo sobre teología política, publicado en 1970, pareció haber comprendido de manera unilateral el tratado de Peterson sobre el monoteísmo político, reduciéndolo al intento por liquidar su propuesta de teología política cuando, en realidad, el punto de referencia de ese tratado no era otro que la teología imperial (*Reichstheologie*). Cf. a este respecto B. Nichtweiss, *Erik Peterson. Neue Sicht auf Leben und Werk*, Friburgo, 1994, 810.

que Schmitt veía que «la liquidación de la teología política por parte de la teología –el caso Peterson– no es sino la apertura de otra política, la que deslegitima al Estado como instancia central, soberana, total y cuestiona la sociedad homogénea, el pueblo que lo sostiene.»⁴⁶ En este sentido, Schmitt percibía que tal intento de liquidación no era sino la prueba de que la teología había sucumbido al liberalismo. Quizá por ello su reedición de la teología política no sería más que el propósito, cual plan de emergencia, de salvar «una estructura de poder sin vida, sin espíritu y sin futuro».⁴⁷

El cometido de Koselleck no era, empero, escudriñar la urdimbre de la teología política. Para él, la importancia de Hobbes radicaba en haber puesto sobre la mesa una solución al conflicto de las guerras de religión. Dado que los Estados confesionales, tomando a Francia como ejemplo, son incapaces de mantener el orden civil, se ha de «privatizar» la convicción moral y dejarle a la política únicamente el tener que velar por la paz social. Y es aquí donde se encuentra la primera *escisión* moderna, la escisión entre moral y política, que conducirá a la autonomía de la subjetividad. En su tesis doctoral, Koselleck denomina a este fenómeno «el giro hacia la modernidad» (*die Wende zur Neuzeit*).⁴⁸ El giro hacia la modernidad seguirá siendo decisivo en el pensamiento de Koselleck aún años más tarde. Téngase en cuenta que el objetivo último de las cuatro «hipótesis»⁴⁹ que vertebran los *Geschichtliche Grundbegriffe* es interrogarse sobre este giro hacia la modernidad. Es más, los

46. J. L. Villacañas, “La leyenda de la liquidación de la teología política”, en Carl Schmitt, *Teología política*, Madrid, 2009, 135-180, aquí: 169.

47. J. L. Villacañas, *Teología política imperial y comunidad de salvación cristiana*, Madrid, 2016, 599.

48. R. Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Untersuchung...* *op. cit.*, 20 y 46. Resulta llamativo que tal expresión no aparezca en la publicación de la tesis. En dicha publicación encontramos una formulación similar «entscheidende Wendung», pero en un estado de cosas algo distinto al de la tesis doctoral, pues los pasajes de esta última donde aparece «Wende zur Neuzeit» no se encuentran en la publicación. Cf. R. Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie...* *op. cit.*, 68. En la nueva formulación para la publicación de su tesis doctoral Koselleck podría estar jugando con el sentido etimológico del concepto crisis (κρίσις) en cuanto separación (*Scheidung*) o decisión (*Entscheidung*), tal como él mismo desarrollará años más tarde en la voz correspondiente a este concepto en el gran diccionario. Cf. el artículo “Krise” en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (Dir.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 3 Stuttgart, Klett-Cotta, 1982, 617-650, aquí: 617-618. Por último, es necesario señalar también una formulación semánticamente similar: «el proceso de transformación hacia la modernidad» (*Umwandlungsprozeß zur Moderne*), expresión ésta que aparece en R. Koselleck, “Einleitung”, en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (Dir.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 1, *op. cit.*, XV-XVIII, aquí: XIX.

49. En el séptimo volumen del gran diccionario Koselleck llama hipótesis a lo que en el primer volumen era considerado como criterios. Sobre el término «criterio» cf. R. Koselleck, “Einleitung”, *op. cit.*; sobre el término «hipótesis» véase Reinhart Koselleck, “Volk, Nation, Nationalismus, Masse”, en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (Dir.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 7, *op. cit.*, 141-431, aquí: 147. Los cuatro criterios considerados posteriormente como hipótesis son democratización, temporalización, ideologización y politización.

conceptos del *Lexikon* dan cuenta de este giro en la medida que son capaces de registrar los cambios estructurales, haciendo avanzar la historia en este proceso de registro.⁵⁰

Al principio del tercer capítulo de la tesis expone también de forma sintética el planteamiento que desarrolla a lo largo del libro. En esta ocasión, el planteamiento es expuesto de tal modo que la influencia de Karl Löwith queda reflejada de manera nítida: el abismo existente entre el sentimiento de superioridad moral de la burguesía y su carencia de poder político real en el Estado absolutista fue superado mediante la construcción teórica de una filosofía de la historia que dejaba entrever el dominio al que se aspiraba como un resultado inevitable de la historia futura.⁵¹ El elemento nuclear de su planteamiento es, por tanto, el ataque político de la Ilustración al Estado absolutista con medios morales que parten de pretensiones que van más allá del ámbito político. La burguesía oculta detrás de la máscara de un ideal de humanidad su ansia de llegar al poder por interés de clase. Aquí es donde reside, según Koselleck, la hipocresía de la Ilustración: ésta dirige sus críticas al Estado absolutista en nombre de la humanidad en general, cuando, en realidad, lo que quiere es imponer sus intereses particulares. Se trata, en el fondo, de una clase social con pretensiones e intereses que no puede realizar con la situación de inferioridad política en la que se encontraba a mediados del siglo XVIII. Y es en este momento en el que nace la filosofía de la historia como una suerte de «grito de la criatura oprimida».⁵² Hablar de filosofía burguesa de la historia resultaría, por tanto, tautológico, ya que la filosofía de la historia sería fruto de la inferioridad política de la burguesía bajo el Estado absolutista.

3. La recepción de *Crítica y crisis*

En cuanto a la recepción de *Crítica y crisis*, no deja de resultar llamativa la percepción de Koselleck sobre la circunstancia de que la versión impresa de su tesis, según sus propias palabras, «se nutrió en buena medida de la influencia de Hannah Arendt sobre los orígenes y los elementos de la dominación totalitaria, pero de esto, quizá porque fui catalogado de schmittiano, nadie se dio o quiso darse cuenta».⁵³ Koselleck quiere, en cierto modo, defenderse o, al menos, poner límites a la recepción de su obra como una prolongación de las tesis schmittianas. A este respecto recuerda que: «A quien mostraba su agradecimiento a Carl

50. R. Koselleck, “Volk, Nation, Nationalismus, Masse”, *op. cit.*, 147.

51. R. Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie...* *op. cit.*, 108. Cf. H. Joas, “Die Kontingenz der Säkularisierung. Überlegungen zum Problem der Säkularisierung im Werk Reinhart Koselleck”, en H. Joas y P. Vogt (Dir.), *Begriffene...* *op. cit.*, 319-338, aquí: 328.

52. Extrapolamos al origen de la filosofía de la historia la expresión que Marx formula en referencia a la esencia de la religión en su *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*: K. Marx, “Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie”, en K. Marx y F. Engels, *Werke*. Vol. 1, Berlín, 1976, 378-391, aquí: 378. Sobre la filosofía de la historia (su pasado, presente y lo que pueda ser su futuro) véase A. Gómez Ramos, *Reivindicación del centauro. Actualidad de la filosofía de la historia*, Madrid, 2003.

53. R. Koselleck, “Dankrede...”, *op. cit.*, 53.

Schmitt, se le consideraba su vocero, a quien citaba teorías de la conspiración del siglo XVIII, se le consideraba un teórico de la conspiración. Del mismo modo que a quien criticaba un dualismo inspirado política o moralmente se le consideraba un dualista». ⁵⁴ En alguna ocasión llegó a señalar que las lecturas reduccionistas de su obra le supusieron la pérdida de su primera cátedra en la Universidad de Constanza: «mi nombre –como también el de Hans Blumenberg– fue tachado de la lista de los aspirantes entre otras razones con el argumento de que era “schmittiano”, después de tener ya en el bolsillo la aceptación de mi candidatura por parte de la Facultad.» ⁵⁵

Muy probablemente esté en lo cierto Koselleck al llamar la atención sobre lo inapropiado e injusto de reconocer en su tesis doctoral únicamente la huella de Schmitt, pasando así por alto la presencia de otros autores a lo largo de su investigación. Sin embargo, no parece posible negar que este trabajo, en el que traza las líneas del nacimiento del pensamiento político burgués y de la filosofía de la historia en la época ilustrada, se mueva dentro de las coordenadas que Schmitt buscaba establecer entre filosofía de la historia y teología de la historia. ⁵⁶ Por aquel entonces, las tesis de Schmitt al respecto carecían de un fundamento firme. ⁵⁷ Asimismo, su producción intelectual se encontraba estancada desde 1949, a parte de su librito *Hamlet o Hécuba* y la *Teoría del partisano* no publicó ningún texto destacado a partir de ese año. ⁵⁸ Schmitt confía esta tarea a su nueva generación de discípulos, entre los que

54. R. Koselleck, “Dankrede...”, *op. cit.*, 55. En este punto Koselleck esté pensando quizás en la dura crítica de Habermas en “Verrufener Fortschritt - verkanntes Jahrhundert. Zur Kritik an der Geschichtsphilosophie”, en *Merkur*, 1960, 468-477. En los primeros párrafos de la reseña de Habermas a *Crítica y crisis* la argumentación para situarlo en las coordenadas teóricas de Schmitt es relativamente velada (p. 472), pero las últimas líneas son una acusación directa (tanto a Koselleck como a Hanno Kestlin): «Immerhin sind wir dankbar, von so gescheiterten Autoren zu erfahren, wie Carl Schmitt, ein so denkender Spezialist, die Lage heute beurteilt.» (p. 477).

55. “Formen der Bürgerlichkeit. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Manfred Hettling und Bern Ulrich”, en *Mittelweg* 36, 2, 2003, 75. Citado por F. Oncina, “Necrológica del *Outsider* Reinhart Koselleck: el ‘historiador pensante’ y las polémicas de los historiadores”, en *Isegoría*, 37, 2007, 35-61, aquí: 41, nota 13.

56. De hecho el propio Schmitt publicó una reseña sobre *Crítica y crisis*: C. Schmitt, “Rezension von Koselleck, Kritik und Krise”, en *Das Historisch-politische Buch*, 1959, 301-302. Los dos esbozos de esta reseña se encuentran en el *Nachlass Carl Schmitt*, junto a una carta que Schmitt le envió a Koselleck el 21/06/1959. Si bien hay variaciones entre ambos esbozos, la tesis fundamental no varía, a saber: «Crítica y crisis no es un libro de historia de las ideas al estilo de la *Idea de razón de Estado* de Meinecke», C. Schmitt a R. Koselleck, en RWN 260-386. Koselleck finalmente se decantó por el segundo esbozo. Cf. R. Mehring, “Begriffsgeschichte mit Carl Schmitt”, en H. Joas y P. Vogt (Dir.), *Begriffene Geschichte*, *op. cit.*, 138-168, aquí: 140, nota 15.

57. R. Mehring, *Carl Schmitt... op. cit.*, 492.

58. R. Mehring, *Carl Schmitt... op. cit.*, 505. Se hace necesario en este punto llamar la atención sobre el hecho de que Schmitt se encargó de redactar el prólogo a la traducción que su hija Anima hizo del libro de Lilian Winstanley titulado *Hamlet and the Scottish Succession*, publicado en 1921. La traducción de Anima Schmitt, con el prólogo de su padre, se publicó en 1952 con el título *Hamlet, Sohn der Maria Stuart*; publicación datada, pues, cuatro años antes de que Schmitt publicase su libro sobre Hamlet. De Koselleck

destacan especialmente Nicolaus Sombart, Hanno Kesting y el propio Koselleck. «Lo que por aquel entonces se estaba considerando era la disyunción entre filosofía de la historia y teología de la historia para llevar a cabo de manera fructífera una crítica ideológica del utopismo del progreso y asegurar así un nuevo terreno a la crítica universalista.»⁵⁹

El propio Koselleck dedica su tesis doctoral a Carl Schmitt, «quien, como es notorio, además de subrayar la importancia de la literatura del arcano, imputa a la Ilustración –al carácter pernicioso de la publicidad– y a la Revolución la presunta responsabilidad de las patologías modernas. Este lastre schmittiano motiva el repudio de las tesis del libro por parte de Habermas en su reseña *Crítica a la filosofía de la historia*.»⁶⁰ Con este tipo de afirmaciones Koselleck no se lo puso difícil a Habermas. El máximo representante de la segunda generación de la Escuela de Fráncfort bien podía ya redactar su particular pliego de cargos. Y quizá no le falte razón cuando echa en falta un apartado dedicado a la figura de Koselleck en el libro de Dirk van Laak sobre la presencia de Carl Schmitt en la historia de la cultura política de los comienzos de la República Federal de Alemania,⁶¹ pudiendo así situarlo bajo la égida del conservadurismo revolucionario abanderado por el jurista de Plettenberg. «Habermas, por otra parte, parece no ser consciente de que su *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (1962) tiene una importante deuda con Koselleck.»⁶² De hecho, los análisis de Habermas sobre la evolución de lo público a lo largo de la historia –en una constante dialéctica con el espacio de lo privado, lo que le permite caracterizar el concepto de opinión pública en el proceso de ascenso político de la burguesía– difícilmente podrán entenderse sin la referencia a *Crítica y crisis*. Téngase en cuenta la cercanía temporal de ambos escritos: Koselleck defiende su tesis en 1954, la publica en 1959 y la primera edición del libro de Habermas es de 1962. En el plano de los elementos concretos pueden verse, por ejemplo, las referencias a la masonería⁶³ a través de la figura de Lessing que se encuentran en el apartado V del capítulo II de *Historia y crítica de la opinión pública* para tratar la problemática de las instituciones de la publicidad como un ideal democrático que emerge en el

se conserva un esbozo de recensión a esta traducción de Anima Schmitt: R. Koselleck, “Hamlet, Sohn der Maria Stuart”, en H. Joas y P. Vogt (Dir.), *Begriffene... op. cit.*, 169-170.

59. R. Mehring, *Carl Schmitt... op. cit.*, 492. Respecto al concepto de utopía y utopismo en Koselleck, en una reciente publicación afirma Faustino Oncina que «la utopía depende de la posibilidad de ser de otra manera, pero el utopismo es inexorablemente totalitario en la medida en que entraña la abolición de la contingencia, de la inconmensurabilidad en los humanos entre deseo y realización, intención y realidad. Aun admitiendo la necesidad de matizaciones, despacha al “utopista” como “alguien que quiere de forma insensata algo irreal y no factible” y condena a los hipotéticos “utopianos” a sufrir los engendros monstruosos de sus sueños.» F. Oncina Coves, “Utopías y ucronías en la teoría de los tiempos históricos de la historia conceptual”, en F. Oncina y J. de Dios Bares (Dir.), *Utopías y ucronías. Una aproximación histórico-conceptual*, Barcelona, 2020, 13-38, aquí: 18.

60. R. Koselleck/H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, 1997, 78, nota 11.

61. D. van Laak, *Gespräche... op. cit.*, 1993.

62. F. Oncina, “Historia conceptual y hermenéutica”, en *Azafea*, 5, 2003, 161-190, aquí: 184, nota 47.

63. J. Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, 1982, 73.

encuentro con el privilegio soberano del secreto y del que la masonería sería la realización práctica de ese ideal.⁶⁴ Tema, éste, central, sin duda, del primer libro de Koselleck. Sin olvidar tampoco la reconstrucción crítica que lleva a cabo Habermas de los argumentos que usa Hobbes para captar la función de la opinión pública recurriendo al concepto de soberanía.⁶⁵ Téngase en cuenta en este punto el papel que juega para Koselleck el concepto de soberanía vinculada estrechamente a la noción de sujeto hobbesiano entendiendo éste como un sujeto escindido en dos esferas: la esfera política externa referida a las acciones del sujeto que actúa bajo la ley (el «ciudadano») y la esfera interna de la conciencia (el «hombre»). Es en esta última esfera donde se encuentra uno de los grandes arcanos de la masonería, a saber, que la libertad en secreto es el secreto de la libertad.⁶⁶ Resulta asimismo llamativo que esta temática de la tesis doctoral de Koselleck llega incluso a dar título a uno de los apartados cruciales de *Historia y crítica de la opinión pública*: Se trata del primer apartado del capítulo V titulado «La tendencia al ensamblamiento de esfera pública y ámbito privado».

La separación entre la esfera interna y la esfera externa del sujeto podría ser muy probablemente el caballo de batalla de toda interpretación política de la obra Hobbes. El uso conceptual que de esa separación hace Koselleck encuentra una referencia directa en el libro de Schmitt sobre Hobbes, donde habla específicamente de esa «separación entre lo interno y lo externo»;⁶⁷ e incluso llega a considerar que «la separación entre el dentro y el afuera, lo privado y lo público, no dominaba no sólo el pensamiento jurídico, sino que correspondía a la convicción general de todos los eruditos.»⁶⁸ La problemática de la interioridad –o, más específicamente, la «soberanía de la interioridad»– es, en todo caso, una cuestión que se remonta, cuanto menos, a la teología paulina en tanto en cuanto se trata de un punto cardinal de la «nueva religión de salvación».⁶⁹

4. Toma de contacto con Carl Schmitt

El reconocimiento público de la deuda con Carl Schmitt muestra sobre todo el arrojo ante el fariseísmo de una intelectualidad alemana que se nutría en buena medida de los textos de Carl Schmitt sin reconocer abiertamente su herencia. «Manifestar en el *Prólogo* mi agradecimiento a Schmitt – reconoce Koselleck– fue ya un acto de coraje. Pues apenas nadie se había atrevido por aquel entonces a hacer algo así, aunque todos sus escritos fueron leídos

64. Cf. J. Dean, “Publicity’s Secret”, en *Political Theory*, 5, 2001, 624-650, aquí: 626.

65. J. Habermas, *Historia... op. cit.*, 118.

66. R. Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie... op. cit.*, 60.

67. C. Schmitt, *Der Leviathan... op. cit.*, 87.

68. C. Schmitt, *Der Leviathan... op. cit.*, 91

69. J. L. Villacañas, *Teología... op. cit.*, 200. Villacañas abunda en este aspecto argumentando que el griego estaba «mucho más volcado a la exterioridad de un cosmos sagrado en sí mismo. Pablo [...] reinicia la racionalización ética del griego, pero al hacerlo culmina la desacralización del cosmos.» (*op.cit.*, 201).

y discutidos.»⁷⁰ Y es que, desde la derrota del nacionalsocialismo, Carl Schmitt estaba en el punto de mira por su simpatía e implicación ideológica con el régimen, especialmente en los textos publicados alrededor de los años 30.⁷¹ Tras finalizar la II Guerra Mundial, pierde la cátedra que ostentaba en Berlín. El 30 de abril de 1945, día en el que Hitler se casa y se suicida, Schmitt es temporalmente arrestado e interrogado por militares soviéticos en su casa de la capital alemana.⁷² El 26 de septiembre de ese mismo año es arrestado por tropas estadounidenses y llevado al centro de interrogatorios de Berlín-Wannsee. Pasado un mes, el 31 de octubre de 1945, es trasladado al campo de internamiento Berlín/Lichterfelde-Süd. A partir de esta fecha y hasta el 10 de octubre de 1946, Schmitt pasará por varios campos de internamiento.⁷³ En mayo de 1947, por fin liberado, se retira a Plettenberg, su ciudad natal situada en la región de Renania del Norte Westfalia. Desde esa fecha y hasta finales de 1950 será un periodo de búsqueda y restablecimiento de contactos, amén de la inseguridad económica, en la vida del jurista alemán. Hasta la fundación de la República Federal de Alemania (23 de mayo de 1949) Schmitt tenía prohibido publicar.⁷⁴ «Su pasado nacionalsocialista no se había olvidado. Ya no podía retomar su carrera académica; como autor tenía ciertas dificultades y como conferenciante ya no levantaba tanta expectación.»⁷⁵

En 1950, año en el que fallece su mujer en la Krehl-Klinik de Heidelberg, Schmitt comienza a fortalecer los contactos con jóvenes talentos. Fue en ese mismo año cuando entabló por primera vez contacto personal con Koselleck.⁷⁶ Por aquella época los vínculos intelectuales se establecían más allá de las facultades particulares, y Heidelberg fue buen ejemplo de ello.⁷⁷ El círculo de amigos surgido de los estudiantes que frecuentaban el *Privatissimum* de Alfred Weber en Heidelberg que ya estaban en contacto con Carl Schmitt, y cuya relación procuraban cuidar y fortalecer, fue el punto de contacto entre Koselleck y el jurista alemán. Especialmente importantes, dada su labor mediadora, fueron las figuras de los sociólogos Hanno Kesting y Nicolaus Sombart,⁷⁸ que posteriormente serían también los jóvenes más

70. "Formen der Bürgerlichkeit... *op. cit.*, 75. Citado por Faustino Oncina, "Necrológica...", *op. cit.*, 41, nota 13.

71. Cf. J. W. Bendersky, "Carl Schmitt and Nuremberg", en *Telos: Critical Theory of the Contemporary*, 1987, 91-96.

72. R. Mehring, *Carl Schmitt...* *op. cit.*, 438.

73. R. Mehring, *Carl Schmitt...* *op. cit.*, 443.

74. R. Mehring, *Carl Schmitt...* *op. cit.*, 470.

75. R. Mehring, *Carl Schmitt...* *op. cit.*, 504.

76. Cf. R. Koselleck, "Dankrede...", *op. cit.*, 34-35.

77. S. P. Remy, *The Heidelberg Myth: The Nazification and Denazification of a German University*, Cambridge, 2003. Sobre la presencia e influencia de Schmitt en los círculos universitarios de Heidelberg véanse especialmente las páginas 222-223; así como D. van Laak, *Gespräche...* *op. cit.*, 186-192. Sobre la relación de Schmitt con el *Collegium Philosophicum* de Münster véase H. Ritter, *Verehrte Denker: Porträts nach Begegnungen*, Springe, 2012, 7-9; y, de nuevo, D. van Laak, *Gespräche...* *op. cit.*, 192-200.

78. D. van Laak, *Gespräche...* *op. cit.*, 188 y 272; así como R. Mehring, "Begriffsgeschichte..." *op. cit.*, 150.

representativos dentro del círculo que se formó en torno a Schmitt y que frecuentarían el *Privatissimum* de Plettenberg.⁷⁹

La figura de Schmitt fue, sin duda, decisiva, y no solo en los primeros escritos de Koselleck, sino también en el monumental diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe*. De hecho el elenco de categorías que introducen como reacción contra la filosofía de la conciencia y contra la metafórica especular se ve incluso desplazado por la fascinación que Carl Schmitt –con un sino común al heideggeriano– ejerce entre quienes profesan la *Begriffsgeschichte* en Alemania. Allá por los años 50 el círculo de Joachim Ritter en Münster, con Hermann Lübbe como miembro aventajado, y el «club de fans» schmittianos surgido de los alumnos disidentes del sociólogo Alfred Weber en Heidelberg, entre ellos Reinhart Koselleck, que años más tarde creó su propio entorno en Bielefeld (cuya universidad fue fundada a instancias de la política académica de Lübbe, secretario de Estado de Renania Westfalia del Norte, donde él mismo recaló efímeramente [1969-1971] tras su abandono del Ministerio), representan pruebas rotundas de esa hiedra conservadora de la que tanto ha recelado y continúa recelando Habermas.⁸⁰

Sin duda alguna, Koselleck «ha prodigado sin rebozo sus alusiones al jurista luciferino como precursor de su *Begriffsgeschichte*.»⁸¹ En una conversación con Christof Dipper, Koselleck no se anda con rodeos a la hora de reconocer la impronta de la metodología schmittiana en su obra:

Carl Schmitt fue uno de los grandes estímulos, siempre llamaba la atención sobre las consecuencias de las acciones políticas en los conceptos jurídicos. Él siempre me exigía que comparase enciclopedias y me preguntaba constantemente: ¿qué significaba un término en una época concreta, ¿dónde, qué y para quién? Y esta rigurosa pregunta la había expuesto él mismo de manera brillante en su escrito sobre la dictadura.⁸²

Puede apreciarse, pues, el papel decisivo que desempeñó Schmitt en la configuración del pensamiento de Koselleck y en su práctica de la historia conceptual. Se trata de una deuda que perduraría a lo largo de los años, lo cual él mismo, como se acaba de mostrar, nunca dejó de reconocer. En siguiente apartado seguirá abundando en la relación entre Koselleck y Schmitt desde la correspondencia entre ambos.

79. N. Sombart, *Rendezvous...*, *op. cit.*, 203.

80. J. L. Villacañas y F. Oncina, “Introducción”, en R. Koselleck/H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, *op. cit.*, 9-54, aquí: 23

81. F. Oncina, “Historia...”, *op. cit.*, nota 47.

82. R. Koselleck/Ch. Dipper, “Begriffsgeschichte, Sozialgeschichte, begriffene Geschichte”, en *Neue politische Literatur*, 43, 1998, 187–205, aquí: 187. Cf. R. Koselleck, “Begriffsgeschichtliche Probleme der Verfassungsgeschichtsschreibung”, en *Begriffsgeschichten*, Fráncfort del Meno, 2006, 365-401.

5. La presencia de Schmitt y la intrahistoria de la tesis doctoral

Como se señaló al inicio de este ensayo, el intercambio de cartas entre ambos autores que se encuentra en el *Nachlass Carl Schmitt* comienza el 21 de enero de 1953 y termina el 20 noviembre 1983. Si bien la asiduidad de la correspondencia va menguando considerablemente a partir del momento en que Koselleck obtiene la plaza de catedrático –primero en la facultad de ciencias políticas de la Universidad de Bochum (1966-1967), después en la facultad de historia en la Universidad de Heidelberg (1968-1973) y finalmente en Bielefeld (1974-1988) donde ocupará la cátedra de Teoría de la historia–⁸³ ambos autores mantendrán una relación más que cordial hasta el fallecimiento del jurista alemán. Al abrir los archivos de esta correspondencia, lo primero que salta a la vista no es precisamente una carta, sino una postal que Koselleck envía a Schmitt desde Escocia con una imagen del *Glenfinnan Monument*, monumento que conmemora la causa jacobita en la rebelión de 1745 que intentaba restaurar por tercera vez a la familia Estuardo en el trono de Gran Bretaña.

En la primera carta, con fecha del 21 de enero de 1953, Koselleck agradece a Schmitt su hospitalidad por haberle recibido y acogido en su casa de Plettenberg; asimismo, muestra su agradecimiento por la deferencia al haber leído detalladamente el borrador de su tesis doctoral.⁸⁴ Koselleck, además de fascinado, se siente intelectualmente deudor de Schmitt. Un fragmento de esa primera carta representa de manera ejemplar el acercamiento intelectual al jurista de Plettenberg. Aunque no sólo eso. En ella aparece ya *in nuce* diferentes aspectos propios de la historia conceptual que Koselleck irá desarrollando con el paso de los años.

El componente emocional y de admiración hacia Schmitt que se manifiesta en los primeros años de correspondencia marca el tono de la escritura. Koselleck deja entrever asimismo la incertidumbre respecto a su futuro. Entre ambos se crea una atmósfera de cordialidad muy especial. En noviembre de 1953, el joven historiador se encuentra en Bristol, Schmitt ha leído su tesis, no por encima, sino *durchgelesen*, y se reserva las sugerencias para un encuentro en Plettenberg que Koselleck le propone para poco antes de la Navidad de ese mismo año. La simpatía de Schmitt por Koselleck y la afinidad con el tema de su tesis doctoral resultan evidentes. En una carta fechada el 11/11/53 Schmitt le escribe a Koselleck:

Su tesis doctoral ha superado la travesía de Bristol a Plettenberg y ha llegado aquí con éxito. La he recibido con gran alegría y acabo de mantener una excelente conversación con ella [...] Ya la he revisado y me he preparado una serie de notas para nuestra conversación de enero que con tantas ganas espero⁸⁵ [...] En este momento la pregunta que más me ocupa es la de saber cómo van a afrontar los examinadores de Heidelberg este extraordinario trabajo. ¿Le dirán a

83. N. Olsen, *History in the plural. An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*, New York/Oxford, 2012, 6.

84. R. Koselleck a C. Schmitt, 21/01/1953, en RW 265-8131. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 9-17, aquí: 9

85. La cita estaba prevista para enero de 1954. Al adelantarse la defensa de la tesis a esa fecha, Koselleck le propone a Schmitt el encuentro para la Navidad de 1953.

usted, siguiendo a Lessing, *sabes que ya eres medio masón?*⁸⁶ ¿Van a considerarlo su trabajo como la violación de un tabú cuando se toca el *dualismo entre política y moral* y no verán en ello sino una amenaza para su propia existencia intelectual?⁸⁷

Puede apreciarse aquí claramente que, como se señaló anteriormente, el concepto *Dualismus von Moral und Politik* del que se servirá Koselleck para sustituir el de *moralischer Dualismus* procede igualmente del aparato conceptual de Carl Schmitt.⁸⁸ Desde Bristol, Koselleck responde parcialmente a estas preguntas unas semanas más tarde, el 29 de noviembre de 1953, no sin cierta molestia por esa referencia a Lessing:

La advertencia de Lessing no me la hará nadie. A lo que sí podrían referirse es a la supuesta neutralidad de una metodología científica para poder reprocharme una falta de cientificidad en nombre de un planteamiento metodológico diferente que corresponda a esa neutralidad. Y, sin duda, tácticamente me he ajustado demasiado poco a ello. El profesor Kühn es tan tolerante que puede admitir mi planteamiento del problema, pero me temo que con este trabajo he agotado hasta tal punto su tolerancia que no daría un paso más allá aunque fuese necesario [...] Habrá que escuchar también la exposición del profesor Löwith, cuyo escepticismo en torno a la filosofía de la historia –¡a no ser que fuese cosa de la emigración!– no entra en absoluto en contradicción con mi trabajo.⁸⁹

En enero de 1954 Koselleck ha de defender su tesis doctoral. La tesis está ya entregada en Heidelberg para la lectura de los evaluadores (Johannes Kühn, su director, y Karl Löwith), pero el aún doctorando reside en Bristol, ciudad en la que trabaja como lector, tiempos en los que la carrera académica aún quedaba lejos. Tal como se aprecia en el fragmento de la carta de Schmitt, el encuentro en Plettenberg estaba acordado en un primer momento para enero del 54, pero Koselleck envía una carta al jurista alemán pidiéndole adelantarla:

Dado que es muy poco probable que la defensa de la tesis tenga lugar antes de Navidad y que, por otro lado, el examen quizá sea en la segunda semana de enero, querría preguntarle, muy estimado profesor, si, en lugar de en enero, podría visitarle poco antes de Navidad. Entre el 17 y el 20 de diciembre pasaré por Westfalia para ir a casa y le estaría muy agradecido si me escribiese

86. Schmitt se refiere al texto *Ernst y Falk. Diálogo para masones*: «¿Sabes, amigo, que ya eres medio masón?» (*Weißt du, Freund, daß du schon ein halber Freimäurer bist?*), en Gotthold Ephraim Lessing, *Werke*. Vol. 8, Múnich, 1970, 458.

87. C. Schmitt a R. Koselleck, 11/11/1953, en RWN 260-386. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 31. La cursiva en la cita es nuestra.

88. Cf. notas 34 y 35.

89. R. Koselleck a C. Schmitt, 29/11/1953, en RW 265-8134. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 34-35, aquí: 34.

confirmándome si le puedo visitar uno de esos días. Si el examen se programara para enero, tal vez iría muy justo de tiempo, ya que el semestre aquí comienza el 15 de enero.⁹⁰

Koselleck defiende finalmente la tesis en Heidelberg el mes de enero del 54, pero el futuro aún es incierto. El recién doctorado muestra a Schmitt sus dudas e inquietudes sobre el porvenir de un modo bastante explícito. ¿Sigue adelante en Bristol o vuelve a Alemania? Ideas para investigar, desde luego, no le faltan. En una carta fechada el 14/11/1954 escribe:

La pregunta que debo elaborar próximamente está relacionada con mi puesto de aquí en Bristol. Mi profesor de aquí me ofreció un segundo año de lectorado. Si acepto mantener el puesto en esta universidad, un puesto que a la larga no es precisamente apasionante, tendría la posibilidad, relativamente bien pagada, de tratar un tema inglés en amplios periodos de *tiempo libre* y en las vacaciones pagadas. Es posible que el tema lo pueda continuar en Estados Unidos, donde tal vez podría obtener una beca. En los dos años siguientes podría intentar investigar, siguiendo la línea trazada en el trabajo que he realizado hasta ahora, la filosofía del progreso (y la filosofía cíclica) del siglo dieciocho con sus implicaciones política e históricas [...] Naturalmente, habría aún una gran cantidad de temas que, según creo, no han sido expuestos de manera adecuada. Por ejemplo, la creciente *democratización* de Inglaterra y el correspondiente papel del Imperio, o Disraeli y Marx.⁹¹

Meses más tarde, el joven Koselleck dejará a un lado estas inquietudes sobre su futuro en el mundo anglosajón al recibir una propuesta para trabajar en el Instituto para la Investigación Social (*Sozialforschungstelle*) fundado por la Universidad de Münster, y cuya sede se encuentra a unos setenta kilómetros de distancia, en la ciudad de Dortmund. En una carta del 6 de enero de 1955 escribe: «Sobre mi futuro aún no sé nada. El señor Popitz se había esforzado por encontrarme un posible trabajo en el Instituto de Dortmund y precisamente recibí una invitación del profesor Ipsen para ir a hablar con él a final de mes.»⁹² Koselleck ve con buenos ojos la propuesta de trabajar en el Instituto de Dortmund, ya que esto le permitiría investigar, desde una perspectiva más sociológica, sobre temas actuales. Sin embargo, hay algo que no le convence del todo. Se trata precisamente de profundizar en esa perspectiva sociológica. El joven investigador se plantea cuánto le alejaría ese puesto de una futura carrera como historiador.

Koselleck acaba abandonando Bristol de manera definitiva y con ello los proyectos que le supondrían afincarse e intentar hacer carrera en el mundo anglosajón. Acepta el puesto en Dortmund, pero poco después lo rechaza por una plaza de asistente con Johannes Kühn en

90. R. Koselleck a C. Schmitt, 29/11/1953, en RW 265-8134. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 34-35.

91. R. Koselleck a C. Schmitt, 14/11/1954, en RW 265-8135. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 43.

92. R. Koselleck a C. Schmitt, 06/07/1955, en RW 265-8141. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 90-101, aquí: 95.

Heidelberg. En una carta fechada el 28/08/1955, esta vez enviada no desde Bristol sino desde la ciudad de Hannover, de cuya *Pädagogische Hochschule* era docente su padre, le habla a Schmitt del nuevo cambio:

De repente, tras mi vuelta de Dortmund, me encontré en casa en una difícil situación. Al llegar tenía una carta del profesor Kühn en la que me animaba a incorporarme inmediatamente a su puesto de asistente. En cierto modo, estaba obligado a cometer al menos una tontería. Al final, tras considerarlo detenidamente, me decidí a aceptar el puesto de Heidelberg y pasar el mal trago de rechazar el de Dortmund una vez aceptado [...] Pero mientras siga aspirando a un habilitación en historia, el acceso a Heidelberg me parece más llano, a pesar de que me expongo a la incertidumbre de lo que sucederá cuando el Profesor Kühn le deje su cátedra a un todavía desconocido sucesor.⁹³

El sucesor de Johannes Kühn sería finalmente Werner Conze, lo cual le supuso, pasado el tiempo, que su trabajo de habilitación debiera moverse dentro de las coordenadas de una historia social que apenas dejaba espacio para la teoría de los tiempos históricos. En definitiva, si quería seguir adelante, debía reorientar, al menos en principio, la dirección de su investigación. El trabajo de habilitación era el siguiente paso. Koselleck tenía ya por aquel entonces planeado llevar a cabo un estudio comparativo de las estructuras temporales del Congreso de Viena con las del Tratado de Versalles y presentarlo como trabajo de habilitación. Werner Conze tenía, sin embargo, otros planes para él. La dimensión histórico-conceptual del Congreso de Viena no encajaba del todo con el grupo de investigación que Conze había formado en Heidelberg en 1957. El sucesor de Kühn le ofreció escribir un libro sobre historia del derecho de Prusia que se convertiría posteriormente en su trabajo de habilitación gracias al cual obtuvo la *venia legendi*.⁹⁴ He aquí las palabras del propio Koselleck años más tarde sobre las que, a la sazón, eran las nuevas directrices de su investigación:

La pregunta por los tiempos históricos se encontraba ya implícita en mi tesis doctoral [...] Antes de que Werner Conze llegase a Heidelberg como mi segundo maestro, intenté escribir un trabajo de habilitación que debía comparar las estructuras temporales del Congreso de Viena con el Tratado de Versalles. Esto habría conducido a contrastar la antigüedad de los títulos jurídicos, su fuerza innovadora y su durabilidad en la vida política, un contraste que habría sido favorable al Congreso de Viena [...] Sin embargo, Wener Conze no tenía interés en este trabajo sobre la temporalidad en el ámbito del derecho internacional. Él me propuso el libro sobre Prusia. En él traté de manera implícita cuestiones teóricas referidas a la temporalidad sin llegar a exponerlas en la teoría. A pesar de ello, el libro sobre Prusia es un libro

93. R. Koselleck a C. Schmitt, 28/08/1955, en RW 265-8142. Ahora en R. Koselleck/C. Schmitt, *Der Briefwechsel... op. cit.*, 101-103, aquí: 102.

94. R. Koselleck, *Preußen zwischen Reform und Revolution*, Stuttgart, 1989.

teórico-temporal porque en él mido la duración de la validez del derecho y su fuerza de transformación en dimensiones temporales.⁹⁵

A pesar de las diferencias iniciales entre ambos historiadores, «no es exagerado afirmar que para Conze el trabajo del que por aquel entonces fuera su asistente cumplía exactamente con lo que él había considerado que debía ser una buena historia de las estructuras.»⁹⁶ Con la *venia legendi* recibida por la investigación sobre Prusia Koselleck cumple ya los requisitos para optar a una cátedra (*Professur*). El primer destino en esa búsqueda será Bochum, después Heidelberg y, finalmente, la cátedra de Teoría de la historia en Bielefeld. Este nuevo cambio no supone detrimento alguno en la relación con Schmitt, si bien es cierto que aumenta la distancia temporal en la correspondencia. Koselleck, siempre respetuoso, se disculpa por estos retrasos. Trabajo, familia y, sobre todo, la burocracia universitaria que comienza a aumentar considerablemente tras ser nombrado director del *Zentrum für interdisziplinäre Forschung* de Bielefeld le ocupan un tiempo precioso. La relación intelectual y personal sigue igual de intensa, aunque Koselleck ya no visita a Schmitt con tanta frecuencia, ni Schmitt se presenta de manera espontánea en casa de los padres de Koselleck como lo hacía antes. Koselleck le sigue enviando textos junto con la correspondencia. Pero ya no son libros o artículos que ha leído y que podrían interesar al jurista alemán, sino que se trata de su propia producción intelectual. Artículos, conferencias, los primeros volúmenes de los *Geschichtliche Grundbegriffe*, la traducción española de *Kritik und Krise*, etc.

En todo caso, el pensamiento de Schmitt ejerció una influencia sobre el desarrollo de la historia de los conceptos de Koselleck que éste nunca disimuló. Ahora bien, esta influencia es eminentemente teórica, y no ya política. De otro modo difícilmente podrían entenderse los postulados en absoluto conservadores que arguyó Koselleck en la polémica en torno a los monumentos en conmemoración a las víctimas de la II Guerra Mundial.⁹⁷ Esto no significa, sin embargo, que la relación entre el jurista y el historiador quede definitivamente libre de toda controversia.

95. R. Koselleck, “Zeit, Zeitlichkeit und Geschichte – Sperrige Reflexionen. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Wolf-Dieter Narr und Kari Palonen”, en *Zeit, Geschichte und Politik. Zum achtzigsten Geburtstag von Reinhart Koselleck*, J. Kurunmäki y K. Palonen, (Dir.), Jyväskylä, 2003, 9-33, aquí: 9-10.

96. J. E. Dunkhase, *Werner Conze. Ein deutscher Historiker im 20. Jahrhundert*, Gotinga, 2010, 144.

97. Cf. R. Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid, 2011.

KOSELLECK AND THE PHILOSOPHY OF HISTORY IN
THE 18TH CENTURY

Koselleck y la filosofía de la historia en el siglo XVIII

Johannes Rohbeck

Technische Universität Dresden

Johannes.Rohbeck@mailbox.tu-dresden.de

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 06.10.2020

Resumen

El objetivo de este ensayo es el de realizar una apreciación crítica de la teoría de la historia de Reinhart Koselleck centrándome en sus investigaciones sobre la historiografía y la filosofía de la historia del siglo XVIII. Intentaré mostrar que Koselleck no siempre obra con justicia respecto a las citas de las fuentes que maneja. En este sentido, el artículo que aquí se presenta contiene una buena dosis de análisis filológico tanto de los propios textos de Koselleck como de aquellos de los que él se sirve para apoyar sus argumentos. Resultará de este análisis una crítica muy ambivalente.

Palabras clave

Reinhart Koselleck, singular colectivo, historia, progreso, filosofía de la historia, Ilustración

Abstract

Here, I conduct a critical appraisal of Reinhart Koselleck's theory of history, focusing on his research on 18th century historiography and the philosophy of history. Drawing particularly on a philological analysis of Koselleck's own texts and those that he uses to support his arguments, I shall attempt to demonstrate that Koselleck does not always act fairly with respect to the sources he cites. The resulting critique is highly ambivalent.

Keywords

Reinhart Koselleck, collective singular, history, progress, philosophy of history, Enlightenment

HAY QUE EMPEZAR ELOGIANDO LOS MÉRITOS DE KOSELLECK respecto a la historiografía y la filosofía de la historia del siglo XVIII. El historicismo del siglo XIX todavía tenía dudas de que hubiera una conciencia histórica en la Ilustración, de tal manera que Friedrich Meinecke, en su obra *Die Entstehung des Historismus*¹ (*El historicismo y su génesis*) le negaba a esta época un «sentido histórico» específico (*historischer Sinn*). Por el contrario, Ernst Cassirer reconoció en *Philosophie der Aufklärung*² (*Filosofía de la Ilustración*) que la Ilustración europea sí desarrolló una auténtica filosofía de la historia. En esta tradición se encuentra también Koselleck, que dio a esta investigación impulsos decisivos. Él comprendió que la Ilustración había descubierto por primera vez la historia como un nuevo continente de la investigación científica³. Desde entonces se entiende que todos los ámbitos de la vida humana contienen una dimensión histórica: la política, la economía, la moral, la sociedad, la cultura y la naturaleza misma. Dado que este resultado al que llegó Koselleck es conocido e indiscutible, bastan unas pocas referencias para mi siguiente apreciación.

Koselleck descubre una nueva forma de «conciencia histórica» en la que la historia parece estar hecha por los individuos⁴. Debido a la experiencia de la aceleración en la civilización moderna, se transforma el ritmo temporal. El lugar de la cronología pura lo ocupa ahora el conocimiento de un «tiempo histórico» específico. Es de apreciar especialmente este análisis porque Koselleck toma como base de su concepción de la *Sattelzeit* –que va desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX– la transición a la sociedad industrial y, con ello, el desarrollo de la ciencia, la técnica y la economía⁵. Sobre esta base desarrolla los conceptos «temporalización de la historia» y «simultaneidad de lo no simultáneo»⁶. Ko-

1. F. Meinecke, *Die Entstehung des Historismus*, München/Berlin, 1936, 10ss. (Ed. cast.: *El historicismo y su génesis*, México D.F., 1993).

2. E. Cassirer, *Philosophie der Aufklärung*, Tubinga, 1932, 263. (Ed. cast.: *Filosofía de la Ilustración*, México D.F., 2013).

3. R. Koselleck, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Fráncfort del Meno, 1979, 130ss. (Ed. cast.: R. Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993).

4. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 261s.

5. R. Koselleck, “Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit”, *Archiv für Begriffsgeschichte*, 11, 1967, 81-99, 91.

6. R. Koselleck, “Fortschritt”, en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck (Dir.), *Geschichtliche Grundbegriffe*. Vol. 2., Stuttgart, 1975, 351-423, 391; R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 58, 132ss.

selleck constata la sustitución del modelo cíclico pensado según el modelo de la vida de un individuo humano (nacimiento, infancia, madurez, senectud, muerte), que durante mucho tiempo también sirvió para ilustrar el auge y la caída de las culturas. Describe el surgimiento de una nueva visión de la historia que supera la metáfora biográfica tradicional, consistente en una «flecha ascendente» que representa la sucesión de generaciones y el progreso del género humano. Con el par conceptual «espacio de experiencias» y «horizonte de expectativas», caracteriza Koselleck la perspectiva de futuro y la dimensión pragmática de la filosofía de la historia propia del periodo ilustrado⁷. Cabe señalar aquí que Koselleck no sólo se posiciona críticamente ante las interpretaciones a menudo unilaterales de la teleología de la historia, sino que también considera el pronóstico científico de algunos pensadores ilustrados, como, por ejemplo, el de Condorcet.

Sin embargo, por otro lado, no se puede dejar de poner en cuestión las observaciones y conclusiones de Koselleck. Esto quizás podría llegar a perturbar la concordia sobre Reinhart Koselleck que reina en este número dedicado a él. Las objeciones se refieren a dos aspectos. «Primero» pongo en cuestión algunas afirmaciones en el contexto de la historia conceptual (*Begriffsgeschichte*); se trata, más exactamente, de algunas objeciones contra la filología de los conceptos «progreso» (*Fortschritt*) e «historia» (*Geschichte*). Además se revelará que estas críticas remiten a posiciones fundamentales. «Después», apuntaré a la interpretación general de la filosofía de la historia de Koselleck, en particular a la tesis de la imposibilidad de intervenir en el proceso histórico, es decir, la *indisponibilidad* de la historia (*Unverfügbarkeit der Geschichte*). Frente a eso pienso que ahora hay problemas actuales y urgentes que necesitan acciones humanas concretas que intervienen en la historia tanto particular como general.

1. Los méritos de Koselleck

Respecto a los «méritos» indiscutidos de Reinhart Koselleck en cuanto a la filosofía de la historia de la Ilustración en el siglo XVIII, se cuentan fundamentalmente tres.

1.1. La superación de la pura cronología y el descubrimiento de la historia como «tiempo histórico» específico

Koselleck descubre una nueva conciencia de la historia que aparece como «hecha» por los seres humanos⁸. Según eso, la historia recibe un nuevo ritmo temporal: en lugar del estancamiento o movimiento homogéneo apunta ahora hacia la aceleración. A mi entender, lo más importante es que Koselleck pone como base la *Sattelzeit*, esto es, la época de la transformación en una sociedad industrial a mediados del siglo XVIII: el desarrollo de las ciencias, la

7. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 30, 35, 60, 64.

8. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 261s.

evolución de la técnica y de la economía⁹. Es en este contexto en el que Koselleck da cuenta de la temporalización de la historia y la simultaneidad de no simultáneo¹⁰ (*Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen*).

1.2. La superación de la metáfora del tiempo de vida

El segundo mérito es el de la superación de la metáfora del tiempo de vida. Koselleck constata la transición del «ciclo» de la duración de la vida de un individuo (nacimiento, infancia, madurez, vejez, muerte), que hace de modelo del auge y decadencia de las culturas, al modelo de una «línea» recta y ascendente como la sucesión de las generaciones y el progreso del género humano¹¹.

1.3. Perspectiva hacia el futuro

En tercer lugar, el mérito de la perspectiva abierta al futuro. Koselleck crea las categorías «espacio de experiencias» y «horizonte de expectativas» para explicar la perspectiva al futuro y la función pragmática de la filosofía de la historia en la Ilustración. En particular, es de destacar que Koselleck se refiera no sólo a la teleología, sino también al pronóstico científico (por ejemplo en Condorcet)¹².

2. Crítica a Koselleck

Sin embargo, la interpretación de la filosofía de la historia en el siglo XVIII muestra algunos puntos débiles que deben ser criticados. Comenzaré con la revisión de algunas observaciones filológicas en el diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe* en torno a dos conceptos: el de progreso y el de historia.

2.1. El singular colectivo «progreso» (*Fortschritt*)

El primer concepto que quiero poner a prueba es la noción de «progreso» (*Fortschritt*). Koselleck afirma en su artículo homónimo que durante el siglo XVIII este concepto se transforma del plural «los progresos» al singular colectivo «el progreso» (*le progrès, the progress, der Fortschritt*) como concepto guía afirmativo (*Leitbegriff*) de la época¹³. Es sabido que esta tesis ha tenido un gran recorrido en la teoría o filosofía de la historia, de manera que hasta el día de hoy sigue siendo un tópico en la comunidad científica. Por ejemplo, en los textos de

9. R. Koselleck, "Richtlinien...", *op. cit.*; R. Koselleck, *Vergangene...* *op. cit.*, 134.

10. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 391; R. Koselleck, *Vergangene...* *op. cit.*, 58, 132, 137.

11. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 372s; R. Koselleck, *Vergangene...* *op. cit.*, 57, 133.

12. R. Koselleck, *Vergangene...* *op. cit.*, 30, 35, 60, 64.

13. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 385-423.

Michael Baumgartner¹⁴, Jürgen Mittelstraß¹⁵, Harald Weinrich¹⁶, Hans-Dieter Kittsteiner¹⁷, Friedrich Rapp¹⁸, Denis Mäder¹⁹. Sin embargo, hay pruebas para poner en duda esta tesis, y demostrar más bien lo contrario.

Koselleck se refiere sobre todo a los autores de lengua alemana: a Immanuel Kant, Johann Christoph Adelung, Christoph Martin Wieland, Moses Mendelsohn, Johann Gottfried Herder, Isaac Iselin y otros²⁰. Desatiende, por tanto, la literatura producida en Francia, donde el concepto del progreso juega el papel más importante –mucho más que en otros países. Justo en Francia, la noción progreso se presenta casi exclusivamente en el plural *les progrès*. Baste citar algunos títulos de las obras más importantes en la filosofía de la historia hasta las fines del siglo XVIII: Noblet de la Clayette: *L'origine et les progrès des arts et des sciences* (1740); Anne Robert Jacques Turgot: *Recherches sur les causes des progrès et de la décadence des sciences et des arts* (1748), así como *Tableau philosophique des progrès successifs de l'esprit humain* (1750); Antoine Yves Goguet: *De l'origine des lois, des arts et des sciences; et de leurs progrès chez des anciens peuples* (1758); Condorcet: *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1793). Las pocas veces que acontece el singular en el significado de progreso es en campos limitados concretos: Pierre-Louis Maupertuis: *Lettres sur le progrès des sciences* (1752); Antoine Servan: *Discours sur le progrès des connaissances humaines* (1781).

En una frase subordinada y breve Koselleck concede de pasada que en Francia predomina el plural del concepto de progreso: «mientras que el plural que prevalece en francés –*les progrès*– siempre denota los objetos individuales o los actos individuales del progreso de forma sumativa»²¹. Pero no encuentra la necesidad de mencionar los títulos citados –y ello por motivos comprensibles, especialmente porque estos resultados filológicos contradicen su tesis. Koselleck ni siquiera llega a reflejar esta contradicción.

En una ocasión, Koselleck alude a un texto de Turgot con la breve cita «*cette inégalité de progrès*»²². Mas aquí «*progrès*» es indiferente porque en francés dicho término significa, como es sabido, tanto el singular como el plural; la diferencia aparece solamente en los artículos (*le progres* y *les progrès*) o en los pronombres posesivos (*leur progrès* y *leurs progres*). En la cita del texto Turgot al que hace referencia Koselleck el singular colectivo sería «*cette inégalité "du"*»

14. H. M. Baumgartner: "Die Idee des Fortschritts", en *Philosophisches Jahrbuch* 70, 1962, 157–168, 158s.

15. J. Mittelstraß, *Neuzeit und Aufklärung. Studien zur Entstehung der neuzeitlichen Wissenschaft und Philosophie*, Berlín/New York, 1970, 343s.

16. H. Weinrich, "Erzählte Philosophie oder Geschichte des Geistes", en R. Koselleck/W.-D. Stempel (Dir.), *Geschichte – Ereignis und Erzählung*, Múnich, 1973, 411–427.

17. H.-D. Kittsteiner, *Naturabsicht und Unsichtbare Hand. Zur Kritik des geschichtsphilosophischen Denkens*, Fráncfort del Meno/Berlín/Viena, 1980, 135s.

18. F. Rapp, *Fortschritt. Entwicklung und Sinngehalt einer philosophischen Idee*, Darmstadt, 1992, 156, 159.

19. D. Mäder, *Fortschritt bei Marx*, Berlín, 2010, 55.

20. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 378ss.

21. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 402.

22. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 402.

progrès». En general, el problema consiste en que Koselleck, en sus raras citas, se contenta con fragmentos de oraciones.

Algo similar ocurre en relación a Gran Breña: también allí se echan del todo en falta citas del singular colectivo «progreso». Koselleck menciona únicamente *The History of the Progress and Termination of the Roman Republic* de Adam Ferguson²³. Aquí es evidente que se trata del progreso limitado de un solo país; además, en el contexto antiguo siguiendo el lema *Rise and Fall of the Roman Empire*. Otros ejemplos para el progreso en singular aplicado en campos limitados son Burnett: *Of the Origin and Progress of Language* (1774); Hume: *Of the Rise and Progress of the Arts and Sciences* (1777). En general, se encuentra raras veces el singular «*le progrès*» o «*the progress*», y, cuando se encuentra, es siempre como progreso de un ámbito específico, como ciencia, técnica o lenguaje. Así, el singular colectivo nunca aparece en el significado de un progreso del conjunto histórico, de un progreso de la historia universal, de un progreso del género humano o de la humanidad.

Como ya he indicado más arriba, una carencia general del artículo *Progreso* de Koselleck está en que se concentra en obras de autores alemanes. La ironía está en que estos propios autores evitan el concepto de progreso y, sobre todo, el singular colectivo. Curiosamente, Koselleck es consciente también de eso. El nota que Immanuel Kant prefiere el término «*Fortschreiten*» o «*Fortgang*» en lugar de «*Fortschritt*»²⁴. Lo mismo escribe Koselleck sobre Adelung, Mendelsohn, Herder, Wieland, Iselin y otros²⁵. Sin embargo, Koselleck pretende hallar el singular colectivo en Kant mientras Kant mismo usa muy raramente el término «*Fortschritt*», además de hacerlo en significados diversos.

De uno de los primeros textos de Kant, *Die Frage, ob die Erde veraltet, physikalisch erwogen* (1754), [La cuestión de si la tierra envejece, considerado desde un punto de vista físico], extrae Koselleck el siguiente fragmento: «La naturaleza de nuestro globo terráqueo no ha alcanzado en el progreso de su edad un mismo nivel en todas sus partes»²⁶. Aquí se ve enseguida que Kant habla de la naturaleza, no de la historia humana, y lo hace mucho antes de su filosofía de la historia. En el escrito *Idea para una historia universal en sentido cosmopolita*, publicado originalmente en 1784, Kant escribe sobre las relaciones entre los Estados: «por lo tanto, las ambiciones de gloria de los Estados dejan bastante asegurado, si no el progreso, por lo menos el mantenimiento de ese objetivo de la naturaleza»²⁷. En esta cita aparece la noción progreso sólo una vez y en un sentido negativo: donde el progreso no es posible basta la conservación del estado (*Zustand*) ya alcanzado.

23. R. Koselleck, «Fortschritt», *op. cit.*, 386.

24. R. Koselleck, «Fortschritt», *op. cit.*, 378ss; cfr. I. Kant, «Der Streit der Fakultäten», en id., *Werke XI*, Fráncfort del Meno, 1965, 260–393, 363.

25. R. Koselleck, «Fortschritt», *op. cit.*, 386s.

26. R. Koselleck, «Fortschritt», *op. cit.*, 381, nota 155.

27. R. Koselleck, «Fortschritt», *op. cit.*, 381; cfr. I. Kant, «Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht», en id., *Werke XI*, 31–50, 46. (Ed. cast.: «Idea para una historia universal en clave cosmopolita», en *¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*, Madrid, 2013, 99-125)

También en *Probable inicio de la historia humana*, texto de 1786, destaca la cautela de Kant: «Mientras este decurso de los acontecimientos representa para la especie un progreso de lo peor hacia lo mejor, para el individuo no ocurre precisamente lo mismo»²⁸. Kant critica la idea de progreso, porque éste se realiza sólo en el género humano, sin que los individuos puedan obtener provecho de él. La elección del término general «decurso» (*Gang*) pone énfasis en la antinomia entre el progreso para la especie y el estancamiento o, incluso, el retroceso para los individuos. Koselleck tan sólo cita, empero, la expresión «progreso de lo peor hacia lo mejor», velando así este evidente antagonismo²⁹. Una vez más aparece aquí el problema general de las citas.

También Hegel da preferencia a los conceptos «Fortschreiten» y «Fortgang»; el concepto «Fortschritt» lo usa relativamente poco, tal como Koselleck parece conceder una vez más: «En vista de estas objeciones, no sorprende que Hegel utilice relativamente poco “Fortschritt” como una categoría. [...] Hegel prefiere “Fortgang” o “Fortschreiten”, particularmente “Entwicklung” y, especialmente, “Prozess”»³⁰. Conocida es también la expresión «progreso en la conciencia de la libertad» de las *Lecciones sobre la filosofía de la historia*³¹. En este contexto la noción «Fortschritt» no funciona como concepto empírico (progreso de una cosa), sino, más bien, como concepto reflexivo que remite a la historia. Por lo demás, Hegel radicaliza la contracción que ya había aparecido en Kant consistente en que los individuos apenas participan del progreso de la historia de la humanidad.

Ni siquiera Karl Marx usa el término progreso como singular colectivo homogéneo. Él pone el acento en la contradicción del progreso en la época del capitalismo. Por *una* parte, Marx describe los progresos de fenómenos particulares: el progreso (singular) de las fuerzas productivas, el progreso de la industria, de la división del trabajo, de la acumulación del capital. Por *otra* parte, Marx pone de relieve los efectos negativos: la explotación, la desigualdad y la alienación. Por eso, el concepto del progreso contiene un desgarramiento esencial. Según Marx, no existe un progreso universal del género humano en la época capitalista. Si bien no hay en Marx un uso del concepto de progreso (*Fortschritt*) como singular colectivo homogéneo, sí es cierto que el acento lo pone en la negación del capitalismo. Por un lado, describe aquellos progresos indiscutibles que él percibe particularmente en el desarrollo de las fuerzas productivas y en el surgimiento de un mercado global. Por otro lado, destaca las consecuencias negativas de la acumulación del capital: explotación, desigualdad social y alienación. Para Marx, en la época capitalista no puede haber un progreso universal del género humano. Resulta, pues, desconcertante que Koselleck reproduzca de un modo absolutamente correcto la teoría marxiana, aunque, en realidad, Marx haya

28. I. Kant, “Mutmaßlicher Anfang der Menschengeschichte”, en id, *Werke* XI, 83–102, 92. (Ed. cast.: “Probable inicio de la historia humana”, en *¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos... op. cit.*, 167-192).

29. R. Koselleck, “Fortschritt”, *op. cit.*, 383.

30. R. Koselleck, “Fortschritt”, *op. cit.*, 404.

31. G. W. F. Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, Fráncfort del Meno, 1969, 32. (Ed. cast.: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, 2004).

defendido precisamente lo contrario de un singular colectivo de progreso³². Este tipo de inconsistencias es una debilidad general de su artículo.

En consecuencia, la tesis fundamental de Koselleck no podría convencer de que la noción de progreso como singular colectivo represente un concepto guía (*Leitbegriff*) de los discursos históricos desde el siglo XVIII hasta el siglo XIX. De hecho, sólo en Francia el concepto de progreso juega un papel dominante, pero casi exclusivamente en el plural *les progrès*.

Existen, a mi entender, motivos razonables para este resultado filológico: en la dimensión *diacrónica* el progreso no representa un proceso continuo, sino que hay siempre estancamientos y rupturas, aceleraciones y ralentizaciones. Desde Rousseau hasta Marx es un lugar común el que a cada progreso le es inherente un regreso. Según la dimensión «sincrónica», el progreso nunca es homogéneo. La dificultad consiste en la desigualdad de los progresos (Turgot) o la contradicción de este fenómeno, a saber, la divergencia entre el género humano y los individuos. Asimismo, el distanciamiento entre el progreso de la técnica y la economía, por una parte, y la política y moral, por otra. Estos déficits, que se hallan formulados sobre todo en Rousseau, Kant, Hegel y Marx, impiden por principio la formulación de un singular colectivo de este concepto. Más allá de toda filología, las conclusiones sistemáticas de Koselleck son también muy problemáticas. Detrás de la interpretación de los textos se ocultan posiciones fundamentales con respecto al contenido, que apuntan la filosofía de la historia de la Ilustración que llega hasta Marx.

Koselleck encabeza un capítulo del artículo *Fortschritt* con el título «*Das hypothetische Subjekt des Fortschritts und dessen Beschleunigung*»³³ («El hipotético sujeto del progreso y su aceleración»). En el capítulo que le precede intitulado «*Von den "Progressen" zum "Fortschritt"*» («De los "progresos" al "progreso"») dice: «De este modo, de la historia de los progresos (individuales) surge el progreso de la historia. En el curso de la universalización sujeto y objeto intercambian sus papeles. El *genetivus subiectivus* pasa a *genetivus obiectivus*: el progreso asume el papel protagonista, se convierte en un agente histórico. La modalidad temporal entra en la función del portador de la acción»³⁴. Koselleck afirma, por tanto, que en la filosofía de la historia del siglo XVIII el progreso funciona como el sujeto de acción.

Para documentar esta afirmación Koselleck cita a Condorcet: «para trazar la historia hipotética de un pueblo único y formar el cuadro de sus progresos»³⁵. La frase completa en *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* reza como sigue: «Aquí el cuadro comienza a apoyarse en la sucesión de los hechos que la historia nos ha transmitido; pero es necesario seleccionarlos de aquella de los diferentes pueblos, reunirlos, combinarlos, para trazar la historia hipotética de un pueblo único y formar el cuadro de sus progresos»³⁶. Es evidente que aquí Condorcet está haciendo referencia a su programa metodológico consis-

32. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 417s.

33. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 400.

34. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 488.

35. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 401.

36. R. Koselleck, "Fortschritt", *op. cit.*, 401.

tente en deducir de las historias de los diferentes pueblos la historia hipotética de un «único pueblo». Está hablando de la historia universal, y no de la historia particular de un solo pueblo; además, habla de los progresos (plural) en esta historia. Pero ni con la mejor de las intenciones es posible reconocer en esta cita el singular colectivo ni el progreso como sujeto.

Por lo demás, Koselleck traduce «peuple unique» (pueblo único) como «*auserwähltes Volk*» (pueblo elegido), una expresión que contiene un error doble. En primer lugar, se trata de un error en la traducción, puesto que «*auserwähltes Volk*» en francés no es «*peuple unique*», sino «*peuple élu*». En segundo lugar, Koselleck da a este pueblo un significado ideológico, es decir, pseudo-religioso. En tercer lugar, tergiversa el sentido de la expresión, según el cual no se trata ya de un pueblo en particular que se destaca de otros pueblos en términos de historia de salvación, sino en el que toda la humanidad debe ser considerada como un «único pueblo». Y en cuarto lugar, en esa cita de Condorcet no hay la menor señal de que el progreso en singular colectivo se convierta en el sujeto de la historia. En *Vergangene Zukunft*, Koselleck repite esta tesis insostenible, aquí sin ningún tipo de referencia que la apoye³⁷. Leyendo (hermeneuticamente) el artículo surge la sospecha que Koselleck persigue la estrategia de denunciar la época de la Ilustración. Para fijar el presupuesto del pseudo-sujeto del progreso necesita su singular colectivo. Dada esta circunstancia, Koselleck tiene muchos motivos para buscarlo; si este término no se encuentra, hay que construirlo. Se ve lo que se quiere ver.

2.2. Singular colectivo «historia» (*Geschichte*)

De un modo similar procede Koselleck en su artículo *historia/Historia (Geschichte/Historie)* en el diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe*³⁸. Este concepto puedo tratarlo más brevemente porque el singular colectivo en este caso está fuera de duda³⁹. Esta noción es plausible en el contexto de las obras sobre la historia universal, historia del mundo, historia del género humano o de la humanidad (*Histoire Universelle, World History, Universalgeschichte, Weltgeschichte, Geschichte der Menschheit*), según Bossuet, Turgot, Raynal, Condorcet, Schlözer, Schiller, Iselin, Kant y Hegel. Sin embargo, tengo que añadir que esta historia se concreta con muchas diferencias, rupturas y regresos. La evolución global incluye siempre el auge y la decadencia de las culturas.

Lo más importante es el hecho de que el concepto de historia recibe un significado doble, como Hegel explica por primera vez: la historia como realidad y objeto de la consideración (*res gestae*), por un lado, y la historia como relato, narración y ciencia (*memoria rerum gestarum*), por otro lado⁴⁰. Hasta este punto, se puede seguir a Koselleck. Pero, en dos de sus conclusiones, ya no. En primer lugar, Koselleck repite la tesis del progreso como sujeto, es

37. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 50, 130.

38. R. Koselleck, "Geschichte/Historie", en O. Brunner, W. Conze y Reinhart Koselleck (Dir.), *Geschichtliche Grundbegriffe*, *op. cit.*, 593-717, 647-717. (Ed. cast.: *historia/Historia*, Madrid, 2004).

39. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 51, 54, 130, 263s.

40. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 47s, 265.

aquí la historia total la que funciona como un sujeto autónomo, una tesis que Koselleck marca también en su libro *Vergangene Zukunft* – al igual que antes, sin referencias⁴¹.

Koselleck apoya su tesis con una cita de Marx: «La historia, como la verdad, se convierte, por tanto, en una persona aparte, en un sujeto mítico [en el original: metafísico, J. R.], del cual los individuos reales humanos no son más que sus meros portadores»⁴². Sin embargo, esta cita conduce a error, porque inmediatamente después puede leerse en Marx: «Por eso la crítica absoluta recurre a frases [...]»⁴³. Aquí se trata de una polémica legítima de Marx con Bruno Bauer, a quien le reprocha en su escrito *Sobre la cuestión judía* haber defendido una idea de este tipo. En verdad, ni Marx ni Bauer creyeron nunca en la historia como persona autónoma o sujeto mítico.

A pesar de ello, Koselleck acababa concluyendo que

Una vez que *la historia* había tomado la forma de un singular colectivo, se hizo posible abordarla como sujeto de sí misma. [...] Se volvió omnipotente, omnisciente, la más justa, hasta que finalmente uno se volvió responsable ante ella. Casi como un secularizado (*Säkularisat*), se le exigía a la historia significados religiosos que difícilmente podían derivarse del concepto mismo.⁴⁴

De un modo similar, Koselleck afirma, de nuevo sin dar referencias, que en la filosofía de la historia «la historia misma se transforma en sujeto»; los autores diagnostican una «supremacía de la historia».⁴⁵ Al igual que con el concepto de progreso, esta afirmación carece de base y plausibilidad. Esta posición está obviamente dirigida contra la filosofía de la historia que va desde la Ilustración hasta el marxismo.

Puede concederse, empero, que algunos autores (no todos) presuponen sujetos supra-individuales, como, por ejemplo, la «providencia» (*providence*)⁴⁶, la «intención de la naturaleza» (*Naturabsicht*)⁴⁷ o la «astucia de la razón» (*List der Vernunft*)⁴⁸. Ahora bien, después de Bossuet, estas formulaciones representan nada más que metáforas, en ningún caso se refieren a la historia misma como sujeto. Dado que resulta imposible de justificarla en las obras citadas, la tesis de Koselleck no resulta aceptable.

En segundo lugar, paradójicamente, esta tesis del poder autónomo de la historia contradice la otra tesis de que los autores de la Ilustración piensan que los hombres puedan prever, proyectar y dirigir la historia en su conjunto, es decir, que pueden «hacer» la historia.

41. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 50, 61s.

42. R. Koselleck, “Geschichte”... *op. cit.*, 710.

43. K. Marx y F. Engels, “Die heilige Familie”, en id, *MEW*, Vol. 2, Berlín, 1962, 83. (Ed. cast.: *La sagrada familia*, Madrid, 2013).

44. R. Koselleck, “Geschichte”... *op. cit.*, 711.

45. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 50, 61s.

46. A. R. J. Turgot, *Œuvres de Turgot et Documents le concernant*, París, 1913 (Reprint Glashütten im Taunus 1972), Vol. I, 283s.

47. I. Kant, “Idee...”, *op. cit.*, 34

48. G. W. F. Hegel, *Vorlesungen... op. cit.*, 49.

En este sentido, Koselleck insinúa la idea de la planificabilidad (*Planbarkeit*) y factibilidad (*Machbarkeit*) de la historia⁴⁹.

Bien es cierto que estos autores de la filosofía de la historia de los siglos XVIII y XIX están convencidos de que Dios ya no hace la historia, como creía Bossuet, sino que los hombres «hacen» su propia historia. Sin embargo, estos autores no piensan que los seres humanos estén en condiciones de realizar sus motivos e intenciones individuales. Al contrario, todos de ellos, desde Turgot, pasando por Kant y Hegel, y llegando hasta Marx, tienen una viva comprensión de la contingencia de la historia. Valga el ejemplo de Adam Ferguson: «*Mankind, in following the present of their minds, in striving to remove inconveniences, or to gain apparent and contiguous advantages, arrive at ends which even their imagination could not anticipate*»⁵⁰.

Y también está la célebre cita de Karl Marx: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su voluntad, bajo condiciones elegidas por ellos mismos, sino bajo condiciones directamente existentes, dadas y heredadas»⁵¹. Ciertamente, Koselleck menciona también estos textos de Marx y otros autores. Pero no se entiende, en este contexto, por qué Koselleck, en su libro *Vergangene Zukunft*, se siente obligado a distanciarse de la filosofía clásica de la historia, toda vez que él afirma que la historia es contingente y, por eso, no está disponible⁵². Según él, la esencia de la historia radica en su indisponibilidad⁵³.

Surgen, de nuevo, dudas fundamentales. Este rechazo de Koselleck forma parte de la misma estrategia de desacreditar la filosofía de la historia que va desde la época de la Ilustración hasta el marxismo contemporáneo. Por lo demás, la tesis de la «indisponibilidad de la historia» se vuelve muy problemática si se consideran las dificultades actuales en un mundo que exige acciones políticas. Es posible interpretar la contingencia histórica de un modo diferente: contingencia significa también que la historia no está determinada, sino que contiene ciertas condiciones de posibilidad que abren horizontes limitados para las actividades humanas. Es el deber político y ético de los hombres utilizar estas posibilidades.

Conclusión

Tanto la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*) como la propia teoría de la historia de Koselleck son muy ambivalentes. De un lado, las observaciones y los análisis son muy innovadores y creadores. Sirven a la revalorización de potenciales intelectuales de la filosofía de la historia como

49. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 261-271.

50. A. Ferguson, *Essay on the History of Civil Society*, 5ª ed., Londres, 1782, 204.

51. Karl Marx, “Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte”, en K. Marx y Friedrich Engels, *MEW*, Vol. 8, Berlín, 1971, 111-207, 115. (Ed. cast. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, 2015, 39). Cfr. R. Koselleck, “Geschichte”... *op. cit.*, 711.

52. R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 272s.

53. A este respecto, véanse los ensayos *Der Zufall als Motivationsrest in der Geschichtsschreibung* y *Über die Verfügbarkeit der Geschichte* en R. Koselleck, *Vergangene... op. cit.*, 158-175 y 260-277.

la temporalización de la historia, la simultaneidad de lo no simultáneo y el horizonte de expectativas como perspectiva hacia el futuro. De otro, Koselleck reproduce clichés y prejuicios comunes, y desvaloriza la filosofía de la historia como ideología, como universalismo o totalitarismo del progreso, como obsesión de la planificabilidad y factibilidad de la historia, como secularización fracasada, ya sea en la forma del marxismo, ya sea en la de la socialdemocracia.

THE ENDLESS “CRISIS” OF MODERNITY: BIRTH
AND AVATARS OF A THEME IN REINHART KOSELLECK

La « crise » sans fin de la modernité : naissance et avatars d’un thème chez Reinhart Koselleck

Alexandre Escudier

CEVIPOF, Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris

alexandre.escudier@sciencespo.fr - <https://orcid.org/0000-0001-6107-3578>

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 14.09.2020

Résumé

La question de la « crise » a occupé Reinhart Koselleck sa vie durant. A partir de sa thèse de doctorat, *Kritik und Krise* (1954), elle a très tôt déterminé sa perception du monde moderne – des guerres civiles confessionnelles du XVI^e siècle jusqu’au long cycle révolutionnaire de la fin du XVIII^e siècle. Dans sa première partie, l’article propose une analyse critique de *Kritik und Krise*. Sa conclusion intermédiaire est double. D’une part, il montre l’existence d’une triple surcharge philosophique de la démonstration koselleckienne (surcharge *schmittienne*, *cochinienne* et *löwithienne*). D’autre part, il relève les principaux forçages interprétatifs et empiriques sur lesquels repose la thèse générale du livre. Dans sa seconde partie, l’article examine la manière dont cette première analyse de la « crise »

Abstract

The question of the “crisis” occupied Reinhart Koselleck throughout his life. From his doctoral thesis ‘Kritik und Krise’ (1954) onwards, this very question determined his perception of the modern world – from the religious civil wars of the 16th century to the long revolutionary cycle of the late 18th century. In the first part, the article delivers a critical analysis of ‘Kritik und Krise’. His intermediate conclusion is twofold. On the one hand, it shows the existence of a triple philosophical overload of the Koselleckian argument (listed here as schmittian, cochinian and löwithian overload). On the other hand, it reveals the main interpretative and empirical thrust that keeps afloat the general argument of the book. In the second part, the article examines the way in which this first analysis

par Koselleck évolue par la suite dans son œuvre à travers les thématiques de la « Sattelzeit », de la « temporalisation » (*Verzeitlichung*) et de l'« accélération » (*Beschleunigung*). L'article défend au final une double thèse : d'une part, l'idée que le premier Koselleck de *Kritik und Krise* fait moins œuvre d'historien que de critique généalogique de la modernité totalitaire ; d'autre part, l'idée que la sur-accentuation ultérieure de « l'accélération » (en lieu et place de la « critique » crisogène moderne) a permis à Koselleck d'anticiper certains questionnements de l'anthropocène alors même que ses interrogations initiales relevaient d'une ontologie politique néo-hobbesienne peu à même de penser le tournant démocratique moderne.

Mots-clés

Reinhart Koselleck, absolutisme, crise, Lumières, Sattelzeit, temporalisation, accélération

of the “crisis” by Koselleck subsequently evolves in his work through the themes of “Sattelzeit”, “temporalization” (*Verzeitlichung*) and “acceleration” (*Beschleunigung*). The article ultimately defends a double thesis: (a) the idea that ‘Kritik and Krise’ is less the work of an historian than a genealogical criticism of totalitarian modernity, but also (b) the idea that the subsequent over-emphasis of “acceleration” (instead of the modern crisogenic “criticism”) allowed Koselleck to anticipate some questions regarding the Anthropocene era, despite the obvious fact that his initial inquiry was part of a neo-Hobbesian political ontology that was unable to provide a satisfying account of the modern democratic turning point.

Keywords

Reinhart Koselleck, absolutism, crisis, Enlightenment, saddle period (Sattelzeit), temporalization, acceleration

L'ŒUVRE DE REINHART KOSELLECK EST VASTE ET COMPLEXE. Elle touche à l'histoire des idéologies et des langages politiques modernes, à l'histoire sociale et institutionnelle de l'Etat prussien mais aussi à l'iconographie politique comparée, à l'histoire des monuments aux morts et à la théorie de l'histoire. Un si large spectre induit nécessairement une évolution interne au fil du temps, voire une certaine hétérogénéité. Certains thèmes transversaux naissent pourtant très tôt, comme celui de la « crise » dans la modernité ou de la modernité comme « crise », et se maintiennent jusqu'à la fin, moyennant quelques transformations de fond. C'est ce qu'il s'agit d'examiner ci-après en repartant du premier travail académique de Koselleck intitulé *Kritik und Krise* (1954/1959)¹.

Dans un premier temps, je m'efforcerai de dégager les articulations principales de la thèse défendue dans KuK quant à la dialectique de l'Etat absolutiste. Je marquerai la nature et les limites de sa méthode comme de ses sources ; j'indiquerai également la surdétermination philosophique de sa grille d'analyse. Dans un second temps, je donnerai une interprétation d'ensemble de la manière dont, par-delà KuK, Koselleck a continué à argumenter la question de la crise à

1. Une mise au point d'ordre philologique s'impose d'entrée de jeu car il existe plusieurs versions de *Kritik und Krise*, avec notamment des sous-titres dissemblables. Une première variante est constituée par la version dactylographiée ayant donné lieu à la soutenance de thèse sous le titre: *Kritik und Krise : Eine Untersuchung der politischen Funktion des dualistischen Weltbildes im 18. Jahrhundert*, sous la direction de Johannes Kühn, université de Heidelberg, 20 novembre 1954, IX-156 p. Une seconde version a paru cinq ans plus tard sous l'intitulé: *Kritik und Krise: eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Fribourg/Brigau-Munich, 1959, X-229 p. ; elle a été rééditée en 1969. Une troisième version modifiée, comportant des compléments dans les notes (en forme de sémantique historique sur de grandes notions alors en jeu) est publiée avec le même sous-titre chez Suhrkamp à Francfort/Main, en 1973. Il s'agit de l'édition définitive. Elle a été régulièrement réimprimée de 1976 à 2011. La traduction française paraît en 1979 sous l'intitulé *Le règne de la critique* (Paris, Minuit); elle a été réalisée par Hans Hildenbrand à partir de l'édition de 1959. Elle est par conséquent incomplète, notamment quant aux micro-études «begriffsgeschichtlich» ajoutées dans les notes par Koselleck dans l'édition Suhrkamp de 1973. Je citerai ci-après en abrégé « KuK » pour l'édition Suhrkamp définitive de 1973 et «C» pour la traduction française de 1979. La reconstruction critique que je propose restera donc incomplète tant que n'auront pas été conduits un repérage et une analyse systématiques des modifications opérées par Koselleck entre la version de 1954, 1959 et 1973. Dans le cadre du présent article, je me contenterai simplement de signaler les passages de 1959 introuvables dans la version de 1973 sur les questions précises qui me retiennent ici, et non pour l'ensemble du texte de KuK.

travers les thématiques de la « Sattelzeit », de la « temporalisation » (*Verzeitlichung*) et de l'« accélération » (*Beschleunigung*). Cela me permettra de marquer les continuités et discontinuités de ses axiomes interprétatifs. Mon propos relève de ce qu'on pourrait appeler un « scepticisme endetté » ; entendons par là qu'il me semble à la fois nécessaire de critiquer certaines thèses de Koselleck et de continuer d'en reconnaître la productivité heuristique comme questionnement fondamental sur la modernité. Il y a en effet plusieurs manières non hagiographiques d'hériter d'une pensée, et la critique n'est pas la moins infidèle ni la moins reconnaissante des attitudes. Je précise d'emblée qu'il ne s'agit nullement pour moi ici de procéder par *reductio ad schmittum* intégrale, alors même qu'une véritable surcharge interprétative schmittienne me semble tout à fait repérable, et intenable, dans le propos initial de KuK².

1. Reconstruction critique des thèses centrales de *Kritik und Krise*

KuK est rarement lu de près. On prend rarement soin de dégager les différentes thèses qui s'y trouvent patiemment enchaînées en forme de « dialectique des Lumières » (C135-K135)³. On se donne encore moins la peine d'examiner comment l'argumentation générale est concrètement construite, à partir de quels types de sources, selon quelle méthode et quels présupposés interprétatifs. KuK fonctionne ainsi le plus souvent comme une référence obligée. On le cite sans véritable distance ni discussion du détail, à l'image de l'œuvre entière de Koselleck qui fonctionne comme une sorte d'*attracteur magnétique* auquel il est

2. Il convient de strictement distinguer ici entre *présupposés philosophiques* (quant aux critères de viabilité de tout ordre politique) et *préjugés idéologiques* (i.e. les affects anti-libéraux de la génération de Schmitt, Brunner et Conze). Foncièrement hobbesien, Koselleck ne se départit pas d'un certain nombre de *présupposés philosophiques*, qu'il partage en partie avec Carl Schmitt. Il en va tout autrement des *préjugés idéologiques*, aussi bien pour des questions de tempérament personnel que d'expérience générationnelle. C'est pourquoi aucune *reductio ad schmittum* intégrale de Koselleck n'est à mon sens tenable. Ma critique, ici ou là sévère, s'inscrit dans ces bornes précises, et on ne lui fera pas dire ce qu'elle ne dit à aucun moment, sauf pour un lecteur prévenu et pressé, autant dire insignifiant. Le jugement d'Ivan Nagel demeure sur ce point définitif : « Bei sorgfältiger Lektüre von *Kritik und Krise* entdeckt man freilich, wie präzise sich Koselleck von Carl Schmitt absetzt: Er denkt den Staat von Hobbes aus, nicht auf Donoso Cortès hin. Eine als Anthropologie verkleidete Theologie, die gegen die Erbsünde des stets bösen Menschen total den Staat (oder : den totalen Staat) ermächtigt – diese düstere Theologie von Menschenargwohn und Menschheitsfurcht blieb dem Aufklärer über Aufklärung, der Koselleck war und ist, nicht nur im Gedanken, sondern dank Konstitution und Temperament anrühig und fremd », I. Nagel, « Der Kritiker der Krise » (2004), in Stefan Weinfurter (ed.), *Reinhart Koselleck (1923-2006) : Reden zum 50. Jahrestag seiner Promotion in Heidelberg*, Heidelberg, 2006, 22-31, 27. Sur la *reductio ad schmittum*, cf. Koselleck lui-même in Id., « Dankrede » (23.11.2004), in S. Weinfurter (ed.), *Reinhart Koselleck... op. cit.*, 33-60, 55.

3. *Dialektik der Aufklärung* aurait d'ailleurs dû être le titre du livre si Adorno et Horkheimer ne l'avaient déjà utilisé avant Koselleck, cf. « Dankrede » (23.11.2004), in S. Weinfurter (ed.), *Reinhart Koselleck... op. cit.*, 34.

difficile de se soustraire, de sorte à penser à la fois avec et contre son auteur, là où le discernement des plus tard venus le requiert.

Koselleck y énonce pourtant plusieurs thèses intermédiaires qui, articulées les unes aux autres, lui permettent de porter un diagnostic général que l'on pourrait résumer ainsi : l'Etat absolutiste a permis l'épanouissement de la « société » grâce à la neutralisation des guerres civiles confessionnelles en interne et l'équilibre des puissances monarchiques en externe, mais il a fini par succomber à la remoralisation dualisante, agonistique, du politique par la critique des philosophes d'abord, des cercles urbains de discussion ensuite (loges maçonniques incluses), et l'inflation des philosophies de l'histoire à visée utopique enfin – toutes choses qui nous auraient fait durablement entrer dans le cycle totalitaire moderne des révolutions. Examinons comment cette thèse générale est élaborée.

1.1. La structure politique de l'absolutisme

Le premier moment de l'analyse porte sur la « structure politique de l'absolutisme » (chap. 1) en tant qu'elle prépare le terrain à une société soucieuse de progrès moral dans l'histoire et par là même capable de critique fondamentale de l'ordre étatique. D'obédience clairement schmittienne, le motif est développé à deux niveaux dissemblables et complémentaires : la politique interne (Hobbes) et la politique externe (Vattel) des Etats absolutistes.

Reposant à y bien regarder sur un corpus de sources littéraires et philosophiques fort limité (Barclay, Agrippa d'Aubigné, Hobbes, Spinoza, Vattel), le premier niveau de l'analyse consiste à montrer comment l'Etat absolutiste a privatisé l'espace intérieur de la conscience morale en neutralisant les différends confessionnels qui faisaient rage depuis la Réforme dans l'espace public. En mettant un terme à la guerre civile, en se posant comme le garant de la stabilité *non stasique* de l'ordre politique, l'Etat absolutiste a non seulement subordonné la morale aux fins premières du politique (la paix et la sécurité), mais il l'a surtout détachée de sa matrice religieuse. La conscience religieuse est désormais sommée de se couper des affaires du siècle. « Pour survivre, le sujet doit cacher sa conscience » (C17-K15). Il en résulte en chaque individu deux parts distinctes, non médiatisées : le « sujet » de l'Etat absolutiste d'un côté et le « for intérieur » de la conscience morale de l'autre. Ce faisant, le sujet de l'Etat est délié de toute responsabilité politique, et le for intérieur devient le foyer à partir duquel quelque chose comme une critique morale de l'ordre existant peut en réaction se dégager.

Le propos de Koselleck est bien de nature « dialectique » au sens où il s'agit de montrer que l'ordre instauré par l'Etat absolutiste afin de résoudre un premier problème – les guerres de religion, et la guerre civile en général – en induit structurellement un autre, qui éclatera finalement à la fin du cycle absolutiste avec le début de l'ère révolutionnaire transatlantique (1776, 1789). En se posant, l'Etat absolutiste instaure les conditions de possibilité structurelles de sa critique comme de sa ruine. L'ordre positif se pose en même temps qu'il pose sa possible négation.

L'Etat a créé un ordre nouveau, dont il a été ensuite la victime. Dès le départ, le for intérieur de la morale, concédé par l'Etat et réservé à l'homme en tant qu' 'homme', était un foyer de troubles

propres au système absolutiste. L'instance de la conscience était le reste non surmonté de l'état naturel, qui survivait dans l'Etat arrivé à sa perfection. La neutralisation de la conscience par la politique favorise la sécularisation de la morale (C32-K30).

Toujours incandescent sous la cendre, ce foyer de braise sera réactivé au XVIII^e siècle lorsque la jonction pourra s'opérer entre de nouvelles couches sociales, des formes inédites de sociabilité et les puissances critiques de la philosophie. C'est en ce sens que «l'esprit bourgeois a recueilli la succession de la religiosité théologique» (C33-K31). Mais il est clair ici que Koselleck travaille avec des catégories historiographiques amples et vagues, avec des sortes de quasi-sujets collectifs non objectivables empiriquement («esprit bourgeois», «religiosité théologique», «l'homme», le «for intérieur», etc.). Il est également manifeste que Hobbes sert de fil conducteur à sa reconstruction d'ensemble, comme si un corpus philosophique sans efficacité historique propre pouvait permettre de cartographier l'effectivité socio-historique advenue⁴.

A un second niveau (la politique externe de l'Etat absolutiste), Koselleck s'appuie essentiellement sur *Le Droit des gens* de Vattel⁵. Il s'emploie à montrer que l'état de nature belliqueux toujours possible entre les Etats a été jugulé par le «droit des gens» et l'équilibre des puissances en Europe depuis les traités de Westphalie (1648) et surtout la paix d'Utrecht (1713), qui a durablement consacré la fin de l'hyperpuissance française. On reconnaît ici bien sûr le thème du «jus publicum europaeum» chez Carl Schmitt dans *Le Nomos de la terre*⁶. Ceci étant, Koselleck n'entre pas en matière sur un aspect important de la proposition schmittienne, à savoir que l'équilibre interne du système des Etats européens s'est soldé par une concurrence maritime et coloniale intense (des «prises de terre») dont la caractéristique essentielle était de reconduire ailleurs, et aux dépens d'autres territoires et populations, l'affrontement guerrier ouvert qui avait été pour un temps contenu en Europe. Sous un mode thalassocratique et colonial inédit, la politique externe de l'Etat absolutiste pérennise l'agonistique des puissances et ne consiste donc pas seulement, comme en interne, à subordonner la morale à la politique de sorte à circonscrire la violence illimitée de la guerre juste.

Quoiqu'il en soit, la conclusion de Koselleck ne retient à ce stade que ceci :

Le fait fondamental du XVIII^e siècle est donc l'épanouissement du monde moral dû à la stabilité politique préalablement assurée. C'est seulement par la neutralisation politique des conflits religieux et par la limitation des guerres à des guerres purement étrangères qu'a été dégagé l'espace social où la nouvelle élite pouvait s'épanouir. En comparaison avec le passé, le citoyen se sentait en sécurité au sein de cet ordre. (...) Avec comme toile de fond la sécurité régnante, la foi qu'avait la philosophie de l'histoire dans le progrès moral de l'homme civil a acquis son évidence historique. Le progrès moral est un produit de la stabilité politique (C40-K38).

4. On comparera par exemple le caractère massif de KuK à la finesse des analyses de F. Cosandey et R. Descimon, *L'absolutisme en France*, Paris, 2002.

5. E. de Vattel, *Le Droit des gens: Principes de la loi naturelle, appliqués à la conduite et aux affaires des Nations et des Souverains*, 2 vol., Londres/ Neuchâtel, 1758.

6. C. Schmitt, *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum*, Cologne, Greven, 1950.

Contenue en Europe même, la guerre donnait l'illusion d'avoir tout à fait disparu⁷. Cette situation, propice à la croyance en un possible progrès moral, était à la fois le produit structurel de l'ordre absolutiste et le grand leurre *anti-politique* moderne quant aux conditions de possibilité pérennes de toute paix et de tout ordre politique (interne comme externe): l'Etat.

1.2. Situation philosophique et sociologique des Lumières

Le second moment de l'analyse (chap. 2) consiste à montrer comment, depuis la fin du XVII^e siècle, la société civile – cette créature induite par l'ordre pacifié de l'Etat absolutiste – s'emploie à remoraliser l'ordre politique à partir du for intérieur individuel, de la critique philosophique et de nouvelles pratiques urbaines de sociabilité. Les Lumières philosophiques, dès la fin du XVII^e siècle, équivaudraient selon Koselleck à une dilatation vers l'espace public du for intérieur privé que l'Etat absolutiste avait relégué hors de la sphère politique et de sa structuration éthico-religieuse (C43-K41). Le mouvement du politique va alors du dedans vers le dehors, du for intérieur vers l'Etat en passant par la « société » qui, collection de consciences morales extériorisées, finira par se dresser en face du pouvoir absolutiste afin de le réinstaurer intégralement à partir d'elle seule de sorte à pouvoir dire en substance : non pas seulement *L'Etat, c'est nous*, mais *L'Etat, c'est nous en tant que Critique morale illimitée de droit*.

Koselleck repart pour ce faire de John Locke, mais le fait remarquable est qu'il fait totalement l'impasse sur les *Two Treatises of Government* pour ne retenir qu'un seul passage, fort bref, de l'*Essay on human understanding* (II, 28, § 7-10). C'est dans ces quelques pages que Locke avance la triade « divine law », « civil law », « philosophical law » (appelée également « law of opinion or reputation »).

Koselleck a de ce texte une lecture maximaliste. Il y voit essentiellement trois choses : 1) un réarmement normatif de la « loi divine » contre l'ordre supra-confessionnel de l'Etat argumenté par Hobbes pour mettre fin au quasi état de nature de la guerre civile ; 2) une autonomie normative attribuée aux jugements moraux formulés depuis la « loi philosophique » et ses instances dialogiques dans la société (notamment les clubs) ; 3) *summa summarum*, autant de sources de normativité orthogonales aux « lois civiles » du Léviathan. La conclusion de Koselleck est radicale:

En interprétant la loi philosophique, Locke a investi politiquement le for intérieur de la conscience humaine que Hobbes avait subordonné à la politique de l'Etat. (...) la morale n'est plus une morale formelle de l'obéissance, elle n'est plus subordonnée à une politique absolutiste, elle affronte les lois de l'Etat (C47-K45).

7. Mais *quid* de la guerre de succession d'Espagne (1701-1714), de la guerre de succession d'Autriche (1740-1748) ou encore de la guerre de Sept ans (1756-1763)? Le système westphalien n'a nullement la stabilité qu'on lui prête : le mode dynastique de dévolution du pouvoir en régime hiéocratique (et non démocratique) est un facteur belligène chronique en Europe même.

Typique du premier Koselleck, cette lecture représente un véritable forçage du texte, afin d'accréditer la thèse générale de KuK sur l'époque. En ne hiérarchisant pas les trois types de lois (divine, civile, philosophique), Locke aurait ainsi préprogrammé un conflit général des normativités⁸. Il n'y a pourtant chez Locke ni conflit ni absence de hiérarchie. Les «lois civiles» fixent des principes d'action infranchissables sous peine de sanction ; elles cadrent le licite quant à la *vie*, la «liberté» et la «propriété privée». Les «lois divines» le font également à un niveau plus intérieur de la conscience religieuse affrontée à la question des fins dernières. Les jugements moraux ordinaires et le contrôle social au sein de la société civile parachèvent – au niveau des mœurs – ce bornage des pensées et des actions individuelles. Malgré cela, Koselleck ne veut voir chez Locke que l'annonce du divorce entre la loi positive de l'Etat et loi philosophique de la société civile.

Comme en plusieurs passages de KuK, le défaut de méthode est quadruple au regard des conclusions générales : Koselleck ne s'appuie le plus souvent que sur un corpus philosophique, et qui plus est sur fort peu d'auteurs ; du corpus de ces rares auteurs, il ne retient que très peu de textes ; il les sursollicite très fréquemment pour le besoin de sa démonstration ; enfin, après vérification, certaines citations et références cruciales pour le propos se sont avérées introuvables dans les éditions citées. Quatre biais pour le moins dirimant au regard du caractère massif des thèses critiques soutenues quant aux Lumières. C'est pourquoi il me semble qu'on peut à bon droit parler d'un «premier Koselleck à thèse», davantage situé du côté d'une certaine théorie politique normative, néo-hobbésienne, que d'une pratique méthodiquement réglée de l'histoire.

Dans ce chapitre 2 de KuK, la démonstration de Koselleck consiste «in fine» à aligner toutes les planètes. Le «for intérieur» du sujet de l'absolutisme passe de l'espace privé vers l'espace public. Les convictions «religieuses» deviennent des articles de foi «moraux» «sécularisés». La critique philosophique se pense comme mieux sachante et mieux disante moralement ; elle devient la pratique généralisée d'un groupe social (Philosophes, cafés, salons, clubs, loges maçonniques) se pensant comme cette élite qui doit impulser les transformations générales de la société future. La «République des lettres» prétend détenir l'*imperium* véritable et s'adonne à une guerre illimitée de tous contre tous. Héritière de Pierre Bayle, la «critique» est sanctifiée par Voltaire comme la «10^e Muse», ouvrant ainsi la voie à Diderot, à Beaumarchais et à son Figaro, jusqu'à la Révolution française.

C'est l'heure de ce que Koselleck appelle le «Règne de la Critique». La formule figure en français dans le texte allemand (KuK 51), avec la double majuscule, sans guillemets ni référence à aucune source. Elle concentre la thèse générale du livre, à savoir l'inversion fondamentale de l'ordre de fondation de la société politique depuis le *De cive* de Hobbes : l'*imperium* est passé du côté de la *libertas*, la liberté instituée du côté de la licence pré-politique.

8. « Du fait qu'il n'a pas déterminé le contenu des lois morales mais ne les a décrites que formellement dans leur genèse spécifique, il pense qu'elles pourraient coïncider dans leur contenu concret avec les lois politiques ou divines ; c'est pourquoi il a pu laisser coexister tranquillement les différents pouvoirs. Le fait qu'il ne les a pas ressentis comme antinomiques est un trait de l'originalité de sa théorie politique » (C48-K48).

C'est désormais la société, et la puissance critique de la philosophie, qui est en passe d'usurper le trône et de créer les conditions d'un nouvel état de nature pré-stasique.

Selon Koselleck, ce sont les clubs ainsi que les différentes diasporas protestantes (notamment en Hollande et en Angleterre) qui vont être les relais sociologiques concrets susceptibles de faire infuser dans la société les axiomes comme l'*ethos* de la Critique. En France, le Club de l'Entresol de l'abbé D'Alary et de l'abbé de Saint-Pierre déchantent toutefois de ne pas avoir débattu à huis clos, dans la confidence et le «secret». Le cardinal Fleury le contraint de fermer en 1731. Les loges maçonniques se mettent ultérieurement à l'abri de ce genre de mésaventures en généralisant la pratique du secret. Elles y ajoutent la leçon de «l'égalité» transclasse dans la fraternité des loges (à l'instar de l'égalité entre hommes et femmes dans les «salons»). C'est pour Koselleck un avant-goût de la «liberté civile», comme le prélude pratique aux principes philosophiques à réaliser: « La liberté en secret devient le secret de la liberté » (C62-K60). Koselleck affectionne ce genre de renversement de formule valant démonstration. Dans les loges maçonniques, les individus s'éprouvent alors en tant qu'égaux, fraternels, libres dans le secret, et représentants d'une moralité et destinée supérieure de l'humanité. Ces petites communautés morales se rêvent en lieu et place des Etats absolutistes, immoraux et arbitraires, à l'instar de la raison d'Etat. C'est l'horizon du cosmopolitisme moral (chez Lessing, mais aussi Weishaupt, Knigge et Wieland) qui se substitue à la réflexion sur les conditions de possibilité minimales de tout ordre politique pacifié en interne comme en externe.

Toutes ces aspirations se heurtent pourtant à la structure politique de l'absolutisme qui dénie aux sujets toute participation et responsabilité politiques. Le blocage politique est complet; les couches sociales montantes n'ont d'autre alternative que de sur-investir l'inflation verbale critique puis la crise concrète de l'Etat absolutiste. L'analyse de Koselleck est ici très franco-centrée; il ne tient nullement compte de la diversité des systèmes absolutistes et des répertoires de contestation induits. Il entend néanmoins repérer une montée des langages dualistes, agonistiques, du politique (C104-K102). C'est à cette occasion qu'il jette les premières bases de sa sémantique historique autour des grandes notions antithétiques alors débattues (*Gegenbegriffe*, C84-K83)⁹. Cette structuration politique et discursive est explosive; la Critique est achevée, la Crise peut bientôt commencer. Le parti des Jacobins n'aura qu'à se baisser pour ramasser l'*imperium* arraché par la société civile des mains de l'Etat.

La «surcharge schmittienne» du chapitre 1 de KuK est redoublée dans le chapitre 2 d'une «surcharge cochinienne», par référence aux travaux d'Augustin Cochin sur les loges maçonniques et le jacobinisme (C92-K91). Du chapitre 1 au chapitre 2, la démonstration boucle sur elle-même. Logée dans le for intérieur du sujet absolutiste, la réserve destituante de «droit naturel» s'est muée en *potestas indirecta* de la société civile contre l'Etat: « La morale est le souverain présomptif » (C70-K68 ; C125-K124).

9. Cf. les longues notes de bas de page de l'édition 1959, rejetées en annexes séparées dans la traduction française de 1979 (C157 sq.), et complétées dans l'édition définitive Suhrkamp de 1973.

1.3. Philosophie de l'histoire et futurisation utopique de l'eschatologie

Ce n'est que dans le troisième et dernier moment de son argumentation que Koselleck aborde la question de la philosophie de l'histoire comme genre réflexif et matrice politique (chapitre 3). C'est là ce que j'appellerai la *surcharge löwithienne* non seulement de KuK mais de toute la pointe politique de sa sémantique historique. On sait à quel point Karl Löwith a pour lui compté puisqu'il a traduit *Meaning in History* (conjointement avec Hanno Kesting) avant de préfacer son autobiographie¹⁰. Le premier Koselleck de KuK reste largement dans la dépendance de Löwith sur le sujet de la philosophie de l'histoire, son originalité étant de l'articuler à la proposition schmittienne sur la structure politique de l'Etat absolutiste. Ce n'est que par la suite, dans la discussion avec Hans Blumenberg en 1975, que Koselleck actera la nécessité de se démarquer de toute *Ableitungsthese* stricte faisant de la philosophie de l'histoire une version sécularisée de la théologie ; il accordera alors qu'il serait plus pertinent de n'en retenir que la dynamique métaphorique, au niveau des mutations du langage socio-politique moderne¹¹.

Pour l'heure, KuK fait du genre naissant de la « philosophie de l'histoire » l'héritière de l'eschatologie chrétienne et le principal discours de dissimulation de la structure conflictuelle réellement à l'œuvre entre la société et l'Etat. «Eschatologie chrétienne sous sa forme modifiée de progrès séculier, éléments gnostiques et manichéens dissous dans le dualisme de la morale et de la politique, cyclogies antiques, enfin récente légalité scientifique appliquée à l'histoire, tout cela a contribué à sa naissance» (C110-K108). Interdits en 1785, les Illuminati franc-maçons de Bavière «font du plan de salut de Dieu, en le sécularisant, un plan rationnel de l'histoire» (C112). «Grâce à cette identification du plan indirectement politique avec le cours de l'histoire, on dissimule la possibilité de la révolution tout en la provoquant» (C113). La décision ultime, l'issue de la Crise, est ajournée mais par là même déclenchée: « La tension entre l'Etat et la société se décharge apparemment dans l'avenir lointain » (C113)¹².

Le point nodal est qu'en couplant morale et philosophie de l'histoire les Illuminati abolissent les conditions quasi transcendantales du politique: « Haut et bas, intérieur et extérieur cessent d'être des phénomènes historiques, car avec l'épanouissement de la morale disparaît toute autorité et donc aussi l'Etat » (C112-K110). En futurisant le progrès moral ainsi que la réconciliation de l'humanité, les franc-maçons ruinent la variante hobbesienne de l'autorisation absolutiste. C'est la conscience individuelle (et non l'*auctoritas*) qui est désormais la source du droit; la légitimité morale prime sur la légitimité absolutiste. Le pouvoir «doit devenir une fonction

10. R. Koselleck, «Dankrede»... *op. cit.*, 45.

11. Cf. l'excellente analyse de Gennaro Imbriano, *Der Begriff der Politik. Die Moderne als Krisenzeit im Werk von Reinhart Koselleck*, Francfort/Main, 2018, 120 s.

12. Je me réfère à la version de 1959 traduite en français en 1979 car la version remaniée allemande de KuK en 1973 a été sur ces points largement modifiée par Koselleck (K110-113). Mon hypothèse – provisoire – est que Koselleck avait entretemps, grâce aux articles du *Lexikon*, considérablement élargi sa documentation sémantique sur le concept de «Geschichte» et la «Verzeitlichung » de sorte qu'il a procédé à la révision du texte de 1959.

de la société», de même que doit advenir la «moralisation de la politique» (C123-K123). Mais l'argumentation koselleckienne va encore au-delà; elle consiste à affirmer que c'est en dissimulant aux acteurs d'alors le processus de re-moralisation/destruction en cours du politique que la philosophie de l'histoire a ouvert la voie à la mise en crise effective du régime absolutiste. «Voiler cette dissimulation en tant que telle, c'est la fonction historique de la philosophie bourgeoise de l'histoire» (C132-K133; C155-K157).

Dans un passage entre tous fameux du livre III de *L'Emile*, Rousseau se fait l'écho de la tension alors palpable: « Nous approchons de l'état de crise et du siècle des révolutions » (cité C133-K133). Il est identifié par Koselleck comme un des points de basculement du «Règne de la Critique» futurisée vers le cycle totalitaire moderne : «Rousseau cherchait l'unité de la morale et de la politique ; il a trouvé l'Etat total, la révolution permanente cachée sous le manteau de la légalité » (C135-K136). «La dictature se distingue de l'absolutisme dans la mesure où elle veut intégrer l'intérieur du particulier que Hobbes avait retranché de l'Etat» (C137-K137). «C'est la tâche du chef de créer l'identité fictive de la morale et de la politique. (...) Il faut guider, non seulement les actions, mais surtout les convictions. (...) La terreur est son chemin et l'idéologie son mode» (C138-K138). La charge est pour le moins massive. C'est dans les passages sur Rousseau que Koselleck porte à son comble sa rétroprojection des catégories politiques de la guerre froide.

L'ultime point de la reconstruction historique de KuK consiste à montrer comment, avec l'Abbé Raynal¹³, la tension verticale entre société (critique) et Etat (absolutisme) minant l'ancien monde européen est recodée horizontalement dans une sorte de spatialisation de l'utopie futurisée. C'est ce que Koselleck appelle la «différence atlantique», soit le «masque géographique» du premier masque dissimulant de la philosophie de l'histoire. Ce masque de second degré, ce sont les colonies américaines, cette anticipation de l'humanité réconciliée par-delà l'ordre politique des séparations. La vérité morale (celle portée par la société, et non l'Etat) adviendra dans le Nouveau Monde au prix d'une coupure politique et géographique d'avec la vieille Europe. Koselleck résume le propos en ces termes : « Raynal fait basculer de sa verticalité sociale la différence entre l'ancien régime et la nouvelle société et lui donne un masque géographique. Le dualisme moral qui jusqu'ici guidait la critique se dilate jusqu'à la différence atlantique, laquelle devient le signal historique de la crise qui entraîne un renversement définitif» (C149-K150). Ici encore, après vérification des passages invoqués, on peut dire que Koselleck sur-sollicite le texte de Raynal qui ne dit nulle part cette montée de la guerre civile sur fond de philosophie de l'histoire moralisante; à propos de la résistance passive des colonies américaines au timbre, Raynal précise en un sens tout différent qu'il n'y a pas eu de guerre civile alors qu'on aurait pu s'attendre à ce que ce soit le cas en un siècle de fanatisme¹⁴. Là où Raynal n'aurait fait que prophétiser la «différence atlantique», Thomas Paine – avec sa revue *The Crisis* (1776-1783) – contribue à faire advenir la décision ultime dans les Treize Co-

13. G.-Th. Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements & du commerce des européens dans les deux Indes*, 6 vol., s.n., Amsterdam, 1770.

14. G.-Th. Raynal, *Histoire...*, *op. cit.*, VI, 410.

lonies d'Amérique. Et l'auteur de KuK de scruter le bouclage cybernétique de ce militantisme en montrant à grand peine comment Raynal, dans les rééditions successives de son ouvrage, cite les textes de Paine parus entretemps sur ces questions névralgiques de guerre civile et de justice utopique réalisée par le Nouveau Monde (C152-K152).

La boucle de KuK se referme ici. La « Critique » philosophique avait été l'hypocrisie de premier degré donnant l'assaut contre l'Etat absolutiste qui l'avait pourtant rendue possible. La « philosophie de l'histoire » sera « l'hypocrisie de l'hypocrisie » (C155-K157), soit cette hypocrisie de second degré dissimulant la première sous la forme temporalisée de l'utopie d'abord et du « masque » spatial de la « différence atlantique » ensuite. Les conclusions de KuK sont dès lors claires au seuil de 1789. Elles pourraient être aisément résumées en reformulant comme suit la maxime hobbesienne princeps: *Moralitas (ut Critica ut Utopia ut Historia) non auctoritas facit legem*. Remède à la *stasis*, surplombant son monde, le Léviathan armé du glaive et de la crosse épiscopale ne repose plus sur la terre ferme, et le lien généalogique direct avec le XX^e siècle est clairement affirmé. « De la critique souveraine naît la souveraineté de la société » (C154-K155). « L'utopie comme réponse à l'absolutisme ouvre ainsi le procès des temps modernes. (...) La guerre civile, sous la loi de laquelle nous vivons encore aujourd'hui » (C155-K156), voilà la contribution au monde moderne de la « souveraineté de l'utopie » (C156-K157) et des « militants bourgeois » en mal de participation par la « moralisation de la politique » (C155-K156). L'utopie, ce chèque sans provision sur l'avenir, est une impasse: « La traite a été présentée pour la première fois en 1789 » (C156-K157). Pour Hanno Kesting, Roman Schnur, Nikolaus Sombart et Reinhart Koselleck, ces jeunes étudiants de Heidelberg obnubilés par la « guerre civile mondiale » (*Weltbürgerkrieg*) au début des années 1950¹⁵, cette traite continuait d'être présentée au monde moderne selon des variantes toutes aussi coûteuses les unes que les autres en désastres humains alors même que chacune était induite par une seule et même structure idéologique dualiste, autorisant la montée aux extrêmes depuis l'ouverture du cycle révolutionnaire utopique à la fin du XVIII^e siècle. Le face à face à la fois idéologique et thermo-nucléaire des USA et de l'URSS durant la guerre froide ne représente pour Koselleck que le dernier avatar de cette structure agonistique. C'était « l'ère du délai » et le « temps de la fin », selon Günther Anders, à savoir : non plus « le royaume sans l'apocalypse » via l'utopie mais « l'apocalypse sans le royaume »¹⁶. L'inquiétude était partagée, générationnelle, car décuplée par la puissance mortifère de la technique. Si elle s'est déplacée depuis en direction de la collapsologie climatique, cela ne saurait faire illusion sur le fait que la menace thermo-nucléaire demeure aujourd'hui encore parfaitement possible.

2. Les avatars de la Crise: *Sattelzeit*, temporalisation et accélération

Le travail d'habilitation sur la Prusse a considérablement déplacé le questionnaire koselleckien en direction de l'histoire des concepts et des temporalités, articulées à une histoire so-

15. N. Olsen, *History in the plural: an introduction to the work of Reinhart Koselleck*, New York, 2012.

16. G. Anders, *Endzeit und Zeitenende: Gedanken über die atomare Situation*, München, 1972.

ciale exigeante mais *in fine* subordonnée à la réflexivité interprétative *ex post* de l'historien¹⁷. C'est à partir de ce grand déplacement que Koselleck va reprendre et reformuler, au travers du schème général de la *Sattelzeit*, ce que KuK avait permis de repérer, au XVIII^e siècle, à savoir la montée du genre de la « philosophie de l'histoire » ainsi qu'un processus de sécularisation intra-mondain des agendas critiques de justice socio-politique. Cette grande thématique se trouve donc reprise mais à la faveur d'inflexions propres au nouveau champ d'investigation du langage socio-politique allemand moderne, en ses « concepts fondamentaux »¹⁸. Rédigée pour partie dès l'automne 1963, publiée selon une première version en 1967¹⁹, l'introduction générale (1972) au grand dictionnaire des *Geschichtliche Grundbegriffe* fixe durablement le programme de la *Begriffsgeschichte* et le questionnaire englobant de la *Sattelzeit*. L'évolution de ce texte entre 1963/67 et 1972 n'a jamais été analysée de près; scrutons en les inflexions principales quant à la thématique de la crise et de la grande transformation moderne.

2.1. La *Sattelzeit* (1963-1972)

Le mot de « Sattel-zeit » (puis « *Sattelzeit* ») apparaît pour la première fois en 1963/67²⁰ ; il est ordonné à une « hypothèse heuristique » déjà bien stabilisée, et équivalente au texte remanié de 1972²¹. C'est le « début du monde moderne » (*Beginn der Neuzeit*)²² qu'il s'agit d'identi-

17. R. Koselleck, *Preußen zwischen Reform und Revolution. Allgemeines Landrecht, Verwaltung und soziale Bewegung von 1791 bis 1848*, [1965] Stuttgart, 1967; 2^e édition révisée, Stuttgart, 1975.

18. Pour une présentation générale de la *Sattelzeit*, cf. J. Stefan, « Die Sattelzeit. Transformation des Denkens oder revolutionärer Paradigmenwechsel? », in A. Landwehr (ed.), *Frühe Neue Zeiten. Zeitwissen zwischen Reformation und Revolution*, Bielefeld, 2012, 373-388.

19. R. Koselleck, « Richtlinien für das 'Lexikon Politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit' », in *Archiv für Begriffsgeschichte*, vol. 11, 1967, Bonn, 81-99.

20. R. Koselleck, « Richtlinien... », *op. cit.*, 82, 91 et 95 (pour « Sattel-zeit ») et 96 et 99 (pour « Sattelzeit ») ; comparer à la version de 1972, in Koselleck, « Einleitung », in Otto Brunner, Werner Conze et Reinhart Koselleck dir., *Geschichtliche Grundbegriffe : historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, vol. 1, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972, XIII-XXVII, ici XV et XXVI (texte désormais cité par l'abréviation « 1972, GG, I »).

21. R. Koselleck, « Richtlinien... » *op. cit.*, 81-82 : « Es geht darum, den Begriffswandel aus vorrevolutionärer Zeit über die revolutionären Ereignisse und Wand-/lungen hinweg bis in unseren Sprachraum hinein zu verfolgen. Das heuristische Prinzip dabei ist, daß bei gleichen Worten erst seit der Mitte des vorigen Jahrhunderts der heutige Bedeutungsgehalt soweit feststeht, daß er keiner 'Übersetzung' mehr bedarf. Der heuristische Vorgriff führt sozusagen eine 'Sattel-zeit' ein, in der sich die Herkunft zu unserer Präsenz wandelt. Begriffe dieser Zeit tragen ein Janusgesicht : rückwärtsgewandt meinen sie soziale und politische Sachverhalte, die uns ohne Übersetzung und Deutung der Worte nicht mehr verständlich sind, vorwärts und uns zugewandt haben sie Bedeutungen gewonnen, die einer Übersetzung nicht mehr bedürftig sind. Begrifflichkeit und Begreifbarkeit fallen seitdem zusammen » (comparer mot pour mot à 1972, GG, I, XV).

22. R. Koselleck, « Richtlinien... », *op. cit.*, 91, également 84 (comparer à 1972, GG, I, XV pour « Beginn der 'Neuzeit' », XIX pour « Entstehung der Neuzeit » ainsi que « Umwandlungsprozeß zur Moderne » et XXIV pour « Strukturwandel der Geschichte »).

fier, au fil de ses mutations conceptuelles qui seraient les indices de changements tour à tour politiques, socio-économiques et expérimentiels. Une double révolution, politique et industrielle, engage alors une transformation profonde et rapide du monde hiérarchique hérité des statuts, « ordres » et « états » (*Stände*)²³. C'est ainsi que se serait durablement ouverte la grande alternative dynamique de la « Tradition » et de la « Révolution », jusqu'à l'orée de notre « présent » politique²⁴. Le dispositif interprétatif de 1963/67 est limpide. Le passé de la société d'ordres se trouve durablement reconfiguré durant de la *Sattelzeit* (1750-1850), via l'agonistique sémantique de la « Tradition » et de la « Révolution » : et cela, jusqu'à ce que se stabilisent les cadres conceptuels de la société présente – depuis *pour nous* immédiatement intelligible, sans que soit requis un travail profond d'interprétation/traduction conceptuelle.

Cette première version de la *Sattelzeit* comporte tout ce sur quoi Koselleck reviendra par la suite. Ceux qu'il appelle encore des *Zentralbegriffe*²⁵ deviendront en 1972 des *Grundbegriffe*, à savoir non pas de simples *mots* (*Wörter*), mais des notions socio-politiques pluri-voques, condensant en elles des enjeux sociétaux si polysémiques qu'ils demeurent investissables par de nombreux groupes sociaux et porte-paroles antagoniques. La dimension non pas seulement «sémantique» mais pragmatique des jeux de discours (en situation, dans des contextes spécifiques), cette dimension essentielle non idéaliste est d'emblée posée au travers de la question cardinale du *Cui bono?* Autrement dit, à qui s'adresse telle ou telle prise de parole? En provenance de qui, de quel groupe social ? Selon quelles notions inclusives ou bien exclusives, voire stigmatisantes? Selon quels intérêts économiques et quelles visées tactiques? A quel niveau infrastructurel précis – spatial et médiatique – de l'espace public du moment, selon quels effets et rayonnement spécifiques, etc. ?²⁶ Tous ces réquisits de contextualisation des discours sont posés dès 1963/67, et seront réitérés comme tels chroniquement par la suite, en dépit des lectures tronquées et délibérément polémiques de certains – faute de pouvoir se nourrir méthodologiquement d'autre chose que de caricatures anti-koselleckiennes²⁷.

23. La notion de « Wandel » (ailleurs « Umbruch ») est récurrente, cf. R. Koselleck, « Richtlinien... », *op. cit.*, 82, 84, 86, 91, 99.

24. R. Koselleck, « Richtlinien... », *op. cit.*, 91 et 99.

25. R. Koselleck, «Richtlinien... », *op. cit.*, 89.

26. R. Koselleck, « Richtlinien... » *op. cit.*, 87-88 (comparer à 1972 GG, I, XX). La question des « sources » discursives mobilisables (*Quellen*) recoupe cette question du « cui bono » pragmatique, et Koselleck distingue d'emblée entre un niveau « moyen », « haut » et « bas » relativement à l'échelle matérielle concrète et littéraire-philosophante (ou pas) de l'espace public (*op. cit.*, 97-98, à comparer à 1972, GG, I, XXIV-XXV).

27. Partiel autant que partial, caricature mal informée autant que désinformante, le dialogue de sourds avec Quentin Skinner et John Pocock est à cet égard désarmant, autant que stratégiquement révélateur. C'est sans doute parce que toute cette tradition de recherche, et leurs légions d'épigones contemporains académiquement employables, n'a jamais eu qu'un rapport tout littéraire, d'érudition intertextuelle, aux structures d'action du politique, de l'économique, du social et du religieux.

Mais, plus fondamentalement, les quatre questions heuristiques de l'hypothèse générale de la *Sattelzeit* ne sont encore qu'esquissées²⁸. En 1972, en effet, Koselleck avance quatre clefs de lecture possibles du passage de l'ancien régime au monde moderne. Premièrement, un mouvement de «démocratisation» (*Demokratisierung*) des concepts socio-politiques²⁹, soit donc le fait que le langage politique en soit venu à inclure beaucoup plus d'acteurs et de réalités sociales que les vieilles catégories de la société d'ordres (*Stände*) ne permettaient d'en impliquer. Dans le programme de 1963/67, Koselleck ne saisit ce premier grand processus de transformation sémantique qu'au travers de l'agonistique centrale « Tradition »/ « Révolution »³⁰.

Le second grand processus de changement pointé en 1972 relève de la catégorie de «temporalisation» (*Verzeitlichung*)³¹, soit donc l'idée que les grandes catégories modernes du politique intègreraient désormais des éléments de philosophie de l'histoire allant bien au-delà des langages passés de la domination socio-politique spatialisée – e.g. «Emanzipation» *versus* «Herrschaft». Ce processus-là n'est encore qu'effleuré en 1963/67 par des remarques adventices sur «l'accélération» (*Beschleunigung*) et l'apparition de concepts perspectivistes temporalisés partisans (*parteigebundene, geschichtsphilosophische Perspektivbegriffe*)³². Par rapport à KuK, cela constitue néanmoins un déplacement notable en direction des sémantiques temporalisées modernes. La double thématique de la temporalisation et de l'accélération commence à prendre la place de sa première critique, moins sémantique que doctrinale, voire idéologique, de la «Kritik» moderne en tant que factrice de « Krise » de l'Etat absolutiste pacificateur.

La troisième série de transformation sémantique avancée en 1972 souligne le degré croissant d'«idéologisation» des langages socio-politiques modernes (*Ideologisierbarkeit*)³³. C'est sur ce point où la continuité est la plus forte avec le pré-programme de 1963/67. Dans un cas comme dans l'autre, Koselleck souligne le « degré d'abstraction » montant des sémantiques à l'œuvre, leur caractère de plus en plus évidé, aveugle aux concrétudes expérientielles, ainsi que leur caractère manipulable³⁴. Déjà au cœur de KuK, le soupçon d'inflation sémantique, crisogène, de la modernité est ici encore très fort mais désormais rapporté à la

28. La formule-clef ramassant les différents processus aperçus en 1963/67 est la suivante : « Die Begriffe sind also nach dem jeweiligen *Erfahrungshorizont* aufzuschlüsseln : inwieweit dieser 'geschichtsphilosophisch', 'ideologisch', 'abstrakt' ist, kann nur die Einzelanalyse ergeben » (Koselleck, « Richtlinien »... *op. cit.*, 93). Le résumé symétrique, stabilisé, de 1972 s'énonce ainsi : « Alle genannten Kriterien, die Demokratisierung, die Verzeitlichung, die Ideologisierbarkeit und die Politisierung bleiben unter sich aufeinander verwiesen. Ohne jeden Anspruch auf Vollständigkeit behalten sie heuristischen Charakter, um den Gebrauch neuzeitlicher Terminologie gegen deren vorrevolutionären Zusammenhänge abgrenzbar zu machen. Aus dem heuristischen Vorgriff folgt nun keineswegs, daß ihn die Geschichte jedes Begriffs bestätigen müßte » (GG, I, XVIII).

29. R. Koselleck, « Einleitung », *op. cit.*, XVI.

30. R. Koselleck, « Richtlinien... », *op. cit.*, 91 et 99.

31. R. Koselleck, « Einleitung », *op. cit.*, XVI-XVII.

32. R. Koselleck, « Richtlinien... », *op. cit.*, 88, 91, 92 et 93.

33. R. Koselleck, « Einleitung », *op. cit.*, I, XVII-XVIII.

34. R. Koselleck, « Richtlinien », *op. cit.*, 91 (« Ideologisierung »), 92 (« Abstraktionsgrad » ; « Manipulierbarkeit ») et 93 (« abstrakt »).

morphologie même (infra-sémantique) des langages politiques modernes. Et c'est justement la force de l'argument koselleckien que de porter également sur la « forme », et non uniquement sur le « contenu » signifiant des discours. Ce que l'introduction générale au *Lexikon* de 1972 ajoute à cet argument de 1963/67, c'est la notion de « singuliers collectifs » (*Kollektivsingular*), soit donc l'idée que des concepts processuels existant auparavant au pluriel auraient été de plus en plus mobilisés au singulier majusculé (Le Progrès, l'Histoire, la Liberté, etc.)³⁵.

La quatrième et dernière transformation englobante énoncée en 1972 est celle d'une « politisation » (*Politisierung*) sémantique généralisée, à savoir l'idée d'une augmentation drastique, lors du passage à la modernité, des modes de désignation polémiques, polarisés, non seulement des enjeux mais des positions groupales (soi/ les siens *versus* les autres) au travers de mots-slogans – e.g. « Aristocrates » *versus* « Démocrates », « Réactionnaires » *versus* « Révolutionnaires », etc.³⁶. On retrouve ici la question des « dualismes » et des *Gegenbegriffe* (concepts antagoniques, relationnels) omniprésente dans KuK (jusqu'au sous-titre du tapuscrit de 1954) ; elle n'est toutefois plus circonscrite aux discours des Lumières, des loges-maçonniques et des philosophes de l'histoire ; elle devient une des grandes matrices interprétatives de la morpho-sémantique moderne. « Politisation » agonistique partout donc en 1972. Le pré-programme de 1963/67 thématise déjà le point, mais moyennant la notion de *Polemisierung* (et de *Gegenbegriffe*)³⁷. Cette notion intermédiaire ne change toutefois rien à la forte continuité de la visée heuristique et du diagnostic.

2.2. Temporalisation et accélération : une sur-accentuation durable et problématique

Après le lancement du *Lexikon* en 1972, on peut repérer une ultime inflexion durable de la pensée de Koselleck, à savoir une sur-accentuation manifeste de la thématique de la « temporalisation » et de l'« accélération ». Cela permet à Koselleck de maintenir une double thèse : 1) tout d'abord, celle de la *Sattelzeit* en tant que grand basculement moderne (révolution politique, révolution industrielle et mutations des vieux répertoires métaphoriques de l'attente hérités de l'apocalyptique chrétienne) ; 2) ensuite, la thèse d'une accélération matérielle inédite de la modernité.

Cette seconde proposition se décline en deux arguments distincts, et cela jusqu'aux derniers textes et interventions publiques de Koselleck. D'une part, il y a l'idée que l'accélération matérielle moderne pousse jusqu'à son point de possible rupture la gouvernabilité politique des sociétés à l'heure de la mondialisation économique et de la crise climatique globale (à l'heure de l'anthropocène ou du capitalocène dirions-nous aujourd'hui). D'autre part, il y a l'idée d'une synchronicité ubiquitaire inédite des images et des affects politiques à l'heure du village global médiatique ; c'est ce que Koselleck appelle la convergence de « l'image » et

35. R. Koselleck, « Einleitung », *op. cit.*, I, XVII.

36. R. Koselleck, « Einleitung », *op. cit.*, I, XVIII.

37. R. Koselleck, « Richtlinien... », *op. cit.*, 88 et 92.

de « l'événement » depuis 2001, suite au second crash (sur la seconde tour) du *World Trade Center* le 11 septembre³⁸. Il s'agit bien évidemment ici d'une variation sur le thème méta-politique fondateur de KuK: soit le diagnostic d'une opinion publique internationale en tant que scène globale de nouvelles « justes causes » (i.e. le djihadisme contemporain), remoralisant l'espace neutre du politique et enclenchant un nouveau cycle, désormais transnational, de « guerre civile » (*stasis*). Depuis KuK, les thèses fondamentales de Koselleck sur la modernité ont tour à tour été reformulées autour de quelques gros noyaux sémantiques aisément identifiables: *Kritik*, *Geschichtsphilosophie*, *Krise*, *Bürgerkrieg*, *Revolution*, *Geschichte schlechthin*, *Verzeitlichung* et *Beschleunigung*. C'est cette sur-accentuation ultime de l'une des quatre matrices interprétatives de « l'époque-charnière » (1750-1850), à savoir le processus multicausal (matériel/sémantique) de « temporalisation »/« accélération » qui est à mon sens le ressort – infiniment ductile – de la grande fortune de Koselleck jusqu'à nous.

Bien des choses continuent toutefois de paraître problématique dans la notion de *Sattelzeit*. Premièrement, affirmer à l'instar de Koselleck que nos langages socio-politiques sont pour l'essentiel homogènes à ceux qui se seraient stabilisés vers 1750-1850 au travers d'un quadruple processus de « démocratisation », « temporalisation », « idéologisation » et « politisation », une telle affirmation ne peut que porter au scepticisme. Entendons par là qu'elle nous empêche de penser ce qui a pu radicalement changer depuis en termes de processus englobants du politique (processus tour à tour sémantiques, pragmatiques, institutionnels et matériels de tous ordres)³⁹. En second lieu, les propositions initiales, fortes, de Koselleck fondant « l'histoire des concepts » conduisent à sur-estimer la dynamique propre, *factrice* d'histoire, des langages socio-politiques. Il y a là une sur-détermination causale à laquelle il convient de résister. J'y vois pour ma part de surcroît une contradiction interne à la pensée de Koselleck lui-même, qui a par ailleurs continûment affirmé que l'effectivité historique ne se résorbait nullement dans le seul langage des acteurs mais renvoyait toujours à des structures anté-prédicatives ainsi qu'à des conditions de possibilité extra-langagières⁴⁰.

Mais surtout – en troisième et dernier lieu –, c'est la sur-accentuation du schème interprétatif de la « temporalisation »/« accélération » qui pose problème. A lui seul, il ne saurait suffire à penser la modernité dans ce qui fait sa spécificité normative, *factrice* d'histoire, à savoir: le long cycle de démocratisation qui s'est ouvert à partir de la révolution américaine

38. R. Koselleck et C. Dutt, « Geschichte(n) und Historik », *Internationale Zeitschrift für Philosophie*, 2/2001, 257-271, repris in Id., *Erfahrene Geschichte. Zwei Gespräche*, Heidelberg, 2013, 47-67, ici 67.

39. Qu'on me permette de renvoyer aux propositions faites en ce sens, en forme de topique comparatiste, dans la seconde partie de mon étude intitulée : « 'Temporalisation' et modernité politique : penser avec Reinhart Koselleck », in *Annales H.S.S.*, 64^e année, n° 6, novembre-décembre 2009, 1269-1301, en particulier 1292 sq.

40. C'est bien évidemment l'argument-massue contre Gadamer visant à subordonner l'herméneutique (et toute la tradition philologique depuis August Boeckh et le XIX^e siècle) à la théorie de l'histoire, cf. R. Koselleck, « Théorie de l'histoire et herméneutique » [« Historik und Hermeneutik », 1985], in Id., *L'expérience de l'histoire*, Paris, 1997, 181-199 ; Id., *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Francfort/Main, 2000, 15.

(1776), française (1789) puis transatlantique⁴¹. Des plus complexe et prégnant, ce cycle n'est nullement réductible aux seules mutations sémantiques des concepts fondamentaux⁴², et il ne saurait être secondarisé par le processus de « temporalisation »/« accélération ». C'est pourtant bien cette secondarisation qui a conduit au re-phrasage contemporain, par la théorie sociologique (H. Rosa), du diagnostic koselleckien de l'accélération jusqu'à en faire un nouveau concept-d'époque, substitué appauvri à la *Sattelzeit*⁴³.

Le problème subséquent à cette inflexion du débat, depuis H. Rosa et sa fortune universelle, n'est pas tellement que les thèses de Koselleck aient été intégralement aspirées par une certaine sociologie. Le problème ne vient pas non plus du fait que ce réinvestissement verbal ait permis de hisser une certaine théorie sociologique au rang de « théorie critique » englobante, prétendant au magistère politique contemporain en même temps qu'à la thématization de ses remèdes dans le mal (via de la « résonance » tous azimuts, ultime avatar-pharmacopée germanique de la *Kulturkritik* moderne depuis Rousseau)⁴⁴. La difficulté dirimante, à mon sens, vient bien davantage de ce que H. Rosa (et ses épigones) développe sa thèse générale de la modernité comme accélération générale en faisant complètement l'impasse sur les processus proprement politiques et idéologico-sémantiques depuis le XVIII^e siècle. Il en résulte un grand écart, peu plausible, entre d'un côté des phénomènes d'accélération proprement matériels (mobilisation en capitaux, processus de production, de transports et communication accélérés) et de l'autre des phénomènes trivialement psychologiques, sauf à les ressaisir comme le stade avancé du capitalisme et de l'individuation modernes (baisse de l'attention par hyperconnexion numérique, *multi-tasking*, *burn out* et identités situatives liquides).

La démocratie en son sens extensif (régime uniment politique, juridique, social et économique) et la question de ses conditions de stabilisation se sont ainsi évanouis dans le trou noir de la thèse de « l'accélération »⁴⁵ ; les médiations sémantico-pragmatiques ont été du même coup escamotées, et nous héritons de fait, sans que cela soit dit, de la sur-accentuation

41. L'appréhension de ce long cycle est encore plus complexe si on le fait débiter, comme on le devrait, avec la « révolte des Gueux » néerlandaise contre l'Empire espagnole en 1566.

42. Le processus sémantique de « *Demokratisierung* » pointé par Koselleck n'épuise, à mon sens, en aucune manière le processus sociétal moderne de « démocratisation », dont nous sommes bien encore les contemporains, mais des contemporains toujours déçus par construction (relativement aux exigences inhérentes à la promesse même).

43. H. Rosa, « Bewegung und Beharrung. Überlegungen zu einer sozialen Theorie der Beschleunigung », in *Leviathan. Zeitschrift für Sozialwissenschaft*, 27^e Année, 1999, 386-414; Id., *Accélération. Une critique sociale du temps* [2005], Paris, 2010; Id., *Aliénation et accélération. Vers une théorie critique de la modernité tardive* [2010], Paris, 2012.

44. H. Rosa, *Résonance. Une sociologie de la relation au monde* [2016], Paris, La Découverte, 2018.

45. Ce qui n'est nullement le cas chez un interlocuteur trop peu discuté de H. Rosa, cf. W. E. Scheuerman, « Liberal Democracy and the Empire of Speed », in *Polity*, vol. 34, n° 1, automne 2001, 41-67 ; Id., « Speed, States, and Social Theory : A Response to Hartmut Rosa », in *Constellations. An international journal of critical and democratic theory*, vol. 10, n° 1, mars 2003, 42-48; Id., *Liberal Democracy and the Social Acceleration of Time*, Baltimore, 2004.

koselleckienne ultime de « l'accélération » mais sans structures politiques, ni sémantiques, ni anthropologiques, et encore moins socio-économiques : bref, nous héritons d'une théorie sociologique à prétention uniment politique et culturelle, écartelée entre matérialités accélérées et résilience (ou non) psychologisante. Soit donc, à la fin des fins, non du tout une éthique de la vertu mais une esthétique de la vie supportable en modernité matériellement accélérée. Avec la théorie du remède dans le mal de l'accélération (la « résonance »), le succès d'estrade est assuré auprès des innombrables individus-atomes entrepreneuriaux (ou académiques), numériquement interconnectés et « managés » dans la globalisation. Avec la théorie de la « résonance » – faisant suite à la sur-accentuation koselleckienne de la thématique de « l'accélération », queue de comète de la *Sattelzeit* –, nous avons bien affaire à une énième variante d'une micro-politique (en fait un simple perfectionnisme moral) qui a démissionné des leviers macro-structurels de toute grande politique : rien d'autre, finalement, qu'un énième symptôme de crise au sein de nos Etats modernes complexes – jadis stratèges, redistributeurs et maîtres des horloges, mais aujourd'hui toujours plus incapités par les flux globaux et les acteurs transnationaux.

3. Conclusion

Je l'ai indiqué à plusieurs reprises en reconstruisant l'argument de *Kritik und Krise* ; Koselleck déborde largement le genre initialement revendiqué en 1954/59 d'une histoire structurelle de l'ancien régime ; il instruit bien davantage le procès généalogique du totalitarisme au XX^e siècle. Les motivations biographiques et générationnelles sont parfaitement documentées⁴⁶. Ce qui reste cependant tout à fait dans le flou dans KuK, ce sont les critères qui pourraient nous permettre de distinguer entre une critique politique à visée réformatrice légitime et une critique de nature potentiellement totalitaire, en raison de sa structure idéologique, supposément repérable dès la fin du XVIII^e siècle. Le premier Koselleck ne s'embarasse pas de ces chicanes, et passe en cela même complètement à côté de l'essence de la politique moderne : la possibilité et même nécessité de la « critique », démocratiquement instituée, sans la « crise » permanente du régime politique, social et économique. La *triple surcharge* de son analyse – surcharge *schmittienne*, *cochinienne* et *löwithienne* – ne permet pas de tenir ensemble la question des conditions de possibilité pérennes de tout ordre politique (ontologie politique) et celle des critères définitoires d'une légitime critique démocratique de l'ordre des choses tel qu'il va. Il y faudrait une théorie de la paix interne non pas seulement par l'autorisation verticale du Léviathan mais par la justice, c'est-à-dire une théorie (chez lui introuvable) de la loi, du droit et de l'équité. Considéré avec le plus grand sérieux, et loin de toute polémique, son objet d'étude requerrait l'analyse du passage de la « structure politique de l'absolutisme » à la « structure politique du démocratisme » – rien de moins que notre ordre politique à continûment stabiliser depuis. Koselleck n'est resté qu'au seuil du problème. Certes, il a très tôt repé-

46. Cf. N. Olsen, *History... op. cit.*, ainsi que Gennaro Imbriano, *Der Begriff... op. cit.*

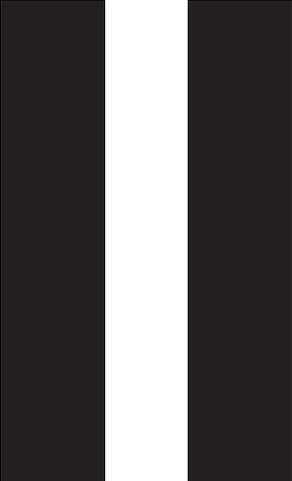
ré la structure contradictoire interne de la pacification verticale absolutiste, mais il est demeuré dans la critique négative de certains discours d'opposition, et cela en raison même de ses prémisses philosophiques d'alors : le Léviathan comme *katechon* et seul remède à la *stasis* pré-politique. Bref, il a choisi de ne raconter qu'une partie de cette histoire et de ne traiter, philosophiquement, que la part la plus triviale de la question : l'utopisme moralisant futurisé en lieu et place d'une théorie moderne de la démocratie politique, sociale et économique.

Comme Jacob Talmon, Leo Strauss, Eric Voegelin et tant d'autres, Koselleck n'est en cela que le fils de son temps (le totalitarisme et la guerre froide) et de son environnement intellectuel. *Kritik und Krise* ne serait-il donc qu'un simple document, fascinant, d'histoire contemporaine ? Pour partie, assurément. Les thèses inaugurales de Koselleck ressortissent à un intérêt de connaissance propre aux expériences de la mort collective violente au XX^e siècle (à l'inclusion des « expériences primaires » de Koselleck lui-même au sortir de la Seconde Guerre mondiale)⁴⁷. De *Kritik und Krise* à l'« iconologie politique » de la mort violente, c'est sans doute une force de ses hypothèses interprétatives que d'avoir tenu le fil rouge de la montée aux extrêmes politiques durant la modernité. Mais c'est pour nous aujourd'hui également une de ses faiblesses, à savoir ne pas éclairer dans toute sa complexité, autant dramatique que durablement émancipatrice, la nature profonde du long cycle démocratique moderne. De nature juridico-politique, systémique, sociologique, religieuse, culturelle – et non strictement langagière –, ce cycle démocratique ne peut en effet être réduit à une analyse rétrospective structurale des sémantiques et idéologies totalitaires, qui demeure pourtant tout du long l'implicite existentiel des grandes questions koselleckiennes. Et ceci jusqu'aux différents textes analysant les *Feindbegriffe* asymétriques, puisqu'ils indiquent à mon sens le moment où Koselleck anthropologise son questionnement initial de KuK sur les « dualismes » et *Gegenbegriffe* modernes.

Il se pourrait ainsi que son approche de la « crise » ne conserve de pertinence qu'en un sens restreint d'« accélération » matérielle et sociale. En quoi Koselleck anticipait avant la lettre sur les problèmes de l'anthropocène, mais à partir de prémisses philosophiques toutes différentes, en dehors de sa visée propre, par une sorte de continuité et pré-science quasi involontaires. La fortune du « critique de la Crise »⁴⁸ s'élève aussi haut que demeurent imprévisibles les aléas historiques de la ruse.

47. R. Koselleck, « Vielerlei Abschied vom Krieg », in H. L. Arnold, B. Sauzay et R. von Thadden (eds.), *Vom Vergessen, Vom Gedenken. Erinnerungen und Erwartungen in Europa. Zum 8. Mai 1945*, Göttingen, 1995, 19-25.

48. I. Nagel, « Der Kritiker ... », *op. cit.*



**HISTORIA
CONCEPTUAL:
ALCANCE
Y LÍMITES**

THE PROBLEMS OF A SCIENCE OF HISTORY IN REINHART
KOSELLECK

Los problemas de una ciencia de la historia en Reinhart Koselleck

Juan Sánchez Mandingorra

Universidad de Valencia

gpdagda@hotmail.com - <https://orcid.org/0000-0002-0385-5018>

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 05.06.2020

Resumen

A partir de un análisis del planteamiento kosselleckiano de una ciencia de la historia, el artículo enfoca los problemas que se vislumbran al asumir acríticamente los presupuestos que subyacen en esta concepción, mostrando que Koselleck ofrece su elaboración teórica para garantizar la necesaria comunicación diacrónica entre contextos distintos y restaurar así la unidad de la historia con una fundamentación trascendental que exige la adopción de categorías «a priori». Las dificultades que emanan de esta propuesta se exploran desde una

Abstract

Starting from an analysis of the kosselleckian approach to a science of history, the article focuses on the problems that are glimpsed by uncritically assuming the presuppositions that underlie this conception, showing that Koselleck offers his theoretical elaboration to guarantee the necessary diachronic communication between different contexts and thus restore the unity of history with a transcendental foundation that demands the adoption of *apriori* categories. The difficulties emanating from this proposal are explored from a his-

alternativa histórico-conceptual que es tributaria de la lectura de Otto Brunner y las investigaciones del Grupo de Padua dirigido por Giuseppe Duso.

Palabras clave

Reinhart Koselleck, ciencia de la historia, categorías de la Histórica, historia conceptual, Max Weber, Otto Brunner, Grupo de Padua.

torical-conceptual alternative that depends on the reading of Otto Brunner and the investigations of the Padua School directed by Giuseppe Duso.

Keywords

Reinhart Koselleck, science of history, categories of *Historik*, Conceptual History, Max Weber, Otto Brunner, The Padua School.

EL TÍTULO DE ESTE ARTÍCULO¹ SINTETIZA LA INTENCIÓN de problematizar el planteamiento koselleckiano para enfocar los problemas de una concepción de la Historia que implica la asunción de unas categorías «a priori» como solución a esas dificultades.

El análisis de esta cuestión, que necesariamente implica a disciplinas como la teoría de la historia y la historia de la historiografía o, incluso, la semántica histórica, se planteará aquí desde un marco filosófico –más concretamente, propio de la historia de los conceptos y la filosofía política– que toma impulso de la reflexión histórico-conceptual que nos lega el mismo Koselleck. Su producción intelectual –como ejemplifica contribuyendo a la fundación del Centro para la Investigación Interdisciplinar (*Zentrum für interdisziplinäre Forschung*) de Bielefeld– desborda los límites de una ciencia de la historia y, aunque el epígrafe del presente artículo apela inmediatamente al saber histórico, no pretende, en buena lid, ser un «intruso» entre historiadores y filósofos².

1. Este artículo se corresponde, en lo esencial, con mi intervención de igual título en el Seminario internacional «Historia, concepto y crisis: Koselleck y la configuración del mundo moderno», celebrado en la Universidad Carlos III de Madrid, en Getafe, noviembre de 2018. Esta iniciativa consolida la importancia de la figura de Koselleck, sumándose a recientes congresos internacionales como el celebrado por la Universidad de Constanza (*35 Jahre nach Reinhart Koselleck: Asymmetrische Gegenbegriffe in Politik, Sprache und Gesellschaft*, Universität Konstanz) en junio de 2010, la de Friburgo (*Zeiterfahrung. Untersuchungen über Beschleunigung und Entschleunigung von Geschichte*, Universität Freiburg), en septiembre de 2015, o el más reciente de París publicado como monográfico (por la *Revue Germanique Internationale*, 25, 2017) con el título “Reinhart Koselleck”.

2. F. Oncina, en su “Necrológica del *outsider* Reinhart Koselleck: el «historiador pensante» y las polémicas de los historiadores” (en F. Oncina, coord., *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual*, CSIC, Plaza y Valdés, Madrid-México, 2009; 233-267), se sorprende por la consideración marginal que recibía Koselleck, cuando Vierhaus le describía como un «intruso». La causa se localiza en su peculiar posición interdisciplinar: «Gadamer lo llamaba “el historiador pensante” (*denkenden Historiker*), y que justamente por hallarse en ese intersticio, o mejor dicho interregno, era repudiado por historiadores y filósofos (...) su temperamento filosófico era la causa del desdén que le dispensaba el gremio» (*Ibid.*, 233). El tiempo ha puesto en su sitio estas disputas y ajustado nuestra memoria, como hace el profesor Oncina con las palabras de Jürgen Kocka: «Largo tiempo considerado un intruso en el gremio, Koselleck ha terminado por convertirse en uno de sus clásicos» (*Ibid.*, 267). Ya existen trabajos en la dirección de tender puentes entre lo filosófico y lo historiográfico. De obligada referencia son: en nuestro país, Juan M^a. Sánchez-Prieto, “Reinhart Koselleck: la interdisciplinariedad de la historia” (en *Memoria y civilización*, 15, 2012, pp. 475-499); en el panorama italiano, destacar a Diego Fusaro con “Reinhart Koselleck nel dibattito storiografico e filosofico” (en *Teoria politica*, 25/3, 2009, 89-105). En esa aproximación disciplinar hay que reseñar el importante número monográfico dedicado a Koselleck, “Reinhart Koselleck: la investigación de una historia conceptual y su sentido socio-político”, por la revista *Anthropos*, 223, 2009: con trabajos de J.M. Sánchez-Prieto (“Más allá del «giro lingüístico»: Koselleck y los nuevos horizontes de la historia intelectual”, 20-38); J. Fernández Se-

En esa línea, en la primera parte se interrogará el concepto de historia como ciencia en Koselleck, mientras que en la segunda se realizará una exploración crítica de los resultados obtenidos, a partir de la particular recepción italiana de la historia de los conceptos desarrollada por el Grupo de Padua. Pero será la interrogación filosófica el motor que sirva para transitar de un apartado al otro.

1. El sentido de una ciencia de la historia en Koselleck

Aplicando esta actitud filosófica básica, al estudio de una ciencia de la historia en Koselleck, podemos plantear tres interrogantes muy elementales. El primero, en orden a la importancia que éste concede en su obra³, es el siguiente: ¿cómo es posible hacer Historia?

Antes de recibir cualquier respuesta, la pregunta exige reflexionar hacia una segunda interrogación que debería ser previa: ¿Qué entendemos por Historia? Aunque en la práctica el anterior es el orden habitual. Damos por sentado que existen unas disciplinas científicas y después nos ponemos a reflexionar sobre ellas. En realidad, es crucial que afrontemos las consecuencias de estas preguntas con total honestidad para evitar asumir de manera aporética el concepto moderno de una ciencia histórica y liberarnos, en la medida de lo posible, de la carga semántica que transporta un concepto reductivo.

Finalmente, después de habernos comprometido con la posibilidad de hacer Historia, se añade una tercera pregunta como conclusión: ¿Estamos dispuestos a hacer una Historia en mayúscula, a pesar de todo?

bastián (“Acontecer, experiencia y teoría de la historia: recordando a Reinhart Koselleck”, 45-53), F. Oncina (“Koselleck y el giro icónico de la historia conceptual”, 71-81) o F.J. Carpiestegui (“El primer Koselleck”, 54-70 y “Reinhart Koselleck: bibliografía más destacada y principales traducciones”, 82-91). En esa misma publicación se encuentra, gracias al trabajo de Luis Fernández Torres, la referencia de Koselleck “Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana” (92-105).

3. Mis observaciones sobre el pensamiento de Koselleck pueden encontrar un mayor desarrollo en mi Tesis Doctoral (*La Historia conceptual paduana: Antecedentes y desarrollo de una historia de los conceptos como filosofía política*, Valencia, 2015, dirigida por Faustino Oncina), que ahora retomo desde una nueva aproximación. El público español tiene ya a disposición muchas traducciones de las obras de Koselleck: *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid, 2007; *historia/Historia*, Trotta, Madrid, 2010 (con la valiosa introducción de Antonio Gómez Ramos); *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993; *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001, *Aceleración, Prognosis y Secularización*, Pre-Textos, Valencia, 2003 (destaco la introducción de F. Oncina); *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2011 (también con una importante introducción a cargo del profesor Oncina); *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Trotta, Madrid, 2012; *Sentido y repetición en la historia*, Buenos Aires, Hydra, 2013. Además, de R. Koselleck y H-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1997 (con la importante introducción de F. Oncina y J.L. Villacañas). Para una visión más completa se recomienda al citado Carpiestegui, *Reinhart Koselleck: bibliografía... op.cit.*

No obstante, si queremos comprender el discurso de Koselleck, la formulación de estas interrogaciones, como ejercicio de problematización de una epistemología histórica, no es incompatible con la disposición a pensar koselleckianamente.

Si aceptamos entonces invertir el orden para afrontar la interrogación que debería ser prioritaria, una manera de aproximarnos a la idea que Koselleck tiene de la historia es acudir al análisis etimológico del término que el propio autor nos brinda en su obra⁴. Una indicación muy valiosa al respecto se encuentra en su observación sobre el originario sentido griego de «experiencia» –que, además, se le presta muy bien al casar con el uso alemán–. En este sentido, Koselleck realiza una distinción entre el significado de «hacer una experiencia» y el significado del «informe» acerca de dicha experiencia, que nos reporta el que «ha visto» lo que ha pasado y porque estaba presente puede decir que sabe. Es decir, primero se experimenta una vivencia que, después, podemos elaborar como relato de lo ocurrido; y es a partir de esa posterior narración en la que se nos informa de lo que un testigo quiere testimoniar que ha sucedido, cuando podemos reflexionar sobre lo ocurrido. En otras palabras, es con la segunda acepción cuando entendemos la historia como saber, y es ese giro el que reclama toda nuestra atención para no interpretar este saber histórico en el sentido de ciencia moderna. En cualquier caso, hay una razón extra para que Koselleck pormenore esta distinción, y es que le permite conjugar la tensión entre los acontecimientos y su conceptualización, ya que sería imposible la transmisión de una experiencia sin disponer de conceptos para su comprensión.

Koselleck también se fija en el doble sentido que para Kant tiene el concepto de «experiencia», al servirle tanto para hacer referencia a la realidad como al conocimiento de esa realidad. Esto es, para defender la coherencia de su propia interpretación. En efecto, el planteamiento de Koselleck es muy kantiano porque, sintetizando mucho la lectura de la *Crítica de la razón pura*, se puede afirmar que, para Koselleck, las condiciones de posibilidad de las historias son, al mismo tiempo, las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico, es decir, de la ciencia histórica⁵. Pero no todo queda ahí, ya que también en Kant se detecta una coincidencia que para Koselleck no podrá ser casual. Al mismo tiempo que constatamos esta apreciación kantiana sobre la experiencia se está gestando el concepto moderno de «historia» como singular colectivo⁶. Antes el término era más bien un género que comprendía las diversas historias. Sin embargo,

4. La pista etimológica en griego y en alemán que resulta «orientadora para la historia», así como la alusión a Kant y el doble sentido que tiene el término gestado con la singularización colectiva (que engloba tanto al acontecimiento experimentado como al conocimiento científico de esa experiencia), en Koselleck, *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 36 y 46-47.

5. Hay que captar ambos aspectos, los acontecimientos y su representación, el evento y su relato, por eso las categorías históricas son equivalentes, para Koselleck, a las condiciones de posibilidad kantianas: «Como categorías históricas equivalen en esto a las de espacio y tiempo (...). Las condiciones de posibilidad de la historia real son, a la vez, las de su conocimiento» (*Futuro pasado... op. cit.*, 335-336. Para las kantianas, ver I. Kant, *Crítica de la razón pura*, Alfaguara/Santillana, Madrid. 1997, 67-91).

6. Aproximadamente desde 1780. Esta singularización es una de las conclusiones que extrae Koselleck al estudiar el período de la *Sattelzeit* aplicando las categorías de «experiencia» y «expectativa» que, con la medida de su coordinación, son utilizadas como baremos temporales.

el nuevo concepto sintetiza ambos polos de la distinción anteriormente comentada entre experiencia y conocimiento de la misma. El concepto alumbrado entonces bicéfalo, engloba tanto a la realidad experimentada como al conocimiento que nace ahora como científico. Lo que supone esta singularización es absorber las diferencias semánticas premodernas y generarnos hoy alguna dificultad para encontrar el modo de distinguir entre *Historie* y *Geschichte*⁷.

¿Queda comprometido Koselleck, por su elaboración de una teoría de la historia, con este concepto moderno? Para poder profundizar en esta cuestión hay que examinar la siguiente cuestión: por qué es posible la historia según Koselleck.

En todo caso partimos de un hecho que genera historias, de un «estado de cosas» que produce el acontecimiento histórico. Pero ¿por qué son posibles los acontecimientos históricos? Según Koselleck, porque hay una tensión constitutiva, perpetua e irresoluble, entre las acciones lingüísticas y los factores extralingüísticos. Desde la perspectiva del historiador es posible distinguir esa dualidad que se construye entre las fuentes textuales y las «categorías científicas» de su disciplina. Se entiende que las considera extralingüísticas en el sentido de que no están incluidas en las fuentes. Esa es la razón por la que Koselleck se refiere a ellas a menudo como conceptos «*ex post*»⁸. Son las categorías epistemológicas de un conocimiento científico: la «Histórica» (*Historik*) como fundamentación del saber histórico⁹.

Señalar unas condiciones no sólo extralingüísticas, sino también prelingüísticas, es afirmar la existencia de unas estructuras naturales, ínsitas a la vida humana, que engendran textos. Son las determinaciones de los acontecimientos históricos que historiografía la Historia, a la que fundamentará la *Historik* al encargarse de las condiciones de posibilidad de dichas historias. Planteándose la cuestión en términos kantianos, Koselleck amplía las condiciones antropológicas retomando el análisis heideggeriano de la temporalidad¹⁰.

7. Algo que podemos solventar con Antonio Gómez Ramos (en su introducción a Koselleck, *historia/Historia*, *op. cit.*, 22-23) optando por el uso de la mayúscula «Historia» para el latino *Historie* y de la minúscula «historia» para el germánico *Geschichte*.

8. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 333-334. Esclarecedor resulta el ejemplo de la historia del «matrimonio», ya que, como teoría de una historia (del matrimonio en este caso), presupone disponer de una «terminología específica» capaz de precisar «la duración y el cambio, imposibles de encontrar de otro modo en el lenguaje de las fuentes» (R. Koselleck, *Historias de conceptos... op. cit.*, 22-23).

9. Es esa distinción entre lingüístico/extralingüístico, en tensión «metódicamente irresoluble» (R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 287-288), la que permite distinguir la *Historik* de la Hermenéutica y, más aún, erigirla como una disciplina autónoma de la gadameriana, de la que no puede ser un «subcaso» (R. Koselleck y H-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, *op. cit.*, 69).

10. Para temporalizar las tres dimensiones temporales de pasado, presente y futuro, Koselleck (*Los estratos del tiempo... op. cit.*, 118), admite seguir lo establecido por Heidegger en *Ser y Tiempo*, a través de una posibilidad desarrollada por Niklas Luhmann (en *Welzeit und systemgeschichte: Soziologie und Sozialgeschichte*). Recoge la finitud y la historicidad que se presentan en la heideggeriana analítica existencial del *Dasein* (la temporalidad es fundamento ontológico del *Dasein*, desplegando así las posibilidades de una historicidad que es constitutiva). Hay una «constitución ontológico-existencial de la historicidad», historicidad que, a su vez, enraíza en la «cura» cuando, al comprenderse como un

El resultado de la ampliación es la tabla de categorías que Koselleck propone con su

ser relativo a la muerte, desvela el fenómeno originario de la temporalidad como sentido ontológico. La unidad de la existencia arrojada en un horizonte temporal, mientras dura su prolongarse, explica la gestación de lo histórico, porque el ser-ahí «sólo existe y puede existir históricamente por ser temporal en el fondo de su ser», y es temporal no porque esté viviendo «dentro de la historia», sino porque se descubre a sí mismo constituido ontológicamente por la temporalidad. Por eso la finitud de un ser relativo a la muerte es justamente el fundamento que no dejará escapar Koselleck, cuando lo rescate para sus categorías de la Histórica como el «precursar la muerte» (M. Heidegger, *El Ser y el Tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.-Madrid, 1982, 330-331, 354-356, 405-419). Heidegger le sirve para insertar la Histórica en la condición antropológica de la humanidad y su existencia temporal (lo que Jiménez Redondo considera «un genuino futuro pasado», en “*El concepto de historicidad en Heidegger*”, *Eutopías*, 54, Episteme, Valencia, 1994, 1-24), pero con esto no basta, no es suficiente (Koselleck y Gadamer, *Historia y Hermenéutica... op. cit.*, 69-73). Lo que Koselleck echa en falta es algo que le permita conceptualizar los tiempos propios de la historia, pues de lo que se trata es de «entender la posibilidad de historias, mientras que Heidegger se contentó con la categoría de la historicidad» (*Op.cit.*, 85). La maduración teórica de Koselleck extrae todo el beneficio práctico de las dos categorías metahistóricas («experiencia» y «expectativa») que habían constituido el eje de su reflexión. Hay una articulación entre historia de los conceptos e Histórica, y las categorías que aporta esta última no quedarían completas sin las condiciones del propio tiempo histórico, porque no bastaría con identificar la condición de las historias humanas si no pudiéramos explicar también la condición del tiempo histórico. Es decir, metahistóricamente, de la propia temporalidad de la historia. Cómo desarrolla Koselleck esta teoría del tiempo histórico forma parte del gozne entre historia conceptual e Histórica, y no solo Heidegger es uno de sus referentes principales para comprender la experiencia histórica (como Weber o Gadamer), sino que también es crucial incluir a Carl Schmitt y, como ya señalé en mi tesis (*La Historia conceptual paduana... op. cit.* 133-134), aunque no podemos decir que las categorías de la Histórica ya planeaban por la mente del primer Koselleck cuando recurre a las parejas conceptuales antitéticas (porque su sentido entonces era dotarse del instrumental conceptual que permitiera explicar procesos a largo plazo, como corresponde a las estructuras), sí es pertinente subrayar los dualismos y pares antitéticos que, tomando estímulo del trabajo schmittiano, sirven para explicar dualística, antitéticamente, el proceso de formación de la Modernidad. Efectivamente, los análisis de pares como interior/exterior (también en sus variantes de privado/público, secreto/Ilustración, moral/política) u hombre/príncipe, que aparecen en el primer trabajo de Koselleck (*Crítica y Crisis... op. cit.*, principalmente para la estructura del Estado absolutista en 31-49, y luego en 73, 81, 132 y 162), nos remiten inmediatamente al Schmitt de *El Leviathan en la teoría del Estado de Tomas Hobbes* (Comares, Granada, 2004), además de la consciencia de la influencia sociopolítica de los conceptos antitéticos, como Schmitt mostraba al asignar su carácter polémico a todo concepto político, pues sirve también para negar a su contrario. Que esto lo recoge magníficamente Koselleck se advierte en su comprensión de la relación de proporcionalidad que existe entre abstracción conceptual y espectro de usuarios: a mayor generalidad de los conceptos sociopolíticos, más se prestan a que cualquier contendiente los utilice, y pueden definirse como polémicos porque distintos grupos de hablantes en disputa intentan monopolizarlos (Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 331; Id., *Historias de conceptos... op. cit.*, 45). Queda claro que Koselleck, inicialmente, retoma estos dualismos para describir los elementos patógenos (pues a su juicio desembocan en la crisis extrema) que esconde el proceso de formación de la Modernidad. Si lo aceptamos (porque la referencia es posterior al momento que ya ha elaborado las categorías de la Histórica), incluso nos remite a oposiciones que afirma encontrar en la obra de Goethe, como los pares antes/después, dentro/

Histórica¹¹, configurada en torno a los 5 pares antitéticos, que se expone a continuación:

1) tener que morir / poder matar¹²

2) amigo / enemigo¹³

3) interior / exterior¹⁴

Que también puede aparecer bajo la forma:
secreto / público

4) generatividad¹⁵

Como capacidad natural de procrear, de la que surge la diferencia generacional entre padres/hijos y encierra en el fondo la crucial determinación diacrónica entre el antes / después
[Reformulación de las célebres categorías de] experiencia y expectativa

5) amo / esclavo¹⁶

Como categoría formal de las relaciones asimétricas de poder entre arriba / abajo

fuera, arriba/abajo, (“Historia(s) e Histórica, Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, en *Isegoría*, 23, 2003, 211-224, 212).

11. R. Koselleck y H-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, op.cit., 73-85.

12. Esta es la ampliación koselleckiana del «precursar la muerte» heideggeriano (el «ser relativamente a la muerte» desarrollado por Heidegger en *Ser y Tiempo*, op. cit., 284-290), puesto que la posibilidad de la muerte significa poder matar tanto como ser muerto.

13. La conocida contraposición de Schmitt para definir el criterio de lo político (C. Schmitt, *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y 3 corolarios*, Alianza, Madrid, 1999) que Koselleck conecta con Heidegger al interpretarlo dentro del mismo contexto político que *Ser y Tiempo*, como una oposición netamente formal de la que puede extraer las categorías trascendentales: «una especie de categoría trascendental de posibles historias» (*Historia y Hermenéutica*, op.cit., 73-85).

14. Par antitético que articula la «espacialidad histórica» (*Ibidem*).

15. Es la determinación antropológica universal para la especie humana y por tanto trascendental. Como refleja la tabla, esconde la determinación diacrónica del antes/después (de hecho una reformulación de las categorías de experiencia/expectativa) respecto a las experiencias generacionales sin las que tampoco es pensable una historia (*Op.cit.*, 82)

16. La contraposición amo/esclavo –terminología que nos dirige a la antítesis hegeliana entre el señor (*Herr*) y el esclavo (*Knecht*) o siervo (G.W.F. Hegel, *La Fenomenología del espíritu*, Pre-Textos, Valencia, 2009, en particular 294-298)– puede resultarnos hoy algo anacrónica, pero interpretada como una categoría formal, las relaciones de dominio y servidumbre pueden tener sentido mientras existan relaciones jerárquicas o asimétricas de poder, que luego los discursos legitimen dotando así de contenido histórico concreto a esa formalidad abstracta.

Aunque el último Koselleck reduzca aún más sus categorías a tres pares con: antes/después, dentro/fuera y arriba/abajo¹⁷, no cambia el blanco de mi lectura, dirigida a poner de relieve su opción por derivar trascendentalmente¹⁸ una serie de categorías formales con las cuales articular científicamente la *episteme* histórica y poder manejar racionalmente la temporalidad que subyace a todos los modos de hacer historias.

Es obvio que, si pretendemos estudiar hoy un informe concebido en otro tiempo, hemos de presuponer alguna forma de continuidad con el pasado. Pues bien, para que el historiador pueda desplegar toda la potencia científica de su disciplina, Koselleck comprende –y esto se advierte mejor que nunca cuando impera una tendencia hacia las micro-historias– que es necesario disponer de una continuidad que dote de unidad a la Historia como ciencia. Aquí está la clave de bóveda del edificio koselleckiano: para una verdadera historia se requiere de una zona de «convergencia» (*Konvergenz*) donde efectuar la imprescindible mediación entre el pasado y el presente, y para ello se necesita contar con unas «premisas teóricas» mínimas, pero comunes¹⁹, que el historiador anticipará teóricamente.

Lo que Koselleck propone tiene una razón de ser. Si la Histórica es una «doctrina de las condiciones de posibilidad de historias»²⁰ y para articularla como tal es preciso manipular algo tan complejo como la propia temporalidad que constituye los tiempos históricos, resulta lógico que la investigación desemboque en una indagación metahistórica y que las categorías que puedan fundar esa teoría científica de la historia sean trascendentales a las historias (serán sus condiciones *a priori*), al igual que extremadamente formales (para poder universalizarse). Las categorías tematizarán una temporalidad que es, por un lado, humana, pero, por otro, histórica, y entonces, si Koselleck no optara por una solución metahistórica, no podría escapar de una historización *ad infinitum* como él mismo reconoce²¹.

No podemos decir, por tanto, que Koselleck no obra consecuentemente cuando escoge derivar trascendentalmente dichas condiciones, máxime cuando –a pesar de todos sus esfuerzos por mantener una productiva combinación entre sincronía y diacronía– concede una importancia decisiva a la diacronía para captar las estructuras en sus transformaciones

17. Ver al respecto el artículo de periódico de Koselleck “*Was sich wiederholt*” publicado en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 21/07/2005. F. Oncina ha detectado las absorciones de la pareja morir/matar por la de antes/después y de amigo/enemigo por dentro/fuera (en su introducción a R. Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte... op. cit.*, IX-LXV).

18. La opción de Koselleck, por derivar trascendentalmente las condiciones de posibilidad que fundamentan el conocimiento histórico, es consecuente con la exigencia diacrónica de una de las perspectivas en tensión (pues tampoco se prescinde de la sincrónica). Es una decisión lógica, ya que, según Koselleck, ninguna fuente, limitada generacionalmente, traspasa procesos a largo plazo (Ver R. Koselleck, *Historia(s) e Histórica... op. cit.*, 213-214).

19. «Para preservar la unidad de la Historia como ciencia tienen que desarrollarse premisas teóricas que sean capaces de descubrir tanto las experiencias pasadas que pertenecen a un tipo completamente distinto, como también las experiencias propias» (R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 128).

20. R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica, op. cit.*, 70.

21. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 338.

a largo plazo. Ahí es donde la historia conceptual (*Begriffsgeschichte*²²) desempeña su papel

22. Joaquín Abellán recopila los maestros de Koselleck en la elaboración de la historia conceptual (1. Otto Brunner, 2. la tradición hegeliana que llega a Rothacker y Gadamer, en la que se incluye a Heidegger, 3. Johannes Kühn, director de su tesis doctoral, y 4. Carl Schmitt), a partir de los cuales desarrolló su particular *Begriffsgeschichte* en el Grupo de trabajo de historia social que se formó en Heidelberg en 1957, en torno a Conze, Brunner y Jantke (J. Abellán, “En torno al objeto de la «historia de los conceptos» de Reinhart Koselleck” (en E. Bocado [coord.], *El giro contextual: cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, Tecnos, 2007; 215-244). Para una introducción al complejo y ecléctico contexto filosófico de la historia conceptual ver la citada introducción de Oncina y Villacañas (a R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, *op. cit.*) donde se establece una clasificación entre los distintos grupos: el primero más tradicional, de Hermann Lübbe (siguiendo a Rothacker y Ritter pero también cercano al segundo Wittgenstein), el segundo de Blumenberg con su Metaforología, y un tercero hermenéutico con Gadamer (siguiendo a Heidegger). Gadamer y Koselleck critican las posiciones de: El enfoque suprahistórico del neokantismo (Natorp, Cohen y Hartmann). El de Dilthey que, con su *Geistesgeschichte*, arriesga un enfoque anacrónico además de historicista (incluiríamos aquí a su discípulo Friedrich Meinecke y su *polistische Ideengeschichte*). La *History of Ideas* de la Escuela de Cambridge (Lovejoy, Q. Skinner, Pocock) en el ámbito anglosajón de la *New History*. Cabría ampliar estas críticas –al menos en el caso que más nos interesa de Koselleck– incluyendo a la Escuela francesa de los *Annales* (Febvre, Braudel, Bloch). Para una crítica de la Historia de las ideas anglosajona desde la particular modalidad de historia de los conceptos del grupo de Padua dirigido por G. Duso, ver M. Merlo, “La forza del discorso. Note su alcuni problema metodologici della storiografia del discorso politico” (en *Filosofia politica*, 1990, IV, 1, 37-56), y S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti e filosofia politica*, Milano, 2008 51-82 y 256-264 (Hay traducción española: *Historia de los conceptos y filosofía política*, Madrid, 2009). En cuanto a la problemática articulación de la Historia Conceptual con la Historia social y la constitucional se localiza en el debate que en los años '20 mantienen Karl Mannheim, Carl Schmitt y Hans Freyer, que influenció a Otto Brunner y Koselleck (para disponer de referencias bibliográficas se recomienda el artículo de P.P. Portinaro “Begriffsgeschichte e filosofia politica: acquisizioni e malintesi” (en *Filosofia politica*, 2007, XXI, 1, 53-64). Para una integración entre *Begriffsgeschichte* y Escuela de Cambridge, siguiendo el trabajo de Melvin Richter, ver Luca Scuccimarra, “Uscire dal moderno. Storia dei concetti e mutamento epocale” (en *Storica*, 2005, 32 XI, 109-134, en concreto 123-125). Por último, no se puede obviar toda una serie de elementos que la historia conceptual ha descuidado por quedar fuera de su análisis conceptual: los mitos, las metáforas... Desciende en este sentido la metaforología de Blumenberg, que estudia las «metáforas absolutas», es en ellas donde se constatan transferencias irreductibles a la conceptualidad lógica de los conceptos pero, precisamente por eso, revelan de una forma más radical las modificaciones en los horizontes de sentido, por tener un rango ontológico más primario: el «subsuelo» de esas «cristalizaciones» (H. Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología*, Trotta, Madrid, 2003, en especial 41-47). Para la relación entre metaforología e historia conceptual, ver Maximiliano Hernández Marcos, “Metaforología e Historia Conceptual. Sobre la polémica de H. Blumenberg con J. Ritter en 1971” (en Faustino Oncina, coord., *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual... op. cit.*, 284-326). Cabe reconocer que Koselleck, capaz de citar en su introducción a los *Geschichtliche Grundbegriffe* (*Un texto fundacional... op. cit.*, 93) a un paladín de las metáforas como Lessing, advierte que no todo podemos expresarlo con palabras, y donde más claramente Koselleck apuesta por el uso de la metáfora es, curiosamente, en sus categorías más estelares de experiencia y expectativa, como espacio de y horizonte de, respectivamente, para atinar a expresarlas con ese recurso y, de hecho, expresar metafóricamente el tiempo (*Futuro pasado... op. cit.*, 339-340). Por abundar, realiza toda una reivindicación de la poesía y la ficción, de lo onírico incluso (ver “Terror y sueño”, en *Futuro pasado... op. cit.*, 267-286). En definitiva, que también Koselleck parece lamentar, casi con nostalgia, la pérdida que para la ciencia histórica supone dejar de lado la fantasía que expresa en sus discursos Tucídides,

crucial dentro de la obra de Reinhart Koselleck: de acuerdo con las capacidades que le presupone tiene asignada la nada despreciable misión de medir la diferencia o convergencia en esa zona de mediación anteriormente mencionada. Por eso dirá Koselleck que «la historia de los conceptos es una especie de propedéutica para una teoría científica de la historia»²³, y por eso en tal zona de convergencia se encuentra no sólo el punto de fricción entre conceptos del pasado y categorías científicas del presente –como pretende Koselleck– y el punto de sutura que puede hacer converger todas las rupturas en la continuidad que reclama la dignidad científica de la historia, sino que, incluso, permite comprender cómo se articula la obra de Koselleck en su conjunto, desde la historia de los conceptos como una herramienta auxiliar, subordinada a la historia social de la que luego se independizará como disciplina autónoma, hasta su *Histórica*. Recurre, por consiguiente, a estas categorías para colmar la necesidad de mediación entre épocas que, de lo contrario, serían inconmensurables; y localiza en el período bisagra de la *Sattelzeit* la posibilidad de medir las convergencias y divergencias entre los conceptos modernos y los premodernos, cuando la vertiginosa transformación de las estructuras produjo en ese momento un desajuste en el modo tradicional de coordinar la «experiencia» y la «expectativa»²⁴.

Aunque el tiempo parece acaparar aquí todo el protagonismo, una lectura atenta permite concluir que también el espacio es esencial en esta teoría de la historia. No solamente como metáfora espacial donde se acumulan los estratos temporales en el citado «espacio de experiencia», sino también porque Koselleck concede al espacio la importancia de suministrar las condiciones naturales, y por tanto metahistóricas, que determinan la posibilidad de las historias²⁵.

aunque cuando decimos que reivindica lo poético (refiriéndose explícitamente a *Verdichtung*), entendemos que se trata de un guiño dirigido a revalorizar la poetización por encima de la condensación (“*Historia(s) e Histórica... op. cit.*, 217-218) y llega a afirmar la posibilidad de que con la *Histórica* se puedan alcanzar los límites del sentido y los «estados de cosas irracionales» (*Histórica y Hermenéutica... op.cit.*, 92). El marco de referencias no quedaría completo sin incluir al Carl Schmitt de *Hamlet o Hécuba. La irrupción del tiempo en el drama*, Pre-Textos, Valencia, 1993 (en especial 32-41), cuya atención por la figura mítica no es una excepción en su obra (como por ejemplo en *El Leviathan en la teoría del Estado... op., cit.*). Estos ejemplos muestran que es necesaria una ampliación de miras para completar la perspectiva histórico-conceptual.

23. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 334.

24. Como metáforas, respectivamente, del espacio que reúne simultáneamente los «estratos del tiempo anteriores», y del horizonte de esperanza como una «línea tras la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de expectativa» todavía no experimentada (R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 339-340).

25. En efecto, no sólo el tiempo, sino que «tanto el tiempo como el espacio pertenecen, dicho categorialmente, a las condiciones de posibilidad de la historia (...) El espacio es algo que hay que presuponer metahistóricamente para toda historia posible y, a la vez, algo historiable» (R. Koselleck, *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 97). Una historia conceptual del espacio es otra de las tareas pendientes para completar la constelación de conceptos limitada al vocabulario político y social. No puede pasar inadvertida la relevancia que Carl Schmitt, un referente para Koselleck, ha concedido en una parte de su obra al análisis histórico del ordenamiento espacial (C. Schmitt, *El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del “Jus publicum europaeum”*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1979; *Tierra y Mar*, Instituto de Estudios Políticos,

Igualmente, si nos ceñimos a lo que sostiene Koselleck, el acontecimiento y la repetición estructural coexisten en una de sus típicas tensiones productoras de condiciones de posibilidad de historias. En este caso, lo semántico y lo extralingüístico, los conceptos la experiencia de los «estados de cosas», unicidad y recurrencia, cambio y continuidad... se remiten sin cesar en un juego en el que cada parte no es más que «la mitad de la verdad»²⁶.

Recorriendo el camino trazado por Koselleck, se comprende que, para suturar la fractura que pueda impedir la continuidad de la historia como ciencia, en ocasiones pueda parecer que acentúa los «factores de estabilización» por encima de la unicidad. Sin embargo, como se demuestra en su obra, son necesarios los dos polos para que exista la historia y –lo

Madrid, 1952; *Hamlet o Hécuba... op., cit.*), en función de la articulación entre elementos como la tierra y el mar o también –un tercer elemento añadido para el siglo XX y determinar la actualidad global– el aire. El condicionamiento del espacio en Koselleck, entendido como las condiciones naturales y geográficas, desempeña un papel parecido al de Schmitt: por ejemplificarlo con un paralelismo, igual que, en el análisis de Schmitt, las posibilidades de Venecia como república marítima quedan condicionadas por el hecho de estar asomada al mar Adriático, a un nivel más local que, por ejemplo, el Imperio Británico, la existencia del Canal de la Mancha, en el análisis de Koselleck, planteaba importantes dificultades al desembarco que planeaba Hitler para invadir Gran Bretaña. Con tales ejemplos podemos concluir que las condiciones metahistóricas se convertían en factores históricos. Por otro lado, Koselleck se ha preocupado de articular la relación entre el espacio y el tiempo histórico, mostrando que las condiciones espaciales también se ven modificadas sustantivamente por efecto de la acción humana que, con el desarrollo tecnológico, ha convertido al globo terrestre en un único espacio de experiencia (globalización), y estas modificaciones cualitativas coinciden con el incremento de una aceleración que ha impuesto las decisiones geopolíticas por encima de las condiciones naturales (R. Koselleck, *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 93-111). Sobre este intento de coordinar tiempo y espacio, es justo indicar que hay ya una antigua y aristotélica conexión filosófica entre *chrónos* y *topos*, al medir el tiempo según el movimiento o el reposo: el tiempo se define como el «número del movimiento según el antes y el después», por lo que no se puede concebir el tiempo sin un dónde espacial, sin un «lugar», ya que establece una vinculación necesaria de la numeración temporal con el desplazamiento de puntos dentro de una línea (Aristóteles, *Física*, Gredos, Madrid, 1995; Libro IV, 11, 219b; exposición del espacio como lugar en IV, 1-5, 208a-213a; del tiempo en IV, 10-14, 218a-224a). Esto es retomado por Hegel –que supo sacar un gran rédito del aristotelismo– cuando afirma que «La negatividad, que como punto se refiere al espacio (...). Puesta de este modo para sí, la negatividad es el tiempo», quiere decir que, como negatividad, el tiempo es una pura abstracción ideal, un continuo –«tan continuo como el espacio»– devenir del ser a la nada y de la nada al ser (las dimensiones del pasado, presente y futuro), en el continuo presente «en cuanto ahora». De nuevo, con un «lugar» que, como «singularidad espacial», es el punto concreto del «ahora espacial» donde se da la identidad puesta del espacio y del tiempo (G.W.F. Hegel, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio*, Alianza, Madrid, 1997, 315-320). A diferencia de la separación kantiana de ambos (en la “Estética Trascendental” de I. Kant, *Crítica de la razón pura, op. cit.*). Abundando en la articulación filosófica de las dos categorías, tendemos a acentuar el aspecto del tiempo en *Ser y Tiempo* de Heidegger, tal vez por ocupar la mitad de su título, pero también por una falta de atención hacia el aspecto espacial. Sin embargo, la existencia es un ser-en-el-mundo que se encuentra ya arrojada en un espacio de existencia, por tanto, ya existiendo temporalmente o ya siendo tiempo, pero encontrándose en ese espacio sin el cual no hay ser-en-el-mundo ni, por consiguiente, tiempo. En suma, queda pendiente una historia conceptual del espacio para completar el cuadro de referencias de la historia de los conceptos.

26. R. Koselleck, *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 37-38.

que es aún más importante explicitar para esta lectura crítica– a Koselleck le resulta indispensable disponer de los medios teóricos capaces de medir las distintas velocidades de los cambios. Es en este punto donde descuella la importancia de Max Weber, al que Koselleck considera pionero en la fundamentación de una teoría como la que él persigue, a saber, la que posibilite un «análisis metodológico de los cambios estructurales a largo plazo»²⁷ que escapan a cualquier experiencia particular y no pueden hallarse en las fuentes, como ya se ha indicado a propósito de los conceptos «*ex post*».

Para no renunciar a la unidad de la Historia en mayúsculas y evitar las micro-historias, Koselleck encuentra los elementos mínimos comunes que demanda su teoría de la historia con la ayuda inestimable de la historia conceptual. Es más, está convencido de que la solución pasa por el ejemplo weberiano de los «tipos ideales», aunque sea cierto que el escenario de Koselleck es ya post-weberiano y que en vez de la adopción del weberianismo sea más ajustado hablar, como ha señalado Villacañas²⁸, de una complementariedad entre el programa weberiano y el de la historia conceptual, ya que Koselleck trata de temporalizar los conceptos historiográficos con la intención de enmendar lo que Otto Hintze criticó a la tipología ideal weberiana.

Efectivamente, Weber, Hintze y Koselleck²⁹ coincidirían en comenzar desde una construcción teórica, es decir, desde abstracciones no extraídas de las fuentes que posteriormente deben ser contrastadas y verificadas en su empleo práctico. Sin embargo, Hintze se apartará buscando una mayor «plasticidad» en los tipos para hacerse cargo de la concreción de la vida histórica³⁰. Si Koselleck consigue temporalizar los conceptos, entonces también se aparta de Weber, pero su apuesta puede ser muy arriesgada si mantiene un cripto-weberianismo. Por

27. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 126; Id., *Los estratos del tiempo... op. cit.*, 92.

28. J.L. Villacañas, «Historia de los conceptos y responsabilidad política: un ensayo de contextualización», *Res publica*, 1, 2003, 141-174. Aunque para Villacañas la metodología de Koselleck es tan «construida» como la weberiana, la considera más apropiada para tratar los fenómenos sociales, al ser más concreta que la genérica de los ideales tipo. También conservaría la idea de «continuidad» entre pasado y futuro, pero la procedencia de esa característica se achaca a la escuela de Joachim Ritter.

29. Nuevamente emplazo a mi tesis doctoral para un rastreo de estos antecedentes (*La Historia conceptual paduana... op. cit.*, 37-55, 274-278. Para mis posteriores comentarios sobre Brunner, 65-111).

30. Algo que Hintze cree haber logrado introduciendo la noción de «desarrollo histórico» y –en otro interesante paralelismo con el trabajo de Koselleck– combinando lo estático con lo dinámico. Hintze busca una revitalización de las ciencias históricas atendiendo más a la especificidad de la vida histórica que a una tipología conceptual. La «plasticidad» la propone para las nociones expresivas del material empírico, a diferencia de los conceptos lógico-sistemáticos (O. Hintze, *Historia de las formas políticas, Revista de Occidente*, Madrid, 1968, 293-294). Después, el procedimiento consiste en la aplicación histórica de esas categorías para comprobar su rendimiento empírico con acontecimientos reales, en idéntica actitud a la de Koselleck (O. Hintze, *Feudalismo-Capitalismo*, Barcelona, 1987, 132). No obstante, a pesar de todos sus esfuerzos por subrayar la individualidad y especificidad de las formas de vida, que no consienten la aplicación de conceptos como magnitudes invariables, y usar una metodología comparativa (para evitar las historias universales), Hintze no consigue librarse de tomar un modelo contemporáneo ni tampoco está exento de mantener una continuidad histórica de los conceptos.

esta cuestión es crucial poder clarificar lo que sostiene Koselleck y, a continuación, qué es lo que motiva o justifica tal apuesta, ya que, en función del weberianismo que encontremos en Koselleck, su teoría puede resultar más o menos coherente. En esa dirección, cobra importancia el mérito que Koselleck otorga a Weber como pionero.

Cuando Weber³¹ piensa en un método sociológico científico, no está queriendo fundar una ciencia histórica idéntica a las ciencias naturales, porque es perfectamente consciente de que su objeto es distinto y de que, para comprender la acción social, hemos de tener en cuenta también los «fines» y «valores», así como aspectos irracionales que, aunque un racionalista podría interpretar como desviaciones, no podría en cambio negar que también influyen en la conducta humana. Con este planteamiento, Weber no está simplemente tomando partido en el debate de la última década del XIX contra la definición diltheyana del conocimiento histórico como ciencia del espíritu, sino toda una respuesta a la crisis epistemológica que afecta al ámbito de las ciencias histórico-sociales (porque en el contexto weberiano, las ciencias sociales indican un conocimiento histórico), en el marco más general de la crisis del historicismo en el XIX. Precisamente porque una sociología científica debe comprender el «sentido» de la acción humana, piensa que está fundando un conocimiento igual de científico que el que las ciencias naturales o nomológicas consiguen con leyes. Igual en cuanto a científica, pero son distintas y no cabe olvidar esta distinción cuando interpretemos el papel de los «tipos ideales» o puros: son generalizaciones teóricas, abstracciones conceptuales utilizadas como instrumental científico que pueda hacer manejables los fenómenos sociales en vez de caer en un reduccionismo que deduzca los eventos de leyes, lo que sería confundirse de método. Pero entonces, si con la construcción típico-ideal se hace posible operar sobre la unicidad histórica y salvar discontinuidades entre épocas distintas, no es menos cierto que el acontecimiento histórico es resultado de una reconstrucción. Tampoco en esto cabe engañarse, el propio Weber ya sabe que los «tipos ideales» no coinciden con la realidad. Es más, afirma que cuanto más univocidad y utilidad heurística tengan, es al precio de ser tanto más extraños en la realidad empírica³². Sin embargo, esto es lo que Koselleck elogia: el gran logro de Weber es haber encontrado los «mínimos comunes» que permiten construir una conceptualización lo suficientemente formal y universal como para poder funcionar a largo plazo, tanto en situaciones de duración como de cambio, y detectar las transformaciones en las estructuras. En definitiva, lo mismo que Koselleck quiere para sus categorías de la cien-

31. M. Weber, *Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, México D.F., 1964, (en especial 6-17). Algunos ejemplos esclarecedores de esta metodología, diferenciando los tipos ideales de los casos empíricos, se pueden encontrar en Id., *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, Madrid, 1999 (77, 112, 137). Para una interpretación de la tipología ideal weberiana sin confundir la metodología de una «ciencia de leyes» con la de una «ciencia de realidad», ver la lectura de F.H. Tenbruck (en M. Losito e P. Schiera, *Max Weber e le scienze sociali del suo tempo*, il Mulino, Bologna, 1988, 25-54), y sobre el debate contra Dilthey en el marco más profundo de la crisis del historicismo, Pietro Rossi (*Op.cit.*, 109-154).

32. «Cuanto con más precisión y univocidad se construyan estos tipos ideales y sean más extraños en este sentido al mundo, su utilidad será también mayor tanto terminológica, clasificatoria, como heurísticamente» (M. Weber, *Economía y Sociedad... op. cit.*, 17).

cia histórica. En conclusión, su respuesta es coherente en relación al weberianismo, pero quedaría pendiente aclarar el posible continuismo y la proyección anacrónica de modelos contemporáneos al historiador.

2. Revisión crítica desde la historia de los conceptos paduana

En este punto ha resultado determinante para mi lectura el trabajo del grupo de investigación paduano dirigido por Giuseppe Duso (*Gruppo di ricerca sui concetti politici moderni* de Padua³³) y dos de sus principales críticas a Koselleck: la primera, que subrepticamente introduce una metodología ideal-típica weberiana, ocasionando una historia lineal que es proyectada anacrónicamente desde lo moderno; la segunda, una crítica del concepto de historia manejado por Koselleck. Esta segunda conecta de raíz con la lectura de Brunner, a quien el grupo paduano toma como referente fundamental, antes que a Koselleck, para entender la historia conceptual. El austríaco ya había criticado el uso generalizado del concepto moderno de historia, que va siempre en conexión con el de ciencia³⁴. Esto es lo mismo que decir que

33. En el ámbito de la historia constitucional y la historia social alemanas se produjo una serie de reacciones a la metodología weberiana, que insistían en la necesidad de contextualizar más adecuadamente los conceptos para evitar proyecciones anacrónicas, tomadas de modelos del presente, sobre otros contextos. En estas sucesivas oleadas de revitalización hay una serie de autores que serán determinantes para la recepción italiana de la *Begriffsgeschichte* alemana: Carl Schmitt, Otto Hintze, Otto Brunner y, finalmente, Koselleck. Para rastrear el origen de esta atención en el panorama filosófico italiano hay que destacar, por encima de todos, a Pierangelo Schiera. Fueron los trabajos de Schiera y Gianfranco Miglio los que introdujeron a los autores mencionados que son, en definitiva, los que van a condicionar la interpretación italiana de la historia de los conceptos. Como este interés se irradió desde distintos focos, hay que diferenciar: 1) El núcleo en torno a la figura del profesor Schiera y el *Istituto Storico Italo-Germanico* de Trento, con la revista *Scienza e Politica*. En los “Annali dell’Istituto Storico Italo-Germanico” se plasman los resultados de trabajos colectivos (que incluyen a Maurizio Ricciardi, Raffaella Gherardi, Gustavo Gozzi, etc. 2) El de Paolo Grossi en Florencia, quien fundó el *Gruppo di ricerca per la storia del pensiero giuridico moderno* y editor de la revista *Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno*. 3) Carlo Galli, en Bolonia, que además contribuyó a la fundación de *Filosofia politica*, revista que también pertenece al núcleo 4) de Giuseppe Duso en Padua, quien bajo su dirección formó el *Gruppo di ricerca sui concetti politici moderni* (que luego evolucionó hasta el *Centro di Ricerca sul Lessico Politico Europeo*) y fundó en 1999 el *CIRLPGE*. Entre los representantes más destacados del grupo paduano es obligado mencionar a sus miembros originales: Alessandro Biral, Adone Brandalise, Sandro Chignola, Gaetano Rametta, Mario Piccinini y Maurizio Merlo, a los que se han ido añadiendo Luca Basso, Antonino Scalone, Merio Scattola, Pierpaolo Cesaroni y otros (Como la producción del grupo paduano ha sido inmensa, se emplaza a consultar una bibliografía más detallada en mi *La Historia conceptual paduana... op. cit.*). Sin embargo, para una panorámica más amplia de la historia conceptual italiana y sus diferentes particularidades, hay que distinguir a Francesco De Sanctis, Luca Scuccimarra, Roberto Esposito y Giacomo Marramao. Del mismo modo, un mapa genealógico debe incluir, aunque en otras latitudes de herencia neokantiana, a Riccardo Pozzo y Mario Sgarbi.

34. Representante de un enfoque historiográfico de una historia constitucional (*Verfassungsgeschichte*), en el sentido material de constitución, que se presta al encaje con la historia social (*Sozialgeschichte*), Brunner

el concepto moderno se entiende como ciencia histórica. Con ese uso, generalizado incluso a otras épocas, se estarían violando flagrantemente los límites sincrónicos que Brunner imponía al trabajo del historiador y los paduanos reutilizarán esa crítica contra Koselleck³⁵, acusándole de haber presupuesto acriticamente la noción de historia.

Para acometer el tercer interrogante propuesto al principio (¿Estamos dispuestos a hacer una Historia en mayúscula a pesar de todo?), hemos de dirigir el enfoque hacia el intento koselleckiano de superar los límites historiográficos impuestos en su momento por las conclusiones de Otto Brunner. Koselleck no está dispuesto a aceptar una fractura insuperable –como la *Trennung* brunneriana– entre moderno y premoderno. Por esa razón, se interpreta la propuesta de Koselleck como un nuevo impulso y revitalización de la historia social y constitucional que, en su caso, aclara la búsqueda de unas categorías tan amplias –los ansiados «mínimos comunes»³⁶–, como para abarcar toda posible historia. El deseo, en fin, de superar la cesura moderna justifica el planteamiento de una «mediación» entre distintos contextos, merced a una «conmutación» conceptual.

Situémonos entonces en la reacción de Koselleck a las tesis brunnerianas ¿Qué piensa el alemán que ocurriría de asumir hasta sus últimas consecuencias una práctica de la historia estructural como la que propone el austríaco? No habría una ciencia histórica capaz de

prefería más la etiqueta de historia estructural (*Strukturgeschichte*), al permitirle conectar la historia con las estructuras y evitar los malentendidos de las anteriores denominaciones, con una expresión que recoge de Werner Conze (*Die Strukturgeschichte des technisch-industriellen Zeitalters als Aufgabe für Forschung und Unterricht*, Westdeutscher Verlag, Opladen, 1957). Hemos de hacer justicia a Brunner repitiendo la importancia que le reconoce el propio Conze como inspirador de la *Begriffsgeschichte* agrupada en torno a Heidelberg (ver la introducción de Julio Pardos a O. Brunner, *Estructura interna de Occidente*, Alianza, Madrid, 1991, 13-14). En cuanto a la conexión con las ciencias modernas, Brunner sitúa el origen de las ciencias históricas en el marco general de la historia de las ciencias y, en particular, en el grupo de las «nuevas ciencias» que tienen su base en el XVII con el mecanicismo y la matematización. En el XVIII, con un nuevo concepto de organismo, se funda la biología, y entre finales del XVIII y principios del XIX –en ese mismo espacio de tiempo en el que se producen las «irrupciones modernas y lo que Brunner llama «era de las ideologías»– surgen las modernas ciencias sociales y la historia moderna, compartiendo contexto con otras irrupciones como los -ismos (verbigracia el historicismo), y la filosofía de la historia (O. Brunner, *Nuevos caminos de la historia social y constitucional*, Alfa Argentina, Buenos Aires, 1976, 36-39, 66. 72-76, 79, 82, 112). Para la tardía difusión de la obra de Brunner en habla hispana, Inés Sanjurjo de Driollet, “La pionera obra de Otto Brunner a través de sus comentaristas” (en *Revista de Historia del Derecho* de Buenos Aires, julio-diciembre, 42, 2001, 155-170) y de Víctor Alonso Troncoso, “Otto Brunner en español, y los estudios clásicos” I (en *Gerión, Revista de Historia Antigua*, 11, 1993, 12-36) y II (*Gerión*, 12, 1994, 12-43). Para comprender el contexto de Brunner en relación con el trabajo de Reinhart Koselleck, véase Niklas Olsen, *History in the plural. An introduction to the work of Reinhart Koselleck*, Berghahn, New York, 2012, y de James Van Horn Melton, “Otto Brunner and the Ideological Origins of Begriffsgeschichte” (en H. Lehmann y M. Richter, eds. *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, German Historical Institute: Washington, 1996, p. 21-34).

35. Para las siguientes observaciones críticas, S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti... op. cit.*, y A. Biral, *Storia e critica della filosofia politica moderna*, FrancoAngeli, Milano, 1999.

36. S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti... op.cit.*, 151-153.

abarcar léxicos semánticamente autónomos e intraducibles a otros contextos de significado, y no la habría porque sería imposible transitar diacrónicamente por las distintas épocas. Brunner estaría bloqueando la imprescindible comunicación con el pasado. El resumen, por tanto, del juicio de Koselleck es que, si nos mantenemos dentro de los límites brunnerianos, el historiador termina por «enmudecer». Es claro que, de acuerdo con la definición inicial del significado de historia, sin conceptos ésta no es posible y se hace obligada una anticipación metahistórica de tales categorías científicas. Sobre esta base podemos ahora entender la respuesta de Koselleck, que busca un plano unitario para superar los bloqueos entre diferentes contextos y cortar el nudo gordiano del hiato moderno. Es ahí donde juega toda su importancia encontrar un plano homogéneo donde poder efectuar la mediación entre el lenguaje científico y el lenguaje de las fuentes o entre presente y pasado. Esa zona de mediación lo es de la citada «convergencia» y, a su vez, es también ahí donde se ha justificado con Koselleck la necesidad de unas categorías capaces de funcionar tanto con los cambios como con la permanencia: las «hipótesis» científicas que trabajan desde unos «mínimos comunes».

Chignola³⁷ ha indicado la centralidad de los procesos de nominación (*Benennungsvorgang*) en Koselleck como el punto clave de su teoría. Es en esos procedimientos semánticos que buscan la referencia de conceptos capaces de expresar y condensar la experiencia colectiva donde puede articular el intercambio entre experiencia histórica y conceptualización; y es también lo que permite a Koselleck saltar por encima de las barreras brunnerianas, pero porque previamente se parte de una anticipación teórica (el *Vorgriff*) que rompe el bloqueo al abrir una continuidad que nos conecta comunicativamente con las fuentes del pasado y representa la posibilidad de una historia como proceso lineal que incluya incluso, weberianamente, las desviaciones³⁸.

Aquí tropezamos con un gran inconveniente, pues representar la historia general de un concepto, en una historia lineal, es una de las principales críticas del grupo paduano a ciertas maneras de practicar la historia de los conceptos que traicionarían uno de los prin-

37. *Op.cit.*, 35-36.

38. *Op.cit.*, 89-96. Cabe precisar, en defensa de Koselleck, una matización: en todo caso, los ejemplos puestos por Duso (en *Op.cit.*, 153-154) para denunciar la legitimación koselleckiana de los tipos ideales weberianos son entre Brunner y Weber (porque la comparación que realiza es entre la perspectiva de Weber y la histórico-conceptual de Brunner), pero no entre Koselleck y Brunner. Lo que no soslaya que, si Koselleck puede diferenciar el mundo antiguo del moderno por la distinta coordinación entre «experiencia y expectativa», o entre «pasado y futuro», entonces no son épocas irreductibles, sino que son «i due mondi riconducibili entro l'unità costituita dalle categorie del tempo storico rigorosamente formalizzate». Biral critica a Koselleck que ha incumplido las admoniciones de la historia conceptual al proyectar en el pasado el tipo moderno de «sociedad», forzando la interpretación de un pasado que no se podía comprender sin una categoría de «virtud» que es incompatible con la idea moderna de sociedad, nacida sobre una dislocación semántica que permitió la cientifización de la ética y la historia. Por ello, el juicio de Biral es que Koselleck no solamente ha perdido de vista la connotación retórica del topos ciceroniano de la historia como *magistra vitae*, sino que no se ha cuestionado la diferencia entre historia y ciencia, y ha eludido el concepto de virtud del que las historias (uso deliberadamente el plural) suministraban los *exempla* (A. Biral, *Storia e critica... op. cit.*, 254-256).

cipios fundacionales de la *Begriffsgeschichte*. Sin embargo, las historias de las voces plasmadas en léxicos, como el de los *Conceptos históricos fundamentales* del Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania³⁹, terminan por impostar precisamente historias del tipo criticado y recayendo en un sospechoso tratamiento, característico de la Historia de las ideas, de los conceptos como constantes universales (las *unit-ideas* de Lovejoy). Si los paduanos llevan razón en detectar un plano homogéneo de continuidad en la ciencia histórica de Koselleck –y es cierto que, como se ha mostrado, lo necesita–, entonces debe compartir los problemas de esta impostación teórica⁴⁰.

Con la articulación de una anticipación teórica se advierte además otro riesgo sobreañadido. Desde luego, se torna acuciante afrontar el peligro de realizar proyecciones anacrónicas al trasladar, a contextos del pasado, acuñaciones conceptuales gestadas desde experiencias exclusivamente modernas. La consecuencia inevitable es que interpretaríamos experiencias históricas desde una elección previa de lo que resulta significativo para nosotros, lo que redundaría en una traducción que deforma y destruye la especificidad de –lo expresaré con términos de Kuhn⁴¹– todas las anomalías que no encajen en el paradigma moderno, hasta el punto de que estas no se contemplan. Por ello cabe preguntarse también si Koselleck ha sido lo suficientemente cauto a la hora de seleccionar los conceptos fundamentales. Son los conceptos modernos que utiliza para conducir y explicar el proceso de transformaciones que culmina en la Modernidad, pero eso quiere decir que se proyectan desde una realidad moderna, es decir, desde el final del proceso, como elementos que puedan homologar contextos temporales distintos. Ahí encontramos un gran problema, pues el precio de la homologación

39. *Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1997. Una referencia importante para situar las críticas de Duso a estas maneras de practicar la historia de los conceptos es su artículo “Historisches Lexikon e storia dei concetti” (en *Filosofia politica*, 1994, VIII 1, 109-120).

40. El tratamiento de los conceptos como esas unidades aisladas sí podría recaer en la Historia de las ideas, pero eso violentaría el planteamiento de Koselleck. De acuerdo con el análisis de Abellán, el concepto no se puede entender aislado, sino en referencia a otros conceptos y por eso nunca se puede confundir con la Historia de las ideas (J. Abellán, *En torno a la “historia de los conceptos”... op. cit.*).

41. T.S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.-Madrid, 1975, en concreto capítulo X (“Las revoluciones como cambios del concepto de mundo”, 176-212) y XII (“La resolución de las revoluciones”, 224-267) donde se concluye la intraducibilidad –Kuhn dice «incomensurabilidad»– entre paradigmas distintos como «mundos diferentes». Como ya indiqué en mi tesis (*La historia conceptual paduana... op. cit.*) al situar el análisis de Brunner desde la problemática de una terminología científica, la visión (o la ceguera) está determinada desde un «paradigma», puesto que el científico no interpreta los conceptos aisladamente, y ahí resulta útil la reflexión de Kuhn. Pero también resulta complementaria la observación estética de Umberto Eco acerca de la dificultad para comprender el concepto de belleza medieval, afirmando que el «campo de interés estético» y sus «materiales» era «más dilatado que el nuestro», es decir, desborda nuestro encuadre en aspectos que, por tanto, escapan a nuestra conceptualización moderna (U. Eco, *Arte y belleza en la estética medieval*, Lumen, Barcelona, 1999, 14).

supone aplanar las diferencias que no encajen en el plano moderno utilizado como patrón de referencia. Esa es la denuncia que heredo de Duso y su grupo⁴².

Según el grupo paduano⁴³, Koselleck habría recaído en presupuestos weberianos, especialmente con la anticipación teórica de los elementos que resultan significativos, y las historias singulares, como las consignadas en el *Lexikon*, no serían otra cosa que la verificación de la «hipótesis» de trabajo propuesta por Koselleck, que supera los bloqueos sincrónicos usando los conceptos como «catalizadores» y «organizadores» de las distintas experiencias históricas sobre un «eje» que obtiene su propio sentido desde la anticipación. Ese eje vertebraba todo el proceso orientándolo linealmente hacia su conclusión moderna⁴⁴ –por decirlo de otra manera, utilizando una expresión de Derrida, esa estructura argumen-

42. Lo ilustraré con algunos ejemplos: A menudo, cuando leemos estudios sobre las *polis* griegas nos encontramos con términos como «Estado» (la concepción del Estado en Platón), o «sociedad», con toda la carga semántica que transporta el concepto moderno de una sociedad despolitizada, escindida del Estado (y no solamente sociedad, también su adjetivo «social» como, por ejemplo, cuando en Aristóteles se afirma que el ser humano es un animal social, traduciendo «*zoon politikón*»); o se habla de «clases» (por ejemplo, la división en clases de la *República* platónica o la defensa que Aristóteles haría de una clase media). Lo mismo sucede con conceptos como «poder» y «pueblo» en el caso palmario de la «democracia». Dejando ahora de lado que para los griegos el *demos* es sólo una parte –frente a la generalidad de nuestro concepto moderno– para Duso (ver su editorial “Oltre la democrazia” y su artículo “La democrazia e il problema del governo”, ambos en la revista *Filosofia politica*, XX, 3, 2006, 361-364 y 367-390; y también su reflexión en G. Duso, *La logica del potere. Storia concettuale come filosofia politica*, Roma-Bari, 1999, 165), resulta paradigmático de hasta qué punto se ha borrado para nosotros la diferencia entre la democracia antigua y la moderna que, simplemente, se quieran contraponer diferenciando entre directa y representativa. Eso es no ser consciente de que el concepto moderno, sedimentado en nuestro uso común del lenguaje, hace posible la comparación, pero solamente porque establece un mismo núcleo comparativo. Simplemente piensa en modos distintos de entender el mismo concepto de «poder» y el mismo de «pueblo» y, por tanto, es una contraposición exclusivamente moderna. La democracia como «forma de gobierno» pierde todo sentido en la Modernidad (como las demás formas de gobierno), porque los conceptos de «libertad» y de «igualdad» del contexto moderno niegan la desigualdad fundamental que está en la base del gobierno, y porque se toman los conceptos de «poder» y de «pueblo» de manera homogénea para los contextos antiguo y moderno. Así, el *archein* de los griegos o el *gubernare* latino (como en la metáfora ciceroniana de la «*navem rei publicae gubernare*»), el *dominium* medieval y lo mismo para traducir la *Herrschaft* que reúne un *Herr* en los contextos feudales (bien diferentes de la definición weberiana), o el *imperium* de la realidad estamental durante ese período que ya convive con el alumbramiento de una semántica política completamente nueva... todos estos casos no deberían traducirse inconscientemente por «poder» porque, lo cierto es que, si acudimos al contexto que especifican las fuentes, nunca encontraremos un monopolio del poder que crea (poder constituyente) el orden y reduce la pluralidad a unidad política, justificando su coerción por medio del concepto de «legitimidad» que proporciona el sistema de elección representativa. Por eso es indispensable dirigir nuestra atención crítica hacia la función que desempeñan los términos en su propio contexto. Es a partir de una reflexión sobre esta problemática que, cada vez, ha cobrado mayor sentido en mi análisis el papel de la historia constitucional en la historia de los conceptos.

43. S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti... op. cit.* 89-96.

44. En ese caso, se podría acusar a Koselleck de introducir unas categorías espurias (serían *a posteriori*), como ha hecho José Manuel Romero criticando la reductividad de la Histórica, «contaminando categorías

tativa se configura desde un «futuro anterior» que proyecta hacia el pasado la justificación lógica de su desenlace cuando éste ya ha triunfado-. Para Chignola, Koselleck adopta en el fondo un «presupuesto historizante» que interpreta el pasado desde lo que la época del investigador considera relevante y, con ello, no está haciendo otra cosa que reincidir en lo que ya habría subrayado Weber acerca de la orientación desde las «ideas de valor» y la importancia determinante del punto de vista en la configuración del aparato conceptual. La genealogía de los conceptos políticos modernos que nos ha legado la investigación del grupo paduano revela cómo se ha producido un silenciamiento con el vaciado de las categorías precedentes, confirmando la discontinuidad de lo moderno, pero también desvelando la carga de ideologización que opera tras la ciencia política moderna, lo cual explica su necesidad de legitimación. Añado que la conexión entre conceptualidad política y ciencia también se desdobra en la imbricación entre conceptos y procesos constitucionales, y esto otorga una relectura de la inicial subsidiariedad que la historia conceptual prestaba auxiliarmente a la Historia constitucional y a la social, para revelarse como una servidumbre mucho más preocupante a una determinada experiencia constitucional.

En la «configuración del mundo moderno»⁴⁵, la historia de los conceptos de Koselleck –que desempeña una labor teórica tan crucial para la elaboración de una ciencia histórica– está destinada a certificar el proceso que conduce a la Modernidad, y lo hace con un modelo teórico tomado de la última fase que, además, es orientado por el concepto moderno de historia. Por consiguiente, la carga teórica que asume Koselleck sí implica, desde su mismo punto de partida, una versión abstracta, formal y universal, no diré que ideal-típica, pero sí que siguiendo la inspiración weberiana; y que, con la conmutación, Koselleck se compromete con un plano de traducibilidad entre contextos que permita la comunicación diacrónica. La respuesta al tercer interrogante es que Koselleck está comprometido con hacer una ciencia que posibilite, a pesar de todo, la Historia, y está dispuesto a pagar el precio (el precio es la pérdida de especificidad y autonomía de los diferentes contextos). Koselleck, tan consciente de estos problemas como lo era Weber, se mantiene dentro de la coherencia de su programa teórico para salvaguardar la posibilidad de una historia científica que nunca renunciará a su complemento diacrónico, y porque su propuesta cobra más sentido si se sitúa frente al reto de Brunner.

Ante la acusación de una falta de concreción en sus categorías, teniendo en cuenta que su opción categorial se inspira deliberadamente en la abstracción de los tipos ideales weberianos (en el sentido que ya hemos matizado), baste ahora añadir como ejemplo la cuestión de las perspectivas diacrónica y sincrónica. El propio Koselleck afirma explícitamente que se trata tan solo de distinciones teóricas, de una abstracción, en suma, que «no tiene lugar en

que deberían tener un estatuto puramente trascendental con un contenido político específico» (J.M. Romero, “La Histórica de R. Koselleck y la apertura de la historia”, en *Conceptos*, 5 2008, 91-103).

45. Aludiendo al título de la monografía para la que fue concebido este artículo: «Koselleck y la configuración del mundo moderno».

la historia real», pues lo que se transforma no es el lenguaje sino su «semántica»⁴⁶. Entonces ¿tiene Koselleck una visión continuista o no? De acuerdo con el principio fundacional de la *Begriffsgeschichte*, los conceptos solamente pueden ser «interpretados» insertándolos en las estructuras que les otorgan sentido histórico⁴⁷. Con la aplicación de la perspectiva diacrónica al estudio de un concepto se abre la posibilidad de realizar «un seguimiento de sus significados a través del tiempo»⁴⁸ y, aunque lo combine con la perspectiva sincrónica (para hacer aflorar la «pluralidad de estratos» que cobran sentido desde la especificidad de su determinado contexto), no escapa al peligro de asumir la continuidad de un referente y entonces el riesgo es suponer, consciente o inconscientemente, la continuidad del concepto. Con el estudio diacrónico se consigue alcanzar la historicidad y se posibilita la historia del concepto porque, según el mismo Koselleck, liberados los conceptos de su «contexto situacional y al seguir sus significados a través del curso del tiempo para coordinarlos, los análisis particulares de un concepto se acumulan en una historia del concepto»⁴⁹. El peligro evidente es que, a pesar de las precauciones, el concepto funcione como soporte hipostasiado de esas acumulaciones y como un núcleo que es capaz de atravesar los diferentes contextos temporales manteniendo algún tipo de identidad residual.

Valiéndome de palabras del propio Koselleck, éste quiere mantener «la identidad del significante», no del concepto⁵⁰, y –aunque la declaración de una intención nunca equivale a su realización– Koselleck, desde la combinación entre sincronía y diacronía, pretende poder distinguir entre «tener» y «contener» historia. Entonces lo que se historiza son los estratos de contenidos que se han acumulado en el concepto y las «distintas valoraciones temporales»⁵¹. Esa es la «estructura temporal» que contienen los conceptos. Conviene recordar que como los conceptos son doblemente «indicadores» y «factores», pueden registrar los cambios y la transformación de la experiencia. En ese sentido, no se traza la historia de un concepto, sino de las transformaciones políticas y sociales sedimentadas en él⁵². Así es como debemos entender también la combinación de la perspectiva semasiológica con la onomasiológica⁵³,

46. R. Koselleck, *Historias de conceptos... op. cit.*, 19-25.

47. Los conceptos, a diferencia de las palabras, no se pueden definir, «sólo pueden ser interpretados», y citando a Nietzsche apostilla: «sólo puede definirse lo que no tiene historia» (en R. Koselleck, *Un texto fundacional... op. cit.*, 102. También en *Futuro pasado... op. cit.*, 117).

48. «Pero sólo a través del *principio diacrónico* (...) Los distintos análisis históricos del concepto se agrupan en la historia del concepto en la medida en que aquéllos son desligados de sus contextos en la segunda fase de la investigación, realizando un seguimiento de sus significados en el tiempo» (R. Koselleck, *Un texto fundacional... op. cit.*, 100).

49. R. Koselleck, *Futuro pasado... op. cit.*, 113.

50. *Op.cit.*, 326.

51. R. Koselleck, *Historias de conceptos... op. cit.*, 46.

52. R. Como nos recuerda Sandro Chignola en su artículo “Diferencia y repetición. Otto Brunner, Reinhart Koselleck, la historia conceptual” (en *Conceptos históricos*, 1, 2015, 18-38).

53. R. Koselleck, *Un texto fundacional... op. cit.*, 101; Id., *Futuro pasado... op. cit.*, 119. En ocasiones, Koselleck se refiere indistintamente al enfoque semasiológico como «semántico» (R. Koselleck, *Historias de*

para dar cuenta de estructuras que, por ser históricas, reflejan lingüísticamente las transformaciones extralingüísticas.

Koselleck quiere trascender las fuentes para aproximarnos a la experiencia, es decir, a la raíz originaria del signo histórico, porque, pragmáticamente, podemos encontrar los distintos significados si atendemos al contexto del «uso» de un concepto. En resumen, podemos captar cambios, transformaciones, novedades y permanencias de los significados mediante un seguimiento diacrónico de los usos de un concepto. El pragmatismo de esta concepción del significado ha supuesto una base para la interpretación de Faustino Oncina⁵⁴, quien entiende que «todo acto de habla es único» en una determinada situación, pero también admite que su «reciclaje lingüístico asegura al menos un grado mínimo de continuidad», lo que se solventaría apoyando en «usos concretos e iterativos» el empleo de los conceptos.

Bien distinta es la conclusión de las investigaciones del grupo de Padua: si los conceptos modernos nacen con la modernidad, están delimitados y confinados dentro de la parábola moderna y se hace imposible una historia de los significados de un concepto, ni siquiera con el mínimo de continuidad concedido por Koselleck, a no ser que estemos dispuestos a asumir los riesgos de la proyección anacrónica. En cuanto a la segunda acusación del grupo paduano a Koselleck (éste habría efectuado un uso acrítico del concepto de historia), para comprenderla hay que partir de los análisis de Brunner como antecedente del que arrancan sus críticas⁵⁵. Brunner hace coincidir el nacimiento de las ciencias sociales y la historia moderna entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX –datación compatible, por tanto, con la *Sattelzeit* de Koselleck–, exactamente el período que el austríaco llama «era de las ideologías». En esa descripción sitúa el nacimiento de la disciplina de la historia dentro del marco más general de las «nuevas ciencias». Es decir, nos está advirtiendo de un dato que no debemos obviar, que hay una conexión esencial entre la historia moderna y la ciencia moderna, sin olvidar el parto gemelo de la ciencia histórica y la filosofía de la historia. Alessandro Biral –uno de los principales miembros originales del grupo paduano y un personaje clave a la hora de definir la orientación de su investigación inicial– conduce su reflexión hasta un momento anterior, cuando vislumbra la génesis teórica de esa realización posterior. Ese momento está constituido por la filosofía política de Hobbes, donde el grupo paduano localiza la cesura con la gestación teórica de los conceptos modernos. En conexión con las leyes del mecanicismo, Hobbes vacía y transforma el universo de nociones tradicionales hasta concluir en una cientifización de la ética. Por lo tanto, es a partir de ese momento de preparación teórica previa cuando se puede concebir una historia como ciencia, pero nunca antes. Digamos que aquí está la *Trennung* teórica (de la posterior realización que Brunner o Koselleck constatan en sus registros). En ese caso, Koselleck habría realizado una distorsión conceptual para uni-

conceptos... op. cit., 32), pero no es extraño desde el punto de vista etimológico, ya que en griego *semasta* (significación) y *logos* (como estudio o tratado) guardan gran afinidad con semántica.

54. F. Oncina, *Historia conceptual, Ilustración y Modernidad*, Barcelona, 2009, 39-40 y 118.

55. Remito a las notas 33 y 37 para la conexión brunneriana con la ciencia moderna y para la observación crítica de Biral que se expone a continuación.

ficar su uso de la historia mediante unas categorías formales y universales como «experiencia y expectativa» o «futuro y pasado», diferenciando lo antiguo de lo moderno (merced a la distinta medida de coordinación entre esas categorías), pero reconduciéndolos dentro de la misma unidad: la formalización categorial del tiempo histórico.

Ejemplo de esta omisión –predilecto en las investigaciones del grupo paduano⁵⁶– de la novedad del concepto moderno de historia es el tratamiento que Koselleck da al topos ciceroniano de la historia como *magistra vitae*. Hay unas peculiaridades propias del mundo antiguo que impiden equiparar la exposición histórica con el significado moderno de una disciplina, en el sentido de una ciencia especial, por más que su uso en la Antigüedad pueda ser legítimamente entendido como investigación de las gestas históricas, porque su uso retórico lo acerca mucho más al ámbito práctico de la política. Esto quiere decir que el nexo que se observa, gracias a una comprensión histórico-conceptual del topos, no es entre la historia y la ciencia –como en el concepto moderno–, sino entre la historia y la política –entendiendo a la segunda en toda su contingencia premoderna en vez de como ciencia política moderna⁵⁷–. En primer lugar, el topos no se comprende como una fórmula teórica que dicta cómo actuar; al contrario, la historia no suministra ese tipo de soluciones formales porque los *exempla* históricos, escogidos por su relevancia como dignos de salvarse del olvido, no se conciben desde una reducción típicamente moderna de la praxis a una teoría y perdemos de vista el significado genuino del topos al enfocarlo desde una perspectiva moderna. En segundo lugar, como las narraciones eran plurales, son siempre «historias» y no «Historia», de modo que su singularización es inconcebible. Están expuestas desde la situación concreta de unas vicisitudes vitales, testimonian ejemplos de vida puntuales y no recetas. No basta con su repetición sin más, exigen la suficiente sabiduría práctica para leerlas y el justo arte político para trasladarlas al campo de la acción.

Es cierto que Koselleck explica todo el proceso que conduce hacia la singularización de las *historiae* con el singular colectivo *Geschichte*, levanta acta de un hecho que se ha realizado, finalmente, con la universalización de la Historia. Pero, con esto, no está yendo más allá de la constatación de semejante realidad y no ha explicado sus causas más profundas. La causa no observada es la conexión –favorita para los paduanos, en la línea de Brunner– con la ciencia moderna que produce la cientifización de la historia. Koselleck proyecta retrospectivamente, como con el resto de anticipaciones teóricas, un concepto tomado del final del proceso moderno, gracias a lo cual puede manipular la palabra historia en otros contextos en un sentido orientado unívocamente por la conclusión moderna. Así logra la comunicación y traducibilidad entre usos distintos que se encarnan en la palabra que atraviesa la fractura y salvaguarda

56. Para comprender la crítica del uso reductivo que hace Koselleck de la categoría de historia, véase S. Chignola y G. Duso, *Storia dei concetti... op. cit.*, 201-255.

57. Prescindiré de extenderme con la prevención que, igualmente, recae ahora sobre el término de «política». Para resumir la cuestión prefiero recurrir a Duso y su expresión de que, en el horizonte del pensamiento político premoderno, estamos ante otra política («un'altra politica») que no es homologable con el concepto moderno. Ver G. Duso, *La logica del potere...op. cit.*, 42.

la tarea del historiador. Pero así también se paga el precio de sacrificar las especificidades que no casan con lo moderno. Quizá, el movimiento más dudoso de la fundamentación de Koselleck sea incurrir en un tránsito ilegítimo desde lo descriptivo a lo prescriptivo, de lo conceptual a lo trascendental, y cabe preguntarse si el oficio de un historiador puede fundarse trascendentalmente sin pagar un precio⁵⁸.

Conclusión

En conclusión, la interrogación crítica del planteamiento koselleckiano aclara su portentoso esfuerzo metodológico y la gran coherencia de su propuesta teórica. Su fundamentación epistemológica de una ciencia histórica puede librarse de las acusaciones de un mero weberianismo, ya que temporaliza los conceptos y rechaza la abstracción (comprendiendo la combinación entre las diferentes perspectivas diacrónica y sincrónica, onomasiológica y semasiológica, se trata en definitiva de insertar los conceptos en las estructuras que contextualizan su uso). Aunque no de un cripto-weberianismo, al inspirarse en el modelo weberiano y compartir una anticipación teórica. En una opción que resulta inevitable para Koselleck, defiende que las categorías se derivan trascendentalmente.

En este punto es donde debe plantearse nuestro interrogante final de hasta dónde estamos dispuestos para no renunciar a la idea de Historia. El antitrascendentalismo foucaultiano aconseja describir en vez de prescribir pero, aunque aceptáramos la perspectiva trascendental para el historiador, Koselleck selecciona una determinada constelación de conceptos modernos, como metro patrón, tanto para una ciencia de la historia cuanto para la tarea práctica del historiador, y esta es una de las principales críticas que se pueden argumentar contra Koselleck. Es una elección *a posteriori* que incumple sus propios presupuestos y que provoca un cierre categorial de la experiencia histórica. No obstante, se ha mostrado –en respuesta a la interrogación– que ese es el precio que Koselleck asume para superar los límites brunnerianos.

La manera de solventar la ruptura que bloquea la comunicación entre distintos contextos temporales es una anticipación teórica que permite establecer una comunicación lineal. Pero sus categorías formalizan un tiempo histórico que funciona como eje vertebrador de la Historia en mayúscula, absorbiendo el pasado en el mismo vector de lo moderno. En este caso, el metro patrón que permite nivelar ese eje funciona eliminando las diferencias o, por

58. A este respecto, remito a la interesante comparación de Rametta –otro destacado componente del grupo paduano– entre la «arqueología» de Foucault (considerada una «práctica radicalmente antitrascendental») y la historia conceptual de Koselleck: G. Rametta, “Teoría del discurso y arqueología. Una lectura de Foucault en clave histórico-conceptual” (en F. Oncina [Dir.], *Tradición e innovación en la historia intelectual. Métodos historiográficos*, Madrid, 2013, 141-149). Para Foucault el «arqueólogo» no se ocupa de los conceptos, sino en describir monumentos (una visión más amplia de la temática en M. Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, México, 1968).

repetir la expresión de Kuhn utilizada previamente, las «anomalías» que no se contemplan: ese es el coste de la homologación.

Su teoría de la historia queda comprometida por un concepto moderno si no se corrige con la consciencia brunneriana de la conexión entre la historia como disciplina moderna y las demás ciencias modernas. Sería la crítica paduana de haber presupuesto acríticamente una determinada concepción de historia que no va a la raíz de su singularización conceptual.

Finalmente, la falta de cautela a la hora de seleccionar los modelos hace que el historiador interprete el pasado desde lo que considera relevante. Contemplando la problemática desde otro planteamiento. Benedetto Croce⁵⁹ juzga –constituyendo un referente para Carl Schmitt y Otto Brunner–, ya en 1917, inevitable la contemporaneidad de toda historia si no queremos que se convierta en un objeto muerto, que únicamente despierte el interés de anticuarios. Croce teoriza un nexo necesario entre historia y vida (de unidad y distinción), y defiende una historia «viva» frente a la historia muerta que supone la «crónica» porque, en su teoría filosófica, el espíritu es historia (factor y resultado) y la historia es un acto de vida que debe servir a la vida. El pasado cobra vida según nuestro presente interés, por eso puede afirmar que toda historia es historia contemporánea, así como la filosofía no es otra cosa que «pensamiento del eterno presente». Pero el mismo Croce distingue el interés «histórico» (el que hace cobrar vida al pasado por una necesidad práctica) del interés «extrahistórico» que compone la «pseudohistoria».

El hecho de estar condenados a lanzar nuestro pensamiento desde un presente, que determina y condiciona el interés de nuestra historia, no ahorra al historiador que deba poner el máximo empeño crítico. La historia siempre se hará desde un presente y, según los diferentes niveles de la historia definidos al inicio, eso significa que la historia como reflexión sobre el informe de la experiencia no puede ser un registrar, sino, ya desde el principio, un reescribir; y no en el sentido peyorativo de un revisionismo histórico, pero sí en el de una perpetua reescritura desde el presente que exige toda nuestra capacidad de autocrítica.

59. No en vano, la filosofía política de Croce (y su declinación metapolítica) fue objeto de mi Suficiencia Investigadora, con una lectura que propició mi acercamiento a la perspectiva del grupo paduano. Croce realiza una crítica de los conceptos políticos gestados por el iusnaturalismo y su comprensión, como la schmittiana, pasa por detectar en el funcionamiento de los conceptos una serie de interconexiones. Para la contemporaneidad de toda historia, ver B. Croce, *Teoria e storia della storiografia*, Milano, 2001, 34 y 68.

AN OLD HUMAN NEED. TEMPORALITY AND LIFE-
WORLD, OR WHY BLUMENBERG IS GOOD FOR KOSELLECK

Ein altes menschliches Bedürfnis.

Temporalidad y mundo de vida, o por qué a Koselleck le viene bien Blumenberg

José Luis Villacañas

Universidad Complutense de Madrid

jlwillac@filos.ucm.es - <https://orcid.org/0000-0002-3775-184X>

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 27.07.2020

Resumen

En este ensayo me propongo, por un lado, mostrar la necesidad de una ulterior elaboración del pensamiento de Reinhart Koselleck a la luz de los trabajos de Sigmund Freud y de Hans Blumenberg, de este último especialmente aquellos en los que se aborda la noción de *Lebenswelt*. El objetivo sería hacerse cargo de buena parte de los elementos de Blumenberg para generar una suerte de geología histórica que estuviese en condiciones de estratificar de manera efectiva los tiempos históricos. Por otro lado, me ocupo de la antigua necesidad huma-

Abstract

In this paper I aim, on the one hand, to show the necessity for a further elaboration of Reinhart Koselleck's thought in light of the works of Sigmund Freud and Hans Blumenberg. Blumenberg's texts dealing with the notion of *Lebenswelt* are especially interesting. The aim is to complement Koselleck's thinking with a large part of Blumenberg's elements in order to generate a kind of historical geology that would be in a position to effectively stratify historical times. On the other hand, I deal with the ancient

na estrechamente vinculada con una estructura del mundo de la vida, esto es, la necesidad de ir más allá de la temporalidad de ese mundo.

Palabras clave

Reinart Koselleck, Hans Blumenberg, antropología filosófica, mundo de la vida, latencia.

human need closely linked to a structure of the Life-World, that is, the need to go beyond the temporality of that world.

Keywords

Reinart Koselleck, Hans Blumenberg, philosophical anthropology, Life-World, latency.

I

COMO EN OTRAS OCASIONES, DESEO AQUÍ MOSTRAR LA NECESIDAD de complementar los argumentos de Koselleck con los de Blumenberg y Freud. Intento de esta forma mejorar la sistematización de las bases antropológicas de la historia tal y como se presenta en Koselleck. Esta temática no ha sido suficientemente abordada, aunque la noción de «Histórica»¹ claramente aspira a una sistematización de la misma. Por lo demás, cuando se ha intentado elaborar en la bibliografía esta cuestión, se ha encaminado a una relación entre Koselleck y Hannah Arendt, que puede ser rica desde el punto filosófico, pero que se aleja de esa conexión con la práctica de la historia. Se trata por tanto no de elaborar una antropología filosófica exenta, sino de elaborar un destacado de aquellos rasgos antropológicos que, aunque pueden integrarse en una antropología filosófica general, explican las condiciones de posibilidad de la historia. El pasaje que da título a mi artículo procede de uno de los ensayos de *Zeitschichten*, precisamente *Die Zeiten der Geschichtsschreibung*². Como en muchos otros casos, Koselleck establece una tesis, pero la deja filosóficamente sin desarrollar.

Creo que nuestra tarea es desplegar eso que en su texto aparece como una frase sinco-pada. Esto es así porque Koselleck era perfectamente consciente de jugar dentro de un contexto de pensamiento, de un colegio de pensadores. Muchas de sus expresiones tienen pleno significado cuando se ponen en relación con filosofemas que estaban siendo desplegados en grupos de intelectuales cercanos al círculo *Poetik und Hermeneutik*. Si estos pasajes filosóficamente pregnantes no se ponen en relación con estos contextos más amplios, apenas significan nada y por eso en la bibliografía sobre Koselleck no han obtenido el eco que merecen.

1. Traduzco con este término el alemán “Historik”, entendido como el estudio de las condiciones de posibilidad de la ciencia histórica. En cierto modo, la “Histórica” se comporta respecto a la “historia” como la “Poética” respecto a la “poesía”. Véase F. Oncina, J. L. Villacañas, “Introducción” en H.G. Gadamer & R. Koselleck, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, 1997. p.30 sig.

2. R. Koselleck, “Die Zeiten der Geschichtsschreibung”, en *Zeitschichten*, Frankfurt a.M, 2000, 287-297.

La obra de Koselleck surge de una división del trabajo y de un esfuerzo de cooperación de la intelectualidad alemana de la época de la República Federal, a la que sólo se accede ya con herramientas de historia intelectual. Estos entornos deben ser adecuadamente reconstruidos para dotar de sentido una obra tan central como la de Koselleck.

El pasaje en el que aparece la expresión que da título a mi ensayo es el siguiente:

En lugar de una escala temporal móvil, nosotros fijamos periodos objetivables. El terno de historia antigua, edad media y modernidad debe comprender la historia completa. Para los tiempos previos a la escritura se aplica las expresiones de *Ur- Vor-* e historia inicial. Tales estructuraciones totales responden a una vieja necesidad humana de ofrecer información sobre lo que hay más allá del propio mundo de la vida acerca de su procedencia, meta o sentido de todas las historias, por tanto, de la así llamada una historia de conjunto.³

Entiendo que el concepto fundamental de este pasaje, además de la alusión a la vieja necesidad, es el de *eigene Lebenswelt*. La antigua necesidad humana a la que hace referencia el pasaje tiene que ver con una estructura del mundo de la vida. De manera más concreta, tiene que ver con la necesidad de ir más allá de la temporalidad de ese mundo de la vida.

Esa necesidad está enraizada en la forma en que el ser humano tiene mundo de la vida, en su fragilidad, en su contingencia. La respuesta a esa necesidad ha sido a lo largo del tiempo mantener *die Neugierde der Menschen*. En este ensayo, Koselleck se lanza hacia sus temas concretos, que brotan de su práctica como historiador (la *Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen*, aceleración, acortamiento, estructura y suceso, proceso, eurocentrismo, la historización del tiempo) y solo al final regresa a su tema antropológico, una inequívoca señal de la dimensión funcional de sus propuestas. Este final dice así:

*Wir haben uns von den Märchenerzählungen aus alter Vergangenheit weit entfernt. Aber die Vielfalt der geschichtlichen Zeiten, mit der sich die Historiker heute beschäftigen, sollte sich nicht daran hindern zu sehen, dass es immer noch dieselben Menschen sind, von denen sie erzählen.*⁴

Este final es relevante porque le permite a Koselleck enlazar con el principio del texto, dedicado a mostrar las diferentes formas en que la fábula, el cuento, el mito organizan el tiempo del pasado como el tiempo del relato. Por supuesto, todo sugiere que la historia no es la primera respuesta a esa vieja necesidad, ni la primera contención de la curiosidad. Pero del sentido de esa necesidad, de lo específico de esta curiosidad, no alcanzamos a ver nada más. Esto podría repetirse en muchos otros trabajos de Koselleck.

3. El original alemán dice así: «Statt einer gleitenden Zeitskala fixieren wir objektivierbare Perioden. Die Dreiheit soll nämlich die gesamte Geschichte erfassen. Für die vorschriftliche Zeit wird der Ausdruck der Ur-, Vor- und Frühgeschichte verwendet. Solche Gesamtgliederung entsprechen einem alten menschliche Bedürfnis, sich über die eigene Lebenswelt hinaus über Herkunft, Ziel oder Sinn aller Geschichten, also der sogenannten einen Geschichte im ganzen Auskunft zu geben». R. Koselleck, “Die Zeiten...”, *op. cit.*, 290.

4. R. Koselleck, “Die Zeiten...”, *op. cit.*, 297.

Me permitiré poner otro ejemplo. En el importante ensayo *Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft*,⁵ en el mismo volumen de *Zeitschichten*, Koselleck habla de otra necesidad, aunque ésta no parece completamente antigua. La necesidad de la teoría responde a la ciencia de la historia. Allí, Koselleck critica de forma clara a Heidegger y su abordaje de la historicidad (*Geschichtlichkeit*) como categoría de la existencia humana, que jamás analiza las estructuras supraindividuales y colectivas reales. Koselleck acusó a Heidegger de indicar, pero no recorrer el camino, desde la finitud del *Dasein* a la temporalidad de la historia. Aquí apreciamos que la antropología de la historia era una alternativa a la «transhistorische Ontologie der Geschichte»⁶ al servicio de una historia del Ser escatológicamente pregnante. La Histórica sería una alternativa a esta ontología, en la medida en que sólo sería una metahistórica formal, que desplegaría los aspectos que van más allá de la finitud existencial del singular, y anclaría la vida social a espacios y tiempos supraindividuales históricos. En este sentido, la filosofía de Heidegger mantenía su dependencia radical del viejo sujeto existencial de la religión. Que la Histórica fuera una metahistórica quería decir que las categorías que asumía debían mostrarse también en la historia, pero debían poder elevarse a condiciones de su posibilidad. Koselleck era muy consciente de esta dificultad. Por eso dijo: «*Wie schwierig es freilich ist, metahistorische Kategorien in die konkrete Forschung einzubringen, zeigt die Problematik einer historischen Anthropologie*»⁷ La problemática central de esta antropología histórica era que todas las categorías que se eleven a metahistóricas tienen que aparecer en el curso de la propia investigación histórica y sólo después deben alcanzar esta función. De este modo, Koselleck deseaba evitar la falsa salida del transcendentalismo. La metahistoria que es la Histórica tiene una naturaleza reflexiva y debe mostrar la dimensión funcional de ciertas categorías para generar la necesidad de la historia. Respecto de este punto Koselleck dijo que «*Diesen Umschlag zu reflektieren gehört zu den Forschungsaufgaben speziell einer historischen Anthropologie, generell jeder Historie*»⁸. Con este cambio reflexivo tiene que ver la necesidad de teoría que tiene toda historia. La manera de iniciar esta reflexión podría ser describir las viejas necesidades, algo que nuestro autor no puso en relación con este problema.

Plantear cuestiones adecuadas a la historia en el terreno científico tiene que ver con esa posibilidad de captar las dimensiones metahistóricas que anidan o preordenan la historia como premisas teóricas. Así, por ejemplo, la ordenación de los tiempos históricos. Lo que se deriva de este asunto es un enunciado que, desde luego, recuerda a Blumenberg, pero que en mi opinión es fundamental, aunque una vez más no es esté desplegado.

5. R. Koselleck, “Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft”, en *Zeitschichten*, *op. cit.*, 298-316.

6. R. Koselleck, “Über...”, *op. cit.*, 299.

7. R. Koselleck, “Über...”, *op. cit.*, 300. La dificultad era que estos criterios tendrían que ser puramente formales de tal manera que «Alle metahistorischen Kategorien schlagen im Zuge der Forschung um in historische Aussagen», *op. cit.*, 301.

8. R. Koselleck, “Über...”, *op. cit.*, 301. Reparemos en el texto: «Reflexionar sobre este cambio [de histórico a metahistórico] pertenece a la tarea de investigación especial de una antropología histórica, pero en general de toda historia».

*Die Historie als Wissenschaft lebt im Unterschied zu anderen Wissenschaften nur von der Metaphorik. Das ist gleichsam unsere anthropologische Prämisse, da sich alles, was temporal formuliert sein will, an die sinnlichen Substrate der natürlichen Anschauung anlehnen muss*⁹.

Hay aquí, dice Koselleck, un *Zwang zur Metaphorik*, que tiene como finalidad lograr que respecto del tiempo se pueda decir algo semejante a las cosas en el espacio, que permanece. ¿De dónde brota esta necesidad? ¿Tiene que ver con la de encontrar metacategorías? Por supuesto, esta pulsión de metaforización tiene que ver con la necesidad de utilizar el ver como comparativo supremo del conocimiento y del recuerdo, y por tanto la aspiración de lograr ver el pasado es la aspiración de toda esta catacresis que es la historia. Para lograrlo se espacializa el tiempo, la base de la metáfora central de constelación histórica. Por eso, lo que hay detrás de esta espacialización de la temporalidad es la producción de intuitividad (Gumbrecht diría, con Ankersmitt, producción de presencia) y por eso, como afirmará Koselleck al final del artículo, parte del trabajo inherente de la historia es la pulsión de acortamiento, de reducción, de resumir, la *Zwang zur Verkürzung*¹⁰, como se ve, otra forma de la pulsión de espacialización.

II

Traigo estas reflexiones a consideración para mostrar lo necesitado que está el pensamiento de Koselleck de ulterior elaboración. En estas condiciones no es extraño que Koselleck haya echado de menos una «*antropologische fundierte Geschichte der geschichtlichen Erfahrung*». Aunque Koselleck aborda esta cuestión desde otro punto de vista, de acuerdo con su proceder de funcionalizar sus recursos filosóficos, podemos explorar si este nuevo proceder podría ser relevante o útil para responder a la necesidad de la teoría que tiene la historia, a la construcción de una metahistoria capaz de ofrecer una base antropológica de las categorías de la histórica, y responder a la antigua necesidad humana que antes hemos descrito y que está relacionada con el mundo de la vida. El hilo conductor será ver si podemos apreciar alguna cosa más respecto de la función del problema del *Lebenswelt*, que como ya dije me parece el concepto fundamental de aquel pasaje inicial en el que se habla de la antigua necesidad humana. Allí establecimos la hipótesis de que esa necesidad humana, que genera la curiosidad, tiene que ver con una estructura del mundo de la vida. De manera más concreta, tiene que ver con la necesidad de ir más allá de la temporalidad de ese mundo de la vida. Esa necesidad está enraizada en la forma en que el ser humano tiene mundo de la vida. Esta segunda parte la dedicaremos a explorar esta hipótesis.

Desgraciadamente el lector castellano de Koselleck no puede entender lo que se quiere decir con esta carencia. La traducción de española perturba completamente el sentido de este problema de Koselleck y por tanto impide entender qué nos dice sobre la experiencia his-

9. R. Koselleck, “Über...”, *op. cit.*, 305.

10. R. Koselleck, “Über...”, *op. cit.*, 316.

tórica¹¹. Lo que desea hacer Koselleck en su conocido ensayo *Erfahrungswandel und Methodenwechsel* es justo un esbozo histórico-antropológico de esta noción de experiencia en su historia. Esta es su hipótesis al respecto:

Las siguientes consideraciones parten de la hipótesis de que para toda transformación de experiencia [*Erfahrungswandel*] y cambio de método [*Methodenwechsel*] hay mínimos rasgos comunes antropológicos [*minimale anthropologische Gemeinsamkeiten*] que posibilitan referir ambos cambios entre sí, sin entregar la unidad de la historia [*die es ermöglichen, beides aufeinander zu beziehen, ohne die Einheit der sogenannten Geschichte aufzugeben*]¹².

Lo que este texto señala es que Koselleck se sentía insatisfecho con una historia inmanente de los métodos que atendiera a sus innovaciones epistemológicas, y que al final sólo dependiera de la presencia de los grandes creadores de visiones de la historia y de sus irreversibilidades. Este proceder le parecía que hacía imposible derivar las innovaciones metodológicas desde sus presupuestos experienciales.

En suma, registrar cambios de método no podía ser un abordaje histórico autónomo y completo en sí mismo ni configurar una historia de epistemes, a lo Foucault. Por otra parte, aunque fuera más evidente y productivo relacionar mutaciones de experiencia como productores de cambios metodológicos¹³, tampoco este abordaje era autónomo y completo, porque a veces los cambios de método producían transformaciones de la experiencia. Aunque Koselleck no daba ejemplos, defendía que estos cambios debían referirse entre sí en una circularidad socio-científica. La manera de vincular ambas cosas implicaba introducir en el concepto de experiencia y en el concepto de método «diferenciaciones antropológicas» capaces de establecer correlaciones, co-implicaciones, conexiones. Ambos lados (experiencia y método) debían tener sus propias bases antropológicas comunes. Creo que tienen que ver con el mundo de la vida y con aquella vieja *Bedürfnis* que modula la curiosidad. Sólo así se garantizaría tanto su conexión como su autonomía irreductible. Por eso, Koselleck concedió importancia sistemática a su aproximación. «Lo que debe ser investigado, dijo, son las condiciones antropológicas de las experiencias posibles y su desarrollo metódico»¹⁴.

11. El traductor español se come la mitad de la frase, por lo que la hace incomprensible. Traduce: «una historia antropológicamente fundamentada», pero ignora «de la experiencia histórica». En realidad, sería mejor traducir, según creo, «una historia de la experiencia histórica antropológicamente fundamentada», con lo que se deja claro que se trata ante todo de la historia de la experiencia histórica. Tal historia sólo podría estar antropológicamente fundamentada. Cf. R. Koselleck, “Cambio de experiencia y cambio de método. Un apunte histórico antropológico”, en *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la historia*, Barcelona, 2001, 43; original alemán “*Erfahrungswandel und Methodenwechsel Zeitschichten*”, en *Zeitschichten*, *op. cit.*, 27.

12. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 31.

13. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 32: «Experiencias concretas, dijo, plantean nuevas preguntas y nuevas preguntas provocan nuevos caminos de investigación».

14. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 33.

Estas condiciones antropológicas, a su vez, como sabemos desde los grandes autores del historicismo del siglo XIX, sólo podrían darse históricamente, pues lo que sea el ser humano sólo lo conoce la historia. En este sentido, no puede haber un abordaje antropológico inmediato, algo decisivo en esta tradición. Más bien la antropología depende de algo que también tiene su historia y que debe apreciarse en la historia, aunque desde ahí puedan pasar luego a categorías metahistóricas. Podríamos hablar entonces de la historia de lo humano, que implica desplegarse en una historia de experiencias y una historia de métodos. A esta historia del humano Koselleck la llamó «presupuestos histórico-antropológicos» y entendió que era la garantía de la unidad de la historia. Quizá. Y, sin embargo, aquí, de nuevo el concepto de mundo de la vida volvió a presentarse.

En las largas consideraciones que siguieron, y que estaban basadas en los trabajos de Thomas Luckmann dedicados a explorar las categorías del tiempo propias del mundo de la vida, Koselleck articuló de forma prolija la diferencia básica del mundo de la vida: una zona de suficiente estabilidad de experiencia, permanentemente atravesada por expectativas incumplidas. Este paso hoy no resulta sorprendente porque estamos familiarizados con la centralidad que alcanzó la categoría *Lebenswelt* en la filosofía alemana. Hoy estamos avisados de esta centralidad por la obra de Hans Blumenberg. En todo caso, sólo porque el mundo de la vida estabiliza la experiencia, permite la emergencia de lo sorprendente. Sólo quien está dentro de un mundo de la vida plagado de repeticiones y confirmaciones, puede tener experiencias únicas, rompedoras, acontecimientos. Es lo de menos que el mundo de la vida se articule generacionalmente o no, aunque lo más seguro es que se articule en su diferencia. Lo decisivo es que tiene estructura comunitaria en ambos sentidos, como sorpresa y expectativa decepcionada o como regularidad y expectativa acumulada. Por mucho que los acontecimientos sorprendentes impliquen historias singulares, no serían perceptibles como tales al margen de la estructura comunitaria estabilizada.

Koselleck tiende a llamar a las experiencias que circulan en la temporalidad del mundo de la vida, ya sea de modo confirmativo o diferencial, «experiencias primarias». Desde este punto de vista, las experiencias secundarias son aquellas que escapan a la temporalidad del mundo de la vida, y no se asientan ni en lo sorprendente ni en lo verificable de lo sobreentendido, sino esencialmente en la ausencia de referencias a un mundo de la vida que ya no se acepta como conjunto de sobreentendidos presentes. Estas experiencias secundarias ya no son accesibles por esas referencias compartibles del mundo de la vida, sino por la construcción metodológica de referencias reflexivas autónomas en las que nada es sobreentendido. Esto es así porque el conjunto de certezas y evidencias del mundo de la vida social se ha hundido o no está accesible. Experiencias secundarias son las que aspiran a registrar los historiadores. Estas experiencias las describe Koselleck diciendo que «todo el sistema social se transformó»¹⁵ en un proceso de largo plazo que no es observable por los mismos que lo padecieron. No tenemos experiencia primaria de ello, sino una experiencia secundaria gracias a la investigación histórica. Esta última sería la experiencia histórica

15. R. Koselleck, «*Erfahrungswandel...*», *op. cit.*, 38.

propriadamente dicha y para su hallazgo deberíamos disponer de algún método que vaya más allá de las experiencias primarias.

¿Cuál es la mirada antropológica de este asunto? Claramente, los cambios y transformaciones del mundo de la vida no son registrables en el propio mundo de la vida. Pero si esos cambios de corto o largo plazo, que estabilizan la conciencia primaria sólo por el arte de la metodología histórica reflexiva, no tuvieran significatividad para el mundo de la vida del presente del historiador, ¿por qué tendríamos que reflexionar sobre ellos y organizarlos? Koselleck dice que elaboramos una experiencia ajena, la de aquellos que padecieron el cambio de mundo de la vida que nosotros percibimos, y la mediamos hasta convertirla en experiencia propia. ¿Cómo se produce esa mediación? Aquí de nuevo el lector español no se entera muy bien de lo que quiere decir Koselleck¹⁶. Creo que el sentido de la cuestión apunta a la función de evocar el pasado lejano, que no conecta con nuestro mundo de la vida, pero que es significativo que lo haga. Y eso se hace para dos funciones inseparables: para explicar la peculiaridad del presente y comprenderlo y la otredad específica de la historia previa.

Esta función doble es la que debe ser explicada antropológicamente. ¿Por qué necesitamos aclararnos sobre lo propio del presente y la diferencia respecto del pasado? ¿Por qué esa curiosidad acerca de lo que está más allá del tiempo propio del mundo de la vida? ¿Por qué aspiramos a ir más allá de nuestro mundo de la vida y hacernos con una experiencia que no es nuestra y así acumularla a las experiencias primarias del mundo de la vida propio? ¿Qué tiene el mundo de la vida, en sus fundamentos antropológicos, que reclame esta función? Koselleck dice que «antropológicamente se trata en ambos casos de la incorporación de experiencias ajenas, que trascienden la propia de una generación, en el propio hogar de experiencia»¹⁷. De forma sincera, Koselleck recuerda que este tipo de cambios de sistema puede parangonarse con los relatos míticos. En el primer punto hablamos de fábulas y sagas. Ahora trata de algo parecido a las irrupciones de nuevos mitos, o a transformaciones de las que nadie fue completamente testigo, pues nadie estuvo allí, en los acontecimientos que el mito narra. Aby Warburg nos cuenta algunas de esas modulaciones en su mito de la serpiente. La serpiente no mata a los de su clan. Pero si alguien del clan muere por la mordedura de la serpiente, es preciso introducir alguna variación del mito o de la realidad para estabilizar el

16. El traductor dice: «El pasado inmediato se ofrece tanto para explicar la peculiaridad del presente como para extraer la diferencia específica de la historia anterior». R. Koselleck, *Los estratos...*, *op. cit.*, 54. Traduce pasado inmediato para *Vorvergangenheit*, lo que equivoca toda la frase. Pues no es pasado inmediato, sino el pasado perfecto, lejano. Y no se ofrece, sino que es convocado (*wird aufgeboden*). Cf. R. Koselleck, «*Erfahrungswandel...*», *op. cit.*, 39.

17. R. Koselleck, «*Erfahrungswandel...*», *op. cit.*, 39. Aquí el traductor todavía nos confunde más. Él traduce lo siguiente: «Desde el punto de vista antropológico se trata en ambos casos de la incorporación de experiencias ajenas al dispositivo de experiencias propias». No tiene en cuenta que las experiencias son ajenas porque trascienden el horizonte de la generación, esto es, porque se refieren a otro conjunto de experiencias primarias, a otro mundo de la vida. Y sin embargo, hacemos de ellas también un mundo propio de experiencia.

mundo de la vida organizado sobre el tótem. La serpiente ha sido confundida por un tótem rival y no ha visto bien a quien mordía.

La historia de luchas de dioses es una de las formas habituales de esta variación del mito para mantener la estabilidad del orden del mundo de la vida. En la historia tendríamos algo parecido. Narraríamos de otra manera el pasado. Koselleck habla por eso de una *Erfahrungsstiftung*, de una fundación de experiencia, que desafía a todas las experiencias primarias¹⁸. Por supuesto, este diseño está caracterizado para impedir lo que Husserl llamaba *Ursprüngliche Stiftung*. Se habla aquí de una *Stiftung* porque depende de la ciencia histórica, que aquí es constitutiva y fundadora. Por volver a Husserl: la fundación originaria de la teoría no fue una experiencia primaria de Platón, sino una fundación de experiencia, un relato de lo que ya no estaba accesible como experiencia originaria ni siquiera en la vida de Sócrates, una experiencia secundaria de Husserl para intentar superar el efecto destructor de Nietzsche sobre la filosofía griega.

En todo caso, Koselleck no oculta que se trata de cambios de época que pueden transformar la percepción del propio mundo de la vida, pero no nos dice en qué sentido. Nos dice, eso sí, que estos cambios de época no son exclusivos de la modernidad. Toda nuestra historia en sentido científico nos ofrece la experiencia de un pasado construido sobre mundos de la vida que no compartimos originariamente y cuyos cambios, decepciones, expectativas hemos registrado, de tal manera que con ellos incorporados hemos considerado de forma nueva nuestro propio mundo de la vida y lo estabilizamos. La problemática antropológica reside en si acaso tenemos necesidad de hacerlo. Por eso la pregunta por la función de la producción de tiempo largo en la historia y los métodos de hacerlo, de fijar las temporalidades del terno largo de la historia unitaria, sigue siendo antropológicamente urgente. Que lo ha hecho la historia desde Heródoto es evidente.

Pero la cuestión es por qué necesitamos ir más allá del tiempo corto de nuestro mundo de la vida, para instituir una duración media y larga. Y la respuesta provisional solo puede ser que las experiencias primarias son perturbadoras y necesitan estabilizarse mediante experiencias secundarias de narración. En suma, la necesidad antropológica de la que estamos hablando es la de la reflexión mediante la reflexión. Como vemos, de este modo explicamos la premisa no auto-transparente de la fenomenología. La reflexión no es una cualidad del logos, sino una necesidad antropológica de estabilización de experiencias originarias perturbadoras, inevitable dada la frágil condición de nuestro mundo de la vida a través de experiencias secundarias. Justo hacia la mitad del artículo Koselleck parece asegurar algunas de estas conclusiones, afirmando la necesidad de experiencias secundarias como forma de estabilizar experiencias primarias. Y la forma de alcanzar experiencias secundarias no es separable de métodos. Así dice que

18. Por supuesto, el traductor español no repara en esta palabra, que no traduce *Erfahrungsstiftung*. Cf. la versión en castellano, R. Koselleck, "Cambio de experiencia...", *op. cit.*, 55.

*Es gibt also anthropologisch gesehen, dauerhafte und langfristige Strukturen, in denen die Bedingungen möglicher Einzelgeschichte angelegt und enthalten sind. Diese Bedingungen [...] sind zwar zunächst theoretisch, metahistorisch zu definieren und dann methodisch zu handhaben, aber sie gehören ebenso zur wirklichen Geschichte wie die einmaligen Überraschungen, die die jeweils konkreten Geschichten aus sich hervortreiben*¹⁹.

Por supuesto, este punto merece una discusión con las propuestas de Blumenberg acerca de la necesidad de marcar umbrales de época. Sorprendentemente, nada de esto es desplegado por Koselleck. No necesito decir que este hecho reduce en buena parte el valor de su reflexión. Haciendo hincapié en las formas historiográficas de Heródoto y Tucídides, Koselleck se encamina a otras cuestiones que tienen que ver con la necesidad del registro historiográfico de corto, medio y largo plazo, la base de sus estratos de tiempo. Estas formas de construir temporalidad en el relato historiográfico comparecen, dice, en todos los tipos de historiografía y constituyen la base de los métodos históricos. Si hablamos de bases antropológicas que permitan sostener estos cambios de método, diremos que debe existir una constante antropológica básica, que puede pensarse de esta manera: ¿por qué necesitamos estratificar el tiempo, la base de la espacialización de la temporalidad? ¿Por qué no nos basta con el presente encerrado en el mundo de la vida? ¿Cuál es la base antropológica de esta compleja función que permitiría explicar el sentido mismo del libro de Koselleck, *Zeitschichten*? ¿Por qué la historia no puede limitarse a la crónica? La relevancia filosófica de este asunto reside en que aquí la historia nos muestra cómo se relaciona el ser humano con el mundo de la vida más allá de lo que puede decirnos la fenomenología. La historia, de este modo, muestra su completa complementariedad con la fenomenología así como su límite interno. Experiencias secundarias son aquí el equivalente a la carencia de intuición eidética.

En efecto, lo sorprendente, lo extraño, lo extraordinario, lo singular, que tiene que ver con las experiencias primarias dignas de ser recordadas, nos habla de la estructura misma del mundo de la vida. Ciertamente, lo experimentado como único y extraño funda la narración. Pero ese registro todavía no es la historia. Freud y Lacan ya vieron que la experiencia de lo siniestro es tan inquietante, frágil y pasajera que busca y casi provoca ser fijada mediante la literatura²⁰. Aquí tenemos la misma vieja necesidad. Koselleck sugiere algo parecido. Esta

19. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 66. En castellano: «Desde un punto de vista antropológico hay por tanto estructuras duraderas y a largo plazo en las que están contenidas y conservadas las condiciones de posibilidad de historias particulares. Estas condiciones [...] hay que definir las en primer lugar teóricamente, metahistóricamente, para utilizarlas después en la práctica, pero pertenecen a la historia real del mismo modo que las sorpresas únicas desde las que se despliegan las historias concretas». R. Koselleck, “Cambio de experiencia...”, *op. cit.*, 81.

20. «No en vano Freud insiste en la dimensión esencial que da el campo de la ficción a nuestra experiencia de lo *Unheimliche*. En la realidad, esta es demasiado fugitiva. La ficción la demuestra mucho mejor, la produce incluso como efecto de una forma más estable porque está mejor articulada. Es una especie de punto ideal, pero cuán precioso para nosotros, ya que nos permite ver la función del fantasma». J. Lacan, *El Seminario. Libro 10*. Cap. IV, Buenos Aires, 2006, 59.

fijación narrativa responde a la pregunta por lo que ocurrió y genera una clara aspiración de lograr la familiaridad con lo que resultó sorprendente y así facilitar su reconocimiento y su reabsorción en el mundo de la vida estabilizado. Esta función tiene que ver con prácticas arcaicas de atención propias de un ser como el humano que no tiene un mundo de la vida siempre ajustado y se mueve en un horizonte demasiado amplio como para cerrarse en lo familiar. Sin embargo, lo que argumenta Koselleck es que esta pregunta, qué es lo que sucedió, implica necesariamente la pregunta de por qué sucedió así y no de otra manera, la gran pregunta weberiana²¹. Esta pregunta aspira a saber cómo fue posible y cómo pudo suceder. Como tales, las demandas implican una actitud peculiar respecto a los acontecimientos y experiencias internos al mundo de la vida que trascienden su conciencia de su modalidad. Pues si bien el mundo de la vida es sobre todo lo que está más allá de la modalidad, lo que no conoce la diferencia entre la facticidad, la necesidad y la posibilidad, el hecho de que esté dotado de acontecimientos sorprendentes puede alterar por completo la conciencia de la modalidad. Lo sorprendente, lo extraño, aparece como contingente y posible. No como mera facticidad ni como necesidad. De este modo, la verdadera reversión de lo extraño a lo familiar implica la comprensión de su condición de posibilidad, la creación de algo parecido a una necesidad. Así que la comprensión de lo necesario en lo extraño funciona como algo parecido a la reabsorción de lo que rompe el mundo de la vida a su propia estabilización. En este sentido la pregunta por el «así y no de otra manera» busca estabilizar el mundo de la vida al redotar de necesidad algunos de sus elementos como condición de la aceptación de su facticidad.

Por supuesto, Koselleck no incorpora a su análisis todos estos aspectos, que se hallan más bien en Blumenberg, quien por lo demás tampoco aplica sus análisis del mundo de la vida para entender la función antropológica de la historia en esta primera aspiración de «así y no de otra manera». La condición general antropológica es que el mundo de la vida del ser humano jamás está plenamente estabilizado. Más allá de esta condición es que el ser humano ha aprendido a vérselas con un mundo tal a través de la historia. Aquí está la conexión de la historia con el mito. La historia que siempre se cuenta en el mito es el prototipo del relato «así y no de otra manera». Esta apertura y fragilidad del mundo de la vida humano no le ha pasado desapercibido a Koselleck, como vimos. Pero si hemos de hacer caso a Freud, la clave de la irrupción de lo sorprendente, lo siniestro y lo extraordinario, es ya una manifestación de la estratificación del tiempo que se ha realizado a nuestras espaldas y que ha pasado a lo inconsciente secundario. Lo extraordinario no es sino lo que en

21. «La ciencia social que nosotros queremos impulsar es una ciencia de realidad. Queremos comprender en su específica forma la efectividad de la vida que nos rodea, en la que nosotros estamos instalados -la conexión y la significatividad cultural de sus fenómenos singulares en su actual configuración -Gestaltung- por una parte, y los fundamentos de su devenir histórico, así y no de otra manera» M. Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, 1985, 170, 171.

otro tiempo fue familiar, lo otrora doméstico²². Su fijación en la narración y en la literatura permite estabilizarlo en la estratigrafía.

De forma adecuada, el mito reaccionó ante lo sorprendente contando de nuevo el pasado perfecto. Por tanto, la clave de todas estas funciones es que la experiencia se estratifica temporalmente, y no puede dejar de hacerlo porque el pasado no puede hacerse presente en todas las etapas de su sucesión. De ahí la necesidad de estratificarlo. Esa condición, que tiene que ver con la latencia, sólo emerge cuando ese estrato profundo reaparece como lo siniestro, lo extraordinario. Se conoce algo, pero ya no como familiar, sino justamente como lo que no lo es. Esta paradoja antropológica está conectada con la cuestión de la latencia, desde luego. La estratificación del tiempo es la medida adecuada de reserva propia de una inteligencia finita para moverse en una conciencia compleja para mantener la familiaridad en un mundo cambiante e inestable. Es el mantenimiento de reservas de reconocimiento para las cosas que no son repetidas. La latencia expresada en estratos permite rebajar la experiencia de lo siniestro de tal manera que no implique angustia, esto es, la destrucción de todo significativo. Si el significativo, como dice Lacan, es «la huella del sujeto en el curso del mundo»²³, entonces lo siniestro es el significativo de una huella arcaica mantenida latente que reemerge sin llegar a generar angustia. Aunque rompe las expectativas de la cadena, no por eso deja de significar. Significa como algo que debe ser explicado en su aparecer ahora «así y no de otra manera». Y eso fortalece el mundo de la vida del presente y le ofrece su suelo y su base. Y esta necesidad determina que el mundo de la vida humano no pueda ser estabilizado sin historia, sin estratos del tiempo. Pero al mismo tiempo espero haber mostrado que sin el concepto de mundo de la vida no tiene sentido el concepto de historia.

Por supuesto, el problema de lo siniestro no nos ofrece otra cosa que un modelo para el acontecimiento y como siempre este no es posible sin lo familiar y estable, una condición que los teóricos del acontecimiento mesiánico suelen olvidar. En este sentido la historia es, sin embargo, un modo interesante de operar, porque se nos muestra como un recurso evolutivo muy apropiado para reducir novedad. Esta ventaja igualmente se aplica a los acontecimientos que no son un regreso de un estrato de tiempo ya sepultado. Pues en efecto, no es intuitivo pensar que toda ruptura de expectativas del mundo de la vida no es sino el regreso de lo arcaico. Sin embargo, toda novedad activa los procesos de reconocimiento reflexivo y genera su propia pulsión de generar metáforas. Y en este sentido, de la misma manera que lo siniestro activa latencias de reconocimiento casi de forma automática, la historia no es sino la activación de estrategias reflexivas por mucho que no conduzcan a actualizar un contenido

22. Freud dice: «Ahora bien, eso ominoso es la puerta de acceso al antiguo solar de la criatura, al lugar en que cada quien ha morado al comienzo. “Amor es nostalgia” se dice en broma, y cuando el soñante, todavía en sueños, piensa acerca de un lugar o de un paisaje: ‘me es familiar, ya una vez estuve ahí’, la interpretación está autorizada a reemplazarlo por los genitales o el vientre de la madre. Por tanto, también este caso lo ominoso es lo otrora doméstico, lo familiar de antiguo», S. Freud, “Lo ominoso”, en *Obras completas*. Vol. XVII, Buenos Aires, 1992, 244. “Ominoso” fue la traducción elegida por Ballesteros para verter el alemán “unheimlich”, que aquí, según es habitual, estamos vertiendo como “siniestro”.

23. J. Lacan, *El Seminario...*, *op. cit.*, 89.

latente. Aquí no se revelan estratos de tiempo, sino que se organizan reflexivamente para la explicación de lo nuevo. Esta reflexión va guiada por la decisión previa de si eso nuevo debe integrarse en el mundo de la vida o debe dejarse correr como una expectativa decepcionada que no altera nada más. Por lo tanto, se genera así un estrato consciente que debe ser asumido en atención a la novedad o no de un acontecimiento y su capacidad de estabilizarse en el mundo de la vida. Eso sería una época. Finalmente, esto es lo que nos dice Koselleck: «Como un historiador siempre transforma el terror o la dicha de las experiencias sorprendentes en conocimiento, se ve forzado a proporcionar fundamentos de medio, largo plazo o permanente para la explicación de las experiencias singulares»²⁴.

De este modo, el historiador ofrece otras tantas propuestas de estratificación. Que algo sea coyuntural o de largo alcance obliga a reflexionar sobre el estatuto de la novedad, lo que depende de la modalidad de su realidad. Esa modalidad altera la facticidad propia del mundo de la vida, pero todavía debemos ofrecer argumentos para decidir si lo rompe y lo reconstruye sobre nuevas bases. La clave de la propuesta de Koselleck es que esto no se puede hacer sin métodos capaces de estabilizar estratos.

III

Generar estratos de tiempo implica disponer de un método; por tanto, el cambio de experiencia, por la necesidad de asegurar su modalidad, genera exigencias de método como modo de asumir las experiencias acumuladas y sus propios tiempos. Así se responde no solo, como dice Koselleck, a qué y cómo pudo aparecer, sino también cómo debo proyectarlo sobre el mundo de la vida, si como una expectativa insatisfecha, o como una nueva base o elemento permanente del mismo. Cuando Koselleck dice que la distinción entre acontecimientos únicos y condiciones duraderas, que vemos desde Tucídides y Heródoto, constituye una «*anthropologische Konstante jeder Methode*»²⁵, pasa por alto decir que la dimensión antropológica aquí reside en la necesidad de recomponer el mundo de la vida según formas de contingencia o de estabilidad. Pues disponer de un mundo de la vida es la condición antropológica insuperable. Por eso la historia debe surgir de las experiencias primarias (*Primärerfahrungen*), que hacen referencia a lo que como sorprendente aparece en ese mundo de la vida, y debe explicarlas en su singularidad mediante condiciones causales que permitan decidir sobre su contingencia o su estabilidad. Esta decisión es la única que puede ofrecer una recomposición del mundo de la vida. En este sentido, la historia es una mediación necesaria desde el punto de vista antropológico y por eso Koselleck ha podido hablar «*einer formalen historischen Anthropologie*»²⁶. Y sólo así se puede trazar estratos temporales que tienen posibilidad de marcar irreversibilidades y nociones de épocas, estabilizaciones provisionales

24. R. Koselleck, «*Erfahrungswandel...*», *op. cit.*, 45.

25. R. Koselleck, «*Erfahrungswandel...*», *op. cit.*, 45.

26. R. Koselleck, «*Erfahrungswandel...*», *op. cit.*, 45.

de mundos de la vida, que de este modo quedan evolutivamente estratificados. Sin métodos para hacerlo, tal cosa es imposible.

Debemos entonces diferenciar las prestaciones de la historia respecto de los rasgos antropológicos que imponen la necesidad de un mundo de la vida. Por una parte, genera una modalidad concreta que neutraliza lo sorprendente de las irrupciones y acontecimientos. Lo neutraliza mediante su reducción de contingencia desde los propios elementos estables del mundo de la vida, reduciéndolos a ejemplos de lo ya naturalizado. Pero también a veces muestra que lo nuevo genera un estrato de tiempo que viene marcado por la irreversibilidad relativa respecto al pasado. Son dos métodos diferentes, pero ambos tienden a la familiarización de lo extraño, como sucede con la literatura respecto de lo siniestro. En un caso, porque lo singular puede repetirse sin poner en peligro nuestro mundo de la vida; en un segundo porque el mundo de la vida no puede prescindir de él, porque eso nuevo es la nueva base de estabilización. Por tanto, el cambio de experiencia va acompañado de un cambio de método: uno sirve para justificar su repetición desde sus propias condiciones; otro para justificar la irreversibilidad. Uno garantiza la repetibilidad de experiencias, pero el otro garantiza esto mismo para unas experiencias a cambio de reconocer la irreversibilidad de otras. Pero ambos métodos tienen una misma base: interpretar las *Primärerfahrungen* de sorpresas y novedades sobre su *längerfristige Ermöglichung*. Este fundamento de posibilidad en el largo plazo permite mantener el estrato de tiempo sobre el que nos movemos o sepultarlo a favor de otro.

En efecto, Tucídides sabe que el imperio ateniense ya ha pasado de forma irreversible, tanto como Heródoto sabe que la amenaza persa es todavía reversible. El primero nos permite caracterizar una expectativa que desaparece del mundo de la vida, que así queda estabilizado sobre otras bases; el segundo mantiene la expectativa basada en evidencias aceptadas. Esta es una *historisch-anthropologische Vorgabe*, un requisito, una especificación histórico-antropológica, que nuestro traductor vierte como «circunstancia histórico-antropológica», lo que me parece que no es.²⁷ Pero Koselleck tiene razón: sin dimensiones estables, no hay acontecimientos singulares, algo que parecía lo mismo que el supuesto de que sin estructura no hay suceso, pero que muestra su arraigo en estructuras antropológicas. Los métodos tienen que ver con la forma de relacionar ambas dimensiones y con los cambios de experiencia que inducen a una cosa (experiencia primaria sorprendente), u otra (nueva base de estabilización). Sin la referencia a la fractura temporal que implica toda experiencia primaria [«in der zeitlichen Bruchung jeder Primärerfahrung»]²⁸, sin ese cambio de experiencia referido al mundo de la vida, lo demás no tendría sentido. Aquí es donde sitúa Koselleck el elemento común de toda historia y por tanto su fundamentación antropológica.

Por supuesto, podemos ampliar la argumentación por analogía con lo siniestro. Cuanto más elaborada sea la latencia de nuestra experiencia, más fácil será familiarizarse con

27. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 46; ed. cast., R. Koselleck, “Cambio de experiencia...”, *op. cit.*, 62.

28. Aquí una vez más nuestro traductor vierte de un modo que no me satisface: «refracción temporal de toda experiencia primera». Hasta donde sé, *Bruchung* no es refracción. *Primär* no es primera.

la irrupción de lo siniestro y neutralizarlo en su propia eficacia perturbadora. Cuanto más elaborada sea la latencia histórica, la ordenación de los estratos de tiempo, más podremos satisfacer la vieja necesidad de re-estabilizar los mundos de la vida frente a los asaltos de la novedad. Por eso, uno de los métodos decisivos de la historia debería inspirarse en la geología y ofrece algo así como una geología histórica. Tal cosa no es posible sin un método que permita diferenciar las épocas históricas. Sólo así la vieja necesidad de estabilizar reflexivamente el mundo de la vida puede ser atendida. Esta necesidad se solventaría mediante «el método histórico que ordene sistemáticamente el curso diacrónico»²⁹.

IV

Aquí creo que la relación entre Blumenberg y Koselleck puede ser muy productiva. Pues en cierto modo, Blumenberg ha generado una teoría de las épocas que constituye el centro de la fenomenología de la historia, y que tiene en el concepto de legitimidad uno de sus fundamentos centrales. A pesar de todo, nunca he visto clara la debilidad de Blumenberg de tener que llamar a esto fenomenología histórica. Como es sabido, la invocación a la fenomenología hace difícil la aplicación de un método claro. La reflexividad orientada por el concepto de legitimidad, por el contrario, sí que lo hace posible. Mi propuesta sería usar muchos de los elementos de Blumenberg para generar esa geología histórica que podría estratificar bien los tiempos históricos. Pensar que estos estratos históricos no son locales, no están geográficamente determinados queda imposibilitado por la analogía con la geología que deseamos dar a esta historia. No hay estratos universales unitarios para toda la Tierra salvo en las zonas más profundas de su composición, y aunque podemos hacer una estratigrafía de la Tierra entera, no será uniforme a toda ella, salvo en las etapas geológicas de la paleoantropología. Cuando Koselleck dice que no hay experiencias primarias sin estar insertas en condiciones geográficas, pues la geografía, la tierra concreta, forma parte sustancial del mundo de la vida, está fortaleciendo esta vía³⁰. Como lo está también esta afirmación: «*Mit diesem geographischen Aspekt der Stiftung von Zusammenhängen eng verknüpft ist der daraus sich ergebende Zwang zur Synchronisierung*»³¹. Esta sincronización puede concernir desde luego a la Tierra entera, dotada de una cronología unitaria, pero creo que debemos resistir esta coacción, por mucho que a veces tenga eficacia, como por ejemplo la sincronización de elementos del mundo Mediterráneo estudiados por Braudel, que ignora algo tan sencillo como que el mundo musulmán no conoce nada parecido a una Edad Media. Lo que está previendo Koselleck aquí es una noción fuerte de estructura con elementos espacio-temporales vinculados, dia-

29. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 47.

30. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 49.

31. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 49. Innerarity traduce: «Con ese aspecto geográfico del establecimiento de contextos está íntimamente relacionada la necesidad de sincronización». R. Koselleck, “Cambio de experiencia...”, *op. cit.*, 64. Algo se pierde en el texto. Yo prefiero entender: «Con este aspecto geográfico de la fundación de conexiones, está estrechamente conectado la presión a favor de la sincronización derivada de aquella».

crónicos y sincrónicos a la vez. Sin embargo, tal cosa es difícil de generalizar. Para hacerlo, sería necesario desde luego una teoría abstracta, empírica y nominalista de los diferentes estratos y sus tipos. Koselleck recuerda que esta es la función de la doctrina de Max Weber de los tipos-ideales, cuya relación con los aspectos espaciales y temporales es exclusivamente pragmática³². Ciertamente, de este modo se pueden descubrir «regularidades diacrónicas», repeticiones, traducciones, lo que aumenta nuestro saber nomológico, en sentido weberiano, que puede ser usado para reducir novedad³³.

Lo decisivo de todo esto es que mientras tanto la noción de mundo de la vida se ha hecho más central, y desde luego resulta imposible de estabilizar sin elementos reflexivos. Eso es lo específico de lo que podemos llamar mundos de la vida históricos, a diferencia de los mundos de la vida naturales y de la estabilización técnica de los mundos de la vida poshistóricos, en caso de que existan por completo. Y esta es la clave de la necesidad antropológica de la historia, y de la inevitable conexión entre cambios de método y de experiencia. Pues el mundo de la vida del humano no se estabiliza mediante adaptaciones naturales, -y creo que tampoco mediante estabilizaciones puramente técnicas-, sino mediante una reflexividad justamente provocada por su propia inestabilidad, su apertura a la novedad. Pero siempre estos elementos de novedad tendrán un límite y por eso no podrán eliminar algún resto de mundo de la vida. Una de esas estabilizaciones por reflexión no solo es la identificación de un estrato de época. La clave es que es la reescritura de la historia es una consecuencia de la misma definición de umbral de época. Si un cambio de época viene expresado por una legitimidad, en tanto novedad que se juzga a sí misma irreversible, una de las manifestaciones de la nueva legitimidad es su disposición a reescribir la historia. De este modo, ejerce esa reflexividad básica que tiende a estabilizar la nueva época. El cambio de experiencia aquí lleva consigo un cambio de método porque la modalidad en la que se considera el pasado es diferente, pues obliga a decisiones sobre corto, medio y largo plazo.

Koselleck, por tanto, debía haberse comprometido con este enunciado. No hay cambio de época sin reescribir la historia ni hay época sin definición de la anterior. Esto es lo que sugiere en todo caso cuando afirma que: «*Nun ist freilich kein Umschreiben der Geschichte denkbar oder möglich, ohne auch ab- und fortzuschreiben, ohne auf bisher einmal festgehaltene Erfahrungsbestände zurückzugreifen.*»³⁴ Es decir: sin marcar las diferencias entre lo que era su propio mundo de la vida estructural y lo que eran sus acontecimientos o sus experiencias primarias. Como dice Koselleck, no todo puede ser revisado. Pero, más allá de toda amortización, se deben acoger las correspondientes «experiencias primarias» de una fuente

32. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 50, 66.

33. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 52, 67.

34. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 53. La traducción española dice así: «Ahora bien, no es pensable ni posible un reescritura de la historia sin transcribir o continuar, sin retrotraerse a los estados de experiencias ya fijados en otro momento» R. Koselleck, “Cambio de experiencia...”, *op. cit.*, 68. *Abschreiben* puede significar, en efecto, transcribir, pero también amortizar. Dado el grado de contraposición que desea marcar Koselleck con *fortschreiben*, me inclino por este sentido.

primaria, «que es la única que capacita al historiador a plantear las preguntas correctas»³⁵. Esas experiencias originarias son las únicas que garantizan la unidad de la historia. Pero sin la reflexión teórica no se podría producir el cambio de experiencia que autoriza y legitima el concepto de época, desde el cual se reescribe la historia. Esta reelaboración debe afectar al modo en que se ve la época pasada y a los tres modos de tiempos, corto, medio y largo plazo, y por eso implica una arqueología, una genealogía, una génesis, con lo que aquí podría ser productivo el diálogo con Foucault. Koselleck, finalmente, ofrece el ejemplo adecuado con Tucídides, quien, tras mostrar la arqueología estructural griega, expone la genealogía de la acumulación imperial de poder y la génesis de la guerra en la desconfianza de Esparta. Y esto desde su experiencia primaria como general, elaborada como fracaso y umbral de una época irreversible. Eso le permitió ser el caso clásico de una reescritura del pasado «metodológicamente reflexiva», siempre respecto de sus propias experiencias primarias³⁶.

El caso de Tucídides nos permite progresar en las específicas características del mundo de la vida humano y las condiciones de su fragilidad. En realidad, él destacó aspectos antropológicos importantes que tienen que ver con su específica fragilidad. Como ya hemos dicho, esta condición es sustancial para entender la historia. Tucídides mostró que el mundo de la vida histórico, cuando estalla en su estabilidad, no repercute por igual en todos los que participan de él. Las fracturas del mundo de la vida no tienen una significación unívoca. Los hechos sorprendentes, las novedades, no son naturales, no se aprecian con la vista, no se pueden objetivar, pues dependen de las formaciones de latencia, las más misteriosas, las que determinan el significado de un gran autor. La ulterior *anthropologische Vorgabe* a tener en cuenta es el hecho radical de que «lo que ha sucedido así y no de otra manera» sólo puede conquistarse «dialógicamente, introduciéndose en la perspectiva de los participantes»³⁷. Es entonces cuando se muestra que la experiencia de la novedad, de la fractura, no es vista por igual por los participantes y cuando el curso de las cosas se refracta en interpretaciones dife-

35. R. Koselleck, *“Erfahrungswandel...”*, *op. cit.*, 53. Aquí el traductor español vuelve a confundir al lector. El texto alemán es claro: «Oder das Abschreiben wird verweigert, weil der vorgegebene Bericht aus Büchern stammt und nicht auf Primärquelle einer Mittäterschaft, Augenzeugenschaft oder zumindest auf entsprechender Erfahrungsdichte beruht, die allein den Historiker befähigt, die richtigen Fragen zu stellen». Él traduce: «Otras veces no se lleva a cabo la transcripción porque el informe dado procede de libros y no de las fuentes primarias de un participante, de un testigo ocular o al menos se apoya en una experiencia que capacita al historiador para plantear las correspondientes cuestiones». R. Koselleck, “Cambio de experiencia...”, *op. cit.*, 69. Como queda claro por lo que sigue, se trata de un asunto central de la historia desde antiguo: recuperar las «wahre oder vermeintliche Primärerfahrungen» y este trabajo es decisivo para marcar la diferencia entre verdad y error. Así que el texto dice que para describir la historia es preciso «ampliar la amortización porque el informe dado procede de libros y no de fuentes primarias de un participante, de un testigo ocular o por lo menos de una experiencia correspondiente cercana, sólo la cual [fuente primaria] capacita al historiador a plantear la cuestión adecuada».

36. R. Koselleck, *“Erfahrungswandel...”*, *op. cit.*, 56. R. Koselleck, “Cambio de experiencia...”, *op. cit.*, 71.

37. R. Koselleck, *“Erfahrungswandel...”*, *op. cit.*, 57. Estratos del tiempo, *op. cit.*, 72.

rentes; que hay una diferencia entre *logoi* y *erga*, decir y hacer, realidad y opinión. Sin reflejar esta diferencia, no se instituye la historia.

Esta es una experiencia antropológica originaria (*die anthropologische Urerfahrung*) que se mantiene antropológicamente estable. Pero lo que ella significa es que el mundo de la vida del ser humano, a diferencia del mundo de la vida de los sistemas naturales estables antes de la intervención desestabilizadora del humano, es inestable. Se manifiesta su inestabilidad justo cuando, de un fondo regular de dichos y hechos, emergen las perturbaciones que los fracturan, cuando significado y significante se separan. Entonces alcanzamos la peculiaridad radical del mundo de la vida humana, aquella por la que decimos que es histórico: por la fractura de las evidencias inmediatas prerreflexivas y la renovación de las mismas solo reflexivamente. Con razón dice Koselleck que, en este sentido, la crítica de la ideología no es nada nuevo, sino la forma en que el ser humano se relaciona con aspectos inevitables de su mundo de la vida, fracturado por la diferencia entre *logos* y *erga*. Estaría así contenida, como tal crítica, dentro de los presupuestos antropológicos de la historia³⁸. Este sería el gran hallazgo de Tucídides y de este modo descubriría un «presupuesto meta-histórico» de naturaleza antropológica³⁹.

En pocos momentos con este se ve que Koselleck no persigue los temas filosóficamente, sino funcionalmente. Pues tras mostrar esta dimensión antropológica, que complementa las categorías de la Histórica respecto a la definición más completa que ofreció en su *laudatio* a Gadamer, en lugar de desplegar el inevitable conflicto que amenaza con reducir a nada el mundo de la vida, y la dimensión polémica del mismo, Koselleck escribe el capítulo sobre los vencidos. Pero los vencidos suponen antes la necesidad antropológica del conflicto. Y sólo porque nuestro mundo de la vida está fracturado por la posibilidad de la estasis, todo lo demás alcanza la conveniente dimensión antropológica. Como vemos, Koselleck habría desplegado mejor su posición, al final de todo, si hubiera estado atento al desarrollo de la antropología política más allá de una genérica inspiración schmittiana. Eso le habría debido llevar a una discusión con Helmuth Plessner. Pero este asunto lo debemos dejar para otra ocasión.

38. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 76.

39. R. Koselleck, “*Erfahrungswandel...*”, *op. cit.*, 76.

SOCIAL THEORETICAL AND CONCEPTUAL HISTORICAL
ASPECTS OF THE PROBLEM OF ACCELERATION OF HISTORY.
REFLECTIONS IN THE WAKE OF REINHART KOSELLECK

Sozialtheoretische und begriffsgeschichtliche Aspekte des Problems der Beschleunigung der Geschichte. Überlegungen im Ausgang von Reinhart Koselleck

Falko Schmieder

Leibniz-Zentrum für Literatur- und Kulturforschung (Berlin)

schmieder@zfl-berlin.org - <https://orcid.org/0000-0002-7977-8071>

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 26.06.2020

Zusammenfassung

Der Aufsatz versteht sich als Beitrag zur Erkundung der Aktualität und Grenzen von Reinhart Kosellecks begriffsgeschichtlichem Ansatz. Als Leitfaden soll dabei der Begriff der Beschleunigung dienen. Dieser Begriff hat sowohl für Kosellecks begriffsgeschichtliche wie auch für seine sozialtheoretischen Arbeiten eine besondere Bedeutung, denn er spielt eine zentrale Rolle in der Auseinandersetzung mit der Säkularisierungsde-

Abstract

The article aims to contribute to the exploration of the topicality and the limits of Reinhart Koselleck's approach to conceptual history. The concept of acceleration will serve as a guideline. It is of great relevance for Koselleck's conceptual history as well as for his sociological work, because it plays a central role in his intervention in the debate on secularization and is closely related to the concept of temporalization, which

* Der vorliegende Text ist im Rahmen des Forschungsprojekts FFI2017-82195-P der la AEI/FEDER, UE entstanden.

batte und steht in enger Verbindung zum Begriff der Verzeitlichung, der das wohl wichtigste Interpretament in Kosellecks Deutung der sogenannten Sattelzeit war. Da es sich um eine sozial- und temporalanalytische Kategorie handelt, müsste sich die neuere, von Zeithistorikern und Soziologen vertretene These des Eintritts in eine postkoselleckianische Kultur nicht zuletzt anhand dieser Kategorie selbst entfalten lassen. Der Aufsatz diskutiert zunächst den Begriff der Beschleunigung und seine Implikationen bei Koselleck, um dann auf dieser Basis Bedeutungsdimensionen und Problemlagen zu entfalten, die über den Ansatz von Koselleck hinausweisen.

Stichwörter

Verzeitlichung, Beschleunigung, Säkularisierung, Begriffsgeschichte, Enthistorisierung, postkoselleckianische Kultur

was probably the most important element in Koselleck's interpretation of the so-called saddle time. Since this is a social and time-analytical category, the more recent thesis of the entry into a post-Koselleckian culture, as advocated by contemporary historians and sociologists, should be able to unfold or be tested on the basis of this category itself. The paper first discusses the concept of acceleration and its implications for Koselleck, and then, on this basis, develops aspects and problems that go beyond Koselleck's approach.

Keywords

Temporalization, acceleration, secularization, conceptual history, dehistorization, post-Koselleckian culture

REINHART KOSELLECKS SOZIALGESCHICHTLICHE Begriffsgeschichte stößt heute auf weltweites Interesse. Sein Ansatz wird auf andere sprachliche und sozialhistorische Entwicklungen bezogen und dabei auch zwangsläufig modifiziert und erweitert.¹ Aber auch in Deutschland ist speziell seit der Jahrtausendwende eine Historisierung Kosellecks, also eine Diskussion über die historischen Grenzen seines Ansatzes im Gange. War es eine der Ausgangshypothesen des Wörterbuchs der »Geschichtlichen Grundbegriffe«, »daß sich seit Mitte des 18. Jahrhunderts ein tiefgreifender Bedeutungswandel klassischer topoi vollzog, daß alte Worte neue Sinngehalte gewonnen haben, die mit Annäherung an unsere Gegenwart keiner Übersetzung mehr bedürftig sind«,² so wurde in jüngerer Zeit die These vertreten, »dass viele jener, in der Sattelzeit "neu gewonnenen Sinngehalte" heute *nicht* mehr ohne Übersetzung auskommen, und dass ihre damalige Herkunft *nicht* mehr unmittelbar in "unsere Präsenz" mündet.«³ Positiv gewendet heißt das, dass die Transformationen, die *in* die Moderne führten, sich in einer Transformation *der* Moderne fortsetzten.⁴ Das Wörterbuch der »Geschichtlichen Grundbegriffe« verfolgt die meisten Begriffe nur bis ins erste Drittel des 20. Jahrhunderts. Die neuere Begriffs- und Zeitgeschichte geht nun davon aus, dass wir seit den 1970er Jahren in eine, wie der Historiker Paul Nolte formuliert, »postkoselleckianische« Kultur eingetreten sind, wobei es sich allerdings um einen Umbruch handelt, dessen Deutung vorerst nur skizzenhaft möglich ist.⁵ Ein sprachlicher Indikator dieses Umbruchs ist die Vorsilbe »post«, die

1. Vgl. zur internationalen Rezeption des Werkes von Koselleck E. Müller (Hg.), *Forum Interdisziplinäre Begriffsgeschichte* (E-Journal), 4. Jahrgang, Heft 1 (2015); https://www.zfl-berlin.org/files/zfl/downloads/publikationen/forum_begriffsgeschichte/ZfL_FIB_4_2015_1.pdf; vgl. auch E. Müller und F. Schmieder, *Begriffsgeschichte und historische Semantik. Ein kritisches Kompendium*, Suhrkamp, Berlin 2016, S. 801-819.

2. R. Koselleck, »Einleitung«, in: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, hg. v. R. Koselleck, O. Brunner und W. Conze, 8 Bde., Klett-Cotta, Stuttgart 1972-1997, Bd. 1, S. XIVf.

3. Chr. Geulen: »Plädoyer für eine Geschichte der Grundbegriffe des 20. Jahrhunderts«, in *Zeithistorische Forschungen*, H. 1 (2010), S. 79-97, hier S. 81.

4. Vgl. ebd. – Zur allgemeineren Debatte vgl. K. Kollmeier und St.-L. Hoffmann: »Geschichtliche Grundbegriffe Reloaded? Writing the Conceptual History of the Twentieth Century. Roundtable Discussion«, in *Contributions to the History of Concepts* 7 (2012) 2, S. 78-128.

5. P. Nolte: »Vom Fortschreiben und Umschreiben der Begriffe. Kommentar zu Christian Geulen«, in *Zeithistorische Forschungen* 7 (2010) 1, S. 98-103, hier S. 101. Zum semantischen Umbruch der 1970er Jahre

vor allem seit den 1970er Jahren vielen klassischen Begriffen vorgeschaltet wird – man denke etwa an postindustriell, Postmoderne, Posthistoire, Posthumanismus oder Postdemokratie.

Der vorliegende Aufsatz versteht sich als Beitrag zur Erkundung dieses Umbruchs, und damit zugleich auch der Aktualität und Grenzen von Kosellecks begriffsgeschichtlichem Ansatz. Als Leitfaden soll dabei der Begriff der Beschleunigung dienen, der für Koselleck sowohl begriffsgeschichtlich wie auch sozialtheoretisch eine besondere Bedeutung hat. Er spielt eine zentrale Rolle in Kosellecks Beitrag zur Säkularisierungsdebatte⁶, darüber hinaus steht er aber auch in enger Verbindung zum Begriff der Verzeitlichung, der das wohl wichtigste Interpretament in Kosellecks Deutung der sogenannten Sattelzeit war. In dieser Verbindung ist der Begriff der Beschleunigung zugleich Teil einer Theorie historischer Zeiten und übergreifend einer Theorie der modernen Gesellschaft. In diesem Rahmen spricht Koselleck sogar davon, dass ihm der Begriff der Beschleunigung als ein »Erkenntnisinstrument dient, das auf eine politische Krisenlehre zielt.«⁷ Da es sich um eine sozial- und temporalanalytische Kategorie handelt, müsste sich die These des Eintritts in eine postkoselleckianische Kultur nicht zuletzt anhand dieser Kategorie selbst entfalten oder prüfen lassen, was im Folgenden näher gezeigt werden soll.

Die Argumentation gliedert sich in drei Teile: Im ersten Teil sollen der Begriff der Beschleunigung und seine Implikationen bei Koselleck diskutiert werden, um auf dieser Basis dann im zweiten Teil im Ausgang von diesem Begriff Bedeutungsdimensionen und Problemlagen zu entfalten, die über den Ansatz von Koselleck hinausweisen. Im dritten Teil schließlich werden die Beobachtungen resümiert und die problemgeschichtliche Kontinuität zu Kosellecks Fragestellungen einer sozialgeschichtlich informierten Begriffsgeschichte herausgestellt.

vgl. A. Doering-Manteuffel und L. Raphael: *Nach dem Boom. Perspektiven auf die Zeitgeschichte seit 1970*, Vandenhoeck&Ruprecht, Göttingen 2008. Der Forschungsverbund »Nach dem Boom« hat seit 2008 mehrere Fallstudien erarbeitet, vgl. u. a. M. Reitmayer und Th. Schlemmer (Hg.): *Die Anfänge der Gegenwart. Umbrüche in Westeuropa nach dem Boom*, Oldenbourg, München 2014; A. Doering-Manteuffel, L. Raphael und Th. Schlemmer (Hg.): *Vorgeschichte der Gegenwart. Dimensionen des Strukturbruchs nach dem Boom*, Vandenhoeck&Ruprecht, Göttingen 2016. Vgl. weiter die Beiträge in A. Leendertz und W. Meteling (Hg.): *Die neue Wirklichkeit. Semantische Neuvermessungen und Politik seit den 1970er-Jahren*, Campus, Frankfurt a. M./New York 2016; U. Bröckling, S. Krasmann und Th. Lemke (Hg.), *Glossar der Gegenwart*, Suhrkamp, Frankfurt/M. 2004; St. Lessenich (Hg.), *Wohlfahrtsstaatliche Grundbegriffe. Historische und aktuelle Diskurse*, Campus, Frankfurt/M., New York 2003.

6. R. Koselleck, »Zeitverkürzung und Beschleunigung. Eine Studie zur Säkularisation«, in: ders., *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Suhrkamp, Frankfurt/M. 2000, S. 177-202.

7. R. Koselleck, »Gibt es eine Beschleunigung der Geschichte?«, in: ders., *Zeitschichten*, S. 150-176, hier S. 165.

I

Der Begriff der Beschleunigung spielt für das Werk von Koselleck eine wichtige Rolle.⁸ Anders als der Begriff der Verzeitlichung, den Koselleck für die semantischen Transformationsprozesse seit der Neuzeit um 1500 verwendet⁹, reserviert Koselleck den Begriff der Beschleunigung ausschließlich für die Entwicklungen der Moderne, die mit der politischen und industriellen Doppelrevolution um 1800 beginnt.¹⁰ Ein quellsprachlicher Ausgangspunkt für diese Differenzierung ist die historiographische Unterscheidung von Neuzeit und neuester Zeit. Wie Koselleck ausführt, wird seit dem 18. Jahrhundert in der Geschichtsschreibung der Ausdruck der neuen Zeit bzw. der Neuzeit verwendet.¹¹ Herrscht zunächst eine unspezifische Bedeutung vor, so schält sich dann in der Aufklärung allmählich eine epochenspezifische Bedeutung heraus. Das Ereignis der Französischen Revolution, das von den Zeitgenossen unmittelbar als eine historische Zäsur erfahren wurde, setzte dann den Begriff der neuesten Zeit frei. Mit diesem Begriff gelang nun, was mit dem Begriff der neuen Zeit noch nicht möglich war: die neueste Zeit wurde zu einem zeitgenössischen Epochenbegriff, der nicht nur rückblickend eine neue Periode registrierte, sondern der eine in die Zukunft weisende neue Periode eröffnete.¹² Die Differenzbestimmung zwischen der neuen und der neuesten Zeit war verbunden mit einer Intensivierung der Reflexionen über die geschichtliche Zeit. Im Zuge dieser Reflexionen gewannen die modernen Kollektivsingulare wie der Fortschritt, die Revolution oder die Geschichte ihr Profil. Bei allen diesen Begriffen handelt es sich um selbstbezügliche, zukunfts offene Bewegungsbegriffe. Mit ihrer Verwendung artikulierten die Zeitgenossen der neuesten Zeit die Erfahrung, in einer permanenten Übergangszeit zu leben, in der immer wieder Neues und Unerwartetes zu Tage tritt, das nicht aus den überlieferten Erfahrungen ableitbar ist. Der alte Lehrsatz »*Historia Magistra Vitae*« verliert unter diesen Bedingungen seine Plausibilität und Bedeutung.¹³ Das neue

8. Vgl. H. Rosa, *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*, Suhrkamp, Frankfurt/M. 2005, der sich sowohl in Bezug auf seine Quellen wie auch seine zeittheoretischen Überlegungen stark auf Koselleck stützt; vgl. auch P. Osborne, *The Politics of Time. Modernity and Avant-Garde*, Verso London, New York 1995, bes. S. 9-14; 122-123.

9. Vgl. den historischen Einsatz mit Francis Bacon in: R. Koselleck, »Zeitverkürzung und Beschleunigung. Eine Studie zur Säkularisation«, in ders., *Zeitschichten*, a.a.O., S. 177-202, hier S. 188. Seinem Aufsatz »*Historia Magistra Vitae*. Über die Auflösung des Topos im Horizont neuzeitlich bewegter Geschichte«, in ders., *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Suhrkamp, Frankfurt/M. 1989, S. 38-66 stellt Koselleck ein Zitat von Shakespeare als Motto voran, vgl. ebd., S. 38.

10. Vgl. R. Koselleck, »Neuzeit«. Zur Semantik moderner Bewegungsbegriffe«, in: ders., *Vergangene Zukunft*, S. 300-348; vgl. ders., »Wie neu ist die Neuzeit?«, in ders., *Zeitschichten*, S. 225-239.

11. Vgl. dazu Koselleck, »Neuzeit«.

12. Vgl. ebd., S. 320.

13. Vgl. Koselleck, »*Historia Magistra Vitae*«.

Epochenbewusstsein reflektiert sich auch in dem neuen Verständnis von historischer Zeit: »Zeit bleibt nicht länger die äußere Form, in der sich alle Geschichten abspielen, sondern sie gewinnt selber eine geschichtliche Qualität: Nicht mehr *in* der Zeit, sondern *durch* die Zeit vollzieht sich dann die Geschichte. Die Zeit wird dynamisiert zu einer Kraft der Geschichte selber«¹⁴, die nun als selbstbezüglicher Kollektivsingular angesprochen wird. Geschichte stellt sich so dar als Sukzession von Präzedenzlosigkeiten. Koselleck hat diese an die Epoche der neuesten Zeit geknüpften grundstürzenden Veränderungen des Zeitbewusstseins unter anderem anhand des Revolutionsbegriffs näher analysiert.¹⁵ Ursprünglich ein natürlicher, zyklischer, am Umlauf der Sterne orientierter Begriff, nimmt er in der Moderne die entgegengesetzte Bedeutung an: er bezieht sich jetzt auf einen gesellschaftlichen Prozess, der in eine offene, unbekannte Zukunft führt. Signalgebend war zunächst besonders die Französische Revolution; im ersten Drittel des 19. Jahrhunderts entstehen dann aber bereits politökonomische Begriffe wie »industrielle Revolution«¹⁶ oder »revolutionäre Entwicklung«. Bemerkenswert an diesen Prägungen ist die mit ihnen bewerkstelligte Übertragung von Gehalten einer punktuellen, als gewaltsam, umstürzend oder katastrophal angesehenen politischen Ausnahmesituation in den Kontext der alltäglichen Reproduktion der gesellschaftlichen Ordnung. Um die Mitte des 19. Jahrhunderts werden diese Begriffe dann schon selbst zu Kernbestimmungen einer spezifischen Epochenerfahrung: Karl Marx und Friedrich Engels beschreiben im »Manifest der Kommunistischen Partei« die Bourgeoisie-epoche als permanente Revolutionierung und Umwälzung der gesellschaftlichen Zustände¹⁷; Friedrich Julius Stahl sieht in einem Vortrag aus dem Jahre 1852 in der Revolution die eigentümliche weltgeschichtliche Signatur unseres Zeitalters¹⁸; Jacob Burckhardt spricht von einem revolutionären Weltalter¹⁹ – die Beispiele ließen sich um viele vermehren. Metaphorologisch drückt sich die im Begriff der neuesten Zeit erfasste moderne Epoche in neuen Sprachbildern aus, die Gesellschaft als Schicksalszusammenhang einer zweiten Na-

14. Koselleck, »Neuzeit«, S. 321

15. R. Koselleck, »Historische Kriterien des neuzeitlichen Revolutionsbegriffs«, in ders., *Vergangene Zukunft*, S. 67-86.

16. Die Angaben zur Entstehung dieses Begriffs in den *Geschichtlichen Grundbegriffen* sind widersprüchlich: Lucian Hölscher gibt in seinem Beitrag zum Artikel »Industrie« als frühesten Beleg für »industrielle Revolution« einen aus dem Jahre 1827 an, vgl. Hölscher, [Art.] »Industrie, Gewerbe«, in: *Geschichtliche Grundbegriffe*, Bd. 5, Stuttgart 2004, S. 237-304, hier S. 294; in dem von Koselleck verfassten Artikel »Revolution« dagegen wird der erste Beleg auf das Jahr 1797 datiert, vgl. Koselleck, [Art.] »Revolution. Rebellion, Aufruhr, Bürgerkrieg«, in: *Geschichtliche Grundbegriffe*, Bd. 5, S. 653-788, hier S. 769. Vgl. dazu A. Bezanson: »The Early Use of the Term Industrial Revolution«, in *The Quarterly Journal of Economics*, Vol. 36, No. 2 (1922), S. 343-349.

17. Vgl. K. Marx und Fr. Engels: »Manifest der Kommunistischen Partei«, in dies.: Werke, hg. vom Institut für Marxismus-Leninismus, Bd. 4, Dietz, Berlin (Ost) 1971, S. 459-493, hier S. 465.

18. F. J. Stahl, »Was ist die Revolution? Ein Vortrag auf Veranstaltung des Evangelischen Vereins für kirchliche Zwecke, am 8. März 1852 gehalten«, W. Schultze, Berlin 1852, S. 3.

19. Jacob Burckhardt, zitiert nach F. Stern, *Das feine Schweigen. Historische Essays*, Beck, München 1999, S. 17.

tur erfassen: der Prozess der Geschichte erscheint als Strudel, Strom, Sturm oder Erdbeben. Auch die Allegorien für Geschichte halten die Selbstbezüglichkeit des Prozesses und den damit verbundenen Kontrollverlust sowie die Entfremdungserfahrung fest: prägnant erscheint in diesem Zusammenhang etwa Goethes Prägung des Veloziferischen, in der das Bewegungsmotiv mit dem Teuflischen liiert ist²⁰; andere Allegorien für moderne Geschichte sind Goethes Figur des Zauberlehrlings²¹ oder Hegels Furie des Verschwindens.²²

Koselleck stellt nun aber nicht nur die Verzeitlichung der Geschichte heraus, sondern diese Verzeitlichung selber erhält bei ihm einen zeitlichen Index, wenn sie unter der Bestimmung der Beschleunigung gefasst wird. Es geht also nicht nur um Veränderungen, sondern auch um die Temporalisierung der Veränderung, ihre Steigerung bzw. Beschleunigung.²³ Der Begriff der Beschleunigung gehört zum Sprachgebrauch der neuesten Zeit, die mit seiner Hilfe auch den Unterschied zur neuen Zeit erfasst hat. Zur neuen Zeiterfahrung der Moderne gehört es nämlich auch, dass sich alles schneller ändern kann, als man bisher erwarten konnte oder früher erfahren hatte. Bereits Joseph Görres registrierte im ersten Drittel des 19. Jahrhunderts die beständige Verkürzung der Perioden, wie sie der Gegenwart näher kommen, und Werner von Siemens postulierte dann im Jahre 1886 das sogenannte Beschleunigungsgesetz: »Entwicklungsperioden, die in früheren Zeiten erst in Jahrhunderten durchlaufen wurden, die im Beginne unserer Zeitperiode noch der Jahrzehnte bedurften, vollenden sich heute in Jahren und treten häufig schon in voller Ausbildung ins Dasein.«²⁴ Durch die Beschleunigung, so Koselleck, verkürzen sich beständig die Zeitspannen, innerhalb derer mit neuen, präzedenzlosen Erfahrungen zu rechnen ist. Mit der Temposteigerung wird es zudem immer schwieriger, zukünftige Ereignisse vorherzusagen oder zu antizipieren. An dieser Stelle schlagen Kosellecks begriffsgeschichtliche Überlegungen dann in geschichts- und sozialtheoretische um. Die geschichtliche Steigerung des Veränderungskoeffizienten bedeutet eine beständige Transformation der sozialen Verhältnisse, die unausweichlich mit Prozessen der Instabilisierung und Desintegration verbunden ist und zu regelmäßig wiederkehrenden krisenhaften Zuspitzungen führt.²⁵ Analytisch kann der Begriff der Beschleunigung daher als ein »Erkenntnisinstrument« verwendet werden, »das auf eine politische Krisenlehre zielt.«

20. M. Osten, *„Alles veloziferisch“ oder Goethes Entdeckung der Langsamkeit. Zur Modernität eines Klaskikers im 21. Jahrhundert*, Insel, Frankfurt/M. 2003.

21. Diese Figur ist theoriegeschichtlich sehr wirkmächtig geworden und bildet einen integralen Bestandteil vieler Technik- oder Moderntheorien, vgl. u.a. N. Wiener: »Some Moral and Technical Consequences of Automation«, in *Science* 131 (1960), 1355-1358; G. Anders, *Die Antiquiertheit des Menschen 2. Über die Zerstörung des Lebens im Zeitalter der dritten industriellen Revolution*, Beck, München 1980, 396-405; U. Beck: »Die Welt als Labor«, in: ders. (Hg.), *Politik in der Risikogesellschaft*, Suhrkamp, Frankfurt/M. 1987, S. 154-166.

22. Vgl. G. W. F. Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, Suhrkamp, Frankfurt/M. 1977, S. 435f.

23. Vgl. Koselleck, »Zeitverkürzung und Beschleunigung«.

24. Vgl. Koselleck, »Zeitverkürzung und Beschleunigung«, S. 178.

25. Joseph Schumpeter hat mit seinem Verständnis des Kapitalismus als Prozess der schöpferischen Zerstörung ein wirkmächtiges Theorem geliefert, das zugleich als Variation oder Konkretisierung des Theorems

Im Bereich der geschichtszeitlichen Beschleunigung zeichne sich die Möglichkeit ab, »dass der Mensch selber die überkommenen, kulturell und industriell angereicherten Bedingungen seiner Existenz vernichtet.«²⁶ Speziell in der ökologischen Krise sah Koselleck ein Konfliktpotential, an dem er das auf Carl Schmitt zurückgehende Verständnis von Krise als einer »Letztentscheidung«²⁷ erneuerte. »Offenbar sind Entscheidungen fällig, die, wissenschaftlich oder nicht, gewollt oder ungewollt, darüber befinden, ob und wie das Überleben auf diesem Globus möglich ist oder nicht.«²⁸ Mit der an der Club of Rome-Studie »Grenzen des Wachstums« orientierten These, »dass bestimmte Beschleunigungsvorgänge in unserer ausdifferenzierten Gesellschaft ihren Sättigungsgrad erreicht haben«²⁹, visiert Koselleck auch ein mögliches Ende der modernen Geschichtsdynamik und damit die Konturen einer anderen Gesellschaftsform, die auch der Bericht des Club of Rome angedeutet hatte. Konsequenterweise stellt Koselleck dann auch die Frage nach den Triebkräften des permanenten Wandels, die er in den technischen und industriellen Entwicklungen sieht. Diese Einschätzung ist sicher unzulänglich und verweist auf das Desiderat einer Theorie der kapitalistischen Gesellschaft. Sie reicht aber hin, um das in den Geisteswissenschaften verbreitete Säkularisierungstheorem zu kritisieren, wie es prononciert Karl Löwith vertreten hatte. Während dieser nämlich im Fortschritt eine Säkularisierung eschatologischer Vorstellungen sah, hielt Koselleck entgegen, »dass der harte Kern der modernen Beschleunigungserfahrung, nämlich die technische und industrielle Überformung der menschlichen Gesellschaft, selber nicht mehr aus theologischen Prämissen ableitbar ist.«³⁰

II

Nach diesen Ausführungen soll nun im zweiten Teil der Frage nach den historischen Grenzen von Kosellecks Ansatz und der These des Eintritts in eine sogenannte postkoselleckianische Kultur nachgegangen werden. Wie aus dem Entwickelten hervorgeht, ist die moderne Gesellschaft durch eine permanente Selbstüberholung charakterisiert. Ihre Identität erhält sich also gerade im auf Dauer gestellten Wandel; sie ist stabil, wenn sie expandiert. Auf einer allgemeinen sprachlichen Ebene drückt sich diese Paradoxie in einer Reihe von Wendungen aus, die

der industriellen Revolution bzw. der permanenten Revolution angesehen werden kann; vgl. ders. *Capitalism, Socialism and Democracy*, Harper, New York 2008 [1942], bes. S. 81-87.

26. Koselleck, »Zeitverkürzung und Beschleunigung«, S. 200.

27. R. Koselleck, »Einige Fragen an die Begriffsgeschichte von "Krise"«, in: ders., *Begriffsgeschichten*, S. 203-217, hier S. 212, 213, 216.

28. Ebd., S. 215.

29. Koselleck, »Zeitverkürzung und Beschleunigung«, S. 199.

30. Ebd., S. 195. Diese Formulierung Kosellecks läßt es fraglich erscheinen, ob er sich in der Kontroverse zwischen Löwith und Blumenberg »eindeutig auf Löwiths Seite« gestellt hat, vgl. H. Joas: »Die Kontinenz der Säkularisierung. Überlegungen zum Problem der Säkularisierung im Werk Reinhart Kosellecks«, in: H. Joas und P. Vogt (Hg.), *Begriffene Geschichte. Beiträge zum Werk Reinhart Kosellecks*, Suhrkamp, Frankfurt/M. 2011, S. 319-338, hier S. 328.

zwar Veränderung und Steigerung behaupten, sich aber in ihrer sprachlichen Form als unüberbietbar erweisen, wie etwa »immer schneller«, »immer mehr« oder »zunehmend«. Die neuen geschichtlichen Dimensionen, auf die diese Wendungen hindeuten, lassen sich nur über die damit jeweils bezeichneten konkreten Gehalte und Kontexte erfassen. Ein hervorstechender Zug speziell seit der zweiten Hälfte des 20. Jahrhunderts ist die Häufung von Epochen- bzw. Gesellschaftsbestimmungen, die jeweils einen als neu und prägend empfundenen technischen oder kulturellen Zug totalisieren und tiefgreifende kollektive Erfahrungsumbrüche indizieren – dazu gehören Begriffe wie »Atomic Age«, Computerzeitalter, Informationszeitalter, Postindustrielle Gesellschaft, Dienstleistungsgesellschaft, »Cyber Age« oder die normativen, stärker zukunftsbezogenen Begriffe Solarzeitalter oder »Low-Carbon-Society«. Diese Häufung neuer Epochenbezeichnungen lässt sich als Beschleunigung der Zeitwenderfahrungen verstehen, die Koselleck in seiner Reflexion der Differenzen von neuer und neuester Zeit analysiert hatte.³¹ Mit den Epochenentwürfen gehen zugleich neue Formen der Selbstbeschreibung einher, die ihre eigenen Vokabulare prägen. Eine parallele Erscheinung der Beschleunigung der Zeitwenderfahrungen speziell seit der zweiten Hälfte des 20. Jahrhunderts ist die Charakterisierung markanter zeitgenössischer Ereignisse als historisch (»historischer Moment«, »historisches Ereignis«). Sie deutet auf eine Aufspreizung des jeweiligen Gegenwartsbewusstseins hin, die in Geschichtsverlust umzuschlagen droht. Oft verweisen solche als historisch charakterisierten Ereignisse auf politische Regimewechsel oder Durchbrüche technischer oder naturwissenschaftlicher Entwicklungen, immer öfter aber auch auf niedrigschwellige zeitgeschichtliche Überraschungsmomente. In sozialgeschichtlicher Perspektive lassen sich solche Instantanhistorisierungen in der Kontinuität des um 1800 emergierenden Bewusstseins verstehen, in einer permanenten Übergangszeit zu leben. Hatte Koselleck als Motoren dieses neuen Zeitbewusstseins die politisch-industrielle Doppelrevolution (und gelegentlich die Entwicklung der Technik) gesehen, so übernimmt im 20. Jahrhundert die zur Produktivkraft gewordene Wissenschaft eine Treiberfunktion für gesellschaftlichen und damit auch sprachlichen Wandel.³² In der neueren Begriffsgeschichte hat sich deshalb auch die heuristische Leithypothese einer Verwissenschaftlichung des Sprachgebrauchs bewährt. Komplementär zur These von der »Verwissenschaftlichung des Sozialen«³³ ist in der Perspektive des weiteren Jahrhundertverlaufs zugleich auch eine aus ihrem vertieften Anwendungsbezug und praktischen Folgen resultierende Politisierung und Sozialisierung der Natur- und Technikwissenschaften in Rechnung zu stellen.

31. Zum Begriff der Zeitwende vgl. auch Richard Koebner, der für Koselleck sicher von Bedeutung war: R. Koebner, »Die Idee der Zeitwende«, in ders., *Geschichte, Geschichtsbewusstsein und Zeitwende. Vorträge und Schriften aus dem Nachlaß*, hg. v. Institut für Deutsche Geschichte der Universität Tel Aviv, Gerlingen 1990, S. 147-193; vgl. auch P. Tietze: »"Zeitwende": Richard Koebner und die Historische Semantik der Moderne«, in: *Jahrbuch des Simon-Dubnow-Instituts* 13 (2014), S. 131-165.

32. Vgl. D. Kaldewey, und D. Schauz (Hg.), *Basic and Applied Research. The Language of Science Policy in the Twentieth Century*, Berghahn, New York, Oxford 2018.

33. L. Raphael: »Die Verwissenschaftlichung des Sozialen als methodische und konzeptionelle Herausforderung für eine Sozialgeschichte des 20. Jahrhunderts«, in: *Geschichte und Gesellschaft* 22 (1996), H. 2, S. 165-193.

Zu den neuen Herausforderungen gehört daher eine engere Verbindung der Begriffsgeschichte mit der Wissenschaftsgeschichte, die bei Koselleck und in den »Geschichtlichen Grundbegriffen« noch weithin ausgespart ist. Eine Pointe der Verwissenschaftlichungsthese besteht darin, dass damit die Begriffsgeschichte methodisch eine (im Vergleich mit dem für Koselleck zentralen 18. und 19. Jahrhundert) noch größere Plausibilität erhält, weil begriffsförmiges, rationalisiertes und spezialisiertes Wissen für die Reproduktion der Gesellschaft insgesamt an Bedeutung gewinnt. Die gewachsene soziale Bedeutung der Wissenschaften und der mit ihr verbundene erhöhte Aufwand an Technik führen zu einer »Futurisierung« der Forschung, deren Folgen immer weiter in die Zukunft übergreifen. Die sich allmählich auch international verfestigende Verbindung von Kosellecks begriffsgeschichtlichem Ansatz mit dem der Wissenschaftsgeschichte³⁴ kann so auch als überfälliger Effekt einer veränderten Beziehung von Gesellschaft und Wissenschaft betrachtet werden, wie sie in Begriffen wie Risikogesellschaft, Wissensgesellschaft, High-Tech-Capitalism, Anthropozän, Technozän oder im Verständnis der Globalgeschichte unter dem Begriff des Realexperiments³⁵ impliziert ist.

Aus der Verwissenschaftlichung und dem verschärften internationalen Forschungswettbewerb ergibt sich ein weiteres Paradox, denn es ist gerade die Erfahrung der Dynamisierung und Beschleunigung der Geschichte, die zu einem Abschmelzen der historischen Dimensionen der Begriffe und zu einer beschleunigten semantischen Veralterung führt.³⁶ In Bezug auf die im Wörterbuch der »Geschichtlichen Grundbegriffe« betonte *longue durée* der semantischen Vorgaben der modernen Begriffe fällt auf, dass viele der gegenwärtigen Grundbegriffe jüngeren Datums und oft erst deutlich nach der Sattelzeitperiode entstanden sind, wie etwa der Begriff Ökologie, der erstmals in Ernst Haeckels »Generelle Morphologie der Organismen« aus dem Jahre 1866 auftaucht und dann für längere Zeit in dem eingeführten Sinne als Fachterminus einer biologischen Teildisziplin verwendet wurde,³⁷ bevor er dann über ein Jahrhundert später im Zusammenhang der Umweltproblematik disziplinär entgrenzt zu einem politisch aufgeladenen globalen *umbrella term* aufrückte. Ähnlich verläuft die Karriere des Begriffs Nachhaltigkeit. Die geringe historische Tiefenschicht vieler neuer Schlüsselbegriffe zeigt sich darin, dass sie in den umfangreichen Registerbänden der »Geschichtlichen Grundbegriffe« entweder gar nicht (wie Diversität, Globalisierung, Innovation, Regulierung, Ressource) oder nur sehr selten (wie Information, Interaktion, Kommunikation, Medien, Umwelt) auftauchen. Vielleicht lässt sich hieran die Tendenz einer abnehmenden Beständigkeit bzw. schnelleren Verfallszeit von Begriffen ablesen, wie sie einer sich beschleunigenden Geschichtsdynamik entspricht.

34. Vgl. Robert Bud: »Framed in the Public Sphere: Tools for the Conceptual History of ‚Applied Science‘ – A Review Paper«, in *History of Science* 51 (2013) 4, S. 413-433.

35. Vgl. F. Schmieder: »Geschichte als Realexperiment. Problem und Metaphorik der Unverfügbarkeit«, in *Zeitschrift für Kulturphilosophie*, 8. Jg. (2014), Heft 1, S. 35-46.

36. Vgl. H. Lübke, *Im Zug der Zeit. Verkürzter Aufenthalt in der Gegenwart*, Springer, Berlin u.a. 1992.

37. E. Haeckel, *Generelle Morphologie der Organismen. Allgemeine Grundzüge der organischen Formen-Wissenschaft, mechanisch begründet durch die von Charles Darwin reformirte Descendenz-Theorie*, Reimer, Berlin, 1866; Bd. 2, S. 286.

Durch diese Beschleunigung des semantischen Wandels nähert sich die Begriffsgeschichte in verstärktem Maße der Zeitgeschichte und der Politikwissenschaft sowie der Wissenschaftsgeschichte an.³⁸ Mit der wachsenden gesellschaftlichen Bedeutung der Natur- und Technowissenschaften wandelt sich auch der Begriff des Politischen selbst. Der strukturell wohl deutlichste Wandel in der Semantik ist die Herausbildung einer Vielzahl von Entwicklungs- und Prozesskategorien mit der Endung -isierung (engl.: *-ication*), die im 20. Jahrhundert den für Koselleck noch zentralen Bewegungsbegriffen mit der Endung -ismus den Rang ablaufen – zu nennen sind etwa die Begriffe Globalisierung, Digitalisierung, Technisierung, Medialisierung, Ökonomisierung oder der Begriff der Modernisierung, der den Begriff der Moderne prozessualisiert bzw. verflüssigt. Solche Leitbegriffe, wie sie Koselleck selbst auf der theoretisch-reflexiven Metaebene zur Analyse der übergreifenden semantischen Prozesslogiken verwendet hatte (Verzeitlichung, Demokratisierung, Politisierung), tauchen wohl auf breiterer Front überhaupt erst im 20. Jahrhundert auf. Dies kann als weiterer Beleg für die Plausibilität der Verwissenschaftlichungsthese verstanden werden und dokumentiert den gewachsenen Abstraktionsgrad der Begriffe und das gesteigerte gesellschaftliche Bedürfnis nach wissenschaftlicher Selbsteutung. Offenbar handelt es sich bei diesen Prozessbegriffen um eine neue Kategorie systemisch-selbstbezoglicher Kollektivsingulare. Während die traditionellen Kollektivsingulare wie Fortschritt, Revolution oder Geschichte noch stark an die Geschichtsphilosophie gebunden sind, reflektiert sich in den neuen Kollektivsingularen die Ausdifferenzierung gesellschaftlicher Teilsysteme, die zwar ineinander verflochten sind, aber zugleich auch eigendynamische Evolutionen durchmachen. In der Begriffsgeschichte ist der spezifische Status dieser Kategorien bislang noch kaum erforscht. Vielleicht deutet sich heute an den Grenzen des Wohlfahrtsstaates das Auseinanderbrechen der in der verwissenschaftlichten Politik zum Ausdruck kommenden Rationalitätsform an: Diagnosen einer Depotenzierung traditioneller Formen von Politik, auf die neuere Begriffe wie Postdemokratie, Postfaktische Politik, »Fake News«, »Alternative Facts« oder Populismus zielen, stehen solchen ihrer manageriell-technokratischen Verdinglichung gegenüber, wie sie in Stichwörtern wie Autoritarismus, gelenkte Demokratie, Technokratie, Expertokratie, Alternativlosigkeit oder Sachzwang angedeutet ist. Nach dem tiefgreifenden Strukturwandel der Öffentlichkeit, wie ihn etwa Jürgen Habermas beschrieben hat,³⁹ ist in Bezug auf die Semantik für das 20. Jahrhundert sicher eine gewachsene Bedeutung des Einflusses von institutionalisierten Interessenvertretungen wie Public-Relation- und Lobbyverbänden sowie professioneller Think-Tanks in Rechnung zu stellen. Aktuell frappiert die Vielzahl von Euphemismen im Sprachgebrauch der Politik, wie sie etwa in der im Zusammenhang der Verschärfung der Flüchtlingskrise zu beobach-

38. Vgl. K. Palonen: »Begriffsgeschichte und/als Politikwissenschaft«, in *Archiv für Begriffsgeschichte* 44 (2002) S. 221-234.

39. Vgl. J. Habermas, *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft* [1962], Luchterhand, Darmstadt, Neuwied 1982.

tenden Ersetzung des Ausdrucks Lager durch eine Fülle anderer Begriffe wie Begrüßungszentrum, Transitzone oder Hotspot zu beobachten ist.

Methodisch ergibt sich mit Blick auf die neuen Medien und ihre internationale bzw. globale Reichweite, dass heute neue Formate und Prozesse der beschleunigten Ausbreitung von Begriffen in Rechnung zu stellen sind. Ein wichtiges Charakteristikum der neuen geschichtlichen Grundbegriffe ist »die Form ihres Aufstiegs zu Leitbegriffen«, der nur in den seltensten Fällen präzise rekonstruierbar ist. »Eine allmähliche Wanderung dieser Begriffe von einem Feld ins andere oder von ihrem Ursprung in verschiedene Anwendungsgebiete ist kaum nachzuzeichnen. Ihre Ausbreitung ist weniger als Rezeption denn als multiple Projektion beschreibbar.«⁴⁰ Zeittheoretisch neu zu bedenken wären auch die Kontinuitäten, Brüche und Schwellen von Begriffsentwicklungen. Kosellecks Konzept der Sattelzeit war auf einen ca. hundert Jahre umspannenden Zeitraum bezogen, in Bezug auf den er einander wechselseitig stützende Trends formulierte, deren markantester die Verzeitlichung der Sprache ist. Ungeachtet seiner großen Plausibilität und empirischen Evidenz ist der Ansatz der »Geschichtlichen Grundbegriffe« dennoch hochgradig selektiv und mit etlichen Problemen verbunden. In Bezug auf das 19. Jahrhundert ist etwa festzuhalten, dass die beiden komplementären wissenschaftlichen Revolutionen von Charles Darwin und Karl Marx, die auf den jeweiligen Feldern erstmals eine im emphatischen Sinne geschichtliche Sichtweise etablierten, signifikanter Weise erst *nach* dem Ende der sogenannten Sattelzeit vollzogen worden sind, was die Erarbeitung zeittheoretischer Binnendifferenzierungen (etwa die Unterscheidung von Verzeitlichung und Vergeschichtlichung) nahelegt.⁴¹ Probleme und Fragen ergeben sich auch in Bezug auf das Verhältnis der leitenden heuristischen Kategorien der »Geschichtlichen Grundbegriffe« zum 20. Jahrhundert oder in Bezug auf die gleichsam übersprungene oder konzeptuell hinter dem großen Bogen der Modernetheorie zum Verschwinden gebrachte Epoche des Nationalsozialismus. Eine Begriffsgeschichte des 20. Jahrhunderts wird im Gegensatz zu den »Geschichtlichen Grundbegriffen« mit vielfachen Erfahrungsumbrüchen, Schwellen und ungleichzeitigen Entwicklungen rechnen müssen (was Tendenzen der Entgeschichtlichung oder Entpolitisierung einschließt).

III

Zum Abschluss soll nun auf der Basis des Entwickelten die eingangs gestellte Frage nach der Aktualität und den Grenzen von Kosellecks Begriffsgeschichte diskutiert werden. Es kann kaum ein Zweifel daran bestehen, dass die von Koselleck als für die Semantik der Moderne zentral angesehenen Kategorien der Verzeitlichung und Beschleunigung ihre Relevanz behauptet haben, wie vor allem die neuen Prozesskategorien mit der Endung -isierung (engl.: *-ication*) sowie auch andere neue Kollektivsingulare wie Innovation ver-

40. Geulen, »Plädoyer für eine Geschichte der Grundbegriffe des 20. Jahrhunderts«, S. 91.

41. Vgl. dazu F. Schmieder, »Die wissenschaftlichen Revolutionen von Charles Darwin und Karl Marx und ihre Rezeption in der Arbeiterbewegung«, in *Der sich selbst entfremdete und wiedergefundene Marx*, hg. v. H. Lethen, B. Löschenkohl und F. Schmieder, Fink, München 2010, S. 39-56.

deutlichen, die an traditionelle Kollektivsingulare wie Fortschritt oder Revolution anschließen und einige ihrer Funktionen übernehmen.⁴² Die Beschleunigung der Geschichte führt jedoch auch zu einer Verkürzung der historischen Tiefendimensionen der Begriffe sowie zu einer beschleunigten Prägung neuer Begriffe, was zur Tendenz einer Enthistorisierung bzw. zu einer Entgeschichtlichung von Geschichte und einer Annäherung von Begriffsgeschichte und Zeitgeschichte führt. Diese vielfältigen, keineswegs abgeschlossenen Verschiebungen bedeuten aber keineswegs, dass, wie etwa Christian Geulen oder Hans Ulrich Gumbrecht in ihren Thesen zur Verräumlichung oder zur Totalisierung der Gegenwart behaupten⁴³, die für die klassische Moderne charakteristische Spannung zwischen Erfahrungsraum und Erwartungshorizont und mit ihr die Bedeutung der Kategorie der Zukunft verschwunden wäre.⁴⁴ Viel eher dürfte es um einen Formwandel der Bearbeitung von Zukunft in der Gegenwart gehen.⁴⁵ Für Koselleck war es der Utopiebegriff, der die Differenz zwischen Erfahrungsraum und Erwartungshorizont ausgemessen hat; heute haben wir es eher mit verwissenschaftlichten Formen wie Prognosen, Szenarien und Risikokalkulationen zu tun, mit denen die Zukunft bearbeitet wird. Eine zweite Veränderung besteht darin, dass an die Stelle der großen teleologischen Zukunftsentwürfe die Darstellung multipler Zukunftsmöglichkeiten, an die Stelle der *einen* Zukunft also eine Vielfalt möglicher Zukünfte (im Plural) getreten ist.⁴⁶ Die grundsätzliche Problemkontinuität zeigt sich auch in sozialgeschichtlicher Perspektive, denn die Grundstruktur und das treibende Motiv der kapitalistischen Produktionsweise haben sich nicht verändert. Die von Koselleck für die Zukunft vorausgesagte und mittlerweile eingetretene ökologische Wende des Bewusstseins zeigt vielmehr an, dass die politisch-sozialen Konflikte und die Probleme der gesellschaftlichen Naturbeziehungen fortexistieren und sich vielfach erheblich verschärft haben. Wir teilen also immer noch das Bewusstsein Kosellecks, dass die Begriffsgeschichte der Moderne das sprachliche Material einer Epoche untersucht, deren Zukunftsfähigkeit in Zweifel steht und deren entfesselte Dynamik die Lebensbedingungen gefährdet. Hart-

42. Vgl. B. Godin, *Innovation Contested. The Idea of Innovation over the Centuries*, Berghahn, New York/London 2015; Susanna Weber, *Innovation. Zur Begriffsgeschichte eines modernen Fahnenworts*, Tectum, Baden-Baden 2018.

43. Vgl. H. U. Gumbrecht: »Die Gegenwart wird (immer) breiter«, in *Merkur. Zeitschrift für europäisches Denken*, H. 629/630 (2001), S. 769-784.

44. An anderer Stelle habe ich gezeigt, dass dies auch für das geschichts- und sozialtheoretische Interpretament der Ungleichzeitigkeit des Gleichzeitigen gilt, das für Koselleck von zentraler Bedeutung war; vgl. dazu F. Schmieder: »Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen. Zur Kritik und Aktualität einer Denkfigur«, in *Zeitschrift für kritische Sozialtheorie und Philosophie*, Bd. 4, H. 1-2 (2017), S. 325-363.

45. Dies legt auch Lucian Hölscher nahe. Während er in der 1999 erschienenen ersten Auflage seiner sprachgeschichtlich orientierten Untersuchung des Zukunftsbegriffs im Anschluss an zeitgenössische Thesen noch die Auffassung eines Niedergangs der Zukunftserwartungen vertreten hatte, wird diese Auffassung in der 17 Jahre später veröffentlichten zweiten Auflage zurückgenommen; vgl. L. Hölscher, *Die Entdeckung der Zukunft*, Wallstein, Göttingen 2016, bes. S. 324-326.

46. Vgl. Hölscher, *Die Entdeckung der Zukunft*, S. 325.

mit Rosa, der vor einigen Jahren im Rahmen einer umfassenden Studie den Begriff der Beschleunigung sozialtheoretisch und historisch untersucht hat, kommt dann auch zu einer These, die sich in ähnlicher Form bereits bei Koselleck findet. Heißt es bei Koselleck, »dass bestimmte Beschleunigungsvorgänge in unserer ausdifferenzierten Gesellschaft ihren Sättigungsgrad erreicht haben« und »an eine absolute Grenze stoßen müssen« bzw. »sich zunehmend selbst blockieren«⁴⁷, so formuliert Rosa die Vermutung, »dass die in der Moderne konstitutiv angelegte soziale Beschleunigung in der ‚Spätmoderne‘ einen kritischen Punkt übersteigt, jenseits dessen sich der Anspruch auf gesellschaftliche Synchronisation und soziale Integration nicht mehr aufrechterhalten lässt.«⁴⁸ Die Artikulation der Erfahrung, an einer Schwelle der Zeiten zu stehen, dokumentiert gerade durch ihr temporales Zäsurbewusstsein die Abhängigkeit vom Moderneparadigma, das viele neuere Interpreten grundsätzlich verabschiedet sehen. Der zeitliche Abstand, der uns heute von Koselleck trennt, ist in semantischen Studien auszumessen – die Differenzen erscheinen aber keineswegs so tiefgreifend, dass von einer zweiten Sattelzeit zu sprechen ist⁴⁹, was implizieren würde, dass uns die überkommenen Zeitmuster und Semantiken der Moderne so fremd geworden sind, dass sie gleichsam wie eine fremde Sprache übersetzt werden müssen. Bei aller zeitlichen Distanz bleibt Koselleck unser Zeitgenosse, der sich an Problemen abgearbeitet hat, die immer noch ungelöst sind, und dessen theoretische Arbeiten zur modernen Zeitlichkeit und methodische Überlegungen zur Begriffsgeschichte auch weiterhin orientierend und produktiv sind, auch wenn zugleich neue Fragestellungen hinzugekommen sind, mit denen wir allein fertig werden müssen.

47. Koselleck, »Zeitverkürzung und Beschleunigung«, S. 199.

48. Rosa, *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*, S. 49-50.

49. Vgl. zur Diskussion P. Nolte, »Vom Fortschreiben und Umschreiben der Begriffe«.



**TEMPORALIDAD,
HISTORIA Y
MEMORIA**

KOSELLECK, MEMORY AND HISTORY. DIFFICULTIES
UNDERSTANDING THE PRESENT

Koselleck, la memoria y la historia. Sobre la dificultad de entender el tiempo presente

Antonio Gómez Ramos

Universidad Carlos III de Madrid

agramos@hum.uc3m.es - <https://orcid.org/0000-0003-3382-6725>

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 29.09.2020

Resumen

El ensayo analiza la relación de Koselleck con las categorías sociopolíticas ligadas a la nueva temporalidad de los últimos decenios, particularmente la memoria negativa. Koselleck fue un teórico reconocido de la modernidad y es una referencia para muchos intérpretes y críticos de nuevo cronotopo que sigue a la crisis de la modernidad. Sin embargo, él mismo se encuentra incómodo en el nuevo cronotopo. Confrontando a Koselleck con algunos de esos intérpretes -el presentismo de Hartog, la teoría de la compensación, el lento presente de Gumbrecht y política de la memoria de Assmann-, el ensayo repasa sus trabajos finales sobre la memoria y se pone de manifiesto cómo la oposición que mantuvo entre memoria e historia le colocaba en una actitud crítica respecto al presente. Irónicamente, su valentía al enfrentarse al pasado alemán

Abstract

This article analyses Koselleck's relation to the socio-political categories emerging with the new temporality in the last decades – particularly the notion of negative memory. Although Koselleck was recognized as a theorist of Modernity and is a reference thinker for many critics and interpreters of this new chronotope following the crisis of modernity, he does not fit into the new chronotope. After reviewing some interpretations of the present time, such as Hartog's presentism, German compensation theory, Gumbrecht's extended present and Assmann's politics of memory, Koselleck's late texts on negative memory are analysed. As he insisted on opposing memory to history, he had a critical stance to the present. Ironically, his courage in confronting recent German history brings him away from

le hace más difícil acercarse a las nuevas culturas de la memoria, y le enreda en nuevas paradojas. Con ello, también, le limitan a la hora de interpretar y comprender este nuevo cronotopo.

Palabras clave

Koselleck, memoria, historia, identidad colectiva, experiencia, Aleida Assmann, teoría de la compensación, Gumbrecht, lento presente.

recent politics of memory. For this reason also, he was unable to interpret and understand the new chronotope.

Keywords

Koselleck, memory, history, collective identity, experience, Aleida Assmann, compensation theory, Gumbrecht, extended present.

Introducción: interpretar el presente

Reinhart Koselleck se ganó un merecido prestigio como intérprete de la Modernidad, aparte del que ya tenía como historiador conceptual y editor de los *Geschichtliche Grundbegriffe*. Sin embargo, ese segundo reconocimiento se hizo patente más bien en los años noventa, cuando el mundo moderno que él había enseñado a analizar como una modalidad precisa de tiempo histórico era ya un mundo distinto; o cuando menos, había adoptado una temporalidad distinta, que producía, y todavía produce, desconcierto en quienes se habían formado en la modernidad clásica.¹ Gran parte de lo que Koselleck escribió durante los dos últimos decenios de su vida², entre 1980 y 2006, era también una confrontación con esa nueva temporalidad, con ese ritmo de las cosas que había dejado de adaptarse a los compases del progreso histórico. De hecho, su voz ha tenido un peso y una personalidad propias en los debates sobre muchas de las cuestiones relevantes de esos años que siguen pendientes todavía hoy, como la memoria, la aceleración, la exacerbación del presente, la ausencia de perspectivas de futuro o la pérdida del sentido histórico. Si, en los años setenta, los historiadores sociales todavía podían aventurar que la historia conceptual de Koselleck era un callejón sin salida cuyos ecos se apagarían pronto,³ ha resultado al final que muchos de los intérpretes más destacados y prolíficos de este período postclásico de la modernidad, especialmente en el mundo de habla alemana, tienen a Koselleck como referencia. Autores crecidos y formados ya en la postguerra mundial, como Odo Marquard, Hans Ulrich Gumbrecht, Aleida Assmann o, ya en el mundo francés, François Hartog escriben desde las categorías de la temporalidad diseñadas por Koselleck –aunque a veces críticamente hacia él– para ofrecer los diagnósticos que más resonancia pública y académica han tenido

1. Entenderé por «modernidad clásica», siguiendo a H. Rosa, *Beschleunigung und Entfremdung*, Frankfurt a. M., 2011, el período que va de 1850 a 1970. Sobre esta periodización, con más detalle, ver la siguiente sección.

2. Me referiré sobre todo a los textos recopilados por Carsten Dutt en *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*, Frankfurt a. M., 2014. Dejo de lado los importantes estudios sobre iconología política, recopilados, junto a algunos de los anteriores, por Faustino Oncina en *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, 2ª ed., Madrid, 2020.

3. H.-U. Wehler, “Geschichtswissenschaft heute”, en J. Habermas (Dir.) *Stichworte zur geistigen Situation der Zeit*, Bd. 2, 1979, 725.

acerca de las transformaciones sociales y culturales del mundo, o del mundo occidental, en los últimos decenios del siglo XX y los primeros del XXI.⁴

Hay aquí una paradoja. Los intérpretes del mundo contemporáneo a los que me he referido trabajan con las categorías y las herramientas conceptuales de un mundo, el moderno clásico, del que perciben que ya no es el suyo, aquel en que se formaron y crecieron; un mundo al que, unos para bien y otros para mal, dan por acabado. Posiblemente, esa paradoja es inherente a cualquier tratamiento que se haga del tiempo y del presente. Pues siempre nos vemos obligados a entender cada presente con las categorías recibidas del pasado inmediatamente anterior, del que voluntaria o involuntariamente nos hemos despedido: no disponemos más que de unas herramientas de las que percibimos que ya no valen. Es preciso inventar unas nuevas.

En este ensayo no trataré de esas nuevas herramientas conceptuales, o de las nuevas categorías que se estén ensayando. Me centraré más bien en cómo Koselleck se enfrenta a esta temporalidad que ya no es la moderna-clásica, sino la de los últimos cuarenta o cincuenta años, cuando las categorías metahistóricas que él desarrolló a partir de los *Geschichtliche Grundbegriffe* y de *Vergangene Zukunft*, sobre todo la de expectativa y experiencia, han perdido su evidencia anterior en la nueva actualidad emergida en el cambio de siglo XX al XXI. Para este análisis, revisaré brevemente la dinámica de historia y Modernidad según Koselleck, la compararé con los autores que he mencionado anteriormente, y que lo toman como referencia, en tanto que son intérpretes reconocidos de este presente actual. Además, de entre los temas relevantes de este presente, dedicaré una atención especial al problema del recuerdo, la memoria y la experiencia, tan centrales hoy día, y a los que Koselleck dedicó una parte importante de sus últimos textos.

1. Excurso onomasiológico: los nombres de las épocas

Toda vez que voy a tratar de temporalidad y temporalización, conviene hacer antes una aclaración terminológica. En las líneas introductorias que preceden, he mantenido una deliberada ambigüedad sobre los tiempos o épocas a los que me estoy refiriendo y sobre sus denominaciones, si bien, de modo global, he estado distinguiendo una modernidad clásica y un periodo de tiempo que abarca los últimos decenios del siglo XX y los dos primeros del XXI. Ciertamente, nada es menos inocente que bautizar una época. Además, fue una de las aportaciones de Koselleck mostrar que una de las claves de la Modernidad es la capacidad de ésta para, no solo bautizar las épocas, sino cualificarlas como un tiempo histórico específico⁵, distinto intrínsecamente de los otros. Precisamente por eso, desde esa sensibilidad moderna para el tiempo, y sobre todo para el presente, registramos, como muy tarde desde

4. Podrían añadirse más autores a esta lista, desde Paul Ricoeur en sus estudios sobre *La memoria, la historia, el olvido* a Zygmunt Baumann, *Wasted Lives...* o el ya mencionado Harmut Rosa.

5. Sobre esto, especialmente, los dos primeros ensayos de *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt a. M., 1977.

los años ochenta, un cambio social y cultural respecto los ritmos comúnmente aceptados como modernos. Si ese cambio significa un final del tiempo anterior, una ruptura hacia un tiempo específico nuevo, o bien se trata de una intensificación de la propia actitud moderna, que se hace todavía más reflexiva, es la parte final del argumento de las discusiones sobre el presente, de manera que la postura que se tome determina la denominación que se elija. Y dicha denominación puede ser objeto de una batalla intelectual. Se ha hablado, por ello, en diferentes fases, y con argumentos contrapuestos, de «postmodernidad», de «posthistoria», del «final de la historia», de «modernidad reflexiva», de «metamodernidad», de «presente extendido» o «presente ancho», etc. Estas denominaciones, a la vez que referencias, constituyen descripciones más o menos definidas de lo que ocurre o ha venido ocurriendo en esos años. Optar por una de ellas supone comprometerse con una descripción e, inevitablemente, con una política y unas fuerzas concretas constitutivas del presente: el nombre funciona también como un performativo. Más abajo, discutiré algunas de esas posturas.

Koselleck también percibió el cambio. Era demasiado historiador para admitir el fin de la historia, o la posthistoria; pero tenía un instinto teórico lo bastante fuerte como para no darse cuenta de que las categorías modernas que él había descrito en los años setenta –particularmente, las de experiencia y expectativa– ya no funcionaban como lo habían hecho en los dos siglos anteriores. En todo caso, no se propuso inventar un nuevo nombre para una nueva época. Nombrar una época es un modo de darla por finiquitada, decía Ivan Illich. La ausencia de un nombre definitivo es síntoma, cuando menos, de que este presente todavía está inacabado. Así, al menos, lo consideraré aquí de partida, y, en lo que sigue de este texto, evitando dar nombres determinados, me voy a atener a la periodización siguiente:

1. Una «modernidad temprana», que abarca desde el renacimiento a la Ilustración, o hasta la divisoria de tiempos que Koselleck llamaba el *Sattelzeit*.
2. Una «modernidad clásica», que corresponde al siglo XIX y la primera mitad del XX cuando menos, aunque de modo efectivo sigue resonando en los llamados «treinta gloriosos» años de la postguerra mundial, hasta los años setenta.
3. Los últimos cincuenta años, a partir de 1980, en los que se ha registrado el cambio cultural, político, social y tecnológico al que me he referido. Algunos registrarían antes los inicios de ese cambio, otros lo asociarían al ascenso y hegemonía del llamado Neoliberalismo. Para evitar comprometerme con cualquiera de las denominaciones mencionadas, hablaré de esta época neutralmente como «los últimos cuarenta años», «la actualidad» o, en ocasiones, «modernidad postclásica».

Es de este último período del que tratamos. De la paradoja de diagnosticar el presente y de cómo Koselleck se enfrenta, y en parte sucumbe, a esa paradoja.

2. Koselleck y la crisis de los últimos cincuenta años

Como decía más arriba, interpretar el presente conlleva la paradoja de tener que hacerlo con las herramientas conceptuales de un tiempo inmediato anterior que se ve como ya pasado. Esa situación paradójica puede advertirse en el propio Koselleck, cuando se confronta el teórico maduro con el historiador joven. Sin duda, hay una continuidad en el rigor y en el estilo; no se advierten en su trayectoria los giros bruscos que sí se dieron en otros pensadores de su generación. Al comienzo está el joven que ha sido un soldado convencido de la *Wehrmacht* y que vuelve de la experiencia bélica y del cautiverio como prisionero de guerra de los soviéticos, para escribir, explícitamente inspirado por Carl Schmitt, una acerba crítica de la Ilustración: *Crítica y crisis*, con el indicativo subtítulo de «Sobre la patogénesis del mundo burgués». ⁶ En su período de madurez, tras el escrito de habilitación sobre el *Allgemeine Preußische Landrecht*, están los decenios de trabajo en la edición de los *Geschichtliche Grundbegriffe*, así como la monografía *Vergangene Zukunft*. Es aquí donde esboza de manera más articulada su concepción del mundo moderno como una «semántica de los tiempos históricos»: sobre todo, la investigación sobre el nacimiento de un lenguaje sociopolítico nuevo a partir de la llamada *Sattelzeit*, ese tiempo divisorio que va de 1750 a 1830. Los escritos de los años ochenta y noventa, sin embargo, abandonan la práctica de la historia conceptual para entrar de lleno en el tema por excelencia de su obra, «una teoría de las estructuras temporales de las experiencias humanas, de sus historias y de sus relatos» ⁷, lo que implica una confrontación con su propio presente: trata ahora de dar cuenta, no sólo como historiador, sino como intelectual que participa activamente en el debate público alemán, de cuestiones como la aceleración social, las políticas de la memoria y del recuerdo, el surgimiento de las identidades colectivas como agentes históricos, la confrontación entre historia y memoria. Aborda estas cuestiones con independencia intelectual. Sus posiciones no coinciden con las del bando liberal conservador al que se le solía adscribir a la ligera ⁸; tampoco se alinea con la izquierda progresista *bundesrepublikana* agrupada en torno a la teoría crítica. Sin embargo, nunca queda por detrás de ella en la insistencia y crudeza con que vuelve sobre la catástrofe de 1933-45, la acribia con la que recorre y enumera sin excusas los crímenes alemanes y, por ende, hace explícita la profundidad de la culpa de su país. En eso, se distingue de otros intelectuales conservadores ligados a la historia conceptual, que suelen pasar de puntillas o con excusas sobre el tema, como Lübke, en su generación o como Marquard y Gumbrecht en las generaciones siguientes. En este sentido, sobre todo, lo llamativo es que la trayectoria de Koselleck es paralela a la de la actitud dominante en la propia República Federal Alemana, que en los años cincuenta mantenía un silencio –hoy

6. R. Koselleck *Kritik und Krise. Zur Pathogene der Moderne Welt*, Frankfurt, 1973. La primera edición es de 1955. Hay traducción española, *Crítica y crisis*. Madrid, 2009.

7. F. Oncina, introducción a la segunda edición de *Modernidad*, op. cit., LIV.

8. Véanse, en particular, los esclarecedores hallazgos de Faustino Oncina sobre la posición de Koselleck durante la *Historikerstreit*, mucho más activa de lo que se ha creído siempre, y muy distante del Neoconservadurismo alemán. *Modernidad...* op. cit., XXVI-LII.

diríamos que escandaloso— sobre el inmediato pasado nacionalsocialista —también lo hizo él en *Crítica y crisis*—, para volver masivamente sobre ese pasado en los años noventa, reconociendo y recordando los crímenes y el genocidio en casi todas las esferas institucionales y culturales. En eso, Koselleck hizo el mismo movimiento, del silencio al recuerdo, que toda su generación y que la sociedad alemana occidental en su conjunto: un movimiento por el que se hacía cada vez más consciente, o cada vez más explícito para sí mismo y para el público, el grave peso del siniestro pasado alemán.

Sin embargo, a pesar de esta sintonía con la sensibilidad histórica y moral de la sociedad en la que vivió y trabajó, no estaba cómodo con las nociones que se habían vuelto dominantes en ese nuevo tiempo histórico en el que la postguerra mundial había desembocado. No es su caso, ciertamente, el de una nostalgia del progreso, o de los tiempos en que la visión progresista de la historia se daba por sentada: esa nostalgia que todavía podía percibirse en muchos representantes de la izquierda marxista y del liberalismo que se revolían contra los discursos de la postmodernidad o del fin de las grandes narraciones. Koselleck era un escéptico. Su oficio de historiador, junto a la experiencia de haber participado y sufrido la derrota en la mayor catástrofe del siglo, le alejaban mucho del optimismo progresista de la izquierda; pero también le hacían mirar con desconfianza el ascenso y transformación de los nuevos conceptos que, durante los últimos cincuenta años, parecían romper las coordenadas del mundo moderno. En el lenguaje sociopolítico que surge en los ochenta, y alcanza su apogeo en el cambio de milenio, pasan a primer plano, con una semántica profundamente transformada, a menudo en conflicto con los conceptos históricos fundamentales de la Modernidad, nociones como memoria, recuerdo, identidad (especialmente la identidad colectiva) o experiencia. Los discursos sociopolíticos, también estéticos, de estos años se han nutrido de ellos y los han ido expandiendo hasta hoy. Koselleck, en cambio, mantuvo una distancia crítica hacia esas nociones. En este sentido, se hallaba mucho más escindido de esta nueva actualidad que quienes, desde una crítica con pretensiones radicales, recurren a la memoria o la identidad para interpretarla e intervenir en ella.

Sin embargo, en cierto sentido, si se toman las categorías metahistóricas que Koselleck había desarrollado para interpretar la Modernidad, esta nueva actualidad no debería resultar sorprendente. La explicación que él mismo había propuesto —ya en los años setenta, con *Futuro pasado*— para la dinámica temporal del mundo moderno sugería que la Modernidad tendría que desembocar en algo parecido a lo que parecía registrarse de modo unánime en los años noventa: la aceleración del tiempo, el desmantelamiento del campo de experiencias y la difuminación del horizonte de expectativas. Pues, al menos si se leen despacio sus textos sobre la aceleración de la historia y el último ensayo de *Futuro pasado*,⁹ parece seguirse que la Modernidad implicaba una variación profunda de una de las estructuras antropológicas fundamentales de la temporalidad humana; y también que

9. R. Koselleck, “Erfahrungsfeld und Erwartungshorizon. Über zwei metahistorischen Kategorien”, en *Vergangene... op. cit.*

la profundidad de esa variación terminaba por ser una ruptura que dejaba atrás a la Modernidad misma. Veamos este punto más detenidamente.

La estructura de la temporalidad humana consiste en que los seres humanos comprenden el mundo y conducen su acción entre un campo de experiencias pasadas y un horizonte de expectativas respecto al futuro. Es esta una constante antropológica en la que se encuentra una condición trascendental de la posibilidad de todas las historias en cualquier sociedad humana. Sobre el campo de experiencias pasadas se les abre a los seres humanos, cualquiera que sea su forma de organización social, un horizonte de expectativas en el que se dibuja lo que les cabe esperar y lo que puede hacer.¹⁰ Lo específico de la modernidad occidental es que esa relación entre el campo y el horizonte se hace dinámica, porque el pasado deja de ser el terreno firme e incuestionado sobre el que asentarse y enraizarse. Antes bien, porque el mundo se transforma, o porque la historia deja de ser la maestra de la vida, la experiencia deja de ser el depósito de reserva donde se guardan los hechos e historias del pasado, y desde el que orientar la acción. En lugar de ello, la experiencia pasa a entenderse, dialécticamente, como la transformación que experimentan los sujetos en su interacción con el mundo, especialmente en los momentos críticos en lo que se rompen las expectativas¹¹: es una transformación de los sujetos y del mundo mismo. El resultado de una experiencia no es la confirmación de un pasado anterior, sino la reconfiguración del campo de las experiencias pasadas y, consecuentemente, de las expectativas futuras. Hacer una experiencia es, sobre todo, reconfigurarse a sí mismo y reelaborar las propias expectativas. El presente y el pasado han dejado de coincidir, o se han convertido en tiempos específicamente diferentes –por lo que el pasado ya no puede enseñarnos nada o, como se lamentaba Tocqueville: «la luz del pasado ya no ilumina el porvenir». Para los modernos, el presente es una especie de permanente desencuentro provisional, un momento de extrañamiento que sólo se resuelve cuando el pasado y el futuro pueden reenlazarse de algún modo. Para ello, el presente debe reescribir el pasado, y acomodarlo al nuevo horizonte de expectativas. A partir del *Sattelzeit*, cada presente, cada crisis del presente, se resuelve mirando al pasado retrospectiva y selectivamente –como conciencia histórica– de modo que se encuentre algún hilo con él que prolongar hacia el futuro. Se organiza selectivamente el pasado para construir el futuro.

Koselleck mostró precisamente que la noción de progreso –y su transformación en categoría temporal a partir del *Sattelzeit*– es el instrumento que tuvieron los modernos para tender ese hilo: aunque las experiencias y las expectativas fueran modificándose dramáticamente, la idea de progreso y de una historia universal que le acompaña permitía darle cierta continuidad, aparente o real, a la temporalidad moderna. Esta se tejía en la indeterminación del futuro, la revisabilidad permanente del pasado y la provisionalidad del

10. Véase, en castellano, el homenaje a Gadamer, y discusión con él, en H. Gadamer y R. Koselleck, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, 1997.

11. Véase A. Gomez Ramos, “La inmediatez de la crisis y la experiencia del tiempo”, en L. Cadahia y G. Velasco (Dir.) *Normalidad de la crisis. Crisis de la normalidad*, Madrid, 2013, 101-122.

presente.¹² El progreso, el relato del progreso, permitió articular esos tres focos a partir del siglo XVIII. Toda la Modernidad clásica, ya fuera en la perspectiva liberal o en la marxista, se comprendía desde esa articulación.

Ahora bien, este equilibrio entre experiencias y expectativas, entre el campo y el horizonte, no podía sostenerse de manera constante. Lo que los modernos perciben con una fuerza creciente es que el campo de experiencias y el horizonte de expectativas se van alejando uno de otro como dos galaxias distintas, y los esfuerzos por rearticularlos se empiezan a hacer desesperados. Durante la modernidad clásica, reestructurando continuamente el tiempo entre un campo de experiencias y un horizonte de expectativas, el presente, al decir de Luhmann, «se había especializado en la integración temporal», integración que se realizaba por medio de eso que hemos llamado experiencia. Pero lo que se percibe al final de la modernidad clásica es que «desgraciadamente, el presente ya no tiene tiempo para hacer su tarea.»¹³

Koselleck sabía que esta aceleración que tanto vértigo produce en los contemporáneos era la marca de la Modernidad desde sus inicios, y podía recurrir a Goethe para hablar de una modernidad «velociferina»: un invento del diablo. En algo de eso se apoyaba Harmuth Rosa para proponer la aceleración histórica y social como paradigma explicativo de la Modernidad.¹⁴ Lo que las personas del temprano siglo XIX experimentaban dramáticamente es que las expectativas habían dejado de corresponderse con las experiencias a causa de la rapidez de los cambios históricos. La aceleración formaba parte del esquema moderno, a la vez que era una transposición secularizada de un viejo gesto teológico ante el final de los tiempos.¹⁵ Pero la secularización era algo más que una traducción de las viejas metáforas a un lenguaje sin términos religiosos. Pues lo que en 1800 era una sensación subjetiva de los individuos, que aún podía llegar a articularse gracias a nociones como progreso e historia –nociones que quizá podían aun considerarse como teología secularizada–¹⁶, en los años postreros del siglo XX y, desde luego, en estos primeros del siglo XXI se manifestó de manera general como la desarticulación definitiva del campo de experiencias y el horizonte de expectativas. Uno y otro se habían alejado tanto que los habitantes del año 2000 se sentían incapaces de producir visiones mayoritariamente aceptadas de un futuro distinto y de profundizar en el pasado histórico. El tiempo se había salido de su quicio.

Koselleck, sin embargo, era demasiado historiador para lanzarse a hacer un diagnóstico global del presente. Podía constatar, a lo sumo, como hace al final del texto sobre «Aceleración, prognosis y secularización», que lo que se percibe como una extraordinaria aceleración social encaja dentro de la propia aceleración de la historia humana cuando se considera esta

12. C. Ireland, *The Subaltern Appeal to Experience, Self-Identity, Late Modernity and the Politics of Immediacy*, Toronto, 2004, 70.

13. L. Niklas, “The Future Cannot Begin: Temporal Structures in Modern Society”, en *Social Research*, 43, 1976, 146.

14. H. Rosa, *Beschleunigung*, op. cit.

15. Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia, 2001.

16. Así en Löwith, uno de los maestros de Koselleck, cuyo *Meaning in History* él contribuyó a publicar en alemán.

a gran escala. La modernidad encaja dentro de un esquema más general en el que los tiempos se van acortando. De los cientos de miles de años de cazadores recolectores a los miles de años de agricultura, a los cientos de años de imprenta e industrialización y las decenas de sociedad digital, etc. El gesto en que deja caer esta observación es más el de un observador fuera del tiempo que el de alguien que diagnostica el presente.¹⁷

Quienes sí han hecho diagnósticos de los últimos cincuenta años, sin embargo, han tenido muy presente estas categorías koselleckianas explicativas de la Modernidad. Al menos en el ámbito continental, germánico, se ha asumido de modo mayoritario una descripción del mundo moderno ligada a una concepción de la Historia en la que se perciben la profundidad temporal de las distintas épocas, que quedan organizadas en una idea de historia universal regida, con diversas modulaciones, por el hilo conductor del progreso, y proyectada hacia un horizonte previsto, planeado o deseado del futuro. De hecho, si por algo se caracterizan los diagnósticos y descripciones filosófico-históricas de los últimos decenios es por certificar el final de la conciencia histórica en su figura moderna; esto es, la pérdida tanto del sentido histórico como de la perspectiva de futuro, acompañada del predominio del presente y del desvanecimiento de la posibilidad de una experiencia histórica. Los juicios que resultan de este diagnóstico son diversos: aparte del rechazo crítico que lamenta el presentismo y la pérdida de sentido histórico (Hartog), que se apoya fuertemente en Koselleck, están la celebración de una nueva temporalidad postmoderna, o posthistórica, en la que lo histórico funciona como compensación frente a la aceleración moderna (Marquard, Lübke, la escuela de Ritter), la búsqueda de nuevas formas de experiencia como presencia para un presente que se ha extendido hacia el pasado y el futuro (Gumbrecht), o la revisión del programa moderno para «repararlo» y readaptarlo a las demandas de este presente que, más que negar la modernidad, la somete a revisión (Assmann).¹⁸ Dado que las cuatro figuras mencionadas toman a Koselleck como referencia, en la sección siguiente vamos a hacer un repaso de sus planteamientos. Encontraremos en ellas varias nociones claves en la actualidad –sobre todo, memoria e identidad– que, en una última sección, contrastaremos con los últimos escritos de Koselleck.

3. Diagnósticos de los últimos cuarenta años

El francés François Hartog emitía ya en 1998 un juicio negativo sobre lo que él consideraba el nuevo «régimen de historicidad» adoptado por las sociedades occidentales a partir de los

17. Véase el final del ensayo “Acortamiento del tiempo y aceleración”, en Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización...*, *op.cit.*, así como la introducción de Faustino Oncina.

18. Ciertamente, hay muchas otras interpretaciones de esta época, con sus denominaciones correspondientes. Está la modernidad reflexiva de Anthony Giddens, la modernidad líquida de Zygmunt Baumann, las diferentes variantes de postmodernidad o modernidad singular de Fredrick Jameson, entre otras. Pero siendo estas de corte más sociológico o culturalista, las cuatro que propongo se hacen explícitamente en clave de tiempo histórico, lo que mueve a confrontarlas con la época de Koselleck.

años setenta. Si este régimen determina «los modos en que una sociedad se acerca a su pasado y reflexiona sobre él», y por tanto, «las modalidades de autoconciencia que una sociedad adopta en su construcción del tiempo y sus percepciones»,¹⁹ esas modalidades habían cambiado drásticamente a partir de los acontecimientos del 68, y se había agudizado en los noventa. A pesar de la continuidad política e institucional que existe con las sociedades occidentales de postguerra –una continuidad afirmada, además, por la caída del mundo soviético y la extensión general de la democracia parlamentaria– la percepción del tiempo y de la historia –entre las poblaciones tanto como entre los académicos– se había transformado, si es que no arruinado. Hartog localiza ese cambio en lo que él llama la pérdida de sentido histórico en favor de un «presentismo» donde se produce la «máxima distancia entre el campo de experiencias y el horizonte de expectativas, una distancia que linda la ruptura, de modo que el engendramiento de tiempo histórico pareciera suspendido».²⁰ Este presentismo, refiriéndolo todo al momento actual, desestructura el conocimiento y experiencia de la historia elaborado por la historiografía anteriormente, a la vez que vacía el futuro de contenido. Ciertamente, presentismos, momentos en los que toda luz viene únicamente del momento presente, ha habido muchos en la cultura y la sociedad. Hartog menciona a Plutarco, a Marco Aurelio, a Goethe o a los existencialismos; todos ellos con distinto valor y sentido. Los modernos mismos, recuerda él, aspiraban a esa especie de presente absoluto que era el objetivo de su arquetipo Fausto cuando exclamaba «Ahora el presente no mira hacia adelante ni hacia atrás. Sólo el presente es nuestra dicha»²¹. Pero eso –que a posteriori se revela como una mera ilusión– es distinto del presentismo que habría aparecido primero bajo el nombre de postmodernidad. Este último se mira a sí mismo con desconcierto, sin plenitud, y «no deja de mirar hacia adelante y hacia atrás, pero sin salir del presente del cual se ha hecho su único horizonte.»²² Paradójicamente, esa mirada hacia atrás no es la del historiador –o al menos, no es la del historiador moderno–, que trata de explicar y estructurar el pasado con vistas a dar sentido al presente y al futuro, sino que es una mirada ávida de historización, de catalogación y registro exhaustivo del pasado. Un ejemplo claro y potente es el proyecto de la Fundación Spielberg, consistente en recoger y almacenar «*todos* los testimonios de *todos* los sobrevivientes de los campos nazis, para tener en directo (on-line) la verdadera historia de la deportación a través de la voz misma de las víctimas.»²³ El desarrollo tecnológico promete un almacenar materialmente de manera ilimitada todo el pasado, de modo que se pueda tener un acceso directo a él, en el presente y como si fuera presente. No sólo con la historia del Holocausto, como intenta Spielberg, sino con la explosión de instituciones museísticas y de patrimonio que aspiran a conservar el pasado en su totalidad y ofrecerlo permanentemente para su consumo pre-

19. F. Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo e historia del tiempo*, México, 2007, 106.

20. F. Hartog, *Regímenes...* *op. cit.*, 40.

21. F. Hartog, *Regímenes...* *op. cit.* 236.

22. F. Hartog, *Regímenes...* *op. cit.* 236.

23. R. Silva. “Memoria e historia. Entrevista con François Hartog”, en *Historia Crítica*, 48, 2012, 212.

sente, a menudo como una reconstrucción ficticia. El llamado patrimonio se refiere a un pasado sin sustancia histórica. Quien queda aquí fuera de juego, se lamenta Hartog, es el historiador, el cual parece más bien «entorpecer el encuentro cara a cara entre el testigo y el espectador.»²⁴ El enorme peso que va adquiriendo la noción y la práctica del patrimonio, que de todos modos había sido siempre una obsesión de los modernos²⁵, significa una anulación de la conciencia histórica, al situar todos los elementos del pasado en un mismo plano temporal por el que se mueven las conciencias, ya prácticamente ahistóricas, de los turistas, de los teóricos de la cultura, de académicos y políticos. En ese plano, se pierde la percepción de la profundidad temporal que era el resultado del saber histórico, y para el cual era fundamental el trabajo del historiador. El patrimonio acumulado sustituye al conocimiento histórico, y la historia como ciencia queda en el mismo plano de validez que la memoria y los testimonios de los testigos. Si el régimen de historicidad es «un modo de organizar la experiencia del tiempo, de articular pasado presente y futuro invistiéndolos de sentido»²⁶, el nuevo régimen presentista elimina la profundidad temporal moderna en favor de una simultaneidad de los tres tiempos que solo se sostiene desde los intereses y la mirada del presente hacia sí mismo. Patrimonio y memoria, memoria entendida como vivencia directa del pasado a través del patrimonio, sin necesidad la mediación teórica del historiador o del filósofo, son los dos vectores dominantes de la percepción moderna del tiempo, en la que no hay ya ningún lugar para un horizonte del futuro.

Este aumento enorme del pasado en lo cultural, en lo ideológico y también lo económico –la historia convertida en mercancía– merece, en cambio, un juicio mucho más positivo, e incluso encuentra una cierta justificación psicosocial, en todo caso antropológica, en los teóricos alemanes de la compensación ligados a la historia conceptual. «A la vez que la dinámica de los procesos civilizatorios de modernización, va creciendo, de modo complementario, la necesidad de esforzarse por hacer presente el pasado.»²⁷ Lo propiamente humano es, al decir de Marquard, el *ritardando*. La enorme aceleración vital y social con que la modernización somete a los modernos obliga a estos a buscar una compensación en espacios intactos del pasado, aparentemente no afectados por las transformaciones modernas, y no otra cosa es para él el sentido histórico.²⁸ La antropología se rebela contra la aceleración de la historia. El pasado, el patrimonio, lo histórico, ya sea real o inventado, aparece como una magnitud fiable, una especie de «osito de peluche»²⁹ al que los estresados habitantes de las ciudades modernas se agarran en un mundo que cambia cada vez más rápido. En una suerte de explicación casi naturalista, resulta que las sociedades modernas se reequilibran y sobreviven porque dispo-

24. R. Silva. “Memoria e historia...”, *op. cit.*, 212.

25. Recuérdese el trabajo clásico de Lowenthal, *El pasado es un país extraño*, Madrid, 1995.

26. F. Hartog, *Regímenes...* *op. cit.*, 106.

27. H. Lübke, “Der verkürzte Aufenthalt in der Gegenwart. Wandlungen des Geschichtsverständnisses”, en P. Kemper (Dir.) *Postmoderne oder der Kampf um die Zukunft*, Frankfurt a. M., 1988, 150.

28. O. Marquard, “Universalgeschichte und Multiversalgeschichte”, en *Apologie des Zufälligen*, Stuttgart, 1996. (trad. en *Apología de lo contingente*, Valencia, 2001).

29. La irónica expresión es de A. Assmann, *Ist die Zeit aus den Fügen*, Frankfurt a. M., 2013, 238.

nen de una reserva inmensa de pasado ajeno a los cambios presentes y en los que los sujetos se pueden refugiar, aunque sea los fines de semana y en vacaciones. De ahí el cuidado hacia el patrimonio, el resurgir de las antiguas costumbres y tradiciones, la búsqueda de raíces en una supuesta identidad anterior... no es una pérdida de la conciencia histórica, ni hay que lamentar su carácter a menudo superficial y ficticio: esa omnipresencia del pasado es un instrumento de equilibrio, un ancla que impide que la Modernidad lo deshaga todo en el aire. De hecho, afirman, y a menudo creen encontrar pruebas tangibles de ello, las sociedades que saben reafirmar y cuidar su patrimonio y su historia son las que mejor y más establemente llevan e impulsan la aceleración moderna.

Ciertamente, Joachim Ritter había formulado originalmente la noción de compensación como una crítica al historicismo. El joven Ritter, todavía marxista, veía en la conciencia histórica, en el mundo histórico de Dilthey y toda su generación «la función compensatoria que desarrolla la persona culta para su ineffectividad histórica»³⁰, esto es, para su impotencia política. Y, de paso, esta conciencia histórica conservaba una actitud religiosa en un mundo secularizado. El Ritter maduro –o el Ritter que ha pasado por la militancia nazi y la conversión a la democracia tras la derrota– en cuya escuela se forman los teóricos de la compensación (Marquard, Lübbe), reorienta esta explicación: efectivamente la historia tiene una función compensatoria, pero ya no para con la impotencia política, sino para los desarreglos sociales y psicológicos resultantes de la aceleración moderna. Para una postura crítica, no sería difícil ver que el efecto perturbador de esos desarreglos remite de nuevo a una impotencia política, o una ineffectividad histórica: la historia convertida en refugio. Tampoco es difícil maliciar, como ha hecho Assmann,³¹ que, además, en el caso de la postguerra alemana, esa revalorización compensatoria del pasado tenía igualmente la función de un recuerdo encubridor (una *Deckerinnerung* freudiana), que evitaba hablar del nacionalsocialismo y, desde luego, de las implicaciones juveniles que tuvieron con él sus protagonistas. Pero, lejos de la crítica o del examen de la propia historia, los teóricos de la compensación entienden ésta de manera meramente funcionalista. Las sociedades modernas resisten a la aceleración porque tienen –o resisten si son capaces de mantener– la historia y el pasado como refugio a su disposición. Por eso, no son los recuerdos traumáticos los que aparecen con una función compensatoria, sino la historia anterior, la historia tranquilizadora, a la que se accede, ya no desde la cúspide de los tiempos –como era el caso de Schiller–, ni desde una historia en proceso, cuya perspectiva va cambiando, sino desde un «presente encogido» de Lübbe en el que cambia todo sin que, en realidad, haya cambiado nada. Es, sobre todo, un espacio donde multitud de historias se ofrecen al consumidor como alternativas coloridas a la historia universal, tal como alegremente lo describe Marquard³². Esas historias, reinterpretadas además como diversidad cultural, se ponen a disposición de los habitantes de un presente ya desligado del pasado y del futuro –bautizado, de hecho, durante un tiempo, como postmoderno– y ofrecen, a la vez,

30. Véase E. Müller y F. Schmieder, *Begriffsgeschichte und historische Semantik*. Frankfurt a. M., 2016, 118.

31. A. Assmann, *Ist die Zeit... op.cit.*, 209ss

32. O. Marquard, “Multiversal Geschichte...”, *op. cit.*

identidad y experiencia: al menos, una experiencia estable del mundo que la modernidad acelerada amenaza continuamente con robar. «La tarea de la historiografía profesional –concluye Marquard– es preparar y poner a disposición conocimientos históricos que permitan hacerse presente la identidad propia y la extraña»³³

Precisamente una renovada noción de experiencia es lo que propone Hans-Ulrich Gumbrecht, que se curtió en el trabajo de los *Geschichtliche Grundbegriffe* para dar luego por finiquitada la historia conceptual.³⁴ Pero él afina respecto a los teóricos de la compensación. De hecho, aunque éstos se refieren explícitamente a la postmodernidad, su propuesta de contrapesar progreso e historia vale tanto para esta época como para la Inglaterra victoriana. En cambio, Gumbrecht identifica explícitamente este período de los últimos treinta o cuarenta años con el final del cronotopo moderno descrito por Koselleck. Le da, además, un nombre al nuevo cronotopo: la *breite Gegenwart* o el presente extendido. Desde los años sesenta, no se registra realmente ninguna novedad cultural o social, y las sociedades occidentales han renunciado a plantearse visiones de futuro, mientras el pasado se les ofrece exhaustivamente en toda su variedad y multiplicidad gracias, desde luego, a la tecnología y a la ciencia de la historia. Pocos autores han descrito con más convicción este tiempo sin futuro ni pasado, un «tiempo que se ralentiza» a escala global, que no produce ni cultural, ni intelectualmente nada nuevo, a pesar de la aceleración que se experimenta en la vida técnica y social. No repasaré ahora los argumentos de Gumbrecht para afirmar que todo Occidente se encuentra instalado en este lento presente³⁵, ni la melancolía con que impregna su mirada hacia un tiempo que, de por sí, no aparece como melancólico, sino más bien –y esta es su crítica irónica–, satisfecho de sí mismo. Ya hemos constatado al principio que el cronotopo moderno descrito por Koselleck se ha modificado profundamente. Lo interesante de la aportación de Gumbrecht es la, por así decirlo, terapia que él propone para la melancolía de estos tiempos estancados, a saber: una forma renovada de experiencia que él denomina presencia, la producción y percepción de presencia. Pues lo que se busca en las vivencias del pasado histórico –en el auge de la novela histórica, en los parques temáticos, en la imitación espuria de formas antiguas de vida– no es una compensación a la aceleración, sino la presencia, el contacto directo con una realidad que un mundo hiperartificial y la exacerbación de la hermenéutica habían secuestrado. El exceso de interpretación en las ciencias del espíritu, casi de forma paralela a la construcción de un mundo hipertecnificado, se ha interpuesto entre los sujetos y la realidad. El remedio, o la terapia, es la producción de presencia, la renuncia a la obsesión moderna por el sentido y el significado para situarse más acá de la hermenéutica, en la materialidad de los textos, del puro ser de las cosas.³⁶ El presente extendido pide presencia, y esa presencia no es, para Gumbrecht, sólo la de la ex-

33. O. Marquard, “Unvermeidlichkeit der Geisteswissenschaften”, en *Apologie... op.cit.*, 98.

34. H.U. Gumbrecht, *Dimensionen und Grenzen der Begriffsgeschichte*. Suttgart, 2006.

35. H.U. Gumbrecht, *Lento presente*, Madrid, 2010. La versión alemana, ligeramente distinta, es *Unsere breite Gegenwart*, Frankfurt a. M., 2010.

36. H.U. Gumbrecht, *Production of Presence, What Meaning Cannot Convey*, Stanford, 2003.

perencia histórica, sino una entrega quietista al momento presente que se desentiende del futuro y da el pasado, sobre todo el pasado moderno, por despedido.

Frente a este quietismo del tiempo se revuelve otra antigua alumna de Koselleck. El tiempo, dice Aleida Assmann, no se ha salido de sus goznes, como le gusta repetir a Gumbrecht y Hartog para describir el descarrilamiento del cronotopo moderno. Tampoco es un discurrir funcionalizado de la Modernidad entre las aceleraciones tecnológicas y las compensaciones proporcionadas por las disciplinas del espíritu, particularmente las históricas. Ciertamente, la dinámica de campo de experiencias y horizonte de expectativas ya no se da como Koselleck la había descrito al analizar la semántica histórica del vocabulario socio-político en los siglos XIX y XX. De hecho, desde los años ochenta, en estos últimos cuarenta años, el vocabulario es otro. Han surgido nuevos conceptos que antes estaban velados: sobre todo, la memoria, la cultura, la identidad, y estos conceptos han revolucionado de manera inesperada la discusión social y política. Pero no determinan un giro epocal, ni suponen la despedida de una Modernidad ya anticuada. Señalan, sí, fracturas y vacíos en el proyecto moderno que de pronto se hacen inaceptables y dolorosos. Se presentan por ello estos conceptos resurgidos, no como esbozos de futuro, sino como reclamaciones y demandas: hay más identidades posibles que la construcción de la subjetividad racional concebida por el proyecto moderno, las culturas en las que los individuos se reconocen y realizan pueden haberse visto precisamente heridas por él, y la memoria y el recuerdo, sobre todo, muestran que el pasado no es un calmante con efectos compensatorios, como pretendería Marquard, sino una herida abierta que requiere ser atendida. Memoria, identidad y recuerdo son síntomas de que, ciertamente, el régimen de temporalidad se modifica. Desde hace cuarenta años, las disputas sociopolíticas no tienen ya lugar ya en torno a conceptos de la modernidad clásica como libertad y progreso; sino que pugnan por las diversas identidades culturales y por las posibilidades de reparación de los traumas del pasado reciente o incluso remoto.

Esta nueva tonalidad del debate social, que los teóricos de la compensación o el propio Gumbrecht ignoran y que lamentan tanto Hartog (a propósito del patrimonio) como los progresistas de viejo cuño, no ha sacado al tiempo de sus goznes, juzga Assmann. Señala, sí rotos y fracturas graves en el proyecto moderno, pero reclama por eso «arreglos en este proyecto» que deben realizarse, además, desde el espíritu del proyecto moderno mismo.³⁷ La historia moderna, ciertamente, pasa por una crisis y ha entrado en un nuevo estadio que pide profundizar el impulso moderno original, de modo que «ha renunciado a una parte de su arrogancia, ha limado sus diferencias más ásperas respecto a otras culturas y ha desarrollado principios que puedan unirla a otras culturas.»³⁸ En este optimismo revisionista de Assmann juegan un papel decisivo la cultura y las políticas de la memoria que, a su juicio, están llamadas a determinar la orientación moral y social del futuro. En el reajuste de la Modernidad, la irrupción del pasado no significa una pérdida del futuro ni del sentido histórico, sino que,

37. A. Assmann, *Ist die Zeit...* op. cit., 281 ss.

38. A. Assmann, *Ist die Zeit...* op. cit., 246.

por una «radiografía crítica de la propia historia y de sus fundamentos culturales»³⁹ se desarrolla una nueva forma de conciencia histórica que atiende a los traumas del pasado –no a las celebraciones del espíritu, como pretendían el historicismo o la teoría de la compensación–: a una memoria negativa, pues. Desde esa atención, desde la voluntad de no repetir las atrocidades pasadas en el futuro y de mantener presente su recuerdo, se podrán reordenar y hacer refluir las relaciones de pasado, presente y futuro. «De la ruptura civilizatoria han surgido las bases y la responsabilidad de la sociedad civil».⁴⁰ Se debe concebir esto como un reto y un proyecto político que, de cumplirse, invalidaría los diagnósticos de un tiempo estancado, un presente extendido o un tiempo fuera de sus goznes.

No es este el lugar para discutir la propuesta de Assmann, que provee de un fondo teórico a la mayoría de los planteamientos actuales que, cercanos políticamente a la izquierda liberal, no quieren renunciar al proyecto moderno, sino fortalecerlo con la inclusión de nociones inicialmente tan poco modernas como identidad o memoria. La propuesta no está exenta de paradojas y constricciones, y es consciente de ellas. Pero, al cerrar la serie de diagnósticos del tiempo presente que heredan y a la vez ponen en cuestión el legado de Koselleck, el trabajo de Assmann señala los conceptos decisivos de esta actualidad con los que Koselleck se enfrenta en los últimos años de su vida. Y las cuatro posturas que hemos repasado dan juicios contrapuestos sobre ellos, pero los utilizan para construir su diagnóstico. Estos conceptos son los de «recuerdo», «memoria e identidad» y «experiencia».

4. Koselleck, la memoria negativa y el tiempo actual

Aleida Assmann empieza dedicándole su libro más polémico sobre la memoria a Koselleck, «que ha marcado como nadie a toda una generación de la postguerra alemana a través de varias disciplinas.»⁴¹ Ha aprendido, dice, mucho de él, por más que se mostrara muy crítico con los dos términos claves del libro: la cultura de la memoria y la política de la historia (*Erinnerungskultur und Geschichtspolitik*). La reivindicación por Assmann de una política de la memoria de los crímenes pasados como fundamento de una sociedad civil democrática futura va más allá de lo que Koselleck estaba dispuesto a admitir, y se sitúa mucho más cerca de su rival Habermas. Koselleck, por su parte, tenía reservas hacia la confianza de los herederos de la teoría crítica en la potencialidad política de una ética anamnética, y más aún hacia la amalgama de memoria, moral y política con la que se argumentan muchas de las actuales políticas del recuerdo. Sobre todo, se rebelaba contra la confusión de historia y memoria, y la relegación de aquella en favor de esta. Coincidió aquí con François Hartog, aunque sus ideas sobre la memoria y el recuerdo político, como veremos enseguida, estaban mucho más desarrolladas.

39. A. Assmann, *Ist die Zeit...* op. cit., 299.

40. A. Assmann, *Ist die Zeit...* op. cit. 302.

41. A. Assmann, *Der lange Schatten der Vergangenheit. Erinnerungskultur und Geschichtspolitik*, Hamburg, 2014, 2.

El nuevo protagonismo de la noción de identidad, sobre todo de las identidades colectivas, que tan decisivamente ha definido la discusión sociopolítica en los últimos decenios, no podía entrar en el programa de investigación de Koselleck. Las identidades –étnicas, nacionales, religiosas– suelen constituirse sobre un pasado común, sobre un acervo de tradiciones y, a menudo, de heridas compartidas: son ellas las que traen el pasado con fuerza al presente y recurren para ello a formas varias de memoria y de conocimiento histórico. Pero la historia, dice Koselleck taxativamente, «no tiene la tarea de fundar la identidad, sino de aniquilarla.»⁴² La frase resulta demoledora para las políticas identitarias de hoy, aunque también pondría en cuestión mucha de la ideología que sostuvo a la historiografía como ciencia reina del espíritu en su época gloriosa, cuando los nuevos Estados nacionales la fomentaban para forjar o construir su propia identidad. Sin embargo, lo que está en el punto de mira de Koselleck al formularla no es directamente la política identitaria –en todo caso, presente en el debate alemán de un modo distinto que en el norteamericano⁴³–, sino el recurso a la memoria por parte de las nacientes identidades. El carácter subjetivo y emocional de ésta ofrece recuerdos compartidos a partir de los cuales se construiría una identidad colectiva tejida de memoria. Pero Koselleck dedica una buena parte de su argumentación a refutar la posibilidad de que haya recuerdos colectivos, y a evitar que la historia se vea suplantada por la memoria. Es más bien la memoria la que debe dejar paso a la historia. No es fácil determinar cómo establecer en Koselleck esa difícil relación de memoria e historia. Assmann propone condensarla con una paráfrasis freudiana: «Donde había memoria, debe llegar a haber historia».⁴⁴

«Donde había el ello, debe aparecer el yo», era el original de Freud. La paráfrasis forjada por Assmann vincula inequívocamente la memoria con un inconsciente que debe ser sometido con trabajo y paciencia al escrutinio de la instancia racional de la mirada histórica, capaz de ordenar y clasificar los impulsos que salen, inevitablemente, de un fondo irracional e incontrolado. En casi todos los sentidos, le hace justicia a Koselleck. Pues no hay en éste desdén hacia el recuerdo, ni menos aún la pretensión, tan común entre los historiadores conservadores de la *Historikerstreit*, de proscribir o incluso renunciar al trabajo de la memoria –de las memorias negativas– y hacer que el pasado «pase de una vez».⁴⁵ La memoria –la memoria de las víctimas– da voz al pasado que no quiere pasar; Koselleck estaba de acuerdo en que ese pasado, particularmente el siniestro pasado reciente de Alemania, estaba presente en la sociedad alemana aún más que en la europea, y que no se podía desatender esa presen-

42. R. Koselleck, “Gibt es ein kollektives Gedächtnis?”, discurso del 6-12-2003, en Sofía. Tomado de A. Assmann, *Das neue Unbehagen an der Erinnerungskultur. Eine Intervention*, Hamburgo, 2014, 20. Énfasis mío.

43. De hecho, tal como muestra agudamente L. Niethammer, *Kollektive Identitäten*. Hamburgo, 2000, la política de la identidad, que surgió en el debate estadounidense a propósito de las minorías oprimidas, fue hábilmente reaprovechada por el conservadurismo alemán –particularmente los teóricos de la compensación– en favor de una identidad y tradición nacionales.

44. Assmann, *Der lange Schatten... op.cit.*, 205.

45. “El pasado que no quiere pasar” se titulaba el ensayo de Ernst Nolte que desató la controversia. Puede verse toda la documentación del debate en Ernst Reinhard Piper (Dir.): “*Historikerstreit*”. *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, München/Zürich, 1987.

cia. Reprimir ese pasado, darlo por pasado y despedido, sería negar la propia realidad y, en el caso alemán, rehuir la propia culpa. La atención de Koselleck a la iconología política y a los monumentos funerarios, su retorno repetido sobre los temas relativos al nacionalsocialismo y a la culpa alemana, sus enérgicas intervenciones en los debates públicos sobre las formas pertinentes de recuerdo en la Alemania reunificada, y previamente a eso, sus ensayos sobre los trabajos de Berardt y los sueños en el III Reich, dejan claro que no se trataba para él de reprimir la realidad. En eso se diferenció consciente y explícitamente del bando conservador en Alemania; también de quienes pretendían convertir a los alemanes en víctimas de la guerra.⁴⁶

Lo que no creía tampoco, y aquí se desmarcaba claramente también de Assman o de los herederos de la teoría crítica, es que el recuerdo del pasado y de la consiguiente culpa pudiera convertirse en el motivo fundante de la democracia alemana del futuro, o de cualquier democracia. No porque la culpa y su memoria fueran a debilitar la cohesión de una nación o a cuestionar su identidad –como temían los conservadores– sino porque, a su juicio, no está en la naturaleza del recuerdo el que pueda prolongarse como un recuerdo vivo más allá de la generación que vivió y sufrió los acontecimientos. Este es el punto realmente importante, pues implica, por parte de Koselleck, una teoría particular de la memoria y de la experiencia que resitúa de manera muy coherente, aunque a la par limitada, algunas de las nociones propias de la actualidad a las que nos hemos estado refiriendo. El análisis de esta concepción del recuerdo en Koselleck cerrará este ensayo y nos permitirá entender por qué Koselleck no podía, o no estaba realmente en condiciones, de hacer un diagnóstico de esta época que hemos llamado los últimos cincuenta años.

Para él, el problema de una comunidad política construida sobre el recuerdo constante de las atrocidades pasadas, un recuerdo inscrito en la ley y actualizado institucionalmente, es que, inevitablemente, ese recuerdo se vaciaría. Si Clemenceau les pedía a los franceses, en referencia a la pérdida de Alsacia y Lorena tras la derrota de 1870, «pensar permanentemente en ello, pero no hablarlo nunca»⁴⁷, el peligro de la nueva política de la memoria, particularmente en una República Federal, que hiciera del Holocausto y del «nunca más» su fundamento institucional es que, a la inversa de Clemenceau, iba estar siempre hablando de ello sin pensarlo nunca. Las celebraciones rituales quedan muy lejos de la realidad vivida.

Además, por mucho que las instituciones se esfuercen en reactualizar literalmente, simbólicamente, todas las atrocidades pasadas: la distancia en el tiempo y la diversidad de los recuerdos y de los daños es tal que ninguna memoria puede unificarlas. En apenas tres páginas⁴⁸ enumera Koselleck los diferentes tipos de recuerdo que suponen los «seis millones de judíos, cuatro millones y medio de polacos, tres millones y medio de prisioneros rusos (el 60% del total), los siete millones de civiles de la Unión Soviética, aparte de los soldados caídos, que fueron muchos más, la práctica totalidad de los gitanos, romaníes y nómadas capturados, sin olvidar los 180.000 pacientes definidos como enfermos mentales

46. Véase, en detalle, la edición de Faustino Oncina de *Modernidad... op. cit.*

47. R. Koselleck, *Sinn und Unsinn... op. cit.*, 242.

48. R. Koselleck, *Sinn und Unsinn... op. cit.*, 257-260

que estaban en hospitales alemanes.»⁴⁹ Luego, en otra lista de carácter distinto, pero formada también por quienes eran víctimas a la vez que perdedores, y en ocasiones perpetradores, están los millones de alemanes que habitaban los territorios orientales amputados del país tras la derrota, doce millones de ellos forzosamente desplazados al resto de Alemania, otro millón que fue arrastrado prisionero a la Unión Soviética y los dos millones y medio que perdieron la vida al huir o al emigrar.⁵⁰

Basta con repasar todo esto, tratando de atender a todos los matices y diferencias en cada caso, para dar con «estratos del recuerdo cuyo contenido experiencial se les escapa a aquellos a los que no les afectó o que no participaron.»⁵¹ Por un lado, la pluralidad de los recuerdos no se deja poner sincrónicamente bajo un denominador común –salvo en el duelo, sobre el que volveremos más adelante–. Por otro, y sobre todo, los recuerdos varían diacrónicamente de un tiempo a otro, de los protagonistas a los narradores y a los que los reciben. Para Koselleck, la distinción está entre lo que él llama «experiencias primarias» y «secundarias».⁵² La fuerza y la intensidad de la experiencia primaria, de lo vivido en primera persona por su protagonista, no se deja transmitir ni repetir por nadie, pues las experiencias de esta clase «no son intercambiables ni comunicables [...] siempre pueden compararse, pero sólo desde fuera. Desde la experiencia respectiva de cada uno, todo es único».⁵³

¿Qué son estas experiencias directas, en primera persona, de las que el lenguaje, la narración, los símbolos políticos sólo pueden dar un pálido reflejo? Aunque Koselleck está tocando un clásico problema epistemológico sobre el contenido y estructura de la experiencia, lo interesante es cómo lo sitúa en la dialéctica del conocimiento histórico y de la memoria. También lo es –aunque tal vez no podría ser de otro modo–, que recurre a su propia experiencia personal para explicarlo. Cada una de esas millones de víctimas enumeradas arriba tuvo su propia experiencia primaria del Holocausto o de la guerra. Koselleck tuvo la suya, y la contó.

De nuevo, como en tantas otras ocasiones en los alemanes de su generación, la contó tardíamente; es un recuerdo que surge en el año noventa y cinco. Él no pudo ver directamente el Holocausto –e incluso da a menudo a entender que, como soldado, no podía tener conocimiento de él⁵⁴–, pero tiene su propia experiencia primaria que le hace indudable la autenticidad de ese crimen. El relato es ya conocido. Al terminar la guerra, cae prisionero

49. R. Koselleck, *Sinn und Unsinn... op. cit.*, 259

50. R. Koselleck, *Sinn und Unsinn... op. cit.*, 260.

51. R. Koselleck, *Sinn und Unsinn... op. cit.*, 261.

52. Estrictamente, Koselleck distingue entre tres modos fundamentales de experiencia, la primaria y única, la repetida y comunicable, y, finalmente, la que se funda en la reflexión histórica. Véase R. Koselleck, *Estratos del tiempo*, Barcelona, 2001, 50. Pero en el argumento que seguimos aquí, en los ensayos tardíos de *Sentido y sinsentido de la historia*, se remite a la diferencia entre la primaria y la secundaria.

53. R. Koselleck, “Glühende Lava zur Erinnerung geronnen. Vielerlei Abschied vom Krieg: Erfahrungen, die austauschbar sind”, en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 6/05/1995.

54. Lo cual, como en tantos otros alemanes, puede ser discutible, a tenor de lo que sabemos por el libro Daniel Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*. Madrid: Taurus, 1997.

de los soviéticos, que lo conducen provisionalmente a Auschwitz. Los nuevos carceleros les han contado a los prisioneros los crímenes, los millones de crímenes que los alemanes han perpetrado en ese campo donde están ahora, les han enseñado las cámaras de gas. Los soldados alemanes no dan crédito; para ellos, sólo puede tratarse de propaganda soviética. En la escena que Koselleck describe, los soldados prisioneros están pelando patatas, les vigila un polaco, antiguo interno del campo. Les grita que trabajen más rápido. Está obviamente enfadado, lleno de ira, empoderado sobre los antiguos verdugos. En un momento, agarra un taburete y lo alza por encima de Koselleck. Va a estamparlo contra su cabeza, pero de pronto se detiene, diciendo: «¿Y de qué sirve partirte ahora el cráneo, si ya habéis gaseado a millones?». Lanzó el taburete contra la pared, donde se rompió en pedazos. «De golpe, dice Koselleck, literalmente de golpe, tuve muy claro que decía la verdad. ¿Millones? ¿Gaseados? Eso no podría ser una invención.»⁵⁵

Hay experiencias, continúa Koselleck,

que se derraman y cuajan en el cuerpo como masas de lava ardiente. Son irreversibles, y desde entonces se pueden recuperar en todo momento, inalteradas. No muchas de estas experiencias pueden traducirse a recuerdos auténticos; pero cuando lo hacen, se fundan sobre su *presencia sensible*. El olor, el sabor, el ruido, el sentimiento y el entorno visible, en suma, todos los sentidos, en el placer o en el dolor, se vuelven a despertar y no precisan de ningún trabajo de la memoria para ser verdaderos y permanecer como verdaderos.⁵⁶

A pesar de no haber presenciado en directo los crímenes de Auschwitz, estos adquirirían para él una presencia auténtica, como no podrán tenerla nunca para los millones de turistas que visitan el campo de concentración en medio de un viaje turístico que les conduce, tras la visita, a otros lugares de recreo. Para estos últimos, se trata de una experiencia secundaria, y también lo es para quienes, quizá con menos frivolidad y mayor reflexión sobre el pasado histórico, visitan con respeto ese campo o los monumentos al Holocausto. En cambio, para Koselleck es una experiencia primaria, a pesar de que no fue testigo directo del genocidio.

La escena, aislada y destacada tardíamente en su biografía, no dice mucho más. Pero habla suficientemente de una experiencia de humillación por parte del vencido, de amenaza de muerte y de haberse librado de ella por poco. Una muerte violenta que, dadas las circunstancias, probablemente ni siquiera se habría considerado asesinato, que no se habría castigado como injusta. Más que el testimonio directo, lo que Koselleck describe es el efecto de *schock*, y el «haberse dado cuenta de golpe de que decía la verdad [sobre los crímenes nazis].»

He destacado en las palabras de Koselleck la expresión de «presencia sensible» con la que él caracteriza su experiencia –gráficamente descrita, además, como masas de lava ardiente– porque está en llamativa consonancia con la reivindicación de la presencia y de

55. R. Koselleck, “Glühende...”, *op. cit.*, 4.

56. R. Koselleck, “Glühende...”, *op. cit.*, 4. Énfasis mío. La imagen de la lava ardiente la repetirá Koselleck aún en otros textos. No así la de su experiencia personal.

las experiencias directas que, hemos visto con Gumbrecht, son propias de los años noventa y siguientes. En todo caso, «presencia» y «sensación» son vocablos requeridos en nuestra modernidad tardía. Koselleck está narrando el vívido recuerdo en primera persona de una experiencia que tuvo cincuenta años antes. Pero lo está narrando en el vocabulario de los años noventa, y el recuerdo que narra se enmarca precisamente dentro de las demandas de la memoria que cobra protagonismo en esos años. Es decir, el recuerdo y el texto de Koselleck se insertan plenamente en el espíritu y el lenguaje de la modernidad postclásica, en la que el Koselleck teórico de la Modernidad era maestro a la vez que crítico.

Para él, esta época no podía ser un ancho presente; tanto menos cuanto que el diagnóstico del ancho presente se planteaba por Gumbrecht como una despedida de la historia conceptual. Pero el «ancho presente» lleva aparejada, a modo de terapia y de «epifanía»⁵⁷, la experiencia como presencia, aunque sea una suerte de experiencia mística –en la literatura, en el arte, en formas de contacto con lo cotidiano–, más genérica que el golpe de realidad que sintió Koselleck al percibir el taburete en manos del ex-prisionero polaco a punto de estamparse sobre su cabeza. Tampoco podía ser una época de reivindicaciones históricas que compensaran funcionalmente la Modernidad, por más que los abogados de la compensación partieran también a las coordenadas de la historia conceptual. La antropología en que se basaba la teoría de la compensación estaba concebida en un espectro mucho más estrecho que las categorías metahistóricas de Koselleck. Finalmente, no podía ser un tiempo de reparación de la Modernidad; aquí su rechazo era claro, pues esa reparación se asocia a la memoria y a la posibilidad de identidades colectivas. Unos correctivos adicionales, los de la memoria, que reajustasen moralmente el mundo moderno no podían partir de un historiador; por más que a él, como muestra la anécdota personal relatada y sugiere la actividad publicística de los últimos años, ese recuerdo le quemase vital e intelectualmente.

Seguramente, entre la reivindicación de una presencia como experiencia primaria que no es ni compensación ni terapia en el ancho presente, y su rechazo de una política de la memoria que funda la legitimidad política sobre los recuerdos negativos, esto es, en el rechazo de estos diagnósticos de los últimos cincuenta años, se encuentra la relación de Koselleck con esta época y también –lo que será mi argumento final– su limitación para diagnosticarla y bautizarla.

Los recuerdos negativos tienen un valor limitado como fundación política del futuro. Es cierto que la legitimidad de la República Federal, tal como estaba además establecido en la Ley Fundamental de 1949, al establecer que la dignidad del ser humano es inviolable, establecía una «obligación que se autoimponen los alemanes a resultas de la experiencia del nacionalsocialismo, de sus crímenes y de sus genocidios en toda Europa y que esto debían recordarlo.»⁵⁸ Con ello se trazaba, por vía del recuerdo, un mínimo normativo que nunca sería lícito traspasar. Y lo que había que retener, entonces, es que

57. Así define Gumbrecht esta experiencia de la presencia, *Production... op. cit.*, 125.

58. R. Koselleck, *Von Sinn und Unsinn... op. cit.*, 246.

nuestra memoria, medida por las experiencias genuinas de las víctimas, aunque estaba preformada de modo negativo, no dejaba de ser secundaria, producto de una elaboración histórica. Nuestras experiencias no son las de los asesinados ni las de los supervivientes. Y esta diferencia negativa será siempre el *leit motiv* de nuestro recuerdo.⁵⁹

El peligro, finalmente, de pretender transferir el contenido de las experiencias primarias a formas secundarias de recuerdo es que, si además se realiza con ello una suerte de fundación política, se puede estar practicando el juego de otorgar un sentido a lo que no lo tiene: el daño. ¿Se está repitiendo el juego de la teodicea? Sin duda, cabe replicar, la izquierda liberal que plantea programáticamente ese modo negativo de fundación política no pretende de ninguna manera dotar de sentido a una catástrofe siniestra, al modo en que las instituciones religiosas –ya sean las tradicionales o las secularizadas, como el nacionalismo– suelen convertir en mártires o héroes a las víctimas del pasado, arrancándolas de su sufrimiento primario para empotrarlas en una historia de salvación que justifica el presente.

La política del «Nunca más», en cambio, no busca darle un sentido narrativo o heroico al sufrimiento de las víctimas del genocidio nazi;⁶⁰ sino que justamente el «Nunca más» se basa en que esas víctimas lo habían sido de modo absurdo, sin razón ni sentido. No lo fueron para que hubiera después democracia, sino que la democracia es que no vuelva a haberlas: el recuerdo negativo, como dice Assmann, «no se dirige al pasado, sino que se entiende como una inversión de futuro.»⁶¹ Frente a ello, Koselleck insistirá en que «la experiencia de un absurdo sin sentido, marcada a fuego en el cuerpo, en cuanto que es una experiencia primaria, no se deja transmitir a la memoria de otros o al recuerdo de aquellos a los que no les tocó.» Todo intento de transmisión, como historia o como memoria, corre el riesgo de convertirse en una *logificatio post festum*, añade, citando a una de las primeras víctimas judías del nazismo, Theodor Lessing y su *Sinngebung des Sinnlosen*.⁶²

En este punto decisivo, el historiador pensante que era Koselleck fue más historiador que teórico, prefirió anotar la fractura que atraviesa la realidad antes que apostar por una teoría que reunificase o redimiese. Como para Benjamin, como para los herederos de la Escuela de Frankfurt, el tiempo se había convertido para él en el tiempo de un recuerdo negativo, de un pasado siniestro. Pero, a diferencia de ellos, no podía concebir una teoría de la memoria, de la justicia o de la reparación anamnética que rearticulase de modo redentor ese pasado. Escéptico como era, dirigió su atención a la iconología política e investigó en los monumentos funerarios y los modos de recordar u homenajear el pasado. Trabajó como historiador para analizar las variedades y motivaciones del recuerdo. Sin embargo,

59. R. Koselleck, *Von Sinn und Unsinn... op. cit.*, 246.

60. Como sí lo habrían hecho, por cierto, las diversas iglesias o, a menudo, las formas de memoria en los regímenes comunistas de postguerra, que veían a las víctimas como mártires que ofrecían su sacrificio y eran así partícipes de la victoria final.

61. A. Assmann, *Ist die Zeit... op. cit.*, 309.

62. R. Koselleck, *Von Sinn und Unsinn... op. cit.*, 19. Se refiere al libro del pacifista Lessing, *Geschichte als Sinngebung des Sinnlosen* (La historia como dar sentido a lo que no lo tiene) de 1921.

en cuanto a la teoría, se quedó en los sugestivos y limitados apuntes de sus últimos textos. Para decidir sobre el recuerdo negativo, sobre la relación entre historia y memoria, debemos respetar de la diferencia irrebasable que existe entre «las experiencias primarias de los que estuvieron realmente afectados y las experiencias secundarias de los actuales, que tienen que elaborarlas a posteriori.»⁶³

Ocuparse de eso significa reparar en todas las diferenciaciones y matices que hay en el trabajo de la memoria, de modo que es imposible poner todas las historias de sufrimiento bajo un símbolo de recuerdo común. Este será siempre parcial, como lo es, a su pesar, la *Pietà* de Käthe Kollwitz en la *Neue Wache* de Berlín, con la que la Alemania de Kohl trató de saldar cuentas de modo genérico con todo el sufrimiento pasado.⁶⁴ Igualmente falso e injusto es separarlos y discriminarlos en monumentos y recuerdos diferenciados y visitados de manera diferente, como ocurre con la, para él y para otros, más que chocante jerarquía que distingue el vistoso monumento a los judíos asesinados de Europa, en el centro mismo de Berlín, de la mucho más modesta instalación en recuerdo a los gitanos y romaníes asesinados por los nazis, discreta, casi ocultamente dispuesta a sólo trescientos metros del anterior. Se repite así perversamente en el recuerdo la separación de prisioneros por categorías que los propios nazis ejecutaban en el *Lager*. Frente a ello, él insiste en la necesidad de recordar a todos, a las víctimas en toda su diversidad, –lo que, en el caso alemán cuando menos– llevaría a una multiplicidad casi inabarcable de monumentos. Sólo en el duelo, y por tanto en el dolor, llegan a hacerse todos iguales para el recuerdo.

La indefinición del contenido del dolor, derivada, se diría, de la inexpresabilidad de la experiencia primaria, determina también la imprecisión con que deliberadamente Koselleck dibuja el contenido del recuerdo. A la pregunta de «¿qué recordar?» responde con «hay que intentar tener que pensar lo impensable, aprender a pronunciar lo impronunciable, a representar lo irrepresentable»⁶⁵: con el recuerdo estamos siempre ante el límite. Es esta inefabilidad del dolor, de la experiencia primaria, lo que hace que el recuerdo se difracte luego en varias modalidades que, en parte, podrán ser elaboradas por la historia. Pero la historia es sólo una modalidad posible de recuerdo, y es ya de una especie diferente.

Además del modo histórico, está la modalidad del recuerdo moral, que juzga y condena, que siempre es necesario, que tiende a convertirse en argumento político. Pero ese recuerdo moral no debe confundirse ni cruzarse con el recuerdo científico, el que procede metodológicamente y acaba por establecer la historia. Uno y otro pueden, acaso, llegar a complementarse, pero se excluyen metodológicamente. Está también, aparte de ellos, el recuerdo religioso, que busca dotar de sentido el sufrimiento pero que solo tiene validez para los creyentes de cada religión y dentro de ella. Finalmente, está la modalidad estética del recuerdo, una especie de sustituto necesario cuando todos los demás fallan, cuando la búsqueda de sentido, de explicación o de juicio fracasa y sólo queda convertir en tema estético

63. R. Koselleck, *Von Sinn und Unsinn... op. cit.*, 246.

64. R. Koselleck, “La discontinuidad del recuerdo”, en *Memoria... op. cit.*, 39-51.

65. R. Koselleck, *Von Sinn und Unsinn... op. cit.*, 250.

la imposibilidad de un recuerdo que otorgue sentido, la imposibilidad de dar una respuesta y simplemente se proponen caminos que hagan pensar al espectador, al lector. Hacer pensar o llamar la atención: nada más puede hacer el recuerdo en su modalidad estética.⁶⁶

Es posible que esta clasificación de modalidades de recuerdo –moral, histórica, religiosa, estética–, por muy precisa que quiera ser, se vea rápidamente amenazada por la fluidez con que unas y otras se pueden cruzar. El recuerdo estético tiene un fuerte componente moral –¿no es así en la *Todesfüge*, de Celan?–, y recuerdo moral y político recurre a la estética, ya sea en modo representativo, en los monumentos, ya sea con finalidades pedagógicas: al fin y al cabo, como bien nota Koselleck, la estética mueve a pensar cuando no se sabe qué decir. Tal vez por eso, el interés de Koselleck está más bien en mantener las distinciones, sobre todo entre la memoria y la historia. Un ensayo tardío, del año 2005, aprovecha la controversia alemana sobre si la capitulación del 8 de mayo de 1945 debe considerarse una derrota o una liberación⁶⁷, para trazar las líneas entre la historia y el recuerdo. Las conclusiones son rápidas y taxativas. Los recuerdos son demasiado plurales y contrarios como para poner unificarse; lo son en Europa, entre las naciones y los diferentes grupos étnicos y sociales de los diferentes pueblos. Y lo son también entre los propios alemanes. La pluralidad de los recuerdos puede registrarse en la historia, pero no anularse, ni armonizarse porque no hay un sujeto colectivo de la memoria. «En Europa tenemos una historia común, pero en ningún caso recuerdos comunes.»⁶⁸

La memoria va ligada al juicio moral, y quien juzga moralmente, tiene razón. ¿Cómo no va a tenerla quien recuerda que Alemania es culpable de haber desatado la Guerra Mundial con una brutalidad sin precedentes, y que queda condenada ante la moral y ante el derecho internacional? Pero ese juicio moral sería deshonesto si no cae también sobre otros bandos que cometieron atrocidades en la guerra. En cambio, el análisis histórico buscará las causas y explicaciones de la guerra y del Holocausto por fuera de la moral, combinando factores históricos, sociales, económicos, culturales que permitan construir una narración coherente de lo ocurrido. También aquí resultan aporías y decisiones arbitrarias. ¿Hasta dónde se puede uno remontar en la historia alemana para explicar lo ocurrido? ¿Al Tratado de Versalles? ¿O hasta la Guerra de los Treinta años? Ambos modos de análisis, el moral y el histórico, requieren decisiones y se enredan en sus propias aporías, pero el mayor peligro está en confundirlos, en sostener juicios morales con argumentos históricos, y a la inversa,

Quien se atiene al juicio moral –y eso hay veces que es inexcusable– y quien argumenta de modo causal-genético –y hay veces que este es un camino hipotéticamente sensato– debe tener a la vista las diferencias insalvables que limitan ambos planteamientos. [...] Pues ni los juicios globales de una variante moral o de la causal pueden unificarse con los recuerdos que remiten a las experiencias concretas de los supervivientes. Tanto en el planteamiento científico como en

66. R. Koselleck, *Von Sinn und Unsinn... op. cit.*, 252.

67. R. Koselleck, “Der 8. Mai zwischen Geschichte und Erinnerung”, en *Vom Sinn und Unsinn... op. cit.*, 254-268.

68. R. Koselleck, “El 8 de mayo...”, *op. cit.*, 261.

la vida cotidiana tenemos que aprender a vivir con diferencias que no se disuelven de hoy para mañana. Tenemos que aprender a soportar las diferencias.⁶⁹

No hay, pues, unificación posible entre la historia y la memoria, entre el juicio moral y las múltiples facetas y perspectivas de lo ocurrido, entre la realidad fáctica de las experiencias primarias y las narraciones en las que se recogen. Por eso, la historia universal no es juicio final –como han pretendido en definitiva todos los progresistas desde Schiller–, ni se resuelve en una comunidad política del recuerdo, sino que las diferencias se deben sostener y resistir. En este alegato en favor de la diferencia frente al impulso unificador y englobante de la memoria se revela el liberal Koselleck; no en vano, el liberalismo ha sido definido –cierto que en otro contexto– por Michael Walzer como un arte de la separación. Pero, sobre todo, es lo que le impide encontrar un identificador para el tiempo histórico de los últimos treinta o cuarenta años. Antes bien, parece que Koselleck coloca al historiador fuera de la contienda, en la misión de mediar entre la multiplicidad de los recuerdos y una historia común que mantenga a aquellos separados: una misión que, dice, puede sonar «arrogante o utópica.»⁷⁰ Él sabe que tan utópico es mantener separadas las diferencias como soñar con unificarlas y fundirlas todas.

Pero este recurso a lo utópico, casi como una excusa, y la apelación final al duelo que a todos une, suena curiosamente paradójico en quien trata de mantener la autonomía de la historia. Viene a reconocer que, si es utópica la pretensión de una cultura de la memoria que haga justicia –justicia moral y justicia histórica– a los recuerdos negativos del pasado, esto es el programa de Assmann, también lo es una historia capaz de mantener separados los múltiples recuerdos en conflicto y que sea a la vez una historia común. Pero un historiador no sugiere utopías, menos aún uno como Koselleck. En ningún caso, esta paradoja no le quita valor a su propuesta. Pone tan solo de manifiesto que, en el nuevo cronotopo de los últimos decenios, Koselleck es solo una voz más, la limitada voz del historiador y del testigo del tiempo, pero no del teórico de una nueva temporalidad, como sí lo fue respecto a la temporalidad moderna.

69. R. Koselleck, “El 8 de mayo...”, *op. cit.*, 264.

70. R. Koselleck, “El 8 de mayo...”, *op. cit.*, 264.

ALTERNATIVE TEMPORALITIES:
WAYS OF IMAGINING THE PASSING OF TIME

Temporalidades alternativas: modos de imaginar el paso del tiempo

Montserrat Herrero

Departamento de Filosofía/ICS de la Universidad de Navarra

mherrero@unav.es - <https://orcid.org/0000-0001-8949-3742>

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 21.07.2020

Resumen

Una buena parte de las investigaciones en el ámbito de la teoría de la historia de las últimas décadas muestran un creciente interés en volver a imaginar la relación entre el pasado, el presente y el futuro en la historia. El artículo denomina «temporalidades alternativas» a aquellos modos de imaginar el paso del tiempo anti-lineales, cíclicos o helicoidales, que producen modos de representar la historia en los que pasado, presente y futuro se interpenetran. La teoría de la historia de Koselleck ha hecho mucho por estos modos de representar la temporalidad histórica. En particular, su noción de «horizonte de expectativa», abre el camino al

Abstract

Recent articles published in the last decade on theoretical aspects related to history deal with re-imagining the relationship between the past and the present in history. This article calls “alternative temporalities” those temporalities that imagine time and its passing in an anti-lineal way, cyclical and attuned to the persistence of the past in the unfolding of the present and future, and vice-versa. Koselleck’s theory of history has done much for these ways of representing historical temporality. In particular, his notion of “horizon of expectation” opens the way to the prominence of the future in the represent-

protagonismo del futuro en las representaciones del tiempo histórico. El artículo ahonda en las reflexiones de Koselleck sobre la derivación teológico-política de la idea de futuro arraigada en la profecía escatológica, para seguir el hilo de esta idea y conducirla más allá de las conclusiones de Koselleck, tomando pie de las reflexiones sobre el tiempo de algunos filósofos del siglo XX.

Palabras clave

Temporalidades, teoría de la historia, horizonte de expectativa, tiempo histórico, tiempo mesiánico, Reinhart Koselleck.

ations of historical time. The article delves into Koselleck's reflections on the theological-political derivation of the idea of the future rooted in eschatological prophecy, to follow the thread of this idea and lead it beyond the conclusions of Koselleck, following the point of view of some philosophers of 20th Century.

Keywords

Temporalities, theory of history, horizon of expectation, historical time, messianic time, Reinhart Koselleck.

1. Introducción: temporalidades alternativas

Una buena parte de las investigaciones en el ámbito de la teoría de la historia de las últimas décadas muestran un creciente interés en volver a imaginar la relación entre el pasado, el presente y el futuro en la historia.

La idea tradicional de que el pasado ha muerto (Pierre Nora), es decir, que queda atrás definitivamente en una imagen del tiempo lineal y progresiva que avanza hacia un futuro está siendo cuestionada. En efecto, postmodernismos de todo tipo intentan difuminar la rígida distinción entre pasado, presente y futuro. Tomando la expresión de Bruce Holsinger, denomino «temporalidades alternativas» a aquellos modos de imaginar el paso del tiempo anti-lineales, cíclicos o helicoidales, que producen modos de representar la historia en los que pasado, presente y futuro se inter-penetrán.¹ La teoría de la historia de Koselleck ha hecho mucho por esta idea. En particular, su noción de «horizonte de expectativa» ha abierto el camino al protagonismo del futuro en las representaciones del tiempo histórico.

Un ejemplo contemporáneo de esta búsqueda de temporalidades alternativas es Aleida Assmann, quien en *Cultural Memory and Western Civilization Writing, Remembrance, and Political Imagination*² aboga por una construcción del pasado desde el presente. Es el caso también de Berber Bevernage, quien en *History, Memory and State-Sponsored Violence Time and Justice*³ estudia cómo se construye el tiempo histórico en momentos posteriores a regímenes represivos y concluye para esos casos la imposibilidad de la muerte del pasado. Por su

1. B. Holsinger, “Empire, Apocalypse and the 9/11 Premodern,” en A. Cole and D. Vance Smith, eds., *The Legitimacy of the Middle Ages: on the Unwritten History of Theory*, Durham, North Carolina & London, 2010, 94-119.

2. A. Assmann, *Cultural Memory and Western Civilization Writing, Remembrance, and Political Imagination*, Cambridge, 2011.

3. B. Bevernage, *History, Memory and State-Sponsored Violence Time and Justice*, New York and London, 2011.

lado, François Hartog afirma que estamos en un régimen histórico «presentista»⁴, es decir, un tiempo cuyo modo de pensar y escribir la historia concibe el presente como única posibilidad de acceder al pasado; y, en el que el futuro, se percibe como una amenaza. Es la falta de distanciamiento riguroso del presente respecto de su pasado, lo que permite a la memoria ser un concepto clave de la temporalidad presentista. Pero es esta una memoria que ya no prepara para el futuro, sino que queda reducida a su capacidad de germinar el presente.

2. Reinhart Koselleck y la interpenetración de los tiempos históricos

La teoría de la historia de Reinhart Koselleck fue pionera en esta nueva concepción de la interpenetración de los tiempos históricos. Si bien la cronología natural es esencialmente cíclica, el tiempo histórico juega con las dimensiones de presente, pasado y futuro, correlativas a los modos de experimentar el tiempo por parte del hombre. Para apuntalar esta afirmación, Koselleck cita tanto a Agustín de Hipona en el capítulo 11 de sus *Confesiones*, donde las tres dimensiones del tiempo se derivan a la memoria, a la percepción y a la expectativa en el alma,⁵ como a Heidegger en el capítulo 5 de *Sein und Zeit*, donde la constitución temporal de la existencia humana se revela como condición de toda historia posible. Finalmente remite a Gadamer, quien descubrió del mejor modo la implicación histórica de toda experiencia y de toda comprensión.⁶

En el núcleo del intento teórico de Koselleck está el reemplazar la imagen del tiempo lineal homogéneo con una noción de temporalidad estratificada, que está reñida con la idea de periodización de la historia producto de la modernidad.⁷ Nada está definitivamente ni en el pasado, ni en el presente, ni en el futuro, al menos en la interpretación de la historia. El modo de configurar históricamente el tiempo es interpretable desde esos vectores. De ahí que podamos hablar de «múltiples temporalidades». En efecto, los estratos del tiempo son «diferentes niveles temporales en los que se mueven las personas, se desarrollan los acontecimientos o se averiguan sus presupuestos de larga duración».⁸ La pluralidad metodológica que lleva consigo la estratificación temporal impide una periodización y una interpretación definitiva de la historia, porque un mismo acontecimiento puede aparecer

4. F. Hartog, *Régimes d'Historicité. Présentisme et expériences du temps*, Paris, 2003.

5. R. Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993, 338.

6. Mencionemos en este punto la idea gadameriana de historia efectual. H. G. Gadamer, "La continuidad de la historia y el instante de existencia", en *Verdad y Método II*, trad. Manuel Olasagasti, Salamanca, 1994, 370. Gadamer se refiere al hallarse ya siempre bajo los efectos de la historia, cuando estamos comprendiendo la historia. Nos habla del poder de la historia sobre la conciencia.

7. R. Koselleck, *Estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, 2001, 36.

8. R. Koselleck, *Estratos del tiempo*, op. cit., 35.

ubicado de muy diferente manera en cada uno de los estratos: como nuevo o como viejo, como pasado, como presente o como futuro.⁹

Un perfecto exponente contrario a esta concepción sería, por ejemplo, Hans Blumenberg en sus tesis en *La legitimidad de la Edad Moderna*, en donde expone su posición rupturista de la Edad Moderna respecto de la Edad Media, como un tiempo nuevo. Como señala Kathleen Davis en su libro *Periodization and Sovereignty*,¹⁰ la periodización de la historia es simplemente un modo de ejercer el poder político asociado a la idea de soberanía y no una representación del tiempo histórico. En su opinión, la tesis de Blumenberg es una aplicación más de este principio. En efecto, la idea de soberanía nace con la Modernidad y con ella la Modernidad misma se convierte en un periodo soberano autoreferencial; en definitiva, es un modo de ejercer la «política sobre el tiempo», que derivó en una periodización lineal en la que las etapas sucesivas progresaban sobre las anteriores.

Sin embargo, muchos han interpretado la imagen de los estratos temporales de Koselleck como si fuera una teoría de la periodización. Es el caso de la misma Kathleen Davis, Peter Osborne o Lynn Hunt. Sin embargo, como señala Helge Jordheim,¹¹ la idea de temporalidades múltiples de Koselleck no debe entenderse en los términos de una pluralidad de tiempos históricos en sucesión cronológica, como si fuera una teoría alternativa de la periodización histórica. Más bien, como decía antes, intenta romper la idea de periodización lineal, integrando en la narrativa de la historia estructuras de comprensión circular, como son las estructuras de repetición o las formulaciones lingüísticas que permiten la continuidad de la historia.

El modo que tiene Koselleck de «historizar» el tiempo se mueve en dos vectores polarmente opuestos: el *Erfahrungsraum*, el espacio de experiencia, y el *Erwartungshorizon*, el horizonte de expectativa.¹² Estos dos polos son categorías formales que actúan como condición de posibilidad de que se puedan narrar historias. O como él mismo señala, «no existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante las experiencias y esperanzas de personas que actúan o sufren».¹³ La teoría de la historia de Koselleck está anclada en la antropología.

9. R. Koselleck, *Estratos del tiempo*, *op. cit.*, 36: «Cuando hablemos en adelante de estratos del tiempo, deberá pensarse también en los hallazgos de experiencia, descifrados analíticamente en tres estratos, que son la unicidad de los acontecimientos, las estructuras de repetición (de carácter circular respecto a los acontecimientos) y los fenómenos “trascendentes” (no en el sentido del más allá, sino en el sentido de que rebasan los límites de las generaciones presentes, *Estratos del tiempo*, *op. cit.*, 41-42.), cuya existencia en la conciencia común sobrepasa la experiencia de individuos o generaciones». En efecto, a cada una de estas experiencias corresponde un método histórico: el registro, la narración y la re-escritura, son los tres que señala Koselleck en *Estratos del tiempo*.

10. K. Davis, *Periodization and Sovereignty: How Ideas of Feudalism and Sovereignty Govern the Politics of Time*, Philadelphia, 2008.

11. H. Jordheim, “Against Periodization: Koselleck’s Theory of Multiple Temporalities,” *History and Theory*, Vol. 51, No. 2 (2012), 151-171.

12. R. Koselleck, *Futuro pasado*. *op. cit.*, 15 y 333 y ss.

13. R. Koselleck, *Futuro pasado*, *op. cit.*, 335.

La tesis de Manuel Orozco ha llegado a conclusiones relevantes en este sentido, poniendo el énfasis en la noción de experiencias primarias.¹⁴

En lo que sigue, me centraré en la idea de horizonte de expectativa, que nos habla de uno de los «vectores del tiempo» tradicionalmente denominado «futuro». No hay que obviar, en cualquier caso, que también la idea de expectativa depende lógicamente del espacio de experiencia.

3. La derivación teológico-histórica de la idea de futuro en la Modernidad: el tiempo escatológico

Todo futuro es un horizonte de expectativa, aunque efectivamente en sí mismo es ya «históricamente interpretable» desde los diferentes vectores del tiempo. Esto es lo que permite a Lucien Hölscher en *Entdeckung der Zukunft*, siguiendo a Koselleck, diferenciar el «pasado presente», entendido como una expectativa en el pasado que ha venido a ser; el «futuro pasado», entendido como una expectativa de futuro que no se realizó en un presente; o de lo que fue un auténtico futuro no esperado –«futuro presente»–, es decir, el efectivo futuro de un pasado.¹⁵

En efecto, la coordinación de experiencia y expectativa se desplaza y modifica en el curso de la historia. Koselleck se detiene en dos acontecimientos históricos que están particularmente ligados a la comprensión moderna del futuro: la Reforma y la Revolución Francesa. Ambos parecen contradecir esta orientación a las múltiples temporalidades en favor de una idea de tiempo histórico lineal y acelerado gracias a una determinada imagen del futuro.

La Reforma con su particular interpretación de la parusía pone el énfasis en una nueva categoría temporal, a saber, la del «acortamiento del tiempo». Según Lutero, el fin del mundo se acercaba a toda velocidad, de modo que la última profecía iba a tener un cumplimiento inmediato. El Imperio ya no debería tener nada que ofrecer. El «acortamiento del tiempo» significaba para Lutero una bendición, al mismo tiempo que una llamada a estar vigilante, pues el tiempo restante era cada vez menor.¹⁶

14. M. Orozco Pérez, *Aceleración y temporalización de la historia. La modernidad según Koselleck*. Tesis doctoral, Universidad Carlos III de Madrid, 2017.

15. L. Hölscher, *Entdeckung der Zukunft*, Frankfurt am Main, 1999.

16. R. Koselleck, *The practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford, 2002, 245: «In Christian preaching, before the end of the world arrives, God is said to make time pass by more quickly. Behind this teaching stands the cosmological idea that God, as master of times, could bring about the planned end of the world earlier than scheduled and, in fact, would do so for the sake of the elect whose suffering would be alleviated (Mark 13:20, Matthew 24:22). Of course, one might psychologize or ideologize this mythological language of apocalyptic expectation. Within this belief in the imminent foreshortening of time, it is not difficult to see the wish of the suffering and the oppressed to exchange misery as fast as possible for paradise. However, if one observes the *topos* of the eschatological foreshortening of time in terms of its historical interpretations, one arrives at the astonishing finding that from the initially suprahistorical foreshortening of time came a gradual acceleration of history itself. Luther, for example, strongly believed that God would foreshorten time before the unknown end of the world. But he no longer believed years

En opinión de Koselleck, esta idea teológica de un tiempo lineal que se acorta gracias a la representación de un horizonte de expectativa, recibe un sustituto funcional en un mundo progresivamente secularizado: la «aceleración del tiempo». La nueva experiencia que abre el contexto de inteligibilidad secular a esta referencia temporal es el dominio progresivo de la tecnología.¹⁷ En efecto: «La experiencia primaria ya no está constituida por la experiencia de salvación con tintes religiosos, sino por la del éxito técnico, que integra la red comunicativa humana y eleva la productividad en intervalos temporales cada vez más reducidos».¹⁸

Una cierta modificación de esa imagen del tiempo acontece con la Revolución Francesa. A la aceleración se añade la incertidumbre y consiguientemente la amenaza. Es justamente en este particular momento, en su opinión, cuando aparece como tal la idea de «futuro» como un tiempo desconectado de cualquier presente, como lo nuevo que no se puede representar desde las categorías de que se dispone. No se puede excluir la posibilidad de que en ese proceso de aceleración el hombre mismo aniquile las condiciones de posibilidad de su propia existencia por saturación cultural y técnica.¹⁹

El *Sattelzeit* o tiempo de sutura, que así denomina a la cierta ruptura que se establece con el acontecimiento de la Revolución, marca una línea divisoria –que parece ser ontológica y no simplemente fruto de una perspectiva interpretativa–.²⁰ La imposibilidad del «uso del

would turn into months, months into weeks, and weeks into days before the eternal light would negate the difference between day and night; instead, he already interpreted the foreshortening of time historically: events themselves, with the disintegration of the church rapidly rushing onward, were for him a harbinger of the coming end of the world. The burden of proof for the engulfing Last Judgment was no longer summed up in the mythological imagination that rime itself is able to be foreshortened, but rather it was expected from empirically observable historical events as such».

17. R. Koselleck, *Zeitschichten: Studien zur Historik*, Frankfurt, 2000, 194: «Primar Erfahrung war nicht mehr die religiös eingefärbte Heilserwartung, sondern sie des technischen Erfolges, die in immer kürzeren Zeitabständen des menschlichen Kommunikationsnetzes zusammenführte und die Produktivität erhöhte».

18. R. Koselleck, «Acortamiento del tiempo y aceleración. Un estudio sobre la secularización», en: *Aceleración prognosis y secularización*, Valencia, 2003, 61.

19. R. Koselleck, «Acortamiento del tiempo y aceleración», *op. cit.*, 71: «podría entonces resultar que la aceleración registrada hasta hoy sea sólo el indicio de una fase de transición, tras la cual habrá que proceder a una nueva distribución de las respectivas cuotas entre duración y supervivencia, entre cambio y transformación. En términos políticos, lo importante es saber quién acelera o retarda a quién o qué, dónde y cuando». Parece que de nuevo estamos en lo de siempre: alguien tendrá que ocupar el lugar del *katechon*. Simplemente en este caso la retención no es de la venida del Anticristo, sino la retención de la aceleración.

20. En efecto, siendo así que la continuidad de la historia se produce en el medio lingüístico, como subrayó Gadamer (H.-G. Gadamer, «La continuidad de la historia y el instante de existencia», *op. cit.*, 142), el efecto de la Revolución según Koselleck fue sobre todo el cambio de significado de las palabras, lo cual supone la ruptura misma del medio de la continuidad por algún acontecimiento que no puede ser más que extralingüístico. Gadamer, «La continuidad de la historia y el instante de existencia», *op. cit.*, 136: «Los recursos fenomenológicos permiten mostrar que eso se da realmente, es decir, que no deriva sólo de nuestro interés cognitivo». Este nuevo comienzo producido por un acontecimiento político, está, sin embargo, lejos de pertenecer a una política del tiempo histórico, en la medida en que es el lenguaje en su conjunto el que se transforma y no una decisión historiográfica de periodización.

pasado» para comprender el presente es quizás el rasgo diferencial de la experiencia de la temporalidad histórica abierta por la Revolución, tanto o más que el hecho de la aceleración, es decir, de la prognosis de que todo va a ir más rápidamente que hasta ahora.²¹

Peter Burke en la introducción al libro *The uses of the Future in Early Modern Europe*, es crítico con la genealogía de la categoría de futuro que propone Koselleck. No se puede sin más ceñir al año 1770 la aparición de la idea de un «futuro construible» o de un «futuro abierto», que seculariza trivializando la visión apocalíptica. En su opinión, este tipo de representaciones del futuro habían existido en convivencia con la concepción teológica de la historia, no sólo en la modernidad temprana, entre el 1500 y el 1700, sino incluso en la época medieval.²² Siento simpatía hacia la perspectiva de Burke en la medida en que, de ser cierta, como él muestra con numerosos ejemplos, desbarataría la hipótesis de la progresiva secularización de la historia. Es cierto que los ejemplos que pone, tanto los basados en las novelas ficcionales sobre el futuro, como en las clásicas utopías de Moro, Campanella o Bacon, como en las vivencias de la historia social de los mercaderes, la planificación familiar o en el análisis de la idea de decadencia, no aluden a una de las cuestiones centrales en la que Koselleck hacer gravitar lo característico del nuevo tiempo por relación al periodo pre-moderno, a saber, la aceleración.

En cualquier caso, reconocer la novedad de la toma de conciencia de la aceleración del tiempo histórico como resultado de una transferencia de una idea del ámbito sagrado al profano, no implica asumir el proceso de secularización del tiempo histórico como una prognosis añadida. Más allá del comentario a las tesis de Koselleck y de la crítica a Hölscher, es interesante lo que Burke intenta mostrar –y que yo asumo en mi interpretación–, a saber: que tanto el paradigma apocalíptico del uso del futuro en la interpretación de la historia, como el paradigma de la constructibilidad del futuro, se dan en paralelo en muy diferentes contextos de escritura de la historia y no se debe absolutizar ninguno de ellos como característico del «espíritu de un tiempo».

Particularmente es interesante en este sentido el libro de Burrow y Wei, *Medieval Futures*, donde aparece con claridad cómo una época cargada de representaciones del futuro en forma de escatología, milenarismo y profecía contaba al mismo tiempo con representaciones «mundanas» del futuro. También los medievales trataban de predecir, planear y pronosticar el futuro.²³ De ahí que, lo que se podría reprochar a Koselleck es que, además de aceptar el proceso de secularización siguiendo a Karl Löwith sin demasiado contrapunto crítico, no haya dedicado apenas espacio al tiempo profético como una de las imágenes del paso del

21. R. Koselleck, “Acortamiento del tiempo y aceleración”, *op. cit.*, 64. «Mientras que, en lo tocante al contenido, la historia no puede sino repetirse, lo propiamente innovador de esta experiencia revolucionaria francesa reside en que todo ha ido más rápidamente que hasta ahora». Y cita también a B. G. Niebuhr, quien abunda en esta idea en *Geschichte des Zeitalters der Revolution* y lanzó esta prognosis en 1845, según cita el mismo Koselleck. Ver B. G. Niebuhr, *Geschichte des Zeitalters der Revolution*, Hamburg, 1845, vol I, 54.

22. P. Burke, “The History of the Future 1350-2000”, en: A. Brady and E. Butterworth, *The uses of the Future in Early Modern Europe*, New York, 2010, IX-XVIII.

23. J. Burrow y I. P. Wei, *Medieval Futures. Attitudes to the Future in the Middle Ages*, Woodbridge, 2000.

tiempo más fértiles para comprender modos de experiencia temporal alternativos al meramente lineal, más allá de las reflexiones sobre la interpretación luterana del mismo.

Ciertamente, en los textos de Koselleck, como, por otra parte, también en los de Löwith, la comprensión del tiempo del cristianismo aparece como la inauguración de una imagen del tiempo lineal. Sin embargo, esta linealidad no puede ser interpretada como una sucesión de presente, pasado y futuro. Y si esto es así, tampoco se puede considerar válida sin más la tesis según la cual el tiempo lineal y acelerado se produce desde una imagen teológico-profética. Insisto, la aceleración parece ser una categoría post-cristiana relativa al tiempo histórico, que, sin embargo, aunque sea producto mental de una transferencia desde el ámbito teológico,²⁴ no se puede derivar como tal de presupuestos teológicos, porque, si bien toda profecía es en sí una interpretación histórica, la representación del tiempo que contiene no es meramente lineal. Es decir, la transposición de la escatología no derivaría en una concepción del tiempo meramente lineal.

A pesar de no tomarlo demasiado en serio, el mismo Koselleck percibe que «la posibilidad de descubrir el futuro choca, a pesar de los pronósticos posibles, contra un límite absoluto, porque no es posible llegar a experimentarla».²⁵ Es justamente ese límite absoluto lo que hay que pensar y no simplemente transportarlo ilimitadamente en una línea temporal.²⁶ Koselleck dirá, en primer lugar, que es un límite absoluto en el sentido de que no se puede

24. O. Brunner, W. Conze, R. Koselleck (eds.) *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol II, entrada *Fortschrift*, Klett, Stuttgart, 1975, 371.

25. R. Koselleck, *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 340.

26. R. Koselleck, *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 337: «la coordinación de experiencia y expectativa se ha desplazado y modificado en el transcurso de la historia. Si sale bien la prueba, se habrá demostrado que el tiempo histórico no sólo es una determinación vacía de contenido, sino también una magnitud que va cambiando con la historia, cuya modificación se podría deducir de la coordinación cambiante entre experiencia y expectativa». *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 26: «A esta situación responde el hecho de que el futuro del mundo y su final estén incluidos en la historia de la Iglesia, por lo que las profecías que volvían a resurgir caían bajo el veredicto de herejía. El fin del mundo, que tardaba en llegar, constituyó a la Iglesia de tal modo que se pudo estabilizar bajo la amenaza de un fin del mundo que podía llegar en cualquier momento y en la esperanza de la Parusía. Hay que entender el *eschaton* desconocido como un factor integrador de la Iglesia que, de ese modo, pudo asentarse como mundo y estructurarse como institución. La Iglesia es ya, en sí misma, escatológica. Pero, en el momento en que las figuras del apocalipsis de Juan se aplican a sucesos o instancias concretos, la escatología actúa de forma desintegradora. El fin del mundo es un factor de integración sólo en la medida que queda indeterminado en un sentido político-histórico. De este modo, el futuro, como posible fin del mundo, ha sido incluido en el tiempo como constitutivo para la Iglesia y no se encuentra, en un sentido lineal, al final del tiempo: más bien, se puede concebir el final del tiempo sólo porque está conservado desde siempre en la Iglesia. Y así la historia de la Iglesia es la historia de la salvación. Esta tradición fue destruida en sus presupuestos internos por la Reforma. Ni la Iglesia ni los poderes mundanos eran capaces de sujetar las energías que irrumpieron en el mundo de Europa con Lutero, Zuinglio y Calvino. Lutero desesperaba, en su ancianidad, de que fuera posible la paz: la época del Imperio no puede ofrecer ya nada». Lo que yo denomino «tiempo profético» es en esta descripción de Koselleck «el tiempo de la Iglesia» y no es transferible a categorías históricas, como si sucedía en la interpretación de Lutero. El tiempo de la Iglesia no es lineal y no es, estrictamente hablando, tampoco histórico. Por cierto, que también Nietzsche habla de

deducir de lo que se piensa, es decir, no es una extensión del tiempo presente hacia adelante y, por tanto, es un límite absoluto para la experiencia. Hay un hiato entre experiencia y expectativa que al pensamiento le aparece como una aporía. La historia es indisponible.²⁷ El futuro histórico, dirá Koselleck, no se puede derivar por completo a partir del pasado histórico.²⁸ Siempre sucede algo distinto a como se espera. Por eso, tampoco se debe hablar de causalidad en las narrativas históricas. De ahí la conveniencia de pensar el tiempo histórico desde la estructura temporal de la profecía.²⁹

Koselleck de hecho evoca la «lógica profética» en algunos párrafos del análisis de su concepto de crisis en *Geschichtliche Grundbegriffe*.³⁰ Siguiendo el argumento de Kittel en *Theologisches Wörterbuch des Neuen Testaments*, señala cómo el sentido forense del término crisis fue acogido en la traducción de la Biblia de los 70 y, de ese modo, transferido a la esfera teológica. En el siglo XVIII la transferencia fue la inversa, del sentido teológico a la filosofía de la historia y a la interpretación de la historia como tal. En su opinión, el primero en capitalizar este sentido fue Schiller: *Die Weltgeschichte ist das Weltgericht*.³¹ La única crisis relevante es el juicio final en el que se hará verdadera justicia. Lo cierto es que, a través del anuncio de Cristo, esa justicia ha sido en parte revelada aquí y ahora, aunque aún no haya llegado a

un «tiempo absoluto». *Posthumous Fragments* 1884 25[406]: «Unsere Ableitung des Zeitgeföhls usw. setzt immer noch die Zeit als absolut voraus».

27. En este punto ver R. Koselleck, “Sobre la disponibilidad de la historia,” en *Futuro pasado*, *op. cit.*, 251-266. También el desarrollo que ha hecho de sus tesis C. Bouton en *Faire l'histoire*, Paris, 2013. Aparece ahí una genealogía de la factibilidad de la historia y las objeciones que ha puesto la teoría de la historia a esa categoría.

28. R. Koselleck, *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 341.

29. Esto lo entendieron bien los filósofos modernos, particularmente Hobbes, cuando señaló que el poder dependía de la capacidad de prever el futuro. No en vano los sistemas absolutos tuvieron una lucha sostenida contra las profecías de cualquier tipo, como se puede ver en la obra de Hobbes. T. Hobbes, *Leviatán*, capítulo 36. O en el caso de Spinoza. B. Spinoza, *Tratado teológico-político*, capítulo 1. Así señala Koselleck: «El Estado consigue, a la fuerza, convertirse en monopolio del dominio del futuro reprimiendo las interpretaciones apocalípticas y astrológicas». R. Koselleck, *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 29.

30. R. Koselleck, “Krise,” in: *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, ed. O. Brunner, W. Conze and R. Koselleck, Stuttgart, 8 vols, 1972-1997, vol III, 1982, 617-650.

31. F. Schiller, *Resignation. Eine Phantasie* (1781/1784). R. Koselleck, *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford, 2002, 237: «In theology, specifically since the New Testament, *krisis* and *judicium* both gain a new and, to a certain extent, unsurpassable meaning taken up from legal language: the judgment before God. This might be that crisis meant the Last Judgment at the end of time, or the judgment that appeared with Christ's Second Coming through the light that he brought to this world, something that would already be present to all believers during their lifetimes». Y, *op. cit.*, 240: «The associative power of both God's judgment and the Apocalypse constantly contributed to the use of the word such that no doubt can be raised as to the theological origin of the new form of the concept. Not least of all, this is proven by the fact that historico-philosophical diagnoses of crises often operate within rigid compulsory alternatives which preclude a differentiated diagnosis but which appear to be all the more effective and plausible because of their prophetic associations».

hacerse completamente efectiva: sí como criterio de justicia, no definitivamente como juicio. Ese acontecimiento final es un horizonte de expectativa teológicamente cualificado. Gracias a él la crisis queda siempre abierta como un acontecimiento cósmico, aunque ya se ha realizado en el juicio de cada conciencia. El juicio final queda temporalizado históricamente en las conciencias y, por tanto, actúa en cierto sentido en el presente de la historia. En cualquier caso, el aplazamiento de su efectividad y la trascendencia del juicio van de la mano en el acontecer profético. Es una temporalización diferente a la implícita en los versos de Schiller, según la cual, todo acontecimiento lleva consigo su propio juicio sin ningún tipo de aplazamiento ni trascendencia.³² Al final de la narrativa idealista, la crisis pierde su significado apocalíptico o transicional y se convierte simplemente en un elemento estructural de la historia como futuro: la «escatología es, por decirlo así, monopolizada históricamente»,³³ dirá Koselleck. Y, sin embargo, también el Apocalipsis es una posibilidad real para la historia hoy, más que nunca.³⁴ Gunther Anders, por ejemplo, habló de un apocalipsis tecnológicamente posible.³⁵ Historia y profecía no pueden quedar completamente desacopladas, como no pueden quedar desacoplados futuro y fin del tiempo.³⁶

En efecto, es poco realista pensar que simplemente el futuro se deduce del pasado o que el futuro es simplemente construible. Y, sin embargo, por otro lado, toda interpretación histórica alimenta y es alimentada siempre desde una expectativa que se forja en un contex-

32. R. Koselleck, *The practice of Conceptual History*, op. cit., 241: «Formally, this concerns the temporalization of the Last Judgment which is always and constantly enforced. It has a pronounced anti-Christian thrust because all guilt mercilessly enters into the personal life of the individual, into the history of political communities, into world history in its entirety. This model is compatible with fate, which in Herodotus appears behind all individual histories and which can be read again and again as the consummation of a world-immanent justice. However, Schiller's dictum raises a greater claim. An inherent justice, one which acquires almost a magical air, is not only required of individual histories but of all world history in toto. Logically, every injustice, every incommensurability, every unatoned crime, every senselessness and uselessness is apodictically excluded. Thus, the burden of proof for the meaning of this history increases enormously. It is no longer historians who, because of their better knowledge, believe themselves to be able to morally judge the past ex post facto, but rather it is assumed that history, as an acting subject, enforces justice. Hegel took it upon himself to settle the moral discrepancies and shortcomings resulting from this dictum. His world history remains the judgment of the world because the world spirit or the thoughts of God are realized in it in order to achieve their identity. Seen theologically, it is a question of the last imaginable heresy which wants to fully reckon with a Christian interpretation of history».

33. R. Koselleck, *The practice of Conceptual History*, op. cit., 242.

34. R. Koselleck, *The practice of Conceptual History*, op. cit., 247: «the question can be raised as to whether our semantic model of crisis as final decision has gained more chances of realization than it has ever had before. If this is the case, everything would depend upon directing all our powers toward deterring destruction. The katechon is also a theological answer to crisis».

35. G. Anders, *Die Antiquiertheit des Menschen. 1, Über die Seele im Zeitalter der zweiten industriellen Revolution*, München, 1961.

36. R. Koselleck, *The practice of Conceptual History*, op. cit., 247: «Perhaps the answer to crisis consists in looking out for stabilizers which can be derived from the long duration of prior human history. It could be that this question allows itself to be formulated not only historically and politically but also theologically».

to experiencial.³⁷ Esto ya lo señaló Nietzsche del mejor modo en la *Segunda Intempestiva*: «Quien carezca de una experiencia superior y más basta que los demás no podrá saber interpretar el pasado, pues este es siempre un oráculo: sólo como arquitectos del futuro y como concedores del presente podréis comprenderlo».³⁸

La estructura temporal implícita en la idea de profecía aún de modo radical esta tensión temporal entre experiencia y expectativa –entendida como un límite absoluto– que ilumina la comprensión del tiempo histórico y toda interpretación de la historia.

Koselleck, sin embargo, no aceptaría esta afirmación en la medida en que comprende la profecía como orientada a un más allá desplazado al fin del tiempo. De ahí que, desde su punto de vista, la profecía nada nos pueda decir acerca de un futuro histórico concreto, pues está siempre desplazada temporalmente. De hecho, como él mismo señala, del incumplimiento histórico de la profecía nunca se dedujo su falsedad, sino más bien al contrario: «el incumplimiento de esa expectativa se convertía en prueba de que el augurio apocalíptico del fin del mundo ocurriría la próxima vez con mayor verosimilitud. La estructura iterativa de la expectativa apocalíptica cuidaba de que las experiencias opuestas quedaran inmunizadas en el terreno de este mundo».³⁹ De ese modo, en su opinión, nunca colisionaron unas y otras expectativas: las estrictamente históricas y las trans-históricas, a pesar de permanecer siempre las unas referidas a las otras. Esta doble vía por la que discurría la imagen de la expectativa desaparece en opinión de Koselleck con la aparición de la ideología del progreso, que definitivamente aún ambas.⁴⁰

Sin embargo, la idea de profecía como límite absoluto nos habla de un futuro absoluto que no es sin más una extensión hacia el futuro de un determinado espacio de experiencia, ni tampoco es completamente independiente del futuro histórico esperable. Gadamer, en *La continuidad de la historia y el instante de la existencia*, denomina al final de los tiempos la «época absoluta». Desde su punto de vista, el fin de los tiempos es una experiencia epocal de la discontinuidad del tiempo que entró en la conciencia histórica antigua con la historia cristiana y que añadió nuevos significados, en particular, que existe un destino no cognoscible racionalmente y que, sin embargo, es en ese destino en el que se nos da la realidad de la historia y no en la actualización cognitiva del pasado, ni en el dominio del acontecer.⁴¹

Es justamente este matiz, que pone de manifiesto el texto de Gadamer, el que aparece en la idea de profecía liberada de la interpretación de Lutero, hasta tal punto que se puede decir que el tiempo profético puede ser elevado figurativamente a paradigma de compren-

37. R. Koselleck, *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 341: «Esta es la estructura temporal de la experiencia, que no se puede reunir sin una experiencia retroactiva».

38. F. Nietzsche, “Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida”, en, Germán Cano (ed). *Nietzsche I*, Madrid, 2009, 369.

39. R. Koselleck, *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 344-345.

40. R. Koselleck, *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 347: «el progreso se dirigía a una transformación activa de este mundo y no al más allá, por múltiples que puedan ser las conexiones que se establezcan desde la teoría de las ideas entre la expectativa de futuro cristiana y el progreso».

41. H.-G. Gadamer, *La continuidad de la historia y el instante de la existencia*, *op. cit.*, 139.

sión del tiempo histórico en una idea de tiempo alternativa a la linealidad en la que, por otro lado, y muy a su pesar, se mueve definitivamente la conceptualización de la historia de Koselleck.⁴² Y es lineal en la medida en que no es capaz de pensar la expectativa como un límite absoluto que puede ser «inmediato» a cualquier pasado, a cualquier presente, e incluso a cualquier futuro. La relativa circularidad de las estructuras formales es abstracta y afecta a la comprensión del tiempo histórico, pero no al modo de su constitución, como, sin embargo, sí lo hace la lógica profética del «ya, pero todavía no», que difiere del lineal «ya no, aún no», referido por Koselleck.⁴³

La expectativa no puede fundarse más que en una promesa, es decir, en un tiempo que llega desde el futuro y no es construido desde las experiencias pasadas; de ahí que carezcamos de toda representación de él que no sea «una revelación». Y, a pesar de la ausencia de su representación, no se puede prescindir completamente de él a la hora de interpretar la historia, aunque sólo apareciera como pregunta por el sentido.

4. El tiempo mesiánico, otro modo de derivación teológica del tiempo histórico

Numerosos filósofos contemporáneos han abordado la cuestión de ese tiempo que llega desde el futuro comprendido generalmente como «tiempo mesiánico». Es el caso en particular de Walter Benjamin, Jacques Derrida, Giorgio Agamben y John Caputo.

Para Benjamín, tal como señala en el *Fragmento teológico-político*:

Es el Mesías mismo quien sin duda completa todo acontecer histórico, y esto en el sentido de que es él quien redime, quien completa y crea la relación del acontecer histórico con lo mesiánico mismo. Por eso, nada histórico puede pretender relacionarse por sí mismo con lo mesiánico. Por eso, el Reino de Dios no es el *télos* de la *dýnamis* histórica, y no puede plantearse como meta. En efecto, desde el punto de vista histórico, el Reino de Dios no es meta, sino que es final. Por eso mismo, el orden de lo profano no puede levantarse sobre la idea del Reino de Dios, y por eso también, la teocracia no posee un sentido político, sino solamente religioso.⁴⁴

42. R. Koselleck, *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 342: «Constituyen (espacio de experiencia y horizonte de expectativa) una diferencia temporal en el hoy, entrelazando cada uno el pasado y el futuro de manera desigual». En la página 26: «el futuro como posible fin del mundo, ha sido incluido en el tiempo como constitutivo para la Iglesia y no se encuentra, en un sentido lineal, al final del tiempo: más bien, se puede concebir el final del tiempo sólo porque está conservado desde siempre en la Iglesia. Y así la historia de la Iglesia es la historia de la salvación». En este sentido lo que yo aquí denomino tiempo profético es para Koselleck «tiempo de la Iglesia» y no es transferible, como si lo fue su interpretación luterana, a las categorías históricas. El tiempo de la Iglesia no es lineal, pero tampoco es estrictamente histórico.

43. R. Koselleck, *Futuro Pasado*, *op. cit.*, 130.

44. Benjamin nunca publicó este texto, cuyo título fue añadido por Theodor W. Adorno (basándose en indicaciones del autor) y cuya fecha de redacción es desconocida: Adorno pensaba que el texto era de 1937;

En las *Tesis de filosofía de la historia* aparece con claridad el *Jetztzeit*, el tiempo-ahora, como la rasgadura por la que se cuele el Mesías, dirá en la tesis XVIII y en el apéndice B: «El tiempo-ahora, que como modelo del mesiánico resume la historia de la entera humanidad en una gigantesca abreviatura, coincide al milímetro con *la* figura que hace la historia de la humanidad en el universo». El historiador «funda un concepto del presente como el “tiempo-ahora”, en el que se encuentran salpicadas esquirlas del mesiánico».⁴⁵

Para Derrida la estructura mesiánica pertenece a nuestras representaciones históricas. En *Espectros de Marx*, Derrida argumenta que la dimensión mesiánica no puede ser separada de la justicia. Lo mesiánico implica justamente una demanda infinita de justicia para el otro.⁴⁶

Gershom Scholem y Rolf Tiedemann lo fechan en los años 1920-1921. De la traducción de Jorge Navarro Pérez publicada en W. Benjamin, *Obras* (libro II/vol. 1), Madrid, 2010. Su fragmento sobre *El significado del tiempo en el mundo moral*, escribe: «El juicio final es valorado como la fecha en la que todos los aplazamientos habrán terminado y todo castigo (*Vergeltung*) será realizado. Esta idea, sin embargo, que simula todo retraso como un aplazamiento en vano, falla en entender el significado inconmensurable del juicio final, de ese día constantemente aplazado que se fuga tan determinadamente en el futuro después de la comisión de todo delito. Este significado no es revelado en el mundo de la ley, donde el castigo tiene reglas, sino sólo en el universo moral, en donde el perdón sale a su encuentro. (...) La tormenta no es sólo la voz en la que se ahoga el llanto maléfico del terror; también es la mano que borra las huellas de sus delitos, incluso si tiene que devastar al mundo en el proceso. Como las velocidades huracanadas purificadoras por delante del trueno y el relámpago, la furia de Dios ruge a través de la historia en la tormenta del perdón, con el fin de barrer con todo lo que puede ser consumido para siempre en los relámpagos de ira divina. (...) El tiempo no sólo extingue las huellas de todos los crímenes sino también –en virtud de su duración, más allá de todo recuerdo u olvido– ayuda, en formas que son totalmente misteriosas, a completar el proceso de perdón, aunque nunca de la reconciliación [*Versöhnung*]». W. Benjamin, “Die Bedeutung der Zeit in der Moralischen Welt,” en *Gesammelte Schriften*, VI, Frankfurt am Main, 1991, 98.

45. W. Benjamin, “Theses on the Philosophy of History,” en *Illuminations*, New York, 1969, 259. “The here-and-now, which as the model of messianic time summarizes the entire history of humanity into a monstrous abbreviation, coincides to a hair with the figure, which the history of humanity makes in the universe” (Thesis XVIII). «It is well-known that the Jews were forbidden to look into the future. The Torah and the prayers instructed them, by contrast, in remembrance. This disenchanted those who fell prey to the future, who sought advice from the soothsayers. For that reason, the future did not, however, turn into a homogenous and empty time for the Jews. For in it every second was the narrow gate, through which the Messiah could enter». (Addendum B)

46. J. Svenungsson ha reeditado esta misma idea en *Divining History. Prophetism, Messianism and the Development of the Spirit*, New York, 2016. Svenungsson argumenta en favor de una interpretación teopolítica del motivo profético como el mayor legado de la herencia bíblica. Invoca una forma de ajusticiar que no puede ser reducida a ningún orden político. Esta es, en su opinión, la mayor diferencia con la idea de una teología política entendida como la tendencia a usar afirmaciones políticas para sostener una agenda política determinada. Ella está en favor de una interpretación restaurativa, en lugar de una interpretación apocalíptica. La primera pone el énfasis en una especie de reforma procesual, mientras que la segunda tiende a focalizarse en una idea de justicia que advendrá como una suerte de irrupción de un nuevo orden. En suma, para Svenungsson la mayor herencia de la tradición bíblica es la idea de una justicia como una misión incompleta.

Es decir, lo mesiánico es lo incondicional inscrito en cualquier condición: lo imposible inscrito en cualquier posibilidad.

En la tradición derridiana, hacer que la justicia acontezca ahora es vivir un tiempo mesiánico.⁴⁷ El tiempo mesiánico no es un «horizonte de posibilidad» o un «horizonte de expectativa», sino la experiencia de algo que llega repentinamente sin esperarlo.⁴⁸ Lo mesiánico tiene que ver con llegar adonde no puedes ir.⁴⁹ Hay que admitir que lo mesiánico se funda en una perspectiva filosófico-histórica basada en la fe (es decir, en afirmaciones que no pueden convertirse en conocimiento absoluto y pertenecen a lo anti-fundacional): fe en lo que está por llegar (o en lo que cada historiador particular cree que puede o debe llegar), fe en lo totalmente otro (*tout autre*). El gran reto de cada historiador es no convertir la escatología en teleología.⁵⁰ El futuro mesiánico pasa por la historia empírica y, sin embargo, no puede reducirse a ella.

En el caso de Agamben en *El tiempo que resta*,⁵¹ tiempo mesiánico significa el tiempo que queda para que podamos cumplir nuestra representación del tiempo. El Mesías ya ha venido; el acontecimiento mesiánico ya ha sido consumado, pero su presencia contiene en sí misma otro tiempo que dura hasta la parusía, de ahí que cada uno de los «tiempos-ahora»

47. M. Mason, "Exploring the Impossible: Jacques Derrida, John Caputo and the Philosophy of History" *Rethinking History* 10, no. 4 (2016), 501-522. Según Mason hay una nostalgia de lo nunca realizado-siempre esperado, pero que nunca se va a realizar- en las narraciones que producen los historiadores.

48. J. Derrida y B. Stiegler, *Ecographies of Television*, New York, 2002, 12: «There is not even a horizon of expectation for this messianicity before messianism. If there were a horizon of expectation, if there were anticipation or programming, there would be neither event nor history. (A hypothesis which, paradoxically, and for the same reasons, can never be rationally excluded: it is practically impossible to think the absence of a horizon of expectation.) In order for there to be event and history, there must be a "come" that opens and addresses itself to someone, to someone else that cannot and must not determine in advance, not as subject, self, consciousness, nor even as animal, god, or person, man or woman, living or nonliving thing».

49. J. Derrida y B. Stiegler, *Ecographies*, *op. cit.*, 13: «The most difficult thing is to justify, at least provisionally, pedagogically, this attribute "messianic": at issue is an a priori messianic experience, but a priori exposed, in its very awaiting, to what will only be determined *a posteriori* by the event. Desert in the desert (one gesturing toward the other [faisant signe vers l'autre]), desert of a messianic without messianism, where, without doctrine and without religious dogma, this arid waiting devoid of any horizon retains from the grand messianisms of the book only the relation [le rapport] to the one who arrives [or the arrival, l'arrivant], who [or that] can arrive—or never arrive—but about whom [which] I ought, by definition, not to know anything in advance». Para Hent de Vries este pasaje recapitula la cuestión central de la relación e incluso coimplicación entre idealidad y empiricidad. H. de Vries, *Religion and Violence*, Baltimore, 2001, 393. En *Deconstruction in a Nutshell*, New York, 1997, 3-28, 24, Derrida confiesa que oscila entre dos posibilidades, a saber, lo mesiánico y determinados mesianismos; y piensa que es posible pensar los dos conjuntamente.

50. A. Bradley, "Derrida's God: A Genealogy of the Theological Turn," *Paragraph* 29, no. 3 (2006), 21-42, argumenta que esta idea le hace evitar compromisos políticos. Bradley, "Derrida's God," *op. cit.*, 36: «Derrida's attempt to think the political through the vehicle of messianic, rather than historical, time risks foreclosing history as the site in which political invention must take place.»

51. G. Agamben, *The Time That Remains a Commentary on the Letter to the Romans*, Meridian, 2005.

puede ser la puerta a través de la cual el Mesías haga su aparición en ese «tiempo que resta». El tiempo mesiánico es así, para él un tiempo operacional que pende de un juicio.⁵² Es el juicio lo que es ya presente, de ahí que se pueda llevar a cumplimiento.

La visión de John Caputo de una postmodernidad profética también se dirige a la idea de imaginar temporalidades alternativas. Siguiendo la tradición derridiana, distingue un presente futuro, es decir, un futuro que construimos con nuestras obras y es, consecuentemente, calculable y predecible, y un futuro absoluto, abierto desde lo imposible, que es absolutamente impredecible y que, por tanto, siempre destruye nuestro «horizonte de expectativa». Esta es la idea del porvenir.

5. Conclusión: el tiempo profético entre la escatología y el mesianismo.

En las exploraciones acerca de las diferentes posibilidades históricas de representación de un horizonte de expectativa, el artículo se detiene en la descripción que hace Koselleck de la comprensión moderna del futuro que acontece en dos acontecimientos históricos: la Reforma y la Revolución Francesa. Ambos pertenecen a un mismo ciclo de derivación del tiempo histórico-político desde un paradigma teológico que deriva en una toma de conciencia de la aceleración del tiempo histórico. La exploración teológico-histórica que ofrece Koselleck es ciertamente plausible, sin embargo, las representaciones de aceleración del tiempo que vive la modernidad como resultado de una transferencia de una idea del ámbito sagrado al profano, no implica asumir el proceso de secularización del tiempo histórico como una prognosis añadida.

Dos son, por tanto, las objeciones que este artículo pone a la tesis central de Koselleck, que, sin embargo, se comparte en lo sustancial, a saber: primero, que como ha mostrado Burke, tanto el paradigma apocalíptico del uso del futuro en la interpretación de la historia, como el paradigma de la constructibilidad del futuro, se dan en paralelo en muy diferentes contextos de escritura de la historia; segundo, que Koselleck asume casi acríticamente -salvo

52. La ética mesiánica del *hos me* -el «como si» paulino- es el «tiempo» en el que tiempo y eternidad coinciden transformativamente como la *caesura* de cronos, que todavía no es eternidad. Es, por lo tanto, el tiempo del juicio: «the time that time takes to make an end» (G. Agamben, *The Time That Remains*, op. cit., 112) -el único tiempo en el que las criaturas podemos responder a nuestra llamada. Así Pablo nos urge a «mientras dispongamos de tiempo, hagamos el bien a todos» (Gal. 6:10; Ef. 5:16; Col. 4:5). Tomando ese tiempo no como propietarios, sino como amantes que lo llevan a su plenitud, siendo fieles al «como si» (plenitud=*pleroma* de tiempo Ef. 1:9-10). Para Pablo existe una relación entre las edades que está mesiánicamente configurada -es una relación parabólica y no noética-. Pablo insiste: «Si uno piensa que sabe algo, todavía no sabe cómo le conviene saber; pero si uno ama a Dios, ése ha sido conocido por Él.» (1 Cor. 8:2; 3). El que es conocido por Dios participa de la moción mesiánica de amor, de la *kénosis* que implica una «plenitud temporal» que une -literalmente, que «recapitula»- todas las cosas así en el cielo como en la tierra (Ef. 1, 10). Un proceso de este tipo no es sin más una hermenéutica que busca reemplazar un significado por otro en un dualismo supersesionista, es decir, en un movimiento de reemplazamiento del significado que camina de lo particular a lo universal, sino una realidad verificable.

cuando él mismo refiere la necesidad de pensar una temporalidad “absoluta”- que la comprensión del tiempo que inaugura el cristianismo es lineal.

Las representaciones de la temporalidad derivadas del cristianismo no pueden ser interpretadas como una sucesión de presente, pasado y futuro. Y si esto es así, tampoco se puede considerar válida sin más la tesis según la cual el tiempo lineal y acelerado se produce desde una imagen teológico-profética o teológico-escatológica. Si bien toda profecía es en sí una interpretación histórica, la representación del tiempo que contiene no es meramente lineal. Koselleck no aceptaría esta afirmación en la medida en que comprende la profecía como orientada a un más allá desplazado al fin del tiempo. De ahí que, desde su punto de vista, la profecía nada nos pueda decir acerca de un futuro histórico concreto, pues está siempre desplazada temporalmente.

Sin embargo, la idea de profecía como límite absoluto nos habla de un futuro absoluto que no es sin más una extensión hacia el futuro de un determinado espacio de experiencia. Y, sin embargo, tampoco es completamente independiente del futuro histórico esperable. Es justamente este matiz el que aparece en la idea de profecía liberada de la interpretación de Lutero, hasta tal punto que se puede decir que el tiempo profético puede ser elevado figurativamente a paradigma de comprensión del tiempo histórico en una idea de tiempo alternativa a la linealidad en la que, por otro lado, y muy a su pesar, se mueve definitivamente la conceptualización de la historia de Koselleck. Y es lineal en la medida en que no es capaz de pensar la expectativa como un límite absoluto que puede ser «inmediato» a cualquier pasado, a cualquier presente, e incluso a cualquier futuro. La relativa circularidad de las estructuras formales es abstracta y afecta a la comprensión del tiempo histórico, pero no al modo de su constitución, como, sin embargo, sí lo hace la lógica profética del «ya, pero todavía no», que difiere del lineal «ya no, aún no», referido por Koselleck. Como se ha mostrado en las páginas precedentes, la estructura temporal implícita en la idea de profecía aúna de modo radical la tensión temporal entre experiencia y expectativa –entendida como un límite absoluto– que ilumina la comprensión del tiempo histórico y toda interpretación de la historia.

La expectativa no puede fundarse más que en una promesa, es decir, en un tiempo que llega desde el futuro y no es construido desde las experiencias pasadas; de ahí que carezcamos de toda representación de él que no sea «una revelación». Y, a pesar de la ausencia de su representación, no se puede prescindir completamente de él a la hora de interpretar la historia, aunque sólo apareciera como pregunta por el sentido. Realmente es la temporalidad implícita en el mesianismo de Agamben la que más se parece a la temporalidad expresada en las profecías bíblicas.

Si desde esos textos nos preguntamos por qué puede significar un tiempo profético, deberíamos responder algo así: tiempo profético es un tipo de tiempo histórico que se hace efectivo por medio de una narrativa que se entiende como promesa. En efecto, toda narrativa profética es una interpretación histórica en la que el presente está vinculado a un pasado, pero muy particularmente a un destino futuro. Este destino futuro no es ni predecible ni imaginable, sino un futuro asegurado, prometido, en la forma de una traza de lo divino. Los profetas no son adivinos de un curso histórico, sino que anuncian una fe monoteísta y una esperanza de liberación que se conserva a través de la preservación de la moralidad y el culto. Ciertamente esto lo hacen

a través de la interpretación de acontecimientos históricos concretos, aunque, como señala Minois, la revelación del futuro no es la función esencial de los profetas.

La profecía en tanto narrativa histórica trabaja con una temporalidad no lineal en la que presente pasado y futuro se interpenetran: inaugura la lógica del «ya, pero todavía no». Tan necesario es el profetismo a la historia humana que podemos decir que nunca ha estado ausente de ella.⁵³ La presencia de los mensajeros de la divinidad fue testificada en Mesopotamia, Irán y Egipto antes que en Israel.⁵⁴ Nuestro tiempo también está situado dentro de la palabra profética.

El esquema temporal presente en la última profecía organiza el tiempo teniendo el horizonte de expectativa condicionado por una promesa que hace sostenible el futuro y esa promesa se realiza en todo tiempo como un futuro que, sin embargo, no está desplazado, sino que es hecho vigente desde un pasado que también es recuperable en todo tiempo. Por ejemplo, el libro de Daniel hace una periodización de la historia que alterna «el final de un tiempo» con «el final de los tiempos», después del cual vendrá el reino de Dios. También los judíos y los musulmanes interpretan la «supuesta historia profana» dentro de una promesa profética que está sucediendo en todo tiempo y opera de un modo más circular que lineal.⁵⁵

La posibilidad de pensar en un futuro absoluto como promesa que está sucediendo en todo presente y que ha sido efectivo en todo pasado es completamente disruptivo con la simple interpretación lineal de la historia. Es más bien un futuro que actúa en todo pre-

53. G. Minois, *Histoire de l'avenir: Des prophètes à la prospective*, Paris, 1996, 17-23. En efecto, cada civilización cuenta con formas de destinación de la acción que les aseguren un futuro en forma de acontecimientos concretos. Las civilizaciones antiguas contaban con oráculos, adivinos, augures y otros modos de dominio del futuro. Como señala Norman Cohn las civilizaciones antiguas como es el caso de los egipcios, los sumerios o los babilonios y los indo-iraníes, como también el de sus descendientes los iraníes y los hindúes también poseyeron representaciones similares del tiempo. N. Cohn, *Cosmos, Chaos and the World to Come*, New Haven and London, 1993.

54. Como señala G. Contenau en Asiria alrededor de 1800 a C, los profetas eran una institución similar a los consejeros. En Egipto, los nuevos soberanos eran anunciados por las profecías. Por ejemplo, la profecía de Nefer-Rohu fue escrita en entre el 1991-1786 a C, mil años antes de la profecía de Nathan sobre el rey David. G. Contenau, *La Divination chez les Assyriens et les Babyloniens*, Paris, 1940.

55. La tradición judeo-cristiana contiene literatura profética que consiste fundamentalmente en el libro de Daniel y el Apocalipsis de San Juan al final del Nuevo Testamento. Daniel hace una periodización de la historia que consiste en periodos sucesivos que se caracterizan por «el fin de un tiempo»; y el fin de la historia que es «el fin de los tiempos», después del cual llegará la instauración del reino de Cristo, después de un periodo catastrófico marcado por la venida del Anticristo. Estos libros no proveen una descripción lineal del tiempo, sino varios ciclos de visiones que alertan de las tribulaciones porvenir. Según estos textos, teológicamente, el tiempo presente está situado dentro de una narrativa profética. El futuro profético aparece como un «tiempo absoluto» y no solo consecuencia de una acción pasada o presente. No es esta la única narrativa profética que está pesando sobre nuestro presente. El pueblo judío tiene un sentido histórico fundado en la profecía del Antiguo Testamento sobre la ocupación de la tierra prometida, la venida de Cristo y la reconstrucción del templo de Jerusalén. Los musulmanes también interpretan la historia desde una narrativa profética que tiene como centro el mensaje de Mahoma y la reorganización de la comunidad musulmana.

sente, al modo como en la idea de «historia efectual» gadameriana, el pasado actúa en todo presente. Es una de las imágenes del tiempo alternativas a la pura linealidad que hace difícil pensar la modernidad como una mera secularización del cristianismo, tal como plantea Koselleck. Por otra parte, quién sabe si en nuestro actual régimen histórico “presentista,” en un tiempo que genera continuamente impulsos de corto plazo y una gran precariedad política y económica sea el profético el único futuro que podamos llegar a desear: el de una promesa que no procede de nosotros mismos.

KOSELLECK AND THE MARGINS OF HISTORY:
ANACHRONISM, MEMORY, LATENCY.

Koselleck y los márgenes estéticos de la historia: anacronismo, memoria y latencia

Antonio Rivera García

Universidad Complutense de Madrid

antonio.rivera@pdi.ucm.es - <http://orcid.org/0000-0002-4559-9171>

Fecha recepción: 29.05.2020 / Fecha aceptación: 16.10.2020

Resumen

Anacronismo, memoria y latencia, que en el pasado fueron expulsados hasta los márgenes del discurso historiográfico, pueden ser de gran utilidad para comprender la historia que se abre tras la crisis de la modernidad. La obra de Koselleck no solo proporciona las principales claves para elaborar el «régimen de historicidad» moderno, sino también ayuda a comprender estos tres conceptos «marginales». Como historiador de la «contemporaneidad de lo no contemporáneo» nos lleva a pensar en hechos y conceptos adelantados y atrasados en relación con la época en que aparecen. En sus estudios sobre los monumentos a los caídos ha descubierto nuevas manifestaciones históricas en las que el sentido del pasado ya no depende del futuro. Y, en polémica con Gadamer, ha abierto la posibilidad de explicar la historia con categorías que no

Abstract

The concepts anachronism, memory and latency, which in the past were pushed to the margins of historiographical discourse, can be extremely useful in understanding the history that unfolds after the crisis of modernity. Koselleck's work not only provides the main keys to develop the modern "regime of historicity", but also helps to understand these three "marginal" concepts. As a historian devoted to the "contemporaneity of the non-contemporary", he suggests facts and concepts that are both ahead of and behind the time in which they appeared. In his studies about war memorials he has found new historical expressions in which the meaning of the past no longer depends on the future. Furthermore, in disagreement with Gadamer, he has raised the possibility to explain history through categories that are not subject to herme-

pasan por la hermenéutica. A este tipo pertenece la *Stimmung* de latencia, con la que Gumbrecht piensa el final del cronotopo moderno.

Palabras clave

Anacronismo, *Begriffsgeschichte*, memoria, monumentos, latencia, *Stimmung*, modernidad, postmodernidad

neutics. The *Stimmung* of latency Gumbrecht uses to reflect on the end of the modern chronotope belongs to this type of categories.

Keywords

Anachronism, *Begriffsgeschichte*, memory, memorials, latency, *Stimmung*, modernity, postmodernity.

ANACRONISMO, MEMORIA Y LATENCIA son categorías que con frecuencia se han colocado en los márgenes del discurso histórico o de la reflexión sobre la historia. El anacronismo se ha rechazado por ser el «pecado original» de los historiadores; la memoria histórica ha sido menospreciada por ser un mero contenedor de recuerdos subjetivos; y la latencia se ha ignorado porque alude a una categoría que, por resultar ajena a la hermenéutica o a la interpretación lingüística, se relaciona más con lo inefable que con la expresión de los fenómenos históricos. Estas categorías han tenido, sin embargo, una gran importancia para la estética y sobre todo para el análisis del arte contemporáneo. En muchas ocasiones, el arte realizado después de Auschwitz ha reflejado, antes incluso que la ciencia histórica, la crisis de los conceptos fundamentales de la modernidad. En este contexto, el anacronismo, la memoria y la latencia han adquirido gran importancia. Por eso pensamos que también pueden ser de gran utilidad para la historiografía y la filosofía de la historia que abordan la crisis de los tiempos modernos.

Hoy ya no es posible pensar en la historia sin tener en cuenta los usos, sean o no discursivos, adelantados y atrasados en relación con las instituciones y conceptos hegemónicos de su época. Los hechos, creencias y conceptos que rompen con el «espíritu del tiempo», y que muchas generaciones de historiadores rechazaron por ser anacrónicos, impiden pensar en la historia como una sucesión de épocas homogéneas, sin conflictos y desajustes, y en esa noción universal o unilineal de la historia, que es propia de la filosofía moderna. Los ejercicios actuales de memoria histórica, así como el papel central que desempeña la figura del testigo, ponen de relieve que los recuerdos individuales aspiran a la objetividad, a su inscripción en los textos de historia. Por eso, el impostor es el principal enemigo de esta memoria archivística e historiadora. Asimismo, la extensión de la *Stimmung* de latencia, esto es, la sustitución del tiempo acelerado de la modernidad por un tiempo congelado o estancado, certifica el final de la historia universal y de la confianza moderna en el progreso, en la pronta emancipación de la humanidad y en la eficacia política de sus conceptos «futurocéntricos». A pesar de que la obra de Koselleck no ha pensado en el fin de la modernidad en estos términos, sus ensayos nos ayudan, como comprobaremos en las siguientes páginas, a repensar estas categorías que han tenido una enorme importancia para el arte y la estética contemporáneas y que, sin embargo, han adquirido tradicionalmente un papel «marginal» dentro de la disciplina histórica.

1. «El pecado de los pecados»¹ del historiador: el anacronismo

Por regla general, los historiadores solo aceptan el anacronismo si queda confinado dentro del ámbito «irracional» del arte, y, en especial, dentro de movimientos artísticos que, como el surrealista, tienen una honda relación con lo onírico. Nuestra hipótesis dice lo siguiente: el anacronismo deja de tener una centralidad negativa para una concepción de la historia –quizá podemos llamarla «poshistoria»– que no solo rompe con la linealidad de la historia universal, con la clara distinción entre épocas que se suceden y dejan atrás el pasado, integrando sus elementos más valiosos, sino también con una noción de la historia que piensa en cada época como un universo mental, fijo y no conflictivo.

La regla de oro del historiador que lucha contra el anacronismo dice que se debe situar un hecho, un personaje, un uso discursivo, dentro de aquella época a la que pertenece, y no en un periodo distinto al que le corresponde o conviene. Generalmente, el anacronismo –y a ello hace referencia el prefijo «ana-»– suele ir de delante hacia atrás, del presente hacia el pasado². Citemos a este respecto el famoso ejemplo dado por Lucien Febvre y tomado de los surrealistas: “César muerto por el disparo de una browning”. Proyectamos entonces nuestras propias realidades sobre el pasado. En cambio, si el movimiento ya no es de retroceso, sino de atrás hacia delante, del pasado hacia el presente o hacia el futuro, hablamos –para utilizar la terminología de Warburg– de supervivencia (*Nachleben*).

El anacronismo parece ridículo cuando nos referimos a hechos u objetos como el de la pistola en la Antigua Roma, pero este asunto empieza a complicarse cuando se trata de pensamientos y de creencias. El anacronismo puede definirse como un elemento «fuera de lugar» porque no se puede integrar dentro de la época donde se presenta. Le conviene, frente a la hegeliana y moderna filosofía de la historia, una dialéctica sin síntesis, pues se produce un choque o conflicto entre ese elemento y la época donde aparece. Si el historiador reconociera el anacronismo o el conflicto citado, ni sería posible un conocimiento sistemático, es decir, no se podría cerrar, completar, el saber sobre una época, ni, aún menos, una noción universal, unilineal y progresiva de la historia como la que nos propone la filosofía moderna.

Hasta ahora, los estudios estéticos y la historia del arte son las disciplinas que más valor han otorgado a los anacronismos, sobre todo cuando abordan las vanguardias y la supervivencia de elementos supuestamente superados. Frente al método del «artista y su tiempo», el anacronismo nos invita a explorar el significado del «artista contra su tiempo»³. Que todo ello se dirija contra la filosofía de la historia moderna o el régimen de historicidad moderno, aparece perfectamente expuesto en la obra del poeta y cineasta Pasolini. En concreto, su filme *Medea* (1969) proporciona una magnífica imagen de la disolución o integración del anacronismo por una nueva noción de la historia. En una escena que transcurre en Corinto, pero rodada en realidad en la renacentista Pisa, el centauro mítico (mitad bestia, mitad hombre),

1. L. Febvre, *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais*, París, 1942, 6.

2. J. Rancière “Le concept d’anachronisme et la vérité de l’historien”, *L’inactuel*, 6, 1996, 54.

3. G. Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires, 2011, 43.

un elemento de otro tiempo, aparece al lado del centauro moderno (todo hombre), de otro elemento perteneciente a la nueva época de la razón, ya se identifique ésta con la *polis* griega, con la ciudad renacentista o con la ilustrada. El cineasta, al poner uno al lado del otro, quiere expresar que el nuevo centauro no ha suprimido al antiguo, que permanece este supuesto anacronismo en una nueva época que se declara contraria a los mitos. En un poema que escribe en Capadocia, mientras esperaba la llegada de la estrella de *Medea*, expone también esta visión conflictiva de la historia que relaciona, sin síntesis, elementos contrarios, pertenecientes a épocas distintas. En estos versos dice que no se puede hacer la historia del hombre «real» de su tiempo sin yuxtaponer elementos diferentes o antitéticos, ya que este hombre es el resultado tanto de la racional evolución de las cosas –de la superación y síntesis de elementos del pasado– como de la subsistencia de elementos considerados anacrónicos por ser contrarios al espíritu racional de su tiempo⁴.

En el fondo, no se puede pensar ninguna época, ningún presente, sin anacronismos, sin el entrecruzamiento de los tiempos, como de algún modo nos invita a pensar la teoría de los estratos del tiempo de Koselleck. Por eso habría que comenzar criticando al gran enemigo del anacronismo, Lucien Febvre, cuando al inicio de *El problema de la incredulidad en el siglo XVI* habla de la historia como «hija del tiempo», como la sucesión de épocas dotadas, cada una de ellas, de un universo mental determinado, con sus cualidades, inclinaciones y curiosidades, con sus creencias específicas⁵.

Este pensamiento sobre las épocas pone de relieve que este historiador de la conocida escuela de los *Annales* no ha reflexionado sobre la historicidad radical del ser humano, sobre el tiempo en sí mismo. Este historiador ha convertido el tiempo en imagen de su contrario, esto es, en imagen de la eternidad en la que cada cosa está definitivamente en su lugar. Desde este enfoque, la historia desemboca en «metahistoria» porque el tiempo de la cronología, del suceder temporal, depende de un tiempo sin cronología, puro presente o eternidad. En el fondo, tanto la filosofía de la historia y el concepto de historia universal como una buena parte de la historiografía moderna dependen de la teología o del mito histórico de la redención del tiempo. Tal redención consiste en abolir la sucesión o el devenir como tal, en suprimir la historicidad radical, y en hacer que el tiempo se asemeje a aquello de lo cual es copia, si-

4. Así lo expresa P.P. Pasolini en el poema *Callas*, que escribe en Capadocia, en junio de 1969, unos días antes de que llegue la diva al rodaje de *Medea*: “Las superaciones, las síntesis! Ilusiones.../ Digo, de europeo vulgar, pero sin el menor cinismo/ [...] La tesis y la antítesis coexisten con la síntesis: he aquí/ la verdadera trinidad del hombre ni prelógico ni lógico,/ sino real. Sé, pues, sabio con tus síntesis/ que te permiten avanzar (y progresar) en el tiempo (que no existe),/ pero sé igualmente místico, frente a frente democráticamente/ en el mismo tabernáculo, con síntesis, tesis y antítesis.” (Cit. en J. Duflot, *Conversaciones con Pasolini*, Barcelona, 1971, 188-189).

5. El fragmento donde aparece esta tesis es el siguiente: “Histoire, fille du temps. [...] chaque époque se fabrique mentalement sa représentation du passé historique. [...] Elle le fabrique avec ses dons à elle, son ingéniosité spécifique, ses qualités, ses dons et ses curiosités, tout ce qui la distingue des époques précédentes.” (L. Febvre, *Le problème...*, *op. cit.*, 2). Cfr. G. Didi-Huberman, *Ante el tiempo...*, *op. cit.*, 52.

guiendo, en el fondo, la estela –como advierte Rancière⁶– del *Timeo* platónico: «el tiempo es la imagen móvil de la eternidad inmóvil».

La redención del tiempo puede hacerse al estilo de la filosofía de la historia, y entonces se trata de someter el devenir a un orden lógico de causas y efectos, de supeditar el tiempo a leyes universales, de establecer una concatenación necesaria entre los acontecimientos, todo lo cual debe conducir a un final emancipador. Esta filosofía es lo contrario del «historiar primigenio» de griegos y romanos⁷, y se acerca al modelo poético de Aristóteles, para quien la poesía, en contraste con la historia, tenía un estatuto más filosófico porque integraba la pluralidad de acciones dramáticas dentro de una única totalidad articulada⁸. Lo que no prevé la filosofía moderna, la cual confía en el progreso acelerado hacia el final emancipador, es que el tiempo se detenga, que se produzca un estancamiento, sin haber alcanzado su objetivo. La postmodernidad comienza precisamente cuando la confianza en el progreso deja de ser la «creencia»⁹ fundamental, decisiva, que explica las acciones de los hombres de una época.

La redención del tiempo puede hacerse asimismo al estilo de Febvre, el historiador de los *Annales*, que, con su reconocimiento del tiempo largo de los ciclos y de las estructuras y con su profundización en lo social, nos ofrece el modelo del tiempo cuajado, inmovilizado, en épocas. La historia es así la sucesión de épocas homogéneas, dentro de las cuales no cabe apreciar un verdadero devenir ni conflicto. Se entiende entonces que Febvre combatía la posición de aquellos que sostienen que hay gente adelantada o atrasada a su tiempo. Este es el caso de Lefranc, quien en el prefacio de su edición de *Pantagruel* hablaba de los adelantados a su época y por ello cometía el «pecado» de anacronismo, es decir, deshacía la visión de la época como un todo cerrado, dentro del cual no es posible aquello que se sale de las creencias compartidas en su tiempo¹⁰. Febvre sostiene a este respecto que el trabajo fundamental del historiador consiste en salir del universo mental del propio historiador para comprender el de la época estudiada, que es una especie de sistema acabado sobre el cual no cabe esperar ningún desajuste con el «espíritu del tiempo», ninguna sorpresa o, en definitiva, ningún anacronismo¹¹. Con independencia de que cometa el error de pensar que es posible distinguir entre sujeto histórico e historiador, Febvre ya no se pregunta si es verdad que se ha producido tal hecho o pensamiento, sino si era posible que se produjera. No es así concebible la «herejía» que implica salirse del «espíritu del tiempo». El actor o agente histórico debe parecerse necesariamente a su época y poseer las creencias de su tiempo. De este modo, Rabelais no pudo ser un descreído porque el siglo XVI fue un periodo enteramente determinado por la religión cristiana. Y, en cambio, el sermón de la montaña sí fue posible porque el ideal que

6. J. Rancière, “Le concept...”, *op. cit.*, 55-56.

7. K. Löwith, *El hombre en el centro de la historia. Balance filosófico del siglo XX*, Barcelona, 1998, 317.

8. J. Rancière, “Le concept...”, *op. cit.*, 56.

9. Sobre la importancia de las creencias para explicar una época, véase “Historia como sistema” de J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, 6, Madrid, 1983, 13-15.

10. J. Rancière, “Le concept...”, *op. cit.*, 57-58.

11. G. Didi-Huberman, *Ante el tiempo...*, *op. cit.*, 53.

contenía –escribe Paul Veyne en *Le pain et le cirque*, que en esta cuestión no se diferencia de Febvre¹²– ya se encontraba entre las creencias de los judíos del tiempo de Jesús.

La pertenencia a un tiempo, a una época particular, condiciona todo lo que puede existir. Al actuar de esta manera, la ciencia histórica práctica sin saberlo una «poética de la verosimilitud»¹³, ya que, al pretender demostrar que un pensamiento no puede desarrollarse allí donde no conviene, sustituye la verdad por lo verosímil. El desvelamiento de esta retórica, que la ciencia histórica suele ocultar, nos permite sostener, en primer lugar, que supone un uso indebido de las categorías de lo posible y del tiempo decir que Rabelais no pudo ser descreído porque su época no permitía esta posibilidad. Sí resulta, en cambio, aceptable dudar, ateniéndonos a las creencias de su tiempo y a su biografía, que Rabelais no fuera creyente. Y, en segundo lugar, el desvelamiento de la retórica de la verosimilitud nos permite afirmar que la historia siempre está abierta a la «herejía» en su sentido original; esto es, siempre se puede separar de las creencias de su tiempo, y, por lo tanto, puede tomar en consideración creencias y pensamientos adelantados o atrasados a su época¹⁴.

Koselleck nos permite alejarnos de esta retórica de la verosimilitud al introducir una mayor complejidad con sus categorías de la *Begriffsgeschichte*, y, en particular, con la noción de estratos del tiempo. Koselleck es el pensador de la «contemporaneidad de lo no-contemporáneo» porque, con la ayuda de esa teoría de los estratos temporales, cuestiona la linealidad de la historia universal, pero sin incurrir en el tiempo circular, detenido en suma, del mito. Por un lado, tiene en cuenta que, sobre todo en la modernidad, son frecuentes los hechos y conceptos adelantados a su tiempo; y, por otro, pone fin a la clara distinción entre épocas que se suceden y dejan atrás el pasado, tras integrar sus elementos más valiosos: el pasado –los elementos que se repiten, continúan o se recuperan– sigue actuando sobre el presente. Se manifiesta así contrario a una noción de la historia, que, como la de Febvre, piensa en cada época como si fuera un universo mental fijo y no conflictivo.

En relación con la «Historia de los conceptos», Koselleck rechaza la idea de Otto Bruner, uno de los coordinadores del *Geschichtliche Grundbegriffe*, de que el lenguaje de las fuentes basta para explicar las mismas fuentes, de forma que se pueda estudiar el pasado con las mismas categorías del pasado. No es cierto que los contemporáneos de los hechos y discursos pretéritos se conozcan a sí mismos mejor que sus descendientes o que los historiadores del presente. Muchas cosas solo pueden apreciarse después de haber transcurrido un cierto tiempo, y a veces es conveniente tomar distancia y escapar del cosmos o de la mentalidad de los contemporáneos a los hechos y discursos estudiados.

En contra del ideal del «espíritu del tiempo», Koselleck nos ha enseñado que conceptos y hechos pueden ser elaborados y suceder «contra su tiempo». La obsesión por no incurrir en anacronismos puede llevar a no tener en cuenta los cambios y novedades, que son siempre contra su tiempo, ni la reaparición en el presente de elementos del pasado que

12. J. Rancière, “Le concept...”, *op. cit.*, 61.

13. J. Rancière, “Le concept...”, *op. cit.*, 64.

14. J. Rancière, “Le concept...”, *op. cit.*, 63.

se pensaba definitivamente superados. Los estudios metodológicos de Koselleck, debido a la atención prestada a los tres niveles de temporalidad (duración, cambio, novedad) y a la doble dimensión de índice y factor de los conceptos, nos permiten captar la contemporaneidad de lo no-contemporáneo y cuestionar la obsesión por eliminar el anacronismo en el sentido al que nos referimos en estas páginas, esto es, como presencia de elementos contrarios al «espíritu del tiempo».

La *Begriffsgeschichte* de Koselleck, la historia conceptual de las prácticas discursivas, proporciona muchos ejemplos de «contemporaneidad de lo no contemporáneo». Nos muestra que hay discursos o conceptos tanto adelantados como atrasados a su tiempo. Resulta así frecuente que el tiempo de los conceptos no coincida con el de la historia de las estructuras o instituciones sociales. El carácter «adelantado» del concepto puede tener que ver con dos circunstancias: con la de que los conceptos sean factores que anticipan el futuro (*vorausschauende Begriffe*) y con el problema de la perspectiva o del punto de vista. Es posible, en primer lugar, que los conceptos, por dominar su dimensión de factor sobre la de índice, hagan presentes estratos de contenido futuro. Está claro a este respecto que la dimensión de factor del concepto de «soberanía» dominaba sobre la de índice cuando fue forjado por Hobbes a mediados del siglo XVII en Inglaterra. Tal concepto apareció en un contexto de guerras civiles en el que se cuestionaba incluso la autoridad limitada (premoderna) de los magistrados supremos.

La historia conceptual debe tener en cuenta, en segundo lugar, los elementos y conceptos del presente con los cuales el historiador intenta comprender el pasado. Se trata de concepciones, valores, análisis, etc. del presente que el historiador lleva a la época pretérita estudiada. Este anacronismo resulta inevitable cuando abordamos la cuestión del unilateralismo o del punto de vista de un historiador que también está dentro de la historia. Desde los escritos metodológicos de Weber, realizados en un contexto de crítica del realismo omniabarcante marxiano, la cuestión del punto de vista de las ciencias sociales ha sido planteada a menudo en el pensamiento alemán¹⁵. Resulta imposible contar o explicar un hecho histórico sin un determinado punto de vista que, inevitablemente, será unilateral, subjetivo y contemporáneo. Por esta razón, no existe un pasado inmóvil, fijo, definitivo. Se trata, por el contrario, de algo en movimiento porque depende de la construcción, de la imaginación, de ese sujeto histórico, en constante cambio, que es el historiador.

El problema del punto de vista también se ha planteado en el contexto francés. Se puede apreciar con claridad en la crítica que Castoriadis realiza a la determinista y unilineal filosofía de la historia marxista. Sostiene el filósofo francés que todo historiador, lejos de convertirse

15. Sobre el tema del punto de vista cabe citar sobre todo “La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social” de M. Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, 1973. Sobre la historia del punto de vista, que puede remontarse hasta el Renacimiento con Comenius y Zedler, resulta fundamental referirnos al capítulo “Compromiso con la situación y temporalidad” de R. Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993. Fuera del ámbito alemán, también nos parece pertinente mencionar las reflexiones que sobre la doctrina del punto de vista aparecen en el capítulo IX de “El tema de nuestro tiempo” de J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, 3, Madrid, 1983.

en una conciencia trascendental, es un sujeto histórico, y por ello el conocimiento que adquiere nunca puede tener el estatuto de un saber acabado. Cuando se olvida que el saber histórico es necesariamente parcial y provisional, acabamos en el «sociocentrismo», en la creencia de que una determinada sociedad o cultura constituye el centro del mundo. Cometemos entonces el error de pensar que se puede elaborar un discurso histórico sin anacronismo y que las proyecciones del presente sobre el pasado valen como verdades íntegras, exhaustivas y sistemáticas. No obstante, Castoriadis, al igual que Koselleck, advierten que no debe confundirse «esta idea con las afirmaciones del escepticismo o del relativismo inocente»¹⁶.

Según Castoriadis, Marx no consigue al final superar el sociocentrismo comentado. No llega a reconocer que todo saber histórico tiene forzosamente un valor provisional por la presencia de elementos anacrónicos, esto es, por colocar algo del presente en el análisis o visión del pasado. Resulta así inevitable que proyectemos intereses, preocupaciones, valores, del mundo contemporáneo sobre el pasado estudiado. Castoriadis escribe a este respecto lo siguiente: «La paradoja de la historia consiste en que cada civilización, por el hecho de que es particular y dominada por sus propias obsesiones, llega a evocar y a desvelar en las que la preceden o la rodean significaciones nuevas»¹⁷. Una paradoja que ya Goethe, como nos recuerda Koselleck, había advertido con claridad cuando decía que la historia debe reescribirse cada cierto tiempo, no porque se descubran nuevos hechos, sino «porque se dan nuevas opiniones, porque el que disfruta de una época que progresa es conducido a un punto de vista desde el que puede abarcar y enjuiciar lo pasado de una forma nueva»¹⁸.

La conclusión a la que llega Castoriadis es la misma que la de Weber: no se puede superar el unilateralismo porque «jamás veré nada desde todos los lugares posibles a la vez». Y esto, en lugar de ser un «defecto de nuestra visión, “es” la visión. El resto –concluye Castoriadis– es el fantasma eterno de la teología y de la filosofía»¹⁹. La «“visión total” de la historia», el punto de vista omniabarcante, no es más que el «fantasma teológico» de la historia. Según Castoriadis, los marxistas más ortodoxos de su tiempo todavía creían en este fantasma, bien porque pensaban poseer esa visión total, bien porque postulaban que en una sociedad socialista desaparecería el sociocentrismo, el anacronismo, el punto de vista o, en definitiva, la mezcla del particular universo mental del historiador con el de las épocas pretéritas.

La cita anterior de Goethe pone de relieve que el problema del punto de vista está conectado con el de la «reescritura» de la historia. Koselleck sostiene que, en relación con el manejo de las fuentes, se abren tres posibilidades para la reescritura²⁰. Pueden aparecer, en primer lugar, nuevos testimonios porque se encuentren fuentes perdidas. Es posible, en segundo lugar, que «nuevas cuestiones contribuyan a buscar y encontrar nuevos testimonios». Así sucedió cuando la historia del derecho se apartó de las fuentes puramente

16. C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, 2013, 55.

17. C. Castoriadis, *La institución...*, *op. cit.*, 58.

18. R. Koselleck, *Futuro pasado...*, *op. cit.*, 190-191.

19. C. Castoriadis, *La institución...*, *op. cit.*, p. 65.

20. R. Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, 2001, 76-77.

narrativas y empezó a centrarse en «documentos, actas e inscripciones». Finalmente, «los testimonios de que se dispone pueden ser leídos o interpretados nuevamente». A esta tercera posibilidad, que puede darse solo por la mera sucesión generacional, se referían Castoriadis y Goethe. Lo cierto, añade Koselleck, es que hoy se utilizan y combinan al mismo tiempo los tres procedimientos.

El anacronismo inherente al punto de vista tiene, por lo demás, una extraordinaria función heurística, similar a la que puede tener la retórica, las metáforas y metonimias, en los distintos saberes humanos. Como ya señalara Weber²¹, la ciencia necesita de elementos ajenos para resolver asuntos tan esenciales como saber lo que es digno de ser conocido de la realidad infinita. La realidad misma no nos dice qué hechos y discursos son los más relevantes para el científico y el historiador. Así que el punto de vista, unido siempre a los valores morales y políticos de una época, no solo sirve para seleccionar de la realidad el objeto digno de estudio, sino que permite introducir nuevas significaciones y campos de estudio. La estética y la historia del arte nos proporcionan numerosas muestras de ello²², pero también en otros ámbitos se puede apreciar la importancia del cambio del punto de vista para el surgimiento de nuevas temáticas. Está claro, por ejemplo, que el interés por los fenómenos heréticos, desde el marranismo al protestantismo, en la historiografía española actual está unido a valores políticos y religiosos que no eran compartidos por historiadores de otros periodos.

En relación con los hechos y discursos «retrasados» con respecto a su tiempo, Koselleck reconoce que existe toda una serie de «constelaciones repetibles, efectos a largo plazo, actitudes arcaicas que perviven, regularidades en la serie de los acontecimientos», que pone de relieve que «la historia del tiempo presente, elevada a la categoría de concepto, es más que la historia de nuestro tiempo presente»²³. Con estas palabras, el historiador alemán hace referencia a algo del pasado que se coloca en el presente, y que, sin embargo, desde una

21. M. Weber, *Ensayos...*, *op. cit.*, 67.

22. Según Didi-Huberman (*Ante el tiempo...*, *op. cit.*, 265 ss.), el anacronismo permite descubrir o inventar nuevos objetos históricos: «Sólo toma sentido en la historia lo que aparece como anacronismo, el anacronismo de una colisión donde el Otrora se encuentra interpretado y «leído», es decir, puesto al día por la llegada de un Ahora resueltamente nuevo». El mismo Didi-Huberman explica que anacronismo es ver la parte manchada de estrellas, perteneciente al fresco de la *Virgen de las sombras* de Fra Angelico, como semejante al arte de Pollock; y anacronismo es también situar en el mismo plano, como hace el gran crítico Carl Einstein, el cubismo y la *Negerplastik*. Lo cierto es que sin Pollock no se habría atendido a la importancia que tiene en Fra Angelico la *dissimilitudo*, en un artista cuya pintura suele, sin embargo, considerarse uno de los primeros hitos del arte renacentista basado en la mimesis, en lo contrario de la desemejanza. Y sin el cubismo, Carl Einstein no habría abierto un nuevo campo de estudio, el que resulta de mezclar dos disciplinas hasta entonces separadas: la etnografía y el estudio formalista del arte. Desde luego, anacronismo es decir que «César ha muerto del disparo de una browning», pues se falsifica la historia cuando se hace «retroceder» un arma de fuego contemporánea hasta la antigüedad romana. Pero otra cosa muy distinta – añade Didi-Huberman (*Ante el tiempo...*, *op. cit.*, 55)– es, cuando nos situamos en el plano del pensamiento o conceptual, y llevamos a la Antigüedad romana «un análisis de la conjura política buscando sus ejemplos –o sus supervivencias– en la época contemporánea».

23. R. Koselleck, *Los estratos...*, *op. cit.*, 133.

concepción inmóvil del tiempo o de las épocas, podría ser rechazado por anacrónico. En el ámbito de la estética e historia del arte, Warburg es uno de los pensadores que ha explorado con mayor profundidad la supervivencia (*Nachleben*) del pasado, de algo que se creía arcaico, ya superado, y que, sin embargo, reaparece en nuestro presente²⁴.

Es posible que se use conceptos de otras épocas con el objetivo de imponer o recuperar una institución, una creencia o una praxis consideradas obsoletas, y se haga de este modo presente estratos de contenido pasados, como sucede con el pensamiento reaccionario en la modernidad. Tomemos el ejemplo de la lucha de los reaccionarios españoles por retornar a una concepción tradicional de la monarquía y por devolver a la Iglesia católica el peso político que pierde con el triunfo de los regímenes liberales. Este caso demuestra que el uso de conceptos del pasado no siempre se relaciona con el fenómeno temporal de la «continuidad», ya que puede tener que ver con la «reacción», con un cambio que nos empuja hacia atrás, y no, como pretenden los modernos, hacia delante.

Pero también es posible el uso de conceptos del pasado para defender novedades. Así sucede en España durante los siglos XVIII y XIX, durante un tiempo en el que con frecuencia se utiliza conceptos considerados obsoletos para emprender las reformas que precisa la consolidación del Estado moderno. Una buena muestra de ello son las reincorporaciones a la Corona, en tiempos de Carlos III, del patrimonio alienado en siglos anteriores. Tales reincorporaciones, que eran necesarias para constituir una saneada y moderna Hacienda Pública, se propugnaron con la ayuda de conceptos políticos premodernos: Corona, *regnum*, *pactum dominationis*, etc. Es decir, servidores ilustrados como Campomanes hicieron uso de conceptos que ya eran utilizados por los representantes de la tradición, la nobleza y el alto clero, para defender sus privilegios e impedir las innovaciones del soberano. De ahí la aparente paradoja de utilizar los mismos conceptos antiguos, premodernos, que utilizaban los partidarios de la tradición y del *statu quo*, con el objetivo de socavar las instituciones seculares que impedían aumentar el poder discrecional del monarca y su real patrimonio. Esta paradoja puede ser debida, en unas ocasiones, a que se realiza la reforma desde una institución tradicional, como lo era el Consejo de Castilla presidido durante un tiempo por Campomanes; y, en otras, a la estrategia de hacer más fácil la aceptación de tales reformas por los sectores tradicionales. En este último caso, se utiliza conceptos antiguos, inadecuados para expresar las novedades introducidas, con la finalidad «retórica» de persuadir al público o al pueblo de la conveniencia de novedades. El *Discurso preliminar a la Constitución de Cádiz*, atribuido a Agustín Argüelles, sería un buen ejemplo de este uso retórico.

Todo ello nos permite comprender que, frente a la tesis del anacronismo como «pecado original» del historiador, la teoría koselleckiana sobre los estratos del tiempo y la historia conceptual exige que el historiador esté abierto a la «herejía» en sentido original, esto es, a la posibilidad de que los hechos y los discursos se separen de las creencias dominantes o comunes de su tiempo. El historiador debe tomar en consideración creencias y pensamientos

24. Véase G. Didi-Huberman, *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*, Madrid, 2009.

que pueden ser considerados adelantados o atrasados con respecto a la época en la que se dan. Solo así podrá escapar de la trampa que supone la concepción «verosímil» de la historia.

2. La expresión de la «memoria histórica» en los monumentos levantados en homenaje a las víctimas de la guerra

Sobre la cuestión de la memoria de un país o de una nación, también resulta muy relevante lo que escribe Reinhart Koselleck en esa serie de ensayos o artículos, algunos de ellos muy polémicos, que abordan la inscripción del recuerdo de la guerra en monumentos dedicados a los caídos y a las víctimas en general²⁵. En estos textos, Koselleck mezcla la reflexión histórica con inevitables análisis estéticos, pues la mejor expresión contemporánea de la memoria la hallamos en obras artísticas. Este hecho explica que a menudo la cuestión de la memoria se desplace hasta los «márgenes» de la historia, de modo que adquiera más relevancia en el ámbito de la estética que en el de la historiografía.

El concepto de «memoria colectiva», que fue forjado por Maurice Halbwachs y retomado y defendido por Pierre Nora²⁶, es rechazado por el historiador alemán porque todo recuerdo es personal o individual, es decir, está ligado a experiencias propias e intransferibles. No existe un sujeto colectivo que tenga recuerdos. Esta memoria compartida es una abstracción del mismo tipo que lo es la voluntad general o el *Volksgeist*. Lo único que se puede definir colectivamente son las condiciones (políticas, económicas, religiosas, nacionales, lingüísticas, etc.) que influyen sobre las experiencias individuales que luego son recogidas en textos, museos, monumentos o cualquier otra superficie de inscripción. Para Koselleck, la colectivización del recuerdo, el hecho de que se convierta en algo común a toda una comunidad, es fruto de la ideología política. En su opinión, la política, aunque influye sobre la historia, no debe imponer sus fines²⁷. En caso contrario, si se politiza la historia, caemos en la ideología y nos apartamos de la verdad.

Koselleck subraya el carácter intransferible de toda experiencia primaria. A este respecto menciona sus propios recuerdos de la Segunda Guerra Mundial; recuerdos, cuya sensación de verdad o «certeza sensible» hace mucho tiempo que se ha desvanecido. Para él, tales recuerdos no son más que «historias literarias» de carácter subjetivo²⁸, y se refieren a

25. Sobre este tema, cabe destacar, entre otros, los textos de F. Oncina “El giro icónico en la memoria: el caso de Reinhart Koselleck”, en F. Oncina y M. E. Cantarino, *Estética de la memoria*, Valencia, 2011, 123-150, y “Koselleck y el giro icónico de la historia conceptual”, *Anthropos*, 223, 2010, 43-85. Y el artículo de D. Fusaro, “Reinhart Koselleck y los monumentos como indicadores de los cambios históricos y políticos”, *Historia y Grafía*, 45, 2015, 95-122.

26. F. Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, 2012, 167.

27. R. Koselleck, “I monumenti: materia per una memoria collettiva?”, *Discipline filosofiche*, 2, 2003, 9-10.

28. Koselleck señala en una entrevista que “la ola de memorialismo [...] supone una abdicación de la historia objetiva en favor de la historia subjetiva, según el sentido tradicional de estos dos adjetivos. Si se insiste en la memoria se está diciendo que la historia subjetiva es mucho más importante que el análisis ob-

«experiencias que no son intercambiables ni comunicables»²⁹. Esta tesis, fundada en la radical separación entre la memoria primaria individual, que el historiador menosprecia como simple literatura por narrar experiencias incommunicables, y la historia objetiva, cuyo saber sí es universalmente transmisible, resulta muy discutible porque implica de alguna manera rechazar los testimonios de actores y testigos. Para Koselleck, la historia no tendría nada que hacer con obras literarias como las de Levi, Améry, Cayrol, Solzhenitsyn y tantos otros que se refieren al universo concentracionario, y a filmes como los de Claude Lanzmann, Rithy Panh o Patricio Guzmán, contruidos a partir de las experiencias y testimonios de víctimas y verdugos. Todas estas obras de arte demuestran, por lo demás, que en la memoria convergen las preocupaciones estéticas y las históricas.

Para deshacer los errores que denuncia Koselleck, convendría distinguir entre la memoria del abstracto «sujeto colectivo» y la concreta «memoria histórica» basada en los recuerdos de los actores y testigos singulares. En el fondo, la historia siempre se ha servido de estas vivencias primarias. No es menos cierto que hay un inevitable componente político, valorativo y subjetivo en la memoria histórica, pero esto, como expresa el pensamiento del punto de vista o de la unilateralidad, no es un defecto. Por lo demás, la democratización creciente de nuestras sociedades fomenta el deber individual de memoria, el hecho de que cada uno pueda convertirse en historiador de sí mismo. A este respecto, Pierre Nora contrapone, aun con cierto disgusto, los tiempos actuales al pasado de las «sociétés-mémoires»³⁰, en el que solo había tres grandes productores de archivos: las grandes familias, la Iglesia y el Estado. En la actualidad, la mayoría de los historiadores de la época contemporánea admiten los testimonios, pero solo como «fuentes orales» que, a semejanza de las escritas, necesitan pasar antes por el filtro del intermediario, del historiador, para que puedan expresar la verdad histórica³¹.

También convendría distinguir entre la memoria positiva y la negativa. La primera es, en la mayoría de los casos, pura ideología nacionalista porque hace referencia a hechos del pasado que reafirman la identidad de una comunidad política. Esta memoria nacional o estatal es un concepto tan abstracto como el resto de conceptos de la modernidad, empezando por el de soberanía. Pero Koselleck también reconoce la existencia de una memoria negativa que hace referencia a hechos traumáticos y, desde luego, al sinsentido de la guerra. Esta memoria histórica negativa o traumática supone un desmontaje, a partir del recuerdo singular de infinidad de hombres y mujeres, de aquella otra memoria afirmativa. Por esta razón sigue teniendo una indudable función terapéutica, que es al mismo tiempo ética y política. Frente al cierto desprecio

jetivo de los historiadores, y eso es un disparate. [...] El auténtico análisis del pasado histórico requiere una aproximación teórica que va más allá de las vivencias subjetivas, de los recuerdos de esos acontecimientos reales que, sin duda, se reorganizan luego ideológicamente.” (J. F. Fuentes y J. Fernández Sebastián, “Historia conceptual, memoria e identidad (I). Entrevista a Reinhart Koselleck”, *Revista de libros*, 112, 2006, 19-22).

29. «Glühende Lava, zur Erinnerung geronnen. Vielerlei Abschied vom Krieg: Erfahrungen, die nicht austauschbar sind», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 6-V-1995. Cfr. F. Oncina, “Necrológica del Outsider Reinhart Koselleck: el «historiador pensante» y las polémicas de los historiadores”, *Isegoría*, 37, 2007, 53.

30. F. Hartog, *Régimes d'historicité...*, op. cit., 171.

31. F. Hartog, *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens*, París, 2007, 262

que manifiesta Koselleck hacia la memoria como simple literatura, los artistas han demostrado la estrecha relación que existe entre la superación de la crisis existencial, gracias a la memoria individual del trauma ocasionado por una guerra o un genocidio, y la superación de la crisis existencial colectiva de una nación o de cualquier comunidad humana mediante la inscripción histórica de los sucesos traumáticos. Precisamente, lo que un artista puede hacer mejor que nadie, mejor incluso que un historiador o un filósofo, es ofrecer un punto de vista individualizado. Frente al crimen colectivo expresado en cifras, los artistas suelen volver la mirada a lo más singular. Es decir, ponen nombres y rostros a las víctimas, y dan la palabra al testigo para que transmita a las generaciones posteriores su experiencia.

Sin duda, el tema de la memoria, por estar ligado a vivencias personales, ocupa más a los artistas que a los historiadores, aunque la memoria de nuestros días es, como suele decir Hartog, encuestadora, archivística e historiadora. Koselleck, en lugar de analizar las manifestaciones literarias y audiovisuales que en nuestro tiempo proporcionan las obras más reseñables de memoria histórica, se centra en los seculares monumentos o memoriales públicos dedicados a las víctimas caídas en conflictos bélicos. El historiador de los conceptos reconoce que estos monumentos «tienen un excedente potencial de significados que elude los fines con los que fueron erigidos»³². De ahí que, si no atendemos a las inscripciones y a otros signos empíricos, no se pueda saber a menudo su significación primera. Tales monumentos son para este autor un ejemplo de «memoria colectiva» o, para ser más exactos, de política de la memoria, pues suelen tener una determinada función política. O al menos, así ha sucedido hasta la Segunda Guerra Mundial.

Antes de la Revolución francesa, la representación de la muerte aparecía en los monumentos funerarios como un pasaje al más allá y difería según los órdenes sociales³³. Tras la entrada en la modernidad, el monumento dedicado a los muertos en un conflicto bélico posee, con independencia de las diferencias nacionales³⁴, dos propiedades esenciales: tiene una función política porque concierne sobre todo a los supervivientes; y posee un carácter democrático porque cualquiera tiene derecho a figurar en el monumento.

En relación con la función política, debemos señalar que, desde la Revolución francesa hasta la Segunda Guerra Mundial, los monumentos dan una respuesta común a la pregunta por el significado de la muerte en la guerra, del «morir por...». Koselleck no se equivoca cuando señala que tales monumentos aúnan «en un horizonte de significado común el pasa-

32. Véase el capítulo “Les monuments aux mort, lieux de fondation de l’identité des survivants” de R. Koselleck, *L’expérience de l’histoire*, París, 1997, 158.

33. R. Koselleck, *L’expérience...*, *op. cit.*, 138.

34. Es cierto que también Koselleck ha estudiado las diferencias que acerca del culto de la muerte y elaboración de monumentos se puede apreciar entre los diversos países, especialmente entre Francia y Alemania. Koselleck (*Los estratos...*, *op. cit.*, 150-153) señala así que, en el primero de estos países y no en el segundo, adquiere una gran importancia los monumentos municipales “erigidos en señal de duelo”, siempre con el fin de “mantener vivo el duelo por los muertos como garantía de la paz”; se rechaza, en sintonía con el laicismo de la nación francesa, “la participación de las Iglesias en el cuidado de la memoria”; o se establece después de 1945, por orden del general De Gaulle, que solo se levanten “nuevos monumentos para la Resistencia”.

do de la muerte con el futuro de los supervivientes»³⁵. Los monumentos se ponen al servicio de la fundación y conservación de los Estados nacionales. En cierto modo, el lugar escatológico del más allá lo ocupa la promesa de un futuro esplendoroso para la nación. Lo importante es que se muere en la guerra para que los supervivientes tengan un venturoso porvenir.

Koselleck analiza asimismo cómo, a partir de la Revolución francesa, tiene lugar una democratización de la memoria de los caídos. En los memoriales de guerra se empieza a consignar todos los nombres de los soldados muertos con independencia del grado militar. Uno de los últimos y más relevantes ejemplos, lo encontramos en el *Vietnam Memorial* de Washington realizado por Maya Lin, el cual recoge el nombre de todos los soldados norteamericanos caídos en Vietnam. El hecho de que se haya excluido de estos memoriales a los enemigos es la otra cara de una tendencia democratizadora que acaba poniéndose al servicio de la ideología nacionalista. Contra esta exclusión, Chris Burden decidió parodiar el memorial de Maya Lin con la elaboración de un monumento, *The other Vietnam Memorial*, que está dedicado a los muertos vietnamitas que fueron ignorados por la memoria norteamericana³⁶. Koselleck recuerda a este respecto que, poco antes de la Primera Guerra Mundial, en el momento en que el nacionalismo alcanza su madurez y se transforma en imperialismo, llega a su máxima expresión el antagonismo entre Estados que luchan por la hegemonía. En este contexto se acaba criminalizando al enemigo, el cual ya no puede ser recordado en los monumentos que el Estado-nación levanta en homenaje a sus soldados fallecidos. En cambio, durante el siglo XVIII y buena parte del XIX, se consideraba normal que no se excluyera a los enemigos de estos memoriales. Una buena muestra era la capilla del *Garnison-Friedhof* de Berlín, que recordaba a los combatientes prusianos y franceses de los años 1813-1815.

En contraste con la tendencia democrática que poseen los monumentos modernos, en la sociedad jerarquizada del Antiguo Régimen «los nombres de los soldados muy rara vez, por no decir nunca, se consideraban dignos de ser recordados»³⁷. En aquella época solo se recordaba a los generales, aristócratas o a los hombres excepcionales en los monumentos o en las pinturas pertenecientes al género histórico. Este tránsito desde el Antiguo Régimen a los Estados modernos se apreciaba claramente en la figura de San Jorge, uno de los principales emblemas europeos del héroe en lucha contra el mal. Después de la Primera Guerra Mundial, el santo podía llegar a ser encarnado, en esculturas y monumentos funerarios, por un simple soldado raso³⁸. La última etapa de este proceso de democratización de la muerte tiene lugar con la aparición de las tumbas y monumentos dedicados al soldado desconocido, o, como también lo llama Koselleck, al «muerto simbólico»³⁹. Su aparición se debía a que la técnica de la guerra moderna hacía imposible en muchos casos la identificación de los muertos. En la

35. R. Koselleck, *Los estratos...*, *op. cit.*, 146.

36. R. Koselleck, "I monumenti...", *op. cit.*, 20-21.

37. R. Koselleck, *L'expérience...*, *op. cit.*, 151.

38. R. Koselleck, "I monumenti...", *op. cit.*, 13.

39. R. Koselleck, *Los estratos...*, *op. cit.*, 148.

tumba dedicada al soldado desconocido, el nombre pasaba a segundo plano, pues se recordaba ante todo la causa por la cual fue sacrificado.

Koselleck ha mostrado en sus escritos que todos los monumentos son portadores de un sentido, lo cual no significa que lo tengan los mismos acontecimientos recordados en estas obras. Lo que domina en los monumentos actuales es el mensaje de la absoluta falta de sentido, del absurdo, que supone morir en una guerra⁴⁰. Hasta la Segunda Guerra Mundial, los monumentos no aludían realmente al fenómeno de la muerte, sino a la función política que desempeñaba la muerte de una masa de soldados. Después de Auschwitz, del Gulag y de las bombas atómicas, se tiende a evocar la muerte en sí misma, en lugar de cargarla de la significación suplementaria que implica ponerla al servicio de la mitología nacional⁴¹. En este nuevo contexto, los enterramientos colectivos y los monumentos a los caídos dejan de transmitir valores patrióticos y de ensalzar la gloria nacional. La muerte en la guerra ya no tiene la función política de consolidar o conservar el Estado nación. En los nuevos monumentos –escribe Koselleck– «se hace patente que la muerte ya no se entiende como una respuesta, sino solo como una pregunta, no como algo que confiere sentido, sino como algo que requiere un sentido». Está claro que, cuando «ya no es posible presuponer, encontrar o rastrear el sentido», solo cabe expresar el carácter absurdo e inefable de lo acontecido⁴².

A pesar de que la memoria histórica de las guerras mundiales se ha plasmado en muy diversas disciplinas artísticas, Koselleck solo ha estudiado los monumentos o memoriales realizados por artistas tan relevantes como Käthe Kollwitz, Edward Kienholz, Françoise Salmon, Ossip Zadkine, Christian Klepsch, Conrado Casti, Daniel Libeskind o Jochen Gerz. De todos ellos, Koselleck destaca el arte de Käthe Kollwitz, pues, en su opinión, es la autora de un «monumento estéticamente insuperable, que visualiza la inútil búsqueda de un sentido a la muerte violenta»⁴³. Después de que transcurrieran casi veinte años desde la muerte en 1914 de su hijo, la artista alemana decidió crear un conjunto escultórico, *Trauernde Eltern*, para el cementerio donde estaba enterrado su hijo. Esta obra tematizaba la muerte en sí misma, y no «el morir por» algo⁴⁴. En lugar de mostrar al soldado muerto, cuya ausencia definitiva no puede compensarse con ninguna imagen, Kollwitz se limitaba a mostrar en sus esculturas el dolor y el duelo de los padres supervivientes.

No nos parece tan acertado lo que Koselleck dice a continuación acerca de otra obra de esta artista. Más allá de que sea discutible, desde el punto de vista estético, la operación póstuma de convertir en 1993 la *Pietà* de Käthe Kollwitz, una pequeña escultura creada en 1937-38, en un monumento para la *Neue Wache* de Berlín, bajo el cual están enterrados los restos de un soldado desconocido y de un prisionero desconocido de un campo de concentración, no nos parece, sin embargo, acertada la crítica que Koselleck formula contra este motivo temático. En

40. R. Koselleck, “I monumenti...”, *op. cit.*, 24.

41. R. Koselleck, *L'expérience...*, *op. cit.*, 145.

42. R. Koselleck, *Los estratos...*, *op. cit.*, 147.

43. R. Koselleck, “I monumenti...”, *op. cit.*, 27.

44. R. Koselleck, *L'expérience...*, *op. cit.*, 149.

su opinión, la utilización de la iconografía cristiana de la *Pietà* en monumentos creados después de la Segunda Guerra Mundial, da lugar a obras artísticas y públicas de notable mal gusto, ya que resulta inevitable que la *Piedad*, por su relación con el deicidio de Cristo, se convierta en un gesto antisemita⁴⁵. Es sorprendente esta interpretación, sobre todo si tenemos en cuenta que la *Pietà*, un episodio ausente en los Evangelios y problemático para el cristianismo, constituye el motivo iconográfico en el que está más presente la mortalidad del cuerpo de Cristo, la *kénosis* o ausencia de divinidad⁴⁶. El Hijo aparece en el mito cristiano como la imagen del Padre. Solo en su muerte se convierte en imagen de la madre; es decir, solo en la *Pietà*, que alude, como si fuera una natividad invertida, al retorno de un cuerpo a ese otro cuerpo al que le debe su mortalidad, el Hijo se parece a la madre. Se trata, por tanto, de un motivo iconográfico que, lejos de acusar a los judíos, expresa con crudeza y ternura la muerte del hijo.

El pensamiento de Koselleck sobre las instituciones alemanas que levantan monumentos o memoriales a las víctimas del Tercer Reich, no está exento de aspectos cuestionables. Para el historiador de los conceptos, tales instituciones no deberían privilegiar a los judíos sobre los homosexuales, gitanos, enfermos mentales, polacos, soviéticos, prisioneros de guerra, etc.: «no podemos incluir –escribe a este respecto– ni excluir a grupos concretos de víctimas. No podemos fijar las fronteras arbitrarias de los grupos que fueron destinados a la muerte, estableciendo una jerarquía de las víctimas»⁴⁷. Koselleck sostiene que, con esta jerarquización de las víctimas, no solo las nuevas instituciones alemanas están aceptando las categorías con las que las SS y la *Wehrmacht* clasificaban a los grupos humanos perseguidos y exterminados, sino que, además, están incumpliendo el imperativo ético de dedicar monumentos o memoriales a todos los seres humanos que han sido víctimas del poder totalitario⁴⁸.

Es cierto que no se debe establecer una jerarquía entre las víctimas, pero tampoco parece que la solución sea elaborar monumentos que les rindan un homenaje genérico, pues ello supone incurrir en esa memoria pública abstracta que el propio Koselleck critica en otras ocasiones. Lejos de aceptar las categorías nazis, al hacer memoriales en los que se singulariza el nombre de los grupos que sufrieron el exterminio, realizamos un gesto opuesto al del verdugo que desearía la desaparición de todos esos nombres singulares, y, desde luego, la del nombre judío. Quien ha llegado más lejos en la oposición a englobar todas las víctimas bajo el mismo nombre es Jean-Claude Milner. Seguramente, este pensador francés vería en la propuesta de Koselleck un ejemplo de ese «universal fácil» o todo ilimitado –*notodo*, en palabras de Lacan– que fue inventado por Pablo de Tarso en *Gálatas* 3, 28. Milner sostiene que el universal fácil está unido necesariamente a la «conversión», es decir, a la sustitución de los distintos nombres que indican todos limitados, empezando por el de judío, por el nombre

45. R. Koselleck, “I monumenti...”, *op. cit.*, 28.

46. M.-J. Mondzain, *Homo spectator*, Montrouge, 2013, 202 ss.

47. R. Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid, 2012, 51.

48. R. Koselleck, “I monumenti...”, *op. cit.*, 33.

del cualquiera y por el todo ilimitado⁴⁹. Desde este enfoque, los memoriales genéricos o abstractos dedicados a la humanidad sufriente constituyen una forma de tachar el nombre judío y, por tanto, de agravar los efectos de la Shoah.

Koselleck vuelve a equivocarse cuando escribe que no incumbe a los alemanes «erigir monumentos a las víctimas, como les correspondería a estas». Sorprende que no tenga en cuenta que muchas de estas víctimas fueron alemanas, más allá de que el Tercer *Reich* les arrebatara a todas ellas los derechos políticos y civiles. El historiador agrega que los alemanes deben, por el contrario, «erigir un monumento de los verdugos, por difícil que esto sea. Un monumento de los verdugos que nos recuerde quién tiene la responsabilidad de los asesinatos, el exterminio y el gaseado. Tratemos de aprender a vivir con ese recuerdo»⁵⁰. Esta distinción entre monumentos dedicados a las víctimas y a los verdugos también resulta sorprendente, pues, como demuestran los ejercicios de memoria histórica que se han hecho desde el cine (Resnais, Lanzmann, Farocki, Rithy Panh, etc.), ambas cosas, el homenaje a la víctima y la condena del verdugo, resultan inseparables.

Koselleck reconoce en cierto modo que, después de 1945, los mejores monumentos dedicados a los caídos son los que tematizan el duelo. Tras la Segunda Guerra Mundial se produce una creciente relación entre el trabajo del duelo y el trabajo de la memoria histórica que lleva a inscribir los hechos del pasado en el museo, en libros, en obras de arte, etc. Ya no se trata –como el mismo Koselleck reconoce– de dotar de significado político a la muerte en la guerra, sino más bien de «olvidar» el dolor por medio del recuerdo, como expresa la tesis de Jean-Louis Déotte sobre el «olvido activo»⁵¹. Para que pueda «pasar el pasado» y se abra el horizonte de un futuro, para que los seres humanos vuelvan a recuperar la energía y puedan tener un mañana, es necesaria la operación terapéutica de la memoria. La inscripción de los acontecimientos traumáticos, luctuosos, en un relato histórico, en un museo o en una obra de arte, permite abrir una sana distancia con respecto a ese *pathos* o masa amorfa de sentimientos dolorosos que inmoviliza al sujeto en un eterno y doloroso presente. Esta inmovilización tiene mucho que ver con la última categoría que vamos a abordar.

El historiador de los conceptos también se preocupa por la fragilidad de la memoria inscrita en los monumentos, pues no siempre es capaz de sobrevivir a «la generación de los supervivientes». Koselleck repara así en el peligro de extinción del culto a los muertos, es decir, llama la atención sobre el peligro de que los monumentos se limiten a dar «testimonio del pasado» y «ya no apunten al futuro»⁵². El pasado deja entonces de ser memoria «viva» y cae en el olvido o en la indiferencia, pues «las experiencias o los mensajes políticos son difícilmente transmisibles más allá» de la generación de los supervivientes⁵³. La petrificación del

49. Sobre ello trata J.-C. Milner en *Las inclinaciones criminales de la Europa democrática*, Buenos Aires, 2007, 37-38, y en *El judío del saber*, Buenos Aires, 2008, 77-82.

50. R. Koselleck, *Modernidad...*, *op. cit.*, 51.

51. J.-L. Déotte, *Oubliez! Les ruines, l'Europe, le musée*, París, 1994, 19.

52. R. Koselleck, *Los estratos...*, *op. cit.*, 149.

53. R. Koselleck, *L'expérience...*, *op. cit.*, 159.

recuerdo en objetos cuya contemplación acaba por ser indiferente para las nuevas generaciones es un mal inherente a los monumentos, así como al conjunto de objetos pertenecientes al pasado que se depositan en un archivo o en un museo. Koselleck estaba convencido de que esta patología se podía combatir con el trabajo de las «instituciones sociales», esto es, con el trabajo que se realizaba desde las escuelas, los museos, las cámaras de representantes políticos, etc. El Benjamin de los *Pasajes* nos enseñó que, en realidad, este mal solo se puede evitar si el pasado continúa siendo memoria viva, si está unido a los problemas del presente, pues los hechos pretéritos se olvidan enseguida cuando permanecen aislados de la experiencia contemporánea. En opinión del judío alemán, «toda imagen del pasado que no sea reconocida por el presente como uno de sus motivos de preocupación» corre el riesgo de desaparecer⁵⁴. De ahí que, con respecto a la política de la memoria, sea necesario subrayar la relación que existe entre la violencia o abusos del pasado y las patologías que hoy nos preocupan.

3. La *Stimmung* de latencia y el «presentismo» contemporáneo: el fin de los tiempos modernos

Abordamos en este apartado el pensamiento de Gumbrecht sobre la latencia⁵⁵, que sobre todo ha desarrollado en su libro *Después de 1945. La latencia como origen del presente*. Perteneció este libro a un proyecto intelectual, que podemos expresar con los términos «ontología de la presencia», que, en contraste con la preponderancia moderna adquirida por la hermenéutica o la cultura de la significación, se esfuerza por recuperar la importancia de los efectos de presencia en sus diversas manifestaciones. Tales efectos son especialmente visibles en la singular experiencia o vivencia estética, tan importante, por lo demás, para un pensador que se ha destacado sobre todo en el campo de los estudios literarios. Pero también esos efectos de presencia son decisivos en la historia.

Para empezar, cabría preguntarse cuánto debe el pensamiento de Gumbrecht a Koselleck, y, en particular, a la polémica mantenida por el autor de *Futuro pasado* con la hermenéutica de Gadamer. La latencia es una de esas categorías que, como la *Stimmung*⁵⁶, escapan a la interpretación lingüística y, por ello, pertenecen a la denominada ontología o cultura de la presencia. La distinción que establece Gumbrecht entre el paradigma de la significación y el de la presencia⁵⁷ está relacionada con la diferencia entre la comprensión de los textos centrada en la interpre-

54. Véase D. Frisby, *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Krausauer y Benjamin*, Madrid, 1992, 394.

55. Un análisis de la latencia, a partir de “los trabajos de Husserl acerca de la constitución originaria de la temporalidad”, se puede encontrar en el artículo de J. L. Villacañas, “Latencia. La elaboración de la experiencia originaria”, *Diánoia*, 76, 2016, 3-28.

56. Sobre esta categoría de *Stimmung*, véase el libro de H. U. Gumbrecht, *Stimmungen/Estados de ánimo. Sobre una ontología de la literatura*, Murcia, 2011.

57. H. U. Gumbrecht, *Production of Presence. What meaning cannot convey*, Stanford, 2004.

tación y la indagación que busca lo que los textos revelan involuntariamente. Hay, por tanto, cosas relacionadas con el discurso histórico que escapan a la interpretación lingüística.

Koselleck ha subrayado, frente a Gadamer, la importancia de esas categorías extralingüísticas, que ha englobado con el término de *Historik*, para explicar cualquier historia, empezando por la conceptual. La *Histórica* reúne los pares opuestos o antitéticos de «tener que morir» y «poder matar», «amigo» y «enemigo», «interior» y «exterior», la categoría de la generatividad o *Natalität*, esto es, la diferencia entre una generación y la siguiente, y la del «amo» y «esclavo» o dominador y dominado⁵⁸. En la entrevista con Dutt redució los cinco pares anteriores a los dualismos fuera-dentro, antes-después y arriba-abajo, eliminando las categorías más influenciadas por Heidegger y Schmitt⁵⁹. Gumbrecht también se aparta de la hermenéutica cuando utiliza categorías «ahistóricas» parecidas a las de Koselleck. En concreto, se refiere, como comentaremos enseguida, a tres configuraciones o medios extralingüísticos para expresar la *Stimmung* de latencia, es decir, para «mantener cubierto y alejado lo latente».

La atmósfera o estado de ánimo de latencia domina, a juicio de Gumbrecht, en la época postmoderna que se caracteriza por el estancamiento del tiempo o por la detención del movimiento histórico. En estas circunstancias resulta inevitable la neutralización de los tres pares antitéticos mencionados por Koselleck. El hecho de que el anacronismo deje de ser una preocupación supone un síntoma del fin del tiempo moderno, el cual estaba marcado por la expectativa de progreso, por caminar hacia un futuro emancipador que deja definitivamente atrás las instituciones del pasado, y por el carácter «futuro-céntrico» de los conceptos. Ahora bien, este final de la modernidad tampoco supone una vuelta al mundo premoderno, el cual se caracterizaba por el mayor peso de la experiencia, de las tradiciones, y por la dimensión «pasado-céntrica» de los conceptos⁶⁰. La yuxtaposición en el presente de temporalidades diferentes se traduce en la suspensión de la tensión entre el antes y el después o entre las distintas generaciones. De forma similar, la memoria contemporánea anula la diferencia entre arriba-abajo, pues la democratización de la memoria ya ni siquiera depende de la relación vertical de servicio a conceptos abstractos y modernos como el de nación y pueblo soberanos, o a conceptos tradicionales, y sociológicamente reales, como los de familia e Iglesia. Aparecen entonces manifestaciones históricas horizontales que se corresponden con un «ni arriba ni abajo». Finalmente, la *Stimmung* de latencia hace referencia a un «ni fuera ni dentro», a un tiempo sin acontecimientos positivos que nos sitúen ante la experiencia de estar en el mundo como en casa o de que las cosas se hallan en el lugar que les corresponde.

Gumbrecht se refiere a tres configuraciones de los *topoi*, o de las situaciones en las que nos vemos envueltos, que expresan «resultados o reacciones a la situación de latencia». De estas tres configuraciones, la más importante se resume en la expresión «no salir, no entrar»,

58. R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, 1997, 73-85.

59. Autor/a, «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», *Isegoría*, 29, 2003, 212.

60. D. Fusaro, «Il tempo dei concetti. La riflessione filosofica di Reinhart Koselleck», *Giornale Critico di Storia delle Idee*, 8, 2012, 75.

que, si la relacionamos con las categorías ahistóricas de Koselleck, se podría traducir con los términos de «ni fuera ni dentro». Se trata, en realidad, del deseo frustrado de traspasar umbrales, pues dicha configuración «combina el sentimiento claustrofóbico de encierro en un espacio sin salida, con la opuesta, si bien complementaria, obsesión de estar en el exterior, sin poder acceder a un espacio interior, que aparece cerrado, sin puertas, sin entradas»⁶¹. Gumbrecht se sirve de la estética, de la reflexión sobre el arte, para pensar, en general, la historia y, en particular, la crisis del cronotopo moderno tal como se expresa a través de la *Stimmung* de latencia. Por eso menciona como ejemplos de espacio sin salida la obra teatral de Sartre *Huis clos*, *El ángel exterminador* del cineasta Buñuel y *Esperando a Godot*, aunque también podría haber aludido a otra obra de Beckett, tan relevante para expresar el confinamiento, como *Fin de partida*. La experiencia contraria, la de no poder entrar en un espacio deseado, es expresada de modo ejemplar por el drama, hoy casi olvidado, de Wolfgang Borchert, *Afuera, frente a la puerta (Draussen vor der Tür)*, que fue estrenado en 1947. El protagonista de este drama, el soldado Beckmann, intenta acceder a la sociedad que surge tras el fin de la guerra, «pero solo encuentra puertas cerradas, rechazo y falta de ayuda»⁶². Desde luego, esta frustrada experiencia, la de no poder cruzar el umbral que lleva al lugar querido, ya fue expuesta de modo magistral por los relatos y novelas de Kafka en el periodo de entreguerras. Lo importante para Gumbrecht es que todas estas vivencias decepcionantes se corresponden con la *Stimmung* de la latencia, con la experiencia de que no podemos salir del presente ni podemos entrar en el futuro porque lo latente no se desvela.

Las otras dos configuraciones son resumidas con las palabras «mala fe y preguntas» y «descarrilamientos y recipientes». La primera hace referencia a la falta de transparencia, a la «imposibilidad de sacar a luz verdades escondidas o latentes», o a la existencia de dimensiones del ser humano que, como la sexualidad, permanecen opacas a pesar de todos los esfuerzos realizados por las ciencias. Y la segunda configuración se refiere al estado existencial de vacío, desilusión o descarrilamiento que «subyace a la obsesión de ser contenido y protegido»⁶³, de hallar la calma, sin conseguirlo, «dentro de un espacio estrecho y bien definido», esto es, dentro de un recipiente o contenedor⁶⁴. En realidad, los *topoi* que aluden a la opacidad o falta de transparencia y a la sensación de vivir en la intemperie también constituyen una forma de anular la diferencia y tensión entre fuera-dentro, exterior-interior, que tan relevante ha sido para describir el movimiento de la historia. Por un lado, la verdad latente puede ser concebida en unas ocasiones como un afuera al que no se puede acceder y en otras como un interior al que no se puede penetrar. Por otro lado, la obsesión por el contenedor se debe a que, en la situación de desamparo en que vive el hombre postmoderno, ya no se puede tener una vivencia en la que se distinga entre el interior y el exterior. Aunque Gumbrecht no se sirve del pensamiento político de Foucault y Deleuze, algo parecido sucede con la «sociedad de

61. H. U. Gumbrecht, *Después de 1945. La latencia como origen del presente*, México, 2015, 38.

62. H. U. Gumbrecht, *Después de 1945...*, *op. cit.*, 39.

63. H. U. Gumbrecht, *Después de 1945...*, *op. cit.*, 198.

64. H. U. Gumbrecht, *Después de 1945...*, *op. cit.*, 40.

control» contemporánea que ha dejado obsoleta la diferencia entre el dentro y el afuera que caracterizaba a la foucaultiana «sociedad disciplinaria». En cualquier caso, las dos configuraciones mencionadas hacen referencia a la promesa incumplida de la modernidad, a un futuro que no termina de llegar, y a una situación en la que ni se desvela la verdad, ni se sitúa cada cosa en su lugar, ni es posible encontrar un espacio de protección. Gumbrecht concluye que «nos hemos quedado solamente con deseos irredentos, incertidumbres y desorientación», o incluso con la sensación de que «un futuro que nunca elegimos nos amenaza»⁶⁵.

El autor de *Después de 1945* se niega a identificar esta categoría, la latencia, que escapa a la hermenéutica y que pertenece a la cultura de la presencia, con la freudiana represión⁶⁶ o con el olvido. Se trata de «presencia en ausencia», de algo que sabemos que está ahí, pero que no ha emergido, que no se ha hecho visible, y por ello no podemos saber qué es. Para describirlo, Gumbrecht utiliza incluso la metáfora del polizón. Sostiene este autor que su generación «ha experimentado su tiempo con la expectativa y la esperanza [...] de que algo latente se manifestaría y revelaría»⁶⁷. Está claro que la latencia tiene que ver con un universo en tensión, esto es, con la esperanzada expectativa de que finalmente lo latente se desvelará, y con la confianza de que ello produzca un efecto de redención. Pero todo esto no hace más que reflejar la estructura temporal «futurocéntrica» de la modernidad, en la que predomina la expectativa sobre la experiencia. Recordemos que Koselleck es quien más ha subrayado la importancia de este par de categorías, experiencia y expectativa⁶⁸, para pensar la diferencia entre lo premoderno y lo moderno.

El problema es que la promesa moderna de redención no se ha cumplido. Gumbrecht escribe a este respecto que «nuestra situación es como la de Vladimir en la obra de Beckett: “Bueno, supongo que al final me levantaré por mí mismo. (Lo intenta, fracasa). Cuando los tiempos se cumplan”. Nosotros podemos aún esperar que este “cumplimiento del tiempo” llegue, pero al mismo tiempo no creemos que tal cosa ocurrirá»⁶⁹. *Esperando a Godot* se convierte así en la gran referencia literaria de la pérdida contemporánea de fe en el desvelamiento de lo latente. Según Gumbrecht, el mundo de la obra de Beckett es el de la inmovilidad, el del tiempo congelado: se espera indefinidamente, sin que nunca llegue aquello que permite el cambio, el movimiento. El latente Godot obliga a Vladimir y Estragón, a Didi y Gogo, a permanecer donde están, siempre a la espera. Lo latente «congela» el tiempo: «el tiempo congelado –añade Gumbrecht⁷⁰– hace que todo progreso, y por ende, toda acción de cualquier tipo, sea imposible, puesto que las acciones necesitan del futuro para transformarse de motivaciones en realidad». El tiempo congelado es el tiempo sin duelo, el de las estatuas

65. H. U. Gumbrecht, *Después de 1945...*, op. cit., 41.

66. H. U. Gumbrecht, *Después de 1945...*, op. cit., 153.

67. H. U. Gumbrecht, *Después de 1945...*, op. cit., 31.

68. Véase el capítulo «Espacio de experiencia» y «Horizonte de expectativa», dos categorías históricas” de R. Koselleck, *Futuro pasado...*, op. cit., 333-357.

69. H. U. Gumbrecht, *Después de 1945...*, op. cit., 31.

70. Todas las citas de estos dos párrafos corresponden a H. U. Gumbrecht, *Después de 1945...*, 29-31.

petrificadas que, en *L'Anée dernière à Marienbad* (1961) de Resnais, simbolizan el presente eterno del que no pueden escapar sus espectrales protagonistas.

El mundo detenido o el presente ancho, al que se refiere Gumbrecht, y que coincide en parte con el más complejo «presentismo» teorizado por François Hartog⁷¹, encuentra, por tanto, en *Esperando a Godot* su mejor plasmación. Para los personajes de este drama nunca llega lo que está latente. La interpretación que hace Robbe-Grillet de las obras del autor irlandés coincide en gran medida con la de Gumbrecht. A juicio del francés, *Fin de partida* muestra que «todo lo que “es”» está en el escenario: fuera no hay nada, solamente el no-ser. Así lo expresa el personaje Clov cuando mira por las dos ventanas del escenario: «un mar vacío y gris por un lado, y una tierra desierta por otro». Y Hamm repite: «fuera de aquí solo existe la muerte». La concentración «aquí» de todos los espacios y «ahora» de todos los tiempos, tiene como resultado una obra en la que, al no existir ni pasado ni futuro, impera el encierro y la inmovilidad, y en la «que toda idea de progreso o dirección, todo significado, se excluye»⁷². Para Ernesto de Martino, este mundo detenido se corresponde con el de la crisis de la presencia. La obra de Beckett es así la encarnación literaria del apocalipsis cultural, de la pérdida de energía necesaria para que nuestra cultura pueda afrontar con resolución, con proyectos que motiven y con valores intersubjetivos, las situaciones críticas y de riesgo⁷³. Mientras dura el estado de crisis cultural, los hombres permanecen detenidos en un presente que cada vez se hace más amplio, pues se trata de un presente sin pasado, sin que nada quede atrás, y sin futuro, sin proyecto. La *Stimmung* de latencia y el presente ampliado son, por tanto, propios de una época de crisis existencial e incluso de apocalipsis cultural⁷⁴.

La aparición de un tiempo sin resolución o redención, que, a juicio de Gumbrecht, se impone después de 1945, implica el fin de la noción moderna de tiempo histórico, del cronotopo de la modernidad. Basándose en los escritos de Koselleck, sostiene que este cronotopo cumplía tres condiciones: «dejar atrás el pasado, ir a través de un presente como

71. Mientras que la sensación de frustración y decepción domina cuando pensamos en el ancho y lento presente de Gumbrecht, Hartog (*Régimes d'historicité...*, *op. cit.*, 150-156) no solo se refiere a un «presentismo» «pesant et désespéré» como el de esos hombres sin futuro que son los parados, sino también a una versión optimista. Esta versión la encontramos en el «presente futurizado» de experiencias históricas exitosas como el «Milagro» alemán o los «Trente Glorieuses» franceses, en la creciente valorización de la juventud, en el slogan «oublier le futur» de los *Sixties*, etc. En la introducción añadida en 2012, titulada «Présentisme plein ou par défaut?», Hartog (*Régimes d'historicité...*, *op. cit.*, 17) señala que el «présent présentiste» de nuestros días se vive de forma muy diferente según sea la posición social que se ocupa: bien como horizonte abierto si se está del lado de los privilegiados, bien como horizonte cerrado si se está dentro del «précariat».

72. A. Robbe-Grillet, «Samuel Beckett, o la presencia en el teatro», *Casa del tiempo*, 87, 2006, 83.

73. E. de Martino, *La fine del mondo. Contributo all'analisi delle apocalissi culturali*, Turín, 2002, 551-552.

74. El aburrimiento, la *noia* de Moravia (E. de Martino, *La fine del mondo...*, *op. cit.*, 546), es también una consecuencia de vivir en un presente sin resolución, en un presente que se amplía cada vez más, y en el que solo cabe la repetición y la degradación. Este universo beckettiano, en el que las cosas permanecen inmóviles y sin significado, es el universo de escasa «semánticidad» que encontramos en el *Prometeo* de Kafka. Cfr. H. Blumenberg, *Trabajo sobre el mito*. Madrid, 2003, 669-672.

mera transición, y ver el futuro como horizonte de posibilidades»⁷⁵. La primera condición, el hecho de «dejar atrás el pasado», significaba que «el pasado no podía repetirse en el futuro»; la segunda suponía que el presente se iba encogiendo, como decía Baudelaire, «al aumentar el ritmo de los cambios»; y la tercera que el futuro estaba «abierto» porque se podía intervenir sobre él por medio de la acción presente⁷⁶. El futuro estaba así unido a la idea de cambio acelerado, el cual transformaba el presente en un fugaz instante de tránsito entre el pasado, que permanecía en el recuerdo como experiencia, y el indeterminado futuro, que se abría a todo tipo de expectativas.

Gumbrecht sostiene que, sobre todo a partir de los años setenta del siglo pasado, empieza a admitirse que ha aparecido un nuevo tipo de tiempo histórico, un nuevo cronotopo, ya que parece haberse «congelado», detenido y ensanchado el presente. De forma similar a lo que sucede en las obras de Beckett, el presente pasa más lentamente, es más ancho, porque el futuro redentor ya no llega, o incluso es mejor que no llegue porque adquiere rasgos amenazadores. Influida por la lectura del poeta húngaro János Pilinszki, Gumbrecht describe el presente ancho del nuevo cronotopo como un «arrugarse de lo transitorio». El presente empieza a tener arrugas cuando el tiempo comienza a ralentizarse y a “generar dolor”: “el pasado –añade el autor de *Después de 1945*– se congela, se petrifica, se hace pesado, y rechaza quedarse «atrás», en el lugar que «le corresponde». [...] Entre mudez, arrugas, petrificación, el tiempo deja de avanzar, y el estancamiento reemplaza el progreso y la aceleración». Ya no se espera que tenga lugar esa resolución o redención del tiempo que para los modernos daba sentido a la historia⁷⁷. Nuestra época postmoderna deja entonces de ser «futurocéntrica».

Esta tesis contrasta con la que expone Boris Groys sobre nuestro tiempo histórico. En su opinión, no vivimos en un presente que se eterniza, sino en una época que lleva la modernidad hasta sus últimas consecuencias. Para este filósofo alemán, modernidad «significa no tener tiempo, experimentar una permanente escasez, una falta de tiempo», porque cada nueva generación desarrolla sus propios proyectos y, antes de que puedan realizarse, la siguiente generación los abandona por otros nuevos. «En este sentido –advierte Groys–, nuestro presente no es una época posmoderna sino ultramoderna porque es la época en la que la escasez de tiempo [...] se vuelve cada vez más obvia». No hay tiempo para que se establezcan tradiciones, para que se asienten las costumbres: «vemos –concluye el filósofo– todas nuestras tradiciones y estilos de vida condenados a la decadencia y desaparición»⁷⁸. En lugar de congelarse –como explica Gumbrecht–, el tiempo se halla en constante mutación. Pero más allá de las considerables diferencias entre Gumbrecht y Groys, ambos se apartan de la moderna filosofía de la historia que cree en el progreso: ya se trate de estancamiento o de cambio permanente, el fin de la historia, en el que las cosas estarán definitivamente en el lugar que

75. H. U. Gumbrecht, *Después de 1945...*, op. cit., 195.

76. H. U. Gumbrecht, *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*, Madrid, 2010, 47, 45, 31.

77. K. Löwith, *El hombre...*, op. cit., 315-329.

78. B. Groys, *Volverse público. Las transformaciones del arte en el ágora contemporánea*, Buenos Aires, 2014, 107.

les corresponde, parece una utopía inalcanzable. Por un lado, se reconoce que el presente se ha detenido sin que se hayan alcanzado las aspiraciones de la humanidad (Gumbrecht); por otro, se admite que los cambios continuos tampoco nos acercan al final deseado (Groys).

Koselleck ha sido considerado por Gumbrecht y Hartog como el gran teórico del «cronotopo» o del «régimen de historicidad» moderno. A pesar de que no ha teorizado sobre el final de la modernidad, este artículo ha pretendido demostrar que el autor de *Futuro pasado* proporciona también muchos elementos para reflexionar sobre este final. Su obra sirve para pensar en categorías que, como las de anacronismo, memoria o latencia, ya no son simples instrumentos con los que la estética explica la relación de muchas obras de arte con la historia. En lugar de despreciarlas como categorías marginales para la historiografía, pensamos que son fundamentales para explicar la presente crisis de la modernidad.

Las reflexiones koselleckianas sobre el punto de vista y sobre las dificultades para dejar atrás un pasado que no debería repetirse en el futuro, ponen de relieve las dificultades crecientes, en un contexto en el que se impone el «presentismo», para perseguir los anacronismos. Ciertamente, Koselleck no ha pensado en la posmodernidad, pero sus análisis sobre la «memoria colectiva» y los monumentos levantados después de 1945 hacen referencia a un mundo en el que nuestras expectativas sobre el futuro ya no determinan el sentido de la historia de los hechos pasados. En relación con la memoria, cabe reconocer que las crisis que se suceden tras el final de la Segunda Guerra Mundial, no solo conducen al estancamiento y parálisis que caracteriza al *présentisme*, al presente ancho, de nuestros días, sino también a los «impulsos y ascensos de la memoria», la cual, a juicio de Hartog, aparece en ocasiones como una «alternativa terapéutica» frente a las opresivas e imperialistas historias nacionales de los vencedores⁷⁹. Así que no todos los signos que apuntan al fin de la modernidad son apocalípticos, como, sin embargo, podría parecer después de leer a Gumbrecht.

Tras el ocaso del pensamiento moderno sobre la historia universal, sobre la *Geschichte* como «sustantivo colectivo singular»⁸⁰, se abre una concepción postmoderna de la historia, una especie de «poshistoria», que introduce dos novedades en el discurso histórico: la aceptación de vivir con el escándalo de la contingencia y la elaboración de una historia des-singularizada, re-pluralizada. En primer lugar, aceptar dicho «escándalo» significa que debemos desembarazarnos de la idea de un final que ponga felizmente término a la concepción de la historia como el tiempo en que el hombre, como decía el antropólogo y filósofo De Martino, debe hacer frente al riesgo radical de no ser en ningún mundo posible. Este riesgo, sin embargo, es inherente a la contingencia, a la historicidad, del ser humano, y, por tanto, insuperable. Por lo demás, no se nos escapa que el desenmascaramiento de esta ficción consoladora, la de una historia que aspira a parecerse a su contrario, a la eternidad, puede ser una de las principales razones del «malestar» del hombre contemporáneo. En segundo lugar, cabe decir que la filosofía moderna ha tendido a la simplificación, a elaborar una historia unilineal, mientras que los conceptos filosóficos relacionados con la «poshistoria» o la posmodernidad tienden

79. R. Silva, «Memoria e historia: entrevista con François Hartog», *Historia crítica*, 48, 2012, 209.

80. R. Koselleck, *historia/Historia*, Madrid, 2004.

a introducir una mayor complejidad. Desde este último enfoque, la historia de la humanidad se compone de una pluralidad irreductible de historias, que, como sucede con el centauro doble del filme de Pasolini, solo podemos yuxtaponer, pero ya no integrar, como quisieron los modernos, dentro de un mismo discurso racional y de una misma línea de evolución.

II

MISCELÁNEA



PEACE IN THE MIDDLE AGES.
A HISTORIOGRAPHICAL APPROACH

La paz en el medievalismo. Una aproximación historiográfica

Óscar López Gómez

Universidad de Castilla-La Mancha

Oscar.LopezGomez@uclm.es - <https://orcid.org/0000-0002-9847-7178>

Fecha recepción: 11.07.2019 / Fecha aceptación: 16.02.2020

Resumen

Hoy en día resulta sencillo perderse en el mare-mágnum de publicaciones que existe en torno a la temática de la paz en el Medioevo. No en vano, el número de obras que han visto la luz sobre todo desde la década de 1960 puede resultar inabarcable. En virtud de esta circunstancia, el presente trabajo busca ofrecer al historiador una guía primigenia de análisis, que le permita internarse en la bibliografía sobre la paz en la Edad Media. Con tal objetivo, en el artículo se perfila el devenir historiográfico de dicha cuestión desde sus orígenes, a mediados del siglo XIX, hasta el siglo presente; se incide en las vinculaciones que pueden percibirse

Abstract

It is easy these days to lose one's way amidst the myriad publications available on peace in the Middle Ages. The plethora of studies that have seen the light of day, especially since the 1960s, can seem overwhelming. Consequently, the aim of the present article is to offer a helping hand and enable the historian to delve into the bibliography on peace in the Middle Ages. To this end, I outline the historiographical development of this question from its origins in the mid-nineteenth century to the present day, emphasising the connections that can be traced between studies on peace and sociocultural and political sce-

entre los estudios de la paz y el escenario político y sociocultural de cada época; y se ofrece una bibliografía selecta –a pie de página–, atendiendo a cada una de las distintas líneas de estudio.

Palabras clave

Paz, pacificación, Edad Media, violencia, guerra, historiografía alemana.

narios, and offering a selective bibliography for each of the different areas of study.

Keywords

Peace, pacification, Middle Ages, violence, war, German historiography.

Introducción

El interés que ha suscitado el «fenómeno de la paz» entre los medievalistas en las últimas décadas debería encuadrarse, de algún modo, dentro de la vertiginosa y confusa remodelación historiográfica que se viene produciendo desde fines del siglo XX¹. Fue a partir de entonces cuando comenzó a desarrollarse una vía de análisis nueva, centrada en la comprensión del «hecho histórico de la paz» y de los factores vinculados al mismo, tales como el orden público, la (in)justicia, las relaciones de poder, los discursos políticos, las ceremonias, los rituales y

1. La lista de trabajos que se pueden traer a colación al respecto es enorme. Solo entre las monografías más destacadas podrían citarse: K. Arnold, *Mittelalterliche Volksbewegungen für den Frieden*, Stuttgart, 1996; J. Fried (publ.), *Träger und Instrumentarien des Friedens im hohen und späten Mittelalter*, Sigmaringen, 1996; N. Ohler, *Krieg und Frieden im Mittelalter*, München, 1997; B. Molina Rueda y F. A. Muñoz (coords.), *Cosmovisiones de paz en el Mediterráneo antiguo y medieval*, Granada, 1998; P. J. E. Kershaw, *Rex Pacificus. Studies in Royal Peacemaking and the Image of the Peacemaking king in the Early Medieval West*, London, 1999; D. B. Wolfthal (publ.), *Peace and Negotiation. Strategies for Coexistence in the Middle Ages and the Renaissance*, Turnhout, 2000; A. Buschmann y E. Wadle (ed.), *Landfrieden. Anspruch und Wirklichkeit*, Paderborn, 2002; K. Petkov, *The Kiss of Peace. Ritual, Self, and Society in the High and Late Medieval West*, New York, 2002; *Pace e guerra nel basso medioevo: Atti del XL Convegno storico internazionale; Todi, 12 - 14 ottobre 2003*, Spoleto, 2004; J. Benham, *The Principles of Peacemaking in the Central Middle Ages*, Norwich, 2004; G. Kumhera, *Making Peace in Medieval Siena: Instruments of Peace, 1280-1400*, Chicago, 2005; Ó. López Gómez, *Violencia urbana y paz regia. El fin de la época medieval en Toledo (1465-1522)*, Toledo, 2006; J. Y. Malegam, *Peace and its Visions. Mediations between Theology and Society in Western Europe, 1050-1200*, Stanford, 2006; N. Offenstadt, *Faire la paix au Moyen Âge: discours et gestes de paix pendant la guerre de Cent Ans*, Paris, 2007; T. B. Lambert, y D. W. Rollason (publ.), *Peace and Protection in the Middle Ages*, Durham, 2009; G. Althoff (publ.), *Frieden stiften. Vermittlung und Konfliktlösung vom Mittelalter bis heute*, Darmstadt, 2011; P. J. E. Kershaw, *Peaceful Kings: Peace, Power and the Early Medieval Political Imagination*, Oxford, 2011; P. Broggio y M. P. Paoli (publ.), *Stringere la pace: teorie e pratiche della conciliazione nell'Europa moderna (secoli XV-XVIII)*, Roma, 2011; J. Y. Malegam, *The Sleep of Behemoth. Disputing Peace and Violence in Medieval Europe, 1000-1200*, New York, 2013; T. Robertson y C. Thomas, *Peacemaking in Medieval León and Castile, c. 1100-1230*, Exeter, 2014; M. Güell y G. Martin, *La Paix des dames. Femmes, paix et pacification en péninsule ibérique au moyen âge (Xe-XVe siècle)*, Monográfico de e-Spania, 20 (febrero de 2015); K. L. Jansen, *Peace and Penance in Late Medieval Italy*, Princeton, 2017.

la propaganda². Sería un error, no obstante, deducir que la historiografía en torno a la materia era escasa o prescindible hasta entonces, por más que, al contrario, también resulte erróneo sostener que la paz ha gozado de un rol distinguido entre las inquietudes de los historiadores hasta períodos recientes. La guerra, qué duda cabe, es la que frecuentemente ha disfrutado de las mayores prerrogativas³; entre otras causas por lo difícil del establecimiento de una base teórica incontrovertible.

Al fin y al cabo, ¿qué era/es la paz? Se trata de una cuestión compleja. Puede ser algo introspectivo. Una situación de calma y sosiego. Una disposición interior, personal y psicológica, donde reine la tranquilidad y la armonía, que pudiendo ser interesante –¿en qué estado anímico, bajo presión, se hallaban los emperadores, reyes, papas u arzobispos a la hora de tomar decisiones?–, a menudo escapa a las posibilidades que ofrecen los documentos históricos. Irenólogos y organismos dedicados a la investigación sobre la temática suelen diferenciar entre dos tipos de paz⁴. En sentido negativo, entendida como lo opuesto al desorden, los abusos, el caos, la explotación, las injusticias y la manipulación; como no-violencia, supresión de los conflictos, cese de hostilidades y ausencia de guerra. Y la paz en sentido positivo, en tanto

2. Dejando al margen otros enfoques, para la cuestión del orden público podrían destacarse los siguientes trabajos: J. G. Bellamy, *Crime and Public Order in England in the Later Middle Ages*, London, 1973; M. Hébert (publ.), *Vie privée et ordre public à la fin du Moyen Âge. Études sur Manosque, la Provence et le Piémont (1250-1450)*, Aix-en-Provence, 1987; R. W. Kaeuper, *War, Justice, and Public Order. England and France in the Later Middle Ages*, Oxford, 1988; J. M. Mendoza Garrido, *Delito, sociedad y represión en la Baja Edad Media castellana*, Granada, 1997; C. Gauvard, Claude, *Violence et ordre public au Moyen Âge*, Paris, 2005; E. Gilardeau, *Ordre public dans la jurisprudence civile d'après les arretistes (bas moyen âge - XVIII siècle)*, Paris, 2000; D. M. Jorgensen, *Private Need, Public Order. Urban Sanitation in Late Medieval England and Scandinavia*, Virginia, 2008; S. Passamanek, *Modalities in Medieval Jewish law for Public Order and Safety*, Cincinnati, 2009; N. Fejic, "Defense Politics in a Mediterranean City: Medieval Military Threats to Dubrovnik (Ragusa) and Emergent Tensions between Defensive Strategy and Securing Public Order", *Imago temporis. Medium Aevum*, 4, 2010, 307-328; F. Storti, "Fideles, partiales, compagni nocturni". Difesa, lotta politica e ordine pubblico nelle città regnicole del basso medioevo", en *Città, spazi pubblici e servizi sociali nel Mezzogiorno medievale*, Roma, 2016, 61-94.

3. Para una visión global del fenómeno de la guerra en la Historia véase: G. Parker (ed.), *Historia de la guerra*, Madrid, 2010.

4. Entre las principales instituciones dedicadas al estudio de la paz destacan: Stockholm International Peace Research Institute [<https://www.sipri.org/>], Centro Interdisciplinare Scienze per la Pace, de la Universidad de Pisa [<https://pace.unipi.it/index.php?lang=it>], Centre for Peace and Conflict Studies, de la Universidad de Sidney [<http://www.centrepeaceconflictstudies.org/about/show-we-began/cpcs-staff/>]. En el caso de España destacan el Instituto para la Paz y los Conflictos (IPAZ), de la Universidad de Granada [<http://ipaz.ugr.es/>], Instituto Interuniversitario de Desarrollo Social y Paz (IUDESP), de la Universidad de Alicante [<http://www.iudesp.es/>], la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ), de la Universidad Jaime I [<http://www.aipaz.org/content/index.php>], y la Escola de Cultura de Pau de la Universidad Autónoma de Barcelona [<https://escolapau.uab.cat/index.php/es.html>]. Uno de los irenólogos más afamados es Johan Galtung, del que pueden destacarse tres obras: *Sobre la paz*, Barcelona, Fontamara, 1985; *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Bilbao, 1998; y *Paz por medios pacíficos: paz y conflicto, desarrollo y civilización*, Bilbao, 2003.

que consecución de bienestar, armonía ciudadana, concordia cívica, y simbiosis y equidad en las relaciones humanas.

A partir de los años 90 del siglo XX comenzó a profundizarse en el estudio de la cuestión y de sus implicaciones como nunca se había hecho. Las ideas *about peace* desarrolladas desde entonces, tras el fin de la Guerra fría, dieron paso a una producción bibliográfica novedosa⁵, que ha crecido en poco tiempo de manera exponencial. No en vano, con el propósito de realizar un primer acercamiento al tema el presente estudio parte de una base de datos de más de 350 libros y artículos que se publicaron entre 1845 y 2019, en alemán, francés, español, italiano, inglés y portugués, bajo los términos de búsqueda «medieval»/«Edad Media» y «paz»/«pacificación»⁶. La bibliografía, aun así, podría incrementarse mucho más, porque se podrían introducir otros parámetros anejos, como «control social», «concordia», «orden público», «represión», «relaciones de poder», «violencia/delinuencia/criminalidad», «discurso», «diplomacia», «propaganda», «mediación» o «protección». Simplemente a partir de tres de esos parámetros –«control social», «concordia», «orden público»–, *Dialnet* y *Regesta Imperii*, dos de las plataformas de búsqueda bibliográfica más usadas en España, ofrecen un balance de más de 180 títulos, a sumar a los más de 350 referidos. Y si se introdujera como cuarto concepto la palabra «justicia», la base de datos superaría con mucho las 600 entradas.

Ni que decir tiene, por lo tanto, que el de la paz en el Medievo es un tema peliagudo; no solo por las rémoras de carácter teórico, sino, asimismo, por la espesura bibliográfica surgida en consecuencia. Se trata de una cuestión tan imperceptible –la paz impera cuando no se la reclama–, difusa, subjetiva y difícil de aprehender, que afrontar su examen puede convertirse para el investigador en una especie de quimera, dada la variedad de perspectivas, enfoques y formas de entender el fenómeno, y dadas las dificultades para abarcar la bibliografía en su conjunto, por muy titánicos que sean los esfuerzos.

5. Ó. López Gómez, *La paz en el Medievo. Líneas de análisis y entorno historiográfico*, Murcia, 2013.

6. La búsqueda bibliográfica se realizó el 28 de junio de 2019. *Dialnet Plus* es la principal base de búsqueda bibliográfica en español, pero no ofrece títulos en alemán ni en francés en lo que se refiere a la paz en el Medievo bajo conceptos de búsqueda como «mittelalterlicher frieden», «mittelalter frieden», «frieden des mittelalters», «Gott friede», «medieval paix», «paix Moyen Âge» o «Paix de Dieu». Por el contrario, *Regesta Imperii*, una de las grandes bases de datos a nivel internacional, apenas ofrece títulos en español. En notas a pie de página se ofrecerá buena parte de la bibliografía utilizada para realizar este trabajo. Existen algunas recopilaciones de bibliografía sobre el tema más o menos actualizadas, y más o menos completas, como las de U. Heyn, *Peacemaking in Medieval Europe. A Historical and Bibliographical Guide*, Claremont, 1997; K. Grubmüller, “Friede” in der deutschen Literatur des Mittelalters. Eine Skizze”, en J. Fried (publ.), *Träger und Instrumentarien des Friedens...* op. cit., 17-35; y M. C. Rossi, “Polisemia di un concetto: la pace nel basso medioevo. Note di lettura”, *Quaderni di storia religiosa*, 12, 2005, 9-46. La búsqueda se ha realizado tanto atendiendo a los títulos de las obras como a las palabras clave. Los actuales sistemas de gestión bibliográfica ofrecen posibilidades que hace unos años eran inexistentes: F. Fernández Izquierdo, “Una aproximación a los instrumentos metodológicos digitales: los gestores bibliográficos”, *Ayer*, 110, 2018, 51-82.

Hoy en día, no obstante, hay tres ideas axiomáticas, de las que ha de partirse. En primer lugar, la percepción cada vez más notoria, e in crescendo, de la relevancia de la paz para el medievalismo. Por otro lado, la constatación de que dicha paz era un objetivo básico en los reinos medievales, que se podía perseguir a través de múltiples procedimientos, y no solo mediante el uso de leyes e instituciones ad hoc. Y, por último, la evidencia de que toda aproximación a la problemática debe realizarse desde enfoques distintos a los imperantes hasta la década de 1970, en que primaba la historia del derecho.

Dados estos preámbulos, en las páginas que siguen se profundizará en la producción historiográfica que ha venido desarrollándose desde hace más de un siglo y medio, en su mayoría centrada en la Plena y Baja Edad Media, y para un ámbito geográfico circunscrito especialmente a la Cristiandad occidental, más que a territorios musulmanes o bizantinos. Lo que se pretende es ofrecer una guía de análisis que permita al historiador hacerse una idea sobre los vericuetos por los que ha discurrido la temática, aclarando su devenir desde sus orígenes, e incidiendo, de paso, en la relación que puede percibirse entre el asunto de la paz y la realidad política y sociocultural de cada ciclo histórico. Simultáneamente, se llamará la atención acerca del protagonismo de dos de los campos de estudio que más bibliografía han generado: la conexión entre la guerra y la paz, origen de innumerables obras; y los vínculos entre la propaganda, la pacificación y el orden público, sobre cuyo desentrañamiento ha versado buena parte de la investigación contemporánea.

1. La prevalencia de la historiografía germana

Hasta bien entrado el siglo XIX la paz no se consideró un objeto de interés para quienes se dedicaban a escribir sobre la Historia. Se trataba de un asunto de orden moral; de una meta con imperativos éticos. En definitiva, de algo que se encontraba más en el ámbito de moralistas, filósofos y teólogos que en el de los individuos que, teóricamente con el rigor que reclamaba el análisis histórico, tenían el deber de acercarse al pasado con cierta objetividad⁷. Semejante consideración, empero, en la Europa de la década de 1840 hubo de amoldarse a las tesis que aseguraban que, en el devenir de los pueblos a lo largo de los siglos, la capacidad para sostener la paz en su territorio era un elemento que definía a los estados-nación, mientras que, por contra, la incapacidad para mantener el orden evidenciaba los defectos de las organizaciones estatales –fuera en su modo de proceder, o fuera, más intrínsecamente, en sus propias estructuras–⁸.

7. M. Á. Ladero Quesada, “Introducción. Paz en la guerra: procedimientos medievales”, en A. Arranz Guzmán, M. del P. Rábade Obrado y Ó. Villarreal González (coords.), *Guerra y paz en la Edad Media*, Madrid, 2013, 15-40. Véase también, J. Rodríguez Velasco, “Pax. Hablar sobre la paz en la Edad Media”, en J. I. de la Iglesia Duarte (coord.), *La guerra en la Edad Media. XVII Semana de estudios medievales. Nájera, del 31 de julio al 4 de agosto de 2006*, Logroño, 2007, 405-434.

8. J. Guerrero Muñoz. “Políticas de poder y (des)orden”, *Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, 6, 2006, 141-159.

En aquellos momentos de gran efervescencia de las ideas nacionalistas y liberales, las discusiones en torno a la conformación de los países arraigaron con fuerza en ciertos ambientes académicos, dando lugar a la eclosión de enfoques historiográficos que nunca antes habían existido. En lo referente a la paz entre los siglos V y XVI, las valoraciones sobre la misma germinaron en poco tiempo; en especial en la entonces naciente escuela historiográfica germana. Las especulaciones a la hora de entender la génesis y las bases del estado moderno se convertirían en una prioridad en muchos países, pero en la futura Alemania fue donde desde un principio se les dio mayor trascendencia, intentando situar en un contexto inteligible la disputa que se había vivido en el Reich por el control de la soberanía, y en relación con la capacidad de mantenimiento de la *pax e tranquillitas* por cada uno de los poderes establecidos⁹.

1.1. De Johann Jakob Blumer a Hans Thieme: los orígenes historiográficos

En una Alemania aún fragmentada, en la que poco a poco iba a arraigar uno de los nacionalismos de carácter unificador más agresivos de Europa, la investigación acerca de la paz en los siglos medievales lograría una preferencia mayor que en ningún otro lugar del Viejo Continente, vinculada, en una especie de contrapunto, a las guerras, las crisis y las tensiones que sufriría la región hasta mediados del siglo XX. En sus orígenes se trataba de una temática propia de la historia del derecho, con connotaciones políticas muy fuertes, en la medida en que, por lo común, lo relacionado con la capacidad para establecer la paz se leía en términos de soberanía, por una parte, y de éxito o fracaso de las organizaciones estatales, por otra. Las victorias o los infortunios del Sacro Imperio Romano Germánico a la hora de mantener el orden en sus territorios serían esgrimidos por quienes no dudaban en ensalzar la *Grossdeutschland*, la «Gran Alemania», sobre la que ejercieron su poder los emperadores, y por quienes, en la oposición, partidarios de la *Kleindeutschland*, de la «Pequeña Alemania», insistían en las dificultades de esos mismos emperadores a la hora de imponer su *auctoritas*.

En 1845 vieron la luz dos obras que pueden ser consideradas la base de la posterior historiografía. Una de ellas, de Johann Jakob Blumer, se centraba en la comprensión del significado de la paz y su quiebra en Suiza en la Baja Edad Media¹⁰. La otra, de Friedrich Philipp Usener, trataba sobre los encargados de velar por la concordia ciudadana en las regiones de Wetterau y del Rin¹¹. Eran investigaciones breves, parciales e imbuidas de un cierto regusto romántico. Habría que esperar más de una década, al año 1857, para que August von Kluckhohn publicase la que puede ser tenida por la primera gran obra sobre la

9. U. Meier, “Pax et tranquillitas. Friedensidee, Friedenswahrung und Staatsbildung im spätmittelalterlichen Florenz”, en J. Fried (publ.), *Träger und Instrumentarien... op. cit.*, 489-523

10. J. J. Blumer, “Der gelobte Frieden und dessen Verletzung: nach schweizerischen Rechtsquellen des späteren Mittelalters”, *Zeitschrift für deutsches Recht und deutsche Rechtswissenschaft*, 9, 1845, 297-309

11. F. P. Usener, “Beiträge zur Geschichte der Landvögte der Wetterau und der Hauptleute des Landfriedens am Rhein und in der Wetterau”, *Archiv für hessische Geschichte und Altertumskunde*, 4, 1845, 1-13.

temática: *Geschichte des Gottesfriedens – Historia de la Paz de Dios*¹²: una primera aproximación global a la materia, en la que se insistía en el papel de la Iglesia durante los siglos X al XII a la hora de implementar un sistema que limitara, de algún modo, la actitud depredadora de los señores feudales. Frente a los trabajos anteriores, el de Kluckhohn sí obtendría una respuesta historiográfica notoria, en un doble sentido. En primer lugar, el historiador germano había puesto el foco de atención en uno de los asuntos que más peso tendría en décadas posteriores: la Paz y Tregua de Dios.

Partiendo de una explicación *à long terme* sobre la defensa del orden, según Kluckhohn la intervención de los poderes eclesiásticos sería inexcusable a partir del siglo X. Tras el fracaso de la *Pax romana* (31 a.C.-192), el siguiente intento de imponer una paz global y duradera en Europa se produjo durante el Imperio carolingio, pero su decrepitud a partir del año 814, y la imposición de un sistema feudal, hizo que la Iglesia intentara frenar los abusos de los poderosos. La *Pax Dei* se decretó por vez primera en el Sínodo de Charroux, en el año 989, con el fin de proteger a personas –pobres, mercaderes, campesinos, religiosos–, animales, objetos de labor y espacios sagrados. En un breve período la nómina de amparados por la Paz se incrementaría, al tiempo que iba extendiéndose la Tregua de Dios, que, tras nacer en 1027, en el Sínodo de Ruisellón, prohibiendo la violencia en algunas jornadas –en un principio fiestas religiosas–, se amplió a todos los días tras la prédica de la bula de cruzada en 1095, intentando imponer un contexto idílico de paz perpetua¹³.

Geschichte des Gottesfriedens provocó otra reacción muy interesante. En los años posteriores a su publicación el número de obras sobre la paz en la Edad Media que vieron la luz sería notorio, pero no solo se centraron en el papel de la Iglesia. Ciertos intelectuales alemanes, en buena medida como una muestra de rechazo frente a la popularidad otorgada a los clérigos, insistirían, por contra, en la labor de la nobleza y de los emperadores¹⁴. La palabra

12. A. von Kluckhohn, *Geschichte des Gottesfriedens*, Leipzig, 1857.

13. H. Cagni, “Reflexiones en torno a los conceptos de guerra justa y cruzada y su actual revalorización”, *Revista enfoques*, VII/10, 2009, 157-181; B. Terminski, “The Evolution of the Concept of Perpetual Peace in the History of Political-Legal Thought”, *Revista Escuela de Historia*, 10/1, junio 2011. En línea en: <https://www.redalyc.org/pdf/638/63819969002.pdf>. [Consulta: 28.06.19].

14. A. L. J. Michelsen (publ.), *Urkundlicher Beitrag zur Geschichte der Landfrieden in Deutschland. Eine archivalische Mittheilung*, Nürnberg, 1863; L. Corsten, *Die Landfrieden des Mittelalters und ihre Beziehungen auf unsere Gegenden. 2. Teil*, Erkelenz, 1864; C. G. Homeyer, *Das Friedegut in den Fehden des deutschen Mittelalters*, Berlin, 1866; J. M. J. L. Mas Latrie, “Traité de paix et de commerce entre les chrétiens et les Arabes de l’Afrique septentrionale au Moyen Âge. Recherche des documents”, *Bibliothèque de l’Ecole des Chartes*, 27, 1866, 409-444; U. Eggert, *Studien zur Geschichte des Landfriedens in Deutschland*, Göttingen, 1875; R. Goecke, *Die Anfänge der Landfriedens Einrichtungen in Deutschland*, Düsseldorf, 1875; F. Schierlinger, *Die Friedensbürgschaft. Ein historisch-criminalpolitischer Versuch*, Erlangen, 1877; H. Mendthal, *Die Städtebünde und Landfrieden in Westfalen bis zum Jahre 1371. Ein Beitrag zur Geschichte der Landfrieden in Deutschland*, Königsberg, 1879; S. Herzberg-Fränkell, “Die ältesten Land- und Gottesfrieden in Deutschland”, *Forschungen zur deutschen Geschichte*, 23, 1883, 117-163; P. S. von J. Schwalm, *Die Landfrieden in Deutschland unter Ludwig dem Baiern. Mit Urkunden-Beilagen*, Göttingen, 1889; L. Huberti, *Studien zur Rechtsgeschichte der Gottesfrieden und Landfrieden*, Berlin, 1889; O. von Zallinger, “Der Kampf um den Landfrieden in Deutsch-

clave, en torno a la cual se desenvolvería toda una tradición historiográfica a partir de entonces, sería *landfrieden*; un término complicado, difícil de trasladar a otros idiomas, que literalmente podría traducirse como «paz del país», «paz del territorio», «paz de la patria», «paz de la tierra» o «paz pública» –en latín *constitutio pacis*, *pax instituta* o *pax jurata*¹⁵–. En su versión más antigua, consistía en una renuncia al uso de la violencia por parte de los nobles y dirigentes públicos a la hora de dirimir sus conflictos. Se trataba de un pacto juramentado, como la Paz de Dios, en el que, como en aquella, intervendrían tribunales especiales, leyes específicas e individuos protegidos.

En virtud de estos planteamientos historiográficos, se concibieron dos «sistemas de paz» en el Occidente cristiano entre los siglos X y XII: uno imperante en Francia, donde la Iglesia buscaría imponer su potestad, que tuvo éxito en el siglo XI, resultado de la crisis del sistema carolingio¹⁶; y otro en el Sacro Imperio Romano Germánico, en lo que luego sería Alemania, trascendente a partir del siglo XII, donde tuvo lugar una controversia casi interminable entre el emperador y los señores a la hora de decidir qué fuerza debía ser la soberana, y, por consiguiente, quién debía imponer «su paz» en la región.

Con los años, ya en la Baja Edad Media, los ideales de «paz juramentada» fueron debilitándose, imponiéndose una concepción menos contractual, y más teórica, abstracta y jurídica, con una fuerte carga ideológica¹⁷, que daría lugar en el caso del I Reich al establecimiento de la *ewiger landfriede* –la paz perpetua, o paz eterna– en 1495: una prohibición del derecho de venganza. El proceso fue generalizado en buena parte de Europa, ya que a partir del siglo XIII se pasaría de una interpretación restringida del elemento, en tanto que *Pax Dei* o *pax regis* –paz del rey–, a una concepción mucho menos individual, no tan vinculada al soberano como icono, sino a la realeza como estructura.

En este sentido, el primer autor que al margen de la historiografía alemana buscó dar un empuje al tema, ubicándolo en confines territoriales y temporales al margen del Sacro Imperio, fue Frederick Pollock, en un trabajo que vio la luz en 1899 bajo el título «The King's

land während des Mittelalters”, *Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung*, 4, 1893, 443-459; P. Heilborn, “Die geschichtliche Entwicklung des Begriffs Landfriedensbruch”, *Zeitschrift für die gesamte Strafrechtswissenschaft*, 18/1, 1898, 1-52.

15. C. Horst, “Landfrieden als Konzept und Realität kollektiver Sicherheit im Heiligen Römischen Reich”, en G. Naegle (dir.), *Frieden schaffen und sich verteidigen im Spätmittelalter/Faire la paix et se défendre à la fin du Moyen Âge*, París, 2012, 121-138.

16. T. Head (publ.), *Peace and Power in France around the Year 1000*, London, 2006; K. van Eickels, “Les bons et mauvais usages de la paix au Moyen Âge, ou la mutation de l’an mil n’a-t-elle vraiment pas eu lieu?”, en *Paroles de paix en temps de guerre*, Carcassonne, 2006, 31-38.

17. J. Firnhaber-Baker, “From God’s Peace to the King’s Order: Late Medieval Limitations on Non-Royal Warfare”, *Essays in Medieval studies*, 23, 2006, 19-30; G. Naegle, “Peace and War, Repression and Liberty: Urban Autonomy and Princely Expansionism in the Medieval Holy Roman Empire”, *Edad Media. Revista de Historia*, 19, 2018, 74-113.

Peace in the Middle Ages»¹⁸. En dicha obra, centrada en la Plena Edad Media inglesa, se reclamaría la preeminencia como «mantenedores de la paz» de los monarcas anglosajones; un cometido exclusivo y monopolístico, que les daba reputación e influjo sobre el resto de aristócratas. En cierta medida, el objetivo de Pollock era abrir un debate en torno al poder regio. Sin embargo, la carrera armamentística que condujo a la I Guerra Mundial hizo que en las décadas siguientes la historiografía de la paz desapareciera, publicándose solo un trabajo de Rudolf His, en 1912, en el que, paradójicas del destino, se ensalzaba el papel que en la Alemania medieval jugaban las instituciones cuya tarea era mantener la concordia¹⁹.

Tras casi dos lustros de sequía historiográfica, el final de la conflagración trajo un resurgir bibliográfico inaudito. Entre 1919 y 1939 se publicaron doce monografías; más que en el medio siglo anterior. A pesar de la catástrofe que había supuesto la guerra para Alemania, su historiografía siguió siendo la predominante, centrada a partir de la década de 1920 en la evaluación de la paz en épocas concretas²⁰ y en regiones específicas del Reich²¹. Mientras, historiadores de Francia y Reino Unido comenzaron a despuntar con obras a la postre clásicas, como la de Mary Joseph Sister Aloysius sobre las leyes e instituciones de la paz en Francia²², la de Bertha Haven Putnam y Ronald Stewart-Brown sobre los *Keepers, Justices y Sergeants of Peace* en Inglaterra²³, o la de Robert Francis Wright sobre la contribución de la Iglesia al establecimiento de leyes que regulasen las disputas a nivel interterritorial²⁴.

El contexto académico surgido de los pactos de Locarno arengaba a una actividad *to ensure the maintenance of peace*, que en todo lo referente al medievalismo culminaría en 1929 con la publicación por Ludwig Quidde de un magnífico ensayo, bajo el título *Histoire de la*

18. F. Pollock, “The King’s Peace in the Middle Ages”, *Harvard Historical Review*, 13/3, November, 1899, 177-189.

19. R. His, “Gelobter und gebotener Friede im deutschen Mittelalter”, *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte: Germanistische Abteilung*, 33, 1912, 139-223.

20. H. Haubold, *Land Friedensbestrebungen der Harzgrafen seit der Stauferzeit bis zum ewigen Landfrieden*, Berlin, 1921.

21. W. Lenel, “Der Istrische Landfrieden des Patriarchen Wolfger von Aquileja”, *Neues Archiv der Gesellschaft für ältere deutsche Geschichtskunde*, 41, 1919, 709-711; E. Bock, “Der Kampf um die Landfriedenshoheit in Westfalen und die Freigerichte bis zum Ausgang des 14. Jahrhunderts”, *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte: Germanistische Abteilung*, 48, 1928, 379-441; F. Schultz, “Landfriedensbestrebungen im Stifte Osnabrück bis zum Jahre 1495”, *Mitteilungen des Vereins für Geschichte und Landeskunde von Osnabrück*, 52, 1930, 1-67; K. S. Bader, “Probleme des Landfriedensschutzes im mittelalterlichen Schwaben”, *Zeitschrift für Württembergische Landesgeschichte*, 3, 1939, 1-56.

22. M. J. S. Aloysius, “Peace Laws and Institutions of Mediaeval France”, *The Catholic Historical Review*, 12, 1926/27, 379-397.

23. B. H. Putnam, “The Transformation of the Keepers of the Peace into the Justices of the Peace, 1327-1380”, *Transactions of the Royal Historical Society*, 12, 1929, 19-48; *Kent keepers of the peace, 1316-17*, Ashford, 1933; R. Stewart-Brown, *The Sergeants of the Peace in Medieval England and Wales*, London, 1936.

24. R. F. Wright, *Medieval Internationalism. The Contribution of Medieval Church to International Law and Peace*, London, 1930.

*paix publique en Allemagne au Moyen Âge*²⁵. En él, Quidde –quien en 1927 había recibido el Nobel de la paz junto al pedagogo Ferdinand Buisson– quería ensalzar la trascendencia de las instituciones y las actitudes en pro de la armonía en la Germania de los siglos pasados, y con tal fin llevó a cabo una reflexión de gran profundidad con un matiz globalizador, en la que se interrogaba acerca de las fuentes del derecho germánico, los movimientos de población o las prerrogativas imperiales. De ese modo, la indagación del pacifista alemán se erigiría en un hito en los *roaring twenties*. Un hito cuya influencia, en todo caso, se encargarían de oscurecer el nacionalsocialismo y la II Guerra Mundial.

En efecto, en pocos años el Crack del 29, el ascenso de los fascismos y los combates por el control de Europa hicieron que la investigación se viera profundamente percutida, publicándose apenas cinco trabajos, breves²⁶; si bien en algunos casos de calidad notable, como el de Robert Latouche sobre la Alta Edad Media²⁷, que vio la luz en 1941; o el de Hans Thieme en torno a las ideas de paz y justicia, publicado en 1945, en los últimos estertores del III Reich²⁸. Fue por entonces cuando en España, en plena posguerra civil, se produjeron algunas aportaciones, de la mano de Juan Beneyto Pérez²⁹, José Orlandis Rovira³⁰, Rafael Gibert y Sánchez de la Vega³¹ y Ramón Prieto Bances³², quienes, en la tradición de la historia institucional y del derecho que dominaba, pretenderían establecer una conexión entre el escenario jurídico de la Edad Media española y el contexto normativo del Sacro Imperio Romano Germánico.

25. L. Quidde, *Histoire de la paix publique en Allemagne au Moyen Âge*, La Haya, 1929. Véase además: F. X. Hoermann, “Friedenssicherung im Mittelalter”, *Die Zeit. Organ für grundsätzliche Orientierung*, 1, 1930, 5-42.

26. B. Meyer, “Friede und Fehde im ältesten Bunde der Waldstätte”, en *Mélanges d'histoire et de littérature offerts à monsieur Charles Gilliard: À l'occasion de son 65è anniversaire*, Lausanne, 1944, 205-218; W. R. Lethaby, *Medieval Art from the Peace of the Church to the Eve of the Renaissance: 312-1350*, London, 1949.

27. R., Latouche, “L'idée de paix dans le haut Moyen Âge”, *Annales de l'Université de Grenoble*, 17, 1941, 259-268.

28. H. Thieme, *Friede und Recht im mittelalterlichen Reich*, Leipzig, 1945.

29. J. Beneyto Pérez, *Ideas políticas de la Edad Media*, Madrid, 1941; *Textos políticos españoles de la Edad Media*, Madrid, 1944; *Historia de las doctrinas políticas*, Madrid, 1949; *Los orígenes de la ciencia política en España*, Madrid, 1949; “La política jurisdiccional y de orden público de los Reyes Católicos”, *Revista de estudios políticos*, 77, septiembre-octubre de 1954, 89-103.

30. J. Orlandis Rovira, “La paz de la casa en el Derecho español de la Alta Edad Media”, *Anuario de historia del derecho español*, 15, 1944, 107-161.

31. R. Gibert y Sánchez de la Vega, “La paz del camino en el derecho medieval español”, *Anuario de historia del derecho español*, 27-28, 1957-1958, 831-852.

32. R. Prieto Bances, “El orden público en Asturias en la época de los Reyes Católicos (1474-1504)”, en *Vida y obra de Fernando el Católico. V Congreso de historia de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1955, 301-327.

1.2. Annales y el materialismo histórico. De la posguerra en Europa a los años 80

A pesar de los cambios socioeconómicos y culturales vividos en el Viejo Continente tras el fin de la II Guerra Mundial, la historiografía de Alemania, una vez más, continuó imperando en las décadas de 1950 y 1960, hasta el punto de ponerse de manifiesto que lo ocurrido en los 30 y los 40, en el III Reich, era un paréntesis en el avance de una cuestión concebida como clásica, imprescindible, dentro del devenir historiográfico alemán³³. En los años centrales del siglo XX se siguió investigando acerca de la implementación de la paz en zonas específicas de Germania³⁴, si bien se intentaría formalizar una redefinición de los conceptos instituidos³⁵. Los 60, por ende, se inaugurarían con una publicación de gran envergadura, bajo el título *La Paix*, en la que treinta y cinco autores reflexionaban en torno al asunto desde dos perspectivas: por un lado, la paz entendida no exclusivamente como contraposición a la guerra, sino además, y sobre todo, como un «fenómeno social», perseguido de forma consciente; y, por otro lado, la paz como un «problema institucional, político e ideológico», en la medida en que construir un contexto pacífico admitía/admite métodos y procedimientos sinnúmero, para alcanzar distintas etapas de paz, que, en todo caso, siempre serán percibidas de forma diferente por cada persona³⁶.

La Paix, trabajo colectivo publicado en Bruselas –la ciudad que acababa de erigirse en capital de la Comunidad Económica Europea–, pretendía ser un soplo de aire fresco para cuestiones ya perfiladas en períodos precedentes, pero que en lo relativo al Medioevo iban a enraizar a partir de entonces con una metodología y un academicismo mucho más rigurosos, dando lugar a nuevos puntos de vista sobre la *Pax Dei*³⁷, la interdependencia soberanía-paz

33. H. Hattenhauer, *Die Bedeutung der Gottes- und Landfrieden für die Gesetzgebung in Deutschland*, Marburgo, 1958.

34. G. Pfeiffer, “Die Bündnis- und Landfriedenspolitik der Territorien zwischen Weser und Rhein im späten Mittelalter”, *Der Raum Westfalen*, 1/2, 1955, 79-140; M. Welz, “Zur Landfriedensbewegung im nordöstlichen Westfalen”, *Jahresbericht des Historischen Vereins für die Grafschaft Ravensberg*, 59, 1956/57, 69-108.

35. A. Gewirth, *Marsilius of Padua, The Defender of Peace*, New York, 1951; J. Gernhuber, *Die Landfriedensbewegung in Deutschland bis zum Mainzer Reichslandfrieden von 1235*, Bonn, 1952; H. Aubin, “Zur Entwicklung der freien Landgemeinden im Mittelalter. Fehde, Landfrieden, Schiedsgericht”, en *FS Fritz Hartung*, Berlin, 1958, 69-90; P. Fried, “Zur “staatsbildenden” Funktion der Landfrieden im frühen bayerischen Territorialstaat”, en *FS Max Spindler*, 1969, 283-306; E. Fricke, “Lüdenscheid und der Kaiserliche Landfrieden von 1371”. Anmerkungen zu der Ausstellung “Kunst und Kultur im Weserraum 800-1600”, Corvey 1966”, *Der Reidemeister*, 39, 1967, 1-8; G. Pfeiffer, “Die Bedeutung der Einung im Stadt- und Landfrieden”, *Zeitschrift für Bayerische Landesgeschichte*, 32, 1969, 815-831.

36. *La Paix. Recueils de la Société Jean Bodin, pour L'Histoire Comparative*, Volume XIV, Bruxelles, 1961, Volume XV, 1962.

37. D. Kennelly, *The Peace and Truce of God: Fact or Fiction?*, Berkeley, 1962; “Medieval Towns and the Peace of God”, *Medievalia et humanistica*, 15, 1963, 35-53; H. Hoffmann, *Gottesfriede und Tregua Dei*, Stuttgart, 1964.

pública³⁸, las relaciones diplomáticas entre estados³⁹, o el tema guerra/paz, que tanto desarrollo tendría en años posteriores⁴⁰. El mérito de esta nueva publicación, en dos volúmenes, fue situar a la temática en un plano de análisis diferente del que se había seguido hasta el momento: en un plano menos apegado a la historia del derecho, y más próximo a la historia social, la historia política y la historia de las mentalidades⁴¹. Algo que, de una forma colateral, coadyuvaría a favorecer la pérdida del monopolio que había tenido la historiografía germana.

En las décadas de los 70 y los 80 *peace and public order* se empezaron a considerar un tema básico por parte de los medievalistas franceses y, sobre todo, por los autores británicos de la nueva historiografía marxista. La renovación auspiciada por la segunda y la tercera generación de la Escuela de Annales y el materialismo histórico serviría para revalorizar todo lo referente al conflicto, la represión de la violencia y el control social, haciendo que viera la luz un elevado número de publicaciones en Reino Unido, Francia, Italia y España. La principal línea de análisis sería la relacionada con el modo de proceder de los reyes, los nobles y las oligarquías a la hora de garantizarse la obediencia de los súbditos⁴².

Los materialistas, en virtud de su concepción de la Historia basada en el conflicto de clases, apuntalarían el leitmotiv de que la paz era, y es, una construcción ficticia: un elemento de la superestructura tutelada por los «opresores» para imponer sus intereses. Para la clase baja –esclavos, siervos, obreros– ese ideal tenía un significado diferente del que preconizaban los *omes poderosos*. Si el conflicto era/es para los materialistas el motor de la Historia, la «despacificación», la «no paz», sería su esencia: el estado natural de las relaciones de producción; una idea válida en tanto que concepto (des)legitimador de los intereses de clase.

La Escuela de Annales asumiría los planteamientos del materialismo en cuanto al sentido de la paz, pero sus inquietudes cristalizarían en unos postulados más propios de la historia de las mentalidades y de la vida cotidiana, provocando en los 90 una enorme renovación historiográfica, resultado, también, en cierta medida, del desarrollo de cuatro grandes segmentos de investigación, que se consolidaron en los años 80:

38. R. H. Maudsley y J. W. Davies, *The Justice of the Peace in England*, Miami, 1964; H. Angermeier, *Königtum und Landfriede im deutschen Spätmittelalter*, München, 1966; S. J. B. Endelman, *Patronage and Power: a Social Study of the Justice of the Peace in Late Medieval Essex*, Brown, 1977.

39. F. Wernli, *Die Wahrung des Friedens in den Bundesbriefen der Urkantone und in anderen Bündnissen und Eidgenossenschaften*, Zürich, 1958; S. E. Dicks, *The Question of Peace: Anglo-French Diplomacy, a. d. 1439-1449*, Oklahoma, 1966.

40. A. H. Burne, *The Crecy War: a Military History of the Hundred Years War from 1337 to the Peace of Bretigny, 1360*, New York, 1955; G. Fasoli, "Pace e guerra nell'alto medioevo", en *Ordinamenti militari in Occidente nell'alto medioevo*, Roma, 1968, 13-48.

41. Por primera vez se empieza a tener en cuenta el estudio del pacifismo en el Medievo, sobre todo por parte de autores anglosajones: K. E. Garay, "No Peace nor Love in England"? *An Examination of Crime and Punishment in the English Counties, 1388 to 1409*, Toronto, 1977; K. Haines, "Attitudes and Impediments to Pacifism in Medieval Europe", *Journal of Medieval History*, 7, 1981, 369-388.

42. F. Billacois, "Pour une enquête sur la criminalité dans la France d'Ancien Régime", *Annales. E.S.C.*, 12, 1967, 340-349.

1. La teoría en torno al sentido de la paz y a sus formas de implementación –enfoque muy cultivado por los autores alemanes, dada su tradición académica⁴³.
2. La administración de la paz en regiones y épocas específicas, en base a factores relacionados con la Paz de Dios, el derecho local, las tradiciones y las prácticas judiciales o infrajudiciales⁴⁴.

43. F. Dickmann, *Friedensrecht und Friedenssicherung. Studien zum Friedensproblem in der Geschichte*, Göttingen, 1971; J. B. Post, “Some Limitations of the Medieval Peace Rolls”, *Journal of the Society of Archivists*, 4, 1970/73, 633-639; H. Angermeier, “Landfriedenspolitik und Landfriedensgesetzgebung unter den Staufer”, en *Probleme um Friedrich II*, Berlin, 1974, 167-186; W. Justus, *Die frühe Entwicklung des säkularen Friedensbegriffes in der mittelalterlichen Chronistik*, Köln, 1975; H. Aubin, “Zur Entwicklung der freien Landgemeinden im Mittelalter. Fehde, Landfrieden, Schiedsgericht (1958)”, en *Deutsches Bauerntum im Mittelalter*, Berlin, 1976, 191-218; T. Struve, “Utopie und gesellschaftliche Wirklichkeit. Zur Bedeutung des Friedenskaisers im späten Mittelalter”, *Historische Zeitschrift*, 225, 1977, 65-95; T. J. Renna, “The Idea of Peace in the West, 500-1150”, *Journal of Medieval History*, 6, 1980, 143-167; G. Althoff, “Der friedens-, bündnis- und gemeinschaftstiftende Charakter des Mahles im früheren Mittelalter”, en *Essen und Trinken in Mittelalter und Neuzeit*, Giessen, 1987, 13-26; E. Orth, “De pace mundana. Brevis variatio mediaevalis”, *Zeitschrift für Politik*, 34, 1987, 396-399; W. Sellert, “Friedensprogramme und Friedenswahrung im Mittelalter”, en *FS Karl Kroeschell*, Frankfurt, 1987, 453-467; P. M. Starkey, *Aspects of the Christian Understanding of the Nature of Peace in the Early Middle Ages*, Liverpool, 1987; E. Engel, “Friedensvorstellungen im europäischen Mittelalter”, *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 37, 1989, 600-607; I. Kende, “The History of Peace: Concept and Organizations from the Late Middle Ages to the 1870s”, *Journal of Peace Research*, 26/3, Aug. 1989, 233-247; B. P. McGuire, “The Church and the Control of Violence in the Early Middle Ages. Friendship and Peace in the Letters of Gerbert, 982-97”, en *War and peace in the Middle Ages*, London, 1987, 29-55; “The Peace of God in Modern Historiography: Perspectives and Trends”, *Historical Reflections / Réflexions Historiques*, 14/3, Fall 1987, 385-404; J. K. Weber, “The King’s Peace: A Comparative Study”, *The Journal of Legal History*, 10/2, 1989, 135-160.

44. J. Füchtner, *Die Bündnisse der Bodenseestädte bis zum Jahre 1390. Ein Beitrag zur Geschichte des Einnungswesens, der Landfriedenswahrung und der Rechtsstellung der Reichsstädte*, Göttingen, 1970; W. D. Mohrmann, *Der Landfriede im Ostseeraum während des späten Mittelalters*, Kallmünz, 1972; W. Leist, *Landesherr und Landfrieden in Thüringen im Spätmittelalter 1247-1349*, Köln, 1975; G. Pfeiffer (ed.) *Quellen zur Geschichte der fränkisch-bayerischen Landfriedensorganisation im Spätmittelalter*, München, 1975; G. Pfeiffer, “Rothenburgs Stellung im Fränkischen Landfrieden des Spätmittelalters”, *Jahrbuch des Vereins Alt-Rothenburg*, 14, 1974/75, 32-48; T. M. Martin, “Der Landfriede im Ostseeraum während des späten Mittelalters. Kritische Bemerkungen zu einer Neuerscheinung”, *Jahrbuch für die Geschichte Mittel- und Ostdeutschlands*, 26, 1977, 185-194; O. Engels, “Vorstufen der Staatswerdung im Hochmittelalter. Zum Kontext der Gottesfriedensbewegung”, *Historisches Jahrbuch*, 97/98, 1978, 71-86; D. J. Clayton, “Peace Bonds and the Maintenance of Law and Order in Late Medieval England: The Example of Cheshire”, *Bulletin of the Institute of Historical Research*, 58, 1985, 133-148; J. Dumoulin, “Villeneuve en Rouergue et les institutions de paix au Moyen Âge”, *Procès-verbaux des séances de la Société des Lettres Sciences et Arts de l’Aveyron*, 44, 1983/86, 90-93; E. Powell, “The Administration of Criminal Justice in Late Medieval England: Peace Sessions and Assizes”, en *The Political Context of Law. Proceedings*, London, 1987, 49-60; A. Steiner, *Untersuchungen zur Landfriedensbewegung im Erzbistum Magdeburg und angrenzenden Gebieten*, Magdeburg, 1987; E. Engel,

3. La labor de los responsables de la paz –un aspecto valorado por la historiografía anglosajona⁴⁵.
4. Y, por último, el vínculo guerra/paz ya referido, que empezó a tener relevancia en tierras francesas, y que con el tiempo se transformaría en la línea de investigación más innovadora⁴⁶.

2. La eclosión bibliográfica de los 90 y los planteamientos actuales

En los últimos años del siglo XX se produjo la mayor actividad investigadora en torno a la paz en el Medioevo de toda la centuria. Si tomásemos como criterio simplemente la cuantificación de los trabajos en inglés, alemán, francés, español, italiano o portugués en cuyo epígrafe aparece la palabra paz vinculada a Edad Media, en la década de 1990 se publicaron casi 70 obras; prácticamente el 45% de todo lo que se publicó en el siglo XX. La cuestión, además, no solo tiene que ver con la cuantificación y los datos numéricos. En los 90 vieron la luz algunas de las aportaciones más relevantes; las cuales, por cierto, no han gozado del reconocimiento que merecerían, a pesar de estar llamadas a convertirse en clásicos de la historiografía especializada. Nos referimos a trabajos reveladores como *English Justices of the Peace, 1461-1509*, de Jack R. Lander; *Les fondements de la paix: des origines au début du XVIII^e siècle*, de Colette Beaune y Pierre Chaunu; *Spielregeln der Politik im Mittelalter. Kommunikation in Frieden und*

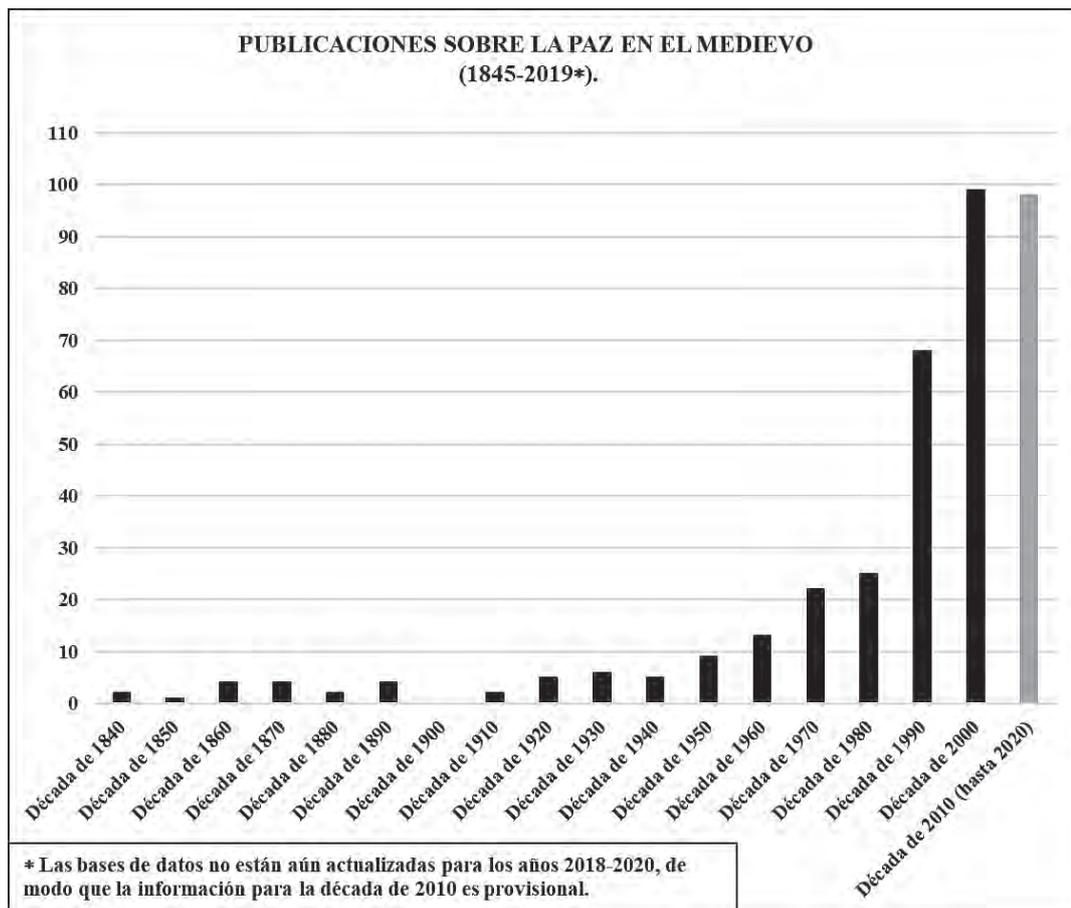
“Zwietracht und Frieden in der mittelalterlichen Stadt - am Beispiel von Wismar und Eisenach”, en *FS Johanna Maria van Winter*, Utrecht, 1988, 33-47.

45. W.R. Jones, “Keeping the Peace. English Society, Local Government, and the Commissions of 1341-44”, *The American Journal of Legal History*, 18, 1974, 307-320; M. Franckson, *Les Bourgmestres de Liège au Moyen Âge: des origines à la paix de Saint-Jacques (1487)*, Liège, 1983.

46. P. Warner, *The Medieval Castle: Life in a Fortress in Peace and War*, London, 1972; G. Fasoli, “Pace e guerra nell’alto medioevo”, en *Scritti di storia medievale*, Bologna, 1974, 79-104; J. M. Wallace-Hadrill, “War and Peace in the Earlier Middle Ages”, *Transactions of the Royal Historical Society*, 25, 1975, 157-174; K. A. Fowler, “English Diplomacy and the Peace of Utrecht”, en *Frühformen englisch-deutscher Handelspartnerschaft*, Lübeck, 1976, 9-24; *La guerre et la paix, frontières et violences au Moyen Âge [101^e congrès national des sociétés savantes]*, Lille, 1976; M. A. C. Hennigan, *Peace Efforts of the Popes during the First Part of the Hundred Years’ War: Case Study of Innocent VI*, Pennsylvania, 1977; R. Frame, “War and Peace in the Medieval Lordship of Ireland”, en *The English in Medieval Ireland*, Dublin, 1984, 118-141; U. Heyn, “Arms Limitation and the Search for Peace in Medieval Europe”, *War and Society*, 2, 1984, 1-18; R. Gibert y Sánchez de la Vega, “La paz otorgada y la paz entre partes en el derecho medieval español (León y Castilla)”, en *Fundamentos culturales de la paz en Europa*, Barcelona, 1986, 421-450; J. M., Bak, “The Price of War and Peace in Late Medieval Hungary”, en *War and peace in the Middle Ages*, London, 1987, 161-178; E. M. Guerra Huertas y Matilde Guerra Huertas, “La paz dentro de la comunidad internacional en el pensamiento político pancatalán medieval.” en *Fundamentos culturales de la paz en Europa*, Barcelona, 1986, 807-842; B. P. (publ.), *War and peace in the Middle Ages*, Copenhagen, 1987; E. Voltmer, “Formen und Möglichkeiten städtischer Bündnispolitik in Oberitalien nach dem Konstanzer Frieden: Der sogenannte Zweite Lombardenbund”, en *Kommunale Bündnisse Oberitaliens und Oberdeutschlands*, Berlin, 1987, 97-116.

Fehde, de Gerd Althoff; o *Rex Pacificus: Studies in Royal Peacemaking and the Image of the Peacemaking King in the Early Medieval West*, de Paul J. E. Kershaw.

De una primera lectura de la bibliografía contemporánea, entendida como tal la que ha visto la luz desde 1990, se pueden extraer varias conclusiones. La primera, de carácter puramente histórico. La caída del Muro de Berlín, el naufragio de la URSS, el crepúsculo de la Guerra fría y el nacimiento de la nueva globalización fueron efemérides que, como otros sucesos de importancia, tendrían su reflejo en la historiografía, en general, y en lo concerniente a nuestro tema de reflexión en concreto. Los factores asociados al fenómeno globalizador –revolución tecnológica, sociedad de la información, aldea global, pérdida de identidades, neocapitalismo– acabarían definitivamente con el larguísimo predominio de la historiografía en lengua alemana, siendo sustituida por el inglés, y favorecerían la aparición de nuevas problemáticas, que en algunos casos ya estaban apuntadas, como las relativas al pacifismo, los roles de las mujeres o la impronta en el arte, pero que tomarían un nuevo impulso, en parte por el progreso de tendencias como la ecohistoria, la historia de género, la historia antropológica, la nueva historia política y el giro lingüístico.



2.1. Mother of Peace? La concepción de la paz a partir de la guerra

Desde fines del siglo XX la renovación de la historiografía va a sustentarse en dos tesis. La primera –relativa al carácter de la paz en cada secuencia del pasado–, ha venido insistiendo en las diferentes formas de concebir el hecho durante las ocho centurias que abarca la Edad Media.

Si entre los siglos V y XII fueron los padres de la Iglesia, sobre todo San Agustín, quienes perfilarían su significado mediante especulaciones en torno a la malograda *Civitas terrena* y la *Civitas Dei*, desde el siglo XIII el «Reino de Dios» se dejó de tomar como un arquetipo a poner en práctica, aunque las ideas que lo habían apoyado se mantuvieran, legitimadas mediante argumentos filosóficos laicos, y no sólo a través de la fe. Con el resurgir de las ciudades y la renovación del lenguaje político aquello que se concebía cómo paz se fue enriqueciendo, dejándose de ver únicamente como la supresión de la violencia y el establecimiento de una concordancia imagen de la *Civitas Dei*, para asociarse, además, con el bien común y la justicia, en una simbiosis que aparecería en escritos de toda clase⁴⁷ –crónicas, pasajes de caballería, poemas, proclamas, pregones– y en mosaicos, capiteles y frescos. La paz, «complejizada», lo impregnaría todo. Basta con repasar la nómina de autores que reflexionaron sobre ella en los siglos XIII, XIV y XV⁴⁸.

La otra tesis que se impondría en la década de 1990, y que iba a condicionar de un modo evidente los estudios posteriores, tendría que ver no tanto con la distinta concepción de la paz según cada época, sino, y, sobre todo, con la noción misma del concepto. Dado su carácter efímero, abstracto –¿cuándo se puede decir que reina la paz?–, el mejor modo de acercarse a su comprensión es valorándola en una atmósfera de conflicto. Desde esta perspectiva, cuando hay guerra está claro que no hay paz⁴⁹; luego, si se analiza la guerra con el foco adecuado, es fácil entender qué se concebía por paz en el contexto de la lucha armada⁵⁰,

47. R. Morán Martín y M^a. C. Quintanilla Raso, “De la paz general al seguro regio. Para la comprensión jurídica de un concepto y su aplicación en la Castilla de los Reyes Católicos”, *En la España medieval*, 26, 2013, 31-59.

48. Pierre Dubois, Dante Alighieri, Marsilio de Padua, Christine de Pizan, John Wycliff, Diego de Valera, Juan de Segovia, Nicolás de Cusa, Juan de Torquemada, Eneas Silvio Piccolomini, Rodrigo Sánchez de Arévalo, Jorge de Podiebrad, Luis Vives, Tomás Moro, Erasmo de Rotterdam, Francisco de Vitoria, Josse van Clichtove, Bartolo de Sassoferrato, Francisco Suárez, Fernando Vázquez de Menchaca, Hugo Grocio, Gil de Roma, Petrarca...: M. Á. Ladero Quesada, “Introducción. Paz en la guerra: procedimientos medievales...”, *op. cit.*

49. F. Cardini, “Pace e guerra nel Medioevo”, *Temas medievales*, 4, 1994, 7-20; P. Offergeld y D. Schulz (publ.), *Krieg und Frieden: Friedensordnungen und Konflikte vom Mittelalter bis zur Gegenwart*, Paderborn, 1995; N. Ohler, *Krieg und Frieden im Mittelalter*, München, 1997; R. Frame, “War and Peace in the Medieval Lordship of Ireland”, en *Ireland and Britain 1170-1450*, London, 1998, 221-239.

50. H. Duchhardt (publ.), *Zwischenstaatliche Friedenswahrung in Mittelalter und Früher Neuzeit*, Cologne, 1991; R. Elze, “La disfida del Malpensa e il problema di guerra e pace nel Medioevo”, en *Il Lazio meridionale tra papato e impero al tempo di Enrico VI*, Roma, 1991, 139-144; D. Kurze, “Krieg und Frieden im mittelalterlichen Denken”, H. Duchhardt (publ.), *Zwischenstaatliche Friedenswahrung... op. cit.*, 1-44; R. Weigand, *Krieg und Frieden in den Rechtssammlungen des Ivo von Chartres*, Barsbüttel, 1992; T. Mastnak,

hasta qué punto influyó la violencia en la concreción de los corpus jurídicos y las prácticas judiciales⁵¹, qué estrategias se estimaban útiles al afrontar una pacificación⁵², quiénes eran los mediadores encargados de establecer la paz⁵³, y qué artificios de carácter protocolario⁵⁴, discursivo y propagandístico se concebían con el fin de justificar el cierre de los altercados⁵⁵.

La hostilidad armada es útil a la hora de comprender cómo se construía la paz, cómo se sustentaba y cómo podía destruirse; cómo floreció la diplomacia entre estados, y cómo se establecieron protocolos a la hora de instituir la paz, en los cuales se negociaban los espacios para la firma de las concordias, el uso de palabras y gestos cargados de (¿falsa?) cordialidad, y la recurrencia a banquetes, rituales, intercambios de regalos y celebraciones de matrimonios políticos⁵⁶. Así, desde el punto de vista historiográfico la guerra a menudo se ha concebido como *mother of peace*: como una «realidad de violencia extrema» que favorecería la implementación de medidas pacificadoras destinadas a restaurar el orden⁵⁷.

“The Birth of War out of the Spirit of Peace European Irenism from Pax Dei to the Christian Humanists”, *Fil. vest./Acta Phil.*, XIV/2, 1993, 83-120; H. Dubois, “La paix au Moyen Âge”, en *Les fondements de la paix. Des origines au début du XVIII^e siècle*, Paris, 1993, 95-108; P. A. Porras Arboledas, “El derecho de la guerra y de la paz en la España medieval.” *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 153, 1994, 591-616.

51. N. Mengus, “Les paix cadastrales (Burgfrieden) dans les villes et châteaux au Moyen Âge”, *Revue d’Alsace*, 118, 1992, 11-22; R. Weigand, *Krieg und Frieden in den Rechtssammlungen des Ivo von Chartres*, Barsbüttel, 1992; G. Dilcher, “Friede durch Recht”, en J. Fried (publ.), *Träger und Instrumentarien... op. cit.*, 1996, 203-227.

52. G. Althoff, *Spielregeln der Politik im Mittelalter. Kommunikation in Frieden und Fehde*, Darmstadt, 1996.

53. Á. Muñoz Fernández, “Semper pacis amica. Mediación y práctica política (siglos VI-XIV).” *Arenal: Revista de historia de mujeres*, 5/2, 1998, 263-376; A. J. Rui, “Berenguela: de instrumento de aliança e paz a rainha e articuladora política dos interesses do reino de Castela.” *Revista Diálogos Mediterrânicos*, 10, 2016, 174-188.

54. J. Fleckenstein, “Rittertum zwischen Krieg und Frieden”, en J. Fried (publ.), *Träger und Instrumentarien... op. cit.*, Sigmaringen, 1996 p. 151-168.

55. C. Gauvard, “Cuisine et Paix en France à la fin du Moyen Âge”, en *La sociabilité à table*, Paris, 1992, 325-334; W. Spiewok, “Propagande pour la guerre et nostalgie de la paix dans la littérature de guerre au Moyen Âge”, en *Le monde des heros dans la culture médiévale*, Amiens, 1994, 279-288; R. Cintré, “Guerre et paix dans les marches de Bretagne au Moyen Âge”, *Bulletin de la Société d’Archéologie et de Histoire du Pays de Lorient*, 26, 1995, 17-21.

56. D. Nogales Rincón, “La cultura del pacto en las relaciones diplomáticas luso-castellanas durante el periodo Trastámara (1369-1504)”, *En la España medieval*, 35, 2012, 121-144.

57. El enfrentamiento que ha producido más bibliografía es la Guerra de los Cien años (1337-1453), de la que nos ha llegado una riquísima documentación sobre prácticas de todo tipo, cuyo fin era favorecer una paz concluyente. Durante la misma muchos pensadores se posicionaron en contra –John Gower, Geoffrey Chaucer, Thomas Hoccleve, William Langland, John Bromyard, John Lydgate, John Wyclif–. De algún modo gracias a ellos nació una nueva clase de paz, porque el concepto agustino no era suficiente para poner fin a las matanzas. R. Härtel, “Vom nicht zustandegewordenen, gebrochenen und mißbrauchten Frieden”, en J. Fried (publ.), *Träger und Instrumentarien* 1996, p. 525-559. Véase también: N. Offenstadt, “Cris et cloches. L’expression sonore dans les rituels de paix à la fin du Moyen Âge”, *Hypothèses* 1997, Paris, 1998, 51-58.

Más allá de este análisis, lo cierto es que la trascendencia de las disputas armadas en la Edad Media ha sido de tal magnitud que incluso ha pautado el acercamiento a la realidad cotidiana del período, estableciéndose con frecuencia una dicotomía machacona, según la cual lo opuesto a la paz era la guerra, cuando habría de considerarse, por contra, que la antítesis de un contexto pacífico no es un contexto de conflagración armada, sino un contexto de violencia; fundamentalmente física, pero también simbólica, económica, política o institucional. Puede no haber paz y no haber guerra. La cuestión sería tener claro cuándo esto ocurre, es decir, cuándo no existiendo un conflicto bélico puede decirse, de un modo irrefutable, que tampoco hay paz⁵⁸. En este punto es muy fácil introducir un subjetivismo que sin duda no concurre cuando hay una guerra. Es por esta razón, de hecho –para evitar moverse por tierras resbaladizas–, por la que los historiadores siempre han dado prioridad a la paz a partir de la observación de los enfrentamientos bélicos. Lo cual, siendo válido, es restrictivo y empobrecedor, y refleja cierta deshonestidad intelectual, en la medida en que en ocasiones no se sabe dónde terminan los unos y dónde comienza la otra, suelen utilizarse expresiones como «restauración la paz» para hablar del uso de la fuerza, o directamente hay una confusión de significados, «using the word “peace” when meaning “war”»⁵⁹.

58. En la Castilla del siglo XV se utilizaba la expresión la *çibdad está escandalizada* para referir que no había paz, porque, dadas las circunstancias políticas o económicas existentes, podía producirse un hecho desgraciado: Ó. López Gómez, «La çibdad está escandalizada». Protestas sociales y lucha de facciones en la Toledo bajomedieval», *Studia historica. Historia medieval*, 34, 2016, 243-269. Hasta el siglo XV la frontera entre los territorios musulmanes y cristianos fue especialmente sensible en todo lo relativo a la paz. Para la Península Ibérica véase, por ejemplo: J. Rodríguez Molina, “Relaciones pacíficas en la frontera con el Reino de Granada”, en P. Segura Artero (coord.), *Actas del Congreso la Frontera Oriental Nazarí como Sujeto Histórico (S.XIII-XVI): Lorca-Vera, 22 a 24 de noviembre de 1994*, Almería, 1997, 253-288; y F. García Fitz, “Las minorías religiosas y la tolerancia en la Edad Media hispánica: ¿mito o realidad?”, en A. García Sanjuán (coord.), *Tolerancia y convivencia étnico-religiosa en la Península Ibérica durante la Edad Media. III Jornadas de Cultura Islámica*, Huelva, 2003, 13-56.

59. R. Powicke, “War as a Means to Peace: some Late Medieval Themes”, en *Documenting the Past: Essays in Medieval History Presented to George Peddy Cuttino*, Woodbridge, 1998, 217-224; T. Hippler, “Images of Peace”, *The New Centennial Review*, 13/1, Spring 2013, 45-70. Así es como se utiliza la palabra paz en trabajos como: P. Contamine, “Guerre et paix à la fin du Moyen Âge. L’action et la pensée de Philippe de Mézières (vers 1327-1405)”, en P. Contamine, *Pages d’histoire militaire médiévale (XIVe-XVe siècles)*, Paris, 2005, 283-296; H. J. Schmidt, “Frieden schaffen - Verbrecher strafen. Der beschworene Friede und die Sanktion des Friedensbruchs im frühen und hohen Mittelalter”, *Kriminalisieren, Entkriminalisieren, Normalisieren/ Criminaliser, décriminaliser, normalise. Schweizerisches Jahrbuch für Wirtschafts- und Sozialgeschichte / Annuaire suisse d’histoire économique et sociale*, 21, 2006, 75-91; A. Thon, “Zu Frieden, Frommen und Nutzen des Landes...”: Belagerung und Untergang pfälzisch-elsässischer Burgen im Mittelalter”, en “...wurfen hin in steine/größe und niht kleine...”: *Belagerungen und Belagerungsanlagen im Mittelalter*, Fráncfort, 2006, 61-88; F. Ruiz Gómez, “Paisaje después de la batalla: el precio de la paz.” en J. I de la Iglesia Duaret (coord.), *La guerra en la Edad Media: XVII Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 31 de julio al 4 de agosto de 2006*, Logroño, 2007, 379-404; C. Olivera Serrano, “Pax in bello: la difícil paz entre Castilla y Portugal (1369-1431)”, *Vínculos de Historia*, 7, 2018, 46-60.

2.2. ¿Paz y sosiego? Rituales, orden público y control social

Las estrategias de pacificación establecidas en la guerra también se empleaban en la cotidianidad. Mediadores, pactos, propaganda. Frente a las luchas de parcialidades que en ocasiones acababan en auténticas conflagraciones en las urbes y sus entornos, los usos de la guerra eran válidos a la hora de instituir la paz⁶⁰. Pero implantar un escenario que pudiera definirse como «pacífico» era más que eso. También era una cuestión de carácter ideológico.

A través de los sermones, las festividades y el arte, y gracias al teatro, e incluso a la lírica de inspiración erudita, se buscaba subyugar al pueblo: inculcarle la ideología dictada por quienes servían a las élites y a la corona⁶¹. El objetivo era establecer un orden en todos los ámbitos –política, economía, sociedad, religión– que se viera como permanente, inviolable e incuestionado. Los reyes, la nobleza y las élites hablaban de la necesidad de mantener la paz como si se tratase de algo objetivo, único y supremo; como si no existiesen distintos tipos de paz, en virtud de a quiénes se beneficiara. Mediante ceremonias y ritos se apropiaban de las ideas, erigiéndose en sus valedores. La retórica, el protocolo⁶², la gestualidad⁶³ y los discursos con frecuencia eran posesión exclusiva de las élites⁶⁴. La historiografía actual lo ha dejado claro en múltiples evaluaciones, y sobre todo a partir del despliegue de distintos enfoques, que, si bien han seguido metodologías variadas, se pueden agrupar en dos campos.

a) La imposición del poder y el pacifismo medieval

Un primer campo de estudio con gran desarrollo en los últimos tiempos ha venido centrándose en la investigación sobre la praxis de la justicia, el ejercicio del gobierno y las relaciones

60. K. F. Drew, “Peace and Security in the Early Middle Ages”, en E. B. King (publ.), *Law in Medieval Life and Thought*, London, 1990, 177-184; M^a. J. Torreblanca Gaspar, “Sistemas de guerra, sistemas de paz: los bandos en el Aragón de la Edad Media”, *Aragón en la Edad Media: sesiones de trabajo*, 4, 1995, 101-120.

61. S. D. White, “From Peace to Power: the Study of Disputes in Medieval France”, en E. Cohen y M. De Jong (publ.), *Medieval Transformations: Texts, Power, and Gifts in Context*, Leiden, 2001, 203-218; N. Offenstadt, “Paix de Dieu et paix des hommes. L’action politique à la fin du Moyen Âge”, *Politix*, 58, 2002, 61-81

62. J. van Leeuwen, “Praise the Lord for this peace!: the contribution of religious institutions to the ceremonial peace-proclamations in late medieval Flanders (1450-1550)”, en M. De Smet y P. Trio (eds.), *The use and abuse of sacred places in late medieval towns*, Leuven, 2006, 47-70; S. V. Torres, ““In Praise of Peace” in Late Medieval England”, en J. Bellis y L. Slater (eds.), *Representing war and violence 1250-1600*, Suffolk, 2016, 95-115.

63. N. Offenstadt, *Faire la paix... op. cit.*; S. Leboutellier, *Faire la paix dans la Scandinavie médiévale: recherche sur les formes de pacification et les rituels de paix dans le monde scandinave au Moyen Âge (VIIIe-XIIIe siècle)*, Caen, 2016.

64. M. Jucker, “Negotiating and Establishing Peace between Gestures and Written Documents: The Waldmann-Process in Late Medieval Zurich (1489)”, en J. van Leeuwen (ed.), *Symbolic communication in late medieval towns*, Leuven, 2006, 101-123.

de poder⁶⁵, dando lugar a enfoques en torno a los procesos de pacificación⁶⁶, las medidas pacificadoras⁶⁷ y las quiebras del orden⁶⁸ que han despertado inquietudes distintas, siendo los conflictos que contribuían a destruir la paz los que más preferencia han tenido.

La violencia, los alborotos, las disputas jurisdiccionales, los abusos de los regidores o las luchas de facciones se leían en clave de atentados contra la paz⁶⁹. De hecho, la destruc-

65. J. R. Lander, *English Justices of the Peace, 1461-1509*, Gloucester, 1990; U. Meier, “Pax et tranquillitas. Friedensidee, Friedenswahrung und Staatsbildung im spätmittelalterlichen Florenz”, en J. Fried (publ.), *Träger und Instrumentarien... op. cit.*, 489-523; L. Vones, “Friedenssicherung und Rechtswahrung. Die Erhaltung des inneren Friedens im Spannungsfeld von Königsherrschaft und Ständedenken in den Ländern der Krone Aragón bis zum Ausgang des Hauses Barcelona (1410)”, en *Ibidem*, 441-487; R. Frame, “The Judicial Powers of the Medieval Irish Keepers of the Peace”, en: *Ireland and Britain... op. cit.*, 301-317; M. Korpiola, “The People of Sweden Shall Have Peace”: Peace Legislation and Royal Power in Later Medieval Sweden”, en A. Musson (ed.), *Expectations of the Law in the Middle Ages*, Woodbridge, 2001, 35-51; K. L. Jansen, ““Pro bono pacis”: Crime, Conflict, and Dispute Resolution. The Evidence of Notarial Peace Contracts in Late Medieval Florence”, *Speculum*, 88, 2013, 427-456.

66. B. R. McRee, “Peacemaking and its Limits in Late Medieval Norwich”, *The English Historical Review*, 109, 1994, 831-866; N. Gonthier, “Faire la paix: un devoir ou un délit? Quelques réflexions sur les actions de pacification à la fin du Moyen Âge”, en B. Garnot (ed.), *L'infrajudiciaire du Moyen Âge à l'époque contemporaine*, Paris, 1996, 37-54; E. Wadle, “Die peinliche Strafe als Instrument des Frieden”, en J. Fried (publ.), *Träger und Instrumentarien... op. cit.*, 229-247; M^a. Asenjo González, “La exclusión como castigo. La pena de destierro en las ciudades castellanas del siglo XV”, *Anales de la Universidad de Alicante*, 18, 2012-2014, 63-93

67. C. J. Neville, “Keeping the peace on the Northern Marches in the later Middle Ages”, *English historical review*, 109/430, 1994, 1-25; S. Schmolinsk y K. Arnold, “Konfliktbewältigung: Kämpfen, Verhandeln und Frieden schließen im europäischen Mittelalter”, en *Wie Kriege enden*, München, 2002, 25-66; J. P. Dwyer, “As We may Wive in Weace and Quiettnes”. *Regulation in the Age of Reformation: Hereford, 1470-1610*, Boulder, 2001; Ó. López Gómez, “La paz en las ciudades de Castilla (siglos XIV y XV)”, *Edad Media: revista de historia*, 11, 2010, 123-149; A. M^a. Pacheco Millán da Costa, “Pelo estabelecimento de paz nas cidades medievais portuguesas: estratégias e recursos da corona e dos concelhos de Montemor-o-Novo, Loulé e Porto, nos séculos XIV e XV”, *Ibidem*, 205-233.

68. M^a. Del Val Valdivieso, “La perturbación de la paz urbana en la Castilla del siglo XV”, en B. Arízaga bolumburu y J. Á. Solórzano Telechea (coords.), *La convivencia en las ciudades medievales*, Logroño, 2008, 23-51; M^a. J. Lop Otín y Ó. López Gómez, “Entre la paz y el caos. Acción subversiva y actividad pacificadora en las élites urbanas. Toledo, 1441-1495”, *Hispania: Revista española de historia*, 75/250, 2015, 413-440; C. M. Bellitto, “A plea for peace: Nicolas de Clamanges and late Medieval disorder”, *Cristianesimo nella storia*, 33, 2012, 775-794; A. Ehrhard, “Der beste Mensch kann nicht in Frieden leben ...: Nachbarschaftsprobleme und ihre Lösungen in der Stadt des Mittelalters”, *Mitteilungen des Historischen Vereins der Pfalz*, 113, 2015, 169-191

69. E. Cruces Blanco, “Orden público y violencia en la ciudad de Málaga a fines del siglo XV y principios del siglo XVI (1495-1516)”, *Meridies. Revista de Historia medieval*, 2, 1995, 121-144; M^a. I. Falcón Pérez, “Paz, orden y moralidad en Zaragoza en el siglo XV: Estatutos dictados al efecto por los jurados.” *Aragón en la Edad Media*, 16, 2000, 307-322; F. J., Goicolea Julián, “Para la paz y sosiego de la ciudad y gobernación de vosotros: las ordenanzas de Logroño de 1488.” *Historia. Instituciones. Documentos*, 27, 2000, 113-128; Y. Guerrero Navarrete, “Orden público y corregidor en Burgos”, *Anales de la Universidad de Alicante, Historia medieval*, 13, 2000-2002, 59-102; T. Dean, “Violence, Vendetta, and Peacemaking in Late Medieval Bologna”, en L. A. Knafla (ed.), *Crime, gender, and sexuality in criminal prosecutions*, Greenwood, 2002, 1-18; B.

ción de la misma era más fácil que su reconstrucción y su mantenimiento, por más que uno de los factores que la hiciesen viable fueran las ansias de vivir de forma sosegada de la mayoría de la población⁷⁰.

En virtud de esta circunstancia y en contraste con las ideas tópicas de la represión salvaje, en muchos casos los procedimientos pacificadores eran *light*, y se actuaba de un modo selectivo⁷¹. A pesar de la imagen de irracionalidad que se ha otorgado a la Edad Media, frente a las ejecuciones, los exilios y las condenas a muerte, las ejecuciones y la barbarie se solían limitar a unos pocos. Las ceremonias de absolución y gracia que solían seguir a los altercados podían ser tan vitales para volver a la calma como la ejecución de un grupo de líderes⁷².

Esta evidencia ha hecho que el medievalismo haya empezado a reivindicar con más determinación que en otros tiempos la presencia de un cultura pactual, o contractual, producto de la aspiración de la mayoría de los individuos a resolver sus desavenencias por vías pacíficas y mediante el diálogo⁷³. Para algunos medievalistas inclusive podría rastrearse un «protopacifismo» en la Edad Media, básico en la forma de ver la vida de las clases bajas, en oposición al código de la honra, el envanecimiento y la soberbia de parte de la clase alta. Se trataba de unos deseos de paz consustanciales al ser humano, a los que dieron prestigio las órdenes mendicantes y los clérigos que fascinaban a sus audiencias con sus discursos mesiánicos. Ansias de paz que anunciaban formas de ver la vida que serían comunes siglos después, pero que, en el Medievo, como en otras épocas históricas, serían objeto de manipulación por parte de los poderosos, que las invocarían a la hora de exigir obediencia, o para doblegar a supuestos alborotadores que, con sus actos, fueran cuales fuesen, operaban en contra del sistema⁷⁴.

Majo Tomé, “Control de la actividad cotidiana y preservación de la paz social en Valladolid a fines de la Edad Media y principios de la Edad Moderna.” en *Mundos medievales: espacios, sociedades y poder: homenaje al profesor José Ángel García de Cortázar y Ruiz de Aguirre*, Santander, 2012, 1549-1560.

70. P. Karonen, “In search of Peace and Harmony? Capital Crimes in Late Medieval and Early Modern Swedish Realm (ca. 1450-1700)”, en *Crime and control in Europe from the past to the present*, London, 1999, 208-244

71. S. K. Cohn (Jr.), *Lust for Liberty. The Politics of Social Revolt in Medieval Europe, 1200-1425. Italy, France and Flanders*, Massachusetts-London, 2008, 148-151.

72. J. Fuhrmann, “Punition de la violence par la violence: cruauté des sanctions dans le droit pénal medieval en Allemagne”, *Senefiance*, 36, 1994, 221-234.

73. J. M^a. Monsalvo Antón, “En torno a la cultura contractual de las élites urbanas: pactos y compromisos políticos (linaje y bandos de Salamanca, Ciudad Rodrigo y Alba de Tormes)”, en F. Foronda y A. I. Carrasco Manchado (dirs.), *El contrato político en la Corona de Castilla. Cultura y sociedad política entre los siglos X y XVI*, Madrid, 2008, 159-209; S. K. Wray, “Instruments of Concord: Making Peace and Settling Disputes Through a Notary in the City and Contado of Late Medieval Bologna”, *Journal of social history*, 42, 2009, 733-760.

74. Ó. López Gómez, “Pas e sosyego”. Un argumento de acción política en la Castilla bajomedieval”, *Medievalismo*, 16, 2006, 41-71; K. van Eickels, “Les bons et mauvais usages de la paix au Moyen Âge, ou la mutation de l’an mil n’a-t-elle vraiment pas eu lieu?”, en: *Paroles de paix... op. cit.*, 31-38.

A fin de garantizar el sometimiento tanto del individuo como de la comunidad a unas normas establecidas por quienes ejercían el poder, siempre se acusó al alborotador de rebelde, tachándolo de criminal pecaminoso⁷⁵. En el siglo XV en algunas regiones incluso se realizaron reformas legales con el fin de considerar a la rebeldía no solamente un acto contrario al bien común, sino un crimen de lesa majestad⁷⁶.

b) La propaganda política

Otro de los campos de estudio de la historiografía actual –tal vez uno de los más prometedores– es el que focaliza sus inquietudes en la dilucidación de la teoría de la paz⁷⁷ y de sus vínculos con la propaganda política⁷⁸, basándose en la idea de que los discursos al respecto siempre se han apoyado en tres principios cardinales: el fondo, la exterioridad y lo que algún autor ha denominado el «orden de contención».

En lo que se refiere al primero, al fondo, la paz es el *background* de gran parte de las discusiones acerca de la política y el poder a lo largo de los siglos. Al concebirse como un concepto fácil de modular, solía aparecer como teórico fin último de muchas de las medidas patrocinadas por la Iglesia, los reyes, los nobles y los poderes ciudadanos. En consecuencia, también se empleaba como exterioridad, es decir, como una especie de metáfora con la que referirse de facto a ideas teológicas, políticas o jurídicas que creaban tensiones, tales como las referidas al poder absoluto, el bien común, la debida obediencia –de los súbditos a la monarquía– o la violencia justa –frente a los supuestos tiranos–. Por último, la

75. G. Kumhera, *The Benefits of Peace: Private Peacemaking in Late Medieval Italy*, Leiden, 2017.

76. J. Dumolyn, “The Legal Repression of Revolt in Late Medieval Flanders”, *Tijdschrift voor Rechtsgechiedenis*, 68, 2000, 479-521.

77. M^a. I. Pérez de Tudela Velasco y J. M^a. Pérez-Soba Díez del Corral, “Los conceptos de justicia y paz en la Edad Media: fuentes y método para el estudio de dos exigencias del presente”, *Medievalismo*, 4, 1994, 95-112; J. R. Gaborit, “A propos du thème de la “paix des animaux”: un relief italien du haut Moyen Âge au Louvre”, *Cahiers archéologiques. Fin de l’antiquité et Moyen Âge*, 46, 1998, 17-22; G. Bischoff, “La frontière et la paix: quelques réflexions sur l’Histoire de l’Europe au Moyen Âge et au début des Temps modernes”, en *1648, Belfort dans une Europe remodelée: Actes du colloque de Belfort, 9-11 octobre 1998*, Belfort, 2000, 47-58; M. E. Frieden, *Epistolarity in the works of Teresa de Cartagena and Leonor López de Córdoba*, Columbia, 2001; C. Hebo, *Peace in their Time?: a Study of the Norwegian Medieval Peace-Period: 1046-1157*, Oslo, 2001; N. Belloso Martín, “Sobre la guerra y la paz en Alfonso de Madrigal”, *La corónica: A Journal of Medieval Hispanic Languages, Literatures Cultures*, 33/1, 2005, 17-38; A. J. Kosto, “Ideas of peace in medieval Catalonia: the world of the “Convenientiae” (11th-12th century)”, en *Ideas de pau a l’Edat Mitjana*, Lleida, 2010, 137-160; I. Sanmartín Barros, “La construcción de las historias de la paz a partir de la Edad Media y de la historia inmediata” *Cuadernos de estudios gallegos* 57/123, 2010, 413-431; S. R. Strefling, “A concepção de paz na civitas de Marsilio de Pádua”, *Acta Scientiarum*, 32/2, 2010, 153-161.

78. R. D. Finn, “Justice, peace and Dominicans 1216-1999. 1: Early voices for justice”, *New Blackfriars*, 79/927, 1998, 212-221; y “Justice, peace and Dominicans 1216-1999. 3: Recovering the apostolic life: Antoninus of Florence”, *Ibidem*, 416-427, H. Martin, “Des prédicateurs français du bas Moyen Âge entre guerre et paix”, en R. M^a. Dessi (coord.), *Prêcher la paix, et discipliner la société. Italie, France, Angleterre*, Chartres, 2006, 155-165.

paz siempre ha tenido por su peor oponente a lo que Jesús Rodríguez-Velasco denomina el «orden de contención» –la «contra-retórica»–, ya que en la mayoría de los casos el discurso contrario al de la paz no era el de la guerra, el odio y el crimen, sino otra retórica parecida, en pos de una paz diferente.

En este sentido, la imagen de creadores de paz que promocionaban los dirigentes y las élites tenía dos fines. Por un lado, frente a sus iguales, conceder a sus actos autoridad y refrendo. El papel de «dueños (reconocidos) de la paz» era legitimador. Por otra parte, frente al resto de grupos sociales servía para justificar medidas urbanísticas, políticas o financieras que, beneficiaran a quien beneficiaran, servían para imponer «su» paz⁷⁹. Y es que no sólo se creaba paz con la retórica y la propaganda. Lo más relevante no era eso, sino lo que en el siglo XV empezó a conocerse como la «policía»⁸⁰: el conglomerado de actuaciones orientadas a mantener la convivencia, según cuatro procedimientos: la labor de gobierno, el ejercicio de la justicia, el divertimiento de la población y las ceremonias de propaganda. Si la historiografía se ha venido centrando sobre todo en esto último es porque, si bien falta mucho por analizar sobre las estrategias de pacificación y las medidas para asegurar un «contexto pacífico soportable», cada día resulta más indiscutible que en la Edad Media, como hoy, una estrategia pacificadora básica consistía en controlar los mecanismos de información y desinformación⁸¹, con el fin de establecer consensos sobre ideas que podían no ser ciertas⁸². Lo significativo era la eficacia de los argumentos a la hora de imponer la concordia; no la verdad.

3. A modo de conclusión

La historiografía en torno a la paz en el Medievo presenta no pocos condicionantes, cuando no problemas verdaderamente complicados. El primero sería su escaso desarrollo en el sur de Europa, en comparación con lo que ha venido realizándose en el norte, y más en concreto en Alemania. En este asunto, como en otros, los países del sur del continente hasta no hace mucho vivían de espaldas al ámbito académico germano y anglosajón. Por otro lado, también hasta hace unas décadas existía cierta desconexión, difícil de entender, entre los estudios que

79. T. A. Mantecón, “Ciudad, policía y desobediencia cívica en la España del Antiguo Régimen: experiencias históricas contrastadas”, en O. Rey Castelao y T. A. Mantecón Movellán (ed.), *Identidades urbanas en la monarquía hispánica (siglos XVI-XVIII)*, Santiago de Compostela, 2015, 237-268.

80. C. Gauvard, “La police ayant la police, la paix publique au Moyen ge”, en M. Auboin, A. Teyssier y J. Tulard (dir.), *Histoire et dictionnaire de la police du Moyen ge à nos jours*, Paris, 2005, 4-146.

81. P. Colletta, “Strategia d’informazione e gestione del consenso nel regno di Sicilia: la sepoltura di Federico III”, *Mediterranea. Recherche storiche*, II, Agosto 2005, 221-234.

82. J. M. Nieto Soria, “El consenso como concepto político en la Castilla del siglo XV”, *Potestas*, 3, 2010, 99-121; “El conflicto como representación: expresiones de la cultura política trastámara”, en J. M. Nieto Soria (dir.), *El conflicto en escenas. La pugna política como representación en la Castilla bajomedieval*, Madrid, 2010, 15-55.

se centraban en la paz de la Alta y Plena Edad Media, en una Europa administrada por los poderes feudales, y aquellos otros que pretendían desenmarañar la metamorfosis que padeció dicho concepto a partir del siglo XIII, de forma paralela a la génesis del estado moderno. Todavía hoy la transformación de las «visiones de la paz» en los siglos XIII, XIV y XV ofrece un campo de investigación muy interesante, que tendrá que ser tratado en el futuro.

La palabra «paz» es una de los más polifacéticas, heterogéneas y modulables de la teoría política medieval, no solo por ser, de algún modo, la base sobre la que se asentaron otras nociones como «libertad», «justicia», «bien común», «orden» o «jerarquía», sino, además, porque desde un punto de vista pragmático los poderes de toda Europa pretendieron establecer sistemas en los que imperase «su» forma de entender el orden y el sosiego. Se trata, por tanto, de un concepto con una plasmación muy notoria en la vida real, sobre el que podrían desarrollarse todo tipo de discusiones bizantinas. Al fin y al cabo, puesto que no existía, ni existe, una sola paz, sino muchas, también eran, son y serán múltiples, e incluso encontrados, los medios para establecerla/las.

Lo único irrefutable es que, al no existir una ruptura entre las fuentes normativas y narrativas y la práctica⁸³, la paz tenía una aplicación en el mundo real mucho mayor que otros discursos de poder. Su lenguaje era válido a todos los niveles: desde el cotidiano en las calles hasta el más solemne, en las misivas que circulaban entre las cortes de las monarquías. El lenguaje del amor y la caridad en la vida diaria de una urbe era el mismo que el de la diplomacia internacional⁸⁴. Era/es un fin común y universal, asumido y presupuesto, que no necesitaba ser recordado –aunque académicamente hoy se debata sobre la teórica existencia de una imagen de paz global, conjunción de varias paces: paz política o armonía en el gobierno; paz social u orden público; y paz económica o prosperidad–.

Más allá de estas problemáticas, la historiografía sobre la paz en el Medievo se halla en un punto decisivo. Aun habiendo sido muchos los estudios publicados hasta la fecha, y aun contando con una tradición bibliográfica larguísima, son innumerables los campos de evaluación que están abriéndose, adquiriendo un rango cada día más principal, por mucho que aún falte para que se vincule paz y Edad Media como es debido. Se trata de una materia que, sea cual sea la disciplina desde la que se aborde –Antropología, Historia, Derecho, Sociología–, está condenada a renacer constantemente: a reinventarse. A pautar modos divergentes de concebir el fenómeno: de «escucharlo» en su silencio, y de «verlo» en la oscuridad de su existencia inadvertida. La paz es un fenómeno grandioso: es, sin duda, el escenario en el que más tiempo ha vivido la Humanidad. Frente a las fases de guerra, restringidas temporal y espacialmente, la paz se extiende más allá de los años y los territorios, y tiene un carácter multifacético y cambiante, que la hace tan atrayente como difícil de enclaustrar dentro de unas tesis interpretativas válidas frente a cualquier condicionante. Esto puede hacer que el acercamiento al fenómeno siempre parezca superficial y aproxima-

83. N. Offenstadt, *Faire la paix au Moyen Âge... op. cit.*, 32.

84. L. B. István Szásdi, “La demarcación entre los reinos de Navarra y Castilla en 1498”, *Príncipe de Viana*, 1999, vol. 60/216, 191-208.

tivo. Sin ir más lejos, en lo referente a la Edad Media hoy se conoce cómo fue la evolución de la paz en algunas regiones⁸⁵, y se está empezando a poner el énfasis, como se indicó, en la diplomacia entre estados a nivel internacional⁸⁶, en los actos de penitencia y los espectáculos *pro pace*⁸⁷, en el papel de los mediadores⁸⁸ e, inclusive –con un cierto retraso–, en los cometidos de las mujeres⁸⁹. Sin embargo, queda mucho por hacer. Es básico afianzar la investigación realizada, y profundizar en los exámenes de la teoría política, la propaganda y las medidas de gobierno, si se quiere conseguir, algún día, desenmarañar el complejo nudo de realidades que es la paz en toda época histórica.

85. M. Rossi, “Idee ed esperienze di pace nelle confraternite italiane del basso medioevo: evoluzioni e specificità”, en S. Pastore, A. Prospero y N. Terpstra (edit), *Brotherhood and boundaries. Fraternità e barriere*, Pisa, 2011, 87-108

86. R. Lesaffer (Publ.), *Peace Treaties and International Law in European History. From the Late Middle Ages to World War One*, Cambridge, 2004; W. Benziger, “Zwischen “bellum iustum” und modernem Völkerrecht. Überlegungen zum Denken über Krieg und Frieden am Ende des Mittelalters”, *Militär-geschichtliche Zeitschrift*, 65, 2006, 131-151; M. Fahrner, *Marburg, Der Landfrieden im Elsass: Recht und Realität einer interterritorialen Friedensordnung im späten Mittelalter*, Marburg, 2007; M. Ouerfelli, “Les traités de paix et de commerce entre Pise et l’Égypte au Moyen Âge”, en *L’Autorité de l’écrit au Moyen Âge (Orient-Occident). XXXIX^e Congrès de la SHMESP (Le Caire, 30 avril-5 mai 2008)*, Paris, 2009, 45-58; “Les enjeux commerciaux dans les traités de paix et de commerce entre Pise et les États du Maghreb au Moyen Âge (XIIe-XIVe siècle)”, en A. Nef (dir.), *Les territoires de la Méditerranée XIe-XVIe siècle*, Rennes, 2013, 205-216; M. Schusterova, “The European Peace Project of George of Podebrady within the Practice of Late Medieval Peace Treaties”, en L. Bleach y K. Borriell (eds.), *Battle and bloodshed. The medieval world at war*, Newcastle, 2014, 231-248.

87. M. B. Merback, “The Living Image of Pity: Mimetic Violence, Peace-Making and Salvific Spectacle in the Flagellant Processions of the Later Middle Ages”, en D. Higgs Strickland (ed.), *Images of Medieval Sanctity: Essays in Honour of Gary Dickson*, Leiden, 2007, 135-180; K. L. Jansen, *Peace and Penance in Late Medieval Italy*, Princeton, 2018.

88. N. Offenstadt, “Le serment de paix dans le royaume de France à la fin du Moyen Âge: remarques sur une pratique politique”, en F. Laurent (ed.), *Serment, promesse et engagement: rituels et modalités au Moyen Âge*, Presses Universitaires de La Méditerranée (coll. « Les Cahiers du CRISIMA »), 15, 2008 489-504; K. Schreiner y S. Märtyrer, *Friedenstifter: Krieg und Frieden im Spiegel mittelalterlicher und frühneuzeitlicher Heiligenverehrung*, Opladen, 2000; M. Bedel, “Trouver la paix au Moyen Âge: les ambassades pour un consensus entre Grecs et Troyens chez Guido delle Colonne”, *Questes*, 26, 2013, 75-90; M^a. Asenjo González, “Función pacificadora y judicial de los corregidores en las villas y ciudades castellanas, a fines de la edad media”, *Medievalista*, 18, 2015, 3-28; F. García-Oliver, “Mediaciones de paz: el recurso a los arbitadores en el reino de Valencia (siglos XIV-XV)”, *Hispania: Revista española de historia*, 77/255, 2017, 43-68.

89. N. Offenstadt, “Les femmes et la paix à la fin du Moyen Âge: genre, discours, rites”, en *Le règlement des conflits au Moyen Âge. Actes des congrès de la Société des historiens médiévistes de l’enseignement supérieur public, 31^e congrès, Angers, 2000*, Paris, 2001, 317-333; N. Porcic, “Peace Negotiations between Serbia and Dubrovnikin 1301-1302 - A Case Study in Medieval Diplomacy”, *Inicijal*, 1, 2013, 115-136; *La Paix des dames. Femmes, paix et pacification en péninsule ibérique au moyen âge (Xe-XVe siècle)*, e-spania, 20, febrero de 2015; E. Cohen, “Holy women as spokeswomen for peace in late medieval Europe”, en Y. Friedman (ed.), *Religion and peace. Historical aspects*, London, 2018, 129-145

HISTORIOGRAPHICAL TENSIONS IN CONTEMPORARY ART
NARRATIVES: DISCONNECTIONS BETWEEN ELECTRONIC
ART HISTORY AND MAINSTREAM CONTEMPORARY ART

Tensiones historiográficas en las narrativas del arte contemporáneo: Desconexiones entre la historia de las artes electrónicas y el circuito del arte contemporáneo hegemónico

Jazmín Adler

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

jazminadler@gmail.com

Fecha recepción: 21.06.2019 / Fecha aceptación: 06.11.2019

Resumen

El presente artículo analiza los modos en que la historiografía del arte contemporáneo hegemónico ha discurrido de manera paralela a los devenires de las artes electrónicas, al punto de que las narrativas de la historia del arte contemporáneo canónico no han tendido a incluir artistas, obras y prácticas

Abstract

This article analyses the ways in which mainstream contemporary art historiography has largely ignored the development of electronic art. Thus, dominant contemporary art narratives have tended not to include artists, artworks or practices engaged in technological experi-

*Este artículo constituye una adaptación de la primera parte del Capítulo Dos de la tesis correspondiente al Doctorado en Teoría Comparada de las Artes, titulada *Ruinología contemporánea: emergencias de la escena de las poéticas electrónicas en Buenos Aires*. La tesis fue defendida el 10 de julio de 2018 en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Buenos Aires, Argentina) y financiada por la beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), bajo dirección de la Dra. Claudia Kozak y la Dra. Mariela Yeregui.

abocados a la experimentación tecnológica. Luego de indagar en las diferentes contribuciones teóricas que conforman el estado de la cuestión sobre el objeto de estudio, el artículo propone estrategias críticas y fundamentos conceptuales destinados a establecer puntos de conexión entre la historia de ambos circuitos.

Palabras clave

arte contemporáneo, artes electrónicas, contemporaneidad, nuevos medios, tecnologías

mentation. After exploring different theories that constitute the state of the art in relation to the subject under study, I shall suggest critical strategies and conceptual groundings aimed at establishing connections between the histories of both fields.

Keywords

Contemporary art, contemporaneity, electronic arts, new media, technologies

1. Introducción

Durante los últimos años, diversos críticos y académicos han participado de un debate candente en torno al lugar que las poéticas electrónicas¹ ocupan en el mundo del arte contemporáneo, así como la naturaleza de las relaciones establecidas entre ambas escenas. Uno de los autores más activos al respecto es Edward Shanken, cuyo análisis replica que el desarrollo sostenido del circuito del arte contemporáneo hegemónico (*mainstream contemporary art*) desde mediados de los años noventa coincidió temporalmente con el crecimiento del arte de los nuevos medios (*new media art*), fenómeno que habría provocado el advenimiento de discursos divergentes:

Desde mediados de la década del noventa, el arte de los nuevos medios devino una importante fuerza para el desarrollo económico y cultural, estableciendo sus propias instituciones. La investigación colaborativa y transdisciplinaria en la intersección del arte, la ciencia y la tecnología también ganó estima y apoyo institucional con los programas de doctorado interdisciplinarios que fueron proliferando alrededor del mundo. Durante el mismo período, el arte contemporáneo hegemónico experimentó un crecimiento dramático en su mercado y su popularidad, impulsado por la prosperidad económica y la propagación de museos, ferias de arte y exposiciones internacionales. Este entorno dinámico nutrió una enorme creatividad e invención en el trabajo de artistas, curadores, teóricos y pedagogos que trabajan en ambas escenas. Sin embargo, raramente el arte contemporáneo hegemónico converge con el mundo del arte de los nuevos medios. Como resultado, los discursos han resultado cada vez más divergentes.²

1. Al referir a las poéticas electrónicas, aludimos a aquellas obras que hacen uso material, formal, estético y conceptual de las tecnologías electrónicas, ya sea analógicas o digitales, en distintas instancias del proceso creativo. Se trata de una escena integrada por prácticas diversas, como proyectos de net art, CD-ROM interactivos, fotografías intervenidas digitalmente, videoarte, entornos sensoriales, instalaciones interactivas, esculturas robóticas, investigaciones en el terreno del diseño paramétrico, impresión 3D, arte generativo y vida artificial, entre otras manifestaciones.

2. E. Shanken, "Contemporary Art and New Media: Digital Divide or Hybrid Discourse?", *Art Research Journal / Revista de Pesquisa em Arte*, 2, 2015, 75-98, 75. Traducción propia. A partir de aquí, cuando las citas se encuentran en otro idioma, la traducción al español es incluida en el cuerpo del texto y en la nota al pie, junto a la referencia bibliográfica, aquellas son transcritas en su idioma original: «Since the mid-1990s, new media art (NMA) has become an important force for economic and cultural development interna-

Podemos incluso retrotraer los postulados de Shanken hacia los comienzos del arte contemporáneo. Cuando en las primeras líneas del famoso artículo dedicado a la expansión del campo escultórico, originalmente publicado en 1979, Rosalind Krauss asevera que «en los últimos años una serie de cosas bastante sorprendentes han recibido el nombre de esculturas»³, la autora enumera fotografías que documentan espejos ubicados en habitaciones comunes, líneas dibujadas en el desierto estadounidense y pasillos con televisores, como *Live-Taped Video Corridor* de Bruce Nauman. Excepto por la alusión a la fotografía y la videoinstalación, Krauss omite mencionar a una serie de trabajos que también la habrían dejado atónita. Lo cierto es que mientras se difundían las obras del minimalismo, el arte conceptual, el Land Art y otras de las manifestaciones descritas por Krauss, grandes referentes de la confluencia entre el arte y la tecnología –Ben Laposky, Nicolas Schöffer, Gyula Kosice, Lucio Fontana, Michael Noll, Bela Julesz, Charles Csuri, Frieder Nake, Georg Nees, Wen Ying Tsai, Nam June Paik, entre muchos otros– dilataban los límites del campo artístico hasta entonces conocido, a través de esculturas robóticas, instalaciones interactivas y obras realizadas por computadora.

A lo largo del presente artículo, argumentaremos que las historias de ambos circuitos fueron desarrolladas en paralelo, es decir que sus respectivos devenires han demostrado escasos puntos de convergencia. De hecho, los sistemas de producción, crítica, difusión y enseñanza de la escena de las poéticas electrónicas fueron fortaleciéndose a partir de los años sesenta y, desde entonces, impulsaron la conformación de una escena autónoma, provista de sus propios espacios de exhibición, publicaciones, carreras universitarias, críticos, curadores, festivales, encuentros, congresos y otros ámbitos de investigación y exposición, tales como el ZKM en Alemania, el InterCommunication Center en Tokyo, Ars Electronica en Linz, el International Symposium on the Electronic Art –más conocido como ISEA– y el Banff Centre en Canadá, solo por mencionar algunos. Por su parte, como argüiremos a continuación, las historiografías del arte contemporáneo dominantes no han producido narrativas críticas que permitan establecer conexiones entre las creaciones de aquellos artistas que emplean las tecnologías en sus obras, prácticas y procesos, y quienes no incorporan medios tecnológicos de manera preeminente.

tionally, establishing its own institutions. Collaborative, transdisciplinary research at the intersections of art, science, and technology also has gained esteem and institutional support with interdisciplinary Ph.D. programs proliferating around the world. During the same period, mainstream contemporary art (MCA) experienced dramatic growth in its market and popularity, propelled by economic prosperity and the propagation of international museums, art fairs and exhibitions. This dynamic environment has nurtured tremendous creativity and invention by artists, curators, theorists and pedagogues operating in both domains. Yet rarely does the mainstream art world converge with the new media art world. As a result, their discourses have become increasingly divergent.»

3. R. Krauss, “La escultura en el campo expandido”, en H. Foster (coord.), *La posmodernidad*, Barcelona, 2002, 59.

2. Desconexiones historiográficas entre las poéticas electrónicas y el arte contemporáneo hegemónico

En efecto, entre las décadas del sesenta y setenta, en concomitancia con la irrupción del arte contemporáneo, advinieron una serie de tendencias artísticas que socavaron los mundos del arte instituidos, un fenómeno que finalmente terminó desterrando a los artistas atraídos por la experimentación tecnológica a una suerte de nicho separado del ámbito del arte contemporáneo. Adscribiendo a la teoría de Howard Becker plasmada en *Los mundos del arte*⁴, Domenico Quaranta retomó la metáfora introducida por Tom Wolfe en *La palabra pintada*⁵ para aprehender el vínculo establecido entre los movimientos de vanguardia y el *establishment* del arte. Wolfe describe aquella relación como un «ritual de apareamiento», desarrollado en dos etapas. En la primera –«Danza de los bohemios» (*The Boho Dance*)– los artistas muestran su obra innovadora, realizada por fuera del arte establecido. En la segunda instancia, denominada «Consumación» (*The Consummation*), el *establishment* recluta a nuevos artistas y movimientos de la bohemia, transformándolos en figuras célebres del mundo del arte. El galanteo entre las poéticas electrónicas y el arte contemporáneo hegemónico nunca habría alcanzado la segunda fase. Siguiendo los postulados de Quaranta, se trataría de un baile entre dos amantes que coquetean pero cuya relación nunca se llega a consumir⁶.

La idea de que las poéticas electrónicas fueron consolidándose como un nicho aislado con respecto al arte contemporáneo fue también analizada por Geert Lovink. El teórico holandés sugirió que aquellas no lograron expandirse por fuera de la subcultura que conforman, al punto de constituirse como un campo independiente, fundado en torno a exposiciones, festivales, reuniones académicas y publicaciones especializadas, pero todavía relativamente separado de otras prácticas artísticas contemporáneas. Aunque vivimos en una época signada por la expansión de Internet, teléfonos celulares y diversas tecnologías que circulan cotidianamente en las sociedades de nuestros tiempos, hace diez años todavía las artes electrónicas parecían actuar en un gueto autorreferencial dominado por un «tecnofetichismo»⁷.

La desconexión historiográfica entre ambas escenas se percibe, por ejemplo, al ponderar la desatención de teóricos canónicos del arte contemporáneo, como Rosalind Krauss o Charles Harrison, hacia las reflexiones de Jack Burnham sobre el campo escultórico. En sus investigaciones sobre el arte conceptual y la historia de la escultura moderna, los autores parecen desconocer los postulados del escritor inglés, cuyos libros *Beyond Modern Sculpture: The Effects of Science and Technology on the Sculpture of Our Time* (1968), *The Structure of Art* (1971) o *The Great Western Salt Works* (1973), compilación de artículos publicados en *Arts Magazine* y *Artforum* en los años precedentes, abordan temas afines a los estudios de Krauss y Harrison:

4. H. Becker, *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*, Bernal, 2008.

5. T. Wolfe, *La palabra pintada*, Barcelona, 1975.

6. D. Quaranta, *Beyond New New Media Art*, Brescia, 2013, 133.

7. G. Lovink, "New Media: In Search of The Cool Obscure". En línea en: <http://bampfa.berkeley.edu/media/lovink.mp4>. [Consulta: 31.05.19]

En lugar de dignificar las teorías artísticas de Burnham disintiendo con él de manera directa, Harrison eludió referir explícitamente a él. Al igual que la teórica y crítica americana Rosalind Krauss, esta exclusión contribuyó con una agenda crítica en revistas de arte influyentes que han minimizado las contribuciones de Burnham hacia la historia del arte. *Passages in Modern Sculpture* de Krauss no incluyó *Beyond Modern Sculpture* en su bibliografía.⁸

En realidad, si bien en *Pasajes en la escultura moderna*, Krauss⁹ sí hace mención de *Beyond Modern Sculpture* de Burnham cuando recupera determinadas obras que hicieron uso de las tecnologías, por ejemplo, *Modulador de espacio-luz* de Moholy-Nagy, las citas apuntan a criticar la tesis de Burnham, de acuerdo a la cual la ambición fundamental de la escultura habría sido desde sus inicios la reproducción de la vida, mientras que la expansión de las nuevas tecnologías permitiría a largo plazo asimilarla a la cibernética. Krauss cuestiona esta idea argumentando que muchas obras nunca tuvieron una intención mimética, como los *readymades* duchampianos, las construcciones de Picasso, o bien el proyecto de Tatlin para el monumento a la Tercera Internacional. No obstante, el «futuro de metas fáusticas»¹⁰ que vislumbra en los postulados de Burnham conduce a la autora a derivar conclusiones simplistas y apresuradas:

El libro de Burnham es una de las exposiciones más amplias y minuciosas de la escultura puesta al servicio de una concepción mecanicista del mundo. Pero, lejos de ser necesaria, esa concepción es precisamente contra lo que gran parte de la escultura contemporánea (y del arte en general) quiere luchar.¹¹

Es seguro que por momentos la concepción teleológica de Burnham acerca del desarrollo de la escultura insinúa que los medios tecnológicos pueden ser utilizados de manera neutral, descuidando que los modos en que éstos son empleados implican determinados posicionamientos socio-políticos. No obstante, la dura sentencia de Krauss olvida leer al trabajo de Burnham en sintonía con las transformaciones operadas en la escultura contemporánea no necesariamente tecnológica, en el marco del proceso de desmaterialización que empezaba a caracterizar a las obras producidas en los años sesenta y la irrupción del arte conceptual. Pamela Lee¹² sostiene que los fenómenos referidos por muchos críticos de la época como

8. E. Shanken, *Art in the Information Age: Cybernetics, Software, Telematics and the Conceptual Contributions of Art and Technology to Art History and Aesthetic Theory*, North Carolina, 2001, 159. Traducción propia. «Rather than dignify Burnham's theories of art by disagreeing with them directly, Harrison avoided specific reference to him. Like American critic and historian Rosalind Krauss, this exclusion contributed to a critical agenda in influential art journals that has minimized Burnham's contributions to art history. Krauss's *Passages in Modern Sculpture* did not include *Beyond Modern Sculpture* in its bibliography».

9. R. Krauss, *Pasajes en la escultura moderna*, Madrid, 2002, 207.

10. R. Krauss, *Pasajes en la...*, *op. cit.*, 209.

11. R. Krauss, *Pasajes en la...*, *op. cit.*, 210.

12. P. Lee, *Chronophobia: On Time in the Art of the 1960s*, Cambridge, 2004, 240.

«desmaterialización del objeto artístico», concepto sobre el cual volveremos en el próximo apartado, y «post-formalismo», eran descritos por Burnham según la retórica de la comunicación y las nuevas tecnologías. Aparentemente, Krauss y otros críticos contemporáneos no concibieron dichas ligazones.

3. La noción de «desmaterialización» en las inmediaciones de historiografías divergentes

La materialidad de las obras pareciera ser un aspecto central para indagar en la divergencia historiográfica entre ambas escenas. Cierta desinterés del arte contemporáneo hegemónico hacia las obras tecnológicas radicaría en la materialidad de estos proyectos, basados en dispositivos y artefactos que frecuentemente obstaculizan la comprensión de sus dimensiones conceptuales. Por lo tanto, hasta que el mercado no termine por acoger a estas prácticas, la historia del arte electrónico no será reconocida por el arte contemporáneo dominante¹³. Como Patrick Lichty discute en su respuesta al polémico artículo de Claire Bishop, titulado «Digital Divide»¹⁴, la supervivencia del sistema de las artes visuales, cuyo apego a los objetos coleccionables es aún primordial, se siente amenazado por la desmaterialización que introduce la revolución digital¹⁵, idea que de cierto modo es reconocida por la propia Bishop: «en la situación más utópica, la revolución digital abre una nueva realidad de cultura colectiva, desmaterializada, desprovista de autores y con dificultades para ingresar al mercado; en el peor caso, da signos de la inminente obsolescencia de las artes visuales en sí mismas»¹⁶.

Uno de los aspectos que subraya Bishop en el artículo citado es la práctica ausencia de reflexión crítica acerca de las tecnologías digitales empleadas por las obras. Según su perspectiva, son pocos los proyectos que tematizan o reflejan profundamente cómo experimentamos

13. E. Shanken, *Inventar el futuro. Arte, Electricidad, Nuevos Medios*. Nueva York, 2013, 116.

14. C. Bishop, “Digital Divide. Claire Bishop on Contemporary Art and New Media”, en *Artforum*, 2012, 436-442. El artículo de Claire Bishop fue publicado en septiembre de 2012 en *Artforum*. Ha sido incluido en el número “Art’s New Media”, editado por Michelle Kuo con motivo del decimoquinto aniversario de esta revista. Allí Bishop sostiene que el «arte de los nuevos medios» (*new media art*) constituye un campo especializado que raramente se superpone con el circuito del arte contemporáneo hegemónico, identificado con las galerías comerciales, el Premio Turner y los pabellones nacionales de la Bienal de Venecia. Este es el motivo por el cual la autora opta por estudiar el impacto de las tecnologías digitales en la obra de una serie de artistas del mundo del arte contemporáneo *mainstream*, en lugar de examinar proyectos realizados por artistas del mundo de las artes electrónicas. El ensayo de Bishop ha sido cuestionado por varios autores. Una de las críticas más duras fue la de Patrick Lichty (2013), quien caracterizó a la postura de Bishop como tradicionalista y reactiva.

15. P. Lichty, “A Disjointed Conversation – Claire Bishop. The Digital Divide and the State of New Media Contemporary Art”. En línea en: <http://rhizome.org/community/44886/>. [Consulta: 01.06.19]

16. Bishop, “Digital Divide...”, *op. cit.*, 441. Traducción propia. «At its most utopian, the digital revolution opens up a new dematerialized, deauthored, and unmarketable reality of collective culture; at its worst, it signals the impending obsolescence of visual art itself».

y somos alterados por la digitalización de nuestra existencia. No solo podemos objetar esta afirmación –el propio Quaranta proporcionó ejemplos acertados de artistas que exploran la especificidad del medio de modos diversos¹⁷–, sino además arriesgar que la tesis de Bishop comete el error de suponer que las artes electrónicas deberían explícitamente hacer referencia a las tecnologías involucradas, cuando a otras prácticas contemporáneas no se les exige la tematización o el reflejo de los medios y herramientas de los cuales se valen. Más aun, cuando Bishop refiere a la desmaterialización como una cualidad distintiva de la revolución digital, no considera que la noción de obra desmaterializada se remonta por lo menos a los inicios del arte contemporáneo, en la medida en que el concepto de desmaterialización no alude a la ausencia de materiales ni niega la existencia del aspecto material de las obras. Por el contrario, remite a la emergencia de materialidades que hasta entonces no formaban parte del ámbito de las artes. De allí que Lucy Lippard explicara en *Seis años: la desmaterialización del objeto artístico de 1966 a 1972*, un texto dedicado al análisis del arte conceptual reciente, que la desmaterialización es interpretada como una «retirada del énfasis sobre los aspectos materiales (singularidad, permanencia, atractivo decorativo)»¹⁸, vale decir, una pérdida de protagonismo del aspecto material, estético y formal de la obra. Ya en 1967, junto con John Chandler, Lippard había escrito el artículo “The Dematerialization of Art”, publicado en febrero de 1968 en *Art International*. Los autores allí sostenían:

Durante los años sesenta, el proceso anti-intelectual, emocional/intuitivo del quehacer artístico, característico de las últimas dos décadas, comenzó a dar lugar a un arte ultra-conceptual que enfatiza el proceso de pensamiento de manera casi exclusiva (...) Esta tendencia parece estar provocando una profunda desmaterialización del arte, especialmente del arte como objeto y, si continúa prevaleciendo, puede resultar en la obsolescencia total del objeto.¹⁹

La hipótesis de que la noción de desmaterialización asimismo opera en otras obras que no recurren a medios tecnológicos ha sido el nudo gordiano de la curaduría de Jean-François Lyotard en *Les Immatériaux*, una exposición organizada en el Centro Georges Pompidou entre marzo y julio de 1985. Por inmatériaux Lyotard comprendía la emergencia de nuevos materiales y materialidades devenidos de la expansión de las tecnologías telecomunicacionales, los cuales comenzaban a transformar la sensibilidad y generaban una ruptura con respecto a la concepción moderna de materialidad asociada a obras, objetos y cuerpos asibles. Sin embargo, la exposición no se limitaba a difundir las obras que resultaban de la experimen-

17. Quaranta, *Beyond...*, *op. cit.*, 12.

18. L. Lippard, *Seis años: la desmaterialización del objeto artístico de 1966 a 1972*, Madrid, 2004, 33.

19. J. Chandler, J. y L. Lippard, “The Dematerialization of Art”, *Art International*, 1968, 31-36, 31. Traducción propia. «During the 1960's, the anti-intellectual, emotional/intuitive processes of art-making characteristic of the last two decades have begun to give way to an ultra-conceptual art that emphasizes the thinking process almost exclusively (...) Such a trend appears to be provoking a profound dematerialization of art, especially of art as object, and if it continues to prevail, it may result in the object's becoming wholly obsolete».

tación con los nuevos medios (imágenes computarizadas, hologramas y piezas lumínicas), sino también trabajos futuristas, constructivistas y posimpresionistas, entre otras creaciones realizadas en soportes y lenguajes tradicionales²⁰. Las diferentes obras convivían en la muestra ideada por Lyotard, dado que todas ellas, desde distintos ángulos, lanzaban interrogantes sobre los cinco ejes conceptuales que organizaban la curaduría:

¿De dónde vienen los mensajes que nos son propuestos (cuál es su maternidad)?, ¿A qué se refieren estos mensajes (a qué materia se adscriben)?, ¿Según qué códigos son descifrables (cuál es su matriz)?, ¿Sobre qué soporte son inscritos (cuál es su material)?, ¿Cómo son transmitidos a sus destinatarios (cuál es la materialidad de esta dinámica)? Estas secuencias son ilustradas por objetos provenientes de ámbitos heterogéneos (puntura, biología, fotografía, arquitectura, astrofísica, música, etc.), reagrupadas de acuerdo con el régimen de una pregunta única que ilumina un aspecto de la complejidad.²¹

En una línea de análisis semejante a la de Lyotard, Ana Longoni sustentó, tres décadas más tarde, que la desmaterialización acontecida en los años sesenta no constituyó la ausencia total de materiales, sino la experimentación con nuevos materiales excluidos del campo artístico, como personas, desechos y diferentes disciplinas científicas²². Por su parte, Claudia Kozak argumentó que el proceso de desmaterialización significó, además de la investigación con materialidades difíciles de ser percibidas sensorialmente por carecer de existencia concreta –como es el caso de la materialidad de la información–, la puesta en práctica de otras materialidades heterodoxas que reemplazan a los materiales nobles tradicionalmente trabajados y elaborados mediante la experticia de la mano del artista²³.

Los postulados de ambas autoras evidencian que el concepto de desmaterialización no supone un rasgo privativo de las artes tecnológicas, ni constituye un atributo específicamente devenido de la revolución digital como sugirió Bishop, sino uno de los aspectos característicos de la expansión propia del arte contemporáneo en su afán de forjar una nueva concepción de obra que trascienda ampliamente las fronteras del campo artístico instituido. Un enfoque teórico de esta naturaleza permite reformular la historiografía

20. Algunos de los artistas que formaron parte de la exhibición fueron Giacomo Balla, Sonia Delaunay, Yves Klein, Lucio Fontana, Piero Manzoni, Joseph Kosuth, Dan Flavin, Vito Acconci, Dan Graham, László Moholy-Nagy, Stephen Benton, Kazimir Malévich, Andy Warhol y Marcel Duchamp.

21. J-F. Lyotard, *Les Immatériaux*, Conferencia de prensa, 8 de enero de 1985, Centro Georges Pompidou, 2. Traducción propia. «D'où viennent les messages qui nous sont proposés (quelle est leur maternité)? à quoi se réfèrent-ils (à quelle matière se rapportent-ils) ? Selon quel code sont-ils déchiffrables (quelle en est la matrice) ? Sur quel support sont-ils inscrits (quel est leur matériau) ? Comment sont-ils transmis aux destinataires (quel est le matériel de cette dynamique) ? Ces séquences sont illustrées par des objets empruntés à des domaines hétérogènes (peinture, biologie, photographie, architecture, astrophysique, musique... etc) regroupés sous le régime d'une question unique, qui en éclaire un aspect de la complexité.»

22. A. Longoni, *Oscar Masotta. Revolución en el arte*, Buenos Aires, 2017.

23. C. Kozak, "Literatura digital y materialidad. Cómo se lee", en P. Alsina y A. Rodríguez Granell (coords.), "Art Matters", *Artnodes*, 15, 2015, 90-98.

del arte contemporáneo de manera que efectivamente coexistan expresiones del proceso de desmaterialización tecnológica –píxeles, proyecciones, algoritmos, efectos lumínicos y comportamientos cinéticos– y otras manifestaciones contemporáneas –obras conceptuales, arte povera, Land Art, solo por mencionar algunos ejemplos– las cuales, sin recurrir a las tecnologías, también propusieron desmaterializar las obras mediante la puesta en jaque de la idea de obra material, física, tangible, permanente y cerrada, predominante a lo largo de la historia de las artes visuales en Occidente.

4. Tentativas de reescritura: reformulaciones de la historia del arte contemporáneo dominante

Las tensiones conceptuales repuestas en las páginas precedentes incitan a proponer nuevas historiografías del arte contemporáneo, a través de la configuración de un discurso híbrido que pueda tender puentes entre las historias de cada escena²⁴. El llamado de Shanken a fundar nuevas perspectivas que permitan repensar los puntos de contacto entre las poéticas electrónicas y la escena hegemónica fue plasmado en su ensayo «Art in the Information Age: Technology and Conceptual Art»²⁵. En este escrito el autor propone revisar las relaciones entre el arte conceptual y obras tecnológicas que no han sido incorporadas en los relatos canónicos sobre el conceptualismo, si bien ambas constituirían manifestaciones anticipadas de la denominada «era de la información»²⁶. De manera análoga, su libro *Art and Electronic Media*, editado por Phaidon en 2009 como parte de la colección *Themes and Movements*, plantea un abordaje heterodoxo. Mientras que cada uno de los volúmenes que integran la serie están dedicados a diferentes tendencias y movimientos artísticos (minimalismo, arte conceptual, Land Art, arte povera, dadaísmo, surrealismo y pop, entre otros), Shanken disputó aquellas fronteras tradicionales estructurando su trabajo en función de temáticas que no son cronológicas pero tampoco se basan en los medios empleados por los proyectos, sino que apuntan a develar continuidades entre distintas épocas y géneros: «(...) procedo a derribar los sistemas de valoración basados en el mercado al unir perfectamente a artistas contemporáneos de primera categoría como Bruce Nauman, Jenny Holzer y Olafur Eliasson con grandes figuras del arte de los nuevos medios como Roy Ascott, Lynn Hershman y Stelarc»²⁷. La organización del libro deja entrever una de las principales hipótesis de las que Shanken se vale para proponer una revisión de la historia del arte canónica, a saber, que la innovación técnica y el uso de tecnologías emergentes como medios creativos tuvieron continuidad en la historia del arte occidental, desde la creación de la pintura al óleo hasta el desarrollo de entornos virtuales interactivos y el arte

24. E. Shanken, “Contemporary Art and New Media...”, *op. cit.*

25. E. Shanken, *Art in the Information Age...*, *op. cit.*

26. E. Shanken, *Inventar el futuro...*, *op. cit.*, 112.

27. E. Shanken, *Inventar el futuro...*, *op. cit.*, 112.

telemático²⁸. Sin embargo, como argumentamos en el apartado precedente al cuestionar la teoría de Bishop en torno a la noción de desmaterialización, esta clase de enfoques transversales no han sido frecuentes en muchas de las teorías del arte extensamente difundidas:

Por ejemplo, *Art Since 1900* (2004) es un texto canónico sobre el arte moderno y contemporáneo escrito por Hal Foster, Rosalind Krauss, Yve-Alain Bois y Benjamin Buchloh, el que podría considerarse como el principal grupo de historiadores del arte contemporáneo de Estados Unidos, sino del mundo. Sin embargo, es tal el grado de desconocimiento (o de hostilidad) de sus autores respecto a cualquier tipo de arte que utilice medios tecnológicos, que ignoran incluso los mayores hitos de los discursos de la historia del arte de los nuevos medios, como Billy Klüver y E.A.T. Si Klüver y E.A.T. no le resultan familiares al lector, no es por su culpa, sino que más bien eso demuestra el problema.²⁹

Otra de las tensiones entre la escena del arte contemporáneo y las poéticas electrónicas fue revelada en 2010, cuando en Art Basel Shanken organizó una mesa redonda titulada *Contemporary Art and New Media: Towards a Hybrid Discourse*. Los invitados a disertar sobre el tema fueron Nicolas Bourriaud, Peter Weibel y Michael Grey, tres referentes de ambos circuitos. Según Shanken, una muestra evidente de la escisión entre los dos mundos es que Weibel y Bourriaud no se conocían, a pesar de que el primero es uno de los artistas y teóricos más significativos de la escena del arte y la tecnología, mientras que el segundo es un reconocido curador y académico en el terreno del arte contemporáneo dominante³⁰. Las discusiones devenidas allí fueron productivas, dado que pusieron de manifiesto algunos de los prejuicios que muchas veces recaen sobre las poéticas electrónicas. En línea con la perspectiva esbozada en su libro *Estética relacional*, Bourriaud sostuvo que las tecnologías influyen de manera indirecta en el desarrollo de las prácticas artísticas, en tanto la irrupción de cualquier nueva tecnología inaugura modelos de pensamiento hasta entonces inexistentes: la fotografía repercutió entre los artistas impresionistas, configurando un nuevo modo de ver el mundo. Para el autor francés, la computadora o la red no constituyen medios en sí mismos, sino herramientas empleadas en el contexto de la era postmedia. Luego de la exposición de Bourriaud, Weibel retomó el impacto ejercido por la fotografía en la pintura del impresionismo, para recordar que a su vez el campo fotográfico produjo sus propias obras. En pocas palabras, sería un error dejar de considerar a las tecnologías como medios legítimos destinados a la creación artística. Shanken sintetizó la contradicción de esta manera: «Peter Weibel retomó astutamente la distinción de Bourriaud entre influencias directas e indirectas y advirtió la incongruencia de valorar la influencia indirecta de la tecnología al tiempo que se ignora el uso directo de la tecnología como medio artístico de pleno derecho»³¹. De acuerdo a su opinión, las argumentaciones de Bourriaud acaban legitimando el discurso del arte

28. E. Shanken, *Art and Electronic Media*, Londres, 2009.

29. E. Shanken, *Inventar el futuro...*, op. cit., 114-115.

30. E. Shanken, *Inventar el futuro...*, op. cit., 117.

31. E. Shanken, *Inventar el futuro...*, op. cit., 120.

contemporáneo hegemónico, el cual frecuentemente se ha mostrado reacio a aceptar como parte de su historia a muchas de las prácticas artísticas que incorporan medios emergentes. Este punto condujo al autor a concluir que «(...) un relato del arte contemporáneo en el que los nuevos medios sean un componente central requiere una historia diferente que incluya una reevaluación de los hitos principales»³².

Un relato planteado en estos términos supondría analizar, por ejemplo, la obra de Sol LeWitt en relación a otros proyectos contemporáneos, los cuales, a través del uso explícito de las tecnologías, también atendieron a las lógicas matemáticas que gobernaban la propuesta artística. Entre ellos, las obras algorítmicas de Manfred Mohr, como su animación por computadora titulada *Cubic Limit*, realizada entre 1973 y 1976 investigando las posibilidades de la combinatoria programada, o las variaciones geométricas de Vera Molnar, quien a partir de 1968 comenzó a utilizar el ordenador para diseñar dibujos lineales que originalmente eran ploteados y, años después, pasaron a ser impresos. Independientemente de las diferencias en los medios y herramientas utilizados por cada uno de los artistas, en los tres casos las prácticas artísticas demuestran un carácter sistémico, asociado al devenir de obras abiertas y procesuales fundadas en las relaciones dinámicas establecidas entre sus partes, así como en las estructuras que subyacen en determinados comportamientos perceptibles.

En el contexto argentino, la historia del arte generativo por computadora podría hibridarse con sus tempranas manifestaciones en el campo pictórico. En 1960, Miguel Ángel Vidal y Eduardo Mac Entyre redactaron el «Manifiesto de arte generativo», donde describieron a la pintura generativa como aquella capaz de engendrar secuencias ópticas mediante un desarrollo generado por una forma. Ya en ese entonces detectaban la relación entre la pintura generativa y nociones vinculadas a la tecnología, como la fuerza y la energía. Incluso la definición del término «generador» que los artistas proporcionan en su escrito, «dícese de la línea o la figura que por su movimiento engendra respectivamente una figura o un cuerpo geométrico»³³, evoca un grado de autonomía de los elementos plásticos con respecto al plano, coincidente con la difundida caracterización de las prácticas artísticas generativas según Philip Galanter³⁴. Su teoría sostiene que los artistas generativos ceden el control de la obra a un sistema que opera con cierta independencia de acuerdo a una serie de reglas e instrucciones preestablecidas. Mientras que la pintura generativa nace de la vibración, el giro y el desplazamiento de los elementos plásticos que se originan progresivamente despegándose de la superficie plana que los contiene, el arte generativo basado en las tecnologías digitales es creado por medio de algoritmos que constituyen la arquitectura de datos a partir de la cual la obra se autogenera.

32. E. Shanken, *Inventar el futuro...*, op. cit., 118.

33. E. Mac Entyre y M.A. Vidal, «Manifiesto de arte generativo», 1960. En línea en: <http://www.miguelangelvidal.com.ar/manifiesto.html>. [Consulta: 02.06.19].

34. P. Galanter, «What is Generative Art: Complexity Theory as a Context for Art Theory», 2003. En línea en: http://www.philipgalanter.com/downloads/ga2003_paper.pdf. [Consulta: 02.06.19]

No obstante, el relevamiento de puntos de convergencia entre ambas historias no debe limitarse a un relato lineal de desarrollos encadenados que descuide las especificidades de sus respectivas prácticas. Söke Dinkla expuso críticas oportunas hacia la homologación sin distinciones entre las primeras obras participativas de los años cincuenta y sesenta, como ambientaciones, performances y happenings, y el surgimiento del arte interactivo. Frente a las ideas de Regina Cornwell y Erkki Huhtamo, quienes postularon que el rol activo del público en las obras interactivas es una derivación directa de las reconfiguraciones instauradas con el happening y otras manifestaciones del arte participativo –Allan Kaprow, Robert Rauschenberg, Yoko Ono, Fluxus y Situacionismo, entre otras–, Dinkla propone atender también a las diferencias introducidas por las características privativas de la interactividad. Aunque los trabajos de Jeffrey Shaw, Lynn Hershman Leeson, Peter Weibel y Bill Seaman reconocen nexos con el arte participativo, las producciones de Myron Krueger o David Rokeby resultan de sus métodos orientados hacia la investigación estrictamente tecnológica³⁵. Por otro lado, si el happening se vincula con el teatro experimental y su distanciamiento de la estructura dramática clásica, gira en torno a la relación (neo) vanguardista arte/vida y sus artistas aún se encuentran presentes en la obra, los proyectos interactivos no proceden de géneros artísticos determinados, reemplazan el vínculo arte/vida por el par arte/tecnología, sus autores desaparecen de la escena al ser sustituidos por procesos automatizados y el material artístico de las obras es el diálogo entre el programa y el usuario³⁶. Las particularidades de unas y otras prácticas también tienen que ser consideradas al momento de elaborar un nuevo relato sobre el arte contemporáneo.

La construcción de una nueva historia del arte –o bien, de su lado B– exige la adopción de herramientas epistemológicas que permitan complementar conocimientos de la teoría e historia del arte con determinadas nociones sobre ciencia y tecnología. Y es allí donde reside uno de los mayores desafíos. En la introducción de *New Media in the White Cube and Beyond: Curatorial Models for Digital Art*, Christiane Paul caracteriza al paradigmático cubo blanco como un espacio que presenta evidentes limitaciones para albergar propuestas performáticas o que, aun cuando no lo sean, solicitan espacios que no se limiten a la contemplación estética:

Los nuevos medios nunca podrían ser entendidos solamente desde la perspectiva de la historia del arte: la historia de la tecnología y las ciencias mediales desempeñan un rol igualmente importante en la formación y recepción de las artes. Los nuevos medios requieren de una alfabetización mediática.³⁷

35. S. Dinkla, “From Participation to Interaction: Toward the Origins of Interactive Art”, en L. Hershman Leeson (ed.), *Clicking in: Hot Links to a Digital Culture*, Seattle, 1996, 282.

36. S. Dinkla, “From Participation...”, *op. cit.*, 288-289.

37. Ch. Paul, *New Media in the White Cube and Beyond*, Berkeley, 2008, 5. Traducción propia. «New media could never be understood from a strictly art-historical perspective: the history of technology and media sciences plays an equally important role in this art’s formation and reception. New media art requires media literacy.»

Al igual que es preciso reformular el contexto adecuado para exhibir toda clase de poéticas electrónicas, cabe repensar las perspectivas teóricas desde las cuales dichas obras son abordadas. La alfabetización referida por Paul en el pasaje citado implica la instrucción de nuevos espectadores, pero también –en primer lugar– supone la formación de historiadores del arte, críticos y curadores, quienes además de analizar las obras estéticamente, comprendan su propuesta técnica y puedan desentrañar comportamientos a menudo complejos.

5. Conclusiones

El análisis desarrollado a lo largo del artículo respondió a un doble propósito. Por un lado, hemos reconstruido el estado de la cuestión relativo a la historiografía del arte contemporáneo, con el objetivo de rastrear las principales teorías que, durante los últimos años, dieron fe del fenómeno designado en el segundo apartado del escrito como «desconexión historiográfica», dado por una cierta exclusión de las prácticas artístico tecnológicas por parte de la historia del arte dominante. Las obras que emplean tecnologías de manera preeminente comenzaron lentamente a delinear un ámbito alejado del mundo del arte contemporáneo. Uno y otro fueron delineando nichos separados provistos de sus propias lógicas de producción, difusión, crítica e investigación, en un proceso iniciado en los años sesenta en paralelo a la irrupción del arte contemporáneo, e instituido hacia la década del noventa cuando el boom digital aceleró la conformación de la esfera de las artes electrónicas como un circuito autónomo. La instauración de ambas escenas diferenciadas proporcionó a unas el adjetivo de «tecnológicas», mientras que otras acabaron configurando un circuito independiente clasificado como «arte contemporáneo», si bien es evidente que en los dos casos se trata de prácticas artísticas contemporáneas y muchas de las obras que asiduamente integran el segundo conjunto también podrían ser consideradas tecnológicas: ya sea porque se parta de la premisa de que toda obra emplea tecnologías –un extenso debate que en ocasiones ha conducido a considerar que la pintura, el dibujo y otras disciplinas tradicionales también utilizan tecnologías, aun cuando éstas no consistan en tecnologías electrónicas y/o digitales–, o bien porque se entienda que las obras constituyen modos de decir y de hacer que asumen su propio tiempo técnico, en cuyo caso podrían ser calificadas como poéticas tecnológicas³⁸.

Por otra parte, en correspondencia con el planteo anterior, hemos argumentado en el tercer apartado que es posible sentar las bases de una nueva historia del arte contemporáneo, reconsiderando determinadas nociones que han sido acuñadas para definir a este campo –entre ellas, la categoría de desmaterialización–, pero ampliando sus horizontes de cara a examinar asimismo las resonancias de dichos conceptos en obras tecnológicas. Las tentativas de reescritura de la historia señaladas en el cuarto apartado impulsan a incorporar en sus relatos a artistas y obras que no han sido frecuentemente incluidos en las narrativas hegemónicas, aunque sus búsquedas creativas y conceptuales se encuentran cabalmente alineadas

38. C. Kozak (comp.), *Poéticas/políticas tecnológicas en Argentina 1910- 2010*, Paraná, 2014.

con aquellas encauzadas por artistas contemporáneos ajenos a la exploración tecnológica (quienes sí fueron reconocidos por la historia canónica).

Un aspecto que en este artículo no ha sido abordado y que, en consecuencia, queda pendiente para futuros trabajos, consiste en el estudio de potenciales iniciativas institucionales –museo, centro cultural u otra plataforma que responda a un formato acorde con las revisiones contemporáneas de los ámbitos tradicionales de producción y exposición–, dedicadas de manera íntegra y sistemática a la investigación y difusión de las poéticas electrónicas y sus relaciones con el arte contemporáneo. O bien, un espacio consagrado a la escena del arte contemporáneo y sus intercambios con las poéticas electrónicas inscritas en ella. Un programa de estas características debería también propiciar la intersección entre la labor académica y el trabajo artístico tecnológico, así como la comunicación con diferentes iniciativas institucionales que de modo parcial se encuentran abocadas a los cruces entre el arte y la tecnología. De esta manera, las nuevas historiografías del arte contemporáneo no solo lograrían articularse desde la producción teórica, sino también configurar imaginarios alternativos desde la propia gestión de la cultura.

Las estrategias enunciadas evitan segregar a las prácticas contemporáneas en función de criterios ceñidos a los medios, herramientas y soportes empleados, razones carentes de sentido desde el momento en que la multiplicidad de formatos y lenguajes es, precisamente, una de las características medulares del arte de nuestra era. Después de todo, la reformulación de la historia hegemónica permite al fin levantar los límites que proyectan a las poéticas electrónicas separadas del terreno del arte contemporáneo. Cincuenta años después de la rotunda expansión del campo artístico, las tecnologías ya no tienen por qué ser imperiosamente exaltadas, ni encarnar una frontera que condene a sus prácticas a vivir en el exilio.

THE INVENTION OF «HUMANITY» IN TWENTIETH CENTURY
EUROPEAN HISTORIOGRAPHY: ON THE TREATMENT OF
PRISONERS OF WAR IN THE HELLENISTIC WORLD

La invención de la «humanidad» en la historiografía europea del siglo XX: sobre el tratamiento de los prisioneros de guerra en el mundo helenístico

Álvaro M. Moreno Leoni

UNC-UNRC-CONICET

moreno.leoni@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0002-4427-9934>

Fecha recepción: 11.09.2019 / Fecha aceptación: 13.11.2019

Resumen

El objetivo de este artículo es estudiar la invención historiográfica entre 1920 y 1970 de la idea de humanización de la guerra helenística, específicamente en relación con el trato dispensado a los prisioneros de guerra durante dicho periodo histórico. Se busca, por un lado, vincular esta construcción historiográfica con el presente de los historiadores,

Abstract

My aim in this article is to study the historiographical invention between 1920 and 1970 of the idea of a move towards humanising Hellenistic warfare, specifically in relation to the treatment given to prisoners of war during this historical period. I shall seek to link this historiographical construction with the contemporary context of the histor-

*El presente artículo se enmarca dentro de los siguientes proyectos de investigación que dirijo: «Libertad, imperio y civilización. Una aproximación conceptual a la construcción occidental de la historia antigua clásica» (PICT 2016-1396, ANPCYT, Argentina, 2017-2018) y «Libertad, imperio y civilización en la historiografía clásica sobre el mundo antiguo, siglos XIX y XX» (Secyt UNC 411/18, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, 2018-2021). Agradezco a Ricardo Martínez Lacy, Agustín Moreno y Ezequiel Martín Parra los valiosos comentarios realizados sobre una versión preliminar.

que escribían entre ambas guerras mundiales y, por el otro, con la pervivencia de una mirada eurocéntrica, que establecía un vínculo progresivo especial entre la experiencia histórica griega y la europea moderna. El estudio de otras prácticas de la guerra en el contexto cultural más amplio del Mediterráneo oriental antiguo permitirá finalmente poner en cuestión la idea de excepcionalidad griega helenística en el intento por moderar y regular la violencia bélica.

Palabras claves

Guerra helenística – Humanización – Historiografía

ians who wrote in the interwar period, and with the survival of a Eurocentric view that established a special continuity between the historical experiences of ancient Greece and modern Europe. Through an examination of other warfare practices in the broader cultural context of the ancient Eastern Mediterranean, I shall conclude by calling into question the very idea of Hellenistic Greek exceptionalism in attempting to moderate and regulate violence in warfare.

Keywords

Hellenistic Warfare – Humanization – Historiography

ERAN LOS PRIMEROS OCCIDENTALES, EL ESPÍRITU DE OCCIDENTE; el espíritu moderno, es un descubrimiento griego y el lugar de los griegos está en el mundo moderno.¹

El colapso del imperio aqueménida y la rápida desintegración del precario orden político establecido por Alejandro Magno en el Mediterráneo oriental dio lugar hacia comienzos del siglo III a.C. a un sistema interestatal altamente inestable dominado por tres grandes imperios, que eran incapaces por sí mismos de establecer una nueva hegemonía: los antigónidas, ptolomeos y seléucidas. Por un lado, la competencia y el juego de alianzas entre estos grandes imperios permitieron a los Estados pequeños y medianos forjar sus propios espacios independientes de acción. Por otro lado, se experimentó un aumento considerable de la frecuencia y escala del fenómeno bélico. Toda estadística al respecto solo puede ser en extremo parcial, habida cuenta de la pérdida de las principales narraciones históricas que podrían habernos informado sobre los eventos entre 301 y 229/8 a. C., notablemente, Jerónimo de Cardia, Duris de Samos y Filarco. Sin embargo, se ha observado que entre los años 323 y 160 a.C. hubo únicamente seis años de paz entre los grandes imperios helenísticos. Pierre Lévêque ha escrito, en ese sentido, que la guerra fue «el estado endémico» después de Alejandro, mientras que Angelos Chaniotis, por su parte, ha caracterizado a la guerra helenística como un fenómeno «ubicuo».² Además, aunque las principales fuerzas impulsoras de esta violencia sistémica fueron los grandes imperios, la póleis helenísticas tuvieron también su parte. En algunos casos, las mismas se vieron obligadas a luchar debido al complejo juego de alianzas, mientras que, en otras ocasiones, simplemente fueron a la guerra motivadas por prácticas propias de «microimperialismo» en contra de póleis limítrofes.³

1. E. Hamilton, *The Greek Way*, New York, 1942 (1930), 19.

2. P. Lévêque, “La guerre à l’époque hellénistique”, en J. P. Vernant (Dir.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, 1968, 261-287, 279; A. Chaniotis, *War in the Hellenistic World. A Social and Cultural History*, Malden, 2005, 2.

3. J. Ma, “Fighting Poleis of the Hellenistic World”, en H. van Wees (Ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, London, 2000, 337-376; P. Baker, “La guerre à l’époque hellénistique”, en F. Prost (Dir.), *L’Orient méditerranéen de la mort d’Alexandre aux campagnes de Pompée. Cités et royaumes à l’époque hellénistique*, Rennes, 2003, 381-401, 393-97. La misma práctica es advertida ya en el caso de las grandes monarquías por: M. Austin, “Hellenistic Kings, War, and the Economy”, *CQ*, 36 (2), 1986, 450-466.

Esta naturaleza violenta del mundo helenístico no siempre fue considerada como un rasgo distintivo por la historiografía moderna. Por el contrario, entre 1920 y 1970 se alzaron varias voces que buscaron llamar la atención sobre el carácter único del período helenístico, visto como el momento de surgimiento de una actitud «humanitaria» excepcional en la guerra. El objetivo de este artículo es exponer las líneas principales de aquella perspectiva, pero también investigar sobre los motivos conducentes a esta opción historiográfica, que no solo contribuyó a dar forma a un paradigma sobre la guerra helenística, sino también a asociarla con una imagen idealizada y estilizada más extendida de la cultura griega.⁴ Una generación de historiadores europeos, que experimentaron en carne y hueso dos guerras mundiales, parece haber dirigido su atención hacia el mundo antiguo en busca de modelos elegantes para dar cuenta de cómo los griegos habían podido mitigar la violencia de la guerra en el pasado. Este artículo busca motivar también finalmente una reflexión sobre la escritura de la historia, el eurocentrismo y la necesidad de insertar la comprensión de las prácticas históricas antiguas concretas en un marco histórico-cultural más amplio para comprenderlas mejor por contraposición.

El problema se abordará en dos pasos. Primero, presentaré los argumentos de algunos eruditos que han defendido esta idea de «humanización» en la guerra helenística, mediante la individualización de sus posiciones y su interpretación dentro del marco general de una visión eurocéntrica prevaleciente como actitud cultural desde el siglo XIX. En segundo lugar, trataré de cuestionar el alcance de la supuesta excepcionalidad histórica helenística, para lo cual me centraré en las prácticas del llamado *ius in bello*, particularmente en el principio legal moderno de distinción de los no combatientes.⁵ Una vez hecho esto, será fundamental hacer comparaciones con algunas experiencias en distintas sociedades orientales antiguas, lo que nos permitirá percibir características comunes entre ellas, sin ignorar sus divergencias. Por lo tanto, exploraremos dos de las formas disponibles para abordar críticamente los mundos antiguos contruidos por la historiografía occidental: la crítica hermenéutica y el enfoque comparativo.⁶

4. Cf. F. Echeverría Rey, “Guerra y civilización. La historiografía reciente sobre la guerra griega antigua”, en B. Antela, J. Vidal y C. Sierra (Eds.), *Memoria del conflicto en la Antigüedad*, Zaragoza, 2017, 91-113, 105.

5. Como fue sugerido por Emiliano Buis, este principio de distinción es uno de los pilares centrales del actual derecho humanitario, que «distingue a aquellos que son *combatientes* de quienes no lo son y protege a estos últimos en la medida en que no se coloquen de modo voluntario en situación de riesgo». El autor apunta también que, después de la Convención de Ginebra de 1949 y sus Protocolos Adicionales de 1977, los civiles fueron incluidos en la categoría de «no-combatientes», pero también «aquellos combatientes que por algún motivo dejaron de participar de las hostilidades (prisioneros de guerra, heridos, enfermos o náufragos de las fuerzas armadas)»: E. Buis, *La súplica de Eris. Derecho internacional, discurso normativo y restricciones de la guerra en la antigua Grecia*, Buenos Aires, 2015, 177.

6. A. Lianeri, “*Unfounding times*: The idea and ideal of ancient history in Western historical thought”, en A. Lianeri (Ed.), *The Western Time of Ancient History. Historiographical Encounters with the Greek and Roman Pasts*, Cambridge, 2011, 3-30, 6-10.

El mito de la «humanización» en la guerra helenística

Como se ha observado, el mundo helenístico era violento y su mapa político cambiaba permanentemente debido a la dificultad de alcanzar un equilibrio duradero entre las grandes potencias. Recientemente, Arthur Eckstein se ha aproximado al orden jurídico interestatal del antiguo Mediterráneo en época helenística utilizando herramientas teóricas neorrealistas provenientes del campo de estudios de las relaciones internacionales.⁷ Desde esta perspectiva analítica, ha argumentado enérgicamente en contra de la existencia de una regulación legal en las antiguas relaciones interestatales y ha sugerido también que, en el marco de una anarquía multipolar, como entiende Eckstein al antiguo contexto mediterráneo, cada uno de los Estados involucrados habría tratado de aumentar su seguridad relativa y poder a través de la guerra y la conquista. En su opinión, esta situación habría sido el resultado de un sistema interestatal particularmente anárquico y violento, con poca o ninguna regulación hasta el ascenso de Roma a la hegemonía mediterránea.

Este enfoque histórico reciente está vinculado a una antigua perspectiva «negacionista» con respecto a la existencia de un antiguo derecho internacional (en oposición a una línea de razonamiento «afirmacionista»),⁸ en la medida en que, en ambas perspectivas, la violencia de la guerra se entiende como una realidad histórica sin restricciones prácticas.⁹ Este argumento se remonta, en rigor, al siglo XIX. En concreto, sus trazos generales se encuentran delineados en la *Histoire de l'Humanité* (1855-1878) de François Laurent.¹⁰ El erudito belga había hecho hincapié en esta obra en la inexistencia durante la Antigüedad oriental y clásica de cualquier tipo de idea de humanidad que pudiera haber alentado entre los pueblos antiguos el desarrollo de un derecho universal. Al mismo tiempo, negaba a las culturas antiguas la existencia de cualquier idea de comunidad que estuviera basada en nociones elementales como la igualdad y la fraternidad.¹¹ James Kent, por su parte, afirmó por la misma época que, incluso entre los pueblos antiguos más «civilizados», nunca había existido una concepción compatible con

7. A. Eckstein, *Mediterranean Anarchy, Interstate War, and the Rise of Rome*, Berkeley-Los Angeles, 2006; *Rome enters the Greek East. From Anarchy to Hierarchy in the Hellenistic Mediterranean, 230-170 B.C.*, Malden (Ma.), 2008.

8. Isidoro Ruiz Moreno clasificaba a los estudios sobre ley internacional pre-cristiana en «afirmacionistas», «negacionistas» y «eccléticos»: I. Ruiz Moreno, *El derecho internacional antes de la Era Cristiana*, Buenos Aires, 1946.

9. «Estos elementos apuntan todos a la conclusión de que la violencia característica de la política internacional helenística estaba moldeada en buena medida por las características y la estructura del sistema estatal helenístico mismo, que era un sistema inherentemente propenso a la guerra, y por el deseo de los Estados de simplemente sobrevivir dentro de un ambiente extremadamente duro»: Eckstein, *Mediterranean... op. cit.*, 99.

10. Sugerido primero por: F. Laurent, *Histoire du droit des gens et des relations internationales. Études sur l'histoire de l'humanité*, Bruxelles, 1850, I-III.

11. Laurent, *Histoire... op. cit.*, 328. «Los griegos, aunque hermanos, no creían estar vinculados ni por el derecho, ni por la humanidad...»: Laurent, *Histoire... op. cit.*, II, 117. La discusión en: Buis, *La súplica... op. cit.*, 28-34.

la idea de obligaciones morales modernas, tales como la humanidad y la justicia, las cuales podrían haber dado un cariz distinto a las relaciones internacionales en el pasado.¹²

Pero estas interpretaciones de corte «negacionista» de la existencia de un antiguo derecho internacional no han llegado hace mucho tiempo a convertirse en una suerte de ortodoxia en los estudios clásicos. Por ejemplo, a principios del siglo XX, Coleman Philipson pensó que los griegos habían imaginado en verdad leyes comunes a «todos los seres humanos civilizados», debido a su creencia en la «naturaleza universal» compartida por los hombres, y a la aceptación de que estas leyes habían configurado, en cierta medida, unas relaciones internacionales entre los antiguos Estados griegos basadas en cierta idea de comunidad (con la exclusión explícita de los pueblos considerados como «bárbaros»¹³).

Este enfoque optimista es especialmente notable en el caso de la historiografía europea después de las dos guerras mundiales, cuando surge un interés específico por identificar en la guerra helenística una tendencia hacia la «humanización», es decir, hacia una restricción tangible de la violencia en el campo de batalla y, especialmente, en relación con un reconocimiento de normas que permitieran cierto acuerdo estándar para el tratamiento de los prisioneros. Desde la Edad Oscura, de hecho, parece bastante claro que en la antigua Grecia el vencedor tenía la plena facultad de escoger entre cuatro opciones cuando trataba con sus prisioneros: ejecución, esclavitud, liberación sin más negociación, o hacer lo mismo, pero después de pedir un rescate a cambio.¹⁴ Entre los «afirmacionistas», se creía que, en este sentido, podía detectarse una creciente preferencia entre los combatientes helenísticos por privilegiar estas dos últimas posibilidades y, a su vez, una cierta incomodidad o consternación ante la posibilidad de que las dos primeras opciones fueran las elegidas por el triunfador.

Los horrores experimentados durante ambas guerras mundiales llevaron a los eruditos a reflexionar sobre la «humanización» de la guerra helenística, que comenzó con Alejandro Magno y terminó abruptamente durante el último cuarto del siglo III a.C. con la violenta irrupción de Roma como poder imperialista disruptivo y revisionista en el Mediterráneo oriental. Según esta tesis, las llamadas «leyes de la guerra (*hoí tou polémou nómoi*)», mencionadas por varios autores griegos antiguos desde comienzos de la época clásica, habrían influido decisivamente en la opinión pública griega para ejercer una progresiva presión sobre aquellos actores que decidieron infringirlas. Así, los griegos llegaron a ser idealizados como un ejemplo de éxito excepcional para moderar los efectos de la violencia, lo que llevó a varios estudiosos a incluir este logro dentro del paquete de transformaciones

12. J. Kent, *Commentary on International Law*, London, 1866, 11.

13. C. Philipson, *The International Law and Custom of Ancient Greece and Rome*, London, 1911, I, 52-60. Sobre «las leyes de la guerra», como parte de «las leyes de los griegos», «las leyes de todos los hombres», o simplemente «las leyes comunes»: E. Nicholson, “Polybios, the Laws of War, and Philip V of Macedon”, *Historia*, 67 (4), 2018, 434-453, 438-440, quien recoge de manera crítica la principal literatura académica sobre este famoso tópico.

14. El tema puede trazarse hacia atrás hasta *La Ilíada*: Philipson, *The International... op. cit.*, II, 259-60. Aunque Aquiles también sacrifica a doce prisioneros troyanos sobre la pira funeraria de Patroclo sin el menor inconveniente: Hom., *Il.* 23.175-6.

culturales del llamado «milagro griego», del que, en última instancia, se suponía que había nacido la cultura occidental.¹⁵

El término *nómos*, sin embargo, no debería ser directamente equiparable al de ley, ya que *nómos* tiene un campo semántico bastante más variado, que admite diferentes matices que van desde la idea de «ley» hasta la de «costumbre» e, incluso, de «orden».¹⁶ Estos *nómoi* tenían como objetivo final la regulación de la violencia bélica, puesto que sugerían a los combatientes una variedad de reglas estándar, tales como: la observación de treguas, la protección de los heraldos y suplicantes, la no mutilación de los cadáveres de los enemigos muertos en batalla, así como también una limitación clara para la ejecución de prisioneros en el campo de batalla y el respeto de los santuarios.¹⁷ Sin embargo, como nos ha advertido Pascal Payen, todas estas reglas generalmente no eran más que cartas de intención.¹⁸ Esta posición podría ser extrema, y quizás la normatividad que supuso el *nómos*, entendido como una costumbre griega ampliamente compartida, fundada en cierta noción de comunidad griega, podría de alguna manera afectar verdaderamente la moderación de la violencia, al menos en algunas ocasiones y como resultado de la incorporación de patrones de comportamiento que fueron previsibles entre el conjunto reconocido de los beligerantes.¹⁹ De todos modos, esta última posibilidad siempre debe contrastarse con las numerosas menciones en la literatura clásica de actos violentos, que, una y otra vez, se opusieron abiertamente a la práctica efectiva de esta normatividad griega no escrita.

Franz Kiechle observó, sin embargo, que, entre la caída de Tebas y la captura de Mantinea (335-223 a.C.), no se había producido ninguna esclavización masiva de la población de ciudades griegas tras su captura por ejércitos «griegos».²⁰ Para el autor, esto era una consecuencia del desarrollo de la idea de «fraternidad», resultado de la emergencia de una verdadera comunidad panhelénica reconocida y percibida colectivamente como tal por el conjunto de todos los griegos. Y Kiechle concluyó su trabajo con una interesante analogía con la realidad que percibía en su propio presente como historiador: dijo que la evolución de la crítica griega hacia los excesos cometidos por los beligerantes, en particular, en su violencia contra mujeres, niños y «no combatientes» en general, habría llevado a los griegos helenísticos a mirar para atrás con horror hacia los niveles desregulados de violencia durante las guerras arcaicas y clásicas, y a adoptar, en ese sentido, una actitud muy similar a la de la gente de

15. P. Payen, *Les revers de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, 2012, 94-5. Entre ellos: G. Glotz, “Le droit des gens dans l’Antiquité grecque”, *Mémoires présentés par divers savants à la Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 13 (1), 1923, 91-103; F. Kiechle, “Zur Humanität in der Kriegführung der griechischen Staaten”, *Historia*, 7 (2), 1958, 129-156.

16. M. Ostwald, *Nomos and the Beginnings of the Athenian Democracy*, Oxford, 1969.

17. D.S. 30.18.2; E., *Suppl.* 524-27; E., *Heracl.*, 961-74; 1017-55.

18. Payen, *Les revers...* *op. cit.*, 92-107.

19. Buis, *La supplica...* *op. cit.*, 157.

20. Kiechle, “Zur Humanität...”, *op. cit.*, 149.

1950 cuando evaluaba el comportamiento brutal que los propios europeos habían exhibido durante los dos siglos anteriores.²¹

Según esta perspectiva, los griegos helenísticos se parecían mucho a los europeos en sus relaciones mutuas, que se concebían como parte de un sistema internacional considerado como una verdadera «comunidad». Unos años más tarde, Hans Volkmann, ex prisionero de guerra, criticó esta visión modernizadora de la historia antigua clásica apuntando a que la misma partía de un desconocimiento de la historia, puesto que no había sido sino hasta el siglo XIX cuando había emergido por primera vez una noción de guerra entre Estados (y no entre individuos).²² Esto habría implicado, para Volkmann, que, al menos en teoría, a partir de ese momento, los vencedores solo podrían considerar la propiedad estatal como botín de guerra (y no al pueblo que habitaba el territorio). Además, las nociones de soberanía y comunidad universal solo habían comenzado a debatirse en Europa a partir de ese momento, cuando un concepto positivo de derecho internacional surgió claramente en el pensamiento político. Aunque esta afirmación implica una visión positivista de la ley, como producto específico de los Estados modernos, a los que se considera como los únicos sujetos legítimos capaces de actuar en el sistema internacional, el argumento de Volkmann contra la modernización del mundo antiguo no carece de validez.

Cierto razonamiento circular entre el mundo helenístico y la Europa contemporánea está involucrado, de hecho, en la perspectiva de estos estudios clásicos, tal como se puede ver ya en un estudio pionero de 1923 escrito por Gustave Glotz. El eminente historiador francés señaló que: «Ningún país reunió de forma más completa que Grecia las condiciones políticas y morales que hacen nacer el derecho de gentes».²³ Se argumentaba también allí que, en un momento determinado, los griegos se dieron cuenta de su unidad y dieron a luz a una verdadera «sociedad de naciones», a una «comunidad internacional», gobernada por las «leyes comunes» o las costumbres de los griegos. Por lo tanto, según esta perspectiva, los griegos habían anticipado por más de dos mil años a la Sociedad de las Naciones (1919-46). Una vez más, los griegos helenísticos se parecían a los europeos del período de entreguerras, pero tal vez demasiado. No es casual este razonamiento. Glotz va a ser designado presidente de un comité de expertos, junto con otros seis académicos, en el marco de una revisión general de los libros de texto para la enseñanza de la historia en 1932. La misma fue propuesta por el *International Institute of Intellectual Cooperation* con el objetivo de revisar la visión de la guerra presente en los manuales con los que se enseñaba historia, pero también la de los museos y centros de documentación, lo que debía contribuir a estrechar el creciente entendimiento entre los pueblos y a impulsar el respeto por la paz. Los resultados aparecieron publicados en francés en 1932, bajo el título *La Révision des*

21. Kiechle, “Zur Humanität...”, *op. cit.*, 156.

22. H. Volkmann, *Die Massenversklavungen der Einwohner eroberten Städte in der hellenistisch-römischen Zeit*, Wiesbaden, 1961, 4.

23. Glotz, “Le droit...”, *op. cit.*, 96.

Manuels Scolaires contenant des passages nuisibles à la compréhension mutuelle des peuples y, al año siguiente, en una edición ampliada: *School Textbook Revision and International Understanding* (1933), que proponía incluso una lista de libros de texto oficialmente aprobados para ser utilizados en diecisiete países.²⁴ Me interesaría agregar que, aunque el documento se refería específicamente a la forma de contar y enseñar la reciente guerra mundial, fijaba también una serie de preceptos que debían guiar el contenido de los manuales. Entre ellos, un «sentido mundial», que apuntaba a «afirmar el ideal de libertad, de dignidad, de igualdad y de “fraternidad humana”; insistir en la necesidad de un código moral que rijan la conducta del hombre civilizado... finalmente, insistir en la interdependencia de las naciones y también en la necesidad de una organización y una cooperación internacionales».²⁵ Justamente esta preocupación por la «fraternidad» entre todos los hombres iba a alentar otra gran empresa historiográfica contemporánea, pero esta vez en las islas británicas.

En efecto, esta fue una imagen duradera que estuvo presente en algunos de los enfoques históricos más extendidos sobre el mundo helenístico. En particular, esta idea fue generalizada en un estudio en particular que buscaba resaltar la provocación de una ruptura repentina en las normas tácitas de la guerra helenística con la llegada de los ejércitos romanos al área del Egeo. William W. Tarn, un historiador británico que llegó a hacerse popular entre un amplio público de habla inglesa después de la publicación de su famosa biografía de Alejandro Magno, buscó defender el carácter civilizador de este rey macedonio, quien, después de olvidar las enseñanzas aristotélicas, sobre mandar a los bárbaros y ser aliado de los griegos, había buscado, en cambio, lograr una integración total en su nuevo imperio, una «fraternidad de la humanidad» más allá de distinciones culturales entre griegos y bárbaros. Ernst Badian, en su estudio historiográfico sobre Alejandro, ya había identificado, en efecto, los aspectos civilizadores del imperialismo victoriano que subyacían a esta particular interpretación histórica de Tarn, en la que:

Alejandro emerge como un producto de una escuela pública Arnold en su modo de conducta, una mezcla de Cecil Rhodes y del general Gordon en sus acciones y en sus ideales... La asimilación de la corte y el temperamento de la Macedonia del siglo IV al reinado de la reina Victoria es un *tour de force* que solo un genio como Tarn pudo alguna vez concebir, o imponer sobre el mundo angloparlante.²⁶

24. Sobre esta cuestión, ver: R. Hofstetter y X. Riondet, “International Institutions, Pacifism and the Attack on Warmongering Textbooks”, en E. Roldán y E. Fuchs (Eds.), *Textbooks and War. Historical and Multinational Perspectives*, Cham, 2018, 201-232, 209-211.

25. La cita es de la traducción española: *La reforma de los manuales escolares y del material de enseñanza. Cómo ponerlos al servicio de la comprensión internacional*, UNESCO, París, 1951, 69-70.

26. E. Badian, “Alexander the Great, 1948-67”, *CW*, 65, 1971, 37-56, 45. La discusión en: Ph. Vasunia, *The Classics and Colonial India*, Oxford, 2013, 99-102; F. J. Gómez Espelosín, *En busca de Alejandro. Historia de una obsesión*, Alcalá de Henares, 2015, 207-210.

La idea de un monarca europeo capaz de dejar de lado los prejuicios raciales y gobernar un imperio principalmente asiático y multicultural, apoyándose en sus convicciones sobre la base de la *brotherhood of mankind*, constituía una declaración liberal en favor del imperio, la civilización y la paz traída por los poderes occidentales al resto del mundo. Esta es una idea central desarrollada por el historiador británico a lo largo de varias décadas, desde su conferencia en la British Academy hasta la publicación de los dos volúmenes de su *Alexander the Great*.²⁷ Su impacto no se limitó, sin embargo, al estrecho marco académico, sino que, más bien, en concordancia con las ansiedades generadas durante el periodo posterior, las ideas de Tarn sobre la fraternidad de la humanidad pueden reconocerse, por ejemplo, en el film de Robert Rossen, *Alexander the Great* (1956).²⁸

La idea tampoco estaba aislada en el universo intelectual liberal de la filología clásica británica de las entreguerras. En efecto, preocupaba a los estudiosos de la cultura clásica comprometidos con el proceso de paz impulsado a partir de la Sociedad de las Naciones. Hombres como Gilbert Murray o Alfred Zimmern se involucraron activamente en la tarea de articular un liberalismo moral que, en la arena internacional, pudiera contribuir a estrechar la brecha entre individualismo y libertad mediante la renovación de la fe en un «Espíritu internacional».²⁹ Ese espíritu internacional, que podía transformar a la sociedad global, sin perder los rasgos de localidad que tenía cada cultura, era el helenismo, entendido como un valor que iba más allá del aprendizaje de la lengua clásica, tras ser convertido en un legado cultural para Occidente.³⁰ La convicción de que las cláusulas de la Sociedad de las Naciones para la limitación y regulación de los conflictos puede advertirse en la obra de estos autores, en particular, de Zimmern, quien resuelve agregar un apéndice a la cuarta edición de su *The Greek Commonwealth* de 1924, publicada originalmente en 1911, en el que expresa su confianza en la regulación de la violencia en Europa, y fuera de ella, tras la experiencia traumática de la primera guerra mundial.³¹ La novedad con Tarn, con todo, fue el intento de volver modélico al periodo histórico posterior a Filipo II y Demóstenes, en línea con la renovación de los estudios históricos helenísticos desde el siglo XIX, pero imbuido de la perspectiva liberal tardía. En ese sentido, aunque la valoración del periodo helenístico es muy distinta

27. W. Tarn, "Alexander the Great and the Unity of Mankind", *PBA*, 19, 1933, 123-166; *Alexander the Great*, Cambridge, 1948, I-II. Cf. C. A. Robinson, *Alexander the Great. The Meeting of East and West in World Government and Brotherhood*, New York, 1947.

28. K. Shahabudin, "The Appearance of History. Robert Rossen's Alexander the Great", en P. Cartledge y F. R. Greenland (Eds.), *Responses to Oliver Stone's Alexander. Film, History, and Cultural Studies*, Madison, 2010, 92-116.

29. J. Morefield, *Covenants without Swords. Idealist Liberalism and the Spirit of Empire*, Princeton, 2005, 96-99.

30. Ver: J. Stapleton, "The Classicist as Liberal Intellectual: Gilbert Murray and Alfred Eckhard Zimmern", en Ch. Stray (Ed.), *Gilbert Murray Reassessed. Hellenism, Theatre, & International Politics*, Oxford, 2007, 261-91.

31. A. Zimmern, A., *The Greek Commonwealth. Politics and Economics in Fifth-Century Athens*, 4ª ed., Oxford, 1924 (1911).

en cada uno de ellos, las visiones de Tarn, Murray y Zimmern sí podrían equipararse. Al menos ello parece claro en el hecho de que Tarn también habría defendido con su *Alexander the Great* lo que Morefield ha identificado en Murray y Zimmern como la apología de una relación entre las naciones fundada en la igualdad entre las mismas, pero una igualdad nunca separada del principio de jerarquía, ni de su inserción en una concepción del imperio ideal orientado como una fuerza para hacer el bien.³²

No es necesario aquí enfocarnos en el cambio de perspectiva que los sucesos de la segunda guerra mundial operaron en la perspectiva de Tarn, que podrían pensarse como la expresión de su decepción por lo ocurrido. Sin embargo, basta simplemente el contraste entre su optimismo en 1926, cuando establecía un paralelo entre los ideales proclamados por la Revolución Francesa y la «antorcha» que Alejandro había encendido y que ya no se apagaría. Frente a este optimismo, de progreso e idealismo en la historia, Tarn agregó una nota al mismo pasaje, quizá en 1948, que revela su amargura: «He dejado la última parte de este párrafo sustancialmente como estaba escrita en 1926. Desde entonces hemos visto nacimientos nuevos y monstruosos, y que todavía se mueven en un mundo que no se ha dado cuenta; y yo no sé cómo reescribirlo».³³

Pero Tarn no solo se fijó en Alejandro. También escribió, en su *Hellenistic Civilization*, publicada en 1927, sobre el problema específico de la guerra helenística: «el mundo griego, acostumbrado a la guerra macedonia, que se había vuelto relativamente humana, vio con temor o ira cómo los romanos trataban a una ciudad capturada...».³⁴ Tarn incluso anotaba que Filipo V, rey de Macedonia, «estaba probando los métodos romanos, y provocó desconfianza general, incluso odio» entre los griegos.³⁵ Podemos retrotraernos, sin embargo, a su *Antigonos Gonatas* (1913) para hallar ya una visión modernizante del mundo helenístico: «Ninguna parte de la historia griega puede llegar a nosotros como la del siglo III a.C. Es el único periodo que podemos mínimamente comparar con el nuestro; de hecho, en algunos aspectos es en principio bastante moderno».³⁶

A esto último, agregaba lo siguiente: «A veces, requiere cierto esfuerzo darse cuenta de que este mundo es, después de todo, extraño y bastante distante».³⁷ Y entonces, tal como ya había hecho Glotz, recurría a una analogía moderna para mostrar con mayor énfasis en

32. Morefield, *Covenants without Swords... op. cit.*

33. W. Tarn, *Alexander the Great*, Cambridge, 1948, I, 148. Ver: R. Todd, "W. W. Tarn and the Alexander Ideal", *The Historian*, 64, 1964, 48-55, 54-55.

34. W. Tarn, *Hellenistic Civilization*, London, 1927, 20-1.

35. Cf. W. Tarn, *Hellenistic Military & Naval Developments*, Cambridge, 2010 (1930), 44; F. Walbank, *Philip V the Macedon*, Hamden, 1967 (1940), 115, n. 3.

36. W. Tarn, *Antigonos Gonatas*, Oxford, 1913, 3.

37. Tarn, *Antigonos... op. cit.*, 3. El asunto de la humanización ya aparece en una obra más temprana: «Pero, en general, los modales se suavizaron durante el siglo III. Ya no era costumbre, al tomar una ciudad, matar a los hombres y vender a las mujeres y los niños como esclavos; aunque el derecho del conquistador a hacer esto era indudable»: W. Tarn, *Antigonos... op. cit.*, 145. Y refiere en la p. 145, n. 32 a la ya mencionada obra de Philipson: *The International... op. cit.*

qué medida ese siglo III era casi moderno: «y aunque no existe la Convención de Ginebra, existe un movimiento grande y creciente en marcha para eximir templo tras templo y pueblo tras pueblo del riesgo de un ataque».³⁸ Y Tarn añadía que, aunque todavía existían «antipatías nacionales y sociales... unos pocos habían comenzado a abogar por la fraternidad del hombre».³⁹ La idea de una «fraternidad» provee la base para, entonces, imaginar el marco de una «comunidad» más grande capaz de limitar la violencia en la guerra, al tiempo que, desde luego, contrapone la acción de Alejandro al cuestionamiento contemporáneo del imperio británico por el nacionalismo naciente indio.

Pierre Ducrey, por su parte, quien en varios pasajes de su trabajo sobre los prisioneros de guerra en el mundo griego también se refiere al pasado europeo reciente, se ha mostrado como el autor más confiado con respecto a la validez histórica del paradigma de la humanización helenística.⁴⁰ Este autor nota, en efecto, una cierta ruptura en las normas no escritas de la guerra helenística con la llegada de Roma al mar Egeo, e incluso llega a aprobar la idea de Tarn sobre el supuesto «contagio» experimentado por los griegos al entrar en contacto con las costumbres militares romanas durante el siglo III a.C.: «la extensión creciente que tomarán los métodos romanos durante los años futuros, no solo debido a los propios romanos, sino también debido a la adopción de procedimientos análogos por parte de los beligerantes helénicos».⁴¹

Por lo tanto, tanto Kiechle, Glotz, Tarn, como Ducrey han creído que era posible reconocer una tendencia clara durante el siglo III a. C. hacia una creciente «humanización» de la guerra. Esta hipótesis historiográfica es, de hecho, parte de una modernización explícita del mundo helenístico, que puede presentarse a los lectores del siglo XX como el origen primitivo de las prácticas occidentales contemporáneas: la regulación de la «guerra total», la Convención de Ginebra y las intervenciones reguladoras típicas de la Sociedad de las Naciones. La guerra y la regulación colectiva de la violencia se convierten así, por lo tanto, en una característica más del supuesto «milagro griego».⁴² Estos autores argumentarán, de ese modo, que la práctica griega clásica durante la captura de una ciudad, que implicaba la ejecución masiva de hombres y la esclavitud de mujeres y niños, al final, se habría suavizado, puesto que, en tiempos helenísticos, era común no solo evitar la esclavitud masiva de una población derrotada, sino que era normal salvar la vida de los prisioneros en el campo de batalla y ofrecerles la posibilidad de rescate o de una liberación negociada.

38. Tarn, *Antigonos... op. cit.*, 2.

39. Tarn, *Antigonos... op. cit.*, 209-10, en donde se refiere a la tendencia y propósito de Delfos de «humanizar la guerra», para lo cual, se direcciona a Philipson: *The International... op. cit.*, II, 219.

40. Cf. P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique. Des origines a la conquête romaine*, Paris, 1968, 334, 336.

41. Ducrey, *Le traitement... op. cit.*, 329. Y en la p. 329, n. 2 se hace mención a una interesante discusión historiográfica.

42. Payen, *Les envers... op. cit.*, 95.

El trato a los prisioneros en las sociedades orientales mediterráneas

La imagen del excepcionalismo helenístico está construida ciertamente sobre una evidencia bastante sesgada, que generalmente permite a los académicos negar o ignorar prácticas análogas existentes en otras sociedades mediterráneas antiguas, así como también en otros momentos de la historia griega. Marcel Detienne ha argumentado, de hecho, en favor de la importancia que posee la yuxtaposición crítica de experiencias occidentales y no occidentales, lo que alentaría a realizar una comparación de características *a priori* incomparables, sobre la base de una pretendida «excepcionalidad», lo que permitiría desafiar, en última instancia, el lugar de Europa como el epígono privilegiado del pasado grecorromano.⁴³ En otras palabras, Detienne ha planteado un desafío a la concepción de los griegos como seres situados en el origen de nuestra experiencia occidental, «nuestros griegos», y, al mismo tiempo, y también por ello, como seres incomparables, que «no son como los demás».⁴⁴ La cuestión no debe partir, entonces, de preguntar en qué medida hubo un progreso excepcional y efímero, en una línea imaginaria progresiva de humanización occidental en el tratamiento de los prisioneros desde los tiempos helenísticos, sino, en cambio, del cuestionamiento de la naturaleza misma de esta excepcionalidad mediante su yuxtaposición con situaciones análogas históricas que puedan servir como ilustración. Este procedimiento simple puede permitirnos reconocer puntos en común en el tratamiento de prisioneros en diferentes culturas y alejar el enfoque histórico de la búsqueda idealizada de las virtudes del modelo occidental y dirigirlo hacia la comprensión de los aspectos económicos y diplomáticos del fenómeno de la violencia contra prisioneros y no combatientes en las sociedades antiguas.⁴⁵

Se ha observado una continuidad, en efecto, con respecto a las actitudes exhibidas en la guerra griega que se orientaban hacia la regulación de la violencia, tanto en los campos discursivos como normativos tradicionales, al menos desde la Edad Oscura en adelante. Este problema se ha estudiado sistemáticamente en el pasado,⁴⁶ pero sería necesario, además, señalar que muchos de los estudiosos que han indagado sobre la violencia en las guerras arcaica y clásica han caracterizado a los siglos VII y VI a.C. como una época de batallas campales, reguladas y ritualizadas entre falanges cívicas hoplitas, y lo han hecho quizá de una forma demasiado esquemática.⁴⁷ Esta confrontación altamente regulada habría permitido a sociedades de base campesina proteger sus intereses y jerarquías de clase mediante la construcción de normas socialmente compartidas que sirvieran para restringir las destrucciones materia-

43. M. Detienne, *Los griegos y nosotros. Antropología comparada de la Grecia antigua*, Madrid, 2007 (2005), 14-23.

44. Detienne, *Los griegos y nosotros... op. cit.*, 14-15.

45. Un modelo comparativo «ilustrativo», en el que los casos singulares se examinan y se relacionan con una teoría general, que se verifica en diferentes situaciones históricas: V. E. Bonnell, “The uses of theory, concepts and comparison in historical sociology”, *CSSH*, 22, 1980, 156-173.

46. Buis, *La súplica...*, *op. cit.*, 157-240.

47. Un buen balance sobre la cuestión historiográfica: Echeverría Rey, “Guerra y civilización...”, *op. cit.*

les y los daños agrícolas y humanos ocasionados durante los conflictos.⁴⁸ En cambio, durante la segunda mitad del siglo V a. C. este tipo de guerra habría llegado a su fin debido al tamaño de los poderes que se estaban enfrentando, los rápidos cambios sociales y políticos experimentados en las póleis y la asimetría de las fuerzas desplegadas en el campo de batalla.⁴⁹ Una línea importante de estudios, por otro lado, ha advertido que efectivamente hubo una fuerte continuidad entre los períodos arcaico y clásico y, en este sentido, ha tratado de separar las expresiones ideológicas y los discursos de las prácticas concretas.⁵⁰ En cualquier caso, una combinación de prácticas crueles y discursos humanitarios aparece en fuentes literarias desde el siglo VIII a. C., por lo que la segunda mitad del siglo V no parece haber experimentado una ruptura total con el pasado, así como la era helenística no sugiere el surgimiento de una actitud diferente de cara a la guerra y el trato dispensado a los prisioneros.

La realidad bélica del Próximo Oriente antiguo, por otro lado, es bastante heterogénea. En diferentes momentos históricos, con todo, se pueden observar algunas pruebas concretas de existencia de restricciones a la violencia y de un interés por dispensar un trato más humano a los prisioneros y no combatientes. Según David Bederman, hubo momentos de clara preocupación por establecer límites exógenos al comportamiento estatal en las relaciones internacionales (especialmente en la violencia militar).⁵¹ En lo que sigue, me centraré en el tratamiento de los prisioneros de guerra. Tal como sucedió también en el mundo griego antiguo, los prisioneros estaban, en principio, completamente a merced de sus captores, quienes podían escoger entre masacrarlos, sacrificarlos o simplemente asignarlos como mano de obra esclava a un palacio, o bien, entregarlos para diferentes servicios a un templo específico. Los prisioneros constituían también una fuente potencial de ingresos cuando eran rescatados o vendidos, pero, además, existía la posibilidad de lograr beneficios políticos y sociales concretos al liberarlos inmediatamente después del final de las hostilidades sin exigir un rescate económico por ello. La posibilidad de establecer relaciones de dependencia y obligaciones personales, en ese sentido, siempre fue una posibilidad concreta.

Durante el III milenio a.C., el desarrollo económico tuvo un impacto directo en la incorporación masiva de cautivos como fuerza de trabajo para diferentes tareas en la Mesopotamia antigua, tal como Ignace Gelb ha mostrado. Desde esa época, comenzó a fortalecerse la opción por una actitud «humanitaria» en la guerra, al menos, en la medida en que los prisioneros dejaron de ser simplemente masacrados sobre el campo de batalla debido, sobre todo, a que sus vidas habían llegado a tener un valor económico.⁵² En el período acadio, hacia el final del III milenio, en una inscripción del rey Rimush, se menciona que este monarca, luego de derrotar a Ur y Lagash, ejecutó a 8.040 hombres y tomó como cautivos a otros 5.460, y

48. J. Ober, “Classical Greek Times”, en M. Howard, G. J. Andreopoulos y M. R. Shulman (Eds.), *The Laws of War. Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, 1994, 12-26, 13.

49. V. D. Hanson, *A war like no other. How the Athenians and Spartans fought the Peloponnesian War*, New York, 2005, 90.

50. Cf. H. van Wees, *Greek Warfare. Myths and Realities*, London, 2004.

51. D. J. Bederman, *International Law in Antiquity*, Cambridge, 2001, 16.

52. I. Gelb, “Prisoners of War in Early Mesopotamia”, *JNES*, 32 (1/2), 1973, 70-98.

que conquistó ambas ciudades y expulsó a 5.985 hombres y «los aniquiló»,⁵³ aunque Amnon Altman ha optado por una traducción de *ana karašim iškun* como «los ubicó en un campo de trabajo forzado».⁵⁴ El destino de estos cautivos no ha sido esclarecido del todo, pero es llamativo que, de hecho, se los mencionara en la inscripción en un grupo aparte al del resto de los cautivos. En otra inscripción, Rimush parece dedicar algunos esclavos, entre los que se cuentan tanto varones como mujeres, para que sirvan en el templo de Enlil (posiblemente se tratara de esclavos capturados en el curso de sus anteriores campañas en Elam y Parahsum).⁵⁵ En Ur III, Šu-Sin (ca. 2043-34 a.C.) menciona en una inscripción, por primera vez, la captura y reasentamiento de prisioneros (una práctica frecuente más tarde durante el II milenio).⁵⁶ Gelb estudió, en efecto, los documentos administrativos de los reinados de Amar-Sin y Šu-Sin, con respecto a la distribución de raciones de comida para mujeres y niños mantenidos como cautivos en Umma, y observó que estas personas posiblemente se habían vuelto propiedad del Estado inmediatamente después de su captura en una campaña militar.⁵⁷

Más evidencia proviene de textos fechados durante el II milenio a.C. Samsu-iluna (ca. 1750-12 a.C.), el sucesor de Hammurabi en el trono de Babilonia, por ejemplo, se jactaba de su actitud piadosa cuando, tras conquistar Idamaraz y demoler la fortaleza de Warûm, decidió liberar (*šu-bar*) a los cautivos, respetando la vida de la población civil (*uku*) e incluso la de los guerreros (*erín*) capturados, y «(re)construyó las numerosas fortalezas de la tierra de Warûm, que había destruido (y) reunió y reasentó a su pueblo disperso».⁵⁸ Anitta, rey de Kuššar, en Anatolia (ca. 1750 a.C.), por su parte, clamó haber tomado Neša por asalto, haber capturado a su rey, pero no haber dañado a ningún ciudadano y haberlos «tratado (a todos) como a madres y padres».⁵⁹ Se trata de casos excepcionales, como el propio Altman enfatiza, pero no menos originales que aquellos ejemplos hallados en las fuentes literarias helenísticas.⁶⁰ Incluso, el rey asirio Tukulti-Ninurta I (ca. 1243-07 a.C.), gran conquistador, se representaba, sin embargo, de forma suficientemente magnánima como para mostrarse capaz de perdonar a las personas que se habían opuesto a él en Asiria en un primer momento:

53. RIME 2, 45 [D. Frayne, *The Royal Inscriptions of Mesopotamia. Early Periods. Sargonic and Gutian Periods (2334-2113 BC)*, Toronto, 1993, II]; Gelb, "Prisoners...", *op. cit.*, 73-4, "los masacró".

54. A. Altman, *Tracing the Earliest Recorded Concepts of International Law. The Ancient Near East (2500-330 BCE)*, Leiden-Boston, 2012, 33.

55. E2.1.2.6: 131-44, citada en: Altman, *Tracing... op. cit.*, 33, n. 54.

56. RIME 3/2: 298 [D. Frayne, *The Royal Inscriptions of Mesopotamia. Ur III Period (2112-2004 BC)*, Toronto, 1997, III(2)]; Altman, *Tracing... op. cit.*, 43.

57. Gelb, "Prisoners..." *op. cit.*, 76-7.

58. RIME 4: 389 [D. Frayne, *The Royal Inscriptions of Mesopotamia. Old Babylonian Period (2003-1595 BC)*, Toronto, 1990, IV]; Altman, *Tracing... op. cit.*, 62.

59. CTH 1: §2, A 5-9, citada en: Altman, *Tracing... op. cit.*, 62.

60. Altman, *Tracing... op. cit.*, 63.

Las hordas de los príncipes de Abulê, rey de la tierra del Uqumenu, las capturé (y) las llevé atadas a mi ciudad, Aššur. Les hice jurar por los grandes dioses del cielo (y) el inframundo, les impuse el [severo] yugo de mi señorío, (y entonces) los liberé (para que regresaran) a sus tierras...⁶¹

El lenguaje rudo generalmente expresado en las inscripciones reales asirias ha alimentado, tal vez en exceso, la imaginación cultural occidental y los prejuicios derivados del Orientalismo sobre la violencia bélica y el grado de crueldad en las sociedades orientales. La tierra del «despotismo», el servilismo, la inercia económica y el pensamiento mágico se creyó también como un espacio abierto para la violencia irrestricta y la brutalidad desregulada en la guerra, todo esto en oposición perfectamente geométrica con los supuestos valores humanitarios desarrollados en Occidente a lo largo de su historia. V. Davis Hanson, en ese sentido, ha llegado a argumentar lo siguiente: «No existían las normas militares, ningún protocolo común de guerra en el antiguo Próximo Oriente que limitara la guerra solo a los combatientes y moderara así las tendencias destructivas de estos regímenes».⁶²

Esta última lectura, bastante orientalista y eurocéntrica, se corresponde además con una comprensión lineal y descontextualizada del mensaje expresado en las bien conocidas inscripciones reales asirias. En las mismas, de hecho, el tremendo poder del rey y su habilidad para imponer un castigo inexorable sobre todos aquellos que osaran rebelarse contra este poder eran objeto de exaltación. Shalmaneser I (ca. 1273-44 a.C.), por ejemplo, se jactaba de la siguiente acción en Hanigalbat: «Masacré a un número incontable de su extenso ejército... Maté a sus hordas (pero) a 14.400 de ellos (que quedaron) vivos los cegué (y) me los llevé».⁶³ Sin embargo, estudios más recientes han demostrado que estos textos no constituían mensajes dirigidos abiertamente a la población del imperio. No hubo intención política real de mostrar esta crueldad, con orgullo y motivaciones públicas asociadas con la «propaganda». Por el contrario, los destinatarios de estas palabras parecen haber sido más bien los dioses, lo que es consistente con el hecho de que las inscripciones generalmente se encontraban ubicadas en áreas internas de los templos, que carecían de una iluminación adecuada y en las que el acceso a las mismas era además muy restringido.⁶⁴

Durante el I milenio a.C., el caso hebreo antiguo arroja luz particularmente sobre un temprano intento de regular la violencia en la guerra. Ciertamente, el relato bíblico frecuentemente aducido por aquellas perspectivas críticas, concretamente el de la captura de Jericó, exhibe un grado extremo de brutalidad. El mismo va, incluso, más allá del estándar de las inscripciones reales asirias, de por sí bastante sangrientas: «Destruyeron completamente todo lo que había en la ciudad, tanto hombres como mujeres, jóvenes y viejos, y bueyes, ovejas y

61. RIMA I: 231-2 [K. Grayson, *The Royal Inscriptions of Mesopotamia, Assyrian Periods. Assyrian Rulers of the Third and Second Millennia*, Toronto, 1987, I]; Altman, *Tracing...*, *op. cit.*, 102.

62. V. D. Hanson, "I. Genesis of the Infantry", en G. Parker (Ed.), *The Cambridge History of Warfare*, Cambridge, 2005, 15-28, 17.

63. RIMA I, 181-82; Altman, *Tracing...* *op. cit.*, 102.

64. L. Siddall, *The reign of Adad-nīrārī III: an historical and ideological analysis of an Assyrian king and his times*, Leiden, 2013, 149.

burros, con el filo de la espada». ⁶⁵ En todo caso, la acción no parece haber sido más violenta que la práctica romana orientada al exterminio sistemático de todo enemigo en una ciudad saqueada, tal como es comentada brevemente por Polibio (10.15.4-6) en un pasaje famoso sobre la toma de Carthago Nova. Sin embargo, de acuerdo con el *Deuteronomio* 20: 10-18, los hebreos podían, de hecho, emprender dos tipos de guerras bastante diferentes entre sí. Por un lado, una «guerra compulsiva» (*Milkhemet Mitzvah*), que era entendida como parte del deber religioso del pueblo elegido, que tenía que luchar contra las siete naciones que ocupaban Canaán, e implicaba la necesidad de matar a todos, incluyendo a las mujeres y los niños, cuyos cuerpos podían también ser mutilados. ⁶⁶ En aquellas guerras, no estaba permitido a los hebreos ni hacer botín ni capturar prisioneros, de allí su carácter más atroz. Pero, por otro lado, existía un tipo de «guerra opcional» (*Milkhemet Reshut*), llevada fuera del territorio de la supuesta herencia israelita, y bajo el precepto de respetar las vidas de mujeres y niños. ⁶⁷ En *2 Reyes* 6: 22, por ejemplo, Elisha decide sobre el destino de algunos prisioneros sirios capturados en Samaria, y señala como un imperativo, en cambio, la obligación de alimentarlos y liberarlos (y evitar ejecutarlos). Pero incluso los prisioneros capturados en guerras entre Israel y Judá fueron también usualmente enviados a sus casas, y no esclavizados ni retenidos, una vez que el conflicto acababa. Esto último revela francamente la importancia de la emergencia de una idea de comunidad en la construcción de las prácticas humanitarias de guerra hacia esta época y bajo ciertas restringidas condiciones. ⁶⁸

Volviendo al caso asirio, y en contra de una lectura quizá demasiado literal del contenido de las inscripciones reales, se podría afirmar, en cambio, que el imperio nunca siguió una política de aniquilación sistemática de las comunidades derrotadas. Más bien, ocurrió lo contrario, en la medida en que se buscó sistemáticamente integrar y asimilar a los pueblos derrotados, o a sus élites al menos, crecientemente dentro de una difusa identidad asiria. Desde mediados del siglo VIII a.C., tras la gran expansión imperial territorial del imperio neoasirio, surge, en efecto, y, como consecuencia de esta tendencia, un tratamiento más benigno para los enemigos derrotados. ⁶⁹ En la estela de Hama de Sargón II (ca. 722-05 a. C.) se llega a afirmar así que «6.300 asirios culpables» (¿«opositores»?) fueron «perdonados» por el rey para luego ser deportados y reasentados en Hama. ⁷⁰ En documentos posteriores, Mario Liverani incluso ha detectado la aparición de un término específico (*ahulap*), que expresaría concretamente un deseo real de piedad, de moderar el castigo que los derrotados merecían y de expresar de algún modo el perdón, pero: «El perdón es concedido a los culpables por motivos de conveniencia política, y (una vez más)

65. Josué, 6: 21.

66. Bederman, *International... op. cit.*, 243.

67. Altman, *Tracing... op. cit.*, 177.

68. *2 Chron.* 28: 8-15.

69. M. Liverani, *Assiria. La preistoria dell'imperialismo*, Bari, 2017, 142-8.

70. J. D. Hawkins, "The New Sargon Stele from Hama", en G. Frame (Ed.), *From the Upper Sea to the Lower Sea. Studies on the History of Assyria and Babylonia in Honour of A. K. Grayson*, Leiden, 2004, 151-164, 160.

como síntoma de la dificultad de mantener junto un imperio que quizás había ya superado los límites dimensionales que la tecnología de la época permitía.⁷¹

El caso de la antigua India también presenta cierto interés. Aunque supera el área estricta del Mediterráneo oriental, y su originalidad histórica ha sido construida historiográficamente como un lugar ideológico de prístina «humanidad» en la guerra, quizá como resultado de un nacionalismo indio exacerbado, vale la pena dedicarle, con todo, unas líneas.⁷² Un extenso fragmento atribuido no sin polémica al enviado seléucida a Pataliputra, Megástenes, que se corresponde con el texto de Diodoro Sículo, señala que el diplomático y etnógrafo habría descrito en su obra las restricciones culturales prevalecientes en la guerra india.⁷³ Es un texto bastante famoso. Entre otros aspectos, según Megástenes, los indios habían establecido para sus guerras, de forma colectiva, una limitación de la violencia hacia los campesinos, quienes no participaban directamente en los combates. Esto sería notable porque implicaría el establecimiento de un cierto criterio de «distinción», en sintonía quizá con la terminología internacional moderna del mismo. El *Mahabharata* también señala como pecado matar a alguien que no está directamente involucrado en el combate, así como matar a las personas que huyen o están desarmadas. Este tipo de indicaciones son bastante numerosas, pero es sorprendente, en el caso de los prisioneros, que en el *Mahabharata* se declare expresamente que: «Los enemigos capturados en la guerra no deben ser asesinados, sino que deben ser tratados como los propios hijos».⁷⁴ La antigua India, por lo tanto, proporciona buena evidencia sobre una «humanización» temprana en los conflictos bélicos, sobre el surgimiento de limitaciones concretas a la violencia liberable en la guerra. De mayor interés es que se lo hace de forma independiente de la experiencia griega. En el caso indio antiguo también, sin embargo, según el *Mahabharata*, el vencido se convierte en esclavo del vencedor, y los cautivos tienen la obligación de servir al maestro hasta que este reciba un rescate.

Por lo tanto, sobre la base de esta evidencia, podemos advertir una tendencia que atraviesa diferentes culturas, situadas en momentos y espacios diferentes. La búsqueda de la buena voluntad por parte de las personas vencidas es la razón principal del perdón, y este motivo se complementa estrechamente con el interés económico (para obtener esclavos o mantener perspectivas de rescate). Así, Altman concluye, con respecto a la experiencia oriental de la guerra:

71. Liverani, *Assiria... op. cit.*, 147, 145.

72. Cf. A. L. Basham, *The Wonder that was India: A Survey of the Culture of the Indian Sub-Continent before the coming of the Muslims*, Nueva Delhi, 1981 (1954), 8.

73. FGrHist 715 F4; D. S. 2.35-42. Aunque Diodoro no parece haber utilizado únicamente la *Indikà* de Megástenes, lo que no es tenido en cuenta en los enfoques típicos de la *Quellenforschung*: Ch. Muntz, “Diodorus Siculus and Megasthenes: A Reappraisal”, *CPh*, 107 (1), 2012, 21-37.

74. *Shanti Parva*, 102.32. En: L. R. Penna, “Written and customary provisions relating to the conduct of hostilities and treatment of victims of armed conflicts in ancient India”, *International Review of the Red Cross*, 29 (271), 1989, 333-348, 346.

... el ejército victorioso usualmente evitaba las atrocidades, que incluían la ejecución de la población local. Este comportamiento puede interpretarse como el reflejo de cálculos económicos y consideraciones tácticas y estratégicas, más que como compasión humana.⁷⁵

Al respecto, la cuestión del rescate de prisioneros reviste un interés particular. Ya en el *Código de Hammurabi* 32, se contemplaba específicamente que un ciudadano capturado durante una campaña real en un país extranjero podía ser salvado mediante el pago de un rescate, cuyo monto podía ser adelantado por un mercader en el extranjero.⁷⁶ Una importante carta del rey Hammurabi a Luštamar-Zababa y Belanum, con respecto al rescate de cierto Sin-ana-Damrum-lippalis con fondos pertenecientes al templo de Sin, parece confirmar la historicidad de la práctica más allá del llamado «Código».⁷⁷ En el caso hitita, en Anatolia, los prisioneros podían, en cambio, tener diferentes destinos: ejecución, mutilación, esclavización o reasentamiento.⁷⁸ Pero cobrar un rescate era una práctica bastante frecuente también. Un importante testimonio de un archivo del siglo XIV a.C., hallado en un «palacio» periférico en Mašat-Höyük (al noreste de Hattusas) es revelador sobre el asunto.⁷⁹ Un documento administrativo, que conserva un listado de prisioneros gasga, posiblemente «señores de la guerra» de alto estatus social, enumerados como «rescatados» (a un alto precio, y marcados también como «ciegos»)⁸⁰ El término ŠÁM puede ser, en efecto, «rescate», «equivalente» o «valor de intercambio».⁸¹ Como González Salazar apunta, las vidas de estos individuos no fueron mantenidas solo por razones humanitarias, sino fundamentalmente debido a los beneficios económicos, tales como los que podían provenir del cobro de un rescate.⁸²

Todos estos testimonios nos ayudan a desmitificar la excepcionalidad histórica helénica griega. Los prisioneros en las sociedades del Mediterráneo oriental podrían haber enfrentado destinos muy variados, dependiendo de los tiempos, de los conflictos y de las sociedades. Las circunstancias históricas siempre eran importantes a la hora de decidir el trato que se daría a los prisioneros. Un destino frecuente era la liberación del cautiverio, a través del rescate o simplemente por generosidad real, pero esto solo ocurría si era conveniente para los captores. Ni las razones humanitarias, ni la moralidad estuvieron involucradas en

75. Altman, *Tracing...* *op. cit.*, 213.

76. D. Charpin, “Le prix de rachat des captifs d’après les archives paléo-babyloniennes”, en Z. Csabai (Ed.), *Studies in Economic and Social History of the Ancient Near East in Memory of Péter Vargyas*, Budapest, 2014, 33-70, 49-50

77. *AbB* 9, 32. Citado en: Charpin, “Le prix de rachat...”, *op. cit.*, 50. Un texto más viejo, de la época de Sabium, muestra la intervención del templo de Shamash en Sippar para rescatar a un cautivo: *CT* 6, 40c.

78. J. B. González Salazar, “Víctimas olvidadas. Observaciones sobre el comportamiento de los hititas con sus prisioneros en la frontera centro-septentrional de su Imperio”, *Gerión*, 31, 2013, 15-50, 21-2.

79. González Salazar, “Víctimas olvidadas...” *op. cit.*, 17; G. Del Monte, “I testi amministrativi da Mašat Höyük/Tapika”, *Orientalis Antiqui Miscellanea*, 2, 1995, 89-138.

80. *HKM* 102 [S. Alp, *Hethitische Keilschrifttafeln aus Mašat-Höyük*, Ankara, 1991].

81. Del Monte, “I testi...”, *op. cit.*, 104.

82. González Salazar, “Víctimas olvidadas...”, *op. cit.*, 23-4.

la toma de decisiones, aunque este tipo de consideraciones podrían surgir tangencialmente en algunas circunstancias. Tampoco existían acuerdos jurídicos internacionales al respecto, salvo en casos concretos como la *proxenia* o la *asylia*, que brindaban protección a individuos y ciudades en época clásica y helenística. Las razones mencionadas en los documentos suelen ser invariablemente de orden utilitario, aunque existen textos que justifican esos comportamientos. Esta es la opinión expresada por Volkmann, con respecto a la idea de Kiechle de que la guerra helenística habría tendido a volverse más humana ante la presión de una opinión pública griega profundamente involucrada en moderar la violencia a nivel comunitario pan-helénico. Este artículo se centró más en la dimensión de los beneficios económicos implicados en la decisión de preservar la vida de los prisioneros, pero también consideramos que sería importante explorar en una investigación futura las consideraciones políticas hechas cuando se asumía una actitud moderada: «El rechazo de las mismas a veces puede ser dictado por consideraciones políticas...».⁸³

A modo de cierre

Una tendencia historiográfica en el siglo XX sostuvo que hubo en tiempos helenísticos una invención cultural original de la «humanidad» en la guerra, especialmente en relación con el tratamiento dispensado en los conflictos a los prisioneros y no combatientes. Sin embargo, no se advierte evidencia de peso que respalde esta lectura de una ruptura importante en la práctica de la guerra en tiempos helenísticos, al menos, una vez que somos capaces de insertar las prácticas históricas cuidadosamente dentro de un contexto histórico mediterráneo más amplio. La debilidad de este paradigma historiográfico depende, en última instancia, de su base empírica sesgada. En primer lugar, generalmente se echa en falta una comparación necesaria con otras experiencias históricas. Descontextualizado, el mundo helenístico puede aislarse y construirse como «moderno» y «occidental». Aunque no se atestigüe la existencia de un sistema legal internacional formal durante la antigüedad, se advierte frecuentemente una fuerte capacidad para ejercer presión a fin de detener, o inhibir esporádicamente, las atrocidades resultantes de la guerra por parte de la opinión pública griega. El mito de los orígenes, tan querido por la historiografía eurocéntrica, fortalece así uno de sus postulados centrales: el desarrollo histórico unilineal occidental, en el que Grecia antigua resulta anexada intelectualmente a una experiencia cultural europea progresiva particularista y con pretensión universalizadora. En segundo lugar, surge un contraste absoluto entre la guerra helenística y la romana en esta tendencia historiográfica. La «brutalidad» romana excepcional se convierte en el foco de un nuevo contagio y degradación moral para los griegos helenísticos, como es particularmente claro en el caso de la obra de Tarn. Pero las conclusiones extraídas *ex silentio* pueden a veces ser un poco arriesgadas. Para Ducrey, en efecto, hubo un choque entre dos formas de concebir la guerra: «La potencia romana, por el contrario, hacía de la

83. Volkmann, *Die Massenversklavungen ... op. cit.*, 10.

fuerza un uso metódico, sin obstruirse por los arreglos que los griegos tenían la costumbre de concluir entre ellos. Unos eran aficionados de la guerra, los otros, profesionales».⁸⁴

Pero esta tesis se basa en muy pocos testimonios documentales: el comportamiento de P. Sulpicio Galba en Egina, el saqueo de Epiro por L. Emilio Paulo y la destrucción de Corinto por L. Mumio. Sin embargo, los tres eventos provienen directa, o indirectamente, de la misma tradición histórica, que se vincula a las *Historias* de Polibio.⁸⁵ Entonces, se puede percibir un verdadero problema con respecto a las fuentes del período y su correcta interpretación. La «humanización» de la guerra helenística, basada en la ausencia de la esclavitud masiva urbana griega durante la mayor parte del siglo III a.C., tal vez, podría entenderse mejor como la consecuencia de la ausencia de una narrativa histórica antigua capaz de informarnos sobre la historia de la época. Siempre es una tentación extrapolar situaciones desde finales del siglo III o II hasta los primeros tres cuartos del siglo III a.C., que están tan mal documentados, pero aún más peligroso es suponer lo improbable, es decir, que la brutalidad de finales del siglo III a.C. pueda ser interpretada como una reinención romana. Polibio, que reconoció que la guerra helenística era bastante brutal, se habría sorprendido con una declaración tan «moderna». El historiador aqueo había narrado con naturalidad la esclavitud en masa impuesta a las ciudades de Lito y Mantinea, y había descripto esas acciones como «de acuerdo con los usos de la guerra (*katà tous tòu polémou nómous*)».⁸⁶ Podríamos, por lo tanto, pensar que una imagen de violencia romana excepcional se encontraba ya delineada en las *Historias*. En su libro I, en efecto, Polibio observa que la violencia es una característica típica de los romanos, que los distingue de otros pueblos (es decir, de los griegos).⁸⁷

La tesis moderna de la «humanización» en la guerra helenística propone una comprensión del fenómeno equivocada, puesto que busca acentuar fuertemente el excepcionalismo romano. Guerra, imperialismo y brutalidad militar, como nuevas fuerzas tentaculares que se expanden desde el centro de Italia hacia el resto del Mediterráneo, provocan en la imaginación historiográfica de las entreguerras el fin de experiencias e ideas ejemplares con respecto a las posibilidades de una guerra más humana en el área del Egeo. Sin embargo, esta estructura intelectual se sustenta sobre un vacío de fuentes. No se conserva, en efecto, ningún relato histórico continuo después de la fragmentación del libro XX de Diodoro. De todos modos, no puede hacerse a un lado el hecho de que las noticias sobre el saqueo de Mantinea nos llegaron solo gracias a un fragmento de Filarco, que se conservó justamente porque Polibio decidió citarlo en un pasaje de naturaleza polémica porque ponía en evidencia la brutalidad de aqueos y macedonios en aquella oportunidad. Allí, se nos permite vislumbrar nuevamente la brutalidad helenística, dando cierre a casi un siglo de sombras, aunque se lo hace para moderar la violencia de este acto. Si confiamos en el historiador aqueo, el saqueo de ciudades, el asesinato de hombres y la esclavización de mujeres y niños eran prácticas todavía frecuentes

84. Ducrey, *Le traitement... op. cit.*, 339.

85. Ducrey, *Le traitement... op. cit.*, 338-39.

86. Plb. 2.58.10; 4.54.2.

87. Plb. 1.37.7.

en el siglo III a.C. (como lo habían sido antes). Por lo tanto, nada excepcional habrían llevado a cabo aqueos y macedonios en Mantinea. De hecho, si llegaba a seguirse otro tipo de comportamiento durante la conquista de una ciudad, ya sea en Grecia, Roma o en el resto del Mediterráneo oriental, es decir, si los prisioneros conseguían ser liberados, los motivos de esta decisión deben buscarse en el campo de los beneficios económicos, cuando no en el de los fríos cálculos políticos, que nos ayudan a explicar mejor esa actitud moderada.⁸⁸

Un cretense de Anópolis afirmaba, o mejor dicho su familia, en un breve epitafio su orgullo cívico por haber evitado con su propia lanza la esclavitud de su ciudad, amenazada por sus vecinos.⁸⁹ Este ciudadano no parece haber confiado tanto en la humanización de la guerra helenística como lo hicieron los historiadores europeos en la primera mitad del siglo XX. Pero no debemos caer, sin embargo, en la posición opuesta, es decir, la de exagerar la brutalidad general. Ciertamente, los Estados helenísticos actuaron de acuerdo con un código de conducta relativamente laxo establecido no por el pensamiento consciente, sino por acciones acumulativas que generaban una historia y unas expectativas razonables, una suerte de *habitus* que limitaba los riesgos en un mundo muy agresivo. En consecuencia, se esperaba un cierto grado de violencia en una batalla entre griegos, aunque estos se consideraran entre ellos cada vez más como formando parte de una misma comunidad. Después de todo, los griegos helenísticos estaban vinculados por el lenguaje, las costumbres y los dioses, como Heródoto había declarado (y aún no por el criterio de la «sangre común», que empezaría a ser central en época altoimperial). Magnesia y Mileto, por ejemplo, después de una guerra fronteriza, resolvieron sus diferencias a través del arbitraje y se intercambiaron mutuamente sus prisioneros de guerra. Era un tratado entre dos ciudades vecinas estrechamente vinculadas, pero aun así es significativo, puesto que sugiere la posibilidad concreta de reconciliación por medio de la moderación y el reconocimiento mutuo entre comunidades de pares.⁹⁰ Junto con este tipo de evidencia, la conquista y el saqueo de Mantinea, y la subsiguiente esclavitud de su población, también deben tenerse en cuenta. Además, la existencia de un juramento efímero, como el de la ciudad cretense de Dreros, en el que se hacía a los jóvenes jurar lealtad a la ciudad, prometer nunca estar bien dispuestos para con sus vecinos de Lito y comprometerse, en consecuencia, a hacerles siempre todo el daño que pudieran, no puede pasarse por alto.⁹¹

Lo que he tratado de mostrar es que en tiempos helenísticos nos enfrentamos a la misma diversidad de prácticas y concepciones que podemos encontrar a través de toda la historia griega, desde Homero en adelante, y que las experiencias de la humanidad (o brutalidad) en el tratamiento de prisioneros de guerra y de los no combatientes, en general, deben ser despojadas de su excepcionalidad para que podamos ubicarlas en el contexto histórico más

88. Como Volkmann concluye: «Como nuestro estudio mostró, la esclavización en masa tuvo lugar de forma más o menos frecuente durante todos los siglos de la Antigüedad»: *Die Massenversklavungen... op. cit.*, 71.

89. SEG 8.269; Ma, «Fighting...», *op. cit.*, 352.

90. Ma, «Fighting poleis...», *op. cit.*, 354.

91. M. Austin, *The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest. A Selection of Ancient Sources in Translation*, Cambridge, 2006, n° 109, l. 40-4.

amplio de la guerra en el Mediterráneo oriental. De esta manera, quizás, seremos capaces de deconstruir un aspecto central de la imagen ejemplar de Grecia antigua construida por enfoques eurocéntricos entre los siglos XVIII y XIX.

SENSORY STUDIES AND THE MIDDLE AGES:
HISTORIOGRAPHICAL QUESTIONS, CHALLENGES AND
PROJECTIONS

Los estudios sensoriales y la Edad Media: planteos historiográficos, desafíos y proyecciones

Gisela Coronado Schwindt

Universidad Nacional de Mar del Plata - CONICET

coronadogisela@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0001-8858-0406>

Fecha recepción: 18.06.2019 / Fecha aceptación: 20.01.2020

Resumen

En los últimos años, investigadores de diversos campos disciplinares se propusieron comprender y explicar el modo en que las percepciones sensoriales intervenían en la configuración de la dinámica social a lo largo del tiempo. En el plano historiográfico, la Historia de los sentidos permite realizar una nueva lectura de la documentación disponible, estudiando para cada época los registros sensoriales que transmiten las fuentes y la red de relaciones diná-

Abstract

In the last few years, researchers from various disciplinary fields have set out to understand and explain how sensory perceptions have intervened in shaping social dynamics over time. On a historiographical level, a history of the senses facilitates a new reading of the available documentation, studying the sensory perceptions recorded in the sources for each period and the network of dynamic relationships into which they are inserted.

* Este artículo ha sido realizado gracias a la participación de la autora en el proyecto de investigación “La Edad Media a través de los sentidos (I)” Subsidio HUM639/19 código de incentivo 15/F701, financiado por la Universidad Nacional de Mar del plata, República Argentina.

micas en las que se insertan. Esta perspectiva no es simplemente un intento por reconstruir la variedad de percepciones sensoriales y su transformación de un período a otro o de una cultura a otra, sino que busca establecer la íntima conexión que existe entre una formación sensorial y los modos en que contribuye a interpretar la realidad y codificarla.

En este trabajo, nuestro objetivo general será analizar la conformación del campo de los estudios sensoriales y, en particular, abordaremos el desarrollo de la Historia de los sentidos en la Edad Media. Esto nos permitirá reconstruir la trayectoria de un problema historiográfico destacando las contribuciones teóricas y metodológicas desarrolladas por diversos autores. El propósito enunciado supone realizar una puesta a punto de los avances de esta perspectiva analítica que se proyecta en el tiempo, no exenta de dificultades y de peligros, despertando el ingenio de quienes asumen el desafío de traducir las marcas sensoriales que están impresas en todo registro material del pasado. En efecto, consideramos que la Historia de los sentidos se consolida como una línea de investigación de peso propio dentro del mundo académico que tiene una metodología particular, una vasta variedad de publicaciones y una comunidad internacional activa de especialistas que recuperan los valores de la interdisciplinariedad y el trabajo colaborativo.

Palabras clave

Edad Media – Historia de los sentidos – Historiografía

This approach not only attempts to reconstruct the variety of sensory perceptions and how they change from one period to another or from one culture to another, but also seeks to establish the intimate connection that exists between sensory formation and the ways in which this contributes to interpret and decode reality.

In this article, my general goal will be to analyse the configuration of the field of sensory studies, and in particular, I shall address the development of a sensory history of the Middle Ages. This will enable a reconstruction of the trajectory of a historiographical question by highlighting theoretical and methodological contributions by various authors. My intention is to provide an update on the progress of this analytical perspective over time, which although not without its difficulties and dangers, has awakened the ingenuity of those who take on the challenge of interpreting the sensory imprints that have left their mark on all records of the past. Indeed, I contend that sensory history is a consolidated area of research in the academic world, with a particular methodology, a wide variety of publications and an active international community of scholars who have revived the values of interdisciplinary and collaborative work.

Keywords

Middle Ages – Sensory History - Historiography

Introducción

La ciencia histórica ha demostrado un interés constante por explorar nuevos campos de estudio que abarquen y comprendan las múltiples manifestaciones culturales¹ de las sociedades a lo largo del tiempo². Los historiadores, poco a poco, reconocieron que los sentidos, además de ser dotaciones corpóreas, poseen una importancia decisiva en el modo en que las personas perciben su mundo, constituyéndose en una vía de acceso a las elaboraciones perceptivas e intelectuales de la cultura. En opinión de Martín Jay, lo interesante de este tipo de abordajes «es, por supuesto, su compleja interacción a lo largo del tiempo lo que nos permite comprender que ni el sentido de los sentidos ni el sentido producido por los sentidos es invariable»³. La intención de posicionar a las percepciones sensoriales como medios válidos de conocimiento para las ciencias sociales⁴, originó la construcción de los llamados “estudios sensoriales” que tienen en la historiografía un desarrollo propio conocido como “Historia de los sentidos”. Este campo ha estimulado la elaboración de un enfo-

1. En palabras de Peter Burke: «We seem to be living in an age of “turns”, in historical thought and beyond. Famous turns such as the social turn, the linguistic turn and the cultural turn, all located in the later 20th century, have been followed more recently by the global turn, the affective or emotional turn, the material turn, the cognitive turn, the spatial turn, and a number of others» (Parece que estamos viviendo en una era de “giros”, en el pensamiento histórico y más allá. Los giros famosos como el giro social, el giro lingüístico y el cultural, todos ubicados a fines del siglo XX, han sido seguidos más recientemente por el giro global, el giro afectivo o emocional, el giro material, el giro cognitivo, el espacial a su vez, y una serie de otros), P. Burke, “Writing history in the 21st century: challenges and responses”, *Historia* 396, 8, 2, 2018, 13. Traducción nuestra.

2. J. Serna y A. Pons, *La Historia Cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, 2013, 5-14; P. Burke, *¿Qué es la historia cultura?*, Barcelona, 2006; J. P. Rioux y J. F. Sirinelli, *Para una Historia Cultural*, Madrid, 1997, 1-23.

3. «It is, of course, their complex interaction over time that allows us to understand that neither the sense of the senses nor the sense produced by the senses is invariant», M. Jay, “The Senses in History. In the Realm of the Senses: An Introduction”, *The American Historical Review*, 116, 2, 2011, 307.

4. D. Howes, “Senses, Anthropology of the”, en J. D. Wright (Ed.), *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, Vol. 21, Oxford, 2015, 615-620.

que multidisciplinario, planteando un «uso sistemático de los sentidos como herramienta metodológica y/o como objeto de estudio y reflexión»⁵.

La Historia de los sentidos permite realizar una nueva lectura de la documentación disponible, estudiando para cada época los registros sensoriales que transmiten las fuentes y la red de relaciones dinámicas en las que se insertan. Esta perspectiva no es simplemente un intento por reconstruir la variedad de percepciones sensoriales y su transformación de un período a otro o de una cultura a otra, sino que busca establecer la íntima conexión que existe entre una formación sensorial y los modos en que contribuye a interpretar la realidad y codificarla⁶. Se trata ante todo, en opinión de Daniela Hacke y Paul Musselwhite, de un amplio marco de análisis «porque los sentidos pueden interactuar y surgir de contextos diferentes y abarcar múltiples significados; los modos de percepción sensorial que se cruzan pueden superponerse y vincularse a construcciones culturales, políticas y sociales particulares, generando lo que los académicos han denominado “paisajes sensoriales”»⁷.

En este trabajo, nuestro objetivo general será analizar la conformación del campo de los estudios sensoriales y, en particular, abordaremos el desarrollo de la Historia de los sentidos en la época medieval. Esto nos permitirá reconstruir la trayectoria de un problema historiográfico destacando las contribuciones teóricas y metodológicas desarrolladas por diversos autores. El propósito enunciado supone realizar una puesta a punto de los avances de esta perspectiva analítica que se proyecta en el tiempo, no exenta de dificultades y de peligros, despertando el ingenio de quienes asumen el desafío de traducir las marcas sensoriales que están impresas en todo registro material del pasado. En efecto, sostendremos que la Historia de los sentidos se consolida como una línea de investigación de peso propio dentro del mundo académico que tiene una metodología particular, una vasta variedad publicaciones y una comunidad internacional activa de especialistas que recuperan los valores de la interdisciplinariedad y el trabajo colaborativo.

Precursores y constructores del campo sensorial en la historia y las ciencias sociales

A fines del siglo XIX, los estudios sobre los sentimientos y las emociones de los sujetos comenzaron a ser considerados como una posible vía de exploración a raíz de los procesos y

5. A. L. Domínguez y A. Ziri6n, “Introducci6n al estudio de los sentidos”, en A. L. Domínguez y A. Ziri6n (Coord.), *La dimensi6n sensorial de la cultura. Diez contribuciones al estudio de los sentidos en M6xico*, M6xico, 2017, 9.

6. C. Classen, *Worlds of Sense: Exploring the Senses in History and across Cultures*, London, 1993, 50.

7. «Because senses can interact and arise from distinctly different contexts and cover multiple meanings; intersecting modes of sensory perception can overlap and become bound to particular cultural, political, and social constructs – generating what scholars have termed “sensescapes”», D. Hacke y P. Musselwhite, “Introduction: Making Sense of Colonial Encounters and New Worlds”, en D. Hacke y P. Musselwhite (ed.), *Empire of the Senses. Sensory Practices of Colonialism in Early America*, Leiden-Boston, 2017, 9.

acontecimientos sociales y políticos acaecidos a finales de la citada centuria y comienzos de la siguiente⁸. El inicio de la Gran Guerra y la crisis que produjo la pugna colonialista pusieron en tensión la idea del progreso indefinido de la historia⁹ y esto se tradujo en un cambio en la filosofía de las ciencias sociales. Estos procesos promovieron la elaboración de originales concepciones epistemológicas y la formulación de nuevas preguntas sobre las sociedades pasadas. Con esa ampliación llegó la necesidad de recurrir a otros registros más allá de los documentos producidos en el seno del poder. La multiplicación de los temas de investigación hizo necesaria la búsqueda de herramientas analíticas y conceptuales en otras ciencias sociales para comprender problemas de diversa índole.

En el marco de estos cambios, Johan Huizinga fue uno de los primeros historiadores en alertar sobre el perjuicio que representaba buscar sólo en los documentos oficiales los indicios necesarios para la construcción de la narrativa histórica, desestimando el empleo de otras fuentes que permitirían la comprensión de los distintos «tonos de vida». Su interés se centró en las distintas apariencias sensitivas de la sociedad del medioevo y el Renacimiento¹⁰, las cuales le posibilitaron construir un discurso sobre la sensibilidad en la Baja Edad Media. Para el autor, la extrema sensibilidad de esta época alcanzó su grado máximo en el arte rena-

8. J. Plamper, *The History of Emotions. An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2015, 8. Los historiadores europeos destacaron los componentes emocionales en las ideas románticas sobre las “naciones”, caracterizadas cada una de ellas con una forma colectiva de sentimiento, J. Plamper, “L’histoire des émotions”, en C. Granger (Ed.), *À quoi pensent les historiens? Faire de l’histoire au XXIe siècle*, Paris, 2013, 225-249.

9. En los inicios del siglo XIX, la Historia comenzó el camino hacia su profesionalización, colocándose a la par de las ciencias duras y experimentales. Su concepción de los tiempos pasados se centró en una historia razonada y documentada, desprendida de toda subjetividad del historiador, girando en torno a la búsqueda exhaustiva de documentos, materiales a los que era necesario someter a un proceso de verificación, autenticación y comparación, bases epistemológicas y metodológicas de la narración histórica, E. Moradiellos, *El oficio del historiador*, Madrid, 1994, 33. Esta noción empirista de la práctica historiográfica, cuyos iniciadores más reconocidos fueron Georg Niebuhr y Leopold von Ranke, fue la base del Historicismo y su perspectiva de que los acontecimientos pasados eran únicos e irrepetibles y su comprensión derivaba de la consideración de los propios contextos históricos. El interés de estos historiadores decimonónicos estuvo centrado entonces en el relato y los acontecimientos políticos y militares, fomentando una historia política al servicio de los poderes legitimados de los Estados Nacionales, J. Casanova Julián, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Barcelona, 2003, 45-49. En este escenario historiográfico irrumpieron, hacia mediados del siglo XIX, las ideas de Karl Marx y su “filosofía materialista de implantación política y vocación revolucionaria”, Moradiellos, *El oficio del historiador... op. cit.*, 39, proyectando una nueva forma de concebir los tiempos pretéritos. La concepción materialista de la historia pondera las condiciones de existencia en la determinación de la conciencia, aspirando a explicar el proceso de producción material y las relaciones sociales que estructuran al hombre en sociedad. Las causas fundamentales del cambio histórico están en las tensiones existentes en el seno de las estructuras sociales y económicas.

10. J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid, 1994 [1919].

centista, al ser el resultado de la interacción entre los elementos de los cinco sentidos (colores, aromas, sonidos, gustos y texturas) y la búsqueda de un ideal de belleza¹¹.

Los antecedentes citados advirtieron sobre un campo inexplorado, difícil de asir y que proporcionaba argumentos para expresar la insatisfacción de los investigadores con la materia general del trabajo del historiador. Una respuesta a esta situación provino de la reacción que protagonizaron los historiadores franceses reunidos en torno a la publicación de *Annales*. Sus fundadores, Marc Bloch y Lucien Febvre, se propusieron ofrecer una alternativa a la práctica historiográfica dominante, ampliando el campo de trabajo, presentando nuevos temas de indagación y ensayando la aplicación de métodos aportados por otras disciplinas sociales¹².

Lucien Febvre fue el primero que se interesó, de forma categórica, por la dimensión sensible de la existencia humana. En efecto, participó activamente en el desarrollo de una concepción de la historia que estaría luego en el origen de los estudios sensoriales. Febvre logró colocar a los sentimientos (sensibilidad) y a las emociones en la escena historiográfica de su tiempo en un artículo publicado en el año 1941 titulado *La sensibilité et l'histoire: Comment reconstituer la vie affective d'autrefois?* Allí identificó los dispositivos que operaban en la generación de las relaciones interpersonales. En dicho artículo, concibió a las emociones como un sistema de incentivos interindividuales que se diversificaban a través de determinadas situaciones y circunstancias, modificando al mismo tiempo las reacciones y la sensibilidad de los individuos con los que interactuaban. Febvre reveló la multiplicidad de definiciones de sensibilidad y de emoción que podían considerarse y apeló a la psicología histórica para abordar el problema que suponía explicar esas variaciones. Para el autor, el lenguaje escrito y oral permitía establecer que las emociones no eran meras reacciones automáticas del cuerpo a las tensiones del mundo exterior, sino que involucraban complejos procesos cognoscitivos y culturales¹³.

Ante los cuestionamientos sobre la legitimidad de este nuevo objeto de estudio, Febvre argumentó que éste ya se incluía en la narrativa histórica pero de forma inconsciente y anacrónica, imponiendo el historiador registros emocionales de su tiempo a épocas anteriores. Al respecto, declaró que «la verdad es que pretender reconstruir la vida afectiva de una época determinada es a la vez una tarea extremadamente atractiva y extremadamente difícil [que] el historiador no tiene el derecho de abandonar»¹⁴. De esta forma, las emociones fueron concebidas como construcciones culturales. Febvre participó así en la construcción de la Histo-

11. Para un análisis amplio de la veta sensitiva de este historiador, véase F. Ankersmit, “Huizinga on Historical Experience”, en D. Howes (ed.), *Senses and Sensation. Critical and Primary Sources*, Vol. 2: History and Sociology, London, 2018, 23-38.

12. C. A. Aguirre Rojas, *La “Escuela” de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, México, 2005.

13. L. Febvre, “La sensibilité et l'histoire: Comment reconstituer la vie affective d'autrefois?”, *Annales d'histoire sociale*, 3, 1-2, 1941, 7.

14. «Le vrai, c'est que, prétendre reconstituer la vie affective d'une époque donnée, c'est une tâche á la fois extrêmement séduisante et affreusement difficile [quoi] l'historien n'a pas le droit de désertar», Febvre, “La sensibilité et l'histoire...”, *op. cit.*, 12. Traducción propia.

ria de las emociones, perspectiva interesada en el estudio de las experiencias afectivas y emocionales del pasado¹⁵ que contribuiría, de manera decisiva, a la historización de los sentidos¹⁶.

Las contribuciones de Huizinga y Febvre reconocieron la trascendencia de la materia sensible para el conocimiento de la historia. Este posicionamiento puede ser atribuido, en la medida en que ‘toda historia es historia contemporánea’ según Benedetto Croce¹⁷, al contexto histórico en el que vivieron estos investigadores. De alguna manera se vieron compelidos a pensar en la naturaleza de las motivaciones humanas y en las relaciones sociales en plena transformación, en una generación que conoció y sufrió en carne propia las consecuencias de los conflictos bélicos y el trauma de los totalitarismos.

En definitiva, las primeras décadas del siglo XX fueron decisivas para la creación de las condiciones epistemológicas que hicieron posible el surgimiento de una historia de los sentidos en ciernes y que se consolidaría varias décadas más tarde. Este hecho no nos debe impulsar a pensar en que la materia sensible fue ignorada por el resto de los historiadores sino que, por el contrario, fue tratada en el concierto de inquietudes más generales asociadas, por ejemplo, a las mentalidades. Recién en la segunda mitad del siglo XX, se proyectó estudiar de forma específica la interacción de los sentidos entre sí y la intervención del universo sensorial en la construcción de una cultura particular y las posibilidades que brinda para interpretarla.

En los años sesenta y setenta del siglo pasado, se llevaron a cabo numerosos estudios antropológicos que constituyeron los fundamentos teórico-metodológicos de la Historia de los sentidos¹⁸ al desnaturalizar la idea de que los sentidos sólo se constituyen como respuesta

15. Esta perspectiva historiográfica ha tenido un gran avance en la segunda mitad del siglo XX, inaugurando un campo de estudio interesante que se nutre de diversas disciplinas sociales. Para estudios actuales véanse los trabajos de J. Plamper, “Historia de las emociones: caminos y retos”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36, 2014, 17-29; J. Moscoso, “La historia de las emociones, ¿de qué es historia?”, *Revista Vínculos de Historia*, 4, 2015, 28-40; M. Bjerg, “Una genealogía de la historia de las emociones”, *Quinto Sol*, 23, 1, 2018, 1-20; R. Boddice, *The History of Emotions*, Manchester, 2018. Una obra de referencia imprescindible es la publicada por Barbara Rosenwein y Riccardo Cristiani donde exponen de forma clara y concisa los enfoques, debates y tendencias pasadas y actuales en la Historia de las emociones y sus principales iniciativas actuales en el campo emocional, B. Rosenwein y R. Cristiani, *What is the History of Emotions? (What Is History?)*, Cambridge, 2018. A comienzo de 2019, se publicó la colección *A Cultural History of the Emotions* editada por Bloomsbury Academic y bajo la dirección de Susan Broomhall, Jane W. Davidson y Andrew Lynch, cuyos objetivos son explorar cómo las emociones han cambiado a lo largo de la historia, como así también cómo han creado y cambiado la historia. A lo largo de sus seis volúmenes (cada uno dedicado a una época histórica, desde la Antigüedad hasta la actualidad) se manifiesta cómo las emociones pueden ofrecer una visión única del pensamiento histórico. Para el caso medieval, se destacan las obras de B. H. Rosenwein, *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca, Cornell University Press, 2006; D. Bouquet y P. Nagy, *Sensible Moyen Âge. Une histoire des émotions dans l’Occident médiéval*, Paris, 2015.

16. A. Corbin, “Charting the Cultural History of the Senses”, en D. Howes (Ed.), *Empire of the Senses. The Sensual Culture Reader*, Oxford-New York, 2005, 128.

17. R. G., Collingwood, *Idea de la historia*, México, 1996, 198.

18. Los investigadores de esta corriente han polemizado sobre las categorías de “Historia de los sentidos” e “Historia sensorial” que utiliza la comunidad académica. Para Mark Smith, ambas acepciones no involu-

fisiológica del medio¹⁹. En efecto, plantearon que estos surgen ante todo «de una orientación cultural que deja margen a la sensibilidad individual»²⁰. La antropología proporcionó al historiador una forma para abordar las relaciones de los seres humanos en las múltiples sociedades, con el hecho de ver, oler, gustar, oír y tocar. Para lograr aprehender el funcionamiento de las relaciones sensoriales al interior de las dinámicas sociales, el antropólogo «deconstruye la evidencia social de sus propios sentidos y se abre a otras culturas sensoriales, a otras maneras de sentir el mundo»²¹, observando la manera en que varía la configuración de la experiencia sensorial entre las distintas culturas, según el significado relacionado con cada uno de los sentidos y la importancia que se le confiere. De esta manera, analiza la función de los olores, los gustos, las percepciones visuales, táctiles y auditivas como claves esenciales para entender la manera en que una sociedad crea y plasma un mundo con sentido.

En la década de los ochenta, las percepciones sensoriales se convirtieron en un objeto de estudio delimitado para la historia y la antropología²², gracias a los intercambios de conceptos, propuestas y marcos teóricos compartidos entre estas dos disciplinas. El historiador francés Alain Corbin fue el primero en plantear, de forma consciente y sistemática, un análisis sensorial del pasado procurando aprehender la experiencia olfativa y comprender las representaciones que constituyen el imaginario social, así como también las variaciones y desplazamientos de sentido atribuidos a lo sensorial.

Este propósito lo concretó en su obra titulada *Le miasme et la jonquille: L'odorat et l'imaginaire social, XVIIIe-XIXe siècles*²³, donde trazó una historia de la percepción olfativa, analizando los modos de percepción, las sensibilidades, el simbolismo de los olores y las prácticas higiénicas en Francia durante el XIX. Aspectos que tienen, según el autor, una historicidad y que intermediaron en la formación de las estructuras sociales y en el control sobre

cran iguales significados. M. Smith, "Producing sense, consuming sense, making sense: perils and prospects for Sensory History", *Journal of Social History*, 40, 2007, 841-858. La Historia de los sentidos se aproxima a los sentidos en forma individual explorando sus características principales y desarrollando un camino hacia una historia sensorial. Esta última, por el contrario, tiene una visión ecuménica, buscando la intervención de los sentidos en su conjunto en la construcción social y cultural en el pasado. Se ocupa de dilucidar la forma en que la gente pensaba a los sentidos y el procesamiento cognitivo de sus percepciones sensoriales teniendo en cuenta el contexto social y cultural.

19. Al respecto, se pueden citar los trabajos de M. McLuhan, *The Gutenberg Galaxy*, Toronto, 1964; W. Ong, "World as View and World as Event", *American Anthropologist*, 71, 1969, 634-647; W. Ong, *Orality and Literacy*, New York, 1982; E. Carpenter, *Oh, What a Blow that Phantom Gave Me!*, Toronto, 1972; C. Lévi-Strauss, *The Savage Mind*, Chicago, 1966; C. Lévi-Strauss, *The Raw and the Cooked: Introduction to a Science of Mythology*, vol. 1, New York, 1969.

20. D. Le Breton, *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*, Buenos Aires, 2007, 13.

21. Le Breton, *El sabor del mundo...*, *op. cit.*, 16.

22. Para un análisis de las tres genealogías sensoriales dentro de esta ciencia, véase T. Porcello, L. Meintjes, A. M. Ochoa, and D. W. Samuels, "The Reorganization of the Sensory World", *Annual Review of Anthropology*, 39, 2010, 51-66.

23. A. Corbin, *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social, siglo XVIII y XIX*, México, 1987 [1982].

los cuerpos²⁴. Para Corbin, «La historia social, respetuosa de los humildes, pero durante muy largo tiempo sorda a la expresión de sus afectos, no debe ya callar las reacciones primarias, así éstas fuesen sórdidas, con el pretexto de que la antropología delirante de la era darwiniana había pervertido el análisis»²⁵. Con ello, el autor exhortó a los historiadores a examinar a las percepciones en relación al modo en que intervienen en la disposición de las jerarquías sociales, tal como observó en la sociedad francesa donde los olores determinaron la posición social de los sujetos en el imaginario colectivo.

Distintos investigadores se hicieron eco de este desafío, pero en nuestra opinión, fueron dos de ellos en particular los que marcaron el camino de los estudios sensoriales: C. Classen y D. Howes. Sus trabajos se convirtieron en la materia prima indispensable de la reflexión teórica y metodológica sobre el tema, proporcionando herramientas imprescindibles para cualquier historiador que tenga intenciones de iniciarse en este campo.

Constance Classen fue una de las primeras estudiosas en plantear la discusión sobre la dimensión intercultural de algunos de los aspectos sociales de la percepción y las prácticas sensoriales. En sus primeros trabajos, expuso cómo el olor se convirtió en un marcador de identidad social y cultural en la sociedad norteamericana al analizar el modo en que se transformó en un dispositivo que empleaban los grupos dominantes (blancos) para afirmar su posición frente a la población subalterna²⁶. El interés de la autora por el sentido del olfato continuó en otras dos publicaciones en las que abordó las distintas significaciones atribuidas a los olores en diversas configuraciones sociales²⁷. Asimismo, avanzó en el examen de las prácticas y las percepciones táctiles y puso especial atención en descifrar cómo sus significaciones mutaron en la transición de una cultura premoderna hacia una cultura moderna del sentido visual²⁸. En relación con ello, en su trabajo *The Color of Angels: Cosmology, Gender and the Aesthetic Imagination*²⁹, Classen indagó sobre la relación de los sentidos (principalmente la vista y los colores) y las visiones religiosas sensuales desde la Edad Media hasta el siglo XIX.

El desafío de todo análisis sensorial está en superar la mera identificación y descripción de las percepciones. El resultado final al que debería aspirar este abordaje es un análisis holístico de las relaciones que se establecen entre los sentidos, en pos de la explicación de su intervención en la aprehensión del mundo por parte de los sujetos. Este reto

24. Este proceso disciplinario fue abordado por Norbert Elias en la década de los años treinta del siglo XX al analizar la evolución de las costumbres y de los comportamientos a partir del renacimiento. A través de ello, propuso una visión de conjunto de los cambios sociales y culturales que se produjeron en la sociedad cortesana, desarrollando una teoría del proceso de civilización y la sociología figurativa, N. Elias, *La sociedad cortesana*, México, 1996 [1969]; N. Elias, *El proceso de civilización*, Madrid, 2011 [1939].

25. Corbin, *El perfume o el miasma...*, op. cit., 249.

26. C. Classen, "The Odor of the Other: Olfactory Symbolism and Cultural Categories", *Ethos*, 20, 2, 1992, 133-166.

27. C. Classen, *Worlds of Sense...* op. cit; C. Classen, D. Howes y A. Synnott, *Aroma: The cultural history of smell*, New York, 1994.

28. C. Classen, *The Book of Touch*, Oxford, Berg, 2005; C. Classen, *The Deepest Sense: A Cultural History of Touch*, Champaign, 2012.

29. C. Classen, *The Color of Angels: Cosmology, Gender and the Aesthetic Imagination*, London, 1998.

fue asumido por Classen en su obra *Inca Cosmology and the Human Body*³⁰, donde analizó la forma en que la sociedad incaica generó sentidos sobre el mundo en que vivía por medio de metáforas y prácticas corporales y sensoriales en los tiempos de la conquista española. El andamiaje teórico y metodológico necesario para ello fue construido por la autora a través de la exploración de una serie de modelos y prácticas basadas en las significaciones que los sentidos poseían en disímiles culturas.

Gracias a estos trabajos, Classen formuló una crítica que la distanció de los trabajos científicos que le precedían y trazó el camino para una nueva forma de emprender el estudio de los sentidos. En efecto, consideró que era necesario establecer la vinculación de todos los sentidos que una cultura define y experimenta más allá de la importancia decisiva otorgada a cada uno de ellos frente al resto. De esta manera, estimuló el estudio global de los sentidos y la interrelación que se establece entre éstos, los individuos y la sociedad destacando que cualquier escisión que pudiera realizar el investigador era meramente analítica.

Por su parte, David Howes comenzó su incursión en el campo de la Historia de los sentidos analizando las metáforas gustativas y olfativas utilizadas por los intelectuales europeos del siglo XVIII para dar cuenta de las tensiones y las diferencias sociales de su época³¹. En sus investigaciones, Howes propuso un examen global de los sentidos y desarrolló los parámetros y criterios que, en su opinión, debían seguirse para aplicar un método comparativo con el objetivo de destacar los contrastes entre los órdenes sensibles de las distintas culturas³².

La particularidad de estas pesquisas es el trabajo interdisciplinario que llevan a cabo sus autores, no sólo como un anhelo o una meta posible, sino como resultado tangible que se expone en publicaciones colectivas que recogen distintas corrientes historiográficas y categorías analíticas. Una de las primeras iniciativas editoriales que demuestra este proyecto estuvo a cargo de Constance Classen, David Howes y Anthony Synnott³³. Se trató de la primera exploración sobre la función cultural de los olores en diferentes períodos de la historia de Occidente y una amplia gama de sociedades no occidentales. A lo largo de sus páginas, las contribuciones plantearon el análisis de una gran variedad de fuentes y, en consecuencia, una explicación histórica y transcultural de las creencias y prácticas en materia del olfato. Este libro atestiguó que toda sensación se constituye en un elemento cultural por el cual se difunden los valores y prácticas de una sociedad y se estructuran los roles sociales que desempeñan los sujetos³⁴.

30. C. Classen, *Inca Cosmology and the Human Bod*, Salt Lake City, 1993.

31. D. Howes y M. Lalonde, "The history of sensibilities: of the standard of taste in mid-eighteenth century England and the circulation of smells in post-revolutionary France", *Dialectical Anthropology*, 16, 1991, 125-135.

32. D. Howes, *The Varieties of Sensory Experience*, Toronto, 1991; D. Howes, *Sensual Relations: Engaging the Senses in Culture and Social Theory*, Michigan, 2003.

33. C. Classen, D. Howes y A. Synnott, *Aroma...*, *op. cit.*, 1994.

34. Un rasgo que distingue a esta obra es la atención que presta al cuerpo en relación con los sentidos. La cuestión se planteó por medio de los interrogantes de cómo y por qué se construye el cuerpo y, a su vez, por qué estas construcciones varían y cambian a lo largo del tiempo. El cuerpo no es "dado", sino una categoría

La segunda obra que marcó un hito en el campo de los estudios sensoriales, fue *Empire of the senses: the sensual culture reader*³⁵. A lo largo de sus capítulos se brinda, desde diversas disciplinas (Antropología, Historia, Etnomusicología, Filosofía, Sociología, Geografía, Museología, Derecho, Neurología y Literatura), un análisis cultural de la experiencia sensorial, concibiendo a los sentidos como medios de acceso a las ideas que permiten conocer la forma en que operan los instrumentos de poder y las fuentes de placer y dolor de sociedades pasadas y presentes³⁶.

El recorrido historiográfico realizado permitió puntualizar los problemas específicos de la Historia de los sentidos. Quedan por mencionar algunos de los desafíos y limitaciones que afronta la investigación sensorial. Al respecto, Corbin alertó que una parte considerable de la documentación a la que se puede recurrir brinda datos escasos y fragmentarios, difíciles de ponderar según su naturaleza³⁷. En sus palabras: «El obstáculo más obvio reside en la fugacidad de la huella»³⁸. El historiador debe ser capaz de descifrar aquellas referencias sensoriales disponibles y detectar la lógica que subyace en ellas en función de las convenciones científicas dominantes en el periodo estudiado. A pesar de ello, sostiene que esta «historia en fragmentos», que se trasmite bajo múltiples mediaciones, permite comprender retrospectivamente el pasado a través del análisis de la jerarquía de los sentidos y valida la existencia de una historia de la sensorialidad.

En los últimos años, con estos preceptos en mente, los medievalistas comenzaron a ser conscientes de la naturaleza cultural de la materia sensitiva y emprendieron una indagación específica para el medioevo. A continuación, trazaremos el curso de las investigaciones sobre esta temática para la época medieval, destacando sus particularidades y disparidades regionales en la exploración, y proyectos de interés en curso.

La Edad Media a través de los sentidos: iniciativas historiográficas y desafíos

El abordaje sensorial de los tiempos medievales de Occidente³⁹ es una empresa reciente a causa de la complejidad que presentan las fuentes disponibles para su análisis. No obstante,

social con diferentes significados impuestos y desarrollados por todas las edades y diferentes sectores de la población. Por lo tanto, se asemeja a una “esponja” puesto que posee una capacidad para absorber distintos significados (sociales, culturales y políticos) C. Classen, D. Howes y A. Synnott, *Aroma... op. cit.*, 1994.

35. D. Howes (ed.), *Empire of the senses: the sensual culture reader*, Oxford-New York, 2005.

36. C. Classen y D. Howes, *Ways of Sensing: Understanding the Senses In Society*, New York, 2013.

37. A. Corbin, “Histoire et anthropologie sensorielle”, *Anthropologie et Sociétés*, 14, 2, 1990, 17.

38. «L'obstacle le plus évident réside dans la fugacité de la trace», Corbin, “Histoire et anthropologie sensorielle”..., *op. cit.*, 15. Traducción propia.

39. Para el caso Oriental se pueden citar las obras de L. James, “Senses and sensibility in Byzantium”, en *Art History*, 27, 4, 2004, 522-537; S. Antonopoulos *et al.*, “Soundscapes of Byzantium”, *Speculum*, 92, 2017, 321-335; R. Betancourt, *Sight, touch, and imagination in Byzantium*, Cambridge, 2018.

se pueden destacar, al menos, dos razones por lo que resulta sugestivo emprenderla. En primer lugar, por la alteridad y la ambigüedad de la información sensorial transmitida por los textos medievales y, en segundo lugar, por el descrédito que sufrieron los sentidos en muchas de las obras teológicas que resulta necesario revertir⁴⁰.

Éric Palazzo, uno de los especialistas contemporáneos más reconocidos en este campo, ofreció un recorrido bibliográfico sobre las iniciativas interesadas en los sentidos en la época medieval desde la segunda mitad del siglo XX, destacando los análisis históricos, literarios, filosóficos, antropológicos, sociológicos, artísticos y religiosos existentes⁴¹. Este autor subraya la importancia de utilizar la noción de *synesthésie* para dar cuenta del efecto sensorial producido por la interacción entre los cinco sentidos, concepción que se asemeja a la *intersensoriality*⁴² planteada por los investigadores anglosajones. Para Palazzo, esta última noción remite a una fase anterior a la sinestesia anhelada.

La curiosidad por los sentidos medievales comenzó a vislumbrarse desde finales de los años setenta del siglo XX en el área de los estudios sobre el arte y la estética, observando la potencialidad del análisis de las percepciones sensoriales y las expresiones artísticas. Carl Nordenfalk fue uno de los primeros en plantear la relación existente entre determinados sentidos y la representación pictórica de animales, pecados capitales, órganos y grupos sociales en murales, pinturas y textos de la Edad Media y el Renacimiento⁴³. En esta misma línea, François Quiviger examinó la relación entre el arte y los sentidos en el Renacimiento como representación de una cultura sensorial concebida, en términos generales, como la suma de experiencias, hábitos y supuestos necesarios para generar una aprehensión y empatía con las imágenes. La tradición alegórica medieval es el punto de acceso a la función de los sentidos y las sensaciones en las artes visuales, al estudiar el arte religioso y el laico⁴⁴.

El segundo enfoque se centra en el campo de la literatura, la liturgia, los manuales de confesión y los penitenciales medievales. Palazzo prestó atención a la íntima relación que se establece entre los sentidos, la liturgia y las imágenes⁴⁵. Para este autor, la comprensión del

40. R. Newhauser, "Theory and Practice: The Senses in the Middle Ages", *Senses & Society*, 4, 3, 2009, 367.

41. E. Palazzo, "Les cinq sens au Moyen Âge: état de la question et perspectives de recherche", en *Cahiers de civilisation médiévale*, 4, 55, 2012, 339-366. A modo de ejemplo, véase P. Dronke, "Les cinq sens chez Bernard Silvestre et Alain de Lille", *Micrologus*, 10, 2002, 1-14; M. Pastoureau, "Le Bestiaire des cinq sens (XIIe-XVIe siècle)", *Micrologus*, 10, 2002, 133-145.

42. M. Smith, *Sensing the Past: Seeing, Hearing, Smelling, Tasting, and Touching in History*, Berkeley, 2007, 8.

43. C. Nordenfalk, "Les Cinq Sens dans l'art du Moyen-âge", *Revue de l'art*, 34, 1976, 17-28; C. Nordenfalk, "A unique five-senses cycle of the 1620's", en *Journal of Art History*, 59, 3, 1984, 183-189; C. Nordenfalk, "The Five Senses in Late Medieval and Renaissance Art", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 48, 1985, 1-22.

44. F. Quiviger, *The Sensory World of Italian Renaissance Art*, London, 2010; F. Quiviger, "Art and the Senses: Representation and Reception of Renaissance Sensations", en H. Roodenburg Ed.), *A Cultural History of the Senses in the Renaissance*, New York- London, 2014, 169-202.

45. Cécile Voyer resaltó la importancia de la dimensión sensorial o el entorno sensorial de las obras visuales medievales, principalmente religiosas. Para esta autora, en los últimos años los análisis de algunos medievalistas sobre las relaciones entre las imágenes y el espectador se han nutrido de las propuestas de los

papel de los cinco sentidos en la cultura medieval es esencial para precisar algunos aspectos fundamentales del culto y de la teología cristiana que permitirían una mejor interpretación del ritual medieval⁴⁶. La base del mundo sensorial cristiano estuvo determinada por la tradición bíblica y el pensamiento de los Padres de la Iglesia al precisar que el diálogo establecido entre el hombre y la divinidad se realizaba por medio del cuerpo y los sentidos. La indagación llevada a cabo por Palazzo sobre la relación entre el arte, la liturgia y la dimensión sensorial se realizó a través del análisis de las ilustraciones de los libros litúrgicos. La imagen, en su opinión, fue el vehículo por el cual se activaban los sentidos en su conjunto durante el ritual, con el fin de producir el efecto teológico necesario en el ceremonial litúrgico. En consecuencia, para este autor la liturgia se convertía en un «área de sensibilidad», donde la sinestesia creaba las condiciones para la manifestación de lo invisible a través del contenido visible de la experiencia sensorial, elemento esencial de la actuación litúrgica⁴⁷.

Este aspecto de la religión cristiana es uno de los elementos que más fuerza tiene dentro de los análisis sensoriales medievales. La relación del cristianismo con los sentidos es analizada en la obra dirigida por Paul Gavrilyuk y Sarah Coakley⁴⁸, cuyo objetivo primordial fue explicar cómo y por qué los escritores cristianos (patrísticos y teólogos) emplearon una serie de términos e imágenes sensoriales para articular el encuentro del hombre con la divinidad.

En otro orden de relaciones, el lugar que ocuparon las percepciones en la experiencia religiosa y en la vida doméstica fue el interrogante que se planteó Christopher M. Woolgar. El autor analizó este tópico en la sociedad inglesa de la Baja Edad Media⁴⁹, destacando el significado moral que poseían los cinco sentidos en los manuales de confesión y la cultura material. Además de desarrollar las teorías sobre los sentidos y su interpretación por parte de la sociedad medieval, Woolgar intentó dilucidar cómo éstos se aplicaron en la práctica en contextos predominantemente domésticos de la nobleza⁵⁰. A lo largo de la obra, se interrogó sobre la relación íntima que existía entre el pecado y la virtud de los sentidos y la forma en que éstos se interpretaron en la vida cotidiana.

En esta misma línea de análisis, Carla Casagrande observó los vínculos entre los sentidos⁵¹ y la clasificación de los pecados en los penitenciales de los siglos XII y XIII, destacando

estudios sensoriales, gracias a los cuales han planteado el papel fundamental que cumplía de una representación u objeto en la activación de los sentidos durante los ritos litúrgicos. C. Voyer, “Les cinq sens et les images au Moyen Âge: voir et revoir les œuvres visuelles médiévales”, *Quaestiones Medii Aevi Novae*, 21, 2017, 227-249.

46. E. Palazzo, *L'invention chrétienne des cinq sens dans la liturgie et l'art au Moyen Âge*, Paris, 2014.

47. E. Palazzo, “Art, liturgy, and the five senses in the Early Middle Ages”, *Viator*, 41, 1, 2014, 25-56.

48. P. Gavrilyuk y S. Coakley (Ed.), *The Spiritual Senses: Perceiving God in Western Christianity*, Cambridge, 2012.

49. Para un estudio de la relación de los sentidos en el proceso posterior de la reforma en Inglaterra puede verse la obra de M. Milner, *The Senses and the English Reformation*, Burlington, 2011.

50. C. Woolgar, *The Senses in Late Medieval England*, New Haven, 2006.

51. En un abordaje previo, Carla Casagrande y Silvana Vecchio estudiaron el pecado de *scurrilitas* (las burlas o palabras vanas e inútiles que provocan) contra el que clamaban los predicadores y los moralistas de

que las percepciones sensoriales fueron objeto del discurso moral de la Iglesia transmitido a la comunidad de fieles⁵². Cada sentido se identificó con un pecado en particular, estableciéndose una jerarquía entre ellos. En opinión de la autora, los sentidos poseían una doble naturaleza. Por un lado eran instrumento de la perdición y pecado y, por el otro, participaban de la salvación al ser las puertas de entrada de la gracia divina⁵³.

El mundo sensorial de la cultura cristiana medieval⁵⁴ fue el objeto de estudio de la obra coordinada por Annette Kern-Stähler, Beatrix Busse y Wietse de Boer, titulada *The Five Senses in Medieval and Early Modern England*⁵⁵. A lo largo de sus páginas se examinó las interrelaciones entre las percepciones y la cultura (secular y cristiana) de Inglaterra desde la Edad Media hasta los tiempos temprano modernos, a través de los textos canónicos, la poesía, el teatro, la *homilética*, el martirologio y los escritos eruditos de la época. Este material fue abordado por medio de un marco teórico metodológico integrado por los campos de la lingüística del cuerpo, los estudios de traducción, la historia del arte y la arqueología, junto con los enfoques originarios de los estudios literarios tradicionales. Los autores realizaron una exploración de las funciones desempeñadas por los sentidos en la literatura, la liturgia y el teatro, cuyas representaciones sensoriales participaron en la construcción social de diversas categorías, tales como el pecado, la salvación, la ilusión, la realidad y el binomio «yo-mundo».

Este abordaje de la época medieval se expandió gracias al trabajo interdisciplinario entre historiadores y estudiosos de la literatura de las lenguas romances⁵⁶. En esta perspectiva, la obra *Rethinking the Medieval Senses: Heritage / Fascinations / Frames*⁵⁷, nos aproxima a la sensorialidad medieval desde cuatro vertientes. En primer lugar, desarrolló las conceptualizaciones filosóficas en la obra de Agustín de Hipona y exploró el juicio sobre la fisiología de la sensación y la función del sentido interno como mecanismo de control de la percepción. En segundo lugar, indagó sobre las representaciones literarias de los cinco sentidos, deteniéndose en la «sensación bucal» de la risa, y en el reflejo de comer, beber y hablar, en obras his-

la Edad Media, C. Casagrande y S. Vecchio, *I peccati della lingua. Disciplina ed etica della parole nella cultura medievale*, Roma, 1987.

52. El análisis de las percepciones sensoriales, en algunos contextos, se desarrolla en consonancia con las emociones, puesto que ambos procesos se desarrollan en forma simultánea, como demuestra Casagrande en un estudio donde se detiene en la dimensión emocional de los sacramentos. C. Casagrande (2012), “Le emozioni e il sacramento della penitenza”, en M. Sodi y R. Salvarani (Coord.), *La penitenza tra I e II millennio. Per una comprensione delle origini della Penitenzieria Apostolica*, Città del Vaticano, 2012, 213-231.

53. C. Casagrande, “Sistema dei sensi e classificazione dei peccati (secoli XII-XIII)”, *Micrologus*, 10, 2002, 33-54.

54. La importancia de la percepción sensorial en la devoción medieval fue analizada por B. Williamson, “Sensory Experience in Medieval Devotion: Sound y Vision, Invisibility y Silence”, *Speculum*, 88, 1, 2013, 1-43.

55. A. Kern-Stähler, B. Busse y W. de Boer, *The Five Senses in Medieval y Early Modern Engly*, Leiden-Boston, 2016.

56. En esta misma línea, la obra *Sensory Perception in the Medieval West* se interroga sobre la percepción sensorial desde un punto de vista literario y material: S. Thomson y M. Bintley (Ed.), *Sensory Perception in the Medieval West, Utrecht Studies in Medieval Literacy*, Turnhout, 2016.

57. S. Nichols, Y. Kablitz y A. Calhoun (Ed.), *Rethinking the Medieval Senses: Heritage / Fascinations / Frames*, Baltimore, 2008.

pánicas e italianas de fines de la Edad Media. En tercer lugar, analizó los subtextos culturales de «lo sensorial» en la ética y la política. Por último, interrogó a los sentidos desde la óptica de la fisiología y la filosofía. En su conjunto, la obra expuso una comprensión teórica de los sentidos y su importancia en la historia intelectual medieval.

Otro hito historiográfico importante para la Historia de los sentidos fue la publicación, en el año 2014, de la colección *A Cultural History of the Senses* coordinada por Constance Classen, cuyos seis volúmenes introducen al lector en las bases sensoriales de la civilización occidental, desde la Antigüedad hasta la Edad Contemporánea, por medio de un enfoque integral⁵⁸. Los temas que se abordaron, ejes vertebradores de la obra, fueron los siguientes: los marcadores sensoriales de género y de clase, las dimensiones estéticas de la cultura material y las sensibilidades religiosas, los usos médicos de los sentidos y su representación en el arte y la literatura, entre otros. Todos los contenidos se estructuraron en capítulos específicos⁵⁹ que se retomaron en cada volumen con el objetivo de permitir una lectura transversal de todas las etapas históricas. A lo largo de sus páginas, el lector puede constatar la factibilidad de considerar a los sentidos como objetos de estudio para el conocimiento de una sociedad en su dimensión sensorial.

El tercer enfoque centra su atención en la intervención de los sentidos en la vida cotidiana y en los espacios urbanos. Esta inquietud se materializó en el libro titulado *Les cinq sens de la ville*, coordinado por Robert Beck, Ulrike Krampfl y Emmanuelle Retaillaud-Bajac⁶⁰. Esta obra ofrece una exposición de las distintas perspectivas históricas y antropológicas de los paisajes sensoriales de la Edad Media hasta nuestros días, señalando la experiencia íntima y social —concebida por las expectativas culturales y emocionales— que poseen los espacios urbanos. La ciudad era comprendida en una doble perspectiva, tanto en su materialidad como su inagotable fuente de estimulación, al ser proporcionada por la experiencia de los habitantes e informada por la memoria de sus cuerpos. Esta obra buscó problematizar la relación entre el espacio y los sentidos al considerarlos los resortes principales de la construcción de la ciudad como un todo significativo a lo largo del tiempo⁶¹.

58. J. Toner (Ed.), *A Cultural History of the Senses in Antiquity, 500 BCE-500 CE*, New York-London, 2014; R. Newhauser (Ed.), *A Cultural History of the Senses in the Middle Ages, 500-1450*, New York-London, 2014; H. Roodenburg (Ed.), *A Cultural History of the Senses in the Renaissance, 1450-1650*, New York-London, 2014; A. Vila (Ed.), *A Cultural History of the Senses in the Age of Enlightenment, 1650-1800*, New York-London, 2014; C. Classen (Ed.), *A Cultural History of the Senses in the Age of Empire, 1800-1920*, New York-London, 2014; D. Howes (Ed.), *A Cultural History of the Senses in the Modern Age, 1920-2000*, New York-London, 2014.

59. The Social Life of the Senses; Urban Sensations; The Senses in the Marketplace; The Senses in Religion; The Senses in Philosophy y Science; Medicine y the Senses; The Senses in Literature; Art y the Senses; y Sensory Media.

60. R. Beck, U. Krampfl y E. Retaillaud-Bajac (Dirs.), *Les cinq sens de la ville*, Tours, 2013.

61. Desde esta perspectiva desarrollamos nuestra tesis doctoral titulada “La construcción social del paisaje sonoro de las ciudades castellanas (c. 1400 – c. 1560)”, cuyo principal objetivo fue analizar y construir el paisaje sonoro de los núcleos urbanos del Reino de Castilla entre los años c. 1400 y c. 1560, objeto escasa-

En los últimos años, los estudios sensoriales medievales comenzaron a indagar sobre la relación entre los objetos materiales y la experiencia, aspecto que John H. Arnold destacó al declarar que los enfoques centrados en los sentidos y en las interacciones entre las personas y los objetos materiales forman parte de la futura agenda historiográfica⁶². Un ejemplo de esta orientación es la obra coordinada por Fiona Griffiths y Kathryn Starkey *Traces of Experience in Medieval Artifacts*⁶³, que inaugura la colección *Sensor Reflections: Sense, Matter, and Medium*, cuyo objeto de análisis son los artefactos medievales, su manipulación social y la experiencia sensorial que producen en los sujetos históricos. Este abordaje se realiza desde una reflexión de la experimentación práctica, dejando de lado la teoría sensorial de los eruditos y exégetas medievales. La premisa epistemológica subyacente en la obra sostiene que los objetos, además de relatar una historia diferente a la de los textos, manifiestan particularidades de las comunidades, tanto de su vida cotidiana como de sus elementos culturales y de las personas que no pertenecen a las élites, datos que difícilmente se puedan obtener de la práctica escrituraria habitual⁶⁴. Un punto interesante para destacar es que esta obra se encuentra en la intersección de dos campos en potencia: la cultura material medieval y la experiencia sensorial⁶⁵, prestando atención a las huellas de prácticas efímeras y físicas que rara vez se articularon o describieron en los textos⁶⁶. En consecuencia, esta propuesta plasma la potencialidad de un abordaje sensorial de la Edad Media en sus aspectos materiales y simbólicos, sin desconocer las dificultades metodológicas y documentales que se plantean al momento de emprender este camino.

Hasta aquí expusimos las iniciativas historiográficas que se centraron en el análisis de la totalidad de los sentidos. Sin embargo, los investigadores tienden a privilegiar en sus abordajes a un sentido más que a otro a causa de la relevancia que tiene la jerarquía sensorial en el mundo occidental. Este es el caso del sentido auditivo y los sonidos captados por él. Los medievalistas han intentado interpretar y comprender las relaciones sensoriales de la época por medio del análisis de temas específicos, como la música⁶⁷ sacra y profana, el rumor en la

mente abordado por los estudios dedicados a los últimos siglos medievales. Para una mayor explicación de la misma, véase G. Coronado Schwindt, “Resumen de Tesis: “La construcción social del paisaje sonoro de las ciudades castellanas (c. 1400 – c. 1560)”, *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 14, 120-126, 2018.

62. J. H. Arnold, “Histories and Historiographies of Medieval Christianity,” en J. H. Arnold (Ed.), *The Oxford Handbook of Medieval Christianity*, Oxford, 2014, 38.

63. F. Griffiths y K. Starkey (Ed.), *Sensory Reflections: Traces of Experience in Medieval Artifacts*, Berlin, de Gruyter, 2018.

64. F. Griffiths y K. Starkey, “Sensing Through Objects,” en Griffiths y Starkey *Sensory Reflections... op. cit.*, 13.

65. B. Williamson, “Reflections on Sensory Reflections: An Afterword,” en Griffiths y Starkey *Sensory Reflections... op. cit.*, 249.

66. Griffiths y Starkey, “Sensing Through Objects...”, *op. cit.*, 2.

67. La dimensión sonora puede ser analizada por medio de múltiples plataformas, no sólo el soporte escrito. Susan Boynton planteó un análisis de los sonidos, la música y sus instrumentos en la época medieval a través de la iconografía plasmada en los manuscritos y las esculturas. Para esta investigadora, el arte visual

esfera política, los gritos y los llantos en los ritos funerarios, etc. Los sonidos se constituyeron en un objeto de análisis independiente del resto de los sentidos al abordarse a través de cuestiones tradicionales de la historiografía medieval.

Uno de los primeros intentos de otorgar un lugar preponderante al hecho sonoro en el análisis histórico, en consonancia con la tendencia historiográfica de la época⁶⁸, fue el estudio de Claude Gauvard y Altan Gokalp sobre la función social y el significado del término *charivari* en la sociedad francesa de la Baja Edad Media⁶⁹. Estos autores destacaron el papel que cumplieron determinados ruidos en las sociedades tradicionales al manifestar la oposición universal de la equivalencia entre los sexos y la del cielo con la tierra. De la misma forma, analizaron la diferenciación entre ruido y silencio, y la participación que tenían estas dimensiones en los rituales y las celebraciones. Para Gauvard y Gokalp, a finales del siglo XIV y principios del XV la cencerrada (*charivari*) estuvo sujeta a reglas de conducta específicas, mientras que el alboroto fue considerado un rito de paso a través del cual los jóvenes expresaron los problemas generados por su inserción en una sociedad jerarquizada y en transformación, cuya consecuencia más importante fue el resurgimiento de las organizaciones juveniles que funcionaron como canales de expresión «sonora» de sus reclamos⁷⁰.

La medievalista argentina Nilda Guglielmi se propuso, en la década de los noventa, comprender cómo una obra literaria —en tanto testimonio histórico— expresaba un imaginario particular por medio de determinados colores y sonidos⁷¹. En su análisis del cantar ruso del siglo XII, «El Cantar de la Gesta de Igor», observó que además de los recursos estéticos empleados, el autor plasmó la importancia del imaginario cromático y auditivo en el relato. Los sonidos del aparato bélico, de la batalla y del dolor de la derrota, fueron claves en la construcción de una dimensión dramática de la narración que dotaron de identidad a los hombres de esa sociedad.

Las cuestiones sonoras en la época medieval comenzaron a ser abordadas mediante la categoría *soundscape* (paisaje sonoro) proveniente de la musicología. Con este concepto se

también evocó el sonido de forma indirecta a través de la representación del sujeto de escucha, destacando la necesidad y el potencial de los estudios centrados en la representación visual del silencio y del paisaje sonoro, S. Boynton, “The visual representation of music and sound”, en C. Hourihane (ed.), *The Routledge Companion to Medieval Iconography*, New York, 2017, 943-968.

68. En la década de los setenta, el rito de la cencerrada comenzó a tener importancia en los análisis de la cultura popular europea de la Edad Moderna, gracias a los trabajos de Natalie Zemon Davis y Edward Palmer Thompson, entre otros. Véase N. Zemon Davis, “The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth-Century France”, *Past & Present*, 50, 1971, 41-75, E. P. Thompson, “Rough Music: le charivari anglais”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 2, 1972, 285-312, J. Le Goff y J. C. Schmitt (ed.), *Le charivari*, Paris, 1981.

69. C. Gauvard y A. Gokalp, “Les conduites de bruit et leur signification à la fin du Moyen Âge: le charivari”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 3, 1974, 693-704.

70. Gauvard y Gokalp, “Les conduites de bruit et leur signification...”, *op. cit.*, 698-704.

71. N. Guglielmi, “El imaginario cromático y auditivo en el Cantar de la Gesta de Igor”, en R. Rodríguez (dir.), *Saber, pensar, escribir*, La Plata, 2011 [1992], 213-246.

identificó al entorno sonoro de un lugar, compuesto por los sonidos del individuo y la naturaleza⁷². La historiografía francesa ha sido precursora en aplicar esta noción a los análisis históricos. Jean-Marie Fritz fue uno de los primeros medievalistas en plantear el estudio del sonido y la audición en la Edad Media mediante una perspectiva epistemológica. La misma permite considerar al sonido como objeto de conocimiento, con el propósito de reconstruir el paisaje sonoro del universo medieval, sin reducirlo a su dimensión visual. Su objetivo primordial fue explorar los distintos ámbitos de la cultura medieval a través de la arqueología, la literatura y la teología de la liturgia, con la intención de proponer una visión global de la sonoridad. El desafío de esta obra fue examinar los tiempos medievales de acuerdo a un punto de vista acústico, centrándose en las imágenes y los textos de las obras musicales y patrísticas⁷³, otorgándole un lugar destacado a la voz, tanto en su dimensión teológica como cristológica, y al ruido provocado por los elementos naturales. Para Fritz, la originalidad de la Edad Media consistió en el entendimiento del sonido como fenómeno vocal del mundo, es decir, que todas las manifestaciones —naturales y humanas— se vocalizaron a partir del rastro de la voz suprema de la palabra creadora del Génesis y, espacialmente, abriendo el camino a una interpretación moral y alegórica.

Por su parte, Jean-Pierre Gutton en su obra titulada *Bruits et sons dans notre histoire. Essai sur la reconstitution du paysage sonore*, sostuvo que los sonidos y ruidos de una época posibilitan estudiar los entornos de la vida cotidiana, los conflictos y las solidaridades hacia el interior de una sociedad⁷⁴. En el capítulo dedicado a la época medieval, Gutton destacó los sonidos que se producían durante las ruidosas ceremonias reales, donde reyes y príncipes reafirmaban su poder y legitimidad. Las entradas reales eran anunciadas por medio de las trompetas y los tambores con el objetivo de asegurar la transmisión del discurso regio a los súbditos⁷⁵. La ciudad medieval poseía una sonoridad particular que fue nutrida por los sonidos cívicos, artesanales y religiosos que desprendían sus habitantes. Para este autor, la Edad Media se destacó por los ruidos de sus festividades, sus actividades artesanales y los sonidos de los campanarios, enfatizando la búsqueda del silencio en determinados lugares y sujetos, como fueron los espacios sacros (monasterios e iglesias)⁷⁶. Asimismo, a pesar de destacar las manifestaciones sonoras presentes en este periodo histórico, no se detiene en los paisajes sonoros de la época medieval de forma extensa, puesto que considera que la Edad Moderna es la que ostenta los entornos sonoros más complejos.

72. A fines de la década de los años sesenta y principios de los setenta, un grupo de científicos, liderados por Raymond Murray Schafer, crearon el *Proyecto Paisaje Sonoro Mundial* (WSP) en la Universidad Simón Fraser (Canadá) con el objetivo de llamar la atención sobre el medio ambiente sonoro a través de un curso sobre la contaminación sonora, de allí surge el concepto de paisaje sonoro para analizar las diversas expresiones sonoras actuales, R. M. Schafer, *The Tuning of the World*, Toronto, 1977.

73. J. M. Fritz, *Paysages sonores du Moyen Age: le versant épistémologique*, Paris, 2000, 8.

74. J. P. Gutton, *Bruits et sons dans notre histoire. Essai sur la reconstitution du paysage sonore*, Paris, 2000, 5-17.

75. Gutton, *Bruits et sons dans notre histoire... op. cit.*, 19-20.

76. Gutton, *Bruits et sons dans notre histoire... op. cit.*, 20-27.

En la misma línea de análisis, Laurent Vissière manifestó la composición y complejidad del paisaje sonoro de la ciudad de París durante los siglos XIII al XIV, a través del estudio de obras literarias, musicales e iconográficas⁷⁷. Para Vissière, la clave de la significación de ciertos sonidos en la dinámica ciudadana parisina estuvo en los gritos de quienes anunciaban la venta de alimentos y de diversos objetos⁷⁸. En el año 2016 dirigió, junto con Laurent Hablot, una obra que reunió aportes de distintos investigadores provenientes de la historia, la literatura y la musicología, interesados en las diversas expresiones sonoras producidas por el hombre y su entorno —en tanto música vocal e instrumental como sonidos de la naturaleza, los gritos y las palabras— que conformaron el paisaje sonoro de los territorios de la Borgoña francesa e Italia del periodo comprendido entre los años 1400 y 1550. A lo largo de sus capítulos se indagaron los testimonios sonoros que acompañaron a las instancias de justicia, la propaganda regia y los ámbitos religiosos y culturales, enfatizando la particular sonoridad del periodo medieval y renacentista y su intervención en la vida cotidiana de la sociedad. En opinión de Hablot y Vissière, el grito constituyó un elemento primordial en el paisaje sonoro, distinguiéndose distintos tipos: los gritos de la vida cotidiana, de las emociones y, el más emblemático de todos, el grito de guerra⁷⁹.

Estas iniciativas francesas posibilitaron la apertura temática de los estudios medievales en otras latitudes. Un ejemplo a destacar⁸⁰ es la producción del Grupo de Investigación y Estudios Medievales de la Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina) dedicada a la exploración y comprensión de la intervención de los sentidos —el auditivo en particular— en la configuración de la vida social a lo largo de la Edad Media: *Paisajes sensoriales. Sonidos y silencios de la Edad Media*⁸¹, *Abordajes sensoriales del mundo medieval*⁸² y *Paisajes sonoros medievales*⁸³. En ambas obras, investigadores latinoamericanos, estadounidenses, españoles y franceses exploraron diversos espacios europeos en pos de comprender cómo se conformaban los paisajes sonoros y cómo éstos mediaban en la aprehensión del mundo y en la construcción de los parámetros que regían la organización social y cultural.

77. L. Vissière, “Le paysage sonore parisien aux XIIIe et XIVe siècles ou la naissance”, *Bulletin de la Société Nationale des Antiquaires de France*, 2010, 136-158.

78. Vissière, “Le paysage sonore parisien...”, *op. cit.*, 139-143.

79. L. Hablot y L. Vissière (dir.), *Les paysages sonores du Moyen Âge à la Renaissance*, Rennes, 2016, 12-15.

80. Un caso a destacar es la obra de Clara Bejarano Pellicer para el caso español en la Edad Moderna. En ella obtiene una representación sonora de la ciudad de Sevilla durante el Antiguo Régimen, analizando los sonidos del tiempo, de los ritos, de la recreación y las festividades sacras y profanas junto con aquellos sonidos identificadores de profesiones, como eran pregoneros y campaneros, desde una lectura musical de fuentes notariales y archivos civiles y eclesiásticos, C. Bejarano Pellicer, *Los sonidos de la ciudad: el paisaje sonoro de Sevilla, siglos XVI al XVIII*, Sevilla, 2015.

81. G. Rodríguez Gerardo y G. Coronado Schwindt (dirs.), *Paisajes sensoriales. Sonidos y silencios de la Edad Media*, Mar de Plata, 2016.

82. G. Rodríguez y G. Coronado Schwindt (dirs.), *Abordajes sensoriales del mundo medieval*, Mar del Plata, 2017.

83. G. Rodríguez Gerardo y G. Coronado Schwindt (dirs.), *Paisajes sonoros medievales*, Mar del Plata, 2019.

Los paisajes sonoros medievales no sólo estuvieron integrados por sonidos que manifestaban el discurrir diario de los hombres y mujeres, sino también su desaparición. Murielle Gaude-Ferragu analizó un componente importante de la sonoridad en la Baja Edad Media, como fueron las expresiones de dolor en los rituales funerarios señaladas a través del grito; sonos que fueron rechazados por la Iglesia al intentar imponer un comportamiento moderado con respecto al dolor. El autor se planteó determinar si los alaridos, en tanto claves espontáneas de emoción ante la muerte, eran una expresión ritual de sufrimiento en su estructura, intensidad y funcionalidad, mediante el análisis de distintas fuentes escritas (crónicas, relatos de funerales y los libros de contabilidad real). Además de los eventos de luto, estudió el papel de los pregoneros en las ceremonias funerarias reales. Contrariamente a los designios de la Iglesia, las manifestaciones de pena (lágrimas y gritos) eran frecuentes en los tiempos bajomedievales, puesto que fueron necesarias para exteriorizar el dolor popular que, a su vez, se traducían en cualidades humanas y políticas del señor. La profunda dolencia ritualizada y socializada, necesitó de los alaridos para legitimar a la persona fallecida, ostentando una función política en la sociedad⁸⁴.

Todas estas iniciativas comprenden el imprescindible estado del arte de un campo de estudios que busca construir una Historia de los sentidos capaz de convertirse en una vía plausible de análisis de las sociedades actuales y pasadas. Esta posibilidad, sin embargo, no tiene por objetivo modificar las interpretaciones sobre lo acontecido. Por el contrario, procura texturizar, ahondar y complejizar cuestiones ya planteadas pero que, sin embargo, se podrían comprender e interrogar en un nivel más profundo, cumpliendo con ello uno de los principales propósitos de la investigación histórica: expandir el conocimiento de la experiencia humana.

A modo de conclusión: ¿es posible un abordaje sensorial de la Edad Media?

Mark Smith declaró en la revista *Journal of Social History*: «Es un buen momento para ser un historiador sensorial. La historia sensorial, también conocida como la historia de los sentidos (...), está en auge entre los historiadores»⁸⁵. Sin embargo, advirtió que se proyectaba en dos direcciones: en la historización de los sentidos y en la creación de un pasado sensorial ahistórico. Además de este último peligro, manifestó los problemas que se plantean en relación a la metodología y la presentación de estos enfoques, debido, en parte, a la misma velocidad con la que la Historia de los sentidos había ganado terreno⁸⁶. Por ello, una aproximación a la dimensión sensorial de las sociedades premodernas conlleva la difi-

84. M. Gaude-Ferragu, “Le cri dans le paysage sonore de la mort à la fin du Moyen Âge”, en D. Lett y N. Offenstadt (dirs.), *Haro! Noël! Oyé!: pratiques du cri au Moyen Âge*, Paris, 2003, 93-102.

85. «It is a good moment to be a sensory historian. Sensory history—also referred to as the history of the senses (...)—is booming among historians», M. Smith, “Producing sense, consuming sense, marking sense: perils y prospects for Sensory History”, *Journal of Social History*, 40, 2007, 841-858. Traducción propia.

86. M. Smith, “Producing sense, consuming...”, *op. cit.*, 841.

cultad de examinar registros que no han sido creados con la intención de transmitir marcas sensoriales⁸⁷. Es aquí donde radica la habilidad del investigador para leer entre líneas, buscando las significaciones sensoriales de las prácticas y los espacios por medio del armado de un marco teórico-metodológico interdisciplinar, que por norma no se encuentran de forma innata en una sola disciplina social⁸⁸.

A lo largo de estas páginas analizamos los estudios que, en nuestra opinión, son los más relevantes en los estudios históricos sobre los sentidos y, en particular, los interesados en las percepciones sensoriales de los tiempos medievales. En este estudio destacamos no solo su temática específica, sino también los postulados teóricos y metodológicos generales que sostienen sus investigaciones y las dificultades que tuvieron que sortear. Los obstáculos más evidentes son la brevedad de las pruebas presente en los registros documentales y el peligro del uso de la metáfora en las fuentes narrativas. En todos estos análisis, el hilo conductor que los posiciona en el campo de los estudios sensoriales es reconocer la naturaleza histórica y cultural de los sentidos, destacando su participación en la construcción de los parámetros políticos, sociales y culturales de la sociedad medieval.

La pesquisa historiográfica que realizamos nos permitió exponer los primeros intentos de captar la materia sensible de las sociedades del pasado, reconociendo en las figuras de Huizinga y Febvre sus principales precursores. La década de los ochenta representó el comienzo de la exploración de los sentidos en materia histórica y antropológica, enfatizando desde el principio, la necesidad de entablar una verdadera interdisciplinariedad. En nuestra opinión, Alain Corbin, Constance Classen y David Howes, son los principales constructores de este campo. En particular, la Edad Media ha comenzado a ser revisitada en función de este nuevo enfoque. Conocer a los hombres y mujeres medievales a través de lo que vieron, escucharon, olieron, degustaron y tocaron, y cómo esa información codificó su mundo, se volvió una vía plausible de análisis. En este marco, destacamos tres perspectivas generales desde las que se abordaron los sentidos. En una primera instancia, fue el arte el vehículo de observación, destacándose los estudios sobre la representación pictórica de los sentidos, ya sea por medio del simbolismo animal o de operaciones metafóricas que representaban una percepción. En una segunda instancia, la liturgia, los manuales de confesión, los penitenciales medievales y la literatura en general, y el interés por la actuación de la sensorialidad en la cultura cristiana medieval, fueron el punto central del abordaje sensorial. Y por último, el análisis de los sentidos se ha centrado en el marco de la vida cotidiana, los objetos y los espacios habitados, in-

87. Con la noción “marcas sensoriales” (visuales, auditivas, olfativas, gustativas y táctiles) los autores identifican a las percepciones que guardan una especial significación para la trama de una cultura. Este concepto hace referencia a las *soundmarks* formuladas por Raymond Murray Schafer, con las cuales reconoce a todos aquellos sonidos que revisten importancia para una sociedad, de acuerdo con el valor simbólico y afectivo que poseen, G. Rodríguez y G. Coronado Schwindt, “La intersensorialidad en el Waltharius”, *Cuadernos Medievales*, 23, 2017, 31-48.

88. C. Astarita, “Historia y ciencias sociales. Préstamos y reconstrucción de categoría analíticas”, *Socio-histórica*, 8, 2000, 28.

vestigaciones que han destacado la importancia de la experiencia sensorial en el devenir diario desde una doble perspectiva: en la aprehensión y decodificación de su realidad y, simultáneamente, en la construcción de sentidos de esa realidad. De forma particular, la Edad Media ha sido revisitada por medio de la noción de «paisaje sonoro», logrando con ello identificar y comprender los sonidos y silencios que conformaron y dieron forma a la sociedad medieval.

En definitiva, el futuro de los estudios sensoriales centrados en la Edad Media es prometedor y día a día se consolida entre los historiadores. El paso determinante en los años venideros será el de transformar este «campo» en un «hábito». Por «campo» se concibe al ámbito académico delimitado de la investigación, con conciencia de su propia existencia y sus propios imperativos. En cambio, por «hábito» se entiende a la forma de examinar el pasado, desde postulados metodológicos y epistemológicos, que permitan identificar e interpretar las pistas sensoriales presentes en las fuentes⁸⁹. Alcanzar este estadio de comprensión de la sensorialidad en la investigación histórica es una de las metas que se han trazado los investigadores en la actualidad, en consonancia con el deseo de conocer y aprehender a los sujetos históricos en sus prácticas intrínsecas de la percepción de su mundo.

89. M. Smith, “Futures of hearing pasts”, en D. Morat (ed.), *Sounds of Modern History: Auditory Cultures in 19th and 20th Century Europe*, New York-Oxford, 2014, 13-14.

A HISTORIOGRAPHICAL PERSPECTIVE:
REPUBLICAN ITALY, REPRESENTATION
AND GENDER REPRESENTATIONS (1945-1968)

Una prospettiva storiografica: l'Italia repubblicana, la rappresentanza, le rappresentazioni di genere (1945-1968)

Patrizia Gabrielli

Università di Siena

patrizia.gabrielli@unisi.it - <https://orcid.org/0000-0001-5579-4686>

Fecha recepción: 01.07.2019 / Fecha aceptación: 06.10.2019

Sinopsi

La storiografia ha esaminato con originalità e da diverse prospettive il suffragio e la rappresentanza ma ulteriori approfondimenti possono giungere dallo studio dei significati che l'«universo semiotico» della politica attribuisce alle differenze di genere nello spazio pubblico. Sulla base di una ricerca sulle fonti a stampa e d'archivio, il saggio esamina le pratiche discorsive sull'«uomo pubblico» e sulla «donna pubblica» nei primi vent'anni dell'Italia repubblicana. Al fine di mettere in evidenza le tante eredità del passato sulla politica italiana, offre alcu-

Abstract

Historiography has examined suffrage and representation with originality and from different perspectives, but further elucidation can come from a study of the meanings that the “semiotic universe” of politics attributes to gender differences in public space. Based on research using press and archive sources, this article examines discursive practices in relation to “public man” and “public woman” in the first twenty years of Republican Italy. In order to highlight the many legacies of the past in Italian politics, I offer some insights into representations

ni spunti sulle rappresentazioni della femminista di primo Novecento e sulla «sovversiva» negli anni del regime fascista.

Parole chiave

Italia repubblicana, storiografia, genere, rappresentanza, rappresentazioni.

of “feminist” in the early twentieth century and “subversive” during the fascist regime.

Keywords

Italian Republic, historiography, gender, representative, representations.

LE IMPRESSIONI DEL PRIMO INCONTRO con le deputatesse si possono così riassumere: non fumano, in genere, e in maggioranza non si truccano, e vestono con la più grande semplicità¹.

1. Squilibrio di genere nella rappresentanza

Ad oltre settant'anni dal voto e nonostante i recenti provvedimenti legislativi², lo squilibrio di genere nella rappresentanza è in Italia ancora un dato evidente, al centro del dibattito politico e scientifico.

Per quanto concerne la storiografia, l'attenzione alla dimensione di genere sull'Italia Repubblicana si afferma alla metà degli anni Novanta, nel pieno della fioritura di una articolata bibliografia su quella stagione. A segnare la svolta è il 1996, Cinquantesimo anniversario del diritto di voto alle donne in Italia, con il piccolo ma proficuo volume di Anna Rossi Doria – preceduto due anni prima (nel 1994) da un «robusto» saggio dell'Autrice³ – e con un apprezzato articolo di Annarita Buttafuoco⁴. Pur nelle differenze, le due studiose, attente alla dimensione orizzontale e verticale degli eventi, collocando il decreto del 1945 sul suffragio nel lungo periodo, ovvero nella tradizione dei movimenti suffragisti, lo interpretano alla stregua di un evento periodizzante da cui scaturisce la definizione di un modello di cittadinanza che include il genere. A partire dal 1996, dunque, l'evento è stato sottoposto a un vaglio cri-

1. “Le 21 donne alla Costituente”, *La Domenica del Corriere*: supplemento illustrato al *Corriere della Sera*, 4 agosto 1946, 3.

2. “Parità vo' cercando – 1978-2018. Le donne italiane in settanta anni di elezioni”, Dossier del Senato della Repubblica, 13, 2018: «Nel 1993, con la disciplina della formazione delle liste dei candidati e nel 2001-2003 le pari opportunità sono entrate nella Costituzione. Nel 2015, l'Italicum stabilisce l'obbligo di rappresentanza paritaria dei due sessi nelle candidature circoscrizionali, e nel 2017, con la legge n.165, la promozione femminile è diventata un obbligo dei partiti con l'alternanza di genere nella sequenza della lista, la quota di genere nelle candidature uninominali e la quota di genere nella posizione di capolista per i collegi plurinominali».

3. Si veda A. Rossi-Doria, “Le donne sulla scena politica”, in *Storia dell'Italia repubblicana*, Torino, 1994, vol. I, *La costruzione della democrazia. Dalla caduta del fascismo agli anni cinquanta*, 778-846; Ead., *Diventare cittadine. Il voto alle donne in Italia*, Firenze, 1996.

4. A. Buttafuoco, “Cittadine italiane al voto”, in *Passato e presente*, n. 40, 1997, 5-11.

tico, si sono messe in luce le ricadute, le ambiguità e le contraddizioni. Non è questa la sede per esaminare nel dettaglio questa produzione ma, molto sinteticamente, si può affermare che al suo interno si possono individuare sostanzialmente due principali filoni. Il primo, focalizzando l'attenzione sulla Costituzione, ha messo in luce la fragilità della posizione lavorativa e professionale delle donne, gli squilibri sul piano dei diritti civili, da cui matura una «disincrasia» tra uguaglianza nella sfera pubblica e inferiorità nella sfera privata. Sempre lungo questo filone di ricerca, altre studiose hanno valorizzato il dibattito alla Costituente, posto l'accento sulle difficoltà, se non gli ostacoli, incontrate dalle Consultrici e sul lavoro di mediazione da esse svolto nella definizione di molti articoli del dettato costituzionale, non ultimi quelli inerenti il valore sociale e le garanzie per la maternità. Meno praticato, invece, il metodo biografico. Sulle madri della Repubblica, se si esclude la memorialistica, si hanno a disposizione voci biografiche ma non biografie compiute, rare, se non addirittura assenti, le ricerche sulle elette alle successive tornate elettorali⁵.

La memorialistica e le testimonianze orali hanno aperto ampie prospettive alla ricerca anche su questi specifici temi. Molte studiose, avvalendosi del ricco e nutrito dibattito sul genere autobiografico, si sono proposte di cogliere il «senso» e il «valore» attribuiti dai soggetti all'esperienza di elettrici e di elette. Si è così disegnata un'articolata geografia dei «vissuti» (di esperienze di donne) che hanno consentito una diversa considerazione del significato attribuito al suffragio dalle italiane, a lungo viste come poco interessate, se non addirittura estranee, a quel diritto. Se sono state in prima battuta le testimonianze delle intellettuali – è il caso di quelle raccolte da Alba de Céspedes nel fascicolo di «Mercurio» del 1946⁶ – a dare la misura della forza dirompente per alcune di quell'evento, in un secondo momento le testimonianze delle «donne comuni» hanno permesso di riconsiderare un passaggio certo non marginale nella costruzione di una identità di genere e delle aspettative che l'esercizio di quel diritto apriva.

Se questi sono i temi emersi dal dibattito storiografico, merita sottolineare che cittadinanza e rappresentanza femminile sono state affrontate da molteplici prospettive. Ricerche e studi hanno messo a fuoco i fattori e le variabili che vi concorrono, compresi gli stereotipi di genere, alla cui definizione partecipano la propaganda e i media «luogo di costruzione e di diffusione di rappresentazioni vincolate da apparati ideologico culturali»⁷. Ancora oggi, l'ingresso nelle istituzioni rappresentative di soggetti difforni dal genere maschile produce visioni distorte. Il linguaggio dei loro corpi è distante dalla norma semantica dominante, sintetizzata (e interiorizzata) dall'uomo decoroso, a lungo unico indiscusso titolare di cariche pubbliche. In sintesi, queste reazioni rivelano la rappresentanza non detta del corpo maschile che fa degli «altri»

5. C. Dau Novelli, "Introduzione", in M.T.A. Morelli (Dir.), *Le donne della costituente*, Roma-Bari, 2007, V-XXVIII; P. Gabrielli, *Il primo voto. Elettrici ed elette*, Roma, 2016. Entrambi i volumi pubblicano brevi profili sulle costituenti.

6. *Mercurio. Processo al '46*, III, n. 27-28, 1946.

7. B. M. Mazzara, *I discorsi dei media e la psicologia sociale. Ambiti e strumenti d'indagine*, Roma, 2008.

soggetti degli «invasori dello spazio»⁸. Nel 2006 con il governo Berlusconi, nel 2008 con quello Monti, non diversamente nel 2014 con il governo Renzi, il *look* delle ministre è attentamente vagliato e soppesato dalla stampa intenta ad elargire giudizi su tacchi (sempre troppo alti o troppo bassi), su abiti e accessori elevati a veri e propri metri di misura, utilizzati a favore o contro ministre e parlamentari. Merita sottolineare con Elisa Giomi che, lo stile, qualunque sia, è al centro di critiche che producono effetti normativi. Nessun manifesto interesse, invece, per cravatte e calzature indossate dai leader politici (con l'eccezione di Berlusconi), incolumi dalla «norma dell'esposizione»⁹. Pur mutando nel tempo, tali raffigurazioni accompagnano l'accesso delle donne alla politica e presentano analogie di fondo evidenti nel lungo periodo, quali, ad esempio, la retorica del ridicolo con i suoi effetti svalutativi. Il tema trova espressione negli abbondanti riferimenti alla vacuità che è antitetica alla compostezza, al rigore, alla razionalità, qualità questa, che il governo della cosa pubblica richiede, accuratamente disposte nel bagaglio dell' «uomo politico», espressione della borghesia trionfante, accuratamente precisato tra Otto e Novecento¹⁰. L'argomento meriterebbe, pertanto, di essere indagato nel lungo periodo, secondo una prospettiva storiografica attenta sia alla dimensione culturale sia alla circolazione del messaggio politico nelle società di massa. La promozione di ricerche sui significati che l'«universo semiotico» della politica attribuisce alle differenze di genere nello spazio pubblico, capaci di attingere all'ampia riserva di suggestioni e metodologie prodotta dagli Studi Culturali e, dunque, di attribuire valore e senso all'iconografia¹¹, potrebbe costituire un valido supporto alla costruzione di società più inclusive, ed essere, al contempo, occasione di approfondimento su un sintomo tanto persistente e radicato qual è la disparità di genere nella rappresentanza, e più complessivamente nei ruoli apicali: sfida considerata ineludibile e prioritaria dall'Unione Europea. Gli stereotipi di genere non costituiscono una semplice, lontana astrazione, hanno un impatto sulla vita quotidiana delle persone, riproducono e perpetuano la discriminazione con esiti negativi sull'accesso alle carriere politiche (e non solo), sui successi e sugli insuccessi dei soggetti *in carne ed ossa*. Sono anche veicolo di messaggi che concorrono all'orientamento dell'elettorato e intervengono sulla stessa attrattività della politica.

Nelle pagine che seguono, senza la minima pretesa di esaustività o di completezza, mi propongo di offrire alcune tessere sull'immagine dei parlamentari nei primi vent'anni di storia della Repubblica Italiana. L'arco cronologico prescelto va dal conseguimento del suffragio femminile attivo e passivo (1945-1946) e la IV Legislatura (1963-1968). Questa pe-

8. S. B. Kaiser, «La politica e l'estetica dello stile delle apparenze. Prospettive moderniste, postmoderniste e femministe», in P. Calefato (Dir.), *Moda & Mondanità*, Bari, 1992, 165-194, la cit. è a p. 168.

9. E. Giomi, «Da Drive in alla Makeover Television. Modelli femminili e di rapporto fra i sessi nella Tv berlusconiana (e non)», *Studi culturali*, 1, 2012, 3-27, la citazione è a p. 23. Si vedano anche G. Sensales, A. Areni, A. Del Secco, «Le ministre del centro-sinistra (2006) e del centro-destra (2008) nella stampa italiana: comunicazione politica e rappresentazioni di genere», *Psicologia sociale*, 2, 2012, 203-230; D. Brancati, *Occhi di maschio. Le donne e la televisione in Italia. Una storia dal 1954 a oggi*, Roma, 2011.

10. G. L. Mosse, *La cultura dell'Europa occidentale nell'Ottocento e nel Novecento*, Milano, 1986.

11. P. Burke, *La storia culturale*, Bologna, 2009; Id. *Testimoni oculari. Il significato storico delle immagini*, 2ª ed., Roma 2017.

riodizzazione matura da due principali considerazioni. Il termine *a quo*, 1945-46, indica l'avvento sul palcoscenico politico italiano dell'elettrice e dell'eletta, e la nascita della Repubblica. A quella data, precisamente nel mese di settembre, 13 donne (su 304 membri iniziali poi 430) per la prima volta sono nominate in un'istituzione nazionale, la Consulta, organo provvisorio e non elettivo. L'anno successivo, in occasione delle elezioni amministrative, 2000 elette entrano nei Consigli comunali; il 2 giugno 1946, data del Referendum istituzionale e dell'elezione della Costituente, 21 donne (su 556 membri) siedono in Assemblea. Alle elettrici e alle elette si volge lo sguardo dei partiti politici decisi a conquistare l'elettorato; dell'associazionismo femminile impegnato a formare «la cittadina»; dei media che informano ed orientano la grande massa degli elettori. Il termine *ad quem*, 1968, invece, oltre a coincidere con la fine della IV Legislatura, marca la chiusura di una stagione politica. Dalla fine degli anni Cinquanta e lungo il successivo decennio, malgrado le discontinuità e le congiunture più o meno favorevoli, il Paese ha attraversato «la grande trasformazione» che ha massicciamente investito la dimensione strutturale, sociale e culturale. Non senza limiti e contraddizioni, anche gravi, l'Italia da paese agricolo è diventato un paese industriale, i consumi sono cresciuti e con essi nuovi stili di vita e nuove aspirazioni; i giovani hanno acquisito una visibilità inedita, che avrà sbocco nell'eccezionale protagonismo del '68. La modernizzazione interviene pure sul genere: milioni di donne, anche in seguito alla scolarizzazione che investe il mondo femminile, alle trasformazioni innescate dal «boom economico» tra il '50 e il '60 sono sempre più visibili nello scenario pubblico; occupano il settore industriale, il terziario, il mondo delle professioni. Si approvano importanti leggi che intervengono sulla dimensione pubblica e privata. Matura una nuova consapevolezza che, ai margini degli anni Sessanta, insorge nei movimenti femministi, per molti versi, portatori di istanze lontane dalla tradizione dell'associazionismo di matrice laica e cattolica. Non è certo questa la sede per esaminare l'identità e il ventaglio di posizioni espresse da questo nuovo soggetto politico ma, ai fini del discorso affrontato in queste pagine, conviene ricordare che il femminismo abbandona l'orizzonte dei diritti per rivolgersi soprattutto alla dimensione privata, alle relazioni interpersonali; si colloca al di fuori e «autonomamente» dai partiti, mentre la rappresentanza perde centralità e valore. Una scelta che marca una svolta, se non addirittura una cesura, nella storia dei movimenti delle donne che, fin dalle origini, avevano posto al centro della propria agenda il tema dei diritti. Il «nuovo femminismo» rifiuta questa impostazione e si pone oltre la politica istituzionale. Dal 1945 al 1968, quindi, si assiste alla parabola dell'eletta che passa da catalizzatore, seppure sovente in senso negativo, della stampa e dell'opinione pubblica, a soggetto trascurabile. Un dato confermato dalle stesse cifre percentuali che indicano, dopo un lieve aumento nel 1948, una flessione fino al 1972.

La cesura, però, non riguarda solo il genere ma tocca la società italiana nel suo complesso che vede rapidamente cambiare le coordinate politiche di riferimento. Dal dicembre del 1969, con la strage di Piazza Fontana, l'Italia vive una grave crisi politico istituzionale. L'ondata del terrorismo investe istituzioni e società. Sebbene si manifestino inedite forme di partecipazione democratica – nelle scuole, nelle università, nelle fabbriche e sul territorio – finalizzate al rinnovamento del paradigma della cittadinanza, la democrazia e lo stesso Stato sono in pericolo.

Il presente contributo si incentra su questo primo ventennio di storia della Repubblica Italiana ma, al fine di avviare una prima riflessione su una delle tante eredità che ricadono sulla giovane democrazia, che non può prescindere da una vocazione paritaria e, dunque, dalla definizione di un paradigma della cittadinanza attento alla dimensione di genere, si è scelto di soffermarsi sinteticamente su due categorie che possono essere considerate antenate di quella della «eletta» o *tout court* della «donna politica». La prima è la «femminista», soggetto che acquista una inedita visibilità tra età giolittiana e primo dopoguerra, fase che vede un articolato dibattito nella società, nei partiti, nel Parlamento sulla cittadinanza femminile; la seconda è la «sovversiva» – negli anni del fascismo il termine indica diverse appartenenze – che si colloca oltre i modelli di genere funzionali alle politiche di nazionalizzazione delle masse. Se la femminista rappresenta una minaccia al sistema di genere e, di conseguenza un pericolo per l'ordine sociale e politico, la «sovversiva» è una nemica dello Stato e, in quanto tale, un pericolo per la stabilità di ruoli e modelli ben codificati dal totalitarismo fascista che, pur con le evidenti contraddizioni sottolineate da Victoria De Grazia¹², attua specifiche politiche, compresa la repressione, al fine di mantenere salda la divisione di genere. Le «femministe» e le «sovversive» con la loro azione mettono in discussione la linea di demarcazione tra sfere di competenza maschili e femminili definite sulla base del «naturale» principio che vuole le donne mogli e madri, affidando loro la dimensione privata e al genere maschile quella pubblica¹³.

2. I precedenti

Nel 1918 chi si apprestava a leggere il nuovo libro di Teresa Labriola, *I problemi sociali della donna*, poteva imbattersi in un'annotazione critica sul maschilismo in Italia: «Anche ora durante la grande rivoluzione delle nazioni civili, si osserva l'indifferenza degli uomini verso le donne, in quanto forze sociali». L'indifferenza – che l'intellettuale femminista giudicava «sommamente pericolosa» – era sostenuta da un «atteggiamento ironico e critico degli uomini italiani verso le poche donne organizzatrici, conferenziere, scrittrici di questioni sociali»¹⁴. Sarcasmo e denigrazione sono diffuse dalla satira che testimonia ed alimenta un immaginario discriminante con una galleria di femministe lontane dal canone della bellezza e, in questo gineceo, abitava pure Teresa Labriola¹⁵. Lo stereotipo della femminista, non troppo lontano da quello dell'intellettuale, o meglio, della *donna nuova*, vero e proprio emblema del «primo

12. V. de Grazia, *Le donne nel regime fascista*, Padova, 1993. Sul tema si veda anche: L. Branciforte, *Donne in onda nel ventennio fascista tra modernità e tradizione (1924-1939)*, Soveria-Mannelli, 2018.

13. C. Pateman, *The disorder of women. Democracy, feminism and political theory*, Oxford, 1989; Ead. *Il contratto sessuale*, Roma, 1997.

14. T. Labriola, *I problemi sociali della donna*, Bologna, 1918, 56-57.

15. *Il futuro del Parlamento Illustrato*: «Nel giorno della muliebri vendetta, allor che andran le donne in Parlamento e i maschi faranno la calzetta, avrò su tutte l'altre il sopravvento, e chiederà più spesso la parola, l'avvocata TERESA LABRIOLA».

femminismo», possiede un corpo sproporzionato e sgraziato, tratti somatici irregolari tanto da contraddire l'identità di genere. Gli uomini non possono provare alcuna attrattiva, da qui l'epiteto di «zitelle». L'espressione è densa di significati negativi che vanno dalla frustrazione per il fallimento esistenziale all'invidia, fino all'isteria. L'attacco alle «forze sociali» femminili doveva essere quotidiano e prevedibile se la socialista Luisa Draghi, ne *I dieci comandamenti del socialismo*, suggeriva alle sue compagne: «sprezza chi ride vedendoti un giornale fra le mani e chi t'insulta se accorri ad una conferenza»¹⁶. Le donne che si interessavano alla politica, leggono un giornale o partecipano ad una conferenza erano biasimate, colpevoli della decadenza e responsabili dell'alterazione dell'ordine sociale, a cominciare dalla rovina della propria famiglia. Da qui una serie di caricature di donne alla scrivania e di bambini sofferenti o in pericolo di vita; case abbandonate all'incuria, madri che partecipano a comizi e incontri; interni domestici irricognoscibili a causa del disordine che vi regna, spesso trasformati in luoghi di dibattito politico¹⁷. Per converso, si pubblicano schizzi e disegni di uomini costretti a svolgere i lavori domestici¹⁸; di mariti maltrattati, dileggiati, non considerati, la cui condizione è proiettata su corpi de-virilizzati¹⁹.

Nella storia dei primi movimenti femministi, il Primo Congresso nazionale della donna italiana del 1908 – che rappresenta al contempo il momento di massima espansione e di crisi del movimento – viene consapevolmente trasformato dalle promotrici in una sorta di banco di prova, si direbbe, di autorappresentazione collettiva. Un aspetto sul quale, alla metà degli anni Ottanta, era intervenuta, con largo anticipo rispetto agli sviluppi della storia politica in Italia, Paola Di Cori²⁰. La spettacolarizzazione dell'evento ingaggiata dalle femministe, possibile grazie alla presenza di personaggi noti e alla solennità dei luoghi dove si svolse l'incontro²¹, sfociano in una campagna di stampa di una certa dimensione accompagnata da una pungente satira che ripropone il canone della inadeguatezza femminile alla «cosa pubblica»: «E se non vi

16. A. Buttafuoco, “Sprezza chi ride”. Politica e cultura nei periodici del movimento di emancipazione in Italia, *Nuova DWF*, 21, 1982, 7-34.

17. GEC (Enrico Gianeri), *La donna la moda l'amore in tre secoli di caricatura*, Milano, 1942; “Il voto alle donne”, *Guerin meschino*, 50, 1931; “Se le donne avessero il voto”, *Guerin meschino*, 52, 1923; *Guerin Meschino*, 45, 1926: «Una madre si rivolge alla figlia, una donna sciatta e sgraziata, seduta alla scrivania “Peccato che una ragazza come te si sciupi con la politica invece di prendere marito”».

18. “La tribuna delle signore alla Camera, mentre si discute sul voto alle donne”, *Corriere della Sera*, 29 marzo 1925.

19. P. Morris, F. Ricatti, M. Seymour (Dir.), *Politica ed emozioni nella storia d'Italia: dal 1848 ad oggi*, Roma, 2012.

20. P. Di Cori, “Il doppio sguardo. Visibilità dei generi sessuali nella rappresentazione fotografica (1908-1918)”, in D. Leoni, C. Zadra (Dir.), *La grande guerra esperienze memorie immagini*, Bologna, 1986, 765-799, con particolare riferimento alle pp. 776-778.

21. P. Gabrielli, “Congresso del 1908 e dintorni: qualche riflessione sul “fare politica” delle donne”, *Storia e problemi contemporanei*, 49, 2008, 5-24.

si concedesse niente, come vi vendichereste? – Ingrandendo i nostri cappelli da teatro!!»²². Luigi Lucatelli faceva recitare a un suo personaggio: «Casa mia non è più una casa, ma bensì un anti-pasto di rivoluzione sociale, come ché si è costituito un comitato fra Terresina, la moglie del pizzicagnolo in faccia e la signora Gertrude di sopra. Terresina non abbada più alle faccende! L'altro giorno il riso aveva bollito tanto che era diventato una colla e quando ce lo dissi sa che mi arispose?... Dice: tanto meglio, ci attaccheremo i manifesti del partito!»²³.

L'esposizione delle donne nel corso della Grande guerra, il senso di responsabilità, i sacrifici, le capacità dimostrate nel sostegno al fronte interno, tutte questioni abbondantemente presenti nei tanti appelli suffragisti del dopoguerra, non valsero a modificare le rappresentazioni (e non solo). Del resto la «cultura di guerra» aveva per molti versi ristabilito con successo il predominio del materno, fosse pure sotto la veste della crocerossina o della *mater dolorosa*. L'*Angelo bianco*, al lavoro tra feriti e mutilati, che guida e protegge i soldati disabili, diviene una vera e propria icona, incarnazione della purezza e della virtù. Accanto a lei ci sono la vedova o la madre in gramaglie pronte ad immolare marito e figli alla patria in guerra. Speculare a queste figure è colei che spende in beni di consumo, che pratica il demonizzato lusso, mentre i suoi connazionali muoiono al fronte. Nel dopoguerra, in un'Italia colpita dai lutti, dai pesanti sacrifici, dilaniata da una grave crisi politica e sociale, si riaccende il dibattito sul voto, e, nonostante l'impegno speso per «la patria in guerra», sulle femministe *in primis*, continuano a fioccare accuse. Congegni linguistici e visivi le abbinano alla leggerezza, alla futilità, alla inadeguatezza ed il suffragio diventa, ancora una volta, l'emblema del pericolo. Molteplici gli interventi sulla proverbiale frivolezza e sulla lussuria incarnate in calze di seta, pellicce, estrosi cappelli; oggetti inutili, superficiali per i quali si dilapidano fortune²⁴. L'estetismo, sintomo di degenerazione, si fa traslato dell'insensatezza femminile, così come la vanità. Merita citare almeno la vignetta che vede donne pronte a rinunciare al suffragio pur di non dichiarare di avere raggiunto la maggiore età²⁵. Ricorrenti sono pure incapacità, volubilità o instabilità che, sommati e amalgamati insieme alla lussuria, rimandano alla debole o inesistente eticità. Facendo leva sulla retorica del rovesciamento, una rivista satirica affermava: «La politica è l'arte della menzogna. Ora, non esiste al mondo essere vivente che sappia mentire più della donna». Oltre ad essere scaltre e bugiarde, esse sono pure amanti dell'ozio considerato causa di corruttibilità: «La politica è l'arte del dolce far niente. Ebbene, ma mi sa trovare una specie umana o zoologica che più della donna possenga in

22. Cirillo, «Dopo il Congresso», *Pasquino. Rivista umoristica della settimana*, 1908. Tra le altre pubblicazioni vi sono le caricature delle convegniste.

23. Ficcenaso, «Spigolature di ilarità. Ai tempi delle suffragette», *La Tribuna illustrata*, 4 marzo 1945. Il testo volutamente presenta grossolani errori ortografici a dimostrare la diffusione del femminismo tra le classi meno abbienti e poco alfabetizzate.

24. «Numero» 1919, In tema di elezioni. Una giovane chiede all'altra: «Come giustificherai questa fantastica somma spesa in calze?» La risposta: «Propaganda elettorale».

25. «Il voto alle donne», *Pasquino. Rivista umoristica della settimana*, 24 giugno 1923.

sommo grado questa qualità?»²⁶. La presenza di corpi femminili nella sfera politica abitata al maschile e idealizzata come neutra e desessualizzata rimanda alla promiscuità, dunque, alla sessualizzazione di quello spazio, che trova espressione nella erotizzazione della donna politica. Questo processo ha un *medium* visivo nella corruzione prodotta dallo stesso genere femminile dotato di una forte carica erotica e sessuale. L'avvenenza fisica, intorno alla quale si tesse una antica narrazione che le conferisce il potere, specifico e malefico, di soggiogare gli uomini²⁷, dà luogo alla lascivia e all'inganno, cause del ridimensionamento del potere maschile, minaccia per la morale sessuale e per l'etica.

Le politiche di nazionalizzazione delle masse veicolano modelli omologati, esaltano l'uomo e la donna dello Stato fascista, coloro che si posizionano oltre questa orbita sono considerati «nemici», resi «invisibili» dalla cancellazione della libertà di espressione oltre che dalla condanna al carcere o al confino. Sono visibili, invece, nella documentazione prodotta dalle istituzioni addette al controllo degli oppositori, una fonte preziosa pure per lo studio delle rappresentazioni. Socialiste, comuniste, anarchiche, femministe, per gli «occhi del potere» sono soggetti irrequieti e malvagi, arroganti e prepotenti, trascurano il focolare con gravi conseguenze sugli assetti familiari e sociali. Le «sovversive» sono sfrenate, sono pericole, sono simili alla «popolana ribelle» di Michelle Perrot²⁸ e alla «rossa sguaiata» di Joan Scott²⁹, che nell'Ottocento occupano con disinvoltura lo spazio urbano, le vie e le piazze così come i luoghi di raduno considerati maschili e pericolosi, quali erano le sedi del movimento operaio. La loro mobilità, imprescindibile dalla propaganda, che si svolge in luoghi diversi, e dalla clandestinità, che impone continui cambiamenti di residenza, testimoniano una libertà di movimento interdetta alle donne.

La tematica spazio-tempo, al centro di riflessioni teoriche e studi, si presenta in questo caso quale fertile terreno per comprendere – per dirla con Erving Goffman – l'«orchestrazione» dei rapporti di genere³⁰. L'andatura veloce, il portamento sicuro, l'eleganza o la grossolanità nelle movenze, funzionali all'identificazione, hanno anche lo scopo di rafforzare lo stereotipo negativo.

La scelta della militanza politica, interpretata come una drastica rottura della tradizione, genera un modello che include nelle sue faccettature, presunzione, fanatismo, inganno, immoralità. Eclatante il caso di un funzionario che, lasciando affiorare un sentimento di disprezzo, accusava una detenuta politica di una colpa imperdonabile per la morale

26. «La donna si dà alla vita pubblica», Pasquino. *Rivista umoristica della settimana*, 1 aprile 1923.

27. Ricco di sollecitazioni in tal senso B. Vinken, «Moda e identità», in B. Valli, B. Barzini, P. Calefato (Dir.), *Discipline della moda. L'etica dell'apparenza*, Napoli, 2003, 193-204.

28. M. Perrot, «La femme populaire rebelle», in Ch. Dufrancatel (Dir.), *L'Histoire sans qualités*, Paris, 1979, 123-156.

29. J. W. Scott, «L'ouvrière mot impie, sordide»... Le discours de l'Economie politique française sur les ouvrières 1840-1860», *Masculin-Feminin-1*, 83, 1990, 2-15. Sulla stigmatizzazione delle «rivoluzionarie» P. Gabrielli, *Fenicotteri in volo. Donne comuniste nel regime fascista*, Roma, 1999; E. Bini, «Le pétroleuses: corpi di donne in rivolta», *Genesis*, 2, 2006, 193-216.

30. E. Goffman, «The arrangement between the sexes», *Theory and Society*, 4, 1977, 301-331.

dell'epoca, quella di «trascura[re] i doveri della famiglia» e, per questo motivo, la bollava con il marchio infamante di «donna di poco riguardo»³¹. La mancata assunzione di questo dovere-responsabilità, intorno al quale si codificano i ruoli e le sfere di competenza tra i sessi, vale a dire ciò che è lecito e illecito per le donne e per gli uomini, e si struttura l'identità di genere, trasforma coloro che oltrepassano i confini assegnati al proprio genere, scegliendo la politica rispetto alla famiglia, il pubblico al privato, in un soggetto pericoloso ed ambiguo, dotato di un carisma per certi versi distruttivo:

Atteggiandosi a protettrice delle compagne è riuscita ad accattivarsene l'animo in modo che ad un di lei cenno sarebbero capaci di commettere qualunque disordine. Recentemente è bastato che rivelasse rancore verso una compagna minacciandola di schiaffi, perché costei fosse colpita a sangue da sei energumene, mentre si trovavano a passeggio³².

La «sovversiva» esprime una forza contro natura, passionale, violenta, distruttiva, travolge l'ordine stabilito sia nella sfera pubblica – dove si erge a capo e fomenta la rivolta – sia in quella privata – dove viene meno ad uno dei principali doveri assegnati alle donne, quello di madre. In altri casi tale carica negativa trova una proiezione nel potere seduttivo, subdolo e pericoloso: «Nata e cresciuta in ambiente torbido, ha ereditato dal proprio genitore degenerato e sovversivo, i peggiori sentimenti. Esercitava la prostituzione dandosi di preferenza a militari onde aver modo di professare fra di essi le proprie idee»³³. Da queste tare traeva alimento lo spettro del rovesciamento del potere politico e di quello patriarcale: «Di carattere piuttosto violento, domina il temperamento del marito e del suocero. Si è vantata più volte pubblicamente di saper maneggiare bene la rivoltella e di non temere nessuno [...]. Non si può escludere che sia capace di commettere delitti, specialmente politici»³⁴. Il richiamo all'uso delle armi, proiezione e prerogativa della maschilità, si afferma alla stregua di un congegno retorico capace di suscitare dubbi circa l'autenticità dell'appartenenza di genere e degli orientamenti sessuali del soggetto³⁵.

A questa tipologia femminile di donna poco onorevole, corrisponde la definizione di un preciso modello maschile difforme dal canone della mascolinità egemone³⁶. Vagabondo, violento, impulsivo, ma non irrazionale, è infatti il «sovversivo». La sua pericolosità è data

31. Archivio Centrale dello Stato (Roma) (d'ora in avanti ACS), *Ministero dell'Interno, Direzione Generale di Pubblica Sicurezza, Casellario Politico Centrale*, (d'ora in avanti CPC), b. 2370, *Lea Giaccaglia*, Regia Prefettura di Bologna, 9 novembre 1931.

32. ACS, CPC, b. 2370, *Lea Giaccaglia*, Regia Prefettura di Bologna, 9 novembre 1931.

33. ACS, CPC, b. 514, *Egle Gualdi*, Telegramma espresso di Stato, Divisione Carabinieri Regi, Reggio Emilia, al Comando Arma dei Carabinieri, 24 dicembre 1926.

34. ACS, CPC, b. 2206, *Vanda Fuschini*, Regia Prefettura di Forlì, Forlì 4 agosto 1930.

35. J. B. Elshtain, *Donne e guerra*, Bologna, 1991. Per una diversa rappresentazione della ribelle si veda C. Papa, «Torino 1917: le donne fra tumulto e rivoluzione», in G. Allegri, A. Longo (Dir.), *Rivoluzione fra mito e costituzione. Diritto, società e istituzioni nella modernità europea*, Roma, 2017, 243-262.

36. R. W. Connell, *Maschilità. Identità e trasformazioni del maschio occidentale*, Milano, 1996.

dalla capacità di agire, quindi, di scegliere. Tutti *cliché* che ritroviamo in abbondanza nella letteratura, sorgente alla quale attingere ritratti di operai pigri, alcolizzati, farabutti, sensuali, criminali, figure quanto mai lontane dalla laboriosità e dall'equilibrio elevati a codici di riconoscimento e di autorappresentazione della borghesia³⁷. Il decentramento rispetto all'immagine codificata rende questi uomini insolubili rispetto ad uno dei principali dover loro assegnati, qual è garantire l'onore delle donne. Essi, per molti versi, possono definirsi speculari all'immagine della sovversiva.

3. «Deputatesse» e deputati della Repubblica

Nel 1945 il suffragio, insieme con la destabilizzazione dei ruoli di genere causata dalla guerra totale, genera il fantasma del «disordine» veicolato dalla efficace metafora del «salto nel buio». In agguato c'era allora, come già nel passato, il timore del rovesciamento dei ruoli e del potere. Come egregiamente sentenza ancora nel 1948 la «La Tribuna illustrata»: *Donne alla camera: vuoto in cucina*³⁸.

A ridosso del conflitto bellico si definiscono le forme del nuovo stato italiano e del governo, si sceglie la nuova classe politica, si plasma il volto della nuova repubblica italiana. Lungo questo crinale si colloca la definizione del nuovo ceto politico e il suo accreditamento elettorale che, nelle società di massa, transita non esclusivamente in strategie e programmi ma in simboli, miti, leader, sui quali si fondano e dai quali traggono linfa le religioni politiche³⁹. Sempre in questa fase si riattiva il nesso tra corpo della nazione e corpo delle donne, basti pensare all'Italia turrata o alla bella fotografia di Federico Patellani che affida ad una giovane donna dai tratti considerati tipici della bellezza mediterranea, l'incarnazione della Repubblica Italiana. Esempio, tra le altre, una vignetta che riferendosi alla prima notte di nozze, ritrae in una camera da letto con tappezzeria tricolore, una giovane Italia che, seduta su un letto, si scioglie i capelli e poco lontano da lei, il Presidente della Repubblica si sveste⁴⁰. Le grandi trasformazioni successive alla Liberazione investono pure la definizione dell'uomo politico, un soggetto all'altezza dei tempi capace di incutere fidu-

37. O. Blanc, "Femmes et Révolution, l'exemple d'Olympe de Gouges", *Cahier du GRHIS*, 17, 2006, 53-63.

38. La duchessa minima, "Donne alla Camera vuoto in cucina", *La Tribuna illustrata*, 16 maggio 1948.

39. Sul tema delle religioni politiche, sia in Italia sia all'estero, si dispone di un'ampia bibliografia, hanno rappresentato un apripista in questo ambito gli studi di Emilio Gentile, si veda tra gli altri *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, 1993 e *Le religioni della politica fra democrazie e totalitarismi*, Roma-Bari, 2001. Per l'Italia repubblicana M. Ridolfi, *Propaganda e comunicazione politica: storia e trasformazioni nell'età contemporanea*, Milano, 2004 e *Italia a colori. Storia delle passioni politiche dalla caduta del fascismo ad oggi*, Firenze, 2015. Sull'avvento della società di massa e nuove forme della politica influenzate dalla cultura commerciale, resta fondamentale M. Y. Ostrogorski, *Democrazia e partiti politici*, a cura di G. Quagliariello, Milano, 1991.

40. "Prima notte", *Il Travaso*, 7 luglio 1946.

cia e rispetto, di rispecchiare soprattutto i modesti cambiamenti in atto nel Paese, lontano dalla invadente, tracotante virilità del maschio fascista incarnata *in primis* da Mussolini⁴¹.

È nell'immediato dopoguerra, infatti, che riecheggia con maggiore insistenza l'antitesi normalità-anormalità: una polarità di lungo periodo – come si è accennato –, un'utile unità di misura per classificare soggetti e definire modelli, compiti, funzioni, comportamenti con le loro coerenti aspettative sociali. Dal profondo pozzo di stilemi e immagini, un'ampia e ricca riserva di «costruzioni» funzionali a vecchie gerarchie e asimmetrie, si attinge per definire l'antitesi normalità-devianza, per ribadire la «naturale estraneità» delle donne alla dimensione pubblica perché prive di equilibrio, saggezza, attitudine alla scelta e, dunque, propensione alla responsabilità individuale e collettiva. La contaminazione e la fluidità dei ruoli sono i temi massicciamente utilizzati per lanciare l'allarme su «un mondo alla rovescia», per richiamare l'attenzione sulla virilità minacciata dalla invasione di un agente estraneo. La caricatura politica – un genere sostanzialmente diretto ad un pubblico maschile e alla dimensione emotiva – pur nell'esagerazione che le è propria, si rivela una fonte fruttuosa per cogliere gli umori più profondi del Paese. Le pagine satiriche ricompongono e restituiscono, seppure nella deformazione e nell'amplificazione, i tratti della mentalità dell'epoca, i preconcetti e i luoghi comuni più diffusi che, in altra veste, ritroviamo pure in altri generi. È il caso di alcuni rotocalchi, che pubblicano fotografie e commenti stereotipati. «Oggi» sosteneva che democristiani e comunisti avevano conquistato il consenso femminile in cambio di calze di nylon e di seta⁴².

In qualche caso, si avvicina al canone stigmatizzante la documentazione prodotta dalle istituzioni, come conferma il dibattito alla Costituente sulle professioni femminili, compresa la magistratura, nel corso del quale gli oppositori ricorrono ad un concentrato di luoghi comuni, ai binomi antitetici ragione-sentimento, resistenza fisica-debolezza» come nel caso del democratico cristiano Giuseppe Cappi:

Il dovere di dire che una delle ragioni principali per cui ha espresso parere contrario all'ammissione delle donne nella magistratura è che, almeno oggi, nella coscienza popolare non vi è la convinzione che le donne possano esercitare — soprattutto indiscriminatamente — la funzione di giudice. Si dovrebbe fare, semmai, un *referendum*; in ogni modo riassume la ragione della sua opposizione in questa proposizione: a suo parere, nella donna prevale il sentimento al raziocinio, mentre nella funzione del giudice deve prevalere il raziocinio al sentimento.⁴³

L'esempio più eclatante del persistere di una cultura arretrata basata sulla disparità di genere è quello di Enrico Molè, della Democrazia del lavoro, che sosteneva: «E' soprattutto

41. L. Passerini, *Mussolini immaginario*, Roma-Bari, 1991.

42. "Calze alle elettrici", *Oggi*, 21 maggio 1946.

43. Atti dell'Assemblea Costituente, Commissione per la Costituzione, Assemblea Plenaria, resoconto della seduta pomeridiana di venerdì 31 gennaio 1947, 26, G. Cappi, 263.

per i motivi addotti dalla scuola di Charcot, riguardante il complesso anatomo-fisiologico, che la donna non può giudicare»⁴⁴.

La sessualizzazione dello scenario pubblico, la promiscuità dei generi, data la sua attitudine a trasporre la relazione tra corpo e politica, corruzione sessuale e corruzione politica, è largamente presente, incarnata da donne discinte nell'abbigliamento, con le zone erogene sottolineate. Soggetti che evocano lo spettro della lascivia, della lussuria femminile con i suoi catastrofici effetti sulla morale pubblica. «Giovanna la compagna» possiede un corpo eroticizzato, indossa un abito attillato e corto, fuma e dichiara con strafottenza a un probabile marito che non sarà più «tutta sua» ma del «popolo»⁴⁵. Non lontana da questa caricatura una giovane donna, provocante e in abiti discinti afferma: «mio marito mi proibisce di presentarmi come candidata al parlamento. E pensare che invece ho tanta disposizione a fare la donna pubblica»⁴⁶. L'attrazione erotica si conferma quale temibile tentazione per gli uomini, causa di infantilizzazione e regressione da cui scaturiscono oziosità, imbecillità, sciocchezza, inidoneità. Insomma si trasferiscono sul maschile le cosiddette prerogative femminili.

La definizione di un'estetica femminile (e maschile), dunque, interseca il «discorso» politico, pertanto, individuare il grado di condivisione, rifiuto, manipolazione dei canoni estetici può aiutare nella decodificazione degli stereotipi di genere in politica.

La figurina smalzata, spesso provocante, dalle zone erogene delineate, in pose scomposte, di bella presenza convive con il suo contrario. Se in alcuni casi si sottolinea l'avvenenza delle deputate, tanto da citare le loro chiome bionde, nominarle Miss Parlamento, soprattutto ad essere deplorata è l'assenza di qualità estetiche che sconfinava nella sgradevolezza o, addirittura, nell'animalità, secondo una costruzione radicata e storicamente sperimentata nel discorso politico finalizzata alla definizione della antitesi amici-nemici, superiori-inferiori, estraneità-attinenza⁴⁷. La bruttezza, frutto della morbosità, rimanda all'indissoluto, all'illecito, a «caratteri degenerativi», tra i principali l'invidia, «passione deformante e velenosa che viene scatenata nelle donne dalla bellezza dell'altra, e finisce per ritorcersi contro loro stesse deturpandole nel corpo e nell'anima»⁴⁸. Questo stereotipo ha una sua appendice nell'inversione di genere. La donna politica assume la veste di un soggetto dai tratti virili. Lineamenti pronunciati, accenni di barbe, toraci villosi, peluria diffusa, corpo robusto spesso muscoloso, uso della sigaretta, pose sgraziate, le conferiscono un'identità sessuale incerta. La questione delle virtù fisiche femminili storicamente si in-

44. Atti dell'Assemblea Costituente, Commissione per la Costituzione, Assemblea Plenaria, resoconto della seduta pomeridiana di venerdì 31 gennaio 1947, 26, E. Molè, 263.

45. <http://www.eletteedeletti.it>.

46. Vignetta, *Cantachiaro*, 14 dicembre 1945.

47. A. Ventrone, *Il nemico interno. Immagini e simboli della lotta politica nell'Italia del '900*, Roma, 2005; F. Cammarano, S. Cavazza (Dir.), *Il nemico in politica. La delegittimazione dell'avversario nell'Europa contemporanea*, Bologna, 2010.

48. E. Pulcini, "Specchio, specchio delle mie brame...". *Bellezza e invidia*, Firenze, 2017, 23; E. Pulcini, *Invidia. La passione triste*, Bologna, 2011.

terseca – come suggerisce Stephen Gundle – con la costruzione dell’identità nazionale⁴⁹, le deputate contraddicono la rappresentazione dominante sulla «bella italiana». Esse rientrano – come le antenate impegnate in politica – in un modello indesiderabile e si riaffacciano le «zitelle», ed è solo in virtù di tale deplorabile condizione che le donne si occupano di politica, nell’attesa e nella speranza di trovare un buon marito.

Il messaggio sulla presunta insufficienza di doti pubbliche è rafforzato dall’insistente richiamo all’estetismo: la bramosia di possedere abiti, cappelli, pellicce, gioielli, è uno dei *leit motiv* – si è già detto – della satira politica, ma nel secondo dopoguerra, il messaggio, espresso con formule differenti, trova spazio in diverse sedi, quotidiani e riviste. Fino dalla loro prima apparizione ufficiale, sulle Costituenti fioccano considerazioni sul corredo vestimentario. Si commentano tagli di abiti, colori, cappelli, ventagli, acconciature, tutti oggetti che intervengono sullo «stato grezzo» di una donna per restituire una femminilità manipolata⁵⁰. La relazione tra politica, estetica, genere – come diversi studi hanno messo in luce – trasferisce sul corpo femminile le appartenenze sociali e politiche⁵¹.

Tra il 1945 e il 1948 frivolezza e civetteria si danno la mano, esaltate da una serie di commenti sul *look*, secondo una pratica discorsiva finalizzata a ribattere la costruzione che vuole le donne dedite in maniera superficiale alla moda e riconduce, proprio evocando il permanere di antichi stereotipi, la novità del protagonismo femminile nell’alveo della tradizione. Si depotenziava in tal modo – come denunciava la giornalista Anna Garofalo e con lei una rivista femminile – professionalità ed esperienza politica⁵². L’attrattività del messaggio era amplificata e rafforzata dalle note sui colori. Nero, beige, rosso, giallo, marrone, rosa, turchino, viola; pois e fiori, merletti e stoffe vaporose, fiocchi e colletti erano i componenti di una disomogenea, persino disordinata, immagine, cui si contrapponeva quella dell’austero parlamentare, con un corpo raccolto in un elegante completo scuro sempre accompagnato dall’impeccabile cravatta, secondo uno stile fedele all’imperativo: «niente fuori posto». Nei primi anni della Repubblica, gli eletti non sono oggetto di insistenti osservazioni. Tutt’al più, si può dare risalto a qualche particolare, quale il basco di Nenni, cappello largamente diffu-

49. Il riferimento è a S. Gundle, *Figure del desiderio. Storia della bellezza femminile italiana*, Roma, 2007. Sullo stesso discorso vedi C. Forth, *Masculinity in the Modern West: Gender, Civilization and the Body*, Basingstoke, 2008; C. Fletcher, S. Brady, R. Moss and L. Riall (Dir.), *The Palgrave Handbook of Masculinity and Political Culture in Europe*, Basingstoke, 2018.

50. C. Evans, M. Thornton, *Women and Fashion: a new look*, London, 1989, 13: «La storia della donna assume una forza speciale quando la si osserva attraverso lo sguardo sul corpo nudo e vestito. La trasformazione, significante forte per la figura femminile, s’inscrive in mutazioni stilistiche che parlano di un cambiamento in ambito sociale e culturale».

51. B. Vinken, «Moda e identità», in B. Valli, B. Barzini, P. Calefato (Dir.), *Discipline della moda. L’etica dell’apparenza*, Napoli, 2003, 193-204, la citazione è a p. 194. Su questi processi storici fondamentale G. L. Mosse, *Sessualità e nazionalismo. Mentalità borghese e rispettabilità*, Roma-Bari, 1984. Si veda anche E. Mora, «La moda italiana dell’uomo integrato», in E. dell’Agnese, E. Ruspini (Dir.), *Mascolinità all’italiana. Costruzioni, narrazioni, mutamenti*, Torino, 2007, 106-108.

52. A. Garofalo, *L’italiana in Italia*, Bari, 1956, 45. P. V. S., «La repubblica delle donne ovvero il referendum sul referendum», *Per voi signora. Rivista mensile di moda tessuti e lavori*, 1946.

so nell'emigrazione antifascista e la sua cravatta rossa: oggetti simbolo di un'appartenenza politica. In qualche caso, si cita la trascuratezza. Il comunista Emilio Sereni indossava una camicia color crema aperta; l'azionista Leo Valiani, e qualche altro con lui, si presentavano ai lavori della Costituente con la camicia, certo rigorosamente abbottonata, ma senza cravatta⁵³.

La mancanza di decoro più che l'essere fuori moda di alcuni, quasi sempre esponenti della sinistra, trasmette sostanzialmente il loro essere fuori luogo, inadeguati ai compiti che l'incarico pubblico richiede⁵⁴ e denota una debole lealtà verso le istituzioni.

Se questa è la rappresentazione che emerge dalla stampa, estremizzata dalla satira, merita sottolineare che le scelte delle singole deputate presentano un panorama assai meno omologato e uniforme da cui traspare quanto abiti e accessori vengano usati con cognizione nella costruzione della donna pubblica:

La moda portata – osserva A. Carlo Quintavalle – è qualcosa che esula completamente dalla progettazione dello stilista ed anche dalla realizzazione del suo progetto come viene presentata alle sfilate o nelle riviste di moda. La moda portata è un test vero e proprio sulla cultura vestimentaria dei singoli, ma soprattutto è il momento delle proiezioni dei miti dei singoli, dei singoli procedimenti, a livello di scelte dei singoli, in relazione all'immaginario collettivo⁵⁵.

La questione di un consono corredo vestimentario è tutt'altro che ignorata dalle dirigenti consapevoli che «lo stile delle apparenze», inteso quale aspetto visibile delle identità «foggiate tramite l'uso dell'abbigliamento e degli accessori, l'acconciatura dei capelli ed il tipo di trucco e tutti i procedimenti usati per modificare la forma e l'aspetto del corpo»⁵⁶, si attesta quale territorio tutt'altro che secondario per la formazione di un'élite politica⁵⁷, tanto da essere considerato da qualcuna fondamentale nella formazione di quadri dirigenti.

I documenti raccolti restituiscono parlamentari che non vestono certo con casualità, come conferma una fotografia che ritrae quelle del Pci uniformate in semplici abiti scuri, a distinguerle solo qualche piccolo discreto fiocco o colletto bianco. In questo caso, facendo propria la tesi di Roland Barthes, circa la distinzione tra *costume*, corrispondente alla istituzione indipendente dall'individuo, e *vestito* che rimanda alla realtà individuale, si direbbe che le parlamentari comuniste propendono per il primo⁵⁸. Nell'immediato dopoguerra, la preoccupazione di non «distaccarsi» troppo dallo stile spartano delle donne dei ceti popolari,

53. "Primo giorno della Consulta", *Domenica*, 30 settembre 1945.

54. A. Lurie, *The Language of Clothes*, New York, 1981, 34-35.

55. A. C. Quintavalle, "Archivio della moda", en A. Nodolini (Dir.), *Brunetta. Moda, critica, storia*, Parma, 1981, III-XLII, la citazione è a p. XI.

56. S. B. Kaiser, "La politica e l'estetica dello stile delle apparenze. Prospettive moderniste, postmoderniste e femministe", en P. Calefato (Dir.), *Moda & mondanità*, Bari, 1992, 165-194, la citazione è a p. 166. Per un quadro sul dibattito sempre della stessa, "Studi culturali e fashion theory", *Annali d'italianistica*, 24, 2006, 199-209; C. Sorba, "The clothing of politics in XIX-XXth centuries", *Contemporanea*, 4, 2018, 527-540.

57. A. C. Quintavalle, "Archivio...", *op. cit.*, XI.

58. R. Barthes, *Sistema della moda*, Torino, 1970.

come già nel passato, è visibile. Si potrebbe osservare, sulla scorta delle osservazioni di George Simmel, che l'imitazione inverte il senso, si muove verso il basso invece che verso l'alto. Ma tali scelte confermano l'avvio di una ricerca estetica capace di restituire la nuova identità della donna italiana divenuta cittadina e rappresentante della Repubblica. Negli anni successivi il quadro cambia. Esse, al di là delle appartenenze politiche e generazionali, individuano nel completo gonna e giacca l'abito libero dagli «impedimenti»⁵⁹. Affermatosi tra Otto e Novecento come abito «da uso», il *tailleur* «di stoffa ruvida e resistente, quasi maschile, e dalle tinte per lo più neutre»⁶⁰, comincia a diffondersi occupando il guardaroba delle signore della piccola e della media borghesia. Soprattutto il capo diviene un simbolo dell'emancipazione femminile. La sua praticità e semplicità lo rendono apprezzabile agli occhi delle suffragiste come confermano le rigorose giacche e le altrettanto lineari gonne delle divise adottate dalle suffragiste inglesi di primo Novecento.

Se nel 1917 è soprattutto la reinterpretazione di Coco Chanel a renderlo famoso, occorre anche tenere presente che la grande guerra, affidando alle donne nuovi compiti, aveva fatto del completo gonna e giacca la sua fortuna, così come lo farà la seconda guerra mondiale che, date le ristrettezze, consiglia confezioni dalle linee semplici, giacche strette, gonne al ginocchio sui quali intervenire con gli accessori a seconda dell'occasione e l'ora del giorno⁶¹. A partire dagli anni Cinquanta, il capo si afferma, con le variazioni dettate dalla moda, prima tra tutte il taglio morbido, come «abito della donna politica». Un dato che può essere letto quale manifestazione di un diverso rapporto con lo spazio e dettato dalla volontà di rappresentare il corpo libero da ornamenti che possono anche essere impedimenti, ostacoli al movimento, in sintesi, un modo di tutelare la propria indipendenza. Il messaggio passa attraverso il corpo, un corpo plasmato da numerosi dispositivi disciplinari ma anche «veicolo del nostro essere nel mondo che lo stare al mondo ci costringe ad aggiustare continuamente»⁶². Nel secondo dopoguerra, con maggiore evidenza dalla fine del decennio, il *tailleur*, appare come l'unico omologabile, o almeno analogo, al classico completo maschile. Nel 1961, la prima Tribuna Politica che vede la partecipazione femminile, le deputate dei diversi schieramenti, appaiono curate nel vestire, ben pettinate e, tra le più giovani, è il caso di Tullia Carrettoni c'è chi sfoggia una *mise* distinta ed originale. Da queste immagini televisive, da quelle pubblicate sulla stampa, si coglie come molte siano estranee all'omologazione al modello maschile, quanto piuttosto alla ricerca di uno stile proprio⁶³.

59. Si vedano le osservazioni di M. A. Trasforini, «Le flâneuses». Corpi spazi di genere fra modernità e post-modernità», *Studi culturali*, VII, 2, 2010, 239-260, la citazione è a p. 242.

60. A. Gigli Marchetti, *Dalla crinolina alla minigonna: la donna, l'abito e la società dal 18 al 20 Secolo*, Bologna, 1995, la citazione è a p. 176.

61. S. Gnoli, «Un secolo...», *op. cit.*, 94.

62. C. Guillaumin, «Il corpo costruito», *Studi culturali*, 2, 2006, 307-342, la citazione è alle pp. 334-335.

63. Di indubbio interesse la vicenda di Adele Bei alla ricerca di un proprio stile, si veda a proposito M. A. Serci, «La sindacalista in abito bianco. Alcune note per una biografia di Adele Bei», in P. Giovannini, B. Montesi, M. Papini (Dir.), *Le Marche dalla ricostruzione alla transizione, 1944-1960. Atti del Convegno di studi*, Ancona, 1999, 298-331.

Nel dopoguerra, i deputati, lontani dalle rigide pose dei notabili dello Stato liberale e ancor più decisi a distaccarsi dal machismo fascista, si affidano ad un corredo vestimentario sobrio e rigoroso, contraddistinto però da una certa rigidità. Domina il blu ma presto la «mascolinità vestimentaria» dell'uomo politico affianca questa tinta al grigio nelle sue diverse *nuances*⁶⁴. Colore per eccellenza della moderazione e della dedizione, l'importanza simbolica dell'abito grigio la conferma Joan Sloan con il suo romanzo, del 1955, «L'uomo dal vestito grigio», la storia di un uomo d'affari americano – poi interpretato nell'omonimo film da Gregory Peck – che affronta con conformità e successo la carriera sacrificando la propria individualità⁶⁵. Se «la moda italiana costituisce uno dei motori dell'innovazione dell'immagine maschile nell'ultima parte del XX secolo», è altrettanto possibile affermare che i consumi in questo settore restano sostanzialmente «convenzionali»⁶⁶. Una tendenza che riguarda a maggior ragione i politici attenti a scrivere con i propri corpi la formalità. La «politica delle apparenze», dunque, toccava (e tocca) da vicino gli uomini. Come sottolinea Roger Chartier, la corporeità maschile è un dispositivo capace di «fabbricare il rispetto e la sottomissione, per produrre una costrizione interiorizzata che si rende necessaria in ogni società civilizzata, dove non sia possibile esercitare una violenza immediata degli uni sugli altri»⁶⁷. Fasciati in una sorta di «uniforme» che «rende manifesta la rinuncia dell'uomo a un'apparenza vistosa, non degna di lui e nasconde il corpo individuale sotto un anonimo abito «funzionale» i parlamentari addottano un look atto ad affermare il «potere maschile disincarnato, che di fatto coincide simbolicamente con il potere esercitato largamente dalle e nelle istituzioni politiche, amministrative, economiche»⁶⁸.

4. All'insegna dello stile e dell'affabilità

Nel volgere di qualche anno il quadro italiano cambia e con esso il corredo dei politici⁶⁹. Tra la fine degli anni Cinquanta e lungo il successivo decennio, con il trionfo del Life American Style, l'«impero irresistibile» – per dirla con Victoria De Grazia – dei consumi si insinua prepotentemente nella vita delle e degli italiani inducendo ad altri bisogni ed eleggendo le donne

64. E. Scarpellini, «Gli studi sulla moda come settore storiografico emergente», *Memoria e ricerca*, 50, 2015, 11-25, la citazione è a p. 20. Si rimanda a B. Burman, C. Turbin (Dir.), *Material strategies. Dress and gender in historical perspective*, Malden-Mass, 2003.

65. D. J. Cole, N. Deihl (Dir.), *Storia della moda dal 1860 ad oggi*, Torino, 2016, 69. Per i colori si veda almeno M. Pastoreau, *Bleu. Histoire d'une couleur*, Paris, 2000. M. Pastoreau, *Les couleurs de notre temps*, Paris, 2003.

66. E. Mora, «La moda italiana e l'uomo integrato», in E. dell'Agnese, E. Ruspini, (Dir.), «Mascolinità...», *op. cit.*, 103-126, la citazione è a p. 105.

67. E. Mora, «La moda italiana...», *op. cit.*, 106-108.

68. E. Mora, «La moda italiana...», *op. cit.*, 107-108

69. Si veda S. Gundle, *I comunisti italiani tra Hollywood e Mosca. La sfida della cultura di massa (1943-1991)*, Firenze, 1995.

a consumatrici di merci destinate alla cura e alla valorizzazione del corpo⁷⁰. Il discorso sulla moda ne è investito e mostra presto più di un'ambivalenza, lo conferma il cinema cartina al tornasole dei processi sociali. Se Luciano Emmer, in *Le ragazze di Piazza di Spagna*, del 1953, ambientato nella sartoria delle sorelle Fontana, vera e propria eccellenza in quegli anni, fa della moda il «sinonimo di perdizione», al contrario – osserva Silvia Gnoli – in *Il mondo le condanna*, di Franciolini, l'ex prostituta poi indossatrice Renata vi trova la via della salvezza⁷¹. La moda assume sensi diversi e, con il tempo, la demonizzazione va affievolendosi. La società dei consumi giudica «la politica dell'apparire» in rapporto ai suoi canoni estetici: i politici sanno seguire la moda? Sono adeguati? Queste le domande di fondo sottese a tanti servizi. Lungo gli anni Sessanta, la rappresentazione di uomini e donne cambia sensibilmente, non si richiama alla civetteria o alla sciatteria, si diffondono ritratti di deputate in abiti da cerimonia, da sera, nell'onnipresente tailleur. Ancora una volta, insieme agli scenari che fanno da cornice, è l'abito a tracciare il confine tra il formale e il privato e si afferma come segnale dell'adesione al rituale del vestire che muta con il cambiare dell'ora e del luogo⁷². Compaiono abiti leggeri e informali indossati durante le vacanze e il tempo libero. Non è tanto diverso per gli uomini politici che nel dopoguerra vediamo in tenuta da montagna, sono note a riguardo le fotografie di De Gasperi e Togliatti⁷³. Qualche anno dopo, quando il mare diventa sinonimo di vacanza e di benessere, i politici appaiono sotto gli ombrelloni nelle spiagge, in barca, ma anche fasciati in eleganti abiti completi scuri, con tanto di papillon: la moda oramai non è più ostentazione di lusso e di ricchezza⁷⁴ ma segno di adeguamento ai tempi e modernità, il look resta fondamentale nella sessuazione sociale dei corpi⁷⁵. La moda suggerisce nuovi tagli, uno stile più agile e disinvolto e certamente la *palette* si allarga ad altre tinte e *nuances*: motivi stampati geometrici o a fiori occupano pure gli armadi delle elette come testimonia una bella fotografia di Giglia Tedesco, del Pci, mentre il pratico e lineare *chemisier* trionfa adottato da coloro che propendono per uno stile sobrio e ricercato, come conferma un'immagine di Tullia Carrettoni del 1963 che esibisce un abito chiaro con tasche alte, una cintura a sottolineare il punto vita, collana di perle, orecchini, perfetta acconciatura corta e unghie laccate⁷⁶.

70. S. Gundle, "I comunisti italiani...", *op. cit.*

71. S. Gnoli (Dir.), *Moda italiana 1950-1970*, s.l., 2001.

72. A. C. Quintavalle, "Archivio...", *op. cit.*, XI: «La moda portata è una scrittura, sarebbe a dire che è una scrittura del corpo, e quindi scena, rappresentazione, invenzione di una gestualità individuale».

73. Si veda M. Marsili, "De Gasperi and Togliatti: political leadership and personality cults in post-war Italy", *Modern Italy*, 3, 1998, 249-261.

74. S. Gnoli, "Un secolo...", *op. cit.*, 178. Per un quadro sul tema moda e costruzioni di genere si veda D. Crane, *Questioni di Moda. Classe, genere e identità nell'abbigliamento*, Milano, 2004. S. Cassagnes-Brouquet, Ch. Dousset-Seiden, "Genre, normes et langages du costume", *Clio. Femmes, genre, Histoire. Costumes*, 36, 2012, 7-19; *Clio. Femmes, genre, Histoire. Objets et fabrication du genre*, 40, 2014.

75. C. Guillaumin, "Il corpo...", *op. cit.*, 307-340.

76. <http://www.eletteedeletti.it>; Stefano Pivato ha efficacemente descritto questi cambiamenti in riferimento alla parabola ascendente di Valentina Tereschkova, l'astronauta sovietica, nel 1963 prima donna nello spazio, esaltata anche per le sue virtù fisiche. Un personaggio che rappresenta un paradigma della evo-

Sempre negli anni Sessanta si diffonde l'uso degli accessori, segno e strumento per eccellenza della differenziazione⁷⁷:

Cosmetics, fashion goods, accessories, and other goods that could be worn or carried fuelled the imagination. They were especially suggestive - scrive Stephen Gundle - since they bore directly on personal identity and promised the immediate realization of a trasformation of the self into something different and better⁷⁸.

Storicamente limitati per gli uomini, gli accessori si confermano come proiezione della femminilità e – una volta usciti dalle strettoie imposte dalla Ricostruzione ai consumi – saranno largamente usati nella definizione della donna e dell'uomo politico⁷⁹. Foulard, spille, fili di perle, orecchini, borse per le signore; occhiali, in alcuni casi da sole per gli uomini, come un tempo cappelli e bastoni, fanno la loro comparsa.

I bastoni che avevano troneggiato in tanti ritratti tra Otto e Novecento, sono scomparsi, unico scenario che li contempla è quello alpino, lo stringe tra le mani anche Nilde Iotti. Si indossano occhiali con montature lineari e semplici, l'orologio è portato con discrezione, all'occhiello della giacca raramente si vedono fiori, fanno eccezione le serate di gala, mentre dal taschino si affacciano lindi e stiratissimi, probabilmente inamidati, fazzoletti bianchi: sono segno di distinzione ma il loro candore rimanda all'igiene, compresa quella morale, e al decoro⁸⁰. Le cartelle in cuoio o pelle divengono una sorta di protesi dall'uomo politico, al loro interno si raccolgono ordinatamente carte e appunti di lavoro: sono l'emblema della laboriosità.

La tavolozza del politico vede l'aggiunta di nuovi elementi, colori chiari in estate, paltò in tessuto *jacquard* o *occhio di pernice*, abiti in *principe di Galles*, qualcuno – è il caso di Giulio Andreotti – lasciate le scarpe con i lacci, indossa pratici, robusti mocassini. Le cravatte passano dalla tinta unita alla fantasia rigata, qualcuno azzarda decisi contrasti cromatici.

I politici appaiono disinvolti, il cappello non è più segno di distinzione né per i signori né per le signore. Ne indossa con disinvoltura uno a larghe falde De Gasperi; Togliatti a capo scoperto sfoggia un taglio di capelli che lascia libera la fronte; Nenni indossa il basco che può essere letto come segno di evasione e di differenziazione dal contesto. A colpire sono le

luzione che investe la raffigurazione del “corpo della comunista”. S. Pivato, *I comunisti sulla luna. L'ultimo mito della Rivoluzione russa*, Bologna, 2017.

77. R. Barthes, *L'Overture sociologique*, Paris, 1985, sostiene che gli accessori sono costituiti da differenze.

78. S. Gundle, *Glamour. A History*, London, 2008, 389.

79. Sull'uso degli accessori per marcare le differenze individuali e identitarie e la sua evoluzione si veda A. Giancola, “Accessori: strategie della moda e identità giovanile”, in B. Valli, B. Barzini, P. Calefato (Dir.), *Discipline della moda. L'etica dell'apparenza*, Napoli, 2003, 237-250; L. Schettini, “Oggetti del desiderio o corpi del reato? Abiti, accessori, fotografie e modelli di genere tra Otto e Novecento”, *La camera blu. Rivista di studi di genere*, 9, 2013, e della stessa *Il gioco delle parti. Travestimenti e paure sociali tra Otto e Novecento*, Firenze, 2012.

80. Sulla storia degli oggetti e gli studi sulla cultura materiale si veda C. Lunghi, M. A. Trasforini (Dir.), *La precarietà degli oggetti: estetica e povertà*, Roma, 2010.

pose, comprese quelle dei ritratti. Le parlamentari, come i loro colleghi, acquistano nel tempo corporeità, distribuiscono sorrisi che infondono simpatia e serenità. La «politica del sorriso» suggerita da Concetto Marchesi al PCI affascina tutte le forze politiche⁸¹ e la figura del leader vi si adegua smorzando l'atteggiamento distaccato del politico di età liberale e prendendo nettamente le distanze dalle pose virili di Mussolini⁸². Si assiste alla pubblicazione di immagini meno statiche che riducono la distanza tra il deputato e l'elettorato.

Nel dopoguerra il «privato» dell'uomo politico resta a lungo un ibrido: il giardino della propria casa, lo sfondo di panorami alpini, mentre la dimensione relazionale è citata con lo scopo di rafforzare la completezza del soggetto che resta saldamente collocato nello spazio pubblico⁸³. Ritratti nella propria abitazione, nel proprio giardino, al caminetto, essi godono il meritato riposo tra la moglie e i figli. Si tratta però di brevi pause, la mente del politico resta rivolta alla gestione della cosa pubblica anche quando viene colto in un momento conviviale, come al tavolo di un ristorante, o nel proprio salotto. Gli eletti appaiono stereotipicamente caratterizzati da virtù pubbliche ed abitano lo spazio pubblico, il loro corpi sono proiettati verso l'esterno caratterizzati dall'azione. La paternità, elemento tutt'altro che trascurabile nella definizione del maschile, ha subito un duro colpo con la guerra, tanto da poter richiamare ad un'intera generazione di orfani, senza padri reali perché partiti in guerra né simbolici data la catastrofe cui le precedenti generazioni hanno condotto l'Italia⁸⁴. Le fotografie presentano i politici con figlie e mogli, esse sono una sorta di cornice che ingentilisce il quadro. Nel caso di Togliatti, l'enfasi sulla figlia adottiva conferma ideali e appartenenza politica. Le immagini che riguardano gli interni privilegiano la scrivania oggetto simbolo del lavoro intellettuale che il ruolo di eletto richiede: il privato della dimensione maschile sta cambiando, ma continua a restare escluso o, comunque, sullo sfondo del palcoscenico pubblico. Almeno fino al Cinquanta, per le elette, invece, in risposta all'immagine radicata della ribelle sguaiata e pericolosa, capace di soggiogare gli uomini, partiti di massa e associazioni femminili scelgono una strategia difensiva che trova espressione nella maternità, quasi a dimostrare la possibilità di coniugare ruoli considerati antitetici, essere madre e professionista della politica al contempo, e di scongiurare l'allarme sulla mascolinizzazione. Si riproduce così quella costruzione che affida agli uomini la padronanza dello spazio e la proiezione del corpo verso l'esterno,

81. Si vedano S. Gundle, "I comunisti italiani...", *op. cit.*; F. d'Almeida, "Vendere al meglio la propria immagine: mimica facciale e seduzione da parte dei parlamentari francesi e italiani", in A. Baravelli (Dir.), *Propagande contro. Modelli di comunicazione politica nel XX secolo*, Roma, 2005, 227-246. Su consumi e genere resta fondamentale a V. De Grazia, E. Furlough (Dir.) *The Sex of Things: Gender and Consumption in Historical Perspective*, Berkeley, 1996.

82. S. Gundle, *From Mussolini to Berlusconi: Masculinity and Political and Leadership in Post-war Italy*, London, 2018.

83. Sul rapporto spazi-genere e sulla città costruzione discorsiva, M. A. Trasforini, *Arte a parte. Donne artiste tra margini e centro*, Milano, 2000; con particolare riferimento al saggio di Pollock e della stessa "Le flâneuses...", *op. cit.*; G. Nuvolati, *L'interpretazione dei luoghi: flânerie come esperienza di vita*, Firenze, 2013. Ch. Bard (Dir.), *Le genre des territoires: féminin, masculin, neutre*, Angers, 2004.

84. A. Gibelli, *Il popolo bambino. Infanzia e nazione dalla Grande guerra a Salò*, Torino, 2005.

alle donne il ripiegamento sul proprio spazio corporeo. La limitazione spaziale del genere femminile ha quale risultato una pratica del corpo orientata verso ambiti ridotti quali la casa, la famiglia. I corpi femminili, iscritti in una spazialità statica, rimandano alla immobilità, mentre cornice familiare e relazionale, si è accennato, fanno da sfondo alle immagini delle elette, sebbene le loro biografie rivelino un livello di esperienze politiche significative, esse continuano almeno fino alle soglie degli anni Cinquanta a essere valorizzate in quanto madri.

Successivamente, i processi di modernizzazione che vedono affacciarsi, seppure a fatica, altri modelli e stili di vita, oltre ad una visibilità femminile nel mondo del lavoro e del terziario, investono pure la rappresentazione della politica. Si coglie un aumento quantitativo di immagini che ritraggono i politici in casa, in vacanza, in occasioni conviviali. Tale orientamento interviene sull'immagine austera, sull'«uomo tutto d'un pezzo», per rappresentare soggetti in carne ed ossa con interessi e sentimenti non troppo distanti da quelli nutriti dall'elettorato, mentre le pose disinvolte rimandano alla relazione e all'affabilità. Se nel 1954 Amintore Fanfani è ripreso con la madre che sembra porsi garante dell'eleganza del figlio, nel decennio successivo sul divano con la moglie e il figlio è fotografato Loris Fortuna; Cesare Merzagora è, invece, ripreso a passeggio con la moglie: le pose sono assai meno convenzionali rispetto al passato e sembrano suggerire un nuovo «posizionamento» delle donne nella famiglia, non più ancelle – versione dominante il primo decennio della Repubblica – ma come compagne di vita.

Il «privato» predilige diversi palcoscenici: le vacanze, gli interessi culturali e gli svaghi, i viaggi. La narrazione è più dinamica e marginalizza l'icona della perfetta casalinga. Alle soglie degli anni Cinquanta le rappresentazioni diffusissime nel dopoguerra, dell'uomo soggiogato dalle virago appartengono oramai al passato. L'immagine di soggetti sopraffatti, poco virili è utilizzata sostanzialmente per indicare rapporti gerarchici tra i diversi partiti. La perdita di virilità resta centrale nella rappresentazione dei «deboli» ma diviene metafora dei rapporti politici interni ai parlamentari. Senza lesinare si ricorre al binomio oppositivo mascolinità-potere, femminilità-sottomissione, sottintesi restano i canoni egemonici eterosessuali. La messa in ridicolo – se si escludono i trinariciuti e le trimammellute di Giovanni Guareschi – passa attraverso categorie e valutazioni iscritte nella dimensione politica: vincitori-vinti, forti-deboli, astuti-ingenui, arguti-ignoranti⁸⁵.

La «costruzione dei corpi» della donna e dell'uomo politico, il loro «posizionamento» nell'arena pubblica possono concorrere alla riproduzione di disuguaglianze e asimmetrie e possono contribuire alla lettura delle culture politiche dell'Italia Repubblicana.

Potrebbe essere utile sondare in profondità queste rappresentazioni allargando la visuale ai media che, negli anni Sessanta, acquistano centralità nella formazione di nuovi immaginari⁸⁶.

85. M. Y. Ostrogorski, *Democrazia e partiti politici*, a cura di G. Quagliariello, Milano, 1991.

86. M. Ravveduto, *La nazione del miracolo. L'Italia e gli italiani tra Storia, memoria e immaginario (1963-1964)*, Roma, 2018.

VIRIATHUS AND NUMANTIA RISE UP IN ARMS IN
AL-ANDALUS: THE DISCOURSE ON HISPANICS DURING
THE TENTH CENTURY

Viriato y Numancia se alzan en armas en al-Andalus: el discurso sobre los hispanos durante el siglo X

Jorge Elices Ocón

Universidade Federal de São Paulo (Brasil)

jorge.elices.ocon@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0002-4794-7934>

Fecha recepción: 11.06.2019 / Fecha aceptación: 08.12.2019

Resumen

El presente artículo analiza la recepción de la figura de Viriato y Numancia en las fuentes árabes. Durante el siglo X, ambos episodios son recuperados por dos obras andalusíes, gracias a la utilización y traducción de obras clásicas, en concreto, las *Historias* de Orosio. Mi contribución analiza ambas obras y centra la atención en el relato elaborado por el historiador cordobés Aḥmad al-Rāzī

Abstract

This paper analyses the reception of Viriathus and Numantia in the Arabic sources. In the tenth century, both episodes were recovered and preserved in two Andalusian works, thanks to the use and translation of classical works, in particular, the *Histories* of Orosius. My contribution examines both works, focusing in particular on the account written by the Cordovan historian Aḥmad al-Rāzī

* Este artículo ha sido elaborado gracias al apoyo de la beca FAPESP, 2018/15102-7 y FAPESP-BEPE 2019/11019-0, recogiendo los resultados de la investigación doctoral desarrollada gracias a una FPU12/03709.

(m. 344/955), rescatando este discurso del olvido y señalando su origen, valor y trascendencia posterior dentro de la historiografía medieval hispana.

Palabras claves

Viriato, Numancia, Orosio, Aḥmad al-Rāzī, al-Andalus, Iberia prerromana, historiografía medieval hispana.

(died 344/955) and indicating its origin, value and subsequent importance within Hispanic medieval historiography.

Keywords

Viriathus, Numantia, Orosius, Aḥmad al-Rāzī, al-Andalus, Pre-Roman Iberia, Medieval Hispanic Historiography.

VIRIATO ES UNA FIGURA QUE HA LLAMADO LA ATENCIÓN de los investigadores. Su vida, las campañas emprendidas contra los romanos, sus victorias y su muerte final a manos de unos compañeros traidores siempre han estado marcada con tintes dramáticos. La propia frase de Quinto Servilio Cepión al recibir a los asesinos de Viriato (y que no aparece en las fuentes clásicas) se presta bien a ello: ¡Roma no paga a traidores!¹. Lo mismo podemos decir con respecto a Numancia y la resistencia de los celtíberos a los asedios romanos hasta el punto de preferir morir a entregarse al enemigo, imagen plasmada en la obra de Cervantes o en el conocido cuadro de Alejo Vera y Estaca (1880-1881) en el Museo del Prado². Todo ello ha hecho que corran ríos de tinta, construyéndose con ello dos mitos nacionalistas para la historiografía más tradicional y para algún que otro investigador, mientras que para muchos otros historiadores se trata de dos episodios con múltiples facetas que de-construir y seguir desentrañando todavía.

1. Sobre la figura de Viriato en la historiografía: A. Schulten, Adolf, “Viriato” (traducido por Pericot García, Luis) *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 2/3 (mayo-junio) y 4-6 (julio-diciembre), 1920, 126-149, 272-281; A. Guerra y C. Fabião, “Viriato: Genealogía de um Mito”, *Penélope. Fazer e desfazer a história* 8, 1992, 9-23; M. V. García Quintela, “Viriato y la ideología trifuncional indoeuropea”, *Polis*, 5, 1993, 111-138; J. Alvar Ezquerro, “Héroes ajenos: Aníbal y Viriato”, en J. Alvar Ezquerro y J. M^a. Blázquez Martínez (eds.), *Héroes y antihéroes en la antigüedad clásica*, Madrid, 1997, 137-154; M. Pastor Muñoz, *Viriato: la lucha por la libertad*, Madrid, 2000; *ibidem*, *Viriato: el héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*, Madrid, 2004; *ibidem*, “Viriato: historia compartida, mito disputado”, en J-G. Gorges, et al. (eds.), *Lusitânia romana. Entre o mito e a realidade (Actas da VI Mesa-Redonda Internacional sobre a Lusitânia Romana)*, Cascais, 2009, 129-148; M. S. D. Neves, “Entre nacional e local, entre história e memória: estratégias para uma patrimonialização identitária de Viriato”, *Sphera Pública* (no especial), 2010, 211-229; T. Aguilera, “Leroe indomito. Viriato nella mitologia nazionalista spagnola”, en J. Bassi y G. Canè (eds.), *Sulle spalle degli antichi. Eredita classica e costruzione delle identità nazionali nel Novecento*, Milano, 2014, 165-179.

2. Sobre Numancia en la historiografía: M. Álvarez Martí-Aguilar, “Modelos historiográficos e imágenes de la Antigüedad: El cerco de Numancia de Miguel de Cervantes y la Historiografía sobre la España Antigua en el siglo XVI”, *Hispania Antiqua* 21, 1997, 545-570; A. Jimeno Martínez, “Numancia. Pasado sentido, pasado vivido”, *Trabajos de Prehistoria* 57, 2, 2000, 175-193; A. Jimeno Martínez y J. I. De la Torre Echávarri, *Numancia, símbolo e historia*, Tres Cantos, 2005; J. I. De la Torre Echávarri, “Numancia: usos y abusos de la tradición historiográfica”, *Complutum* 9, 1998, 193-212; *ibidem*, “El pasado y la identidad española, el caso de Numancia”, *Arqueoweb. Revista sobre Arqueología en Internet* 4/1, 2002, 1-32; *ibidem*, “Plumas, cinceles y pinceles: la construcción de la imagen de Numancia”, en AAVV, *Numancia eterna, 2150 aniversario: la memoria de un símbolo*, Salamanca, 2017, 251-274.

Viriato ha sido objeto también de una serie televisiva que ha servido de actualización y reescritura de este icono de la historia de la nación española, coincidiendo con los años más duros de la crisis económica. Ahora parece volver a la carga de la mano de la política española más rancia de la última década, que quiere ver en la resistencia de los hispanos un símbolo de la identidad y los rasgos de los españoles del siglo XXI. Diversos grupos y personas vinculadas al nacionalismo español y la extrema derecha evocan así el pasado como «épica y heroísmo para nuestras almas dormidas», atacando los avances conseguidos por la sociedad bajo el amparo de diversas cuentas creadas en las redes sociales bajo el título de Viriato de VOX o Escudo de Viriato³.

Mi contribución tiene como objetivo seguir deconstruyendo e investigando estos dos episodios como la única forma de desautorizar y exponer esas lecturas partidistas y tergiversadas de la historia. En este sentido hay un aspecto que, aunque fundamental, no ha sido tratado con profundidad por parte de la historiografía española⁴. El nombre de Viriato aparece en las fuentes árabes del siglo X cuando su nombre estaba completamente olvidado y no parecía ser de ninguna utilidad. Igualmente se rescata el nombre y la resistencia de Numancia. Esto es muy sorprendente. ¿Qué dicen estas fuentes y por qué se rescatan estos dos episodios en al-Andalus?

Mi objetivo es responder a estas preguntas y contribuir de este modo a solventar el vacío existente en la historiografía en relación con las fuentes y crónicas árabes. Estas fuentes y su concepción de la historia prerromana de Hispania y de los Hispanos tuvieron un papel trascendental e influyente en el posterior desarrollo de la historiografía cristiana, medieval y moderna. Pretendo ahondar en las fuentes escritas para evidenciar que la figura de Viriato y la imagen de Numancia elaboradas en el siglo X reunieron una serie de narrativas, memorias e identidades culturales, y que fueron objeto de una atención y reelaboración interesada por parte de los califas omeyas de al-Andalus para ofrecer con ello una lectura particular, tanto del pasado como del presente.

3. Puede verse por ejemplo el mensaje publicado en Facebook por Gonzalo Toledo Mágico en Hogar Social, el 14 de junio de 2016, al que pertenece la cita, así como las cuentas de *Viriato de VOX* (@Viriato10467867) en Twitter y *Escudo De Viriato* en Facebook, creadas más recientemente. Igualmente F. Pina Polo, “Héroes suicidas. La *Iberiké* de Apiano y la creación de mitos del nacionalismo español”, en A. Duplá Ansuategui, *et al.* (eds.), *Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatás Cabeza*, Zaragoza, 2014, 571-578.

4. La reciente y excelente tesis doctoral de T. Aguilera, compañero y amigo en la Universidad Autónoma de Madrid, supone una notable excepción a este vacío: *Bárbaros y héroes: recepción de la Iberia prerromana en la España moderna*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2018. En línea en: <https://repositorio.uam.es/handle/10486/684254>. [Consulta: 17.05.19]

1. Viriato y Numancia en el siglo X

Las visiones sobre Viriato y Numancia como episodios icónicos se remontan a los momentos inmediatamente posteriores a la conquista romana de Hispania, considerando pues las primeras fuentes relativas a Iberia y las circunstancias en las que se gestaron estas narrativas relativas al *barbaricum* hispano, partiendo de los modelos helenísticos, adaptados por el imperialismo romano, en el caso de las obras de Livio, Apiano, Diodoro o Estrabón, y llegado finalmente a las diatribas entre cristianismo y paganismo en la tardo antigüedad, con la obra de Orosio como claro exponente.

De este modo, las primeras referencias ahondan en las figuras de Viriato y Numancia como modelos de un mundo bárbaro, primitivo y peligroso, apuntándose ya la idea de una natural belicosidad de los pueblos hispanos como uno de sus rasgos más destacados dentro del discurso político y etnográfico que permitía justificar las derrotas y el largo proceso de pacificación, así como legitimar y ensalzar la conquista romana. La recreación que hace Tito Livio de la conquista romana, marcada por los conflictos del final de la república, ratifican la hegemonía romana, justifican las acciones violentas emprendidas, y exaltan el orden establecido por Augusto, celebrando el proceso civilizador auspiciado por Roma⁵. Ideas que, el *Epítome de Tito Livio* de Lucio Anneo Floro, contribuyó a transmitir a las centurias posteriores⁶. Estrabón también ahonda en la idea de la labor benefactora y civilizadora de Roma, capaz de hacer remitir la tradicional ferocidad y belicosidad asociada a los pueblos hispánicos, particularmente en el caso de los celtíberos, astures y cántabros⁷. Por su parte, Apiano, en su *Iberiké*, ofrece una relectura que, aun concordando en sus rasgos fundamentales con la versión de Livio, presenta también aspectos singulares, como son algunas críticas o concesiones a la

5. Tit. Liv. *Ab. Urbe. Cond.* XXXIV, 9, 4. E. Bedon, “Le modèle romain, obstacle à la compréhension du monde barbare: l'exemple des peuples hispaniques chez Tite-Live”, *Les Études Classiques* 77/1, 79-94; A. Mayorgas Rodríguez, “Los bárbaros hispanos de Livio en la Segunda Guerra Púnica”, en G. Bravo y R. González (eds.), *Conquistadores y conquistados: relaciones de dominio en el mundo romano*, Madrid-Salamanca, 2014, 255-268.

6. N. Santos Yanguas, “El testimonio de Floro y la romanización de Asturias”, *Studia Historica. Historia Antigua* 4-5, 1986-1987, 37-51; G. Hinojo Andrés e I. Moreno Ferrero (eds.), *Floro. Epítome de la Historia de Tito Livio*, Madrid, 2000.

7. F. J. Gómez Espelosín, *Estrabón. Geografía de Iberia*, Madrid, 2007. Particularmente: Str. *Geog.* III.4.13 y 20 y III.2.15. Acerca de su tratamiento del *barbaricum* hispano: A. Domínguez Monedero Domínguez Monedero, “Reflexiones acerca de la sociedad hispana reflejada en la “Geografía” de Estrabón”, *Lucentum* 3, 1984, 201-218; 1988a; D. Plácido Suárez, “Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano”, *Habis* 18-19, 1987, 243-256.; M. V. García Quintela, “Una dialéctica de la distancia: Estrabón sobre Iberia y la Oikumene”, en F. Prados Martínez, I. García, G. Bernard, et al. (eds.), *Confines: el extremo del mundo durante la antigüedad*, Alicante, 2012, 49-72; G. Cruz Andreotti (ed), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Málaga, 1999 y “Estrabón e Iberia: la construcción de una identidad histórica”, *Studia Historica. Historia Antigua* 32, 2014, 143-152.

resistencia hispana en la medida en la que estas permiten ensalzar a algunos protagonistas, como los Escipiones, y vilipendiar a otros, como Sulpicio Galba⁸.

Cabe así un pequeño espacio para una narrativa de tono positivo sobre Viriato y Numancia. Este es el caso de la versión transmitida por Diodoro, atribuida a Posidonio, en el que Viriato adquiere los rasgos de un rey-sabio propio de la filosofía cínica y estoica, destacándose su austeridad y dignidad⁹. Igualmente, en el caso de Apiano, Viriato ejerce un liderazgo que garantiza la defensa de su comunidad¹⁰ y Floro se refiere a él como *Hispaniae Romulus*¹¹.

En época tardo antigua, *Historiae adversus paganos*, la obra de Orosio, adaptó y reformuló buena parte de estos tópicos, garantizando su perduración en los siglos venideros, e influyendo también de forma clara en los autores andalusíes, como veremos. El objetivo de la obra era demostrar que los problemas que acuciaban al imperio romano a comienzos del siglo V no eran consecuencia del cristianismo, sino que en realidad, los tiempos pre-cristianos habrían sido más turbulentos. Con ello, Orosio incidió aún más en las críticas a los episodios más controvertidos de la conquista romana y ensalzó la resistencia hispana¹². Los episodios de Viriato y Numancia se convirtieron así en ejemplos paradigmáticos de la versión más negativa del imperialismo romano, al tiempo que se exaltaba la belicosidad, dignidad y virtudes demostradas por los hispanos¹³. Se trata pues de una relectura moral del pasado, desde una óptica universal y cristiana, que aun reelaborando viejos tópicos, ofrecía, sin embargo, un modo de reinventar el pasado que habría de resultar atractivo siglos después.

Concretamente, el pasado prerromano vuelve a ser objeto de atención en el siglo X, un momento único en al-Andalus por diversos motivos. Habitualmente se destaca como aspecto más notable la conformación del Califato de Córdoba, un estado islámico centralizado, quizás el más fuerte en la península ibérica desde la disolución del Imperio Romano. Además, el siglo X fue un momento de esplendor comercial y cultural sin precedentes¹⁴. Sin embargo, hay un aspecto realmente novedoso que no suele ser tenido en cuenta. El siglo X es testigo de un cambio fundamental: las fuentes clásicas aparecen de nuevo en la historiografía

8. F. J. Gómez Espelosín, “La imagen del bárbaro en Apiano. La adaptabilidad de un modelo retórico”, *Habis* 24, 1993, 105-124 y Apiano. *Guerras ibéricas. Aníbal*, Madrid, 2016; F. Pina Polo, “Héroes suicidas”, *op. cit.*

9. Diod. Sic. *Bib. Hist.* XXXIII, 1 y 7. M. N. Muñoz Martín, María Nieves (ed.), *España en la Biblioteca Histórica de Diodoro Sículo*, Granada, 1976; J. J. Torres Esbarranch, (ed.), *Diodoro de Sicilia. Biblioteca Histórica. Libros IV-VIII*, Madrid, 2004.

10. App. *Hisp.* 75.

11. Flor. *Ep.* I.33.15. R. López Melero, “Viriatus Hispaniae Romulus”, *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia Antigua* 1, 1988, 247-262.

12. Oros. *Hist.* V.1.4-6.

13. Oros. *Hist.* V.5.1-4.

14. P. Guichard, *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, Barcelona, 1976; M. Acién Almansa, *Entre el feudalismo y el islám. Úmar ibn Hafsun en los investigadores, en las fuentes y en la historia*, Jaén, 1994; P. Chalmeta, *Invasión e islamización: La sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*, Madrid, 1994; E. Manzano Moreno, *Conquistadores, emires y califas: Los omeyas y la formación de al-Andalus*, Barcelona, 2006.

hispana como recurso fundamental para narrar la historia. Hasta entonces, los autores, árabes o cristianos, solo tenían en cuenta las fuentes sagradas (*La Biblia* o *El Corán*) y algunas obras y tradiciones locales y orientales¹⁵. Tan solo las crónicas astures de finales del siglo IX habían recurrido al uso de fuentes antiguas, especialmente a la obra de Isidoro de Sevilla. Los datos recopilados habían servido para, en el caso de la *Crónica Albeldense*, elaborar el sucinto relato de la historia de los reyes y emperadores romanos y del reino visigodo¹⁶. Ahora, sin embargo, las fuentes árabes hacen acopio de múltiples fuentes clásicas, que seleccionan, traducen, comparan y complementan con otras noticias provenientes de la tradición local o de fuentes orientales, para componer un relato histórico mucho más completo y ambicioso. De este modo, en el siglo X, las fuentes árabes aluden a Hércules, Julio César, Octavio Augusto, Leovigildo o Recaredo y les atribuyen la fundación de ciudades y la construcción de diversos monumentos antiguos¹⁷.

Dos obras evidencian este cambio tan significativo: el *Kitāb Hurūšiyūs* y el *Ta'rīj fī ajbār mulūk al-Andalus* (*Historia de los reyes de al-Andalus*) de Aḥmad al-Rāzī (m. 344/955). Ambas obras ponen de manifiesto la utilización de las fuentes clásicas e hispanas disponibles para redactar, respectivamente, la historia universal y peninsular. Ambas fueron elaboradas en la ciudad de Córdoba, en contacto con la corte omeya, durante la primera mitad del siglo X, y ambas constituyen sendos pilares del nuevo discurso de legitimación del califato sustentado en el pasado. Las dos contienen referencias a Viriato y Numancia que merecen atención.

1.1. El *Kitāb Hurūšiyūs*: Iberia prerromana traducida al árabe

Por lo que respecta al *Kitāb Hurūšiyūs*, podemos decir que se trata de una obra extraordinaria. El único manuscrito que se conserva se encuentra en la Universidad de Columbia (Nueva York) y está incompleto. Gracias al índice del libro sabemos que la obra no solo es una traducción del *Adversus paganos historiarum libri septem*, de Paulo Orosio, sino que los traductores continuaron el relato hasta la conquista de la península¹⁸. Por lo tanto, no se trata de una mera traducción, sino toda una crónica autónoma que refunde diversos textos para completar y añadir nuevos datos a la obra de Orosio. Entre estas fuentes utilizadas destacan

15. M. A. Makkī, “Egipto y los orígenes de la historiografía árabe-española. Contribución al estudio de las primeras fuentes de historia hispanomusulmana”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, 5, 1957, 1-2, 157-248; M. Marín, “Legends on Alexander the Great in Moslem Spain”, *Graeco-Arabica* 4, 1991, 71-89.

16. La *Crónica Albeldense* ha sido editada en *Crónicas asturianas* por J. Gil, J. L. Moralejo y J. I. Ruiz de la Peña, con una introducción y estudio, 1986, 153-188.

17. J. Elices Ocón, *El pasado preislámico en al-Andalus: fuentes árabes, recepción de la antigüedad y legitimación en época omeya* (ss. VIII-X). Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid, 2017, 113-168. En línea en: <https://repositorio.uam.es/handle/10486/679950>. [Consulta: 11.05.19]

18. G. Levi della Vida, “La traduzione araba delle Storie di Orosio”, *al-Andalus*, 19, 1954, 257-293; L. Molina, “Orosio y los geógrafos hispanomusulmanes”, *Al-Qantara*, 5, 1984, 63-92; *Kitāb Hurūšiyūs: traducción árabe de las “Historiae adversus paganos” de Orosio*, edición de Mayte Penelas, Madrid, 2001; Ch. Sahner, “From Augustine to Islam: Translation and History in the Arabic. Orosius”, *Speculum* 88, 2013, 905-31.

obras tardoantiguas y visigodas. La *Cronica Maiora* de Isidoro y la *Biblia* son las principales referencias y, en menor medida, la *Cosmografía* de Julio Honorio, el *De viris Illustribus* de San Jerónimo o las *Etimologías* y la *Historia Gothorum* de San Isidoro. E incluso habría que añadir una o varias fuentes más todavía sin identificar que reportan algunas noticias puntuales sobre los emperadores romanos, sobre la historia de la Iglesia o sobre los hechos posteriores a Orosio. En cualquier caso, la lista de obras consultadas y la extensión del relato dan buena cuenta de la magnitud del proyecto de traducción que se acometió¹⁹.

Por último, sabemos también las circunstancias en las que se llevó a cabo la traducción. Según indican los autores árabes, la obra de Orosio habría llegado a la península como un regalo enviado por el emperador bizantino *Armāniyūs* al califa ‘Abd al-Raḥmān III en el año 337/948-9. La obra fue traducida «para el omeya al-Ḥakam al-Mustanṣir [al-Ḥakam II] por el cadí de los cristianos y Qāsim b. Aṣḥab»²⁰. Según ha apuntado Mayte Penelas, existen evidencias que confirmar que al menos uno de los traductores era cristiano, quizás Ḥafṣ b. Albar al-Qūṭī, mientras que Qāsim b. Aṣḥab habría supervisado el texto árabe de la traducción, completada probablemente en el segundo cuarto del siglo X²¹. Además, sabemos que la traducción de Orosio es anterior a la obra de Aḥmad al-Rāzī (m. 344/955), puesto que éste la empleó en su propia obra. También está claro que Qāsim b. Aṣḥab, *mawlā* de los omeyas y preceptor de ‘Abd al-Raḥmān III y al-Ḥakam II, fue maestro del propio Aḥmad al-Rāzī. Y por último, parece evidente también que la obra de Orosio no habría llegado desde Constantinopla. Esta sería una versión bastante edulcorada de la realidad, puesto que la obra de Orosio era bien conocida en la península y aparece mencionada por ejemplo en el catálogo de una de las bibliotecas cristianas de la época conservado en el manuscrito *Escorialense R. II 18* (Ovetense)²².

¿Qué información contiene el *Kitāb Hurūṣiyūs* sobre Viriato y Numancia y en que medida la traducción sigue fielmente o altera el original de Orosio? Por lo que se desprende del estudio comparativo de ambos pasajes es que el «Orosio árabe» sigue de cerca el original latino. Orosio mencionaba ambos episodios y el *Kitāb Hurūṣiyūs* alude efectivamente a Viriato el lusitano (*Firyāt min Ithal Luṣidānia*), a los pretores romanos como *qā’id* (pl. *quwwād*) y señala las razias de Viriato por el Ebro y el Tajo, recogiendo detalles como los catorce años que se mantuvo en pie su sublevación, siguiendo siempre el texto latino²³. Y lo mismo podemos señalar con respecto a la resistencia de Numancia (*Numāṣia*) que tanto Orosio como *Hurūṣiyūs* relatan de manera detallada²⁴.

19. *Kitāb Hurūṣiyūs*, 372, n° 223. Sobre las fuentes del *Kitāb Hurūṣiyūs*, 47-66.

20. Ibn ʿUyūn, *Ṭabaqāt al-aṭibba*, prólogo, p. k-k’/trad. L. Molina, “Orosio y los geógrafos”, op. cit, 67; Ibn Jaldūn, *Taʾrīj Ibn Jaldūn al-musammā bi-K. al-ʿIbar*, 1867, II, 88 y 197 y 1956, II, 169 y 401-2/trad. L. Molina, “Orosio y los geógrafos”, op. cit, 67.

21. *Kitāb Hurūṣiyūs*, 33.

22. En él se alude a unos *Libros Orosii*, en referencia a la *Historia adversus paganos* de Orosio.

23. Orosio, *Hist.* V, 4, 1-5, 12-4 y *K. Hurūṣiyūs*, 255 y 257, n° 5-7, 10 y 12.

24. Orosio, *Hist.* V, 7, 1-18 y *K. Hurūṣiyūs*, 262-3, n° 28-32.

1.2. Aḥmad al-Rāzī: una obra única y un relato singular

Por su parte, la obra de Aḥmad al-Rāzī es una historia preislámica centrada en la península ibérica y es una obra única y en cierto modo «visionaria». Se divide en tres grandes apartados: descripción geográfica de la península ibérica, historia preislámica e historia de al-Andalus tras la conquista musulmana y con ello adopta un esquema muy significativo dentro de la historiografía altomedieval hispana, porque al-Rāzī hace de la península ibérica el centro de atención y el sujeto histórico de su obra.

La obra del historiador cordobés no es una «continuatio» de la obra de San Isidoro, como pueden ser consideradas la *Crónica arábigo-bizantina del 741* y la *Crónica Mozárabe del 754*, ni se centra en la historia de un pueblo, como hacía el propio Isidoro en su *Historias Gothorum*. Es algo nuevo y diferente. Sí resulta algo similar con respecto a la *Crónica Albedense*. Ambas contienen una introducción geográfica y una relación de la historia de Roma y del reino visigodo. Sin embargo, la obra del cronista cordobés resulta mucho más ambiciosa y minuciosa, e incluye el relato de la Iberia prerromana, ausente en la crónica asturiana²⁵.

La importancia y singularidad de la obra de al-Rāzī contrasta con los problemas que existen para identificarla. Actualmente no se conoce ningún manuscrito original y solo se puede contar con la amplísima transmisión que tuvo la obra de al-Rāzī, abarcando cuatro tradiciones literarias (árabe, latín, portugués y castellano) en un arco cronológico que va desde el siglo X al XVII y que incluye a múltiples autores y obras. La más significativa de estas obras es la denominada *Crónica del moro Rasis*, una crónica del siglo XV que es la traducción castellana de una primera versión portuguesa, realizada sobre el original del historiador cordobés por encargo del rey portugués Dinis (1279-1325) y llevada a cabo por el clérigo Gil Pérez y un alarife llamado Muḥammad²⁶.

Estos problemas con respecto a la obra de al-Rāzī han generado algunas dudas sobre la autenticidad de la obra y sobre las fuentes empleadas por el historiador. La primera cuestión ha sido ya superada y, en la actualidad se admite que, pese a estos problemas, la obra de al-Rāzī incluía una sección dedicada a la historia prerromana y a la figura de Viriato²⁷. En cuanto a las fuentes, el debate oscila entre afirmar que el historiador cordobés utilizó una am-

25. L. Molina, “Reseña de Nicola Clarke, *The Muslim Conquest of Iberia: Medieval Arabic Narratives*, Londres–New York, 2012”, *Al-Qantara*, 35-2, 2014, 611 y A. García Sanjuán, “Territorio y formas de identidad colectiva en al-Andalus (siglos VIII-XV)”, *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 43, 2015, 123-144.

26. *Crónica del moro Rasis, versión del ajbār mulūk al-andalus de aḥmad ibn Muḥammad ibn mūsà al-rāzī, 889-955; romanizada para el rey don dionís de Portugal hacia el 1300 por mahomad, alarife y gil Pérez, clérigo de don perianes porçel*, D. Catalán y M. S. De Andrés, (eds.), Madrid, 1975.

27. Una relación de las menciones y reflexiones suscitadas entre los diversos especialistas en: P. De Gyangos, “Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del moro Rasis”, *Memorias de la Real Academia de la Historia*, VIII, 1850, 21-100; C. Sánchez Albornoz, “La *Crónica del moro Rasis* y la *Continuatio Hispana*”, *Anales de la Universidad de Madrid*, Letras III, 3, 1934, 229-265; *Ibidem*, *Fuentes latinas de la historia romana de Rasis*, Buenos Aires, 1942; *Adiciones al estudio de la Crónica del moro Rasis*, Madrid, 1978; *Crónica del moro Rasis, op. cit.*, xi-xxx; L. Molina, “Sobre la procedencia de la Historia preislámica in-

plia selección de fuentes (la *Crónica* universal de San Jerónimo, el *Breviarium* de Eutropio, la *Historia Gothorum* y las *Etimologías* de San Isidoro, la *Crónica* de Juan de Biclario y la *Crónica mozárabe del 754*) o que se basó en una supuesta compilación mozárabe que aunaba estas noticias provenientes de las fuentes clásicas, la cual se limitó a copiar²⁸.

Lo que sí resulta claro es que el «Orosio árabe» fue una de las fuentes fundamentales del historiador cordobés, quién habría recurrido a la traducción árabe de manera directa. Sin embargo, algunas de las noticias incorporadas por al-Rāzī en su obra no se encuentran en el *Kitāb Hurūšiyūs* y parecen haber sido tomadas de la *Crónica* de San Jerónimo, las obras de Isidoro de Sevilla, la crónica de Juan de Biclario, la *Crónica del 754* o incluso la obra de Tito Livio. Del mismo modo, el historiador cordobés no se conformó con copiar las noticias le pudieran interesar, sino que amplió la información recurriendo a nuevas fuentes y referencias, incorporando también tradiciones locales y noticias de hallazgos de inscripciones y estatuas que complementaban y refrendaban su relato de los hechos²⁹.

¿Qué información recopila al-Rāzī sobre Viriato y Numancia? Considerando que al-Rāzī recurre al *Kitāb Hurūšiyūs* como una de sus fuentes principales, cabría pensar que ambas obras ofrecerían un relato similar, sin embargo, este no es el caso. El relato de al-Rāzī es cuanto menos singular. Curiosamente, además, este es el único caso en el que ambas crónicas divergen de manera notable. Parte del problema reside en las versiones que tenemos de la obra de al-Rāzī. La versión de *Rasis* es la siguiente:

E quando andaua la era de Adam en tres mil e quinientos e ochenta e dos años, creçio la desauenencia entre el señor de Cordoua e el señor de Toledo, e fazianse tanto mal los vnos a los otros que fue gran maravilla. Fasta que amos fueron avenidos que lidiasen en un lugar cierto. E fue vençido el señor de Toledo e fuyo a Baruate. E el señor de Cordoua en pos del en alcançe. E matole mucha gente fasta que entro en pos el en Toledo, e matolo en medio de la villa. E todos los de Toledo lo rreçibieron por señor. E el fizo mudar de Cordoua a Toledo su casa.

E quando lo sopieron los otros señores de España, ayuntaronse todos e fueron sobre el. Barbate quando lo sopo, pesole mucho de coraçon, pero salio a ellos e lidio con ellos e vençiolos a todos e mato los mas dellos. E desy fue sobre los lugares de cada uno dellos e mato los contrarios todos. E asy metio a toda España so su señorío, que non ovo en toda España omne que se osase llamar señor de villa nin de castillo mientras de Barbate fue vivo. E este fue muy buen omne e mucho derechero e fizo mucho bien en España. E quando el rea en el mejor tiempo que nunca fuera, los sus priuados de quien el mas fiaua le tajaron la cabeça e la enviaron en seruiçio a los alcaldes de Rroma. E Barbate biuio, después que fue señor de España, siete años³⁰.

serta en la *Crónica del moro Rasis*, *Awraq*, V-VI, 1982-3, 133-139; R. Matesanz Gascón, *Omeyas, bizantinos y mozárabes. En torno a la "prehistoria fabulosa de España" de Ahmad al-Rāzī*, Valladolid, 2004.

28. C. Sánchez Alborno, "La Crónica del moro Rasis", *op. cit.*, 229-265; *Ibidem*, *Adiciones al estudio*, *op. cit.*; *Crónica del moro Rasis*, xxix-lxi; *Kitāb Hurūšiyūs*, 71.

29. J. Elices Ocón, *El pasado preislámico*, *op. cit.*, 351 y 465-466.

30. *Crónica del moro Rasis*, 159-160.

El suceso que evoca aquí *Rasis* resulta identificable. *Barbate* es Viriato, tal y como apuntaban los editores de la crónica³¹. El relato de la traición de sus «priuados» es muy significativo en este sentido. Además, conservamos otra versión, recogida en el *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān (m. 469/1076), en concreto un pasaje relativo a la historia preislámica de Toledo en el que cita como fuente a ʿĪsā b. al-Rāzī (m. 379/989), el hijo de nuestro historiador. Según señala:

Quando los generales romanos (*malik quwwād Rūmā*) se apoderaron de al-Andalus y hallaron que la capital de los africanos era Itálica, en la región de Sevilla, no quisieron quedarse en ella por la distancia de su país, que les daba la fuerza, y trasladaron la capital a Toledo, haciéndola base y principal ciudad de al-Andalus, a la que se sometieron las restantes, obedeciendo a su señor: desde allí durante algún tiempo recaudaron los tributos de las coras de al-Andalus. Pero luego se rebeló [Toledo] contra los generales de Roma algún tiempo antes del periodo de los Césares, poniéndose a su frente un sublevado de Lusitania (*Luyidānia*) de Mérida (*Mārīda*), llamado Viriato (*Birbāt*), que se la quitó al general que Roma tenía en al-Andalus, echando de ella a los romanos, siendo la rebelión de este Viriato la primera de los toledanos, que luego tomarían por costumbre. Los generales de Roma estuvieron efectuando aceifas contra ella año tras año, pero eran vencidos por Viriato, que superaba en la batalla a sus ejércitos, hasta que uno de sus compañeros lo traicionó, matándolo dentro de la ciudad, a los siete años de rebelión, durante los cuales la protegió, frustrando a los romanos que se la disputaban y matándoles muchos hombres, hasta correr su fama³².

El texto de Ibn Ḥayyān nos reconcilia con las noticias anteriores de *Rasis*. Los «alcaldes de Roma» parecen ser una interpretación de los «generales de Roma» mencionados por Ibn Ḥayyān y el *Barbate* de *Rasis* resulta muy similar a la grafía de Viriato en el texto de Ibn Ḥayyān, *Birbāt*³³. Ambos coinciden en señalar el éxito de Viriato frente a los romanos, la traición que llevó a su muerte (aunque Ibn Ḥayyān no menciona que su cabeza fuese enviada a los romanos) e incluso los siete años en los que mantuvo en jaque a los romanos.

Posteriormente, *Rasis* y el *Muqtabis* continúan el relato y coinciden en señalar que la sublevación de Viriato continuó en manos de un nuevo caudillo que volvió a vencer a los romanos hasta que, una noche, uno de sus hombres, engatusado por las promesas de los romanos lo mató (Ibn Ḥayyān menciona ahora que su cabeza fue enviada a los romanos). Los

31. *Crónica del moro Rasis*, introd., LXXIII.

32. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, ed. P. Chalmeta, F. Corriente y M. Şubḥ, Madrid, 1979, 180 y *Ibn Ḥayyān, de Cordoba: Crónica del califa Abderrahman III an-Nasir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*, trad., M^a. J. Viguera y F. Corriente, Zaragoza, 1981, 206. Lusitania (*Luyidānia*) aparece también en el *Ajbār maʿmūʿa, Crónica anónima del siglo XI*, ed. y trad. E. Lafuente Alcántara, Madrid, 1867, 107 y 129 y trad. 99 y 126. Véase también M. J. Viguera Molins, “La Lusitania en las fuentes textuales árabes”, B. Franco Moreno, (coord.), *Frontera inferior de al-Andalus: La Lusitania tras la presencia islámica (713-756 d.C./94-138 H)*, vol. 2, 2015, 3-72.

33. Tal y como señalaba G. Levi della Vida, en el “Orosio árabe” se alude a los cónsules romanos como generales, empleando los términos *quwwād* o *umarāʾ*, o visires: Levi della Vida, “La traduzione araba”, *op. cit.*, 287.

romanos consiguieron así entrar en la ciudad, matar a sus oponentes y hacerse con el control durante cien años. *Rasis* añade que sólo otra ciudad consiguió resistir a los romanos: *Çamora* o Zamora, en realidad, Numancia, merced a una identificación (Zamora/Numancia) que se repite en las crónicas cristianas del siglo X, tal y como señaló D. Catalán, pero que aparece también de hecho en el *K. Hurūšiyūs*³⁴.

Según indican *Rasis* y el *Muqtabis* los toledanos volvieron a sublevarse y expulsaron al general romano, instaurando la discordia en toda la península. Hubo una grande escasez de alimentos, inseguridad y enfrentamientos generalizados. Los habitantes de la península se encastillaron y los toledanos eligieron a uno de ellos como líder, llamado *Antus* o *Antonius*. A él le atribuyen la construcción del puente y las murallas de la ciudad (en *Rasis* se alude a una iglesia). No obstante, los romanos volvieron de nuevo, y al frente de ellos estaba ahora, ni más ni menos que Julio César:

Luego la atacó el gran rey de Roma, Julius (*Yūliyuš*), primero de los Césares, cuyo nombre sirvió de modelo a los generales, pues, al llamarse César, los que vinieron después se llamaron Césares; ocurrió que, al reunirse contra él todos los de Roma, marchó de allí con sus ejércitos a al-Andalus, que encontró al borde de la ruina, reinando la miseria entre la gente, pues morían en las sediciones y se encastillaban. Dirigiéndose a la capital, Toledo, la rodeó y sitió en ella a su príncipe (*amīr*) *Antonius*, que resistió gracias a su inexpugnabilidad, prolongándose la situación en vano hasta hastiar al sitiador y agotarle los pertrechos que no pudo sustituir, de modo que regresó a su país frustrado y perdidioso, sin ningún éxito en su campaña, con menosprecio por parte de los romanos, que lo atribuyeron a incapacidad y falta de arrojo³⁵.

Quizás lo más llamativo de esta noticia sea la aparición de un misterioso personaje sin identificar, *Antus* o *Antonius*, así como el protagonismo de Julio César y la total tergiversación de la historia, haciéndole asediar Toledo y fracasar en el intento, volviendo derrotado a Roma. El carácter insumiso de los toledanos continuaría incluso después. Según indica Ibn Ḥayyān:

Toledo siguió siendo una espina para los Césares posteriores a Julius, y según otros hasta después de la natividad de Cristo, pues rara vez se sometía, antes bien seguía siendo bocado difícil, hasta extinguirse su poder en al-Andalus³⁶.

34. *K. Hurūšiyūs*, 262, n° 29; *Crónica del Moro Rasis*, 160-1; Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 180-1/206-7. También la *Crónica de Alfonso III, Rotense*, 13, 9. Ahondaré más adelante en esta identificación entre Numancia y Zamora.

35. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 181/207 y el texto similar en *Crónica del Moro Rasis*, 162-3.

36. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 181/207 y el texto similar en *Crónica del Moro Rasis*, 162-3.

2. Un relato singular: ¿otras fuentes clásicas, errores o invenciones?

En definitiva, la comparativa entre el *K. Hurūšiyūs* y la obra de al-Rāzī ofrece algunas similitudes, ciertamente la mención de Viriato y Numancia, pero ante todo pone de manifiesto diferencias notables: la conexión con Toledo, los años de sublevación (siete en Orosio y el *K. Hurūšiyūs* y catorce en al-Rāzī), la mención a un sucesor de Viriato, el detalle de la cabeza de Viriato (o de su sucesor, según Ibn Ḥayyān) a los generales romanos, la aparición de otra figura, *Antus* o *Antonius*, y la estrepitosa y sorprendente derrota de Julio César. ¿De dónde provienen estos detalles? ¿Recurrió al-Rāzī a fuentes clásicas para complementar el relato de Orosio o incorporó tradiciones y noticias locales? ¿Aportan estos detalles información nueva y relevante sobre Viriato o Numancia o se trata de confusiones, invenciones o errores? Trate-mos pues de encontrar algunas respuestas y descartar opciones.

El empleo de otras fuentes clásicas distintas a Orosio puede ser una hipótesis a considerar. Eutropio o Justino aluden a Viriato, a los catorce años de rebeldía y triunfos frente a los romanos y al asesinato a manos de sus hombres, pero sus datos tampoco sirven para completar los detalles de *Rasis* e Ibn Ḥayyān³⁷. Según mi conocimiento, únicamente dos autores clásicos aluden al sucesor de Viriato al frente de los sublevados. Apiano y Diodoro Sículo mencionan a un tal Táutalos o Tautamos. Apiano también indica que fueron ocho los años de luchas de Viriato y que murió degollado³⁸. No obstante resulta más que improbable que al-Rāzī conociera o utilizara estas fuentes y aunque R. Matesanz ha propuesto que la obra de Apiano fuera una de las obras utilizadas por el historiador cordobés, lo cierto es que la hipótesis debe ser desconsiderada, según señalan los arabistas³⁹.

Tampoco parece aceptable que estos detalles sean fruto solo de una confusión o error. Tal vez esa confusión entre siete o catorce años de sublevación podría entenderse de este modo. Sin embargo, el resto de detalles consignados por al-Rāzī constituyen diferencias marcadas con respecto al *K. Hurūšiyūs* y son parte esencial y diferencial de su narración.

Restan entonces las opciones de que al-Rāzī incorporara tradiciones locales referentes a Viriato o de que se trate de invenciones y tergiversaciones, ciertamente con un propósito claro. La primera opción abre una línea de investigación interesante. Algunos estudios ya han apuntado a la particular memoria y narrativa sobre la resistencia de los hispanos frente a Roma que hace Orosio o el recuerdo, siglos después, que parece suscitar la figura de otro rebelde, Sertorio⁴⁰. En concreto, tal y como ya he subrayado, la obra de Orosio supone un

37. En Eutropio, *Brev.* IV, 16, 2, Viriato es un pastor y jefe de bandidos, que luchó contra los romanos catorce años y que murió asesinado por sus hombres a los que los romanos se negaron a recompensar por su traición. En Justino, *Epitome*, XLIV, 2, 7-8, Viriato destaca por sus triunfos, su valor y moderación, señalando que venció a los romanos durante diez años y no catorce, pero sin aludir a su final.

38. Apiano, *Iberike*, 60-75 y Diodoro Sículo, *Biblioteca*, XXXIII, 31.

39. Matesanz Gascón, *Omeyas, bizantinos y mozárabes*, *op. cit.*, 64-75.

40. Oros. *Hist.* V.1.6 y V.5.1-4. F. J. García Fernández, “La imagen de Hispania y los Hispanos a finales de la antigüedad: las *Historiae Adversum Paganos* de Paulo Orosio”, *Conimbriga: revista do Instituto de Arqueologia*, 44, 2005, 281-300; R. González Fernández y M. Sancho Gómez, “La figura de Sertorio en la Hispania

punto de inflexión en la imagen del pasado prerromano de Iberia pues, siguiendo su objetivo de poner en duda los éxitos y excelencias de la Roma Republicana y pagana en contraposición con los turbulentos tiempos cristianos, Orosio exaltó la resistencia de los hispanos y transformó su imagen de bárbaros con su particular relectura moral cristiana de la historia⁴¹.

¿Podría haber sucedido igual con Viriato y con Numancia? ¿Existía en el siglo X una memoria o una tradición oral o escrita que aludía a estos episodios en conexión con la resistencia de los Hispanos a la conquista romana? Resulta difícil, por no decir imposible, afirmar esto. No existen referencias a ninguno de los dos episodios en las fuentes y autores de época tardoantigua y visigoda, sin embargo, es un aspecto a tener en cuenta y volveré sobre ello más adelante.

La segunda opción, considerar que el texto de al-Rāzī sea una reelaboración interesada de diferentes episodios, históricos o inventados, sustentados o no en las fuentes clásicas, es la hipótesis más plausible. Desde este punto de vista, los detalles incorporados por al-Rāzī ofrecerían una lectura interesada del pasado con vistas a explicar y justificar el presente. La autenticidad de los detalles no sería pues un factor decisivo para el historiador y la vinculación entre Viriato y Toledo no sería un detalle proveniente de las fuentes clásicas, ni tendría su reflejo en ciertas tradiciones locales que aludiesen a las campañas de Viriato en la Meseta. Más bien obedecería a una política y geografía del presente de al-Andalus, donde la ciudad de Toledo tuvo siempre un papel destacado⁴². El objetivo al-Rāzī sería entonces recoger una serie de noticias y conformar con ellas un relato verosímil y aceptable, que reescribiese la historia. Una historia escrita por y para el presente. Un detalle mencionado por Ibn Ḥayyān sugiere además esa necesidad de aparentar cierta autenticidad. En concreto, el autor indica que los cien años que los romanos habrían retenido el dominio sobre la ciudad de Toledo están calculados en sus crónicas⁴³. Uso y abuso de las fuentes clásicas van de la mano en este caso.

No obstante, cabe destacar una idea. No se trata de una simple reelaboración donde los detalles incorporados por el historiador cordobés pueden ser explicados como parte de su imaginación y fantasía. Al-Rāzī construyó un relato complejo, recolectando una serie de episodios seleccionados para conseguir ofrecer una determinada lectura. Como voy a tratar de evidenciar a continuación, estos episodios provienen en realidad de la propia obra de Orosio y resonaban de algún modo en el contexto en el que escribía nuestro autor.

del siglo V. Una perspectiva tardía durante el tiempo de las invasiones bárbaras”, *Studia historica. Historia antigua*, 28, 2010, 135-153.

41. T. Aguilera, *Bárbaros y héroes*, *op. cit.*, 120-123.

42. Sobre las incursiones de Viriato en la Carpetania, J. M^a. Gómez Fraile, “Precisiones sobre el escenario geográfico de las guerras lusitanas (155-136 a. c.). A propósito de la presencia de Viriato en Carpetania”, *Habis*, 36, 2005, 125-144.

43. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 181/207 y el texto similar en *Crónica del Moro Rasis*, 162-3. La referencia no se encuentra en ninguna fuente clásica y más bien parece buscar una historicidad que solo a nuestros ojos modernos resulta dudosa.

3. Origen y propósito del relato de al-Rāzī

Cabe sospechar que la mayoría de las noticias y la estructura del relato de al-Rāzī fueron tomadas directamente de Orosio y del *Kitāb Hurūsiyūš*. Una serie de episodios, provenientes del libro V de la obra de Orosio, podrían haber servido de modelo e inspiración para el historiador cordobés. Posteriormente, en una segunda fase, estos episodios habrían sido ensamblados, contextualizados en una geografía peninsular más propia del siglo X d. C que del II a.C., y elaborados para ofrecer una única lectura: el carácter insumiso de los hispanos, tanto en la antigüedad como en el presente.

En esa primera fase, algunos episodios de Orosio, presentes también en el *Kitāb Hurūsiyūš*, permiten explicar parte de los detalles del relato de al-Rāzī: la alusión al propio Viriato como rebelde lusitano y su muerte a traición por sus propios hombres⁴⁴; el relato de la fracasada campaña de Quintus Pompeius frente a Numancia⁴⁵; la noticia de la conquista final de Numancia por Escipión Emiliano, detallando como los numantinos fueron rodeados por fortalezas y carecían de comida⁴⁶; la noticia de la muerte de *Gaius Sempronius Gracchus* y el envío de su cabeza al cónsul⁴⁷; y posiblemente también episodios relativos a la rebelión de Sertorius en *Hispania*⁴⁸, la victoria final de Julius Caesar sobre los partidarios de Pompeyo en la península y su muerte final en Roma⁴⁹.

Creo que estos episodios ofrecen un esquema y una serie de *topoi* que podrían haber sido reutilizados por al-Rāzī en su propia narración sobre Viriato y Numancia. En una segunda fase, todos ellos quedarían transformados en un relato que, como he señalado, alude directamente al presente del historiador cordobés y está condicionado por su propia memoria de la guerra civil (*fitna*) y sublevaciones que caracterizaron la segunda mitad del siglo IX y las primeras décadas del siglo X en al-Andalus. Ciudades como Mérida o Toledo, y caudillos como ‘Umar ibn Ḥafṣūn o Ibn Marwān al-‘Yilliqī se rebelaron contra el emir de al-Andalus y no fue hasta mediados casi del siglo X que el emir ‘Abd al-Raḥmān III consiguió someterlos. Es en ese momento en el que el historiador cordobés escribió su obra.

De este modo, la descripción que hace al-Rāzī de la península sumida en el caos, el hambre y la guerra por causa de la sublevación de los toledanos, encaja deliberadamente con la propia memoria de la *fitna* y de una población encastillada en *ḥuṣūn* o fortalezas. La figura de Viriato hace las veces de ‘Umar ibn Ḥafṣūn o de Ibn Marwān al-‘Yilliqī y de-

44. Orosio, *Hist.* V, 4, 1 y 14 y *K. Hurūsiyūš*, 255, 5-6 y 257, 12.

45. Orosio, *Hist.* V, 4, 13 y *K. Hurūsiyūš*, 257, 11.

46. Orosio, *Hist.* V, 7, 1-18 y *K. Hurūsiyūš*, 262-4, 28-32. El episodio podría haber inspirado la descripción que se hace de la península, sumida en la discordia, con falta de alimentos y sus habitantes encastillados en fortalezas.

47. Orosio, *Hist.* V, 12, 8-9 y *K. Hurūsiyūš*, 268-270, 46. El episodio podría explicar el detalle de que la cabeza de Viriato (o su sucesor) fuera entregada a los generales romanos.

48. Orosio, *Hist.* V, 23, 1-15 y *K. Hurūsiyūš*, 295-7, 139-147. El episodio podría haber inspirado también la existencia de un sucesor de Viriato al frente de la rebelión.

49. Orosio, *Hist.* VI, 16, 3-9 y *K. Hurūsiyūš*, 330, 83-84.

talles, como el hecho de que Viriato fue traicionado por sus propios hombres y su cabeza entregada a los romanos, aparecen repetidos como *topoi* en las noticias árabes referentes a diversos episodios de la *fitna* del siglo IX⁵⁰. Igualmente las fuentes se refieren a las constantes rebeliones de los toledanos a lo largo del siglo IX, eligiendo ellos mismos a sus líderes. De este modo, la figura de *Antus* o *Antonius* evoca a estos líderes y parece estar inspirado un personaje romano, como sugiere la terminación en *-us*, transformada en árabe en una /sh/, tal vez *Quintus* o *Marco Antonius*.

También destaca la asociación entre Toledo y Numancia y la errónea identificación de ésta con Zamora. Hasta el siglo VII, Numancia era correctamente identificada, según refleja el *Anónimo de Rávena*, sin embargo, en los siglos posteriores queda vinculada con Zamora. Esta idea aparece en el *K. Hurūšiyūs* y en *Rasis*, así como en documentos e historias de la corte de Ramiro III (966-985), en la redacción ovetense de la *Crónica de Alfonso III* e incluso en la *Estoria General de España* de Alfonso X⁵¹. Quizás en este caso, la identificación sirva a ambos bandos, de ahí su éxito: para los emires omeyas, la localización de Numancia en el Duero permitiría explicar que los reinos cristianos se muestran rebeldes a la autoridad de Córdoba igual que se mostraron frente a Roma, mientras que para el reino astur la ciudad de Zamora es un enclave prestigioso que permite recordar esa resistencia⁵².

Un episodio arquetípico de la *fitna*, situado en Toledo, también guarda paralelismos con los episodios de Viriato y Numancia narrados por al-Rāzī. Me refiero a la «Jornada del Foso». El episodio narra que, tras una nueva rebelión de los toledanos en el año 181/797, ‘Amrūs b. Yūsuf, gobernador de Huesca, fue enviado para solventar la situación. Bajo la promesa de ofrecerles el cargo de gobernador, ‘Amrūs b. Yūsuf contactó con una de las familias notables de la ciudad, los Banū Majši, que se encargaron de matar a uno de los líderes de la revuelta, ‘Ubayd Allāh, entregándole la cabeza a ‘Amrūs b. Yūsuf. Posteriormente un grupo de bereberes, contrarios a los Banū Majši, hizo lo mismo con ellos y sus cabezas también fueron enviadas a Córdoba. Tras estos acontecimientos, ‘Amrūs b. Yūsuf consiguió entrar en Toledo a cambio de garantizar la protección de su población. Construyó una alcazaba que controlaba el acceso a la ciudad por el puente, origen del actual alcázar, situó además un foso

50. N. Clarke, *The Muslim conquest of Iberia: medieval Arabic narratives*, Londres/Nueva York, 2012, 102-117; O. Herrero Soto, *El perdón del gobernante (al-Andalus, ss. II/VIII-V/XI) Una aproximación a los valores político-religiosos de una sociedad islámica pre-moderna*, Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca, 2012 publicada bajo el título: *El perdón del gobernante. (Al-Andalus, ss. II-V/VII-XI)*, Suomalainen Tiedeakatemia, Annales Academiae Scientiarum Fennicae. Humaniora 375 Helsinki 2016.

51. *K. Hurūšiyūs*, 262, n° 29; *Crónica del Moro Rasis*, 160-1; *Crónica de Alfonso III, Rotense*, 13, 9.

52. Acerca de la identificación de Numancia con Zamora y su peso en la historiografía hispana: *Crónica del Moro Rasis*, introd. LXXIII, nota 2; M. García, Charles, “Numancia resucitada: los orígenes y la fundación de Zamora en el siglo XIII”, *Relatos de criação, de fundação e de instalação: história, mitos e poéticas = Relatos de creación, de fundación y de instalación: historia, mitos y poéticas*, I. de, Barros Dias, et al. (eds.), Instituto de Estudos de Literatura e Tradição-Universidade Nova de Lisboa, 2017, 83-110; J. Lorenzo Arribas, “El ladrillo de Zamora. Existencia, desaparición, reaparición y destrucción de la prueba material de que Zamora fue Numancia”, *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 32, 2017, 211-234.

en su interior e ideó una estratagema para acabar con la disidencia, siguiendo los dictados del emir. De este modo, convocó a una fiesta a los principales notables de la ciudad. A medida que los invitados entraban en el alcázar, eran todos asesinados. Apenas algunos consiguieron escapar de la matanza que aseguró la obediencia de la ciudad por varias décadas⁵³.

En definitiva, a la vista de las referencias señaladas y del contexto en el que escribió el historiador cordobés, parece factible pensar que al-Rāzī elaboró su singular relato sobre Viriato y Numancia a partir de varios episodios y *topoi* recogidos por las fuentes clásicas o árabes. ¿Cuál era el propósito para ello? El intencionado paralelismo que traza el autor entre época prerromana y la *fitna* de al-Andalus persigue evidenciar que la actitud belicosa e insubmisiva de los hispanos es un factor determinante, que condicionó el dominio sobre la península ibérica a lo largo de los siglos. Cuando Aḥmad al-Rāzī escribió su relato ‘Abd al-Raḥmān III estaba consiguiendo someter a los rebeldes y recuperar el control sobre el territorio. En el año 316/928 consiguió vencer a los hijos y sucesores de ‘Umar ibn Ḥaḥṣūn y conquistar su refugio de Bobastro. Un año después se proclamaba califa de al-Andalus, recuperando así la autoridad de sus antepasados, los califas omeyas de Damasco. Inmediatamente, en el año 317-318/930-931 consiguió someter a la familia de los Banū Marwān y en el 320/932 consiguió recuperar el control sobre Toledo. Finalmente, en el año 326/937 ‘Abd al-Raḥmān III consiguió someter la última ciudad independiente a su control: Zaragoza.

Estos episodios parecen estar de alguna forma retratados en el relato que ofrecen las fuentes árabes, pero no son los únicos. Particularmente interesante es también la figura de Ibn al-Qitt, un príncipe omeya que se rebeló contra el emir ‘Abd Allāh I, se proclamó Mahdi y consiguió reunir en torno a él una ola de fervor mesiánico. Intentó conquistar Zamora al frente de un ejército, en el año 288/901, fracasando de forma estrepitosa al ser abandonado por los jefes bereberes de su ejército, siendo derrotado y decapitado. Su cabeza acabó siendo colocada en los muros de Zamora, de tal manera que el personaje y la ciudad quedaron fragmentados y vinculados en el imaginario⁵⁴. El episodio guarda paralelismos con el relato árabe

53. Ibn al-Qūṭīyya, *Ta’rīj iftitāh al-Andalus*, ed. y trad. de J. Ribera, *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el Cordobés. Seguida de fragmentos históricos de Abencotaiba*, Madrid, 1926, 36-39 y trad., 46-49; Ibn Ḥayyān, *Muqtabis*, II-I, trad. M. A. Makki y F. Corriente, 2001, 27-34; Ibn ‘Idārī, *Kitāb al-bayān al-muḡrib fī ajbār al-Andalus wa l-Maḡrib*, ed. G. S. Colin y E. Lévi-Provençal, Leiden, 1948-1951, II, 69-70 y trad., *Histoire de l’Afrique et de l’Espagne intitulée Al-Bayano’l-Moḡrib*, trad., E., Fagnan, Argel, 1901-1904, 111-112; Ibn al-Aṭīr, *al-Kāmil fī at-ta’rīj*, Beirut, 1967-9, V, 375-76 y trad., *Annales du Maḡreb et de l’Espagne*, trad. E., Fagnan, Alger, 1898, 168-171; E. Manzano Moreno, “Oriental *Topoi* in Andalusian Historical Sources”, *Arabica*, 39, 1992, 42-58; M. Fierro, “Mito y realidades del Toledo islámico”, *Tulaytula. Revista de la Asociación de Amigos del Toledo islámico* 12 2005, 29-60; M. Crego Gómez, “Análisis historiográfico de la Jornada del Foso”, *Philologia hispalensis*, 26, 2012, 3-4, 7-29.

54. M. Fierro, “‘Abd al-Raḥmān III frente al califato fatimí y el reino astur-leonés: campañas militares y procesos de legitimación político-religiosa”, *Rudesindus. “San Rosendo. Su tiempo y su legado”*. Congreso Internacional Mondoñedo, Santo Tirso (Portugal) e Celanova, 27-30 junio 2007, Santiago de Compostela, 2009, 30-50, particularmente 30-33; versión inglesa “The battle of the Ditch (*al-Khandaq*) of the Cordoban caliph ‘Abd al-Raḥmān III”, *The Islamic Scholarly Tradition. Studies in History, Law, and Thought in Honor of*

sobre Viriato y Numancia, en concreto con la desafección de los partidarios de Ibn al-Qitt que recuerda la traición a Viriato, detalles como el envío de la cabeza del líder rebelde a los romanos, o el supuesto fracaso cosechado por Julius Caesar ante Toledo⁵⁵.

Este contexto marcó la redacción de la obra de Aḥmad al-Rāzī hasta tal punto que su obra narra toda la historia preislámica y enumera los reyes y pueblos que gobernaron la península concluyendo con su presente, mencionando los éxitos de ‘Abd al-Raḥmān III. Igualmente, el texto de Ibn Ḥayyān se centra en Toledo y también alude a toda la historia preislámica de la ciudad, culminando con la victoria de ‘Abd al-Raḥmān III (*al-Nāṣir*). Ibn Ḥayyān señala además los fracasos de Ṭāriq b. Ziyād y ‘Abd al-Raḥmān I a la hora de someter Toledo y menciona incluso que la naturaleza belicosa de los toledanos provenía de su alimentación y el pobre terreno en el que habitaban, un *topos* habitual ya en las fuentes clásicas⁵⁶. Las rebeliones solo terminan con la aparición de califa:

Llegó luego la época del imán an-Nāṣir y borró la tiniebla y en cuyo brillo se guiaron los perdidos y se sometieron los montaraces, mas ellos siguieron en su error y desvío, creyéndole como sus antecesores con los que habían tenido que habérselas, hasta experimentar la sacudida de su firme brazo y sufrir sus permanentes algaradas, pues les puso alrededor ejércitos, levantó contra ellos fortalezas, les cortó los lazos con quienes apoyaban su error y se quedaron solos en el malentendido, sin poder resistir sus ardides, hasta que los dominó y bajó los humos, haciéndolos obedecer a la fuerza y entrar violentamente en la comunidad⁵⁷.

A continuación, Ibn Ḥayyān comienza el relato de la campaña emprendida por ‘Abd al-Raḥmān III para conquistar Toledo, volviendo a suscribir la idea de una rebeldía constante de los toledanos en época preislámica:

Dice: cuando al-Nāṣir hubo terminado la conquista de las ciudades del oeste de al-Andalus, Beja, Ossonoba, Mérida, Badajoz, Santarem y sus dependencias, su tesón y resolución le movieron a continuar con Toledo, fortaleza y capital principal, de gran importancia en la antigüedad, que resistió con éxito a los reyes de diversas naciones⁵⁸.

Professor Michael Allan Cook, ed. Asad Q. Ahmed, Behnam Sadeghi and Michael Bonner, Leiden/Boston: Brill, 2011, 107-130.

55. Sobre las menciones a Zamora en las fuentes árabes: F. Maíllo, *Zamora y los zamoranos en las fuentes arábigas medievales*, *Studia Zamorensia* (Anejos 2), Salamanca, 1990, concretamente, 17 y ss., donde se señala que albañiles toledanos habrían participado en la erección de los muros de Zamora. Con ello se establece una conexión importante entre ambas ciudades.

56. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 183/209; I. González Ballesteros, “El estereotipo del bárbaro y la imagen de la civilización en el occidente romano en la Geografía de Estrabón”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 22, 2009, 249-260.

57. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 184/210.

58. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 186/212.

Finalmente ‘Abd al-Raḥmān III entra en Toledo. La ayuda divina y su propia determinación le han propiciado una victoria sin precedentes que culmina una etapa y señala el comienzo de otra:

Al día siguiente de su llegada al campamento [2 de Agosto de 320/932], cabalgó al-Nāṣir hasta Toledo. Entró y la recorrió por todas partes: comprobó su inexpugnabilidad [...] Dio miles de gracias a Dios por habérsela facilitado y supo entonces que, de no haber sido por el tesón y la firmeza recibidos de él, esta ciudad no estaría ahora en sus manos. Así lo hacían ver su fortificación, su posición dominante y la tendencia habitual de los toledanos, que solían mezclar a los cristianos en sus asuntos pidiéndoles protección y ayuda contra los propios califas. ¡Cuántas veces frustró a reyes, resistió a ejércitos e hizo volver sin éxito a expediciones! Pero la gracia divina y la fuerza que le habían sido otorgadas al Príncipe, permitieron que éste la conquistara⁵⁹.

El relato laudatorio contrasta con los hechos posteriores, principalmente con la derrota de ‘Abd al-Raḥmān III frente a las tropas cristianas en Simancas, en el año 327/939. La campaña militar, orquestada bajo el significativo nombre de «la campaña del Poder» (*gazwat al-quḍra*), con claras connotaciones coránicas y escatológicas, supuso un duro revés que a punto estuvo de suponer la muerte del califa. El fracaso recuerda inevitablemente la derrota de Julius Caesar en Toledo, sin embargo, el relato de las fuentes árabes ensalzaba a ‘Abd al-Raḥmān III como el único capaz de conseguir el control efectivo de la península, superando así a éste último y a todos sus predecesores. Quizás por ello, el relato de Aḥmad al-Rāzī encaja mejor con la propaganda omeya inmediatamente posterior a la toma de Toledo y elaborado quizás anteriormente a la derrota de Simancas⁶⁰.

4. El discurso de al-Rāzī y su legado historiográfico

El discurso elaborado por al-Rāzī es ciertamente complejo pues se trata de una reelaboración a partir de fuentes clásicas y tradiciones locales sobre la *fitna*, puestas en común y reorganizadas para ofrecer una particular lectura de la historia pasada y presente de la península. Resulta claro que el objetivo era explicar de forma satisfactoria la dramática situación sufrida en la *fitna* así como ensalzar la figura y los hechos conseguidos por ‘Abd al-Raḥmān III por encima de figuras como Julio César o sus propios antecesores como Ṭāriq b. Ziyād o ‘Abd al-Raḥmān I. Además, el relato de Aḥmad al-Rāzī parece recoger y adaptar a la realidad de al-Andalus las propias ideas presentes ya en el texto de Orosio, hasta el

59. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 214-5/239; ‘Arīb b. Sa’d, *Mujtaṣar Ta’riḥ al-Ṭabarī*, fragmentos relativos a al-Andalus editados por J. Castilla Brazales dentro de su Tesis Doctoral, Granada, 1991, 185r y trad., *La Crónica de ‘Arīb sobre al-Andalus*, trad., J., Castilla, Granada, 1992, 226-7; Ibn ‘Idāri, *Bayān*, II, 207 y trad., *Histoire de l’Afrique*, *op. cit.*, 343-4.

60. Acerca de la derrota de Simancas y su peso en la política del siglo X: M. Fierro, “Abd al-Raḥmān III frente al califato fatimí”, *op. cit.* 40-45, especialmente 42.

punto de que ese periodo de paz y prosperidad que habría supuesto los *christiana tempora* parece tener su lectura andalusí en la paz y estabilidad instauradas por el califa ‘Abd al-Raḥmān III. Sin embargo, la novedad que introduce al-Rāzī es la conexión explícita entre pasado y presente. Su mejor creación fue esa imagen arquetípica de los antiguos hispanos como rebeldes e insumisos, ejemplificada en última instancia en Viriato y en Numancia/ Toledo y sustentada en esos tópicos y discursos de Orosio. Este discurso sobre el mismo carácter belicoso e insumiso que compartían los hispanos de Viriato en el siglo II a.C. y la población local de al-Andalus en el siglo X, es realmente nuevo y «revolucionario» y alcanzaría un éxito extraordinario en la historiografía cristiana posterior.

Retomaré esta idea en breve. Ahora me interesa destacar que esta idea se repite igualmente en otras noticias árabes, evidenciando que no se trata de una particular lectura vinculada a un caso particular, Toledo, o de una sola obra, sino todo un discurso gestado en el siglo X que tiene a al-Rāzī como su máximo exponente⁶¹. Algunos ejemplos resultan significativos en este sentido. Es el caso del relato de la conquista de otra ciudad rebelde, Écija, realizada por el ḥāyib Badr b. Aḥmad a principios del año 300/913, donde se indica que: «sus habitantes, tanto en tiempo del paganismo (*yāhiliyya*), como en tiempo del islam, han estado siempre inclinados a la revuelta y a la insubordinación»⁶².

El mismo interés en vincular el pasado preislámico de la península ibérica con la actitud rebelde de sus habitantes resulta manifiesto en otra noticia que relata la entrada de ‘Abd al-Raḥmān en Zaragoza, indicando que el califa, al ver sus murallas, «reconoció la causa de la frecuente disidencia de su población y la fuerte inclinación de sus espíritus a la rebelión»⁶³. E igualmente la idea se repite en otros autores. Por ejemplo, Ibn al-Qūṭiyya (m. 367/977), en su obra, el *Ta’rīj iftitāḥ al-Andalus (Historia de la Conquista de al-Ándalus)*, que tiene como tema central a los rebeldes y concluye también su relato con la victoria de ‘Abd al-Raḥmān III, señala que los toledanos «eran gente tan revoltosa e insubordinada (...) hasta un extremo que jamás llegaron vasallos de ningún país respecto a sus autoridades»⁶⁴; y otra obra, más tardía pero que curiosamente comparte muchas noticias y un esquema similar a Aḥmad al-Rāzī, suscribe la misma idea:

61. Toledo encarna el ejemplo paradigmático de la belicosidad y resistencia frente a los Omeyas: M. Fierro, “Mito y realidades”, *op. cit.*, 38-46.

62. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis*, V, 33/53; al-Ḥimyarī, *Rawḍ al-mi’ṭār*, ed. I., Abbas, 1975, 53 y trad., *La Péninsule Ibérique au Moyen-Age d’après le Kitāb al-rawḍ al-mi’ṭār fī ḥabar al-akṭār d’Ibn ‘Abd al-Mun’im al-Ḥimyarī*, ed. y trad. de E. Lévi-Provençal, 1938, 20. Es interesante el empleo del término *yāhiliyya* en este punto, vinculado a un sentido cronológico pero también indica una actitud, la rebeldía y la insubordinación, que se identifican como propias de la *yāhiliyya*.

63. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 284/313. También alude al desmantelamiento de la muralla al-‘Uḍrī, *Tarṣī’ al-ajbār*, ed. A. A. al-Ahwani, 1965, 45/trad. De la Granja, 1966, 48.

64. Ibn al-Qūṭiyya, *Ta’rīj iftitāḥ al-Andalus*, 45-46/36. P. Quintana, “La violencia de la palabra. La construcción discursiva de los rebeldes musulmanes en al-Andalus (SS. VIII-X)”, *Estudios de historia de España*, 16, 2014, 45-72.

Los habitantes de al-Andalus son los de más fuerte brazo, pero los más difíciles de gobernar. Se dice que al gran César (*Qaiṣar*) que reinaba en la época de Jesucristo se habían sometido la mayor parte de las gentes del mundo y nunca había encontrado entre todas las naciones con las que había topado una más difícil, más valerosa ni más esforzada en el combate que ésta⁶⁵.

La idea de vincular pasado y presente y afirmar que los hispanos de Viriato y la población local de al-Andalus compartían el mismo carácter belicoso e insumiso está documentada en un amplio conjunto de autores y fue gestada, sin lugar a duda, por Aḥmad al-Rāzī en el siglo X. Es además un discurso nuevo, revolucionario y moderno, como ya he señalado, puesto que esta idea es la misma que sustentó la escritura de una historia nacional de España durante los siglos XIX y XX, buscando en esa «España» prerromana, la definición e identidad del estado y de los españoles⁶⁶. Este discurso, gestado en el siglo X, tiene pues una enorme trascendencia puesto que, además, las obras de los autores árabes, especialmente al-Rāzī e Ibn Ḥayyān fueron utilizadas como fuentes y modelo para la elaboración de la *Historiae Rebus Hispaniae* del arzobispo Jiménez de Rada y la *Estoria de España* de Alfonso X⁶⁷. En realidad, la obra de al-Rāzī está más próxima en su concepción de la península ibérica como sujeto de su relato a estas obras del arzobispo Jiménez de Rada y Alfonso X. Con ello, el historiador cordobés se adelantó tres siglos en la concepción política e histórica del territorio peninsular⁶⁸.

Pese a ello, la historiografía árabe andalusí y en particular la obra de Aḥmad al-Rāzī han sido minusvaloradas o incluso tergiversadas. Por un lado, la conquista islámica de la

65. *Dikr bilad al-Andalus*, ed. y trad. L. Molina, 1983, 30/36.

66. F. Wulff, *Las esencias patrias: historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, 2003; J. Álvarez Junco, *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, 2001; *Ibidem*, *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, Barcelona-Madrid, 2013; T. Aguilera, *Bárbaros y héroes, op. cit.*, 2018.

67. M. Huete Fudio, *La historiografía latina medieval en la Península Ibérica (siglos VIII-XII) fuentes y bibliografía*, Madrid, 1997; I. Fernández Ordoñez, *Estudio sobre las Historias de Alfonso X el Sabio*, Madrid, 1992; *Ibidem*, (coord.), *Alfonso X el Sabio y las crónicas de España*, Valladolid, 2000; M. Crego Gómez, “La fuente árabe de la historia del Emirato omeya de al-Andalus en la *Historia Arabum* de Jiménez de Rada”, *e-Spania*, versión online. Durante el Franquismo y en las décadas posteriores se pensó que Jiménez de Rada había creado figuras de la historia mítica de la península como *Hispan*. En realidad, este personaje se remonta a fuentes clásicas y árabes, donde aparece como *Iṣbān*: R. B. Tate, “Mythology in Spanish Historiography of the Middle Ages and the Renaissance”, *Hispanic Review*, 22/1, 1954, 1-18; R. M. Lida de Malkiel, “Túbal, primer poblador de Hispania”, *Abaco* 3, 1970, 11-48.; J. A. Estévez Sola, “Aproximación a los orígenes míticos de Hispania”, *Habis* 21, 1990, 129-152; *Ibidem*, “Algo más sobre los orígenes míticos de Hispania”, *Habis* 24, 1993, 207-217; *Ibidem*, “Los orígenes míticos de Hispania en las crónicas españolas de la Edad Media”, en J. M. Candau Morón, et al. (eds.) *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*, Málaga, 2004, 365-388; *Crónica del Moro Rasis*, introd. lxxvi-lxxx; E. Tixier du Mesnil, “Regards croisés sur Hispan/Ishbān, énigmatique héros éponyme de l’Espagne d’après les sources médiévales arabes et latine”, *Studia Islamica*, 102, 2006, 199-215.

68. L. Molina, “Reseña de Nicola Clarke”, *op. cit.*, 2014, 611 y A. García Sanjuán, “Territorio y formas de identidad colectiva en al-Andalus (siglos VIII-XV)”, *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 43, 2015, 123-144.

península ha tenido siempre un peso extraordinario dentro de la historiografía española, que se ha centrado en determinar la continuidad o ruptura con la que cabe interpretar la enigmática fecha del 711. Se aludía así, por un lado, a la supervivencia de lo hispano o español como la verdadera esencia de al-Andalus, tal y como subrayaba el gran medievalista Claudio Sánchez Albornoz, de tal manera que la obra del historiador cordobés quedaba explicaba como una simple asimilación árabe de la tradición hispana marcada por Orosio e Isidoro de Sevilla⁶⁹. Por otro lado, se destacaba la importancia de la comunidad cristiana o mozárabe como salvaguarda de la cultura clásica y de los valores españoles, tesis defendida por F. J. Simonet, de tal manera que la obra de al-Rāzī sería así una mera copia de fuentes clásicas y cristianas, consideradas siempre la identidad y esencia de la tradición historiográfica hispana⁷⁰. Todo ello llevó a afirmar a D. Catalán, en el estudio que acompañaba a la edición de la *Crónica del Moro Rasis*, que:

Esta importancia concedida al suelo, como marco de la historia, responde, posiblemente, a la conciencia que al-Rāzī tenía de que la autonomía y la grandeza del califato Omeya sólo era posible gracias a la convivencia en la morada hispánica de gentes muy diversas que se sentían identificadas con esa morada⁷¹.

La negación del valor propio de la obra de Aḥmad al-Rāzī contrasta con su amplísima transmisión literaria en árabe, latín, portugués y castellano, abarcando, como ya señalé, un arco cronológico que va desde el siglo X al XVII. La obra más destacada de esta tradición es la *Crónica del Moro Rasis*, pero hay otras obras igualmente significativas dentro de la historiografía hispana que acudieron directa o indirectamente a la obra del historiador cordobés.

Por un lado, la *Crónica Pseudo-Isidoriana* es una obra datada en la primera mitad del siglo XII, escrita en latín, pero a partir de materiales arábigos relacionados tanto con el *Kitāb*

69. C. Sánchez Albornoz, “La Crónica del moro Rasis”, *op. cit.*, 229-265; *Ibidem*, *Adiciones al estudio*, *op. cit.* Sobre el trasfondo ideológico de estas posturas cuyo más claro representante es quizás C. Sánchez Albornoz: R. Pastor, *et al. Sánchez Albornoz a debate. Homenaje de la Universidad de Valladolid con motivo de su centenario*, Valladolid, 1993; R. Matesanz Gascón, *Omeyas, bizantinos y mozárabes*, *op. cit.*, 163-8; A. García Sanjuán, “La aportación de Claudio Sánchez-Albornoz a los estudios”, *Revista de historiografía*, 2, 2005, 143-153.; M. Marín, (ed.), *Andalus, España: historografías en contraste, siglos XVII-XXI*, Madrid, 2009 y E. Tixier du Mesnil, “La géographie andalouse, l’autre versant d’une même écriture”, *Arabica*, 56, 2 3, 2009, 179-191.

70. F. J. Simonet, *Historia de los mozárabes de España*, Madrid, 1983 (1ª ed. 1897), I, VII, señala que los mozárabes eran “aquellos españoles que, subyugados por la morisma, mas no sin honrosos pactos y capitulaciones, conservaron constantemente por espacio de muchos siglos la religión, el espíritu nacional y la cultura de la antigua España romano-visigótica y cristiana”. Los mozárabes habrían llevado a cabo una “meritoria labor de civilización, de cultura y de patriotismo en medio de dificultades sin cuento”: R. Gálvez, “Los clásicos entre los mozárabes cordobeses”, *Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, 16, 1926, 575-592 y 579. La historiografía sobre los mozárabes: D.A. Olstein, *La era mozárabe: los mozárabes de Toledo (siglos XII y XIII) en la historiografía, las fuentes y la historia*, Salamanca, 2006.

71. *Crónica del Moro Rasis*, introd. xxx.

Hurūšiyūs como con la obra de al-Rāzī⁷². El propio arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, también habría accedido a la obra de historiador cordobés de manera directa o lo más probablemente a partir de Ibn Ḥayyān⁷³. La *Crónica general de Espanha de 1344*, realizada por Pedro Alfonso, conde de Barcelos e hijo bastardo del rey Dinis, reprodujo (parece que sin excesivas ampliaciones) el texto de la *Crónica do mouro Rasis*, incorporando la primera y la tercera sección de la obra, pero omitiendo la historia preislámica⁷⁴. Y una cuarta obra a considerar es la *Crónica Sarracina* de Pedro de Corral, escrita hacia 1430, una historia novelada y que parece que se habría realizado en los mismos momentos que la traducción castellana de la *Crónica do mouro Rasis* y que de hecho la continuaba, aludiendo al reinado de D. Rodrigo y a la historia de al-Andalus⁷⁵. Posteriormente, ya fuera a través de obras árabes posteriores como Ibn Ḥayyān o de su adaptación al castellano como la *Crónica del Moro Rasis*, la obra de al-Rāzī fue conocida por el embajador marroquí al-Gassānī (que visitó la corte de Carlos II en 1690-91) o por numerosos estudiosos y anticuarios de los siglos XVII y XVIII que buscaban informaciones para encumbrar los orígenes de algunas ciudades⁷⁶.

De esta manera, la obra de al-Rāzī destaca sin duda por su valor y legado. Durante el humanismo renacentista fue una obra de referencia, capaz de sobrevivir todavía algunos siglos al redescubrimiento de la historiografía clásica y la conformación de un discurso de identidad nacional durante los siglos XVI y XVII. Entonces, el pasado prerromano y los episodios de Viriato y Numancia fueron reelaborados para definir la identidad y el germen del pueblo español, subrayando la idea de una heroica resistencia y belicosidad frente al invasor como rasgo definitorio de la misma, una idea que, curiosamente, ya se encontraba en la obra

72. Los problemas concernientes al origen, datación y filiación de esta crónica han sido un tema de debate desde que Th. Mommsen editara la crónica en 1984: C. Sánchez Albornoz, *op. cit.*, 1934; R. Menéndez Pidal, “La Crónica Pseudo-Isidoriana”, *Cuadernos de Historia de España* 21-22, 1954, 5-15; H. De Carlos Villamarín, *Las antigüedades de Hispania*, Spoleto, 1996 y la reciente edición de F. González Muñoz, *La chronica gothorum pseudo-isidoriana (ms. París BN 6113)*, A Coruña, 2000, con su estudio introductorio acerca de estas cuestiones.

73. Rodrigo Jiménez de Rada señala su conocimiento de la obra de al-Rāzī puesto que, en la controversia entre los arzobispados de Toledo y Tarragona acerca de la posesión de Valencia, ordenó recopilar todos los documentos y fuentes que aportaran argumentos a su favor y entre ellos cita la historia de “Rasis”: De Gyangos, “Memoria sobre la autenticidad”, *op. cit.*, 8-9; *Crónica del Moro Rasis*, introd. lxxvi, nota 10.

74. Por desgracia esta obra tampoco se conserva en portugués, sino en su traducción castellana: *Crónica General de Espanha de 1344*, ed. D. Catalán y M^a S. de Andrés, Madrid, 1971. Se conserva también en portugués una *Refundición de la Crónica de 1344* y que empleó el original. Ha sido editada como *Crónica General de Espanha de 1344*, ed. L. F. Lindley Cintra, Lisboa, 1951-4. Sobre la relación de esta obra con la *Crónica del Moro Rasis*, en *Crónica del Moro Rasis*, introd. xvii-xix.

75. Pedro de Corral, *Crónica del rey don Rodrigo (Crónica sarracina)*, ed. J. D. Fogelquist, Madrid, 2001.

76. Al-Gassānī, *Rihla al-wazīr fī ftikāk al-asīr. El viaje del visir para la liberación de los cautivos*, edición y traducción A., Bustani, Tánger, 1949. El manuscrito de la Biblioteca de Copenhague, estudiado por D. Catalán, es una elaboración a partir del texto de la *Crónica del Moro Rasis* junto con otras noticias e interpolaciones, llevada a cabo por Gabriel Rodríguez Escabias en el siglo XVII: *Crónica del Moro Rasis*, introd. xix-xxv.

de al-Rāzī, como ya hemos visto⁷⁷. Sin embargo, el papel de la obra de al-Rāzī en la historiografía ha sido minusvalorado y olvidado desde entonces, en la misma medida en la que, durante los siglos XVIII y XIX, con los aires de la Ilustración y del neoclasicismo, se fraguaba una nueva narrativa nacional y se descartaba aquel material más legendario o fantástico, poniendo en duda entonces la autenticidad de la *Crónica del Moro Rasis*.

Las dudas comienzan justamente en ese momento. Andrés de Resende, que trabajó en el siglo XVI con la versión lusa de la obra de al-Rāzī, ya señalaba que: «este liuro de Rasis, quomo ho auctor era pouco sabedor das historias e cousas Latinas, cõfunde muitas vezes has verdadeiras historias a voltas de fabulas»⁷⁸. Autores como Ambrosio de Morales, Gregorio Mayans y Siscar, el Padre Flórez, Miguel Casiri, Juan Antonio Conde o Diego Clemencín se refirieron a *Rasis* con las mismas dudas, para denunciarlo como falso o apuntar que sólo era digno de consideración en su sección geográfica y en la dedicada a la historia de al-Andalus, mientras que la historia preislámica eran fábulas e ignorancias⁷⁹. Posteriormente, los trabajos llevados a cabo por Pascual de Gayangos, Reinhart Dozy, Ramón Menéndez Pidal y Claudio Sánchez Albornoz reivindicaron la autenticidad de la *Crónica del Moro Rasis*⁸⁰. Sin embargo, y en todo caso, su reivindicación fue parcial y partidista, dado que su recuperación y valoración estuvo condicionada a justificar y reforzar el propio discurso nacionalista español y católico, que buscaba en la Edad Media y en los mozárabes la esencia de España, sin reconocer por tanto el papel de la historiografía árabe y de Aḥmad al-Rāzī.

Conclusiones

La obra de Aḥmad al-Rāzī y el discurso de los califas en torno a la actitud y rebeldía de los hispanos y su similitud con las sublevaciones de las ciudades y caudillos durante la *fitna* del siglo IX tuvo un papel trascendental en el devenir político e historiográfico de la península ibérica. Pese a ello no ha sido tenido en cuenta de modo satisfactorio por parte de la historiografía. El relato de Aḥmad al-Rāzī sobre Viriato y Numancia constituye un ejemplo único de uso y abuso de las fuentes y tradiciones antiguas, puestas al servicio del presen-

77. T. Aguilera, *Bárbaros y héroes*, *op. cit.*, 75-76.

78. A. De Resende, *Historia da Antiguidade da cidade de Évora*, Évora, 1553, cap. XI.

79. A. De Morales, *Antigüedades de las ciudades de España*, Alcalá de Henares, 1577, fols. 59 y 60; G. Mayans y Siscar, *Censura de historias fabulosas. Obra póstuma de Nicolás Antonio*, Valencia, 1742, xxi; E. Flórez, *España Sagrada*, Madrid, 1747, IV, 119-120; M. Casiri, *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*, II, Madrid, 1770, II, 329; J. A. Conde, *Historia de la dominación de los árabes en España*, Madrid, 1820-1, prólogo, 9; D. Clemencín, “Examen y juicio de la descripción geográfica de España atribuida al moro Rasis”, *Memorias de la Real Academia de la Historia* VII, 1832, 237-248.

80. Una relación de las menciones y reflexiones suscitadas entre los diversos especialistas en: P. De Gayangos, “Memoria sobre la autenticidad”, *op. cit.*, 5-10; C. Sánchez Albornoz, “La Crónica del moro Rasis”, *op. cit.*, 229-265; *Ibidem*, *Adiciones al estudio*, *op. cit.* 15-22; *Crónica del moro Rasis*, introd. xi-xxx; R. Matesanz Gascón, *Omeyas, bizantinos y mozárabes*, *op. cit.*, 21-29.

te. Su obra justificó la dramática situación vivida durante la *fitna* y legitimó el ascenso de ‘Abd al-Raḥmān III, pero sin duda tuvo también un papel fundamental en la reelaboración de las distintas fuentes, memorias, tradiciones e identidades existentes hasta entonces y transformadas en el siglo X en una nueva realidad: una comunidad islámica con un pasado común y una sola lectura del mismo, una única memoria colectiva a la que recurrir, y una nueva identidad con la que identificarse.

En cierto modo, Aḥmad al-Rāzī les dijo a los toledanos del siglo X (y a todos los andalusíes) como habían sido hasta entonces y como debían ser a partir de ese momento. La lectura concuerda además con el mensaje que se intentaba imponer desde Córdoba. En una circular enviada por ‘Abd al-Raḥmān III a sus gobernadores tras la toma de Bobastro se señala cuál era su objetivo: «que la gente [de al-Andalus] fuera una sola nación, obediente, tranquila, sometida y no soberana, gobernada y no gobernante»⁸¹.

Esta es la contribución de Aḥmad al-Rāzī a la historiografía hispana, una reinención del pasado y del presente en pro de un nuevo orden político. Sin embargo, todavía podemos profundizar un poco más y proponer un nuevo punto de vista. ¿Qué papel cabe otorgar en este proceso a los propios toledanos y rebeldes de la *fitna*? ¿Fueron meros protagonistas secundarios que empuñaron las armas o tenían su propio discurso y memorias sobre el pasado? Merece la pena pues cuestionarse si este discurso elaborado por Aḥmad al-Rāzī, recuperando la figura de Viriato y el episodio de Numancia, fueron en realidad una respuesta a un discurso rebelde, anterior en el tiempo, que ya había recuperado estas y otras memorias. Las evidencias de un discurso rebelde, oculto y tergiversado por las fuentes árabes y cristianas oficiales, parecen apuntar al pasado visigodo y a la reivindicación de una antigua libertad y privilegios que habían sido obviados por los omeyas. Una carta enviada en el año 213/828 por el emperador carolingio Ludovico Pío a los emeritenses, apelaba al pasado de la ciudad y a su antigua libertad y prestigio como argumento político e ideológico para instarles a la rebelión contra los emires⁸². El topónimo Lusitania, tan llamativo en las fuentes árabes, también había aparecido anteriormente en las crónicas asturianas, concretamente en la *Crónica Albeldense*, dentro de la narración de la simbólica expedición militar emprendida por Alfonso III en el año 881, en la que acabó alcanzando la ciudad de Mérida y que tenía la intención de conseguir el desmoronamiento definitivo del emirato omeya. No en vano la enigmática campaña puso fin a la primera versión de la crónica⁸³.

Quizás podría suponerse algo similar en el caso que nos ocupa, aunque no existe ninguna evidencia al respecto. Viriato no sería entonces el rebelde insumiso y triunfante de Mé-

81. Ibn Ḥayyān, *Muqtabis* V, 142/169.

82. Einhard, *Epistola* 12, en *Epistolae Karolini Aevi*, ed. K. Hampe, III, Berlin, 1899, 115-16; E. Lévi-Provençal, *España musulmana: hasta la caída del Califato de Córdoba: (711-1031 de J.C.)*. Madrid, Espasa Calpe, 1967, 152; E. Manzano Moreno, *Conquistadores, Emires y Califas. Los omeyas y la formación de al-Andalus*. Barcelona, 2006, 327-328. Acerca de este discurso rebelde, ocultado parcialmente por las fuentes: J. Elices Ocón, *El pasado preislámico*, op. cit., 433-437.

83. *Albeldense*, XV, 12 en *Crónicas asturianas*, J. Gil, J. L. Moralejo y J. I. Ruiz de la Peña (eds.), 1986, Oviedo.

rida que dibuja Aḥmad al-Rāzī, sino un mito de resistencia e libertad contra el conquistador, todavía vivo y reivindicado por los rebeldes. La idea enlazaría con esa pervivencia de tradiciones y memorias relativas a Viriato y Numancia a la que me refería anteriormente, pero que, lamentablemente, no puede confirmarse. En cualquier caso, lo que sí está claro es que en el siglo X, Viriato y Numancia fueron reinventados por Aḥmad al-Rāzī, reelaborando con ello viejos tópicos acuñados por autores clásicos, como Orosio, en concreto, la belicosidad de los hispanos y la exaltación de la victoria de Augusto y la labor civilizadora de Roma, amoldados ahora al momento presente, evocando distintos episodios y personajes para legitimar una nueva visión de la península, en este caso, la impuesta por el califa ‘Abd al-Raḥmān III.

THE HISTORICAL VIDEO GAME
AS A FORM OF MEMORY

El videojuego histórico como forma de memoria

Alberto Venegas

Universidad de Murcia

correodealbertovenegas@gmail.com - <https://orcid.org/0000-0002-5621-7749>

Fecha recepción: 15.07.2019 / Fecha aceptación: 15.12.2019

Resumen

En este artículo vamos a definir al videojuego histórico como memoria frente a las definiciones de éste medio como historia o forma historiográfica. Para llegar a esta definición vamos a estudiar diferentes casos de videojuegos históricos como el estadounidense *Call of Duty WWII* (Sledgehammer, 2017), el también estadounidense, aunque de origen iraní, *1979 Revolution: Black Friday* (iNK Studios, 2014) y el austriaco (y sirio) *Path Out* (Causa Creations, 2017) junto a otros títulos que nos sirvan para ofrecer el contexto necesario. Junto a la observación directa de éstos acudiremos al tra-

Abstract

In this article, I shall define the historical video game as a form of memory, as opposed to definitions of this medium as history or a form of historiography. To arrive at this new definition, I will examine the case of several different historical video games such as the American *Call of Duty WWII* (Sledgehammer, 2017), the also American —albeit of Iranian origin— *1979 Revolution: Black Friday* (iNK Studios, 2014) and the Austrian (and Syrian) *Path Out* (Causa Creations, 2017), together with other games that serve to provide the necessary context. Direct observation

bajo de Le Goff (1991), Hobsbawm (2014), Aguilar Fernández (2008), Traverso (2011) y Todorov (2008, 2013) para determinar si, efectivamente, el videojuego histórico puede considerarse memoria y que consecuencias conlleva para su estudio dicha condición del videojuego histórico como memoria en lugar de historia.

Palabras clave

Memoria, videojuego, memoria oficial, memoria colectiva, memoria individual.

of these will be combined with an examination of the work of Le Goff (1991), Hobsbawm (2014), Aguilar Fernández (2008), Traverso (2011) and Todorov (2008, 2013) to determine whether, indeed, the historical video game can be considered memory rather than history, and if so, what the consequences of this are for its study.

Keyword

Memory, video games, institutional memory, collective memory, individual memory.

Introducción

El 5 de abril de 2016 iNK Studios publicó el videojuego *1979 Revolution: Black Friday*. El título proponía al jugador recorrer las calles de Teherán durante la revolución islámica de Irán. Su llegada al mercado venía precedida de una ardua polémica mantenida entre los responsables de la obra, hijos de exiliados iraníes durante dicha revolución, y el gobierno iraní. Ambos grupos, el estudio de desarrollo afincado en Nueva York y el Estado islámico de Irán, proponían un recuerdo diferente del acontecimiento. Las dos memorias colisionaban en el recuerdo del objetivo revolucionario, los métodos para conseguirlo y las consecuencias de la implantación de un nuevo orden en Irán. Un contraste que llevó al segundo a prohibir el videojuego en el país persa y no permitir traspasar su frontera a los miembros del estudio neoyorquino. Esta decisión la hizo pública Hassan Karimi, director de la NFGC iraní (National Foundation for Computer Games) quien añadió en su declaración:

Iranians will quickly realize the hostile intentions and objectives of the developer if they see the game (...) Games like this can poison the minds of the youth and young adults about their country by means of false and distorted information, and also damage their spirits.¹

1979 Revolution: Black Friday representa un acontecimiento histórico y lo recuerda bajo el punto de vista de sus creadores. Su memoria choca frontalmente con el discurso del gobierno de Irán. No es el único caso de memorias encontradas en el videojuego. El gobierno chino ha censurado distintos títulos ambientados en la Segunda Guerra Mundial por presentar al Tíbet, Sinkiang y Manchuria como países independientes.² El videojuego estadounidense *Call of Duty WWII* (Sledgehammer, 2017), de acuerdo a sus responsables, trata de mantener el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial vivo.³ Un

1. Redacción de *Tehran Times*, “Iran plans to block websites offering 1979 Revolution”. En línea en: <https://www.tehrantimes.com/news/300689/Iran-plans-to-block-websites-offering-1979-Revolution>. [Consulta: 1/6/2019]

2. T. Donovan, *Replay. La Historia de los Videojuegos*, Sevilla, 2018, 368.

3. L. Parker, “The Weight Of History: Exploring The Real-Life Inspirations Behind Call of Duty: WWII”. En línea: <https://www.gamespot.com/articles/the-weight-of-history-exploring-the-real-life-insp/1100-6453656/>. [31/5/2019]

recuerdo basado en las obras anteriores más populares,⁴ el beneplácito de las instituciones del país,⁵ opuesto al recuerdo de los combatientes⁶ y con origen en las generaciones posteriores a Vietnam⁷ y la idea de «guerra buena».⁸

Tal y cómo podemos observar en estos tres casos relacionados con Irán, China y Estados Unidos existen distintas formas de acceder al pasado basadas en intereses particulares, especialmente políticos y nacionalistas. Recuerdos que chocan entre sí y crean memorias fuertes, débiles, literales, ejemplares, estéticas, individuales, colectivas u oficiales. Los autores de estos videojuegos no buscan el pasado por la curiosidad y el ideal de verdad, rasgos citados por Paul Veyne como característicos de la Historia de los historiadores,⁹ sino que tratan de crear una representación del ayer condicionada por sus intereses particulares inventando literariamente el pasado en lugar de situar la historia en un relato documentado con pretensión de verdad y universalidad. Más la finalidad del placer del juego.

Objetivo

La intención de este trabajo es precisamente ésta: demostrar que el videojuego es una forma de recuerdo del pasado y no de historificación del pasado. Esta definición del videojuego como memoria se nos antoja más útil para su estudio como objeto de investigación y, a la vez, más cómoda y útil para investigar junto a él, como sujeto, nuevas formas de acercarnos al pasado. Además, esta definición nos permitirá estudiar la memoria colectiva, definida por Burke como: «una útil abreviatura para resumir el complejo proceso de selección e interpretación en una fórmula simple y pone[r] de relieve el paralelismo entre las formas en que el pasado se registra y se recuerda»¹⁰ de una manera más ágil y relevante dada la importancia mediática del videojuego en nuestra contemporaneidad.

No negamos que el videojuego pueda ser historia, otros han investigado este camino con éxito.¹¹ Sin embargo entendemos que el videojuego actual dista mucho de encontrarse en ese lugar. En cambio, su estado presente encaja de una manera más adecuada en la definición de memoria entendida como «representaciones colectivas del pasado tal como se forjan en

4. A. Venegas Ramos, “Entre el cine y el videojuego. Ética y estética en las producciones sobre la Segunda Guerra Mundial”, en J. F. Jiménez Alcázar y F. G. Rodríguez, *Videojuegos e Historia: Entre el ocio y la cultura*. Colección Historia y Videojuegos, Nº5, Murcia, 2018.

5. C. Groux, “How the new Call of Duty reinvents old battlegrounds”. En línea en: <https://www.newsweek.com/new-call-duty-ww2-battlegrounds-705567>. [Consulta: 3/7/2019].

6. P. Fussell, *Tiempos de guerra: conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, 2003, 179.

7. P. Aguilar Fernández, *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Madrid, 2008, 31.

8. D. Ramsay, *American Media and the Memoria of World War II*, Nueva York, 2016.

9. J. Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso*, Barcelona, 1991, 35.

10. P. Burke, *Formas de historia cultural*, Madrid, 2011, 68.

11. A. Chapman, *Digital Games as History: How Videogames Represent the Past and Offer Access to Historical Practice*, Nueva York, 2016.

el presente».¹² Así entendido, el medio digital se antoja una herramienta de vital importancia para conocer el «proceso de selección e interpretación del pasado y poner de relieve el paralelismo entre las formas en que el pasado se registra y se recuerda». Una memoria que cobra diferentes formas en el medio del videojuego que la aleja de la condición de historia, ya que «la memoria es la vida», lo que la expone...

...a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus sucesivas deformaciones, vulnerable a todos los usos y manipulaciones, susceptible de largas latencias y de repentinas revitalizaciones. Ahora bien, este vínculo vivido en el presente eterno no puede asimilarse a la historia, representación del pasado que, aunque problemática y siempre incompleta, se quiere objetiva y retrospectiva, fundada en la distancia. La memoria es «afectiva y mágica», encargada de sacralizar los recuerdos, mientras que la historia es una visión secular del pasado, sobre el que construye «un discurso crítico».¹³

Por tanto, definir el videojuego histórico como una representación colectiva del pasado realizada en el presente nos permite emplear el medio digital como fuente histórica y a la vez como elemento fundamental de rememoración y conmemoración en el siglo XXI. Este objetivo que proponemos puede tener un recorrido aún más extenso y ser aplicable al resto de ficciones históricas existentes en el mercado, desde el cine, muy utilizado en este trabajo por la innegable relación con el videojuego de contenido histórico,¹⁴ hasta el cómic o la televisión. Un objetivo más extenso que puede alcanzarse debido a que este trabajo no se detiene en el estudio exhaustivo de la forma, tema ya tratado en anteriores trabajos,¹⁵ sino en el contenido y las formas de recordar y reconstruir el pasado que tiene lugar en cada una de las ficciones seleccionadas.

Metodología

Para tratar de demostrar este objetivo transitaremos dos vías, la primera de ella es la observación directa de tres videojuegos concretos, *Call of Duty: WWII* y *1979 Revolution: Black Friday*. Cada uno de ellos representa un tipo de memoria aquí considerada, oficial y no oficial, fuerte y débil, hegemónica y subalterna. Ambas toman parte de la memoria estética,

12. E. Traverso, *El Pasado, instrucciones de uso: historia, memoria, política*, Buenos Aires, 2011, 16.

13. E. Traverso, *El Pasado...op. cit.*, 29.

14. Véase el capítulo dedicado al videojuego por Debra Ramsay en su obra referente al cine estadounidense de la Segunda Guerra Mundial *American media and the memory of the World War Two* “Brutal Games” donde afirma que: “*Saving Private Ryan*’s influence on the transmedia construct of World War II extends beyond film and television into what Sheldon Brown terms “the medium of our moment”—the videogames industry” en D. Ramsay, *American media and the memory of the World War Two*, Nueva York, 2015, 162.

15. A. Venegas Ramos, “La problemática de la imagen como forma de transmisión histórica en la cultura digital”. *Revista Caracteres. Estudios culturales y críticos de la esfera digital*. 7(2), 2018, 35-56.

compuesta de «retrolugares»,¹⁶ y examinada como parte integral de la cultura de masas contemporánea. Junto a ellos incluiremos otros videojuegos con la intención de ofrecer el contexto necesario. Estas observaciones se intercalarán con los ensayos más destacados sobre el campo de la memoria, especialmente los desarrollados por Le Goff, Hobsbawm, Aguilar Fernández, Traverso y Todorov.

Memoria oficial: el caso de *Call of Duty: WWII*

Call of Duty: WWII es un videojuego de acción con una perspectiva en primera persona desarrollado por el estudio estadounidense Sledgehammer Games y publicado por la empresa, también estadounidense, Activision. El título está ambientado en la Segunda Guerra Mundial, concretamente en el año 1944 durante el avance aliado por Francia tras el desembarco de Normandía. El protagonista del título es el soldado estadounidense Ronald «Red» Daniels, miembro de la primera división de infantería e integrante de un pelotón formado por los soldados Robert Zussman, el soldado Drew Stiles, el técnico Frank Aiello, el sargento William Pierson y el teniente Joseph Turner. Todos ellos de nacionalidad estadounidense.

La intención del videojuego es, de acuerdo a sus responsables, recordar lo sucedido: «Nos dimos cuenta de que tenemos que seguir contando estas historias para que el mundo no olvide lo que sucedió, y así no vuelva a suceder».¹⁷ Para ello contaron con numerosos recursos, desde la colaboración con veteranos de guerra, la visita a los lugares donde ocurrieron los hechos representados¹⁸ y la grabación de armamento real para captar el auténtico sonido de armas y vehículos de la época con la intención de «recrear esos sonidos de la manera más auténtica posible».¹⁹ Todo ello con el beneplácito del gobierno, encargado de ceder las licencias oficiales para representar uniformes, armas, vehículos, etc., propiedad del Ejército de los Estados Unidos.

Esta pretensión de verdad y ejemplaridad se rompe en determinadas cuestiones, como la representación de la Shoah. Éste se incluyó, de acuerdo a sus responsables, como consecuencia de la demanda de los usuarios²⁰ y sirvió de fuerte atractivo mediático y comercial.²¹ Dos razones que encajan a la perfección dentro de la tesis propuesta por Norman G. Finkels-

16. A. Venegas Ramos, «Retrolugares, definición, formación y repetición de lugares, escenarios y escenas imaginados del pasado en la cultura popular y el videojuego». *Revista de historiografía*. 28, 2018, 323-346.

17. L. Parker, «The Weight Of History...», *op. cit.*

18. L. Parker, «The Weight Of History...», *op. cit.*

19. A. Andersen, «Creating Call of Duty WWII's Historic Sound - an in-depth interview with Dave Swenson». En línea: <https://www.asoundeffect.com/call-duty-wwii-sound/>. [Consulta: 31/5/2019].

20. A. Rosenberg, «Call of Duty: WWII won't ignore the Holocaust anymore». En línea: <https://mashable.com/2017/04/26/call-of-duty-wwii-holocaust-interview/#fc3CjxxTAiqV>. [Consulta: 1/7/2019].

21. H. Nielsen, «Call of Duty: WWII could be the most important game of all time for Historians». En línea: <https://www.theguardian.com/technology/2017/apr/25/call-of-duty-wwii-historians-video-games-activision>. [Consulta: 12/6/2019].

tein²² para describir el uso público de la memoria de la Shoah. Finkelstein argumenta que el genocidio judío se ha explotado como negocio. De acuerdo a este investigador la Shoah apareció en la vida estadounidense tras la guerra árabe-israelí de junio de 1967²³ bajo la apariencia de dos principios:

Dos son los dogmas fundamentales que sustentan la estructura del Holocausto: (1) el Holocausto constituye un acontecimiento histórico categóricamente singular; (2) el Holocausto marca el clímax del eterno e irracional odio gentil a los judíos.²⁴

Así es como aparece en *Call of Duty WWII*, como un hecho singular, la prueba de esta afirmación es la inexistencia en esta obra de ficción, o en cualquier otro videojuego que represente y reconstruya este período, de cualquier otro «Holocausto» como el romaní, el eslavo o el chino. Esta excepcionalidad guarda relación con aquello que Todorov denominaba memoria literal, es decir un *suceso (...) preservado en su literalidad (...) permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo*.²⁵

La Shoah que aparece en el videojuego de Sledgehammer no sucedió. Reconstruir un campo de concentración y exterminio nazi desierto mientras varios soldados estadounidenses lo recorren asombrados ante el terror y la violencia irracional del Tercer Reich es una reificación del pasado. Mostrar, sin molestar a nadie, algo que ningún videojuego había mostrado jamás. Una idea expresada por Condrey durante una entrevista al medio especializado Polygon: «Creo que todos temíamos que si no lo manejábamos con la delicadeza que requería, saliera mal». ²⁶ Fueron con tanto miedo y delicadeza que al final, no mostraron nada. Una decisión que Condrey achaca a seguir el mismo camino que las grandes producciones cinematográficas²⁷ y que les sirvió para presentar la representación de la Shoah como un gran logro en el medio. Anzuelo que picaron diversas publicaciones, como el periódico The Guardian quien publicaba un amplio reportaje sobre el videojuego: «*Call of Duty: WWII* could be the most important game of all time for historians»²⁸ aunque más tarde, cuando lo jugaron, enmendaron este titular con otro reportaje titulado «*Call of Duty WWII* is about killing for fun. Why pretend otherwise?»²⁹ Un proceso que ilustra la conversión de la memoria en espectáculo, tal y como nos advertía Traverso:

22. N. G. Finkelstein, *La industria del Holocausto*, Madrid, 2014.

23. N. G. Finkelstein, *La industria del...* *op. cit.*, 27.

24. N. G. Finkelstein, *La industria del...* *op. cit.*, 45.

25. T. Todorov, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, 2013, 33.

26. B. Kuchera, "Why Call of Duty: WWII struggled to show the horrors of the Holocaust". En línea: <https://www.polygon.com/2017/11/3/16604330/call-of-duty-wwii-holocaust>. [Consulta: 13/6/2019].

27. B. Kuchera, "Why Call of Duty..."; *op. cit.*

28. H. Nielsen, "Call of Duty: WWII..."; *op. cit.*

29. K. Stuart, "Call of Duty WWII is about killing for fun. Why pretend otherwise?" En línea: <https://www.theguardian.com/technology/2017/apr/27/call-of-duty-wwii-activision-realism-killing>. [Consulta: 16/6/2019].

Ese fenómeno revela indudablemente un proceso de *reificación del pasado*, es decir, su transformación en objeto de consumo, estetizado, neutralizado y rentabilizado listo para que la industria del turismo y del espectáculo lo recupere y utilice.³⁰

En esta representación de la Shoah existe una clara desconexión entre el pasado recordado y representado por el videojuego y la historia documentada. La inclusión del genocidio en este ejemplo sigue una senda definida por la existencia de una memoria estética que ha sustituido, en los medios de comunicación de masas, a la historia. Ya que otra de las razones que explican el formato escogido por *Call of Duty WWII* para representar el genocidio judío se encuentran en la memoria estética del mismo. Existen, en la cultura mediática de masas occidentales, dos mediaciones maestras acerca de este hecho que son ineludibles para representar la persecución judía en la pantalla: la serie de televisión *Holocausto* (Gerald Green, 1978) y *La lista de Schindler* (Steven Spielberg, 1993). Tal y como explica Sánchez-Biosca para el primer caso:

Aun cuando el proceso es muy complejo, lo cierto es que el docudrama televisivo *Holocausto* (1978) dio forma narrativa, plástica y argumentativa a una tendencia que se había puesto probablemente en marcha en los Estados Unidos con el filme *El diario de Anna Frank* (1959) y que logró asentar un modelo de larga duración en la memoria del Holocausto, justo el mismo año en que Jimmy Carter creaba una comisión encabezada por Ellie Wiesel destinada a preparar una memoria que acabaría siendo el United States Holocaust Museum de Washington³¹.

El modelo erigido por la serie de televisión fue recogido, y actualizado, por Spielberg en su película, la cual ha sido vista en más de 675 millones de hogares. Un dato que la ha convertido en la producción estadounidense con mayor audiencia para un programa no deportivo.³² De acuerdo a Shlomo Sand la televisión, la imagen mediática en general, se ha convertido en la principal fuente de conocimiento del ciudadano medio sobre la Shoah y los horrores perpetrados por el régimen nazi³³. Esta situación ha provocado el nacimiento de una memoria estética acerca del acontecimiento que debe ser reproducida literalmente para asegurar la semejanza con lo ocurrido. De acuerdo a Sand esta reproducción se amplía con un ritmo de dos películas u obras mediáticas al año³⁴, una producción abultada que no ha logrado profundizar ni mejorar el conocimiento que se tiene sobre el suceso, sino que tan solo ha logrado perpetuarlo estéticamente en los medios de comunicación de masas³⁵. Un hecho al que viene a sumarse *Call of Duty WWII* al reproducir, de nuevo, todos los retrolugares contenidos en la mediación maestra de *La lista de Schindler*:

30. E. Traverso, *El Pasado... óp. cit.*, 14.

31. V. Sánchez-Biosca, *Cine de historia, cine de memoria*, Madrid, 2006, 155.

32. V. Sánchez-Biosca, *Cine de historia... óp. cit.*, 151 (a fecha de 2006).

33. S. Sand, *El siglo XX en pantalla*, Barcelona, 2003, 352.

34. S. Sand, *El siglo XX... óp. cit.*, 339.

35. S. Sand, *El siglo XX... óp. cit.*, 347.

La representación de los judíos como polvo de seres humanos, no sólo en el exterminio sino también en la operación de salvamento, parece corresponderse con la nueva concepción que el realizador-productor todopoderoso de Hollywood tiene del martirio judío. La condición evidente para este modo de representación era que todos los perseguidos fueran exclusivamente judíos (en la película no aparecen otras víctimas) y que todos fueran buenos y justos (incluidos los policías del gueto, que se comportan como monaguillos)³⁶.

En el videojuego los judíos están tan representados como polvo que éstos no llegan ni tan siquiera a verse, sin embargo aparecen como los únicos perseguidos, el objetivo principal del nazismo. Otro de los retrolugares impuestos por la serie de televisión *Holocausto*. De acuerdo a Sand el programa televisivo consiguió cambiar la percepción acerca del nazismo y representarlo como exclusivamente antijudío.³⁷ En el videojuego este retrolugar se antoja transparente como el cristal. No existe, en ningún título ambientado en la Segunda Guerra Mundial, ninguna mención al exterminio de otras comunidades que no sean la judía. Una serie de decisiones que guardan relación con la *americanización del Holocausto*, como bien mencionaba Sánchez-Biosca. Es decir, la representación del genocidio judío como medio para enseñar los valores tradicionales estadounidenses³⁸.

Por lo tanto, Sledgehammer Games y Activision, no deseaban mostrar la Shoah de la manera más auténtica posible como si querían hacer con el sonido de la época o la geografía de las batallas. No había un ideal de verdad en su búsqueda del pasado. Su intención era reproducir una serie de representaciones anteriores que guardan relación con la forma en la que los gobiernos de los Estados Unidos de América han decidido conmemorar y recordar el genocidio judío durante la Segunda Guerra Mundial bajo sus propios intereses.

La decisión anterior, reapropiarse del pasado y emitirlo siguiendo líneas oficiales, la podemos encontrar en otros apartados del videojuego, como su faceta multijugadora. La campaña para más de un usuario de *Call of Duty WWII* permite controlar a cualquiera de los dos bandos descritos por el juego: aliados o «eje», aunque las opciones quedan restringidas a estadounidenses, británicos, soviéticos y miembros de la resistencia francesa para los aliados y soldados de la Wehrmacht alemana para el «eje», despojados de la esvástica como símbolo descriptivo y sustituida por la Cruz de Hierro. Esta decisión elimina una gran cantidad de países participantes en el conflicto de tanto calado como Japón, Italia, Polonia, Canadá, Hungría, Yugoslavia, etc, etc. Además también oculta a otras tropas alemanas como la Waffen-SS de una manera voluntaria en este caso concreto para evitar, de acuerdo a las palabras de los responsables del título, glorificar a este grupo.³⁹

36. S. Sand, *El siglo XX... op. cit.*, 354.

37. S. Sand, *El siglo XX... op. cit.*, 335.

38. V. Sánchez-Biosca, *Cine de historia... op. cit.*, 139.

39. E. Kain, "This Is Why There Are Black Nazis And No Swastikas In Call Of Duty: World War 2". En línea: <https://www.forbes.com/sites/erikkain/2017/06/21/this-is-why-there-are-black-nazis-and-no-swastikas-in-call-of-duty-world-war-2-multiplayer/#7fcc61601338>. [Consulta: 17/6/2019].

Numerosos historiadores como Wolfram Wette,⁴⁰ Sönke Neitzel y Harald Welzer,⁴¹ Christian Ingrao⁴² o Browning Christ⁴³ han demostrado que tanto la Wehrmacht como las Waffen-SS fueron responsables conjuntos de algunas de las atrocidades bélicas del conflicto. Otra polémica que vino a sumarse a la desaparición de la esvástica como forma de representación del ejército nazi, justificado por Michael Condrey, co-fundador de Sledgehammer, con el mismo argumento que el utilizado para explicar la eliminación de las Waffen-SS, esquivar la glorificación nazi y evitar recordar el genocidio perpetrado contra el pueblo judío.⁴⁴ Sin embargo la esvástica sí aparecía en otros títulos de la saga y en otros muchos videojuegos ambientados en el conflicto. Y no solo aparece en otros juegos sino que en este en concreto hacen aparición otra serie de símbolos ligados al nazismo desde sus raíces, como el águila. De acuerdo a Rosa Sala Rose el águila:

...solía ser asociada al Sol, el fuego y la luz, así como al principio fecundador y masculino. En opinión de Carl Gustav Jung, el sentido último de este símbolo es la idea de altura. Todos estos significados, de por sí perfectamente coherentes con los ideales de la cosmovisión nazi, fueron incorporados por ésta al viejo simbolismo imperial...⁴⁵

Nos encontramos, en definitiva, con una memoria selectiva cuyo objetivo fundamental es la reificación de la misma dentro del contexto del discurso oficial sobre el acontecimiento histórico. Una decisión que también encuentra su raíz en la pantalla, donde, de acuerdo a Shlomo Sand, la división militar del ejército de Alemania tomó forma muy pronto:

En las muchas películas bélicas producidas en los países occidentales durante los años cincuenta, entre las cuales hay no pocos relatos del heroísmo de la resistencia antialemana o de los campos de concentración, el nazismo aparece desligado de cualquier vínculo histórico y social. Siguiendo el ejemplo del cine alemán de ese período, el cine internacional presenta la Wehrmacht y los ciudadanos alemanes «de a pie» como ajenos a la empresa del III Reich, y a menudo incluso como si fueran las víctimas de la persecución del régimen. Los mandos del ejército se oponen al alma noble y generosa; tan sólo las SS y la Gestapo son extraños monstruos en guerra contra todo el mundo, como si los nazis hubieran desembarcado desde otro planeta y se hubieran vuelto a marchar en cuanto fueron derrotados definitivamente. El objetivo de este imaginario cinematográfico era despejar el camino para la reintegración de los alemanes en la gran familia de las naciones «ilustradas». En efecto, Alemania desempe-

40. W. Wette, *La Wehrmacht: los crímenes del ejército alemán*, Barcelona, 2010.

41. S. Neitzel y H. Welzer, *Soldados del Tercer Reich: testimonios de lucha, muerte y crimen*, Barcelona, 2014.

42. C. Ingrao, *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*, Barcelona, 2017.

43. C. Browning, *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, 2019.

44. W. Yin-Poole, "How Call of Duty: WW2 handles swastikas and female soldiers". En línea: <https://www.eurogamer.net/articles/2017-06-19-lets-talk-call-of-duty-ww2-swastikas-and-female-soldiers>. [Consulta: 1/7/2019].

45. R. Salas Rose, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Barcelona, 2003.

ñaba un papel de primer orden en la lucha contra el comunismo, y era conveniente volver a trazar las fronteras cinematográficas del bien y del mal en función de las nuevas necesidades estratégicas⁴⁶ (pp. 281-282).

Un escenario muy diferente al pretendido por sus autores, quienes afirmaron que la campaña de *Call of Duty* «WW2's trataba de contar una auténtica historia de la Segunda Guerra Mundial».⁴⁷ Esta paradoja entre la memoria y la historia, de acuerdo a Le Goff:

...proviene del contraste entre el éxito de la historia en la sociedad y la crisis del mundo de los historiadores. El éxito se explica por la necesidad que tienen las sociedades de nutrir su búsqueda de identidad, de alimentarse de un imaginario real; y las solicitaciones de los medios masivos hicieron entrar a la producción histórica en el movimiento de las sociedades de consumo.⁴⁸

Frente a todas estas evidencias se nos antoja muy difícil definir *Call of Duty: WWII* como historia. No existe una pretensión de verdad, su desarrollo no está movido por la curiosidad. No existe un acercamiento a las fuentes documentales. Su contenido está condicionado por la imagen,⁴⁹ la lógica del mercado y la propia forma del videojuego.⁵⁰ Sin embargo se nos antoja muy fácil definirlo como memoria. De acuerdo a Todorov en la memoria:

...la elección de los hechos y su disposición jerárquica no la llevan a cabo eruditos especialistas (...) sino grupos influyentes de la sociedad que pretenden defender sus intereses. El objetivo prioritario de estos grupos no es conocer el pasado con exactitud, sino lograr que los demás reconozcan su lugar en la memoria colectiva, y por lo tanto en la vida social del país.⁵¹

La selección de los hechos que componen la memoria de la Segunda Guerra Mundial en *Call of Duty: WWII* no la han llevado a cabo especialistas, sino los miembros del estudio de desarrollo. Su objetivo no ha sido conocer el pasado, como hemos podido demostrar, sino «seguir contando estas historias para que el mundo no olvide lo que sucedió, y así no vuelva a suceder». Unas historias que sirven para «que los demás reconozcan su lugar en la memoria colectiva, y por lo tanto en la vida social del país».

46. S. Sand, *El siglo XX... op. cit.*, 281-282.

47. W. Yin-Poole, "How Call of Duty...", *op. cit.*

48. J. Le Goff, *Pensar...op. cit.*, 142.

49. A. Venegas Ramos, "La problemática de la imagen como forma de transmisión histórica en la cultura digital". *Revista Caracteres. Estudios culturales y críticos de la esfera digital*. 7(2), 2018, 35-56.

50. A. Venegas Ramos, "Emergencia y formación de subjetividades históricas en los videojuegos de acción contemporáneos. El caso del desembarco de Normandía". *Tropelías: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*. 31, 2019, 116-131.

51. T. Todorov, *El miedo a los bárbaros*, Barcelona, 2008, 93.

El recuerdo de la Segunda Guerra Mundial se ha convertido en Estados Unidos en mito nacional⁵² y ha servido para justificar⁵³ y explicar nuevos conflictos.⁵⁴ Un recuerdo promocionado por las instituciones del país, tanto del ejército, cediendo las licencias de sus armas, vehículos y símbolos a la empresa de desarrollo, mecanismo fundamental para entender la supervisión del cuerpo militar de los productos culturales donde se les representa,⁵⁵ como del gobierno, a través de la colaboración con los estudios y la cesión de expertos.⁵⁶

Por lo tanto se hace evidente que la obra de Sledgehammer Games y Activision no es historia, sino memoria «dominante, las que más representadas están en los medios de difusión»,⁵⁷ y «hegemónica [la que] prevalece de forma mayoritaria en el grupo que estemos investigando»,⁵⁸ lo que la convierte en memoria oficial, ya que está sostenida por instituciones estatales.⁵⁹ Esta concepción del videojuego *Call of Duty: WWII* no como historia sino como memoria oficial

...se refiere, pues, a un trabajo de homogeneización de las representaciones –siempre selectivas– del pasado, las cuales suelen revestir un fuerte componente mitológico y sobre las que se sustentan las identidades colectivas, sean éstas de tipo nacional o no. Aun cuando originalmente pudieron estar configuradas por los recuerdos individuales de algunos miembros del grupo, con el paso del tiempo las élites culturales –impulsoras de iniciativas políticas basadas en la difusión de rasgos étnicos o culturales– acaban elaborando un discurso simplificado y común sobre el pasado, apto para el consumo de los miembros de la identidad compartida y sumamente manipulable por las élites políticas.⁶⁰

Queda patente entonces la condición de este videojuego como discurso memorístico favorable a intereses particulares. Una situación que puede extenderse al resto de grandes producciones videolúdicas ambientadas en la Segunda Guerra Mundial y desarrolladas en Estados Unidos como en otros países. Esta memoria ha obtenido tanta fuerza, gracias a los medios de comunicación de masas, que ha comenzado a ser adoptada por otros países como Francia, donde el título *Steel Division: Normandy 44* (Eugen Systems, 2017) ha reproducido el discurso estadounidense oficial para conseguir ser consumido en el mercado anglosajón.⁶¹ Una decisión que también ha sido tomada por estudios británicos, ucranianos o polacos.

52. D. Ramsay, *American...op. cit.*

53. C. Boggs y T. Pollard, *The Hollywood War Machine: U.S. Militarism and Popular Culture*, Nueva York, 2015.

54. J. Dower. *Culturas de guerra. Pearl Harbor, Hiroshima, 11S, Irak*. Barcelona, 2012.

55. P. Fussell, *Tiempos de...op. cit.*, 240.

56. M. Castells, *Comunicación y poder*, Barcelona, 2009, 350.

57. P. Aguilar Fernández, *Políticas de...op. cit.*, 24.

58. P. Aguilar Fernández, *Políticas de...op. cit.*, 24.

59. E. Traverso, *El Pasado...op. cit.*, 2011, 53.

60. P. Aguilar Fernández, *Políticas de...op. cit.*, 50.

61. J. Wilson, “Steel Division: Normandy 44 is Paradox Interactive’s grand entrance into tactical combat”. En línea: <https://venturebeat.com/2017/03/01/steel-division-normandy-44-is-paradox-interactives-grand-entrance-into-real-time-tactical-combat/>. [Consulta: 23/6/2019].

El videojuego como memoria oficial es, por tanto, una representación del pasado, o del presente, auspiciada por instituciones estatales con motivos particulares, generalmente de tipo nacionalista. El recuerdo está condicionado por el discurso oficial y la memoria dominante, la más aceptada por la sociedad en la que nace representada con profusión en los medios de comunicación de masas. Suele contener un pasado sin aristas, homogeneizado y estilizado con la intención de ser aceptado por la mayor audiencia posible. Un pasado reificado, es decir, convertido en objeto de consumo.

Memoria no oficial: el caso de *1979 Revolution: Black Friday*

Durante una entrevista a la Radio Nacional Pública de Estados Unidos el creador de *1979 Revolution: Black Friday* afirmó que la intención de su título era permitir al jugador recorrer física y moralmente la revolución iraní.⁶² La revolución que presenta el título está basada, parcialmente, en los recuerdos de Navid Khonsari, tal y como él afirma en la misma entrevista:

On the streets of the summer of 1978, when I was in Tehran with my grandfather, I could feel the hope. I could feel the possibility that change could come. People were happy. They were hugging each other. They believed that they were about to change their country, their world.

And then six, eight months later, when the protests became violent and soldiers were shooting up in the air, I also remember the emotions that I had when my mother would tell me to get down on the ground because of a stray bullet that might come through the window of our third-floor apartment.⁶³

La partida sigue este guion. Durante los primeros compases de la partida el jugador tomará el control del personaje protagonista, Reza Shirazi, un joven fotógrafo que desea inmortalizar la revolución con su cámara. A medida que avanza ésta Reza comenzará a adentrarse en los entresijos de la insurgencia y tomará contacto con los diferentes grupos que formaron parte de ella. Un movimiento imparables que le llevará, finalmente, a escoger entre la violencia o el pacifismo, entre las piedras o las palabras. A través de pequeños minijuegos y respuestas múltiples con un tiempo de respuesta limitado el protagonista podrá navegar en torno a la revolución y recorrerá una línea cuyo origen es la esperanza en el cambio y su final la intransigencia de los diferentes grupos y los disparos de los soldados.

Esta forma de percibir la revolución, como la esperanza que desembocó en tiranía, forma parte de la memoria heredada del creador del título, Khonsari. El binomio «revolución - esperanza de cambio» fue el detonante del videojuego. Tal y como el autor afirma fue

62. Redacción de NPR. "Already A Movie Topic, Iran's Revolution Is Now A Video Game". En línea: <https://www.npr.org/2016/04/20/474935464/already-a-movie-topic-iran-s-resolution-is-a-video-game?t=1559375230711>. [Consulta: 31/5/2019].

63. Redacción de NPR. "Already A Movie Topic, Iran's Revolution...", *op. cit.*

el estallido de la Primavera Árabe el fuego que prendió la mecha de su trabajo en *1979 Revolution*.⁶⁴ Sin embargo, la reconstrucción del contexto se apoya en documentos y personajes de la época, como la del torturador Asadollah Lajevardi. Éste es el encargado de interrogar al protagonista, Reza. El título transcurre durante el interrogatorio, bajo la forma de recuerdos del protagonista. Los recuerdos-momentos jugables se desarrollan mediante espacios interactivos intercalados entre 1978, año en el que transcurre la acción, y 1980, año en el que transcurre el presente del juego. La figura del torturador afín a la revolución islámica no es el único elemento real. Toda la partida podría resumirse como la ligazón interactiva de las escenas fotografiadas por Michel Setboun, colaborador en el desarrollo del videojuego.



Ilustración 1: Captura de pantalla de *1979 Revolution* donde podemos observar una imagen del videojuego frente a la fotografía real de Setboun que la inspiró.

No son éstos los únicos elementos históricos, aparecen discursos reales de Jomeini y otros ayatolás que el jugador deberá buscar, propaganda y carteles de la época añaden una gruesa capa de verosimilitud a los hechos presentados, tal y como afirmaba Khonsari en la misma entrevista:

64. S. Parkin. "A Truly Revolutionary Video Game". En línea: <https://www.newyorker.com/tech/annals-of-technology/a-truly-revolutionary-video-game>. [Consulta: 1/6/2019].

We reached out to academic scholars, cultural scholars, religious scholars. We've also did over 40 interviews with people from across the spectrum and asked them about their experiences. We also put in home movies, which you can explore,⁶⁵

Existe, por tanto, una clara intención de representar literalmente el Irán de la época y para ello el autor emplea incluso películas caseras de su abuelo a las que el jugador puede acceder durante un momento de la partida. Esta decisión del estudio no permite clasificar el título entre los tipos de memorias distinguidas por Julio Aróstegui, en su obra *La historia vivida: sobre la historia del presente* (2004): memoria directa: «ligada a la experiencia vital, propia y directa, del individuo o del grupo», memoria heredada: «producto de la transmisión de otras memorias, de la memoria de los predecesores», y memoria institucional: constituida por «lugares de memoria, liturgias y conmemoraciones públicas, utilización política, derechos de la memoria y prácticas del olvido»⁶⁶ promovidas por las instituciones estatales y ejemplificada en este trabajo en el videojuego *Call of Duty: WWII*. En *1979 Revolution* se entremezclan todas estas memorias, la percibida por el joven de diez años que, cuarenta años más tarde, desarrollará un videojuego sobre ellos en consonancia con la memoria heredada de su familia y en contraste con la memoria institucional iraní sobre lo sucedido.



Ilustración 2: Captura de pantalla de *1979 Revolution* en la que podemos apreciar una fotografía real de los personajes protagonistas del videojuego.

65. Redacción de NPR. "Already A Movie Topic, Iran's Revolution..."; *op. cit.*

66. J. Aróstegui, *La historia vivida: sobre la historia del presente*, Barcelona, 2004, 160.

El gobierno iraní, desde que supo de la existencia de este título, ha tratado de entorpecer e incluso prohibirlo en el país asiático. Los dos recuerdos, el de Khonsari y el del gobierno actual iraní, sobre la revolución son contrarios y entran en disputa. La intención del responsable de *1979 Revolution* era mostrar los hechos, tal y como él y su familia los recordaba, al público y rescatar su recuerdo de Irán antes de la llegada de los ayatolás:

We wanted people to understand what Iran was like in the ‘70s, not as a statement against this regime or a statement against what was there, but as an understanding that Iran cannot be depicted by the past 35 years of what we’ve seen in the news.⁶⁷

El título no es polémico y tampoco toma un partido evidente entre las distintas opciones políticas de la época, aunque trata a algunas más amablemente que a otras. Una decisión tomada por el propio autor para tratar de ampliar la audiencia de su producto.⁶⁸ Sin embargo no son los hechos los que suscitaron la polémica en Irán sino la forma en los que éstos son recordados. La partida establece una clara diferenciación entre reacción, reforma y revolución. La reacción, protagonizada por los simpatizantes del Sah, entre ellos la madre y el hermano del protagonista, la envuelve la brutalidad de las fuerzas policiales y las constantes críticas al gobierno de los Pahleví. La revolución la personifican los dos extremos políticos, los comunistas, representados como intransigentes y violentos en la partida, y los partidarios de Jomeini, ultras religiosos, intransigentes y violentos también, personificados en la figura del torturador, ferviente defensor del ex-líder supremo iraní. Y por último la reforma, personificada en los personajes representados de manera más amable, Babak, Abbas y Bibi. Todos ellos son los estandartes de la palabra y la negociación. Su objetivo es un Irán independiente y democrático. Esta forma de representar la revolución iraní a través de la imagen de una balanza donde los extremos chocan aplastando a la reforma es la causa de la disputa con el gobierno resultante de la revolución iraní.

La rápida expansión del título, empleado desde hace años por diferentes grupos educativos e incluso en centros asociados a la UNESCO, como herramienta educativa e histórica sobre los sucesos acaecidos en Teherán durante 1978 y 1980,⁶⁹ ha provocado una disputa por la memoria del evento entre iNK Stories y el gobierno de Irán. La primera noticia sobre el juego en Irán la proporcionó el periódico gubernamental Kayhan.⁷⁰ El noticiario calificó al videojuego de propaganda estadounidense contraria al Estado iraní y calificó a Khonsari

67. Redacción de NPR. “Already A Movie Topic, Iran’s Revolution...”, *op. cit.*

68. S. Parkin. “A truly...”, *op. cit.*

69. S. Lester, “Iran Chat: Interview with Navid Khonsari, Developer of the Game 1979 Revolution: Black Friday”. En línea: <http://www.us-iran.org/news/2016/9/8/iran-chat-interview-with-navid-khonsari-developer-of-the-game-1979-revolution-black-friday>. [Consulta: 30/5/2019].

70. T. Lien, “The stressful life of Middle Eastern game developers and reality of their craft”. En línea: <https://www.polygon.com/2012/10/25/3544758/game-development-in-the-middle-east>. [Consulta: 29/5/2019].

como espía norteamericano que trataba de dañar la reputación del país,⁷¹ como consecuencia el gobierno le prohibió la entrada a Irán. Para evitar las denuncias iraníes otros miembros del estudio emplearon seudónimos para continuar viajando a su hogar y poder visitar a sus familias.⁷² La repercusión del título fue creciendo a medida que completaba su desarrollo y esa lucha por la memoria se fue engrandeciendo hasta sus últimas consecuencias, la prohibición del título en Irán.⁷³ La decisión la hizo pública Hassan Karimi, director de la NFGC iraní (National Foundation for Computer Games) quien añadió en su declaración:

Iranians will quickly realize the hostile intentions and objectives of the developer if they see the game (...) Games like this can poison the minds of the youth and young adults about their country by means of false and distorted information, and also damage their spirits.⁷⁴

La memoria oficial del gobierno iraní sitúa en 1979 uno de los principales hitos de su trayectoria política. La conmemoración celebrada durante este mismo año, el 11 de febrero de 2019, para conmemorar el cuarenta aniversario del hecho histórico refleja la importancia de este recuerdo para el Estado actual. Cientos de miles de iraníes se concentran anualmente en las inmediaciones de la plaza Azadi (libertad) para reafirmar el origen y la fuente de poder del régimen. La geografía de esta elección no es causal, este monumento fue levantado por el Sah en 1970 como símbolo de la modernidad del país y fue rebautizado y resignificado por el nuevo gobierno de Irán como testigo de su victoria.⁷⁵ Una celebración política⁷⁶ y a la vez religiosa que ha trascendido y ha acabado por convertirse en una de las más importantes del país.⁷⁷

La revolución islámica iraní es la primera piedra del régimen de gobierno actual de Irán. La memoria oficial del hecho comienza años atrás, en 1963, año en el que el SAVAK atacó Qom durante la conmemoración del martirio del sexto imán chií, Ya'far as Sádiq. Este fue el momento escogido por Jomeini para pronunciar su conocido discurso del día de Ashura condenando al dictador Pahleví y sus soportes políticos, Estados Unidos e Israel. La narrativa oficial continúa su recuerdo de los hechos situando el acento en los actos protagonizados por Jomeini. Este recuerdo oficial describe el estallido de las revueltas de 1978 como consecuen-

71. E. Narcisse, "This Man's Making a Game About His Native Iran. So, Of Course, They Branded Him a Spy". En línea: <https://kotaku.com/this-man-s-making-a-game-about-his-native-iran-so-of-5921067>. [Consulta: 1/6/2019].

72. E. Narcisse, "When You Have to Hide Your Identity to Make a Video Game". En línea: <https://kotaku.com/when-you-have-to-hide-your-identity-to-make-a-video-gam-1513466093>. [Consulta: 2/6/2019].

73. Redacción de NPR. "Already A Movie Topic, Iran's Revolution...". *op. cit.*

74. Redacción de NPR. "Already A Movie Topic, Iran's Revolution...". *op. cit.*

75. Redacción de The Guardian, "Iranians mark the 40th anniversary of the Islamic revolution in pictures". En línea: <https://www.theguardian.com/world/gallery/2019/feb/11/iranians-mark-the-40th-anniversary-of-the-islamic-revolution-in-pictures>. [Consulta: 3/6/2019].

76. T. Erdbrink. "Iran Celebrates Its Revolution, and Thanks Some Americans". En línea: <https://www.nytimes.com/2017/02/10/world/middleeast/iran-revolution-anniversary.html>. [Consulta: 3/6/2019].

77. D. Intini, *The Politics of National Celebrations in post-revolutionary Iran (Tesis de maestría)*. Research Master in Middle Eastern Studies, Leiden, 2015.

cia del posible asesinato del hijo de Jomeini por grupos afines al dictador y la publicación, el 6 de enero de 1978, de distintos artículos de la prensa gubernamental donde se atacaba duramente al ayatolá (Intini, 2015: 68). Fueron estos dos hechos, de acuerdo a la memoria oficial del gobierno, los que condujeron al Viernes Negro, un relato muy diferente al representado en *1979 Revolution*, donde ese acontecimiento lo provoca la intransigencia de la dictadura y la desesperación que condujo a la violencia a muchos de los manifestantes. El gobierno, mediante esta selectiva política de recuerdo y olvido trata de eliminar cualquier referencia a los demás grupos políticos que hicieron frente a la dictadura y arrobarse él solo el éxito de la caída de la dinastía Pahleví.⁷⁸ La elección del día 11 de febrero para conmemorar el proceso revolucionario en su conjunto es una decisión que apunta al recuerdo de la caída del Sah como el germen y la fuente justificadora del poder de Jomeini. Durante ese día el ejército declaró su neutralidad tras un fuerte ataque civil a los centros de poder y Jomeini alcanzó el poder sin contrarios ni competidores. Desde el día 1 hasta el día 11, desde el momento en que el ex-líder regresó del exilio hasta el momento en el que alcanzó el poder, se celebran en el país diez días de celebración que terminan con una gran conmemoración en la plaza Libertad.

Sin embargo el hecho diferencial más importante entre las dos memorias de la revolución se encuentra en los momentos posteriores, en el año 1980. Para *1979 Revolution* el régimen de los ayatolás impuso una fortísima represión contra las fuerzas adictas al Sah y todos sus contrarios políticos. Esta memoria se representa en la figura del torturador y está condicionada por los recuerdos del responsable del título, cuya familia tuvo que huir del país para continuar con su vida. Todos estos hechos, aunque sucedieron, se encuentran escondidos y relegados en la memoria oficial.⁷⁹

Frente a esta memoria oficial, divulgada desde todos los órganos de poder del gobierno y especialmente desde la educación infantil y juvenil,⁸⁰ *1979 Revolution* sitúa el acento en los mártires de la revolución que lucharon por un país libre, tanto del Sah como del islam. El videojuego está dedicado a ellos.

78. D. Intini, *The Politics...op. cit.*, 69.

79. S. Talebi, *Ghost of Revolution. Rekindled memories of imprisonment Iran*, Stanford, 2011.

80. En los libros de texto de octavo grado puede leerse la siguiente descripción de Irán: «*Iran is a powerful country in the southwest of Asia and has a special place in the region. The Iranian people, led by Imam Khomeini, fought and won during the Islamic Revolution, to eliminate oppression and establish independence, freedom and an Islamic Republic. The Islamic Revolution of Iran is a model for people in other countries in the world, to rise against the tyranny of the great powers and internal tyranny, and to present a transcendental image of Islam to the world. (...) Today, the Islamic Republic of Iran supports the oppressed people of all countries, especially in Palestine. (...) Although Iran is composed of different ethnic groups, these ethnicities have always been united and have defended the country*, en P. Pals, *The presentation of the Islamic Republic of Iran in Iranian primary schoolbooks. An interplay of religion and nationalism*» (Tesis de maestría). Research Master in Middle Eastern Studies, Universidad de Leiden, 2018, 38-39.



Ilustración 3: Captura de pantalla de *1979 Revolution*.

Por lo tanto es fácil comprender la disputa entre las dos representaciones de la revolución, la primera apuntala al poder y se celebra, cada año, de manera literal,⁸¹ la segunda cuestiona la fuente del poder, critica el régimen impuesto tras la revolución y trata de servir de ejemplo, y advertencia, para otros muchos procesos de cambio, tal y como su responsable no dudaba en afirmar en una entrevista:

We wanted to get micro. We wanted to get you to personally experience the revolution but not just experience the historical highlights of the revolution but actually engage with the dynamics of the different factions that existed in Iran. To deal with people who are wealthy and people who are poor. To deal with people who are educated and who are uneducated. To people who are religious and not religious. Bring those elements in there because that's what's actually going to provide a richer context and, hopefully, then create a greater sense of understanding the reason we embrace the 1979 Revolution is that it's a historical story. A historical story that's unique to Iran but the trajectory of revolutions is universal. That you could apply the French

81. Las celebraciones comienzan en el Aeropuerto Internacional de Mehrabad, en Teherán, justo en el mismo instante en el que Jomeini puso de nuevo el pie en Irán. Durante 2012 el ejército llegó al extremo de emplear un recorte con la forma del ayatolá para simular su descenso del avión y una vez en tierra se le brindaron honores militares D. Intini, *The Politics...op. cit.*, 70.

Revolution from hundreds of years ago to the Arab Spring. That is interesting for people who are interested in history, in politics, and in the region.⁸²

Una intención que guarda una especial relación con la memoria ejemplar descrita por Todorov. Recordar para servir de ejemplo y como advertencia.⁸³ La memoria en *1979 Revolution*, no es literal aunque parte de fuentes primarias y testimonios directos del suceso. La intención de iNK Studios, tal y como han manifestado en numerosas ocasiones, no reside exclusivamente en tratar de narrar «históricamente» la revolución de Irán sino ofrecer claves y patrones que, de acuerdo a su opinión, se encuentran presentes en otros grandes procesos de cambio. La base de su trabajo es mostrar la violencia y la intransigencia como límites a las opciones de reforma y cambio negociado. E incluso con este objetivo manifiesto aparecen representados la mayoría de los grupos presentes en la revolución bajo tonos grises. El agente de la SAVAK, hermano del protagonista, que busca proteger a su familia a costa de todo. Los intelectuales religiosos que buscan en la fe la tranquilidad y la mesura y no la radicalidad y los excesos. Los liberales que buscan ampliar los derechos y libertades individuales al resto de la población, etc. Todos ellos no se muestran como enemigos o amigos sino como agentes de cambio, aunque si existen villanos, los personajes intransigentes, y héroes, los personajes reformistas.

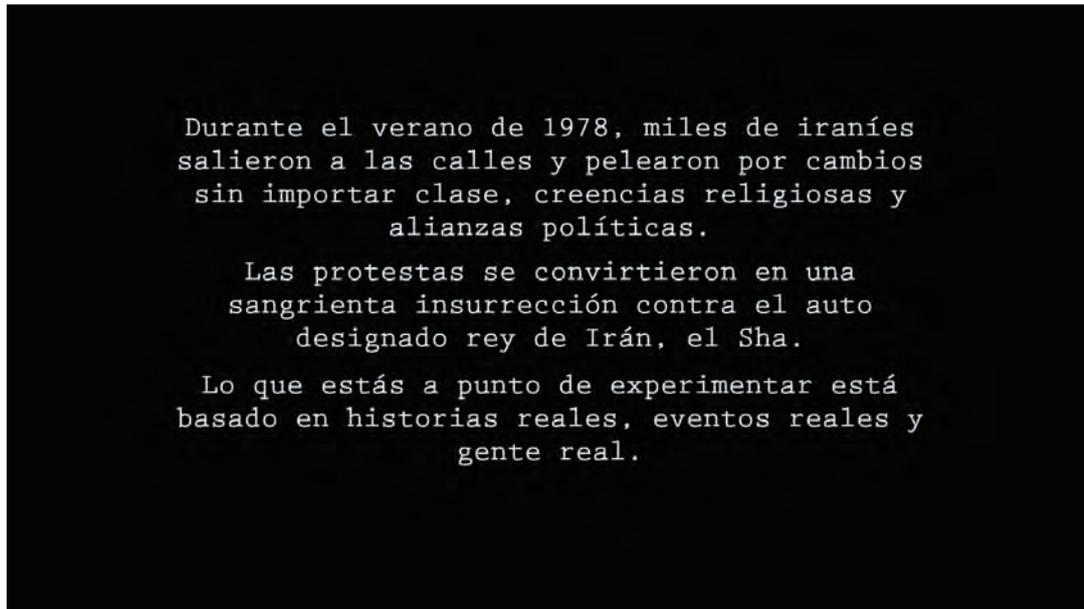


Ilustración 4: Captura de pantalla de 1979 Revolution.

82. D. Tortum, “Interview with Navid & Vassiliki Khonsari”. En línea: <https://docubase.mit.edu/lab/interviews/interview-with-navid-vassiliki-khonsari/>. [Consulta: 6/7/2019].

83. T. Todorov, *Los abusos...op. cit.*, 34.

Sin embargo la memoria oficial es literal, tal y como hemos podido comprobar en las descripciones de las celebraciones, y busca recordar la Revolución Islámica como fuente de su poder y legitimidad para gobernar. Para ello buscan congelarla en el tiempo y recordarla anualmente con la repetición literal de los hechos que han seleccionado para consolidar su representación y relato del momento histórico.

1979 Revolution puede considerarse memoria colectiva porque no parte de ningún Estado o institución y encaja en la definición ofrecida por Aguilar Fernández en su obra *Políticas de la memoria y memorias de la política* (2008):

Lo que se entiende por memoria colectiva supone una simplificación de los acontecimientos, en el sentido de que «se enfatizan mucho las narraciones de lo dramático, especialmente de las guerras. Se favorecen las clasificaciones simplistas: héroes y villanos; y las memorias del pasado de una sociedad suelen idealizarse o demonizarse. La dimensión moral de estas memorias es muy importante, puesto que siempre contienen lecciones para el futuro e intentan aportar una imagen coherente de la sociedad.⁸⁴

iNK Studios simplifica los acontecimientos, no menciona el pasado, tampoco la economía del país, no hace mención a ninguna localidad iraní excepto a Teherán. No narra el hecho histórico en su contexto. Enfatiza las narraciones dramáticas, todo lo representado en el videojuego se muestra entre escenas de tortura al protagonista. Existen héroes, el protagonista y los personajes favorables al sistema democrático, y villanos, el torturador y los personajes intransigentes. Todo ello constreñido en un molde moralista y aleccionador auspiciado por la llamada Primavera Árabe.

El apoyo aportado por distintas instituciones a este videojuego ha llevado a la memoria colectiva, la representada por diferentes «miembros de un determinado grupo van construyendo relatos comunes sobre el pasado, partiendo del intercambio entre las memorias individuales y de la información acumulada sobre el hecho en cuestión»,⁸⁵ a convertirse en memoria hegemónica y competir con la memoria institucional iraní, como demuestra la lucha del propio gobierno para impedir la expansión del videojuego a y en su país.

La consideración de *1979 Revolution* como memoria ofrece una mayor profundidad y calado a la hora de estudiarlo que si lo calificamos como historia, ya que, de acuerdo a Aguilar Fernández:

Las ideas, memorias, identidades que, a pesar de estar sometidas a continua revisión pueden, en distintos momentos, compartir determinados grupos sociales, a muchos nos interesan no por su coherencia interna, ni por su coincidencia con lo realmente acontecido, sino porque son capaces de mover voluntades y de explicar comportamientos de gran relevancia política y social.⁸⁶

84. P. Aguilar Fernández, *Políticas...op. cit.*, 50-51.

85. P. Aguilar Fernández. *Políticas...op. cit.*, 64.

86. P. Aguilar Fernández. *Políticas...op. cit.*, 65-66.

El videojuego como memoria colectiva es una representación del pasado, o del presente, no auspiciada por instituciones estatales sino generada por comunidades particulares. El recuerdo puede oponerse al discurso oficial y la memoria dominante. Suele contener un pasado reivindicativo aunque estilizado con la intención de ser aceptado por la mayor audiencia posible y poder convertirse en memoria hegemónica con la intención de disputarle su lugar a la memoria institucional.

Conclusión

Tras estudiar casos particulares de videojuegos históricos o de contenido histórico entendidos como memorias oficiales o colectivas que pueden ser, a la vez, memorias fuertes, débiles, literales o ejemplares, consideramos haber alcanzado el éxito en nuestro objetivo: demostrar que el videojuego histórico o de contenido histórico es memoria y no historia. No puede ser historia porque no cuentan con un ideal de verdad y su desarrollo no está movido por un interés de curiosidad. Todos los títulos aquí mentados tienen distintas intenciones particulares, nacionalistas, colectivas o individuales. Tampoco son historia porque no acuden a fuentes primarias ni están insertos en un contexto general. Gran parte de sus fuentes para reconstruir el momento histórico se encuentran en los medios de comunicación de masas. No logran ser historia porque los videojuegos históricos o de contenido histórico confunden narración histórica (la puesta en historia a través de un relato) con ficción histórica (invención literaria del pasado). Así hemos podido comprobarlo en el caso de *Call of Duty: WWII* y su recuerdo del exterminio judío o los crímenes de la Wehrmacht, así como en la falta total de contexto de *1979 Revolution*. Y es que, de acuerdo a Traverso: «el historiador no puede esquivar el problema de la «puesta en texto» de su construcción del pasado, pero jamás podrá, si pretende hacer historia, arrancarla de su irreductible pedestal fáctico»,⁸⁷ un pedestal fáctico, de pruebas y documentos insertados en un relato con pretensión de verdad y universal que no existe en el videojuego hasta el momento.

87. E. Traverso, *El Pasado...op. cit.*, 65.

THE DRAMA STUDIES AT THE NATIONAL SCHOOL OF MUSIC:
MATILDE DÍEZ AND TEODORA LAMADRID (1874-1896)

La cátedra de Declamación en la Escuela Nacional de Música: Matilde Díez y Teodora Lamadrid (1874-1896)*

Guadalupe Soria Tomás

Universidad Carlos III de Madrid

gstomas@hum.uc3m.es - <https://orcid.org/0000-0002-0551-2238>.

Fecha recepción: 04.09.2019 / Fecha aceptación: 01.10.2020

Resumen

Este artículo se ocupa de las clases de Declamación reabiertas en la Escuela Nacional de Música en 1874. Para impartirlas se nombró por primera vez a mujeres. El gobierno escogió a las mejores actrices de la escena: Matilde Díez y Teodora Lamadrid. Analizamos las dificultades que sortearon para desempeñar sus clases, las obras que ensayaban y el tratado de declamación que seguían las alumnas para desarrollar sus cualidades. Este tratado insistía en el realismo escénico y la perfección vocal. Es-

Abstract

This paper focuses on the reopened Drama Studies at the National School of Music in 1874. For the first time, women were appointed teachers of Acting. The Government chose the best stage actresses of the time: Matilde Díez and Teodora Lamadrid. We will consider the difficulties they had to overcome to teach their lessons, the plays they rehearsed and the treatise on acting with which the disciples developed their skills. This treatise meant for the scenic realism and was especially attentive to the voice.

* Artículo realizado en el marco del proyecto de investigación HAR2011-27540 financiado por el MINECO. Las fuentes documentales, en gran parte inéditas, proceden principalmente del Archivo General de la Administración. España (AGA) y del Archivo Histórico-administrativo del Real Conservatorio Superior de Música. Madrid (ACM). Mi agradecimiento al personal de este último por su generosa ayuda durante la investigación y por el permiso de reproducción de sus imágenes. Con carácter general, modernizo la ortografía de las citas. Respeto las mayúsculas, cursivas y subrayados originales por su valor enfático.

tudiamos también cómo esta formación, una de las pocas opciones para las mujeres del XIX, mejoró la imagen pública de estas maestras.

Palabras clave

Formación actoral, Escuela Nacional de Musical y Declamación, actrices españolas, Matilde Díez, Teodora Lamadrid, educación femenina, teatro español del siglo XIX.

We will also study how these lessons, one of the few training options for women in the XIX century, improved the public imagen of these teachers.

Keywords

Drama training, National School of Music and Drama, Spanish actresses, Matilde Díez, Teodora Lamadrid, female education, Theatre in Nineteenth-century Spain.

«La historia del teatro debería grabar el nombre de estas dos mujeres en letras de oro; porque ellas señalaron nuevos horizontes a la mujer, ellas probaron a cuánto puede llegar y merecer la mujer que se estime a sí propia, y cuánto puede alcanzar un talento hábilmente dirigido»¹.

Introducción

En 1874 se reabrió la sección de Declamación de la Escuela Nacional de Música -primer centro público y oficial para la formación de artistas escénicos de España inaugurado en 1830-².

1. J. G. Balmaseda, “La actriz española”, en F. Sáez de Melgar (Ed.), *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, Barcelona, 1881, 72-73.

2. Su nombre original fue Real Conservatorio de Música de María Cristina; y la línea principal didáctica, la formación de músicos y de artistas para teatro cantado (ópera y zarzuela). La sección de Declamación, lo que sería la actual interpretación, se abrió en 1831, con el nombre de Escuela de Declamación Española, y se destinó a los actores del tradicionalmente llamado teatro de verso. La denominación del centro fue cambiando, por motivos administrativos o legislativos. Entre 1868 y 1874 se llamó Escuela Nacional de Música. Por operatividad, empleo, en ocasiones, la fórmula genérica de «Conservatorio». A lo largo de su historia, y hasta la separación definitiva de las secciones en 1952, la de Música fue la sección más relevante, tanto desde el punto de vista presupuestario como del equipo docente y número de estudiantes. Sobre este protagonismo, que en parte se explica por la distinta consideración social de músicos y actores, véase J. Álvarez Barrientos, *El actor borbónico (1700-1831)*, Madrid, 2019, 152-154. Un acercamiento general a la historia del Conservatorio en F. Sopena, *Historia crítica del Conservatorio de Madrid*, Madrid, 1967. Es imprescindible, además, la tesis de H. Bénard, discípula del profesor J.-L. Guereña, *Culture et éducation artistique en Espagne au temps d'Isabelle II. Le Conservatoire Royal de Musique et Déclamation “Marie Christine” de Madrid. Impact et Fonctions. 1830-1868*. Universidad François-Rabelais de Tours, Dpto. de Español, 2006. F. Agüera Cueva amplía el estudio del marco legislativo del Conservatorio hasta la actualidad en *Historia*

La novedad más significativa fue el nombramiento de una mujer como profesora de interpretación destinada a la instrucción³ femenina: la prestigiosa actriz Matilde Díez, sustituida, tras su fallecimiento, en 1883, por Teodora Lamadrid. Durante los años en que desarrollaron su magisterio, de 1874 a 1896, contaron para impartir sus clases con la colaboración de otras conocidas actrices. Los actores Florencia Romea y Antonio Vico formaron a los alumnos. Con su magisterio consolidaron las teorías interpretativas de Julián Romea, basadas en el realismo escénico⁴, que tendrían una aplicación directa en el modelo interpretativo, también femenino, que se buscaba. Julián Romea, hermano de Florencio y que había sido esposo de Matilde Díez, dirigió la institución entre 1866 y 1868, fecha de su muerte.

El objetivo principal de nuestro artículo es estudiar los antecedentes que explican el contexto en el que, en concreto, las dos primeras maestras de Declamación impartieron las lecciones, las dificultades que encontraron para garantizar su óptimo desarrollo -perjudicado, en parte, por la reglamentada separación de los estudiantes según los sexos-, o cómo transmitieron a sus discípulas su estilo actoral. Nos detendremos, entre otras, en las cualidades que valoraban en ellas o en los textos con los que ensayaban y se presentaban ante el público. Para ello priorizaremos las fuentes archivísticas.

De otro lado, pretendemos contribuir a la reconstrucción histórica del «estudio de la genealogía de una tradición pedagógica propia» dentro de la configuración de una posible «His-

de la educación musical en la España contemporánea. Tesis doctoral, UNED, 2009. Ver también sobre cuestiones reglamentarias F. Delgado García, *Los gobiernos de España y la formación del músico (1812-1956)*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 2003. Con respecto a la sección de Declamación, objeto de nuestro artículo, véase G. Soria Tomás, *La formación actoral en España. La Real Escuela Superior de Arte Dramático (1831-1857)*, Madrid, 2010. Para un marco referencial del teatro español en el XIX ver D. T. Gies, *El teatro en la España del siglo XIX*, Cambridge, 1996 y E. Caldera, *El teatro español en la época romántica*, Madrid, 2001; en especial las páginas 233-255 dedicadas a los actores y la escenificación.

3. No empleo el término de forma retórica. Para las enseñanzas del Conservatorio es quizás problemático o no del todo oportuno aplicar la distinción, propia del argumentario del XIX en torno a la enseñanza femenina, entre «educar» a la mujer, en referencia a la prioridad de lo sentimental, frente a la «instrucción», dirigida a la inteligencia, del varón. El argumentario relegaba a la mujer –«ángel del hogar»- al ámbito doméstico vinculada a la idea de madre y maestra como garantía de la unidad familiar burguesa. La educación a la que podría acceder se enmarcaba en esos límites, salvo excepciones, entre las que podríamos considerar la formación escénica, como veremos. Sobre la distinción entre los términos, ver P. Ballarín, *La educación de las mujeres en la España contemporánea (siglos XIX-XX)*, Madrid, 2008, 33-36 y C. Jagoe, “La enseñanza femenina en la época decimonónica”, en C. Jagoe, A. Blanco y C. Enríquez de Salamanca, *Las mujeres en los discursos de género*, Barcelona, 1998, 109-110. Con respecto a la construcción burguesa del ideal femenino del XIX, véase A. Blanco, “Teorías de la conciencia feminista”, en la referencia anterior, 445-471, donde se atiende, con cierto detalle, al «ángel del hogar» más allá de la obra de M.^a del Pilar Sinués. También ver B. S. Anderson y J. P. Zinsser, “Mujeres en las tertulias” y G. Nielfa, “El nuevo orden liberal” en B. S. Anderson y J. P. Zinsser, *Historia de las mujeres: una historia propia*, vol. 2, Barcelona, 1992, 153-193 y 617-634, respectivamente, que permiten conocer la consideración femenina tanto dentro como fuera de España.

4. El significado de este término, como el de naturalidad, que también aparecerá a lo largo del artículo, es relativo. Hay que entenderlo en cada contexto histórico preciso.

toria de la Educación Teatral», que el profesor M. F. Vieites viene reclamando y justificando desde el punto de vista epistemológico⁵. Por extensión, y al centrarnos en la formación procurada por Matilde Díez y Teodora Lamadrid, aportar un primer acercamiento de la enseñanza de esta disciplina para las investigaciones dedicadas a la historia de la educación femenina.

En general, las maestras de Declamación del XIX apenas han sido objeto de estudio por la comunidad científica⁶, cuando su modo de enseñanza y la finalidad última de esta difiere, por ejemplo, de la de piano, impartida también en el Conservatorio, y que se contempló, en parte, como arte de adorno⁷, u otras superiores incluidas dentro de las Bellas Artes, como la pintura.

5. M. F. Vieites, “De la naturaleza educativa de la educación teatral y sus rasgos pertinentes”, *Revista de estudios e investigación en psicología y educación*, 4, 2015, 22. En línea en: https://revistas.udc.es/index.php/reipe/article/view/192/pdf_42. [Consulta: 07.09.2019]; “Educación teatral: una propuesta de sistematización”, *Teoría de la educación*, 26.1, 2014, 77-101. En línea en: <https://revistas.usal.es/index.php/1130-3743/article/view/teoredu201426177101/12265>. [Consulta: 10.09.2019]; su reciente “Las enseñanzas artísticas superiores en la ordenación educativa en España. Una visión crítica”, *Fondo de Educación*, 18.1, 2020, 209-232. En línea en: <https://www.forodeeducacion.com/ojs/index.php/fde/issue/view/43> [Consulta: 30.06.2020]; así como en colaboración con R. Solveira, “Los inicios de la educación teatral en España. Primeras formulaciones y experiencias”, *Historia y memoria de la educación*, 7, 2018, 533-572. En línea en: <http://revistas.uned.es/index.php/HMe/article/view/19206/17438>. [Consulta: 11.09.2019].

6. Una primera aproximación al magisterio de Matilde Díez puede verse en G. Soria Tomás, “L’Escola d’interpretació dels Romea-Díez: actuar i formar actors a la fi del segle XIX (1874-1883)”, en A. Amo y A. Mestres (Eds.), *L’Intèrpret: del teatre naturalista a l’escena digital*, Valencia, 2015, 49-66. Contamos con meritorios estudios de varias de las que ejercieron la cátedra a lo largo del siglo XX. C. Menéndez Onrubia en “Anita Martos. Su aportación a la escena española del siglo XX”, *ALEC*, 41.2, 2016, 133-154, trata, parcialmente, de la desempeñada por esta actriz, nombrada profesora de Declamación en 1917. También se han ocupado de su labor y de la del resto de docentes que ejercieron durante la Segunda República -Nieves Suárez, nombrada en 1915; Herminia García Peñaranda, en 1931 y Carmen Seco, en 1934- E. Pérez-Rasilla y G. Soria Tomás, “Documentos sobre los profesores de las enseñanzas teatrales del Conservatorio Nacional de Música y Declamación (1931-1939)”, en F. Doménech (Ed.), *Teatro español. Autores clásicos y modernos*, Madrid, 2008, 289-401. N. Mateo ha estudiado las trayectorias de Carmen Seco, Adela Escartín y Charo Amador para *Maestras y actrices del teatro español (1934-2011)*. Tesis, UNED. 2013. Parte de su investigación puede seguirse en “Carmen Seco en el Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid (1904-1908 [sic]): Influencias de la Escuela Romántica y Realista de las maestras precedentes”, *Don Galán. Revista de investigación teatral*, 3, 2013, 1-6. En línea en: http://teatro.es/contenidos/donGalan/donGalan-Num3/pagina.php?vol=3&doc=2_6&pag=1. [Consulta: 02. 07.2019] y *Charo Amador: La actriz y maestra*, Madrid, 2017. La de Adela Escartín se completa con J. A. Vizcaíno, *Adela Escartín: mito y rito de una actriz*, 2 vols., Madrid, 2015, vol. 1, 178-187 y vol. 2, 95-112 y 188-220; estas últimas específicas para su enseñanza en la Real Escuela Superior de Arte Dramático.

7. La educación vocal y musical femenina del Conservatorio ha sido estudiada, por ejemplo, por H. Bénard, “Las profesoras de piano en torno al Conservatorio de María Cristina en el siglo XIX”, *Arenal*, 7.2, 2000, 383-420 y M.ª C. Morales Villar, “Alumnas, maestras y cantantes: la formación vocal de las mujeres en el siglo XIX en España”, *Revista electrónica de LEEME*, 44, 2019, 102-116. En línea en: <https://ojs.uv.es/index.php/LEEME/article/view/15675/14560>. [Consulta: 03.01.2020]. También N. Hernández-Romero insiste en la formación profesional musical femenina y la incorporación al ámbito laboral como objetivo prioritario del Conservatorio en “Educación musical y proyección laboral de las mujeres en el siglo XIX: el Con-

Con respecto a estas últimas, si bien se consideró a las mujeres, por el prejuicio que llevaba asociarlas a lo emocional y la sensibilidad, más a propósito para recibir las, su enseñanza quedó relegada a un segundo plano -de nuevo educación de adorno: dibujo, música, idiomas, baile-, pues, entre otros aspectos, se entendía problemática la comercialización; en definitiva: la aplicación profesional de lo aprendido. Las mujeres solo pudieron acudir, si nos centramos en la pintura, a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, a partir del último cuarto del XIX y cuando lo hicieron no tuvieron acceso a «las clases de dibujo natural, anatomía o composición»⁸. La desventaja con respecto a la formación reglada recibida por los varones condicionaba la temática de sus creaciones -bodegones, paisajes- o el propio tamaño -pequeño y mediano formato-; lo que, en consecuencia, mermaba su desarrollo como verdaderas creadoras. De este modo, salvo contadas excepciones, la salida profesional era la enseñanza⁹.

La formación teatral femenina, tanto desde la perspectiva de las maestras como de las alumnas, es singular si se atiende al contexto general del resto de las escasas posibilidades formativas y laborales destinadas a las mujeres durante el periodo que nos ocupa¹⁰. Esta circunstancia puede explicarse, de un lado, porque la apertura del Conservatorio -la institucionalización de sus enseñanzas- contribuyó a la mejora de la percepción pública de su actividad. De otro, y en parte relacionado con lo anterior, porque el teatro ha sido uno de los pocos espacios públicos, si no el único, donde la mujer ha tenido presencia activa desde el Barroco, momen-

servatorio de Música de Madrid”, *Trans*, 15, 2011, 1-42. En línea en: http://www.sibetrans.com/trans/public/docs/trans_15_04_Hernandez.pdf. [Consulta: 15.09.2019], “Las alumnas del Conservatorio de Madrid en el siglo XIX: estereotipos y realidades”, en I. Vázquez Bermúdez (Ed.), *Investigación y género, inseparables en el presente y en el futuro*, Sevilla, 2012, 859-873. En línea en: <https://idus.us.es/handle/11441/39932>. [Consulta: 15.10.2019] y *Formación y profesionalización musical de las mujeres en el siglo XIX: el Conservatorio de Madrid*, Alcalá de Henares, 2019.

8. R. Sánchez, *Señoras fuera de casa. Mujeres del XIX: la conquista del espacio público*, Madrid, 2019, 95. Sobre la presencia femenina en distintos campos artísticos fuera de España ver Anderson y Zinsser, *Historia de las mujeres... op. cit.*, 194-226.

9. E. de Diego, “La educación artística en el siglo XIX: todo menos pintoras. La mujer profesora de dibujo”, en M^a. J. Matilla y M. Ortega (Eds.), *El trabajo de las mujeres. Siglos XVI-XX*, Madrid, 1996, 481-488.

10. Una visión panorámica de la historia de la educación española en A. Capitán Díaz, *Breve historia de la educación en España*, Madrid, 2002. Para el periodo de la Restauración, Y. Turín, *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, 1967. Con respecto a la educación femenina contemporánea, que cuenta con una notable bibliografía crítica, ver, entre otros, Jagoe, Blanco y Enríquez de Salamanca, *Las mujeres... op. cit.*; de Ballarín, *La educación de las mujeres... op. cit.*; “La educación de la mujer española en el siglo XIX”, *Historia de la educación*, 8, 1989, 245-260 y “La educación contemporánea de las mujeres”, en J.-L. Guereña, J. Ruiz Berrio y A. Tiana, *Historia de la Educación en la España contemporánea*, Madrid, 1994, 173-190; C. Flecha, “Desequilibrios de género en la educación en la España contemporánea: causas, indicadores y consecuencias”, *AREAS*, 33, 2014, 49-60. En línea en: <https://revistas.um.es/areas/article/view/216041>. [Consulta: 15.10.19]. El volumen editado por L. Branciforte, C. González Marín, M. Huguet y R. Orsi, *Actas del primer congreso internacional: Las mujeres en la esfera pública*, Madrid, 2009, 6-102, incluye diversos trabajos relativos a la educación destinada a las mujeres. En línea en: <https://e-archivo.uc3m.es/handle/10016/4279#preview>. [Consulta: 11.10.2019].

to en el que se constituye como fenómeno cultural y comercial, hasta la actualidad. La mujer fue autora y poeta -ciertamente en menor medida que sus colegas masculinos-, espectadora y, sobre todo, actriz. El cuerpo de esta última, exhibido en el escenario, y proyectado fuera de él -lo que suscita y fomenta la confusión identitaria entre intérprete y personaje, entre público y privado-, se convirtió en centro de polarización de miradas, como ha estudiado E. Rodríguez Cuadros. Su actividad, igual que la de los actores, se entendía peligrosa por cuanto desde la voz y el cuerpo rivalizaban con el otro poderoso ámbito de difusión de mensajes: el púlpito. La elocuencia de los gestos, las posibilidades proteicas de afeites y maquillajes, el valor y significado del cabello, la sensualidad y el erotismo más o menos explícito vinculado, por ejemplo, al recurso de la ambigüedad identitaria sexual -del personaje femenino que se viste de hombre o a la inversa- adscriben a los actores a un catálogo de conductas alejadas de los referentes morales impuestos como norma. A su vez, la reglamentación de las distintas autoridades públicas que organizaron su oficio los empujó a constituirse en un colectivo cerrado en sí mismo. Su profesión será condenada por los apologetas cristianos que los tachan de viles e infames; pero a la vez admirada, precisamente por constituir «espacios de compensación visual alternativos»¹¹. La participación de la mujer en puestos de responsabilidad dentro del negocio escénico -autora, posteriormente empresaria- se frena como consecuencia del giro provocado tras la Revolución Francesa¹², en el que paradójicamente, como señalaron Branciforte y Orsi¹³, contra lo que preconizaba el ideario Ilustrado, la mujer termina repliegándose, o se la repliega, de vuelta al hogar.

Este fenómeno coincide en España con la implantación de una serie de tentativas que, desde el poder político, buscan reformar la escena. Se pretende que el teatro sea escuela de costumbres destinada a educar a la burguesía. A ella se dirigirá el nuevo género de la comedia lacrimosa, burguesa o drama urbano, que tiene en la protección del núcleo familiar uno de sus temas identitarios. Los actores y las actrices fueron objeto de esta reforma. Se les exigió abandonar el sistema habitual de trabajo, hasta cierto punto gremial, basado en la imitación y transmisión de formas heredadas por una nueva interpretación más «natural» en la que se valoraba la escucha escénica, la expresión de las emociones que permitiera la creación de un personaje en el que los espectadores pudieran reconocerse. Entre la segunda mitad

11. E. Rodríguez Cuadros, “Autoras y farsantas. La mujer tras la cortina”, en M.^a de los Reyes Peña (Ed.), *La presencia de la mujer en el teatro barroco español. Cuadernos escénicos*, 5, Sevilla, 1998, 33-65. Ver, además, T. Ferrer, “La incorporación de la mujer a la empresa teatral: actrices, autoras y compañías en el Siglo de Oro”, en F. Domínguez y J. Bravo (Eds.), *Calderón entre veras y burlas*, Logroño, 2002, 139-160.

12. La actriz-empresaria volverá a recuperarse a finales del XIX. Rodríguez Cuadros, “Autoras y farsantas...”, *op. cit.*, 63-64. Varios ejemplos de autoras célebres en L. García Lorenzo (Ed.), *Autoras y actrices en la historia del teatro español*, Murcia, 2000.

13. L. Branciforte y R. Orsi, “Espacio público y mujeres: un difícil camino hacia la modernidad”, *Thérmatá. Revista de Filosofía*, 39, 2007, 239-244. En línea en: <http://institucional.us.es/revistas/themata/39/art30.pdf>. [Consulta: 17.11.2019]. También se ha ocupado de la cuestión entre cuerpo femenino y espacio público en la época revolucionaria R. Sennet, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, 2ª ed., Madrid, 2019, 431-444.



Fig. 1. Ilustración para «La actriz española», en Sáez de Melgar (Ed.), *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, Barcelona, 1881.

del XVIII y las primeras décadas del XIX se produce toda una literatura en forma de planes, opúsculos, proyectos, memorias y críticas teatrales, en la que se debate esta cuestión. Este debate se relaciona con la liberalidad del ejercicio actoral, pues no se trataba ahora de imitar antiguos modelos, sino de crear, desde la observación y la reflexión, personajes dramáticos. En consecuencia, era necesario mejorar su percepción social. Para ello se concluyó en la conveniencia de formarlos a través de escuelas y tratados de declamación. Esta formación incluía tanto a actores como a actrices, a las que también se consideró susceptibles de aprender un arte que se ejercía desde la inteligencia. Aunque pocas de estas tentativas se llevaron a la práctica -escuela de Pablo de Olavide en Sevilla (1767-1768), clases en el coliseo del Príncipe (1800-1802), por ejemplo- los argumentos que se barajaron para justificar su apertura se encuentran en los documentos fundacionales de la Escuela de Declamación Española, abierta en 1831 dentro del Conservatorio de Música de María Cristina, así como en los primeros tratados con los que se formaron a sus estudiantes¹⁴.

La dignidad del ejercicio del artista se vinculó con la formación recibida y el magisterio que se impartía en el Conservatorio. La institución buscó, además, legitimarse a través de la figura del maestro honorario, que reconocía la labor, entre otros, de intérpretes consagrados. Es el caso, por ejemplo, de la actriz Concepción Rodríguez, nombrada Maestra honoraria del Real Conservatorio de Música por Real orden de 22 de marzo de 1835¹⁵. En definitiva, contribuyó a la distinción de actores y actrices -damas de la escena- y, a la vez, a su diferenciación con otras artistas sobre las que se proyectaban ahora las sospechas morales: bailarinas, artistas de variedades, etc.¹⁶. No obstante, estas grandes damas debieron atender y guardarse de cómo se publicitaba su dimensión público-privada. El retrato de la actriz, en los años en los que Matilde Díez y Teodora Lamadrid ejercen sus cátedras, se adscribe a esta honorabilidad que les aporta la instrucción, como recoge Joaquina Balmaseda, una de las prolíficas escritoras de la segunda mitad del XIX¹⁷. En su artículo «La actriz española», publicado en

14. Recogen estas tentativas ilustradas Álvarez Barrientos, *El actor borbónico...op. cit.* y G. Soria Tomás, “La Escuela de Declamación Española: antecedentes y fundación”, en A. Martínez Roger (Ed.), *Maestros del Teatro. 175 aniversario de la Real Escuela Superior de Arte Dramático (1831-2006)*, Madrid, 2006, 33-75. Para la apertura del Conservatorio fue determinante la melomanía así como la liberalización de la actividad teatral de las primeras décadas del XIX, que condujeron a la proliferación de teatros tanto profesionales como de aficionados, en parte abiertos en ateneos o sociedades. La demanda requería de artistas más o menos formados. Ejemplos de esa proliferación de espacios escénicos en A. M.^a Freire, *Literatura y sociedad: los teatros de casas particulares en el siglo XIX*, Madrid, 1996 y C. Simón Palmer, “Construcción y apertura de teatros madrileños en el siglo XIX”, *Segismundo*, vol. 10, 19-20, 85-137.

15. ACM, Leg. 2-140.

16. Sánchez, *Señoras fuera de casa...op. cit.*, 116-141.

17. Balmaseda cursó Declamación en el Conservatorio, ejerció de actriz durante varias temporadas y escribió algunas comedias burguesas, aunque destacó, sobre todo, como periodista. A. Smith ha estudiado las contradicciones en su discurso entre el desarrollo de la vocación profesional de las artistas y el estereotipo y la norma social a la que debía sujetarse la mujer. Ver “Joaquina García de Balmaseda: desconocida dramaturga decimonónica”, *Stichomythia*, 8, 2009, 30-42. En línea en <https://parnaseo.uv.es/Ars/Stichomythia/stichomythia8/4Smith.pdf>. [Consulta: 10.11.2019]. Balmaseda volvió a tratar esta cuestión en “La mujer

1881, describe las cualidades de Díez y Lamadrid como ejemplo de artistas que compaginan la brillantez en la interpretación, en lo público, y, en lo privado, el respeto al modelo femenino vigente:

La cómica contemporánea, la que hemos bautizado con el nombre de actriz, la que puede considerarse dentro del período que empieza con Rita Luna y termina con la Matilde Díez y Teodora Lamadrid, no tiene fisonomía propia fuera de los bastidores. Mujeres que han vivido familiarizadas con el arte en una época en que aun [sic] no se admitía difícilmente a la mujer artista, teniendo que procurarse una educación literaria después de conquistar triunfos en la escena, porque la educación de la mujer era harto limitada cuando ellas recorrieron los senderos de la infancia, han tenido que vivir para el estudio del arte que tenían que enaltecer, y en el retiro que les imponía la clase que tenían que acreditar¹⁸.

Estudiemos cómo accedieron y desempeñaron la Cátedra de Declamación estas dos insignes actrices, a las que tanto debieron, según Balmaseda, sus sucesoras en los escenarios¹⁹.

Del Real Conservatorio (1857) a la Escuela Nacional de Música y Declamación (1874): entre dos grandes damas de la escena

La aprobación de la Ley de Instrucción Pública de 9 de septiembre de 1857 vino a reconocer «por primera vez el derecho a la mujer a una instrucción primaria»²⁰. Ordenó, de otro lado, los estudios ofrecidos por el Conservatorio²¹, al adscribir sus enseñanzas dentro de las Bellas Artes y, por tanto, a las superiores, las cuales -como las Facultades y Enseñanzas profesionales- «habilitan para el ejercicio de determinadas profesiones»²². Conviene, en este sentido, matizar la siguiente observación de Scanlon, sobre las prescripciones de esta Ley: «No hay ninguna provisión especial para la instrucción profesional, secundaria o universitaria de la mujer que para nada la necesita para cumplir su misión de esposa y madre»²³, pues, si bien no existe esta provisión especial de forma explícita, por lo que afecta a las enseñanzas del

artista”, artículo de 1872, para *El correo de la moda*; recogido en I. Sánchez, *Antología de la prensa periódica isabelina escrita por mujeres*, Cádiz, 2001, 227-229.

18. Balmaseda, “La actriz española...”, *op. cit.*, 72.

19. Balmaseda, “La actriz española...”, *op. cit.*, 74.

20. G. M. Scanlon, “La mujer y la instrucción pública: de la Ley Moyano a la II República”, *Historia de la educación*, 6, 1987, 194.

21. No puedo detenerme ahora en los cambios curriculares que experimentó el Real Conservatorio de Música y Declamación de María Cristina hasta la aprobación de la Ley Moyano. Pueden seguirse con detalle en Soria Tomás, *La formación actoral... op. cit.*, 27-72 y 183-264, así como en Delgado García, *Los Gobiernos de España...*, *op. cit.*, 138-213.

22. *Gaceta de Madrid* (10.09.1857), 1.

23. Scanlon, “La mujer y la instrucción pública...”, *op. cit.*, 195.

Conservatorio se recogen en el reglamento que debía desarrollar el marco general de la mencionada ley; tal y como indica su art.º 58:

Un reglamento especial determinará todo lo relativo a las enseñanzas de Música vocal e instrumental y de Declamación, establecidas en el Real Conservatorio de Música, como asimismo a los estudios preparatorios, matriculas, exámenes, concursos públicos y expedición propios de estas profesiones²⁴.

El reglamento que ordenaría la institución se aprobó el 14 de diciembre de 1857²⁵ y dividía las enseñanzas en estudios superiores -la carrea de Maestro compositor- y estudios de aplicación -que incluía los de Canto, Declamación, Órgano, Armonía elemental y superior, Piano y Acompañamiento elemental y superior, Solfeo preparatorio para canto, Solfeo general, Lengua italiana, Piano y la enseñanza de los instrumentos de cuerda y de viento-. El art.º 31 indicaba que en Piano, Arpa y Solfeo podría haber clases impartidas por profesoras. El art.º 48, que estudiantes de ambos sexos se matricularían en Historia y literatura del arte dramático y de la música, Canto, Declamación, Lengua italiana, Solfeo general y preparatorio para canto; Piano, Arpa y Acompañamiento elemental y superior. A partir de estos artículos, podemos inferir que, aunque las alumnas no tendrían, por el momento, acceso a los estudios superiores, sí accedían a los de aplicación, para varios de los cuales se contemplaba el magisterio de profesoras. La asignatura de Declamación seguía desempeñada por actores: José García Luna, Julián Romea y Joaquín Arjona²⁶.

Romea, cuyo *Manual de Declamación* se adoptó como texto oficial del centro, fue el primer actor nombrado para el cargo de director, puesto al que accedió el 30 de agosto de 1866. Pocos meses después, por Real Orden de 7 de diciembre de 1866, las enseñanzas del Conservatorio se dividieron en tres secciones: Música, Declamación y Declamación Lírica. Romea falleció el 10 de agosto de 1868. En diciembre, Manuel Ruiz Zorrilla, nuevo ministro de Fomento, en la línea política de la liberalización de la enseñanza, sancionó otro decreto que disolvía las secciones de Declamación para crear la Escuela Nacional de Música²⁷. El único profesor de la sección en activo, Joaquín Arjona, cesó. En los años siguientes, coincidiendo con el Sexenio democrático (1868-1874), la enseñanza de los artistas de verso quedó relegada

24. *Gaceta de Madrid* (10.09.1857), 1.

25. “Reglamento orgánico provisional del Real Conservatorio de Música y Declamación”, en *Memoria acerca de la Escuela Nacional de Música y Declamación de Madrid escrita para ser presentada en la Exposición Universal de la Música y del Teatro*, Madrid, 1892, 59-74.

26. *Anuario de la Universidad Central para el curso de 1858 a 1859*, Madrid, 1858, 70-73 y ACM, Leg. 12-61.

27. *Memoria acerca de la Escuela Nacional de Música y Declamación...*, op. cit., 75-81. M.ª A. Sarget estudia las consecuencias de la aplicación de este decreto en “Rol modélico del Conservatorio de Madrid II (1868-1901)”, *Ensayos*, 2001, 149-173. Sin embargo, la investigadora no contempla el de 1874 que recupera la enseñanza de Declamación antes del Real Decreto de 14 de septiembre de 1901.

a la labor de sociedades, ateneos y academias privadas, como la impulsada por el actor Antonio Pizarroso dentro del Teatro Español²⁸.

El 28 de agosto de 1874, poco antes de la Restauración, se decretaba la reapertura de la cátedra de Declamación²⁹. Esta se justificó, además de por la formación propiamente para teatro en verso, por la necesaria instrucción de los estudiantes de canto en las partes declamadas de las zarzuelas. Las enseñanzas de Declamación se reincorporaron definitivamente al Conservatorio -ahora Escuela Nacional de Música y Declamación- y se restauró a Arjona, como profesor de los estudiantes varones. Se establecían, a su vez, varias novedades con respecto a esta enseñanza: un régimen especial para la selección de sus docentes y el nombramiento, por primera vez, de una mujer destinada a la instrucción femenina. Vamos a detenernos en estos dos aspectos, relevantes para el tema que nos ocupa.

Las nuevas cátedras de Declamación, a diferencia de las demás disciplinas ofrecidas en el centro, no se resolverían por oposición. El Gobierno argumentaba evitar así un posible desaire a las candidatas, cuando en realidad sabía que difícilmente alguna artista consagrada aceptaría opositar:

porque el público certamen, que tiene la ventaja de impedir que entren en el profesorado los ineptos y los desaplicados, ofrece el inconveniente, gravísimo en ocasiones como esta, de alejar del ejercicio de la enseñanza a los que, teniendo ya adquirida cierta reputación, repugnan someterse a pruebas de las que pudiera acaso sin razón bastante salir lastimada su fama. En la provisión de que ahora se trata sería a todas luces inútil exigir ejercicios que probaran la aptitud, porque debiendo recaer la elección en una actriz eminente ¿qué más prueba que las que da cada día ante el público que aplaude entusiasmado su privilegiado ingenio y su profundo conocimiento del arte de la escena?³⁰

Era el público quien había ya validado su buen hacer en las tablas. La elección, que vendría motivada por el informe de la Real Academia Española y del Consejo de Instrucción Pública, debía recaer, como recogía el decreto, en intérpretes de larga y reconocida trayectoria profesional: «y para el de Profesora [se nombrará] a una actriz eminente que con el ejercicio de su profesión haya demostrado, además de genio artístico, profundo estudio de los recursos del arte escénico»³¹.

El Consejo de Instrucción Pública se pronunció a favor de la actriz Matilde Díez y la Real Academia Española apoyó a Teodora Lamadrid. Estas propuestas colocaban al Gobierno en una complicada tesitura, pues debía «escoger entre las dos más aplaudidas actrices de la escena contemporánea. De aquí la perplejidad en que se ve sumido porque encuentra en ambas iguales títulos que las hagan acreedoras a la distinción del gobierno, siéndole imposible

28. G. Soria Tomás, “Antonio Pizarroso y la enseñanza de la Declamación en el Madrid del Sexenio democrático (1868-1874)”, *Pygmalion*, 0, 2009, 89-107.

29. *Gaceta de Madrid* (29.08.1874), 521-522.

30. *Gaceta de Madrid* (29.08.1874), 521.

31. *Gaceta de Madrid* (29.08.1874), 521.



Fig. 2. Retrato de Matilde Díez,
El teatro, II. 24, 1910, 17.

decidir cuál ha de nombrarse con más justicia»³². Primó la «antigüedad» y Matilde Díez fue nombrada maestra de Declamación el 30 de septiembre de 1874, con la misma remuneración que Joaquín Arjona: 3000 pesetas. A su muerte, acaecida en enero de 1883, le reemplazó en la cátedra Teodora Lamadrid, en esta ocasión con el informe unánime de ambas instituciones³³.

Díez y Lamadrid eran las actrices más eminentes del panorama escénico del momento, como señalaba el Ministerio y había recogido Balmaseda en el elogioso artículo «La actriz española». Sus trayectorias artísticas, a pesar de las respectivas singularidades, habían corrido de forma paralela. Se habían iniciado en las tablas de la mano del director de escena Juan de Grimaldi, uno de los empresarios de los teatros de Madrid durante las décadas de 1820 y 1830, al que se le consideró como continuador de la reforma teatral impulsada por el actor Isidoro Máiquez, tendente hacia una mayor naturalidad en la interpretación³⁴.

32. AGA, 31/14859.

33. AGA, 31/14859. El argumento de antigüedad podría hacer referencia tanto a la edad, Matilde Díez había nacido en 1818; Teodora Lamadrid, en 1821, como al inicio de la carrera profesional. La presencia de la primera, si tomamos los teatros de la capital como referente, está documentada desde la temporada de 1830-1831; la de la segunda, desde 1833-1834. Sus trayectorias pueden seguirse a través de las listas de las compañías contratadas en los principales teatros de Madrid custodiadas en el Museo Nacional del Teatro. Almagro (MNT), Doc. 3452.

34. E. Funes, *La Declamación Española. Bosquejo histórico-crítico*, Sevilla, 1894, 532-55; D. T. Gies, *Theatre and politics in Nineteenth-century Spain: Juan Grimaldi as impresario and government agent*, Cambridge, 1988. Ver, además, de Álvarez Barrientos, *El actor borbónico...*, *op. cit.*, 344-346 y “Emilio Cotarelo, Isidoro Máiquez y la melancolía”, en E. Cotarelo y Mori, *Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*, Madrid, 2009, 9-90.

La primera temporada que ambas actúan juntas en Madrid (1833-1834), Matilde Díez está contratada como actriz secundaria y Teodora Lamadrid como supernumeraria; es decir, destinada a papeles de menor rango, pero también a suplir a las protagonistas, en caso necesario. Ambas comparten escenario en las dos décadas siguientes -en la de los cuarenta en la empresa de Julián Romea- manteniendo cierta diferencia en la distribución de papeles. En la década de los cincuenta, Joaquín Arjona contrata a Lamadrid como actriz protagonista para su compañía. Matilde Díez inicia una gira por Cuba y Méjico que se prolonga de 1853 a 1855³⁵. Regresará a Madrid en la temporada de 1862-1863 con la compañía de Manuel Catalina, a la que se incorpora Lamadrid en el año 1869 cuando aquella se retira momentáneamente de los escenarios por motivos de salud. En el contrato que firma con la empresa del Teatro Español, Lamadrid pacta que la remuneración deberá igualarse a la de su colega, en caso de que se verifique su reincorporación: «La Sra. Lamadrid disfrutará del sueldo de doce mil reales mensuales durante el tiempo que D^a Matilde Díez permanezca sin tomar parte en las funciones; pero desde el día en que esta Sra. empiece a actuar en la Compañía el sueldo de D^a Teodora Lamadrid será igual al que tenga D^a Matilde Díez, siempre que este no fuera menor de diez mil reales mensuales»³⁶.

Gracias a la prensa teatral y, entre otros documentos, a las memorias de personalidades relacionadas con el ámbito escénico de la época, conocemos las cualidades dramáticas valoradas en estas actrices. La prensa insistía en el carácter apasionado y la extrema sensibilidad de Matilde Díez. Lo destacan, son solo algunos ejemplos³⁷, las reseñas a su interpretación de Lady Macbeth en 1838, año del montaje en España del primer *Macbeth* a partir del original inglés shakesperiano³⁸, o *El contemporáneo*³⁹, a propósito de su actuación en el drama históri-

35. Con motivo de esta gira se publicó *La perla del teatro español. Biografía de la actriz Matilde Díez*, Méjico, 1855. Opúsculo anónimo de tintes pintorescos, anecdóticos y cierto aire hagiográfico; frecuente en otras biografías de actores de la época.

36. MNT, Doc. 3125.

37. Distintas críticas, que recogen comentarios a sus actuaciones en piezas de Bretón de los Herreros, por ejemplo en *¿Se sabe quién gobierna?, Otro diablo predicador o El liberal por fuerza, o El ¿qué dirán? y el ¿qué se me da a mí?*, pueden consultarse en A. I. Ballesteros Dorado, *Manuel Bretón de los Herreros: más de cien estrenos en Madrid (1824-1840)*, 2 vols., Logroño, 2012, vol. 2, 231, 262 y 585.

38. J.J. Zaro, *Estudio y edición digital de W. Shakespeare. Macbeth, traducción de J. G. de Villalta*, Málaga, 2007, 12-17. Las críticas arrojan opiniones contradictorias sobre el trabajo de la actriz, en el conjunto de un montaje que resultó controvertido, aunque en general destacaban la resolución en la escena del sonambulismo. A.-L. Pujante en *Shakespeare llega a España. Ilustración y Romanticismo*, Madrid, 2019, 235-256 analiza esta recepción. Ver, además, el estudio de los apuntes conservados en la Biblioteca Histórica de Madrid en G. Soria Tomás, "Interpretar a Shakespeare en los escenarios españoles del siglo XIX (1800-1838)", en S. Pietrini (Ed.), *Picturing Drama. Illustrazioni e riscritture dei grandi classici, dall'antichità ai nostri giorni*, Alessandria, 2013, 129-139.

39. *El contemporáneo* (14.02.1864).

co-romántico *Venganza catalana*, de García Gutiérrez, estrenado en 1864⁴⁰. Otro testimonio sobre su estilo lo ofrece el dramaturgo José Zorrilla, con motivo del estreno de *Traidor, infeso y mártir*, verificado en 1849, quien apreciaba, además, las cualidades vocales de la actriz, entre ellas su precisa dicción, asunto sobre el que volveremos más adelante:

Matilde era la gracia, el sentimiento y la poesía personificadas sobre la escena; su voz de contralto, un poco parda, no vibraba con el sonido agudo, seco y metálico del tiple estridente, ni con el cortante y forzado *sfigatto* del soprano, sino con el suave, duradero y pastoso son de la cuerda estirada que vuelve a su natural tensión, exhalando la nota natural de la armonía en su vibración encerrada. El arco del violín de Paganini, al pasar por las cuerdas para dar el tono a la orquesta, despertaba la atención del auditorio con un atractivo magnético que parecía que hacía estremecer y ondular las llamas de las candilejas; y la voz de Matilde tenía esta afinidad con el violín de Paganini: al romper a hablar, se apoderaba de la atención del público, hería las fibras del corazón al mismo tiempo que el aparato auditivo, y el público era esclavo de su voz, y la seguía por y hasta donde ella quería llevarle, con una pureza de pronunciación que hacía percibir cada sílaba con valor propio, y la diferencia entre la *c* y la *z*, y la doble *s* final y la primera de dos palabras unidas que en *s* concluyeran y empezaran⁴¹.

Estas críticas se complementan con otras que contribuyeron, a juicio de Mornat, a identificar a la actriz con el catálogo concreto de personajes femeninos que interpretaba, dentro de las comedias urbanas, en particular aquellos que la asimilaban con la mujer virtuosa. La investigadora detecta, por parte de la prensa, una manera distinta de enjuiciar el trabajo de los actores, que se detenía en cuestiones de perfil técnico-actoral; mientras que para ella y otras actrices, valoraba cualidades que corresponderían al modelo femenino normativo: ternura, sensibilidad, pureza, dulzura -de nuevo «el ángel del hogar»-. Podría considerarse como una estrategia, acorde con el discurso de Balmaseda, para convertir a las actrices en modelos virtuosos⁴². Este modelo se proyecta fuera del escenario, por ejemplo, en la participación discreta de las intérpretes en círculos y academias literarias o en los primeros comerciales de cosméticos -es el caso del «Blanco cera de Matilde Díez» o el «Blanco cera de Elisa Boldún»- que las vinculan también con las ideas de pureza y finura⁴³.

40. Los álbumes fotográficos de Jean Laurent que custodia el Museo de Historia de Madrid incluyen una galería fotográfica de los actores recreando varios momentos de esta función. Se trata de una rareza documental que muestra la codificación de la expresión de distintas pasiones. Estas fotografías se analizan en G. Soria Tomás, "Actores, retratos y pasiones. La iconografía de la emoción en un drama histórico-romántico", en G. Soria (Ed.), *La representación de las pasiones. Perspectivas artísticas, filosóficas y científicas*, Madrid, 2013, 161-191.

41. J. Zorrilla, *Recuerdos del tiempo viejo*, Méjico, 1998, 121.

42. I. Mornat, "Aceptación y mercantilismo literario: las actrices", en P. Fernández y M. L. Ortega, *La mujer de letras o la letraherida: discurso y representación sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, 2008, 447-458.

43. C. Simón Palmer, *Actividades públicas de las madrileñas en la I República*, Madrid, 2002, 7-37.

Frente a Matilde Díez, Teodora Lamadrid era considerada como una actriz más elegante y refinada, lo que se ajusta también al modelo femenino que acabamos de señalar. Así lo indica, por ejemplo, el testimonio del periodista Julio Nombela. Ambos trabajaron juntos bajo la dirección de Joaquín Arjona:

Teodora me encantaba e infundía en mi ánimo ferviente admiración. Su figura proporcionada, escultural, esbelta, elegante; su voz de una dulzura que penetraba hasta lo más hondo del alma, la apacible y sencilla majestad de su actitud en unas obras, la ingenua sencillez que revelaba en otras, la inteligencia que brillaba en sus ojos y se reflejaba en su rostro, el divino arte que inspiraba los efectos que producía, nunca rebuscados, siempre de naturalidad que se apoderaba del espectador, me hacía considerarla como un ser superior.

Completaban mi admiración y mi encanto el respeto que infundía su amable seriedad, la aureola de consideración que la rodeaba por su trato a la vez afable y distinguido, por las virtudes que practicaba en su vida íntima, contrastando su correcta conducta con la de otras actrices, de las que oía murmurar frecuentemente⁴⁴.

Las dos actrices se inician en el magisterio, pues, tras una consolidada trayectoria escénica y con el aval de la respetabilidad pública. Compaginan durante algún tiempo las dos actividades, esta última en forma de apariciones esporádicas, hasta que, en sus últimos años, se centran en las cátedras del Conservatorio. Con estos nombramientos, la Escuela de Declamación Española continuaba su política habitual de contratación para la docencia de las primeras figuras de la escena. La novedad, a la que ya nos hemos referido, era la elección de una mujer para enseñar a las alumnas. El decreto de 1874 era consciente de ella: «pues en la época anterior eran Maestros los que enseñaban a los discípulos de ambos sexos»⁴⁵. Esta decisión se fundamentaba en la adecuación de determinadas cualidades físicas que debían transmitir, ejercitar y aprender desde el punto de vista técnico, basado aquí en la imitación del modelo que suponía el docente. Cualidades que, a su juicio, venían condicionadas por el sexo:

las inflexiones de voz, la expresión de la fisonomía, la actitud, los movimientos, en una palabra, el modo de expresar los afectos no es igual en el hombre que en la mujer; y como en las artes, y más aún en esta, el discípulo comienza imitando fielmente al que le enseña, se corre

44. J. Nombela, *Impresiones y recuerdos*, Madrid, 1976, 164.

45. *Gaceta de Madrid* (29.08.1874), 521. Las antecedieron, entre otros, Joaquín Caprara, Rafael Pérez, Carlos Latorre, José García Luna, Ventura de la Vega, quien sustituyó a los anteriores durante gran parte del año 1843, Antonio de Guzmán, Julián Romea, Juan Lombía y Joaquín Arjona. Para conocer la trayectoria de los primeros maestros ver Soria Tomás, *La formación actoral... op. cit.*, 282-331 y ACM. Expedientes del personal. José García Luna y Carlos Latorre. No puedo detenerme ahora, por no ser objeto propiamente de este artículo, en quienes enseñaron Declamación lírica o Mímica melodramática dentro del Conservatorio. Para un primer acercamiento a estas enseñanzas remito a M.^a C. Morales Villar y G. Soria Tomás, “La formación lírico-dramática a través del magisterio de Antonio Cordero y Juan Jiménez (1857-1868)”, *Acotaciones*, 36, 2015, 15-40.

el riesgo, si la actriz es educada por un Maestro, de que pierda algo de las delicadas maneras propias de su sexo⁴⁶.

En última instancia, esta media respondía a la estricta separación del alumnado según el sexo, que contemplaba el reglamento del centro de 1871⁴⁷; asunto que, por sus implicaciones prácticas, condicionó, desde la fundación del Conservatorio, las enseñanzas de Declamación.



Fig. 3. Retrato de Teodora Lamadrid. Anónimo.
RESAD. Madrid. ©Sergio Parra. Fotógrafo

46. *Gaceta de Madrid* (29.08.1874), 521.

47. *Memoria acerca de la Escuela Nacional de Música y Declamación...op. cit.*, 89.

Señoritas a la derecha; mozalbetes a la izquierda. Las particularidades de la enseñanza de Declamación

En general, la separación del alumnado por sexos –así como las distintas obligaciones según la categoría a la que pertenecían⁴⁸- y la propia nómina del profesorado, principalmente masculina, se constatan desde la apertura del Conservatorio. El *Prospetto del Regio Stabilimento Filarmonico Maria Cristina*, firmado el 1 de junio 1830, por su director Francisco Piermarini, es el documento más temprano relativo al Conservatorio. En él se ofrece esta primera relación del profesorado: el director, Piermarini, figura también como maestro de Estilo de Canto; el Rector Espiritual, será el Presbítero Robustino Yusta; el maestro de Composición, Ramón Carnicer; el de Piano y Acompañamiento, Pedro Albéniz; el de Violín y Viola, Pedro Escudero; el de Solfeo, Marcelino Castilla; el de Violonchelo, Francisco Brunnetti; el de Contrabajo, José Venancio López; el de Flauta y Clarinete, Magín Jardín; el de Oboe y Corno inglés, José Álvarez; el de Fagot, Manuel Silvestre; el de Trombón, Francisco Fuster; el de Trompa, José de Juan; el de Clarín, José de Juan Martínez, músico de la Real Capilla. También se recoge la docencia de Arpa, aunque no aparece todavía designado quien se encargue de su magisterio⁴⁹. Sabemos que, el 8 de septiembre de 1830, se nombró para cubrirlo a una mujer, Celesta Boucher; pero cesó tres meses más tarde. En diciembre de 1831, Josefa Jardín, a la sazón alumna del Conservatorio, fue contratada como maestra de Arpa⁵⁰.

La intención del director, como recoge el primer reglamento interno del centro, era que en el futuro la docencia destinada a alumnas estuviera cubierta por mujeres⁵¹:

En él se formarán de las alumnas, no solo cantoras y clavicordistas, propias para cualquiera de los destinos religiosos o civiles en que se necesitan estas habilidades, sino que saldrán por primera vez en España Profesoras que a su tiempo sustituyan, como es conveniente y aun debido, a los Profesores en las enseñanzas de las señoritas⁵².

48. En su origen, el alumnado del Real Conservatorio de Música de María Cristina se dividía en seis categorías: gratuitos internos, auxiliados externos, pensionistas internos destinados a educación completa, gratuitos externos destinados a educación facultativa, mediopensionistas internos para educación completa y contribuyentes externos. Todas incluían a alumnos de ambos sexos. La Real orden que fundaba la Escuela de Declamación Española prescribía que los maestros de Declamación debían enseñar esta disciplina, además de a los discípulos de ambos sexos que la conformarían, a los internos del Real Conservatorio. Ver J. Ruiz Berrio, *Política escolar de España en el siglo XIX (1808-1833)*, Madrid, 1970, 85 y *Gaceta de Madrid* (17.05.1831), 255.

49. ACM, Doc. Bca. Caja 1/8.

50. S. Cermeño, *El arpa en el Real Conservatorio de Música de Madrid durante el siglo XIX*. Tesis doctoral. Universidad Rey Juan Carlos, 2016, 98-159.

51. Tal y como era habitual en los distintos niveles de enseñanza a los que tenía acceso la mujer. Ver C. Simón Palmer, *La enseñanza privada seglar en Madrid (1820-1868)*, 1972, 127-133.

52. *Reglamento interior aprobado por el Rey N.S. (Q.D.G.) para el gobierno económico y facultativo del Real Conservatorio de Música de María Cristina*, Madrid, 1831, 21.

Sin embargo, los datos del profesorado numerario, desde el inicio de actividad del centro hasta el final del período aquí estudiado, confirman que el protagonismo de los docentes masculinos fue una constante. Tan solo encontramos ocho maestras frente a más de ciento veinte maestros; destinadas, además, a unas materias muy específicas: Celesta Boucher, Josefa Jardín, Teresa Roaldés y Dolores Bernis, para Arpa; Encarnación Lama, ejerce de numeraria para Solfeo, Pilar Fernández de la Mora, fue numeraria de Piano desde 1896, y Matilde Díez y Teodora Lamadrid, numerarias de Declamación. En otra categoría inferior, figuran más mujeres, por ejemplo: Carolina Casanova, profesora interina de Canto, desde julio de 1891, y numeraria desde abril del año siguiente; Elisa Arenas, nombrada supernumeraria de Piano en marzo de 1865⁵³; Laura Romea, auxiliar de Solfeo para canto, desde julio de 1881; Francisca Samaniego, Natalia del Cerro y Teresa Sarmiento, auxiliares de Piano, desde septiembre de 1874, octubre de 1876 y octubre de 1883, respectivamente. Clotilde Lombía ejerce de auxiliar interina de Declamación, desde abril de 1890. La única categoría en la que hay más mujeres es la inferior: la categoría de repetidores para Piano -desempeñada, según el reglamento de 1871, por los estudiantes más aventajados a los que se dispensaba del pago de derechos de matrículas y examen-. Aquí encontramos a 15 repetidoras de piano, frente a 7 repetidores⁵⁴. Todas las enseñanzas en las que participan profesoras corresponden a estudios de aplicación, según la división establecida en el reglamento de 1857 que derivó de la Ley Moyano.

Por otra parte, la segregación del alumnado según el sexo se aseguró, desde el comienzo de las clases del Conservatorio, gracias a la distribución alternativa de las lecciones a lo largo de la semana -ver fig. 4-. Además, en su primera etapa, el aprendizaje de los instrumentos de viento, por ejemplo, se ofrecía solo a alumnos. Desde el punto de vista facultativo, parte del currículo destinado a las alumnas encuentra paralelismos con la educación en artes de adorno, muy demandada desde inicios del XIX⁵⁵.

53. Había sido alumna del Conservatorio y profesora repetidora auxiliar de piano desde 1861, más adelante se le nombró auxiliar y, en 1864, supernumeraria interina. Ver Hernández-Romero, *Formación y profesionalización musical de las mujeres...op. cit.*, 202-209 y 468-469.

54. Según los datos de la *Memoria acerca de la Escuela Nacional de Música y Declamación... op. cit.*, 87 y 321-326. Para una relación más precisa de las maestras en estas y otras categorías docentes véase Hernández-Romero, *Formación y profesionalización musical de las mujeres...op. cit.*, 626-639.

55. Ruiz Berrio, *Política escolar...op. cit.*, 22-23 y ACM, Doc. Bca. Caja 1/27: f. 23.

| Horario | Lunes, miércoles y viernes | | Martes, jueves y sábados | |
|-----------|--|------------------|--------------------------|-----------------------|
| | Alumnos | Alumnas | Alumnos | Alumnas |
| 7-10h | Piano | | | |
| | Acompañamiento Instrumentos de cuerda, viento | | | Piano |
| | Composición | Solfeo | Solfeo | Acompañamiento |
| 10-11h | Descanso | Descanso | Descanso | Descanso |
| | Almuerzo | Almuerzo | Almuerzo | Almuerzo |
| 11-14h | | Lengua Italiana | Lengua Italiana | |
| | Belcanto | Repaso | Repaso | Belcanto |
| 14-15h | Literatura castellana | Baile | Baile | Literatura castellana |
| 15-16:30h | Merienda | Merienda | Merienda | Merienda |
| | Recreo | Recreo | Recreo | Recreo |
| Tarde | Estudio y repaso | Estudio y repaso | Estudio y repaso | Estudio y repaso |
| 21-22h | Cena y oración | Cena y oración | Cena y oración | Cena y oración |

Fig. 4. Horario de lecciones durante la buena estación.
1830. ACM, Doc. Bca. Caja 1/9: f. 33

De otro lado, la reglamentación del centro prescribe determinadas actividades destinadas a las alumnas internas; son labores que atienden al modelo ideal femenino. Por ejemplo, durante «los meses de la buena estación», los estudiantes internos debían levantarse a las 5 de la mañana y, antes de iniciar las lecciones, vestirse, rezar la oración matinal, hacer las camas -labor

asignada exclusivamente a las alumnas-, lavarse y peinarse, ir a misa, y tomar el chocolate⁵⁶. Estaban, además, sometidas a la estricta vigilancia y supervisión de la directora, subdirectora y ayudantas del centro. Así, entre las tareas de la subdirectora encontramos las siguientes:

Artículo 1.º La Subdirectora instruye a las alumnas en las labores propias de su sexo, y en la historia sagrada que las hará leer y analizar.

Art. 2.º Esta Empleada preside los estudios de las alumnas en todas las salas o clases, las acompaña a paseo; come con ellas y pernocta en el mismo dormitorio que las alumnas. [...]

Art. 5.º Debiendo por obligación de su empleo acompañar a las alumnas a paseo, dará siempre parte anticipado al Director, informándole del paraje donde van. Durante el paseo cuidará especialmente del buen orden y modesto porte de las alumnas, no permitiendo por ningún motivo que nadie las hable, ni ellas se detengan voluntariamente; de vuelta de paseo dará parte al Director o Directora si novedad o con ella; y en los días señalados para recibir visitas de sus parientes, no las dejará ver de nadie que no la presente permiso firmado del Director⁵⁷.

Curiosamente, cuando se propuso la apertura de la Escuela de Declamación, la dirección del Conservatorio no reparó en la separación del alumnado, como se infiere del primer horario aprobado en abril de 1831 -ver fig. 5-. Sin embargo, justo antes del inicio del curso en el mes de septiembre, se procedió a reorganizar la enseñanza en días alternos para imposibilitar la concurrencia de estudiantes de distinto sexo⁵⁸.

| Horario | Lunes y jueves | Martes, miércoles, viernes y sábados |
|---------|----------------------|--------------------------------------|
| 8-9h | Esgrima | Literatura castellana |
| 9-10h | Baile | Literatura castellana |
| 10-11h | Gramática castellana | Declamación |
| 11-12h | Gramática castellana | Declamación |
| 12-13h | Religión | Declamación |

Fig. 5. Primer horario de la Escuela de Declamación Española. Abril de 1831. ACM, Libro 160, nº 585

56. Soria Tomás, *La formación actoral... op. cit.*, 32.

57. Por su parte, los alumnos varones estaban sometidos a la vigilancia del Rector espiritual. Ver *Reglamento interior...op. cit.*, 38-39 y 46-48.

58. ACM, Libro 160. Órdenes generales. Registro de entrada y salida. 1830-32, nº 815.

A los pocos años de su apertura y debido, como fue habitual en periodos posteriores, a cuestiones políticas y económicas, más que a educativas, el Conservatorio conoció una profunda reestructuración. En las enseñanzas teatrales, sobrevivieron exclusivamente las clases de Declamación y de Literatura Dramática. De otro lado, se suprimía el internado. El centro perdía así el perfil, en parte asistencial, de sus orígenes. El nuevo orden se aprobó el 29 de agosto de 1838. El Conde de Vigo, nombrado Viceprotector, en sustitución de Piermarini, gestionó las directrices que lo regirían, publicadas el 30 de septiembre. Entre ellas se prescribía que «La asistencia a las clases será con absoluta separación de sexos, presenciando las lecciones de las alumnas una señora encargada por el establecimiento de vigilar sobre el orden y circunspección que se debe observar durante ellas»⁵⁹. Para la clase de Declamación, entonces a cargo de José García Luna y Carlos Latorre, se ordenó, como había ocurrido en septiembre de 1831, la alternancia de los estudiantes a lo largo de la semana: los alumnos recibirían clases los lunes, miércoles y viernes -de Declamación de 9 a 11; de Literatura, de 11 a 13-. Las mismas que recibían las alumnas los martes, jueves y sábados⁶⁰.

No obstante, estas prescripciones reglamentarias, que podrían respetarse en determinadas materias –Piano o Solfeo-, resultaron inoperantes ante la especificidad de otras, como Canto y Declamación, cuyo repertorio necesitaba del ensayo conjunto de estudiantes de ambos sexos. En la práctica, pues, la norma tuvo que flexibilizarse. Así lo demuestra una de las disposiciones de régimen interno aprobadas el 16 de noviembre de 1838 y ratificadas, años más tarde, el 1 de enero de 1852: «Cuando el curso de la instrucción exija que ya en la clase de canto, ya en la de declamación concurren algún día alumnos y alumnas, el Profesor designará los que hayan de asistir y no se dará entrada en la clase sino a los designados»⁶¹.

Al periodista Juan Nombela le debemos el testimonio de la dinámica de la clase de Declamación en torno a 1850, cuando estudió en el Conservatorio. Nombela recuerda que los maestros se dividían las clases según los géneros dramáticos en los que sobresalían: García Luna, comedia y melodrama; Latorre, tragedia y drama. La metodología consistía en repetir -imitar- la forma con la que el maestro declamaba fragmentos de *Pelayo*, *Los amantes de Teruel*, *El puñal del godo*, *El trovador*, *Otelo*, caso de Latorre; *El sí de las niñas*, *El café*, *Marcela o ¿a cuál de los tres?*, caso de García Luna. En estas lecciones concurrían estudiantes de ambos sexos; ahora bien, con estricta separación en el aula: «las señoritas en la fila de sillas de la derecha y los mozalbetes en la de la izquierda»⁶².

Las soluciones que facilitaban el desarrollo de las clases se imponían a los reglamentos que marcaban, por criterios morales, la estricta división de los estudiantes. En consecuencia, para resolver los perjuicios que la reorganización de 1874 restablecía con respecto a la separación entre alumnos y alumnas, el Conservatorio nombró en octubre de 1875, tras el

59. ACM, Libro 174. Actas del claustro. Años 1836-1868, ff. 7-8 y *Gaceta de Madrid* (30.09.1838), 2.

60. ACM, Libro 174...*op. cit.*, f. 10.

61. ACM, Leg. 8-29.

62. Nombela, *Impresiones y recuerdos...* *op. cit.*, 98-100. El testimonio confirmaría que, a pesar de la institucionalización, la herencia en el hacer actoral seguía condicionando a los futuros profesionales.

fallecimiento de Arjona, a un profesor que compartiera escuela interpretativa con Matilde Díez: su cuñado, Florencio Romea.

Este nombramiento fue harto complejo en comparación con el de la primera catedrática. Si el Gobierno seleccionó, para este caso, entre lo bueno y lo mejor; los dictámenes de las dos instituciones que debían pronunciarse, Real Academia Española y Consejo de Instrucción Pública, revelaban una carencia de actores suficientemente brillantes, a la vez que disponibles, para desempeñar la cátedra. La primera proponía a Florencio Romea «teniendo en cuenta su larga práctica y antecedentes artísticos». La segunda, dejaba claro que este sistema de elección resultaba irregular, frente al de la oposición. Si lo había aceptado con las maestras fue porque «facilitó la elección la notoriedad del mérito de las actrices en quien podía recaer». No obstante, a su juicio, «ahora ni se ofrece la misma inconveniencia para los actos públicos de la oposición, ni abundan los actores de un mérito relevante y que puedan merecer con justicia el nombre de maestro». José Valero era el único actor al que reconocía méritos suficientes, pero no residía en Madrid, de modo que, a falta de oposiciones, el Consejo propuso a este último. La sección de Bellas Artes y enseñanzas especiales de la Dirección general de Instrucción Pública estudió los informes y declaró hallarse perpleja ante la disparidad de criterios. Valoró la ausencia de José Valero como problemática -llevaba varios años de gira por América- y, finalmente, se decantó por Florencio Romea⁶³. Basó su decisión en los siguientes argumentos: en primer lugar, su aprendizaje en el Conservatorio -había sido alumno de la primera promoción y premiado en los concursos finales-; en segundo, por su anterior nombramiento como profesor supernumerario en 1865 -que, en verdad, no llegó a desempeñar-; en tercero, su parentesco con Julián Romea, al que define como: «inolvidable creador de la moderna escuela nacional»⁶⁴. De otra parte, resolvían el escollo de la separación de los estudiantes, pues estos terminarían aprendiendo en una escuela interpretativa que tanto Matilde Díez como Florencio Romea conocían. Primó la oportunidad de consolidar la herencia escénica de Julián Romea en el Conservatorio:

las condiciones en que hoy se halla establecida en la Escuela Nacional la enseñanza de la declamación dividida en dos clases por razón de los distintos sexos de los alumnos matriculados pero que [...] deben constituir una sola en los ejercicios prácticos por la misma naturaleza del arte escénico, exigen que exista una completa uniformidad entre el profesor que tenga a su cargo la enseñanza de los alumnos y la que con tan justos títulos dirige hoy la de las alumnas; y que en nadie como el Sr. Romea puédesse actualmente concurrir esta circunstancia especial⁶⁵.

63. F. Romea había realizado una dilatada carrera, aunque no brillante, en papeles secundarios, entre 1834-1835 y 1870-1871, tanto en la compañía de su hermano como en la de Manuel Catalina. Ver Soria Tomás, *La formación actoral... op. cit.*, 169-172.

64. AGA, 31/15076.

65. AGA, 31/15076.

El magisterio de Matilde Díez y Teodora Lamadrid

En el período que abarca la docencia de Díez y Lamadrid, tal y como recogen tanto la documentación estudiada como distintas disposiciones reglamentarias, la enseñanza de la Declamación podía cursarse en un máximo de seis años. El curso se extendía desde el 1 de octubre hasta el 31 de mayo. Había dos horas diarias de clase. Durante el mes de septiembre se abría el plazo de matrícula. La edad mínima de admisión de los aspirantes varió según los años; si bien la máxima se fijó, hasta 1894, en los veinte. Debían someterse a una prueba de ingreso para demostrar que sabían leer, escribir y contar -estudios de la primera enseñanza-⁶⁶.

Cada año se presentaban a un examen que suponía acceder a un curso superior, optar a concurso, la conclusión de los estudios o, en su caso, ser dado de baja. La convocatoria ordinaria de estos exámenes se realizaba en junio y la extraordinaria en septiembre, coincidiendo con los de nuevo ingreso. Los concursos se verificaban tras los exámenes ordinarios y tenían como finalidad el estímulo del estudiante, a través de la concesión de determinados premios, además de certificar la conclusión de la carrera con la entrega del diploma de profesor de la enseñanza correspondiente. Por otro lado, y para la verificación del óptimo funcionamiento de las clases, cada disciplina programaba mensualmente ejercicios que, en ocasiones, tenían carácter de función pública. Estos ejercicios se resolvían a través de recitales poéticos o con la escenificación de escenas de obras del repertorio español clásico o moderno. Por ejemplo, recitales basados en composiciones de Espronceda, Campoamor, Bretón de los Herreros; escenas de comedias de este último: *Marcela o ¿a cuál de las tres?*, *Un cuarto de hora* o *La esclava de su galán*, de Lope de Vega.

66. Aunque en el reglamento vigente de 2 de julio de 1871 no se especificaban, en el proyecto de reglamento de 1 de agosto de 1875 se proponían las siguientes franjas para Declamación: de doce a dieciocho años para las alumnas y de catorce a veinte para los alumnos. El anuncio de la *Gaceta* dirigido a los nuevos aspirantes publicado en 1875 solo señala la edad máxima de catorce para Solfeo y de veinte para el resto de las enseñanzas. La indicación se repite en años posteriores. En 1883 aparece como edad mínima los ocho años y se mantienen las mismas máximas. Ver *Gaceta de Madrid* (02.08.1875), 310; (01.08.1876), 294; (15.08.1877), 473; (03.08.1878), 323; (01.08.1879), 378; (04.08.1880), 360; (11.08.1883), 361; (01.08.1884), 358; (25.07.1885), 256; (10.08.1886), 440; (02.08.1887), 323; (12.08.1888), 452; (14.08.1889), 528; (06.08.1890), 405; (07.08.1891), 484; (20.08.1892), 706; (06.08.1893), 456. El anuncio de 1894 (01.09.1894), 802, señala que: «El mínimo de la edad para solicitar el ingreso en la Escuela, será de *ocho años*, y el máximo el de *doce* para el Solfeo [...], y el de *dieciocho* para las demás asignaturas. Estarán exceptuados de esta regla los alumnos que se dediquen a las enseñanzas de Canto y Declamación». Ver, además, *Memoria acerca de la Escuela Nacional de Música y Declamación... op. cit.*, 83-91, ACM, Leg. 22-28 y Libro nº 5. Actas exámenes generale.1880-1883; en especial las correspondientes a la clase de Matilde Díez de 1880.



Fig. 6. Repartición de los diplomas a premio a las alumnas de la Escuela Nacional de Música y Declamación (Teatro Real). Litografía de Alcázar, *La Ilustración española y americana*, XLV 1887, 9. ©ACM/Sergio Parra. Fotógrafo

Matilde Díez se resistió a que sus primeras alumnas, que apenas habían recibido un par de meses de clases, se presentaran con precipitación delante del público. Así lo protesta en una nota enviada al director el 25 de febrero de 1875:

[...] ¿qué figura pueden hacer unas jóvenes, mujeres casi todas, presentándose a leer solamente, aunque lo hagan bien, correctamente, con sentido y buena expresión? Cuyas cualidades son las que debieron poseer a su ingreso en mi Cátedra de Declamación, que por falta de ellas, se ha convertido este primer año en enseñanza de primeras letras. No es posible que esos ejercicios, reporten ni para ellas ni para mí, beneficio alguno y por el contrario lo encuentro hasta un poco humillante, comparándolo con los ejercicios siempre brillantes de la música por sencillos que sean [...]⁶⁷

67. ACM, Leg. 22-23.

La realidad se imponía a la norma que obligaba al manejo de las primeras letras para matricularse en el centro, pues este testimonio cuestiona la calidad de la formación previa recibida. Esta carencia, junto al elevado número de discípulas⁶⁸, obligó al nombramiento de profesoras auxiliares que se encargaron del primer curso de los estudios femeninos. Ejercieron como profesoras de primero año las actrices Concepción Sampelayo y Clotilde Lombía⁶⁹. Así se reforzaba el manejo en la lectura a través del *Manual* de Julián Romea y de una selección de composiciones poéticas y escenas teatrales sencillas. En las actas de los exámenes del primer año es frecuente encontrar apreciaciones relativas al avance en estas cuestiones. Sampelayo, son solo algunos ejemplos, anota en las correspondientes a 1885: «Mucha disposición y voz buena», «Lee bien, buena pronunciación»; en las de 1887: «Mala pronunciación», «Lee bien»; ese mismo año Lombía apunta: «Solo puede examinarse de la primera parte del *Manual*», «En lectura atrasada»⁷⁰.

A Matilde Díez le debemos, además, la redacción del primer programa para la materia de Declamación, fechado el 1 de noviembre de 1874⁷¹. En él detalla los conocimientos que debían transmitirse a los estudiantes, así como la metodología a seguir en las clases. El programa se estructuraba a partir del *Manual de declamación para uso de los alumnos del Real Conservatorio de Madrid*, obra de Julián Romea, texto oficial del centro al menos desde 1858, y vigente también durante toda la docencia de Teodora Lamadrid⁷².

El programa, que recogía la enseñanza teórica, se divide, fiel al *Manual*, en tres partes. Las dos primeras no dejan de ser unas breves lecciones de métrica, de un lado, y de otro, una básica aproximación a la historia del teatro -con algunas imprecisiones y grandes lagunas u olvidos-. Más interesante resulta la tercera «Dotes, instrucciones y demás circunstancias del actor», por cuanto presenta aquellos aspectos que se consideraban valiosos en un futuro profesional. Estas dotes se desgranán en nueve lecciones en las que se desprenden las cualidades innatas y aquellas que se podrían perfeccionar: el trabajo vocal, junto a una preocupación por el concepto de personaje y la expresión de los afectos o sentimientos; apartado en el que el referente escogido como ejemplo es el actor francés Talma, maestro de Isidoro Máiquez⁷³.

En la advertencia que introduce el programa, la maestra se refiere en varias ocasiones a sus discípulas y señala, ante la situación que hemos visto, que el objetivo práctico inicial es conseguir que lean de forma correcta y expresiva:

68. Por ejemplo, el curso de 1880-1881 contaba con sesenta y tres discípulas y veintinueve varones; el de 1881-1882, con sesenta y ocho frente a treinta y dos; el siguiente, con setenta y seis ante veintinueve. Ver *Memoria acerca de la Escuela Nacional de Música y Declamación... op. cit.*, 283-285.

69. En ACM se conservan los expedientes personales de ambas maestras.

70. ACM, Libro nº 6. Actas exámenes generales. 1884-1887.

71. *Memoria presentada por la Escuela de Música y Declamación, en la Exposición Internacional de Filadelfia*, Madrid, 1876, 281-287. Se conserva copia manuscrita de secretaria, donde aparece el nombre de la profesora y esta fecha, en ACM, Doc. Bca 1/3.

72. ACM, Leg. 29-63.

73. J. Romea, *Manual de declamación para uso de los alumnos del Real Conservatorio de Madrid; Los héroes en el teatro*, ed. J. Rubio Jiménez, Madrid, 2009, 153-171.

Siendo esencialísimo que antes de pasar a la interpretación de obras dramáticas lean las alumnas correctísimamente; y por otra parte, la lectura en alta voz es el único medio para que las discípulas corrijan los defectos que en la pronunciación y dicción puedan tener y dar el valor prosódico y ortográfico a las palabras y oraciones, ocuparé gran parte del tiempo en conseguir la perfección de este ejercicio, tan esencial como descuidado entre la generalidad de los actores⁷⁴.

Así, aclara que las clases se van a centrar, desde la práctica, en la voz; que tanto había alabado Zorrilla en la actriz –lectura en voz alta, correcta dicción-. Esta práctica aparece dividida en cuatro secciones, según el repertorio de títulos o autores, sin que se adscriba a ningún año concreto su ejercicio.

El primer grupo lo conforma la lectura de *Orígenes de la Poesía castellana*, de Manuel José Quintana. El segundo, la de obras en prosa y verso del teatro contemporáneo a partir de Moratín. El tercero, la lectura de teatro clásico, análisis de algunos dramas y comedias. Finalmente, el cuarto, el estudio y práctica de las obras dramáticas. Para este nivel, señala que los ejercicios de Declamación se harían conjuntamente con la clase de los alumnos, bajo la supervisión de los dos profesores⁷⁵. Se confirma así la participación en determinadas lecciones de estudiantes de ambos sexos que, como hemos comentado, seguía oficialmente prohibida⁷⁶.

No debía resultar sencillo organizar estas sesiones para practicar, ensayar o participar en exámenes finales y ejercicios a concurso. De nuevo, Matilde Díez nos ofrece un testimonio al respecto. Se trata de la preparación del ejercicio lírico-dramático mensual programado para el domingo 29 de abril de 1877. Ante la dificultad para organizar la participación de sus alumnas, propone que interpreten también los papeles masculinos del primer acto de *Marcela o ¿a cuál de los tres?*, de Bretón de los Herreros:

[...] se me ha ocurrido si podrían hacer ellas solas el 1er acto de la Marcela, anunciando y explicando al público, que siendo un ejercicio de lo que allí se trata, bien pueden aquilatarse el talento y la disposición de una discípula lo mismo haciendo un personaje de su sexo, que interpretando el del otro.

Si esto fuese posible se conseguiría que muchas señoritas luciesen sus condiciones pues haciendo esto mismo acompañadas de los hombres como casi todas las comedias apenas hay más de dos o tres todo lo más señoras, resulta que teniendo tanta discípula se pueden presentar muy pocas.

No rehúyo yo, el que se reúnan los alumnos de ambos sexos, al contrario, lo creo indispensable, y tanto en los exámenes de fin de curso, como el año próximo procuraremos que esto sea muy a menudo, pero ahora todavía no es fácil.

74. *Memoria presentada por la Escuela de Música... op. cit.*, 282.

75. *Memoria presentada por la Escuela de Música... op. cit.*, 282.

76. *Memoria acerca de la Escuela Nacional de Música y Declamación... op. cit.*, 89. Ver también el artº. 47 del proyecto de reglamento de 1 de agosto de 1875 en ACM, Leg. 22-28.

Espero su parecer para someterme gustosísima a él; pues tal vez yo a fuerza de ver y oír a mis discípulas hacer continuamente los mismos papeles de mujer que de hombre, no tenga el criterio bastante claro para decidir en este asunto. Lo que sí puedo asegurar es que hacen muy bien la Marcela.

Si esta cosa se pudiera realizar, se podrían tomar todas las precauciones posibles para hacer comprender a los asistentes al ejercicio, cómo y porqué se hace⁷⁷.

El programa que conservamos del ejercicio demuestra que, en esta ocasión, no fueron atendidas sus sugerencias. La dirección del centro debió considerar moralmente más reprochable el que las discípulas interpretaran, en público, papeles masculinos. Las precauciones a las que hace referencia la maestra se adelantan a un posible rechazo. Se representó la obra, pero con la participación de los alumnos del profesor Romea. En cualquier caso, si la propuesta de la profesora pudo resultar escandalosa podría sustentarse en una larga tradición escénica -la de la mujer vestida de hombre- a la que ya nos hemos referido⁷⁸.

Junto a la relación de los textos que ensayaban los discípulos de uno y otro sexo -selección poética, comedias de la escuela de Moratín y Bretón de los Herreros, repertorio clásico-, en las actas de los exámenes anuales se anotaron las disposiciones y cualidades más significativas. En principio, estaban destinadas a valorar la parte mecánica, todo lo relativo a la técnica vocal, la inteligencia, la parte intelectual y la expresiva. Estas apreciaciones suelen ser muy breves, como las indicadas para las clases de las profesoras auxiliares de primer curso. Las más clarificadoras hacen referencia a la correcta dicción. Nos encontramos, en las actas de 1876, valoraciones como las siguientes: «Expresiva afectación en el decir»; «Mala y equivocada pronunciación de las consolantes “s” y “c”», «Confusión y precipitación en la emisión de las palabras», «Algo defectuosa la pronunciación», «Acento andaluz», «Voz áspera, y falta de modulación»; en las de 1877, por ejemplo: «Tiene condiciones, buena voz y puede adelantar». Similares comentarios se registran para la clase de Florencio Romea en las actas de 1876⁷⁹. Son solo algunos ejemplos, pero sirven para ilustrar la preferencia sobre aspectos vocales y, por tanto, el estilo declamatorio de estos estudios. Son significativas, por escasas, las alusiones a otras capacidades, como las gestuales. De hecho,

77. ACM, Leg. 23-16.

78. El recurso, desde el punto de vista escénico, ha sido estudiado por, entre otros, C. Bravo-Villasante, *La mujer vestida de hombre en el teatro español (Siglos XVI-XVII)*, Madrid, 1976. En 1899 Sarah Bernhardt programó en Madrid *Hamlet*, en el que interpretaba al príncipe danés. Sobre este espectáculo y una propuesta de catalogación del recurso en el teatro contemporáneo ver G. Soria Tomás, “¿Quién hace de qué? Juego identitario en el teatro contemporáneo”, en I. Marcillas y B. Sansano, *Dramatúrgies contemporànies per a la igualtat: autories, escenificacions, recepcions. Una visió comparatista*, Valencia, 2019, 473-507. Con respecto a los prejuicios de la época en torno al «travestismo» ver Anderson y Zinsser, *Historia de las mujeres... op. cit.*, 171-173. Podríamos advertir en la propuesta de Matilde Díez bien su pragmatismo, o quizás su astucia, sabedora de que la sugerencia resultaría en una negativa y en la aceptación de trabajar junto con los alumnos para determinados ejercicios.

79. ACM, Libro nº 3. Actas exámenes generales. Años 1871-1876.

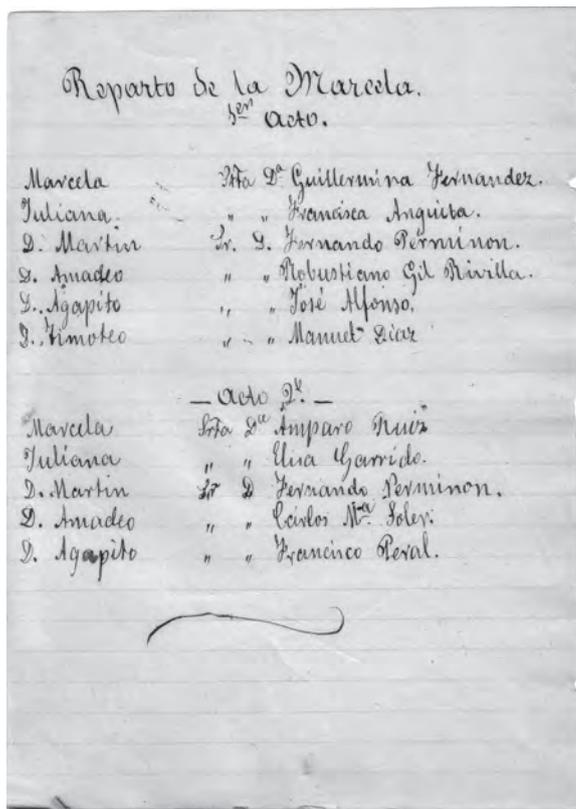


Fig. 7. Reparto de *Marcela o ¿a cuál de los tres?*, de Bretón.

1877. ACM, Leg. 23-16.

©ACM

Julián Romea señalaba en su *Manual* que el primer dominio de la parte mecánica del actor era: «hablar correcta y limpiamente su idioma»⁸⁰. No debe extrañar, por tanto, la importancia del manejo de la voz y la perfecta dicción en una línea de interpretación que apelaba a la naturalidad y a la verdad como modelos. Así los acentos regionales, como el andaluz, se justificaban si el personaje tenía ese origen⁸¹.

Las anotaciones de las clases de la profesora Teodora Lamadrid, para las alumnas entre segundo y sexto año, durante su magisterio son escasas y se limitan a señalar, como en las de su colega Antonio Vico, la disposición más o menos adecuada para proseguir con los estudios⁸². Quizás la más extensa se refiera a la alumna Manuela Moreno, candidata a la pensión de declamación de 1500 pesetas anuales que se convocó en 1884: «Las disposiciones

80. Romea, *Manual de declamación...op. cit.*, 155.

81. Romea, *Manual de declamación...op. cit.*, 156. Consúltese también J. Rubio, “El realismo escénico a través de los tratados de declamación de la época”, en Y. Lissorgues (Ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Barcelona, 1988, 257-286.

82. ACM, Libro nº 6..., *op. cit.*

naturales y la inteligencia que manifiesta la joven Manuela Moreno, y el deseo y la necesidad que tiene de seguir la carrera del teatro, la hacen apta para el estudio de la declamación. Este juicio ha formado la Profesora que suscribe de la interesada»⁸³.

Si el *Manual de declamación*, texto teórico de referencia, se mantuvo durante los años de sus lecciones, el repertorio de las clases de Lamadrid, sin abandonar la comedia moratiniana o de Bretón de los Herreros, se abrió a una nueva nómina de dramaturgos que apenas había estado presente en el centro: J. E. Hartzenbusch, Manuel Tamayo, Adelardo López de Ayala, o Echegaray⁸⁴. Sus alumnas contaron también con la colaboración de sus compañeros masculinos, bajo las oportunas precauciones, tal y como reza la siguiente disposición interna aprobada el 17 de abril de 1883, al poco tiempo de iniciar su cátedra:

Habiendo dispuesto el Excmo. Sr. Director de esta Escuela que las Srtas. alumnas de la enseñanza de Declamación asistan con su Profesora D^a Teodora Lamadrid prevengo a V. como Inspectora que no permita la entrada de ninguna alumna a la clase de alumnos de la misma enseñanza, y únicamente podrán reunirse cuando lo exija el ensayo de alguna obra, previo acuerdo y disposición de los Sres. Profesores⁸⁵.

Ejercicios de oposición a premios por los alumnos de la clase de Declamación dirigida por D^a Teodora Lamadrid y D. Antonio Vico.

| <i>Títulos de las Obras.</i> | <i>Autores.</i> | <i>Actos.</i> | <i>Alumnos que concurren.</i> | <i>Premios a que aspiran.</i> | <i>Año que estudian.</i> | <i>Profesores.</i> | <i>Alumnos que ayudan.</i> |
|---------------------------------------|---|---------------|---|-------------------------------|--------------------------|--|--|
| <i>El Pilluelo de París . . .</i> | <i>Traducida del francés por Don Juan Lombia.</i> | <i>1º</i> | <i>María Bajatierra.</i> <i>Carmen G^a Segura.</i> | <i>1º</i> | <i>6º</i> | <i>D^a Teodora Lamadrid.</i> | <i>Matilde Moreno.</i> <i>Guillermo F. Arcia.</i> <i>Adolfo Hernández.</i> <i>Pilar Cárstano.</i> <i>María Maiz.</i> |
| <i>Oros, Copas, Espadas y Bastos.</i> | <i>D. Luis Mariano de Larra.</i> | <i>2º</i> | <i>Guillermo F. Arcia.</i> <i>José Monreal . . .</i> | <i>2º</i> | <i>4º</i> | <i>D. Antonio Vico.</i> | <i>Aurelia Cuervo.</i> <i>Adolfo Hernández.</i> <i>Julio del Cerro.</i> |
| <i>Las tres de la tarde . . .</i> | <i>D. M. Echegaray.</i> | <i>Dúo.</i> | <i>Matilde Moreno.</i> | <i>2º</i> | <i>5º</i> | <i>D^a Teodora Lamadrid.</i> | <i>Concepción Bermejo.</i> <i>Adolfo Hernández.</i> |
| <i>Pobre porfiado</i> | <i>D. E. Blasco.</i> | <i>Único.</i> | <i>Pilar Cárstano.</i> | <i>1º</i> | <i>6º</i> | <i>Id.</i> | <i>Eduardo Ramos.</i> |

Madrid 27 Junio 1892.

Fig. 8. Ejercicios de oposiciones a premios de Declamación. Junio 1892. ACM, Leg. 30-33. ©ACM

83. ACM, Leg. 26-86.
84. ACM, Leg. 26-30.
85. ACM, Leg. 26-10.

En general, ambas profesoras cumplieron con sus obligaciones docentes con mayor diligencia que el catedrático encargado de los alumnos, a pesar de tener que compaginarlas con determinados compromisos profesionales. Las ausencias de las maestras no fueron prolongadas, si se comparan, por ejemplo, con las licencias de varios años continuados que consiguió el actor Antonio Vico -incorporado a la cátedra el 1 de marzo de 1883- para atender a distintas giras teatrales, y que se recogen en los expedientes conservados de los maestros⁸⁶.

El celo de Matilde Díez por cumplir adecuadamente con sus clases -quizás en un exceso maternal, que pudiera responde con el modelo femenino al que nos hemos estado refiriendo- se refleja en las cartas remitidas, en abril de 1880, a Emilio Arrieta, entonces director. Abandonada ya la escena, la dificultad de asistir al Conservatorio le lleva a proponer que las alumnas preparen los exámenes y concursos en su casa:

[...] no sé si sabrá V. que estoy enferma desde el día 18 de diciembre, sin que gracias a Dios mi enfermedad haya sido nunca de gravedad, pero sí de grandes sufrimientos, pues he tenido que estar en cama treinta días seguidos. Por consecuencia la clase ha estado a cargo de nuestra buena y pobre Sampelayo, que ha hecho lo que ha podido.

Yo he sufrido doblemente, por mi mal, y por la falta que hacía en clase.

Ya mejorada aunque sumamente débil, mi primer pensamiento, aun contra la voluntad del médico, es volver a ocuparme de mis discípulas para organizar los exámenes y los concursos; pero me es absolutamente imposible subir escaleras, pues la de mi casa, la única vez que he salido, la bajo agarrada de dos personas, por lo cual, quisiera que V. me autorizase para tener las clases en casa, quedando el salón del Conservatorio, libre, excepción de los lunes, en que la Sra. Sampelayo tendrá la clase de primer año de que está encargada [...]⁸⁷

Matilde Díez falleció el 16 de enero de 1883. Al año siguiente, el Conservatorio organizó una función lírico-dramática para recaudar fondos y construir un mausoleo a la memoria de Julián Romea y de la actriz. La función se programó el 21 de marzo de 1884 y en ella se representó *La boda de nieve*, de Tamayo y varios monólogos de Echegaray y Cavestany. Se recitaron, además, composiciones poéticas de Romea y Ricardo de la Vega. Participó en la función, entre otros, la nueva catedrática de Declamación: Teodora Lamadrid⁸⁸. Balmaseda idealiza, en el artículo que le dedica a esta última, su impronta en el Conservatorio. Retirada de la escena, la actriz se recluye en casa y en sus clases, perpetuando el aura de integridad que le exigían sus pasados logros artísticos⁸⁹.

86. AGA, 31/14750, 31/14859 y 31/15159.

87. ACM, Leg. 24-48.

88. *Memoria acerca de la Escuela Nacional de Música y Declamación...* op. cit.,167.

89. J. G. Balmaseda, "La grandes actrices. Teodora Lamadrid", *Heraldo de Madrid* (04.05.1896), 3.

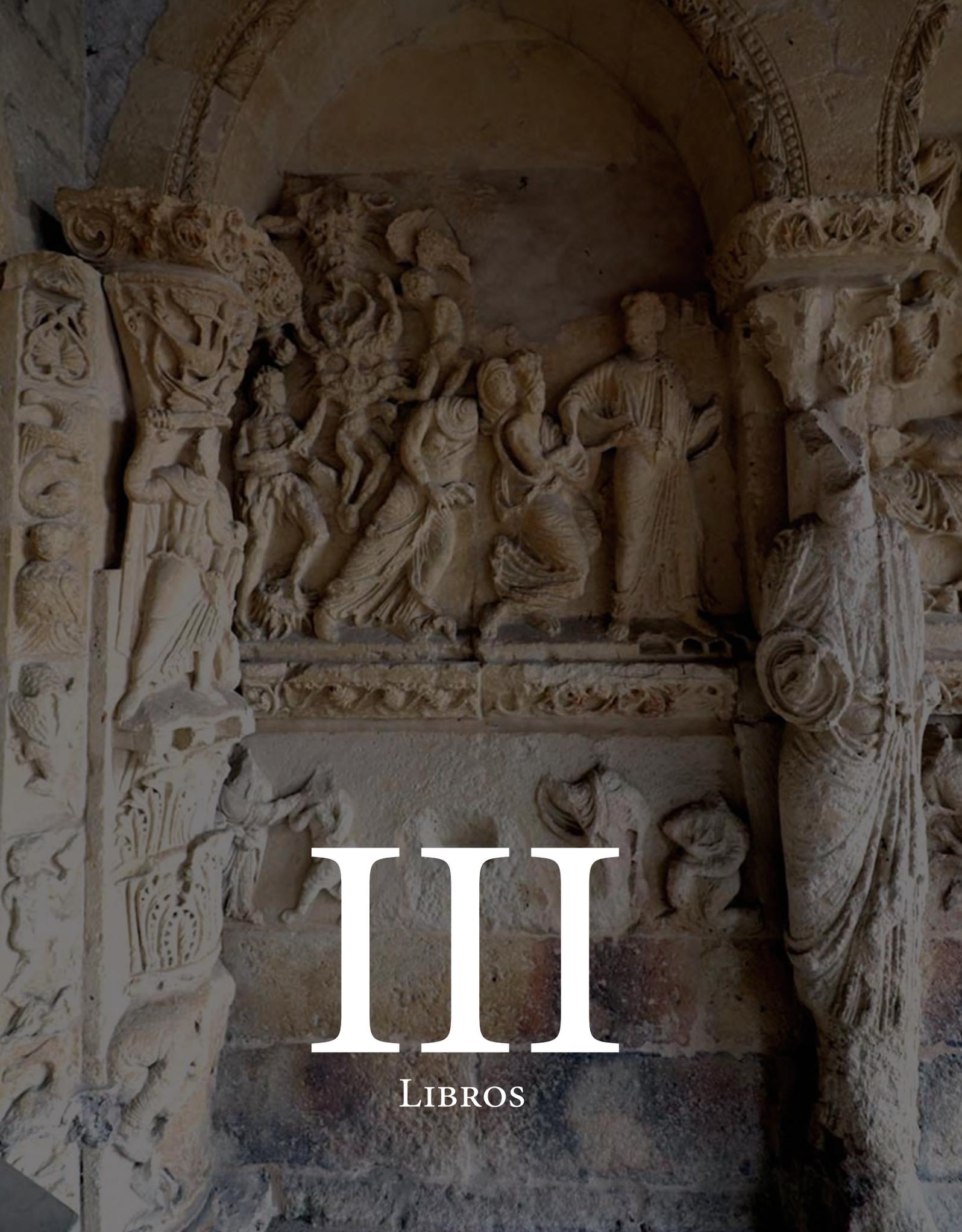
Conclusiones

Tal y como hemos estudiado en las páginas anteriores, a partir de 1874 las mujeres, grandes damas de la escena, acceden a la cátedra de Declamación de la Escuela Nacional de Música. Aunque formalmente parece tratarse de una decisión de carácter moral, que busca garantizar la separación de los estudiantes según su sexo, en la práctica, estas enseñanzas, como otras disciplinas artísticas, obligaron a flexibilizar la normativa. Los estudios de Declamación, por otra parte, se encuentran entre las escasas posibilidades de formación destinada al ejercicio de una profesión, más allá de la elemental, que podía cursar la mujer en el XIX. La institucionalización de esta enseñanza contribuyó a una mayor respetabilidad social negada tradicionalmente a las actrices por ejercer una profesión pública en la que el cuerpo está sobreexpuesto.

El Gobierno seleccionó para las primeras cátedras de Declamación femeninas a dos prestigiosas actrices, que proyectaron sobre la escena y cuidaron en otros ámbitos públicos una imagen que respondía al patrón femenino moralmente aceptado, aunque no necesariamente este se correspondiera con su realidad privada.

Con respecto al magisterio que ejercieron, hemos observado una constante en la relación de piezas teatrales que siguen: la comedia urbana, y la fidelidad por la línea interpretativa del realismo escénico que madura con Julián Romea. Las cualidades valoradas en sus discípulas, focalizadas en su mayoría en la perfección vocal, responden tanto a los aspectos teatrales que gustaban en la época, señalados por las críticas teatrales, como a su adecuación con el principio de realidad que prescribía el *Manual de declamación* empleado en las clases.

Por último, a tenor del mayor número de alumnas que demandaban sus lecciones, como de los registros de solicitud de licencias que se conservan en los distintos expedientes de los actores que desempeñaron las cátedras, podríamos afirmar que las maestras cumplieron con mayor rigor y compromiso que sus colegas varones con las clases en el Conservatorio.

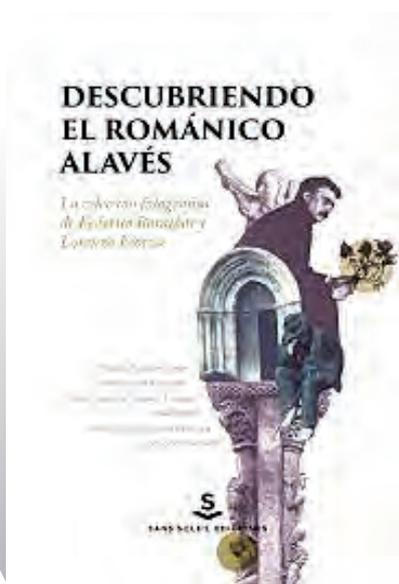


III

LIBROS

Descubriendo el románico alavés

FICHA BIBLIOGRÁFICA



ESTEBAN VEGA, R., GONDRA AGUIRRE, A., LÓPEZ DE MUNIAIN ITURROSPE, G., MELLÉN, I., ORTIZ DE URBINA MONTOYA, C., SOTO MADRAZO, J., *Descubriendo el románico alavés. La colección fotográfica de Federico Baraibar y Lorenzo Elorza*, Vitoria: Sans Soleil, 2019, páginas 302, ISBN: 978-84-120097-1-2.

Jorge Jiménez López | **Universidad de Zaragoza**

LA MONOGRAFÍA CULMINA UN PROCESO DE ESTUDIO Y DIVULGACIÓN sobre la colección de fotografías realizada por Lorenzo Elorza (1861-1931) y depositada por Federico Baraibar (1851-1917) junto al *Inventario del Románico en Álava* en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en febrero de 1912. El proyecto fue iniciado en 2008 y a la iniciativa se han ido sumado diferentes investigadores e instituciones alavesas interesados por este singular material y el ambiente político y cultural en el que se gestó.

La serie de reproducciones sirve como punto de encuentro para un grupo de estudios: sobre el desarrollo de la fotografía en el País Vasco, las biografías de los protagonistas o el valor de estos testimonios para el conocimiento de los conjuntos artísticos. De modo que, ya se avanza el interés que suscita la nueva monografía de Sans Soleil para múltiples campos

de estudio, como son la Historia de la técnica fotográfica, de la sociedad alavesa, el espacio político e intelectual de la restauración alfonsina o para la propia historiografía del arte. De especial beneficio para esta última porque recoge y reconoce una de aquellas iniciativas pioneras dirigidas a la catalogación de los «tesoros artísticos de España»; a la vez que abre un amplio debate que permite profundizar en la imagen y los discursos que generaron estos intelectuales de finales del XIX y comienzos del XX en torno al románico de cada región.

La monografía está compuesta por tres capítulos y la reproducción de la serie de ciento sesenta y siete fotografías depositada en la institución académica, un conjunto de imágenes que domina y enriquece sustancialmente la edición.

Se inaugura con el trabajo de Raquel Esteban Vega y Javier Soto Madrazo, de hecho, constituyó el germen que dio origen al comienzo de las indagaciones en el año 2008, gracias a una beca para su estudio. Los autores incorporan un breve apunte sobre la historia de la fotografía que permite comprender y situar el contenido de «la caja-carpeta» en un momento concreto de la historia de este artefacto.

El detenido análisis fisicoquímico del repertorio en contraste con otras series, como el conocido *Álbum del Instituto*, les permite ubicar las primeras colaboraciones entre Elorza y Baraibar hacia 1904. No obstante, constatan cómo el registro de bienes patrimoniales por medio de esta técnica era utilizado ya por el erudito alavés desde finales de la centuria anterior, como evidencia el *Álbum fotográfico de Álava*, custodiado en el Archivo Municipal de Vitoria. Estas iniciativas ponen de relieve una temprana conciencia sobre el valor testimonial que ofrece el nuevo soporte, en efecto, hasta poco tiempo antes los estudios eran ilustrados con dibujos y grabados, «un apoyo que servía más para recordar que para estudiar», como reconoce en la introducción Nieto Alcaide. De modo que, la fotografía fue percibida inicialmente como un recurso de carácter más objetivo que los utilizados hasta el momento; si bien tal afirmación, en la actualidad, llevaría a un debate pleno de matices.

Precisamente, uno de los aspectos destacados por los autores tiene que ver con las alteraciones introducidas sobre la serie de la Academia para su reutilización en el *Catálogo monumental* de Álava, de Cristóbal de Castro, o *Rincones artísticos*, del mismo Baraibar. Algunas de las modificaciones señaladas son la eliminación del sello de Elorza y de los personajes que inicialmente aparecían retratados dentro de las composiciones. La intervención resulta sumamente sugerente, pues induce a reflexionar en el futuro sobre las intenciones que llevaron a dotar a la colección académica (destinada a ilustrar el *Inventario del románico en Álava*) de una imagen costumbrista y pintoresca frente a las otras publicaciones. ¿Ese cuidado estético tiene algo que ver con que sean las únicas selladas con las siglas del fotógrafo?

Cierra este capítulo un apunte sobre la localización y contenido de otros negativos legados por el fotógrafo; a partir de ellos los autores ponen el foco en esas otras escenas domésticas donde también retrata a su amigo Baraibar, en el ámbito familiar o en las excursiones que ambos compartieron por todo el territorio alavés. En este caso, el material se encuentra disperso en varios archivos, particularmente, en la Sociedad de Estudios Vascos a la que donó, a su muerte, la mayor parte de su producción, con «hallazgos arqueológicos, monumentos y tesoros artísticos» del territorio.

En el siguiente capítulo, Carlos Ortiz de Urbina Montoya se hace cargo de la reconstrucción biográfica de ambos protagonistas, si bien la intensa actividad profesional, intelectual y política de Baraibar le lleva a dedicarle la mayor parte del estudio, frente a la figura de su colaborador. El discurso se articula en base a las diversas facetas y etapas que dominaron la vida profesional del vitoriano, lo que dificulta, en cierto modo, la interrelación de las iniciativas emprendidas y los vínculos entre ellas. No es otra cuestión que el habitual dilema entre el orden cronológico y temático a la hora de abordar un escrito de este género, no obstante, en ningún caso implica una devaluación de su contenido.

El autor comienza esbozando los años de infancia y formación en el seno de la familia Baraibar-Zumárraga y destaca la brillantez que demuestra desde su entrada en la Universidad Libre de Vitoria. En esta institución comenzó a recibir los primeros premios y reconocimientos de su formación, de hecho, es en este centro donde comienza a manifestar su compromiso con la docencia, pues ejerce como sustituto de catedrático con tan solo 27 años.

Esta fulgurante etapa avaló su ingreso en el Ateneo Científico, Artístico y Literario de Vitoria (1866), donde pronunció, en 1870, la conferencia *Estado de España bajo la dominación romana*. Durante casi dos décadas cumplió una labor muy activa en la institución, como docente y gestor, en palabras del autor, fue uno de los protagonistas de ese «caldo de cultivo modernizador y regeneracionista, tamizado por la guerra [carlista] y con un marcado carácter elitista, en el que las asociaciones culturales estaban integradas por los sectores acomodados de la sociedad» alavesa, entre los que destacan Ricardo Becerro, Julián Apraiz, Fermín Herrán o Enrique Serrano Fatigati. Otra de las instituciones que resale con frecuencia a lo largo del capítulo, dada la implicación de biografiado, es el Instituto de Vitoria donde ingresó en 1876, como catedrático numerario, y al que se mantuvo ligado a lo largo de su carrera docente hasta el final de sus días.

Seguidamente, Ortiz de Urbina se ocupa en detalle de su trayectoria profesional como filólogo y traductor, con especial interés por el griego, cuyo primer trabajo estuvo dedicado a la traducción de la comedia *Las Nubes* de Aristófanes. El texto hace un repaso a su aportación al campo de las lenguas clásicas hasta recalar en sus trabajos sobre el *Vocabulario de palabras usadas en Álava* [...], ya como académico correspondiente de la Real Academia Española. Asimismo, también prestó atención al idioma autóctono, el euskera, siendo además uno de los primeros cargos políticos en utilizarlo en un acto público, como ensalza el autor.

De forma paralela, o complementaria, a los estudios filológicos también atendió a la arqueología, principalmente prehistórica, con especial atención al periodo de la romanización del territorio alavés, un campo controvertido en aquel momento. El impacto de sus trabajos en este ámbito y, sobre todo, su contacto con los intelectuales y políticos más influyentes del país, le granjearon la designación como correspondiente de la Real Academia de la Historia en 1883. Estos episodios clientelares afloran con frecuencia a lo largo del capítulo, un claro testimonio de la España del momento. En esta ocasión, la entrada en la institución supuso un hecho clave para comprender su implicación en la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la provincia de Álava y la deriva de su compromiso con el patrimonio.

El tercer apartado lo dedica a analizar su trayectoria política, donde llegó a ocupar puestos de gran responsabilidad como el de alcalde de Vitoria y el de Diputado general de

Álava. Ortiz de Urbina refleja acertadamente el panorama político de la Restauración, donde el respaldo de determinadas familias o personajes resultaba decisivo a la hora del reparto de cuotas de poder. Hasta el punto de que en el caso de Baraibar se llegó a constituir una candidatura propia e independiente con el único objetivo de darle entrada a la corporación municipal, un movimiento que estaba respaldado por el mismo marqués de Urquijo. Un sistema que garantizaba un ascenso tan rápido, como frágil, pues cuando los apoyos flaquearon por no dar respuesta a sus intereses, Baraibar desapareció de las responsabilidades públicas.

Entre las iniciativas más destacadas de este periodo y vinculadas al patrimonio cultural se encuentra la compra y restauración por parte del Consistorio del santuario románico de Nuestra Señora Estíbaliz, cuyo proceso se completó ya iniciado el nuevo siglo (1904). Su preocupación por este conjunto ya había sido declarada unos años antes en una conferencia (1884) impartida en el Ateneo: *El estilo románico en Álava, Estívariz*. Por lo tanto, la iniciativa debe situarse dentro de una preocupación general que reclamaba la intervención en el conjunto y a la que dio respuesta en su periodo de gobierno. Precisamente, este episodio da pie a reflexionar en el futuro sobre el papel de los ateneos en la reactivación de la vida cultural y en la creación de una conciencia y sensibilización hacia el patrimonio.

El siguiente apartado el autor lo dedica a las primeras campañas que emprendió junto a Lorenzo Elorza para «inventariar» el románico de la provincia y que comenzaron a finales del verano de 1906. Una vez dieron por finalizado el proyecto (1911), Baraibar lo ofreció a su buen amigo Marcelino Menéndez Pelayo, sugiriéndole abiertamente su deseo de ser nombrado académico correspondiente a cambio de su depósito en la Academia, cuyo intercambio epistolar pone en valor el autor. En efecto, un año después, tanto la entrega de la caja de fotografías y del *Inventario del Románico* como su nombramiento se hicieron efectivos.

A propósito de ello, Ortiz de Urbina también se ocupa en reconstruir la polémica generada en torno a la creación del *Catálogo monumental de Álava*, encargado por esos mismos años a Cristóbal de Castro en lugar de al erudito vitoriano. Así, se recogen los testimonios de malestar de los principales historiadores del arte de aquel tiempo, muchos de los cuales son considerados hoy padres de la disciplina en España.

Seguidamente dedica un breve apunte a la biografía de Lorenzo Elorza, aunque prolijo en detalles, no cuenta con la amplitud del estudio de Baraibar, quizá por la modesta relevancia pública del personaje. Si bien, el autor destaca su temprana colaboración y el reconocimiento de los principales intelectuales del momento por su trabajo; incluso, en el denostado *Catálogo Monumental*.

El extenso y minucioso apartado dedicado a la biografía se cierra con un listado de referencias bibliográficas con las publicaciones académicas de Federico Baraibar.

El tercer y último capítulo, de Ander Gondra Aguirre, Gorka López de Muniaín e Isabel Mellén, completa el estudio de las fotografías depositadas en la Academia de San Fernando y refleja la importancia de este material para los estudiosos sobre el románico alavés en la actualidad.

En esta ocasión la contextualización del trabajo de Baraibar y Elorza pone el foco en la toma de conciencia del discurso historiográfico en el que se efectúa y, en consecuencia, del posicionamiento ideológico que inspiró la recopilación fotográfica y la «recuperación» del románico en este territorio. En efecto, los autores identifican detrás de estas iniciativas

el recurso a los valores locales del patrimonio histórico dentro de un discurso político más amplio donde «importaba poco el estilo de los edificios, pues el peso residía en su antigüedad y conexión con las tradiciones locales»; retomando una tesis sostenida por Ángel de Apraiz en el I Congreso de Estudios Vascos en 1918.

Así los autores trazan el panorama ideológico que orientó las excursiones de estos pioneros durante el último cuarto del siglo XIX y sitúan el viaje de José Amador de los Ríos y José María de Álava como uno de sus referentes. Una vez esbozado el panorama historiográfico, rastrean la influencia de la imagen sobre el románico que impulsó el profesor alavés; una labor ensombrecida, a su juicio, por la historiografía en favor de otros intelectuales coetáneos como Ángel de Apraiz.

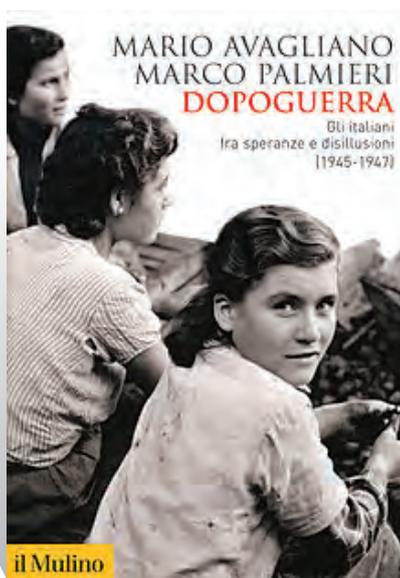
Una vez más, se reclama la atención en la labor de Lorenzo Elorza, en esta ocasión, no sólo como autor de las fotografías si no por su papel para el análisis de los «Elementos decorativos y Ornamentales del Románico alavés». Un título utilizado por él para el trabajo que presentó a la oposición de profesor de Dibujo de las Escuelas Normales; un estudio inédito de análisis y clasificación de más de ochenta conjuntos románicos que visitó y que, sin duda, influyó en su particular visión artística y en su producción fotográfica. Un análisis sistemático que también debió incidir en la mirada de Baraibar en las campañas previas al *Inventario*. De esta forma, los autores reclaman una vez más su papel en el resultado final y no sólo como un mero ejecutor del trabajo técnico. Ahora bien, tal incidencia resta por analizar, dada la falta de noticias y de la producción escrita sobre su propia percepción.

Concluye el capítulo un amplio apartado en el que se ponen en práctica alguna de las posibilidades que ofrece la recuperación del conjunto de fotografías. Es el caso del cotejo de las imágenes con las intervenciones que han tenido lugar en los conjuntos de Estíbaliz, Armentia y Ayala. De forma que permite desarrollar esa crítica de autenticidad tan necesaria para el estudio de los conjuntos medievales notablemente intervenidos en las décadas posteriores, como diversos autores han puesto en práctica en los últimos años.

Asimismo, demuestran las posibilidades que ofrece el uso de la fotografía histórica para la reconstrucción del «Patrimonio perdido, desplazado y redescubierto», a través de casos concretos, se aborda una problemática común a las obras de este periodo. De especial relevancia cuando las obras han sido trasladadas por cuestiones de conservación, dentro del mismo recinto o a espacios museológicos, y por la tan frecuente construcción de pantanos, como el caso del Ullíbarri-Gamboa. De esta forma, se coteja la información de varios conjuntos rurales alaveses, como San Martín de Igoroin, San Juan de Donás, Nuestra Señora de Urrialdó y San Martín de los Monjes.

En definitiva, esta monografía colectiva constituye el punto final de un exitoso trayecto de investigación y divulgación sobre el «descubrimiento» de la caja-carpeta de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, emprendido en 2008. En cuyo recorrido se ha ido reconstruyendo el ambiente cultural que rodeó la elaboración y entrega de la colección, así como la biografía de sus protagonistas: Federico y Lorenzo. Ahora bien, la monografía también marca un punto y seguido a los estudios, pues sus páginas contienen abundantes novedades que dan pie a un amplio abanico de estudios para diversas disciplinas, en cuyo punto de partida se encuentra la revisión historiográfica y metodológica sobre el románico.

Dopoguerra. Gli italiani fra speranze e disillusioni (1945-1947)



FICHA BIBLIOGRÁFICA

MARIO AVAGLIANO, MARCO PALMIERI, *Dopoguerra. Gli italiani fra speranze e disillusioni (1945-1947)*, Bologna, il Mulino, 2019, Pp. 496, ISBN: 8815283714.

Patrizia Gabrielli | **Università di Siena**

CON QUESTO VOLUME SULLA STORIA DEL SECONDO DOPOGUERRA e della ricostruzione in Italia, Mario Avagliano e Marco Palmieri arricchiscono un progetto di ricerca che ha già visto con il Mulino tre pubblicazioni sulla seconda guerra mondiale e sull'Italia repubblicana (*Vincere e vinceremo! Gli italiani al fronte 1940-1943* (2014); *L'Italia di Salò 1943-1945* (2017); *1948. Gli italiani nell'anno della svolta* (2018)). Articolato in quattordici capitoli, per un totale di 496 pagine, il volume presenta una narrazione fluida e uno stile coinvolgente. Si tratta di una piacevole lettura che offre uno spaccato e più di un approfondimento su una fase storica complessa e di difficile gestione, le cui delicatezza e difficoltà sono egregiamente sintetizzate nell'espressione di Suso Cecchi D'Amico, sceneggiatrice di pregio: «Sta per scoppiare il dopoguerra». La guerra aveva prodotto distruzione, morte e gravi fratture, di tutto

ciò molti testimoni ne avevano piena percezione. Riprendere «il corso normale» – osservava Andreina Zaninetti Libano, partigiana del Pd'A – avrebbe richiesto un paziente e tenace impegno, perché «non si risolve di botto una situazione come la nostra». Ed aveva ragione. Dati alla mano, gli Autori disegnano una panoramica sui problemi economici, politici, sociali che premono sugli italiani e sulle italiane, adulti e bambini.

Il volume è basato su una ricca e variegata gamma di fonti che vanno da un'aggiornata bibliografia ai documenti d'archivio, dalla documentazione raccolta presso gli Archivi di Stato, prodotta, dunque, dalle istituzioni, fino alle scritture della "gente comune" custodite dall'Archivio diaristico nazionale di Pieve Santo Stefano, anzi, a tale proposito possiamo affermare che alcune diariste, è il caso di Anna Marucelli e Rosalba Tradardi, già valorizzate in altre ricerche, divengono vere protagoniste di questa storia, quella che si svolge nel lungo dopoguerra Italiano. Meritano particolare menzione le lettere censurate che consentono di misurare non tanto o solo le condizioni di vita degli italiani, le loro assillanti preoccupazioni quotidiane quanto gli stati d'animo, i sentimenti provati. La censura della corrispondenza privata però invita a riflettere su i germi dell'autoritarismo ancora attivi ed operanti nel sistema italiano del post-fascismo. Integrano questo ventaglio di fonti i tanti riferimenti al cinema, alla musica, soprattutto a quella popolare, al teatro, agli eventi sportivi, alla letteratura che fanno di questa ricerca anche un prezioso strumento a fini didattici. Il ricco assortimento di documenti avrebbe richiesto un maggiore rigore filologico, una più attenta contestualizzazione, almeno la distinzione tra fonti edite e inedite. Questa disattenzione non inficia tuttavia la ricchezza della trattazione dedicata a un difficile e intenso biennio, quello che si snoda nel lungo dopoguerra, che vede l'Europa ridotta a «un continente selvaggio» e l'Italia a un cumulo di macerie, in senso letterale e metaforico. Di questa fase vengono messe in evidenza le tante luci e ombre restituendo al lettore un ampio quadro sulla storia del Paese nei suoi aspetti economici, politici, culturali e sociali. Ricostruire l'economia e le infrastrutture, sanare la disoccupazione, favorire il reinserimento dei reduci e dei prigionieri, fondare il nuovo ordinamento politico, le forme di governo nazionali e locali; sono questi i principali e gravosi compiti cui fare fronte. Un compito assai difficile se si tiene conto delle avversioni generate da quel *surplus* di violenza proprio delle guerre civili e nel biennio 1945-46 tensioni e rancori sono tutt'altro che sopiti, come confermano i diversi casi di violenza cui queste alcune pagine fanno riferimento.

Sulla base di statistiche e valutazioni di differente provenienza, viene offerta una panoramica sui problemi economici e sociali che assillano il paese e il quadro è affatto confortante. La ricostruzione è un processo che coinvolge l'economia, le infrastrutture, il lavoro, l'approvvigionamento, ovvero l'insufficiente e squilibrato regime alimentare degli italiani. Presto bisogna fare fronte al reinserimento dei reduci e dei prigionieri, circa un milione e mezzo di uomini «miracolosamente sopravvissuti» (p. 195) tornano a casa. L'Italia diviene un crocevia per il passaggio di molti profughi, soprattutto ebrei sopravvissuti alla Shoah. Da qui la necessaria organizzazione di strutture e l'avvio di adeguate politiche di accoglienza e di reinserimento. Questioni che si ripropongono, dopo il trattato di pace, con l'arrivo dei profughi giuliano dalmati.

Ci sono poi le questioni politiche, il Paese deve assolvere il grave compito di fondare il nuovo ordinamento, le forme di governo nazionali e locali in un quadro frammentato, come conferma la «selva di partiti e movimenti» (p. 77) che operano in quel contesto; le violenze, «la sete di vendetta» (p. 53) strascico della guerra civile, o meglio, «scorie di una velenosa guerra civile» (p. 11). Tensioni e rancori si manifestano mentre il sistema giudiziario sembra non dare adeguate risposte e la amnistia, anche a causa della mancata applicazione delle disposizioni, lascia molto malcontento.

Sono pure anni di speranze. Gli Autori riservano un particolare spazio a quella straordinaria gioia di vivere che esplode in Italia di cui danno conferma la musica e il ballo, che si attestano quale antidoto al dolore, quel dolore interpretato e restituito in forma sublime nel dramma di Eduardo De Filippo in *Napoli milionaria!*: «'a guerra nun è fernuta» – afferma il reduce Gennaro Jovine protagonista dell'opera - *S'ha d'aspettà. Ha da passa' 'a nuttata*. Parole e stati d'animo condivisi tanto da creare un clima di densa e sincera commozione tra il pubblico che assisteva al San Carlo di Napoli alla prima. Eduardo De Filippo con il teatro sono un'importante tessera del fermento culturale di quegli anni che vede una ripresa del cinema, della produzione letteraria, delle riviste culturali.

La Repubblica nasce dalla consultazione referendaria, preceduta da una campagna elettorale di cui si delineano i caratteri, compresa la inedita presenza femminile, così come sono illustrate le differenti posizioni e il dibattito interno e tra i partiti politici, e tra questi e la Corona che oppone resistenza.

Sarebbe un errore pensare a un totale immobilismo sia per quanto concerne il quadro economico sia politico. Gli Autori ampiamente dimostrano come il Paese lentamente riprenda. Si lanciano sul mercato i primi beni di consumo, la Vespa, la Lambretta, la Ferrari simbolo della ripresa e della creatività italiana, mentre le case di moda confezionano modelli apprezzati oltre frontiera; nasce l'Algida con i suoi gelati confezionati; fa la sua comparsa nella vita di molti italiani «la schedina» e in tanti sperano in una bella vincita che possa riassestare le finanze familiari.

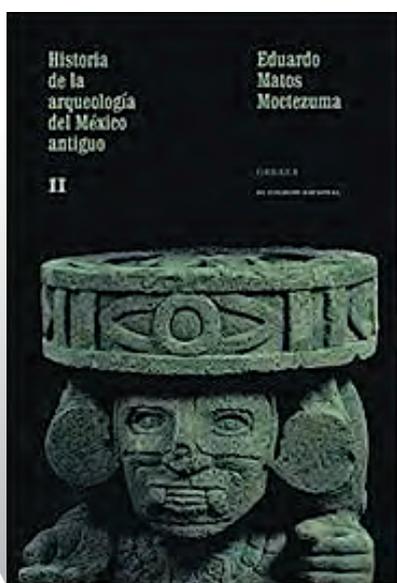
Restano aperti vecchi problemi, tanti i «dilemmi della Ricostruzione» (p. 333) ai quali sono dedicate tra l'altro le pagine sulla tanto discussa amnistia, sulla quale è offerta un'attenta disamina; si fa luce sui limiti e soprattutto sulla mancata applicazione della normativa paralizzata dalle mancanze e dalle inefficienze della burocrazia.

Invitano alla riflessione alcuni passaggi sulle manifestazioni contadine del dopoguerra e, in questo contesto, l'uccisione di Giuditta Levato, una contadina che partecipava alla simbolica occupazione delle terre nel Meridione, assurge a simbolo dell'arretratezza delle campagne, delle mancate riforme, «del divario tra ricchi e poveri», dell'intervento autoritario dello Stato.

Il 1947 è l'anno che conferisce all'Italia una nuova fisionomia politica. L'Assemblea Costituente e le relative commissioni, i leader e i gruppi dirigenti dei partiti lavorano fitto, intessono un dialogo, realizzano accordi, mediazioni, compromessi. Se nello scenario internazionale la guerra fredda è una realtà con effetti significativi sulle alleanze di governo, i partiti manifestano la volontà politica di collaborare in nome dell'interesse generale del Paese e alla fine del dicembre del 1947 la Costituzione della Repubblica italiana è un fatto compiuto.

Merita sottolineare la scelta degli Autori di considerare aspetti ancora poco scandagliati dalla ricerca storica. È il caso non tanto o solo delle pagine sulla «caccia» (p. 53) alle fasciste e collaborazioniste, agli stupri di guerra, alla prostituzione, che chiamano in causa il segno di genere della violenza di guerra, quanto di quei passaggi capaci di illuminare fenomeni rimasti nascosti, tra i quali la difficoltà di ritrovare una normalità anche sul piano delle relazioni e degli affetti. Una figura simbolo in tal senso sembra incarnarsi nelle spose di guerra e nelle madri nubili. Belle le pagine dedicate ad altri spesso dimenticati protagonisti della storia: i bambini anch'essi colpiti dagli strascichi di una guerra totale che non li ha risparmiati. Se a Napoli «fin dal 1944 le strade sono affollate di ragazzini con i vestiti a brandelli, inginocchiati davanti alle cassette di legno, sulle quali battone delle spazzole urlando “Sciuscià, sciuscià”» (p. 145), storpiatura dell'inglese *shoes-shine*, lustrare le scarpe, a Roma la delinquenza minore si raccoglie alla Stazione Termini, nelle vie adiacenti «più frequentate dai soldati alleati, come Via Nazionale, Piazza Esedra, Via Veneto e Via del Tritone tentando di offrire i loro servizi o vendere sigarette e preservativi» (p.146). Un grave fenomeno di marginalità dell'infanzia sul quale ci ha consegnato una vivida testimonianza il cinema del neorealismo. A Roma nel 1945 Vittorio De Sica gira *Sciuscià*, il film che esce nel 1946 e otterrà l'Oscar come miglior film straniero.

Historia de la Arqueología del México Antiguo



FICHA BIBLIOGRÁFICA

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA, *Historia de la Arqueología del México Antiguo*, El Colegio Nacional: México, 2017, ISBN 9706401148 (Obra completa) ISBN 9786077242598 (Obras 8, primera parte), 456 páginas, ISBN 9786077242581 (Obras 8, segunda parte), 384 páginas.

Jorge Maier Allende | **Real Academia de Bellas Artes de San Fernando**

EL PROFESOR DR. EDUARDO MATOS MOCTEZUMA es, sin duda, uno de los más prestigiosos arqueólogos mexicanos, avalado por una trayectoria profesional académica impecable que no está de más recordar. Ha sido director de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1917-1973), secretario general de la Sociedad Mexicana de Antropología (1971-1976), director general del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (1983 a 1986), director del Museo Nacional de Antropología (1986-1987) y director fundador (1987-2000) del Museo del Templo Mayor, su más destacado proyecto arqueológico. Desde 1991 es coordinador del Programa de Arqueología Urbana. El Profesor Matos Moctezuma es asimismo miembro de la Academia Mexicana de la Historia, de la Academia Mexicana de la Lengua y del Colegio Nacional y su densa y prolija obra ha sido reconocida con varios premios y distinciones por las más prestigiosas instituciones, dentro y fuera de México.

En el conjunto de su obra la historia de la arqueología mexicana ha sido también objeto de su atención en diversas ocasiones. Esta *Historia de la Arqueología del México antiguo* es su última aportación. Sin embargo, esta edición es el resultado más completo de otras tentativas anteriores. Nos referimos a la *Breve historia de la arqueología en México* (1992) y *Arqueología del México antiguo* (2010). Huelga decir que esta versión es la más completa y actualizada que se haya escrito hasta el momento de la arqueología mexicana, por lo que su lectura resulta imprescindible para toda persona interesada en la historia de la Arqueología con mayúsculas.

La obra se compone de dos volúmenes y está estructurada según un adecuado y estricto orden cronológico que arranca en el pasado de los pueblos prehispánicos y concluye prácticamente en nuestros días. Qué duda cabe que los antiguos pueblos mesoamericanos tuvieron una clara conciencia y se interesaron, de acuerdo a sus propios parámetros, por su pasado, como también ocurrió en otras grandes civilizaciones antiguas. Un aspecto realmente novedoso no muy atendido en otras historias de la Arqueología lo constituye el punto de partida del primer volumen de esta densa obra. Continúa el profesor Matos Moctezuma analizando el impacto de los colonizadores españoles y las valiosas aportaciones de los distintos cronistas, tanto exógenos como endógenos, para el conocimiento del México antiguo, durante el siglo XVI y la primera mitad del XVII. Se podría decir que su legado, una fuente primordial, se podría considerar al modo de unas *Fontes mexicanae antiquae*, emulando a las que griegos y romanos dejaron, por ejemplo, sobre los antiguos pueblos ibéricos, los testimonios de aquellos que en definitiva vieron aquellas culturas vivas.

Resulta particularmente interesante el enfoque del siguiente capítulo, que discurre entre la segunda mitad del siglo XVII y la primera del XVIII, con el despertar de una nueva sensibilidad entre diversos eruditos anticuarios por su propio su legado cultural. Destacan entre ellos las aportaciones de Carlos de Sigüenza y Góngora, Antonio de Solís y Rivadeneyra y Lorenzo Boturini, ya en las puertas de la Ilustración.

Periodo de gran relevancia es el de la segunda mitad del XVIII, que muy acertadamente prolonga el profesor Matos hasta la época de la independencia, en el primer tercio del XIX, y al que titula con el significativo nombre de «La Ilustración o el retorno de los dioses». Ciertamente fue esta una época crucial de la arqueología mexicana con personalidades de muy diversa índole que enriquecieron notablemente el conocimiento del México antiguo, impulsadas a uno y otro lado del océano. La Arqueología dio un salto cualitativo desde las excavaciones emprendidas en las antiguas ciudades napolitanas de Herculano y Pompeya por Carlos III, la creación de un marco institucional con la fundación de Academias y Gabinetes de Historia Natural, que le confirieron un marcado carácter hispánico y universal a la Arqueología al alcanzar el continente americano, no exentas de subjetivas críticas alimentadas por la denominada «leyenda negra». Personalidades destacadas de esta universalización de la Arqueología fueron Antonio de Ulloa, Francisco Javier Clavijero, José Antonio de Alzate, Pedro José Márquez, Fray Servando Teresa de Mier y especialmente, Antonio León y Gama, para culminar con el gran naturalista Alexander von Humboldt y la Real Expedición Anticuaria de México del capitán Guillermo Dupaix. Con ellas la arqueología del México antiguo entró de lleno en el mundo científico internacional.

El convulso periodo que se abrió con la independencia de México y transcurre hasta el Porfiriato es el tema del siguiente capítulo. Dada la densidad del mismo hubiera sido quizá deseable, desde nuestro punto de vista, haberlo desdoblado, de acuerdo a la propia evolución general de la disciplina, antes y después de la intervención francesa. La dinámica de la evolución de la disciplina durante este periodo bascula entre el desarrollo de la identidad nacional y la presencia de viajeros y estudiosos extranjeros, fundamentalmente ingleses y franceses. Respecto a la primera es de destacar la creación del Museo Nacional de Antigüedades en 1825 y las primeras medidas de protección del rico patrimonio arqueológico mexicano. En relación a la segunda recoge Matos Moctezuma las distintas expediciones y estudios de William Bullock, del conde de Waldeck, de John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood, Carl Nebel, Mathieu de Fossey y William Prescott, que proyectaron la arqueología mexicana a nivel internacional. A nivel nacional destaca la labor de José Fernando Ramírez, director del Museo Nacional de Antigüedades y de la Biblioteca Nacional.

Con la intervención francesa a partir de 1863 se inicia en realidad otro subperiodo en el que se crea la Comisión Científica, Literaria y Artística de México y tuvieron lugar las intervenciones y los viajes de Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, de escaso valor, y las de Desiré Charnay de mayor interés al utilizar la fotografía. A nivel nacional sobresale la labor, fundamentalmente filológica y documental, de Joaquín García de Izcabaleta y Manuel Orozco Berra. Finalmente llama Matos la atención sobre importantes hitos en la evolución de la disciplina, como el surgimiento del sistema de las tres edades, el evolucionismo o la antropología arqueológica, que, no obstante, tuvieron poco impacto en México: «Sin embargo los adelantos que se daban en Europa desde la perspectiva de la ciencia no encontraron eco en los sabios locales». Es este un aspecto llamativo, ya que nos anuncia el carácter peculiar con que se desarrollará la disciplina en etapas consecutivas, que la alejaran de la arqueología europea.

Con la llegada de Porfirio Díaz al poder se inicia un nuevo periodo (1877-1911) y el último correspondiente al primer volumen, caracterizado en líneas generales por el fin de la inestabilidad política y la introducción del positivismo, que tendrán un claro reflejo a nivel institucional. Destaca el profesor Matos varios hechos importantes que denotan una mayor intervención estatal. Por una parte, la creación de una Inspección de Monumentos en 1885, bajo la dirección del arqueólogo Leopoldo Batres -arqueólogo oficial del Porfiriato-, la ley de monumentos arqueológicos de 11 de mayo de 1897 y la expropiación de los terrenos de Teotihuacán. Pero llama también la atención sobre otros acontecimientos importantes como la creación de la Comisión Colombina con motivo del IV centenario del descubrimiento, las excavaciones de Batres en Teotihuacán y la creación del primer museo de sitio y la creación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, en 1911 bajo los auspicios de The Hispanic Society y las Universidades de Harvard, Pennsylvania y Columbia. No obstante, el primer centro docente fue el Museo Nacional y la creación de los Anales del Museo Nacional de México su principal órgano de difusión. En su seno destacaron figuras como Francisco del Paso y Troncoso y Jesús Galindo y Villa. Pero en este tiempo se fundaron también otros museos entre los que destaca el de Michoacán dirigido por Nicolás León, que contó con los Anales del

Museo Michoacano, así como en Mérida, San Luis, Colima y Oaxaca. El panorama docente se completa con la refundación de la Universidad de México en 1910.

Las intervenciones extranjeras fueron también importantes en este periodo por parte de instituciones norteamericanas como la Smithsonian, el Peabody Museum o la Carnegie Institution de Washington. Destaca las intervenciones de Alfred Percival Maudsley, que trabajó en el área maya y fue el iniciador del desciframiento de su escritura y calendario, y las de Edward Seler, director de la sección americana del Museo Etnográfico de Berlín, quien desarrolló importantes trabajos sobre los mitos, religión y lengua de los mayas y determinó el sistema calendárico azteca. A nivel nacional describe por extenso las actividades de Leopoldo Batres, Inspector y Conservador de Monumentos Arqueológicos de la República.

Concluye Matos este interesante capítulo, señalando que no existe unanimidad a la hora de denominar este periodo, pero resalta la importancia de la creación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, en la que destaca la presencia de dos personalidades de gran relevancia como fueron las de los antropólogos alemanes Franz Boas (1858-1942) y Edward Seler (1849-1922), que fueron determinantes en la evolución de la arqueología mexicana y el peso que, a partir de entonces, tuvo la Antropología en sus peculiares rasgos definitorios, coherente en un país que tiene una de las mayores poblaciones indígenas del continente americano.

El volumen segundo está dedicado exclusivamente al siglo XX que lógicamente también está estructurado cronológicamente. El primer capítulo se centra en el periodo comprendido entre 1911 y 1925 y se dedica precisamente a la influencia de la Escuela Internacional y de Franz Boas, que fue su director entre 1911 y 1912, y su máximo exponente a nivel nacional Manuel Gamio Martínez (1883-1960). De gran importancia también fue la adopción generalizada de la estratigrafía y el estudio sistemático de la cerámica como elemento de datación secuencial y caracterización regional. En realidad, Matos revaloriza enfáticamente este periodo, marcado por la revolución, al resaltar la variedad e importancia de las iniciativas y de los nuevos conceptos desarrollados, especialmente por Gamio, entre otros, y su concepción de la Arqueología como parte de la Antropología y su carácter esencialmente interdisciplinar, que puso en práctica en sus intervenciones desde la Dirección de Antropología, y que quedaron plasmadas en su obra más destacada *La población del valle de Teotihuacán*.

La consolidación de la Arqueología antropológica o la Antropología arqueológica constituye el punto central del siguiente capítulo en el que analiza los veinticinco años que median entre 1925 y 1950, marcados a nivel científico por la sistematización de la cerámica y la personalidad de, en palabras de Matos de «uno de los arqueólogos de más renombre» Alfonso Caso Andrade (1896-1970).

La institucionalización de la Antropología se produjo a través de la creación de diversos centros de investigación creados bajo el mandato presidencial de Lázaro Cárdenas. En 1937 nacía la *Sociedad Mexicana de Antropología* y dos años después, en 1939, lo hacía el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), institución clave de la arqueología mexicana. Este último, como parte de la Secretaría de Educación Pública, tiene como función «la salvaguarda, estudio y difusión de los sitios arqueológicos, artísticos e históricos, además de llevar a cabo investigaciones de carácter antropológico». A esta institución se incorporó la Escuela

Nacional de Antropología e Historia (ENAH), principal centro de formación de especialistas. Por último, en 1943, se creó El Colegio Nacional, institución en la que se agrupan los más destacados científicos, artistas y literatos, en el que figuraron y figuran varios arqueólogos, entre ellos el mismo Matos Moctezuma.

En el plano estrictamente científico, uno de los hechos más relevantes de este periodo fue la definición, a partir de la cultura material y factores económicos, sociales y religiosos, del concepto de «Mesoamérica» por Paul Kirchhoff (1900-1972), quien llegó a México en 1937 y fue cofundador de la ENAH.

Todo ello dio lugar a una intensificación cualitativa y cuantitativa de las investigaciones, aunque en principio no tanto desde el punto de vista metodológico y técnico. Nos ofrece Matos una completa síntesis de los trabajos llevados a cabo en este periodo, comenzando por la civilización Olmeca, para continuar un recorrido geográfico por las distintas regiones mesoamericanas definidas arqueológicamente: el Centro de México (Cuicuilco, Tlatilco, Teotihuacán, Cholula, Xochicalco, Tula, Tenayuca, Tenochtitlán y Tlatelolco, entre otros); Oaxaca (Monte Albán, Mitla); el Sureste, es decir, la zona maya, donde la actividad fue especialmente intensa por investigaciones estadounidenses (Uaxactún, Tikal, Nakum, Quiriguá, Copán, Kaminaljuyú, Ixapa, Chiapa el Corzo, Yaxchilán, Toniná, Palenque, Bonampak, Calakmul, Comalcalco, Edzná, Uxmal, Tulum o Chichen Itzá). Continúa Matos su recorrido por la Costa del Golfo en lugares huastecos y totonacos, entre los que destaca El Tajín, para finalizar con el Occidente de México (Culiacán, Tzintzuntzan, El Opeño) y el Norte de Mesoamérica (La Quemada y Chalchihuites). Estos trabajos fueron llevados a cabo por los arqueólogos mexicanos Alfonso Caso, Román Piña Chan, José García Payón, Wigiberto Jiménez Moreno, Paul Kirchhoff, Daniel Rubín de la Borbolla y Miguel Othón de Mendizábal y por los investigadores estadounidenses Mathew W. Sterling, Alfred Kroeber, Sylvanus Griswold Morley y Alfred V. Kiedder, entre otros.

El tercer y último capítulo de este volumen está dedicado a los avatares de la arqueología mexicana desde 1950 hasta las puertas del siglo XXI. Centra en primer lugar su atención tanto en las nuevas técnicas aplicadas en la Arqueología (prospección, sistemas de datación, arqueobotánica, informática) como en las nuevas tendencias teóricas a partir de las ideas de Gordon Childe, el materialismo histórico y la Nueva Arqueología y su plasmación en diferentes corrientes. Hay que tener en cuenta que Matos Moctezuma es ahora un investigador activo en este periodo, lo que le permite ilustrar este periodo desde un agudo sentido crítico. A continuación, describe distintos proyectos arqueológicos atendiendo a las nuevas técnicas empleadas: la fotografía aérea, generalizada a partir de la Segunda Guerra Mundial, y las prospecciones superficiales con sondeos estratigráficos, que han proporcionado importantes resultados en la identificación de yacimientos y los patrones de asentamiento, así como espectaculares descubrimientos. La mayor parte de estas investigaciones fueron llevadas a cabo por equipos de investigación extranjeros, estadounidenses, canadienses, alemanes y franceses, aunque también belgas y españoles. Bajo esta perspectiva describe pormenorizadamente las que denomina de «rescate o salvamento arqueológico» como consecuencia de las obras públicas de infraestructuras energéticas, de comunicación, inmobiliarias etc. Estas fueron llevadas a cabo, a partir de los años 60', por el INAH, institución que tuvo, de acuerdo a su naturaleza, la prioridad de intervención desde la ley de 1972, que han revestido particular

importancia en la Ciudad de México y han culminado con la creación por el propio Matos Moctezuma del Programa de Arqueología Urbana instaurado en 1991. También destaca otras intervenciones singulares en las que, no obstante, alternaron los enfoques tradicionalistas, de reconstrucción monumental, con los interdisciplinarios. Tal es el caso del proyecto de Teotihuacán, coordinado por Ignacio Bernal (1910-1991) entre 1962-1964, del proyecto Cholula desarrollado entre 1966 y 1968 o el proyecto *Prehistoric Human Ecology* de Kent Flannery y sus colaboradores, entre otros.

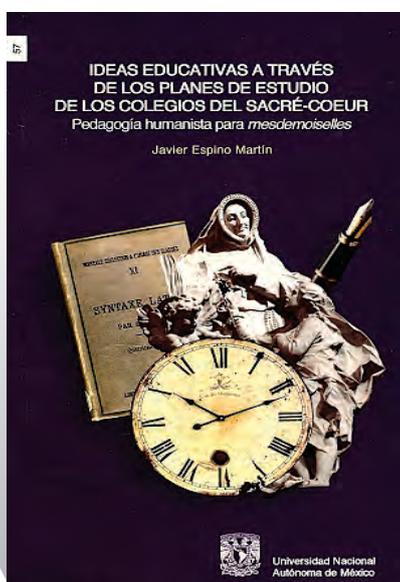
Hito de primer orden de la arqueología mexicana en este periodo lo constituye el Proyecto Templo Mayor dirigido por Matos Moctezuma a partir de 1978. Nos encontramos, sin duda, ante uno de los más importantes proyectos para la arqueología azteca realizados hasta la fecha, complementado desde 1991 con el ya mencionado programa de arqueología urbana. Como señala Matos: «El Proyecto Templo Mayor es la investigación arqueológica multidisciplinar que cuenta con un mayor número de publicaciones en la historia de la arqueología».

Por último, aborda la descripción de los llamados Proyectos especiales de Arqueología desarrollados por el INAH entre 1992 y 1994 que contaron «con una derrama económica sin precedentes por parte del gobierno federal». La iniciativa consistió en la selección de diversos yacimientos escogidos según diferentes criterios con el fin de desarrollar campañas de excavación y creación de museos. Entre ellos cabe destacar las intervenciones en Teotihuacán, Xochitecate (Tlaxcala), Xochicalco (Morelos), Cantona (Puebla), Monte Albán (Oaxaca), Filobobos (Veracruz), Palenque (Chiapas), Toniná (Chiapas), Calakmul (Campeche), Chichén Itzá (Yucatán), sur de Quintana Roo y las pinturas rupestres de la Baja California.

Durante este periodo surgieron un nuevo elenco de centros de investigación que han enriquecido y reforzado espectacularmente el panorama institucional. Cabe destacar el Instituto Veracruzano de Antropología y la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana, el Instituto de Investigaciones Antropológicas, del que formó parte, entre otros, Pedro Bosch Gimpera, el Instituto de Investigaciones Históricas, el Instituto de Investigaciones Estéticas y el Instituto de Investigaciones Filológicas, al que está adscrito el Centro de Estudios Mayas, todos ellos encuadrados en la Universidad Nacional Autónoma de México. También cabe mencionar la Universidad de las Américas de Puebla y los nuevos centros adscritos del INAH: el Centro de Restauración de Bienes Culturales, la Subdirección de Arqueología Subacuática y el Consejo de Arqueología. La obra se cierra con una sugestiva reflexión final.

La *Historia de la Arqueología del México Antiguo* nos ofrece por tanto un prolijo recorrido por la génesis, desarrollo y avatares de la arqueología mexicana, descrito desde un profundo conocimiento de su historia, pero también desde la propia experiencia vital del Profesor Matos Moctezuma. La obra viene, sin duda, a sustituir a las ya clásicas *Historia de la Arqueología en México* de Ignacio Bernal (1979) o *A History of American Archaeology* de Gordon R. Willey y Jeremy A. Sabloff (1974). Redactada con un lenguaje vivo y entretenido, asequible y dinámico, esta profusamente ilustrada y cuenta con un orientativo y útil aparato bibliográfico, así como de un índice onomástico y toponímico que son siempre de agradecer en una obra de semejante magnitud.

Ideas educativas a través de los planes de estudio de los colegios del Sacré-Coeur



FICHA BIBLIOGRÁFICA

JAVIER ESPINO MARTÍN, *Ideas educativas a través de los planes de estudio de los colegios del Sacré-Coeur. Pedagogía humanista para mesdemoiselles*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, 166 páginas, ISBN 9786070285523

Francisco García-Jurado | **Universidad Complutense de Madrid**

SE DISCUTE MUY A MENUDO ACERCA DE LA RELACIÓN entre la enseñanza y las ideologías. En realidad, no hay enseñanza sin ideología, por invisible que ésta pueda resultar. La monografía que el Dr. Javier Espino Martín (UNAM) ha publicado acerca de las ideas educativas que construyeron la enseñanza de las humanidades en la Congregación del Sacré-Coeur, desde su fundación en 1800 hasta nuestros días, es un ejemplo perfecto de lo que decimos.

Recuerdo cómo hace unos años, mientras deambulábamos por uno de nuestros paseos educativos en el marco de la Semana de la Ciencia, organizada por la Comunidad de Madrid, el Dr. Espino Martín nos ilustraba acerca de la confrontación entre jansenistas y jesuitas a la hora de explicar la enseñanza de la gramática latina a lo largo del siglo XVIII. Nos encontramos en el adecuado marco del Instituto San Isidro de Madrid, otrora Reales Estudios de San Isidro y, años antes, incluso, Colegio Imperial de Madrid. El Dr. Espino nos contaba

cómo la misma enseñanza de la lengua latina encarnaba diferentes maneras de ver el mundo, según se tratara bien del sistema “razonado” y práctico de la Gramática de Port Royal, bien del sistema de las reglas establecidas “intelectualmente” por la gramática jesuítica. Ambos modelos entraron en conflicto a lo largo del siglo XVIII y, como consecuencia indirecta, terminaron incluso con el decreto de expulsión de los jesuitas, que dejaron un irreparable vacío en el panorama educativo de la España de finales de siglo.

Al hilo de esta explicación, una de las personas participantes en nuestra actividad se mostró un tanto incrédula ante esta confrontación ideológica, en la idea de que la gramática latina era simplemente eso, gramática, de forma que parecía improbable que en un ámbito tan aparentemente aséptico pudiera tener lugar una lucha ideológica semejante. La cuestión es mucho más compleja, qué duda cabe, pero conviene recordar que incluso dentro del propio marco de la gramática jesuítica en España, tal como mostró el Dr. Espino, se reflejan modelos de Estado diferentes según se trate de la “uniformada” enseñanza dentro de los territorios de la Corona de Castilla, o de la más variada de la Corona de Aragón, tal cómo él mismo ha mostrado en su tesis doctoral.

Ya en alguna ocasión previa he señalado cómo la ideología se convierte en un instrumento más de nuestros estudios historiográficos. No se trata, simplemente, de la idea peyorativa de que haya una enseñanza ideologizada frente a otra supuesta enseñanza que no lo es, sino de un hecho inevitable de que la propia enseñanza, como parte de nuestra condición humana, refleja igualmente nuestras posturas sobre la vida. La ideología es, en este sentido, algo más profundo, pues constituye una visión del mundo que trasciende la mera condición de pertenecer a un partido político o a otro. La propia historia de la enseñanza está poblada de ideología, pues es a partir de ella cómo se van construyendo las grandes directrices filosóficas y pedagógicas.

La circunstancia de haber impartido docencia durante una etapa de su vida en un colegio perteneciente a la congregación del Sagrado Corazón, brindó al Dr. Espino la oportunidad de acceder a los diferentes planes de estudio que han configurado a lo largo de los siglos XIX y XX los fundamentos de la pedagogía de tal institución. Debemos partir del hecho significativo de que se trate de una congregación dedicada inicialmente a la enseñanza de las mujeres, sobre todo cuando, durante los comienzos de su andadura, este tipo de enseñanza femenina, en especial si comportaba contenidos humanísticos, no estaba bien considerada. Gracias a sus amplios conocimientos sobre historia de la educación, el Dr. Espino nos va mostrando cómo las grandes corrientes pedagógicas, lejos de ser ajenas a la congregación, van contruyendo su propia filosofía educativa.

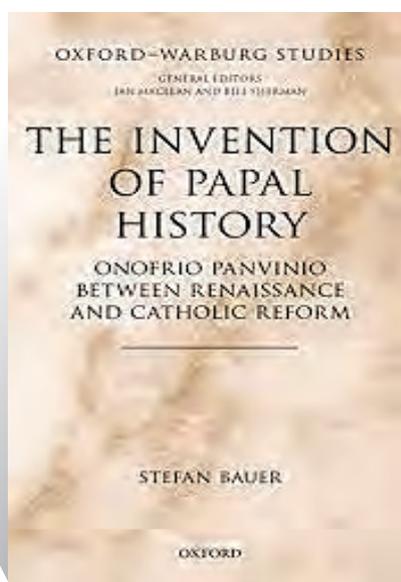
De manera significativa, la pedagogía que proviene de Port-Royal, con su énfasis en el racionalismo cartesiano, presenta una peculiar impronta, si bien no reñida con el modelo jesuítico, basado en la *Ratio Studiorum* (1599). Lo esperable, acaso, habría sido un rechazo del primer modelo a favor del segundo. Sin embargo, a lo largo del siglo XVIII las ideas jansevistas ya se habían instalado de tal forma en la educación que, cuando se funda, a comienzos del XIX, la congregación del Sacré-Coeur, es inevitable que tenga lugar esta fusión de paradigmas. El sentido pragmatista que impregna los primeros planes de estudio, con una clara preferencia por el francés frente a la lengua latina, es un ejemplo notable de tal impronta,

Asimismo, la segunda mitad del siglo XIX está presidida por otra nueva pugna ideológica, como es la mantenida ahora entre las corrientes románticas y el positivismo, con su fe ciega en la ciencia y el consiguiente énfasis del estudio de las materias científicas. De esta forma, al racionalismo de tiempos anteriores ahora se suma el cientifismo, cuya naturaleza laica supone todo un reto a la hora de ser asimilado en los planes educativos de una congregación religiosa. En cualquier caso, la fe en la ciencia, como ideología moderna, se va normalizando paulatinamente en el contexto de la enseñanza, hasta convertirse en un elemento constitutivo más, como había ocurrido tiempo antes con el propio didactismo jansenista.

El siglo XX todavía resulta más complejo, ante el imparable desarrollo de la secularización por parte de las maquinarias estatales, que establecen planes de estudio que han de implantarse en todo el territorio nacional y, asimismo, deben ser asumidos por las órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza, de manera que el carácter particular que tales órdenes imprimen a su labor educativa ya no puede afectar al currículo, o la organización de la enseñanza, sino a una mera orientación. Por lo demás, la congregación del Sacré-Coeur va a encontrar una nueva dimensión de su labor educativa en las misiones, de forma que expande su actividad hacia nuevos ámbitos geográficos.

El trabajo del Dr. Espino plantea claramente un objeto de estudio, el de los planes de estudio, y un método de trabajo basado en reconocer dentro de tales planes las grandes corrientes educativas de cada época, algo que permite situar la enseñanza de la congregación en un contexto tanto ideológico como histórico. Es probable que este tipo de planteamientos no termine de gustar, por ejemplo, a quienes esperan, más bien, una «hagiografía» donde se exalte lo excepcional y único de aquello que estudiamos, al margen del contexto. Pero creemos que tales panegíricos implican una fuerte carga ideológica, ahora implícita en el propio estudio llevado a cabo. Por ello, la honestidad de la historiografía conlleva asumir las ideologías como parte del objeto de estudio mismo, en un afán por descubrir cómo las ideas, por polarizadas que nazcan, se van asimilando en los nuevos contextos históricos y terminan incluso formando parte de formas de ver el mundo que, al menos en un principio, no serían congruentes. Por todas estas razones consideramos que este libro es profundamente honrado en sus planteamientos y propósitos, al tiempo que nos ofrece un estudio realmente interesante.

The Invention of Papal History



FICHA BIBLIOGRÁFICA

STEFAN BAUER, *The Invention of Papal History: Onofrio Panvinio between Renaissance and Catholic Reform*, Oxford, Oxford University Press, Oxford-Warburg Studies, 2020, 288 págs, ISBN 978-0-19-880700-1.

William Stenhouse | **Yeshiva University**

STEFAN BAUER'S EXCELLENT NEW BOOK examines the ecclesiastical history writing of Onofrio Panvinio (1530-68) in the context of the confessionalisation of the period. Panvinio played a key role in two related developments in sixteenth-century historiography. He was a central figure in what we know as the antiquarian movement that flourished in Rome around 1550, when historians established new methods of interpreting and documenting primary sources, and he was one of the first to apply antiquarian methods to the history of the Christian Church. He was also astonishingly productive: Bauer says, without overstatement, that «it would be hard to find another historian who had amassed such a large amount of material and written so many historical texts, on such a broad variety of subjects, by the age of thirty-eight» (p.2), Panvinio's age at his death. Except for Jean-Louis Ferrary's remarkably

detailed discussion of his work on pagan antiquities,¹ Panvinio's vast historical oeuvre has not attracted the attention that it deserves. Bauer adopts a three-pronged approach: he offers a new biography of Panvinio; he analyses in depth Panvinio's account of elections to the papacy; and he places some of Panvinio's other ecclesiastical history writing, including a study of St Peter, biographies of Renaissance popes, and an unpublished sweeping history of the Church, in the context of the period's confessional approaches to history. The result is insightful and enlightening, and it should inform all future investigations into the historiography, and especially the religious historiography, of this period.

In addition to his books, Panvinio left plenty of material for a future biographer, including lots of correspondence (most of it unpublished), letters of recommendation, a catalogue of his library, his own account of his life (written at the tender age of 34 for Girolamo Ruscelli's *Imprese di uomini illustri*) and even lists of expenditures and income. Paolo Panvinio wrote a biography of his elder brother, shortly after his death, and we have information about his efforts to secure Onofrio's manuscripts and belongings; we also have the judgements of the censors who reviewed Onofrio's works for publication. In fact, there is almost too much material: Panvinio was prone to rework and rearrange his writing, and so we often have several manuscript versions of the same piece. Some copies he created for publication, some he planned for manuscript circulation, and some are his rough drafts. On Panvinio's death, Pope Pius V banned the publication of his works as they stood – apparently there were «many things that need[ed] consideration and correction» (p.83), leading to the involvement of the censors – and so manuscript copies continued to circulate. Bauer's mastery of this Nachlass is admirable: there are huge quantities of material in the Vatican, but also in various Roman libraries, Milan, Munich, and elsewhere. Up until now, scholars have had to rely on the 1899 biographical study of Davide Aurelio Perini (“uncritical and erroneous”, according to Bauer [p.9])², and so Bauer's detailed engagement with the sixteenth-century sources for Panvinio's life and work, as well as his accounts of scholarship since, are very welcome.

Panvinio's letters and financial details are particularly valuable because they can help explain the forms that his scholarship took. Panvinio was born in Verona into a fairly modest family, lost his father as a child, and joined the Augustinian community in the city. He shone academically and won the attention of Girolamo Seripando, the Augustinian Prior General, who sent him to Augustinian houses in Naples and then Rome. He continued to stand out as a scholar, and in 1554 he received the very unusual privilege of being allowed to work *extra ordinem*, freed not only from regular observance, but also from the requirement to live with the Augustinians. While this was intellectually liberating, it meant that he had to find other means of support. Many of his letters inform his colleagues about his attempts to secure patronage in Rome and beyond. He won the backing of many prominent churchmen and princes: Cardinals Marcello Cervini, Alessandro Farnese, and Otto Truchsess von Waldburg; the merchant Hans Jakob Fugger; King Philip II of Spain and Emperors Ferdinand I

1. J.-L. Ferrary, *Onofrio Panvinio et les antiquités romaines*, Roma, 1996.

2. D. A. Perini, *Onofrio Panvinio e le sue opere*, Roma, 1899.

and Maximilian II. But while Cervini and Farnese especially provided Panvinio with access to sources and an entrée to intellectual life in Rome, the financial rewards that these figures offered never seem to have been quite enough. Panvinio did not secure a lucrative benefice and only briefly, in 1565, did he win a regular stipend, when he was appointed to the Vatican Library by Pius IV; Pius died less than a year later.

All this meant that Panvinio was sensitive to his patrons' wishes, and tailored his work to them. He tells us that Cervini steered him towards ecclesiastical history, and that Farnese, a would-be pope, encouraged his work on papal elections. In the 1560s, he sent Fugger enlarged manuscript copies of his works on the election of the pope and on the election of the Holy Roman Emperor, the latter of which had come out in print in 1558. On both occasions, he asked Fugger to keep them secret and not to allow them to be published, apparently worried both that his work would offend sensibilities in Rome, and that he would not be able to tempt other patrons with them. Most egregiously, in 1555, when Cervini had died and Farnese's support was not secure, Panvinio wrote a series of genealogical histories of Roman families, quite happily making tendentious connections between famous ancient and medieval figures and contemporary dynasties. Bauer shows that he even embellished an inscription to link Pope Honorius III with the present-day Savelli. When Panvinio wrote that the father of Pope Innocent VIII (Giovanni Battista Cibo, d.1492) was actually a doctor, rather than a knight, a sixteenth-century member of the family let it be known that Panvinio should fear for his life; in a later life of the pope Panvinio corrected his mistake. Clearly it would be wrong to suggest that other sixteenth-century historians were able to produce disinterested scholarship. But Panvinio must have looked with envy on contemporaries with more reliable sources of income, such as Fulvio Orsini, who enjoyed long-term positions with the Farnese family, Carlo Sigonio, who taught in universities, and Antonio Agustín, who had an ecclesiastical career.

Panvinio's attraction to potential patrons looking for attractive historical narratives was not because he had a reputation for flattery and the writing of attractive historical narratives. On the contrary, it was because he was known for his engaged and exhaustive historical research. He seems to have been drawn initially to questions of chronology. His first work, completed in 1551, was a chronicle of the Augustinian order, then Cervini appears to have proposed that he compose a universal chronicle early in the 1550s, before he completed his edition of the Roman *Fasti Capitolini*, first published in 1557.³ The last of these drew him into methodological questions about the evaluation of contradictory testimony, and of the reliability of ancient material evidence: were contemporary sources, or inscribed sources, necessarily more reliable than later accounts? On the basis of the reconstruction of Roman chronology in the *Fasti*, he went on to publish his *Reipublicae Romanae commentariorum libri*, which posed issues of interpretation and ordering – how was the

3. Onofrio Paninio, *Fasti et triumphus Romanorum a Romulo rege usque ad Carolum V*, Venezia, 1557, revised with commentary as *Fastorum libri V a Romulo rege usque ad Imperatorem Caesarem Carolum V Austriam Augustum*, Venezia, 1558.

historian to explain an institution that seemed to change over time, as well as explaining how that institution worked? – as well as of evidence.⁴ Panvinio's solutions, involving the citation of reams of sources, some certainly arcane, were not wholly satisfactory, but the effort involved and the value of the compilation were obvious. It is apparent from his letters that his grasp of evidence was valued by Agustín, Sigonio, and others.

In the same years that he worked on the framework for Roman history, he also published a chronology of Roman popes and cardinals, and a chronology of secular rulers in Europe from Julius Caesar to the present (this included the account of the election of the Holy Roman Emperor that he was later to expand and send to Fugger).⁵ It is hardly surprising that as he worked on all these projects, Farnese would encourage him to distil what he found about the election of the popes. As Bauer demonstrates, Panvinio brought the same concern with evidence to the question of papal elections as he did to establishing who was in control of what in which years. And just as he tried to chart the emergence of the institutions of the Roman republic over time, so he identified many different forms of election over time for the popes, perhaps excessively so: using a range of medieval accounts, he distinguished seventeen different modes up to the twelfth century. He also showed that different actors were involved. He claimed that one thread of continuity in the process was that changes were only made to the system by the authority of the popes themselves. But his sources demonstrated that this did not preclude the early participation of the Roman people, or of the emperors, who involved themselves in the election from the Carolingian period on; Panvinio quoted Liutprand of Cremona, for example, to show that in 963 the Romans promised Emperor Otto that they would not elect a pope without imperial consent. Only when the election was limited to cardinals, after 1179, did he land “on a more peaceful shore” (p.119). Once the system was established, Panvinio focused on records of the elections themselves, taking the story down to his own time.

Many aspects of this narrative had the potential to concern Panvinio's colleagues. His early books stressed change, rather than continuity, in the ways that popes were chosen. His accounts of medieval disputes over investiture raised questions about the relationship of emperor and pope that had ramifications for the sixteenth-century popes' claim to territory in Italy. His commitment to uncovering relevant testimony meant that he used sources that would have made churchmen uncomfortable, such as Johannes Aventinus, whose criticisms of the papacy were to find him a place on the Index, and Francesco Guicciardini, who recorded the simony that led to Pope Alexander VI's election. Panvinio was aware of the problems. He did not send his treatise to a printer, and he prepared different versions for different readers, such as Fugger, including an epitome for Cardinal Carlo Borromeo when his uncle, Pope Pius IV, was planning electoral reform. As with his account of the Roman constitution, the virtue of Panvinio's work lay in its range and close attention to primary sources.

4. Onofrio Panvinio, *Reipublicae Romanae commentariorum libri tres*, Venezia, 1558.

5. Onofrio Panvinio, *Romani pontifices et cardinales Sanctae Romanae Ecclesiae*, Venezia, 1557; Id., *Romanorum principum et eorum quorum maxima in Italia imperia fuerunt libri IV*, Basel, 1558.

It “remains the only comprehensive source-based history of papal elections to have been written until today” (p.142). It made him a valued resource – on Pope Paul IV’s death in 1559, Farnese urged him to come to Rome to witness the conclave and offer advice – although not necessarily popular. Bauer compares Panvinio’s approach to papal history with that of a more emollient successor, Alfonso Chacón. Chacón realized the dangers of looking too closely at papal elections, and spent much more time discussing papal coronations instead.

Panvinio did publish a series of papal biographies, however, in two expanded editions of Platina’s *Vitae Pontificum* (1562 and 1568).⁶ Bauer shows clearly how potential biographers, who had access to a wide range of sources, had to be wary of political pressure from the deceased popes’ families and enemies, and of the Curia’s usual interest in suppressing evidence of imperfect behaviour. As a result, historians wrote lives of fewer renaissance popes than one might expect. Panvinio’s willingness to speak out – for example, he stated that Paul III, Cardinal Alessandro Farnese’s uncle, «excessively favoured his own relatives» (p.156) – seems brave. In the 1560s, Panvinio continued to gather material on St Peter, aiming to confirm that Christ appointed Peter as first pope, and also began working on a much more extensive history of the church, which he pitched to Philip II of Spain.⁷ Bauer focuses on the reception of these works. Panvinio understood his accounts would bolster the Catholic Church’s claims for papal primacy and for doctrinal constancy in the face of Protestant criticisms. In 1565, when he was working in the Vatican Library, he was appointed to a commission entrusting with refuting the *Magdeburg Centuries*, the Protestant history of Christianity. Pope Pius V’s decision to hold up the works’ publication, though, shows that Panvinio had not won himself an unblemished reputation. Panvinio had devoted much effort in the last years of his life to finding patrons and printers north of the Alps, a sign of his status in Rome. After Panvinio’s death, his brother Paolo and Cardinal Farnese attempted to have his works reviewed for publication. The censors admired his diligence, and his sober assessment of early popes in comparison with Platina, but they questioned him on details, such as his claim that it was Constantine, and not the bishops, who decided to convoke the Council of Nicaea, or his scepticism about the tradition that St Peter had been bishop of Antioch before Rome.

Paolo Panvinio did succeed in having his brother’s work on Peter published, but other manuscripts, most notably the work on papal elections and the church history, passed from ecclesiastical official to ecclesiastical official.⁸ In practice, as Bauer shows, Panvinio’s work had become less important to the Curia, and so less urgent for correction, because there was a new, more tractable historian in town. Cesare Baronio took on the task of producing an acceptable martyrology and ecclesiastical history, and he was much more committed than his predecessor to demonstrating the essentially unchanging nature of the Church. He

6. B. Platina, *Opus de vitis ac gestis summorum pontificum*, ed. with additions by Onofrio Panvinio, Köln, 1562; Id., *Historia de vitis pontificum Romanorum*, ed. with additions by Onofrio Panvinio, Köln, 1568.

7. Panvinio had dedicated a first version of the *De primatu Petri* to Cervini in 1553, which was not printed.

8. O. Panvinio, *De primatu Petri et Apostolicae Sedis potestate libri tres contra Centuriarum auctores*, Verona, 1589.

even recalled speaking to Panvinio in a dream, asking Panvinio to finish his church history, before being interrupted by a voice telling him to do it himself. In the 1586 *Martyrologium Romanum*, he dismissed Panvinio's attack on St Peter at Antioch as innovative (a bad thing) and false. Baronio was a less imaginative historian than Panvinio, but he did learn from the latter the importance of citation and documentation: his twelve-volume *Annales Ecclesiastici* drowns its readers in detail, while not allowing them to forget that central message of *semper eadem*. From a Catholic point of view, Baronio answered the *Magdeburg Centuries*. Bauer argues that its existence, and the fact that historical censorship was largely entrusted to theologians, dissuaded Catholics from large-scale ecclesiastical history of the sort that Panvinio envisaged. The great historical projects of the seventeenth century were the publication campaigns of the Maurists and Bollandists.

Behind his measured account of Panvinio's intellectual development, Bauer clearly admires his subject for his energy and commitment to research (Panvinio claimed to have visited over fifty archives, which even if it is an overstatement, demonstrates again his understanding of the importance of digging out primary sources). He points out that Panvinio did not necessarily massage the facts for his patrons. In the work on elections, for example, Panvinio argued that Ferdinand I's election as Holy Roman Emperor was not so much free as «practically forced»(p.140) by Charles V, Ferdinand's predecessor and brother. Bauer is indulgent of Panvinio's slips into the falsification of evidence and plagiarism. The inscription that Panvinio altered to connect the Honorius with the Savelli is almost certainly not the only example of invention on his part; Bauer links Panvinio with Pirro Ligorio and others, whose imaginative responses to the remains of the past were not condemned unambiguously by contemporaries. Plagiarism seems to have been viewed more seriously. Bauer shows how in his ecclesiastical works Panvinio tacitly lifted information from various sources, including both recently published liturgical texts and older sources such as Otto of Freising. Clearly today's attitudes to citation are very different to those in the sixteenth century, but even so Panvinio's approach was patchy. In one of his antiquarian works, he copied an account of the development of antiquarianism from Georg Fabricius. Fabricius responded by condemning Panvinio in the next edition of his work. Panvinio was writing quickly, for money, and sometimes that showed.

Bauer very ably demonstrates Panvinio's historical abilities and achievements. Panvinio's research for his chronological projects gave him a wide-ranging grasp of the connections between people and events. He was an astute interpreter of sources, and used his connections to gather material far and wide. The books he published, and completed in manuscript, are detailed and engage in depth with particular historical problems. Sometimes they seem to miss the wood for the trees, and slip into encyclopedism; his contemporary Sigonio, for example, was better able to illustrate central themes in the constitution of the Roman state. In ecclesiastical history, Panvinio's critical, thoughtful, but sympathetic approach to the story of Catholicism was not quite militant enough for some of his contemporaries and for the censors after his death. But from a more distant perspective, Panvinio's ability to balance the competing needs of his sources and his religious and political patrons is very impressive.

In the field of ecclesiastical history, future scholars will be able to use Bauer's work as a springboard to explore other angles. One, for example, is Panvinio's presentation of the Christian topography of Rome. Panvinio's most read work today is probably his posthumously-published account of the seven churches in Rome, because art historians consult it for information about individual structures, and he also wrote longer accounts of churches, including St Peter's.⁹ Another angle is Panvinio's understanding of the connections of early Christian and pagan procedure. In the last year of his life Panvinio wrote an account of Christian burial ritual; the book is based on literary sources, and compares Christian with pagan practice (Bauer follows other historians in suggesting this is primarily about the catacombs, though Panvinio betrays little first-hand knowledge of those in the book).¹⁰ And although Bauer provides some teasing analyses, it would be fascinating to know more about Panvinio's understanding of the relationship between ecclesiastical and secular authority outside the work on elections; in 1568 he also published a ecclesiastical chronicle «from the rule of the dictator Julius Caesar to Holy Roman Emperor Maximilian II».¹¹

Given the extent of Panvinio's oeuvre, however, and the way Panvinio's life illuminates questions of patronage, politics and printing in the period, Bauer could certainly not have planned to provide the last word. His book shows how Panvinio's life and times created his scholarship, and how we can use that scholarship in turn to understand the confessional historiography of the period. It is a vital study of historical culture around the Council of Trent and beyond.

9. Onofrio Panvinio, *De praecipuis urbis Romae sanctioribusque basilicis, quas septem ecclesias vulgo vocant, liber*, Roma, 1570.

10. Onofrio Panvinio, *De ritu sepeliendi mortuos apud veteres Christianos et eorundem coemeteriis liber*, Köln, 1568.

11. Onofrio Panvinio, *Chronicon ecclesiasticum a C. Iulii Caesaris dictatoris imperio usque ad Imperatorem Caesarem Maximilianum II*, Köln, 1568.

Prima della tragedia. Militari italiani a Cefalonia e a Corfú



FICHA BIBLIOGRÁFICA

PATRIZIA GABRIELLI, *Prima della tragedia. Militari italiani a Cefalonia e a Corfú*, Bologna, il Mulino, 2020, 173 páginas, ISBN, 9788815275578.

Laura Branciforte | **Universidad Carlos III de Madrid**

QUESTO LIBRO FORNISCE UN CONTRIBUTO NUOVO a una parte della storia spesso ancora trascurata: la guerra contro la Grecia e le occupazioni balcaniche, che soltanto recentemente, sono state oggetto di un rinnovato interesse storiografico. A Cefalonia e a Corfù i militari tedeschi trucidarono alcune migliaia di militari italiani che non si erano arresi, queste due isole ioniche divennero, dunque, i luoghi tristemente conosciuti di un ‘massacro indiscriminato’. Le vicende dell’isolamento e della strage nazista nei giorni tra l’8 e il 22 settembre del 1943 vengono ora rilette da Patrizia Gabrielli attraverso una rigorosa e partecipata ricostruzione basata su lettere inviate dai militari alle famiglie e viceversa, prima di quel tragico epilogo.

Il libro di Gabrielli esplora i sentimenti, il cordoglio, le memorie spezzate e, infine, le scelte e le incertezze vissute dai soldati e dagli ufficiali prima del momento di cedere le armi ai Tedeschi dopo l’armistizio. Nella ricerca sulle vicende riguardanti gli uomini che combat-

terono a Corfù e a Cefalonia la storica supera le interpretazioni e le visioni, spesso polarizzate, sull'azione dei soldati italiani, *né eroi né martiri*¹ e dei quali non tralascia di sottolineare la dignità e il senso dell'onore militare come parte dei sentimenti espressi dai sopravvissuti, spesso giudicati come traditori.

Il tema, malgrado sia già stato oggetto, di importanti ricerche nell'ambito della storiografia italiana (Giorgio Rochat, Gerhard Schreiber, Mario Montanari, Nicola Labanca e altri ancora) rappresenta una novità per la scelta delle fonti, l'epistolografia. L'Autrice, che si è cimentata in anteriori pubblicazioni (fra cui *Scenari di guerre, parole di donna. Diari e memorie nell'Italia della Seconda guerra mondiale*, 2007) con l'uso di fonti memorialistiche e diaristiche, sceglie ora le lettere, ovvero una fonte ancora più diretta e immediata, un documento grazie al quale, come lei stessa sottolinea, si rielabora il dialogo «tra la memoria individuale e quella collettiva» e si dà vita ad una «autobiografia collettiva» (p. 7). Le guerre, infatti, hanno reso questa pratica di scrittura molto più diffusa: queste fonti hanno in parte colmato il vuoto e la separazione dagli affetti; ricordo qui un caso a me caro, le missive scritte durante la prigionia in India alla moglie e ai figli da mio nonno². Questa ricerca mi è risultata quindi ancora più prossima tanto per i vincoli emotivi che mi legano a questo tipo di documento, quanto come studiosa che ne riconosce l'alto valore testimoniale.

Il carattere intimo della fonte non priva, ad ogni modo, di rigore al volume di Gabrielli in cui si constata la ricchezza e la varietà dei fondi e degli archivi consultati, tra cui spicca soprattutto l'Archivio dell'Istituto storico autonomo della Resistenza dei militari italiani all'estero (*Isaremi*) al quale l'Autrice dedica, direi quasi come un omaggio alla memoria e all'importanza e al legame con le sue fonti, le pagine di chiusura, le "Note d'Archivio". Le epistole sono, inoltre, sempre accompagnate da un'analisi e da approfondimenti che collocano queste fonti private, soggettive, nel contesto storico e politico preciso. La pressante realtà del fascismo accompagna il lettore in un crescendo che raggiunge il suo punto algido quando il ritmo inclinante delle lettere – consci, noi tutti, del finale dei fatti di Corfù e di Cefalonia – conduce a ciò che nel titolo annuncia il "dopo tragedia" e si attendeva con timore. La parte più struggente del libro inizia l'8 settembre, dopo i 45 giorni trascorsi dal 26 luglio dalla caduta del fascismo. Un 8 settembre la cui assenza di significato viene riassunta in modo lapidario dal soldato Pietro Visintini, che scrive alla famiglia: «l'armistizio invece di portare la pace ha portato la guerra. Si combatte contro i tedeschi...» (p.136). Il valore di questa lettera che, in poche linee, sintetizza il dramma della storia e delle conseguenze di decisioni e scelte sbagliate conferma, ancora una volta, il valore stesso dei libri di memorie, i quali ricostruiscono e fanno capire le vicende storiche a partire dai soggetti in carne e ossa. Un libro, quello di Gabrielli, che fino alla fine getta luce sulle sorti di questi uomini, donne e bambini che nel fronte di guerra e nel fronte interno soffrirono la guerra e le conseguenze di una battaglia che dal 15 al 22 settembre decimò gli italiani a Corfù e a Cefalonia.

1. C. Brezzi (a cura di), *Né eroi, né martiri. Soltanto soldati. La divisione Aquila a Cefalonia e Corfù, settembre 1943*, Bologna, 2014.

2. G. Branciforte, *Diario della prigionia in Italia e ricordi vari*, Roma, 2008.

A questo punto le lettere diminuiscono e, nelle poche che l'Autrice ha potuto offrire al lettore, prevalgono il silenzio e lo smarrimento; le terribili conseguenze della resistenza al disarmo a Corfù e a Cafalonia, la strage tedesca durata una settimana interminabile, la vittoria infine della Wehrmacht sulla Divisione Acqui, sono il tragico epilogo. Prende piede lo smarrimento e l'empatia del lettore con la sue fonte, della quale ha imparato i nomi e conosciuto le vite, reali, non fittizie, come quella di Erminio Bolpin, con il quale ha gioito e sofferto e, infine, vissuto il momento in cui una lettera di un familiare gli comunica che è diventato padre, notizia che genera tristezza per una paternità che non potrà sperimentare (p. 113).

Infine, non perché meno importante, vorrei sottolineare la sensibilità della scrittura di una storica di genere, che mette in evidenza la rilevanza dell'operato delle donne come «intermediare» tra l'ambito privato, cioè la ricezione delle lettere, e quello pubblico, di trasmissione delle notizie dal fronte bellico. L'arrivo di una lettera in tempi di guerra non resiste alla separazione degli scenari pubblico/privato. Seppur lontane dai fronti di guerra, le donne, le mogli, le madri, le sorelle, le bambine sono presenti in questo libro. Sarebbe miope non riconoscere, da lettrice delle pubblicazioni di Gabrielli, l'attenzione verso la ricostruzione della memoria dei bambini, come mostra il libro *La guerra è l'unico pensiero che ci domina tutti. Bambine, bambini, adolescenti nella Grande guerra*. Come sottolinea la stessa Autrice, i bambini e le bambine «sono oramai diventati uomini e donne, soggetti attivi, non solo vittime, le cui pagine sembrano ricomporre il trauma della perdita» (p. 23).

Come spesso accade quando si affrontano temi di ricerca nuovi la Autrice lascia inesplorato un aspetto al quale ad ogni modo allude, ammettendo la scarsezza delle fonti, ovvero l'incontro degli Italiani con la popolazione locale: una storia bella, fatta non soltanto del rifiuto, conosciuto e reale, dell'invasore italiano, ma anche, come ricorda la storica, del *maternage* (p. 153) e della solidarietà femminile che *prima della tragedia* riuscì a dare protezione e salvare la vita di giovani spesso ignari del loro vero nemico. Fare luce su un aspetto spesso trivializzato, quello dell'incontro tra gli Italiani e le donne che divennero le loro amiche, mamme, compagne ed anche amanti, potrebbe dunque essere, come auspichiamo, il tema di una futura ricerca di Patrizia Gabrielli.

Patrimonio arqueológico español en Roma



FICHA BIBLIOGRÁFICA

TRINIDAD TORTOSA (ED.), *Patrimonio arqueológico español en Roma. "Le Mostre Internazionali di Archeologia" de 1911 y 1937 como instrumentos de memoria histórica*, Editorial «L'Erma di Brestchneider», Roma 2019, 640 páginas ISBN 978-88-913-1851-0.

Jesús Salas Álvarez | **Universidad Complutense de Madrid**

ESTE VOLUMEN RECOGE LOS TRABAJOS REALIZADOS por diversos investigadores españoles e italianos sobre la participación española en la *Mostra Internazionale di Archeologia* de 1911 y la *Mostra Augustea della Romanità* de 1937, dentro del Proyecto I+D+i Regional *DIÁSPORA: Patrimonio arqueológico e identitario de Extremadura en el exilio* (IB16212) de la Junta de Extremadura. El resultado de ese proyecto es esta obra de conjunto, que ha sido publicada por la Editorial L'Erma di Brestcheneider, que lo ha integrado dentro de su colección *Bibliotheca Archaeologica* con el número 61 de los volúmenes publicados.

Como bien sostiene el Prof. Domenico Palombi, de la Università La Sapienza di Roma, la obra ofrece, tanto a los especialistas en la Arqueología de la Península Ibérica como a los neófitos en ella, una visión bien documentada del papel que jugó España en esos dos episodios tan significativos para la cultura italiana y europea, que contaban con un alto contenido ideológico

y político, pero que supo reunir las contribuciones de los principales especialistas europeos del momento en Roma y en la Arqueología de Roma en el Mundo Mediterráneo.

La publicación se inicia con una introducción de Trinidad Tortosa (pp. 19-29) en donde analiza la génesis del proyecto de estudio de las Exposiciones Internacionales celebradas en Roma y su relación con la Arqueología, que apenas ha tenido repercusión en la bibliografía. Para ello, fue necesario la identificación de los materiales llevados a ambas exposiciones (vaciados de piezas arqueológicas, fotografías y maquetas), y el análisis de la documentación generada: correspondencia, documentación de los museos españoles y los catálogos en su día publicado. Toda esa documentación fue recogida en una base de datos, que se acompaña en un pen-drive como anexo de la publicación.

A partir de aquí, la obra se divide en varias partes, cada una de ellas con varios apartados y, dentro de ellos, varios estudios.

La primera parte, se titula *La Mostra Internazionale di Archeologia*, 1911: origen, contextos, contenidos y protagonistas (pp. 33-379), está dividida, a su vez, en 6 apartados. En el primero de ellos se analiza el contexto institucional y científico del período desde una perspectiva española e italiana. Componen este apartado un estudio de G. Mora sobre el contexto español de la Mostra Archeologica de Roma (pp. 35-44), donde se analiza la situación de la arqueología española de inicios del XX, donde el movimiento regeneracionista estaba impregnado de aires de reforma la cultura y la política, que verá en la Arqueología un medio de recuperar las raíces de la nación. En ese sentido, analiza el papel desempeñado por las instituciones participantes (Junta para la Ampliación de Estudios y el Institut d'Estudis Catalans), así como por los protagonistas y artífices del proyecto (José Ramón Mélida, Manuel Gómez-Moreno, José Puig i Cadafalch y Josep Pijoan), todos ellos figuras relevantes en la renovación de la Arqueología española del momento.

A este trabajo, sigue otro de Albert Balcells (pp. 45-53), donde se analiza a la otra gran institución que participó en la exposición, el Institut d'Estudis Catalans, así como el papel jugado por el primer secretario de la institución, José Pijoan.

Este primer apartado lo cierre un trabajo de José María Lanzarote (pp. 55-70), donde estudia el papel desempeñado por las distintas exposiciones celebradas en 1911 y que venían a plasmar la modernidad y progreso de la joven nación italiana, que en ese año celebraba el 50 aniversario de su creación.

El segundo apartado de esta primera parte, titulado La Arqueología como difusión de la Idea de Nación: la aportación de Hispania a la Mostra di Archeologia, se inicia con un trabajo de Carlotta Caruso (pp. 71-90), donde analiza la elección en 1908 de las Termas de Diocleciano como lugar para la celebración del evento, así como las labores de adecuación del edificio para su uso expositivo. A continuación Irene Pietroletti (pp. 91-115) estudia la intrahistoria en el cambio jurídico sobre la propiedad del edificio de las Termas de Diocleciano, así como el papel desempeñado en esta cuestión por parte de Rodolfo Lanciani (1845-1929), uno de los principales arqueólogos clásicos italianos del momento, y que jugó un papel fundamental en el desarrollo de la exposición.

Un tercer apartado trata sobre los Lugares de procedencia o depósito de los objetos originales de la Mostra di Archeologia. Este apartado inicia con un trabajo de T. Tortosa y

X. Aquilué (pp. 117-168) sobre la participación del Institut d'Estudis Catalans en la Mostra, analizando la documentación conservada en la misma, y de la que se desprende el importante papel jugado en la organización de la exposición, donde participó con el envío de numerosas fotografías de yacimientos, de monumentos y objetos arqueológicos, la mayor parte de los cuales procedían de los yacimientos de Ampurias y Tarragona, cuyo papel fue también destacado como lo demuestran las fotografías conservadas.

A continuación, Margarita Moreno Conde y Ángeles Castellanos estudian el papel desarrollado por el Museo Arqueológico Nacional en la participación española en la Mostra (pp. 169-206), proporcionando piezas de las que se extrajeron los vaciados con los que España contribuyó a la exposición, destacando en este aspecto las figuras de Juan Catalina García y López, por aquel entonces director del Museo, y de José Ramón Mélida y Alinari.

A este trabajo sigue otro de Blanca Gamó Parras (pp. 207-222) en el que estudia la escultura ibérica albaceteña, a partir de dos figuras presente en la Mostra: la llamada Bicha de Balazote y la Gran Dama Oferente del Cerro de los Santos, una de las piezas arqueológicas más viajeras, puesto que ya había participado en la Exposición Universal de Viena de 1873. Se trataba de piezas sobre las que Rodolfo Lanciani había llamado su interés, pese a ser anteriores a la presencia de Roma en la Península Ibérica, pero que tienen que ver con el interés mostrado por los investigadores franceses (Heuzey, Engel y Paris), que reconocieron internacionalmente la importancia del mundo ibérico.

A la participación de Emerita Augusta, capital de la provincia romana de la Lusitania, en la Mostra se dedican las dos siguientes contribuciones. La primera de ellas, de José María Álvarez y Trinidad Nogales, sobre el papel jugado por José Ramón Mélida y Maximiliano Macías en los museos y en la arqueología emeritense (pp. 223-234). La segunda, realizada por Carlos Jesús Morán Sánchez, centrada en la presencia de Extremadura en la Mostra de 1911 (pp. 235-254), identificando claramente las 10 piezas extremeñas de las que se extrajeron los vaciados que se enviaron a Roma, así como diversas fotografías de monumentos extremeños presentes en la Sala de Hispania.

Cierra este apartado, un estudio de M. Camacho y de A. Navarro sobre los objetos que, procedentes del Museo Arqueológico de Sevilla, fueron expuestos en Roma (pp. 255-268), donde destacan por número la presencia de piezas italicenses.

Hay que recordar en este apartado que los materiales seleccionados de los museos, junto con otros no presentes en Roma, fueron publicados por Manuel Gómez Moreno y José Pijoán en *Materiales de Arqueología Española* (1912), que puede considerarse la primera monografía publicada en nuestro país sobre Arqueología Clásica.

El cuarto apartado de la primera parte del libro está dedicado al estudio de los soportes materiales de las piezas seleccionadas. En este caso, destaca en primer lugar el estudio de José Beltrán (pp. 269-289) sobre la identificación de los vaciados de yeso de las piezas del Sur de Hispania presentes en la Mostra, exponentes del arte romano provincial, así como de la importancia de los hallazgos de epigrafía jurídica ocurridos en los territorios de la antigua Provincia Bética (Urso, Salpensa, Malaca, Itálica, ...).

Este punto de vista es el seguido por Lucio Benedetti en su estudio de la epigrafía española en las exposiciones de 1911 y 1937 (pp. 291-303), con el que se cierra este apartado.

Según el autor, las copias de esta epigrafía jurídica permitieron a los investigadores que las observaron valorar y reflexionar acerca del impacto de Roma sobre las sociedades provinciales, y en el caso de la Península Ibérica, comprobar que España e Italia estaban unidas a través del derecho y de la lengua latina.

El quinto apartado de esta primera parte está dedicada a los protagonistas de la participación española en la Mostra de 1911: el historiador del arte José Pijoan y Soteras (pp. 305-343), el arquitecto Jose Puig i Cadafalch (pp. 345-363) y el arqueólogo José Ramón Mélida Alinari, director del Museo de Reproducciones Artísticas (pp. 365-378). Gracias a la labor conjunta de estos tres personajes, analizada a través de la correspondencia entre ellos y con otros intelectuales españoles e italianos, podemos valorar en su justa medida el papel llevado a cabo por estos tres intelectuales en la presencia española en la exposición, una de cuyas materializaciones fue la obra *Materiales de Arqueología Española* antes mencionados.

La primera parte, termina con un apartado elaborado por Joan Sendra Mestre sobre la participación española en *La Mostra Internazionale di Belle Arti* (pp. 379-423), que se celebró en Roma conjuntamente con la Mostra di Archeologia, y en la que la Real Academia la Española de Bellas Artes de Roma, por aquel entonces dirigida por José Nogué Massó, tuvo una participación activa.

La segunda parte del libro está dedicada a *La Mostra Augustea della Romanità* (1937) y su repercusión en España (pp. 425-467), planeada con el objetivo de crear un gran museo sobre el Imperio Romano, aprovechando la conmemoración del bimilenario del nacimiento del emperador Augusto.

Está estructurada esta parte en tres apartados o capítulos, el primero de los cuales es una introducción que trata sobre la aportación de Hispania a la Mostra (pp. 427-429), al que sigue un estudio de la inscripción CIL II 3432, de L. Aemilus Rectus (pp., 431-449), cuya copia en yeso viajó hasta Roma. Miguel Martín Camino analiza no sólo la tradición manuscrita de este epígrafe honorífico hallado en Cartagena (Murcia), pero hoy depositado en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, por la labor llevada a cabo por la Comisión Científica o Arqueológica desplazada hasta Cartagena en 1867.

A este trabajo sigue otro de Antonio Duplá sobre el contexto político y cultural español durante la Mostra de 1937 (pp. 451-467), destacando la participación de Fernando Valls Taberner, defensor de la figura de Augusto como reformador y pacificador en los *Quaderni Augustei* (1939). Igualmente, se analiza la repercusión de este evento en España, justo en un momento en el que el país está envuelto en un conflicto civil. Pese a ello, se desarrollan una serie de conferencias y aparecen una serie de publicaciones, que se extendieron entre 1937 y 1940.

La tercera parte del Libro (pp.469-573) está dedicada a la difusión de los resultados de la exposición, y se divide en dos grandes bloques, por una parte el uso de los vaciados para la difusión de la arqueología y del arte (pp. 471-524) y por otra parte la acogida que tuvieron ambas exposiciones en la prensa española e italiana de la época (pp. 525-573).

En el primero de estos dos bloques, destacan los trabajos de José María Luzón Nogué sobre el papel desempeñado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (pp. 471-478) en la creación de galerías de esculturas con los vaciados de obras artísticas de referencia, con el objeto de servir de modelos de inspiración a los futuros artistas. A esta contribución

sigue otra de Alberto Campano sobre la historia del Museo Nacional de Reproducciones Artísticas (pp. 479-504), institución que jugó un papel clave en la participación española en ambas exposiciones, puesto que fueron sus técnicos quienes se encargaron de sacar los vaciados de las piezas elegidas. Por último, Lucrezia Ungaro (pp. 505-524) realiza un estudio sobre la validez actual de las gipsotecas, de las colecciones de vaciados, como instrumento para el estudio de la escultura clásica, y el paso a las aplicaciones digitales.

El segundo de los bloques de esta tercera parte se centra en la difusión de las exposiciones a través de la prensa. Inicia este bloque un trabajo sobre la presencia de la Mostra de 1911 en la prensa española (pp. 525-539), donde Alba Comino y Raquel Liceras estudian la recepción de esa exposición en periódicos como ABC, Blanco y Negro, El Imparcial o La Vanguardia, por citar algunos ejemplos, que estaban interesados en mostrar una buena imagen de España en el exterior, y la exposición era un ocasión inmejorable para ello.

Este trabajo se complementa con otro de Trinidad Tortosa (pp. 541-573) donde estudia, a través de una serie de periódicos editados en Roma, el impacto de ambas exposiciones, y todo ello imbricándolo en el contexto político en el que se producen dichas noticias, que responden a dos momentos distintos de la política italiana, donde se exaltan distintos elementos del pasado histórico de la Península Italiana.

La cuarta parte del libro (pp. 575-591) está dedicada a las conclusiones de esta obra, donde se llama la atención el importante papel civilizador de Roma, y buscar en el pasado romano el elemento que permita la integración de las naciones europeas en la modernidad del Siglo XX. En el caso de la segunda, fue la figura de Augusto quien representa el papel de civilizador y de creador del Imperio Romano, justo en el momento en el que Italia está expandiéndose por Libia y Etiopía.

Como plasmación de los ideales romanos de civilización, los vaciados de las obras de las antiguas provincias romanas jugaron un papel fundamental, en tanto que reflejaban un pasado glorioso común a todos los países que circunvalan el Mediterráneo.

Pero también las conclusiones llaman la atención sobre las posibilidades que hoy en día aún pueden seguir desempeñando esos vaciados, en especial en la renovación museográfica del *Museo della Civiltà Romana*, donde actualmente se encuentran depositadas las piezas españolas participantes en 1911 y 1937.

La quinta parte del libro (pp. 593-625) contiene la relación de obras utilizadas por parte de los autores, así como una relación de abreviaturas utilizadas y un listado de archivos consultados por los investigadores. La bibliografía es exhaustiva, se encuentra totalmente actualizada y denota el esfuerzo realizado por los autores para la elaboración de esta monografía.

La sexta parte del libro (pp. 627-631) es una sucesión de diversas fotografías de documentos, objetos arqueológicos y personajes relacionados con ambas exposiciones.

La séptima parte del libro está dedicado al catálogo de objetos y documentos de prensa, que se aportan en un pen drive adjunto, de manera que ofrece al investigador interesado en estos temas una información primaria fundamental no sólo para conocer la génesis y elaboración de esta monografía, sino que permite elaborar nuevos trabajos a partir de esa información.

En conclusión, nos encontramos ante una monografía llamada a convertirse en una obra de referencia para cualquier estudioso sobre Historia y la Historiografía de la Arqueo-

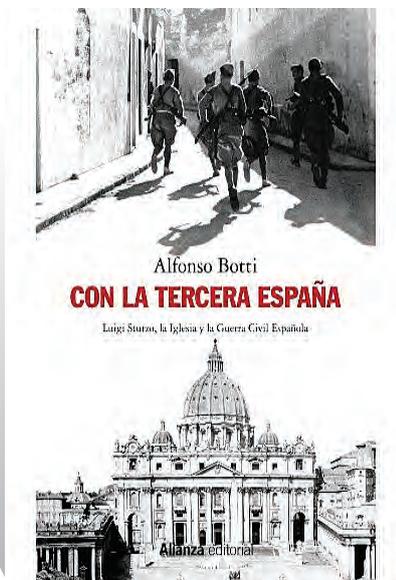
logía Española del S. XX. En primer lugar por la metodología empleada, y en segundo lugar por haber sabido aunar en el proyecto a investigadores españoles e italianos, cada uno con una formación propia y con un punto de vista distinto, que han sabido conjugar sus intereses en una obra común.

Pero además, el libro nos habla de las actividades arqueológicas llevadas a cabo por la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, y de la participación española en actividades arqueológicas en el extranjero, y donde los materiales que fueron aportados por España acabaron ayudando a una mayor comprensión de la historia de Roma y de su papel civilizador en Europa y en el Mediterráneo.

Con la tercera España. Luigi Sturzo, la Iglesia y la Guerra Civil Española

FICHA BIBLIOGRÁFICA

ALFONSO BOTTI, *Con la tercera España. Luigi Sturzo, la Iglesia y la Guerra Civil Española*. Madrid, Alianza Editorial, 2020, 306 páginas, ISBN 978-84-9181-856-4



Pere Fullana Puigserver | **Universitat de les Illes Balears**

EL PROFESOR ALFONSO BOTTI SE HA CONSOLIDADO durante los últimos treinta años como uno de los hispanistas italianos de referencia, y en su entorno se ha generado una historiografía de impacto, especialmente en el ámbito de la historia contemporánea. Destaca como dinamizador de proyectos de investigación y como impulsor y director de publicaciones, entre ellas *Spagna Contemporanea* o *Modernism*. En esta obra, Botti se confirma como uno de los grandes referentes de la historiografía religiosa contemporánea en España, con trabajos sobre el modernismo, el nacionalcatolicismo, la iglesia durante la II República o el compromiso católico durante la Guerra Civil. El texto titulado *Con la Tercera España* puede definirse como «el libro después del libro», en la medida que su contenido es el resultado del análisis y del estudio de la publicación de 2012 de *Luigi Sturzo e gli amici spagnoli*, a cargo del propio Botti.

La publicación que presentamos encaja en el marco de la tercera España (Paul Preston) y la tercera Cataluña (Arnau González), a la luz de la obra de Miquel Batllori y Victor Manuel Arbeloa, Alfonso Álvarez Bolado e Hilari Ragner, y llega a su plenitud en el contexto de la Asociación Española de Historia Religiosa Contemporánea, promovida por Feliciano Montero, ahora liderada por Julio de la Cueva.

Cuanto al contenido, la obra se divide en cinco capítulos y unas conclusiones. En el primero trata la crisis del sistema de la Restauración en España (1919-1930), con el eco de las políticas demócrata cristianas en España, a la luz de las aportaciones de Luigi Sturzo y la fundación del Partito Popolare Italiano (PPI) en 1919; el segundo se centra en la Segunda República (1931-1936), siempre a partir de la lectura y la perspectiva que ofrece el diálogo que Sturzo sostiene con sus amigos españoles, y el debate que suscita su experiencia como opositor al fascismo y la inexistencia de una posición democrática en el tablero del catolicismo occidental. Entre 1919 y 1936 en el seno de los catolicismos europeos crece un pequeño colectivo de intelectuales y activistas comprometidos con la democracia. Una minoría frágil y sospechosa como representante de la denominada herejía democrática, heredera del primer catolicismo liberal.

El tema central del libro se desarrolla en los tres últimos capítulos, todos ellos dedicados íntegramente a la Guerra Civil. El tercero nos sitúa en el escenario de los primeros meses de la contienda, un tiempo marcado por la violencia anticlerical, los asesinatos y la represión despiadada en los territorios dominados por el ejército golpista. Lo acontecido durante estos meses va a generar relatos diversos, pero en líneas generales reforzó la institución eclesial española contra la República. Con el vacío dejado por la Nunciatura Apostólica, el control de la jerarquía quedó en manos de Isidro Gomá, arzobispo de Toledo desde 1933. En el escenario la Iglesia española aparece como una institución víctima y mártir, y como cómplice y legitimadora del golpe de estado. Rápidamente Sturzo entiende que la Iglesia debía desmarcarse de los sublevados y comprometerse con la paz. En el primer invierno de 1936-1937, Sturzo toma partido a favor de la paz, y persuade a intelectuales con ascendencia social y política, para abrir mesas de diálogo. En paralelo se produce la internacionalización del conflicto y la internacionalización de la concordia, el impacto de los primeros meses no dejaba indiferente a nadie, aunque las heridas en uno y otro bando eran difíciles de curar y los puentes inexistentes.

Siguiendo el hilo, en el cuarto capítulo, el autor nos cita en el segundo año de guerra, el 1937. Un tiempo simbólico y decisivo, con dos frentes, la trincheras y la propaganda, también para la Iglesia española, con Gomá al frente, apoyado por la Santa Sede. 1937 fue el año de la publicación de la Carta Colectiva del Episcopado español, pero también de la convocatoria de los principales Comités internacionales de Paz. Con este telón de fondo, Botti nos adentra en la alternativa que se genera en el entorno de Luigi Sturzo, los debates y las propuestas que generan intelectuales, políticos y eclesiales para conseguir que la tragedia no se concentre sobre una parte de los contendientes. El culto público, a pesar de los intentos de Negrín, Irujo, Rial o Vidal i Barraquer no obtuvo el apoyo de la Santa Sede, ante las presiones de la iglesia nacionalista española que, a medida que avanzaba el año, iba ganando posiciones en la agenda de guerra. Desde la perspectiva de Sturzo y sus amigos, la opinión pública interna-

cional, proveniente de un catolicismo democrático, abierto y conciliador en Europa, quedaría tocada a mediados del mismo 1937.

Finalmente, el autor dedica el quinto capítulo al último año de guerra, 1938-1939, caracterizado por el acoso final, el camino a la victoria, con vencidos, pero sin vencedores morales, sin gloria, sin consenso, sin prestigio, sin aquellos valores que decían defender. La Iglesia, en conjunto, vive el momento de mayor distanciamiento del liberalismo democrático y sostiene argumentos de perfil netamente autoritarios, con el apoyo de la Santa Sede y la legitimidad de Pío XI, un papa autoritario, bien visto en España, cercano a Alfonso XIII, a la dictadura de Primo de Rivera y a los obispos. Una jerarquía que reproducía los valores hispánicos de corte tradicional, representante de un catolicismo integrista y antiliberal. Incluso Pío XII acabará apostando por los vencedores. Al final, Gomá será el perdedor entre 1939-40. Morirá desquiciado, traicionado y defraudado.

El libro plantea cuestiones de calado, siempre a partir de la riquísima red de relaciones que ha venido tejiendo Sturzo en España. Esencialmente, el libro subraya el prestigio y la credibilidad que tiene el fundador el PPI para un colectivo de católicos españoles muy diverso, que lucha a contracorriente, un catolicismo democrático, libre, pero frágil y sin eco suficiente en una sociedad católica sin clase media. En general se trata de individuos que han evolucionado en el seno de una burguesía democrática, abierta, formada, vinculada al mundo de lo público, independiente de obispos y colectivos políticos y clanes económicos. Luigi Sturzo nos descubre las fragilidades del catolicismo liberal hispano. Un catolicismo con una larga tradición al que el integrismo siempre trató de menospreciar y de descalificar. Un catolicismo que el propio sistema de la Restauración, dominado por caciques, notables, militares y clérigos, había sacrificado al considerar que su presencia crítica podía hacer fracasar sus intereses y proyectos.

Este constante menosprecio impidió apoyos y dividió al catolicismo más modernizador y abierto, poniendo en evidencia la debilidad del catolicismo social y sus prácticas políticas. De una forma contundente, el autor destaca la fragilidad de la sociedad civil católica española y la escasa autonomía de las redes y los agentes católicos al final de la Restauración, la dictadura y en especial durante la Segunda República.

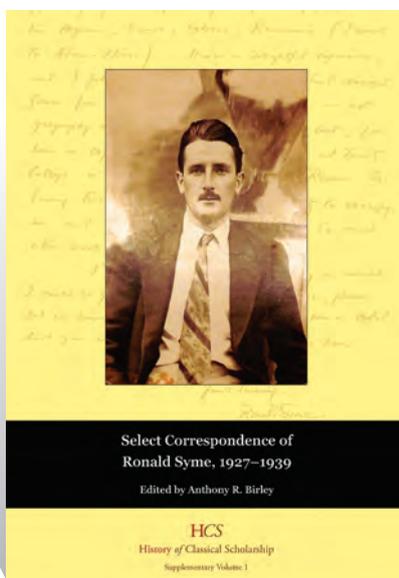
En el libro queda muy bien diseñado el mapa de los comités internacionales destinados a conseguir la paz, la reconciliación y la fraternidad entre españoles, pone de manifiesto que los contemporáneos tenían plena conciencia de la internacionalización del conflicto español y del ensayo que se estaba produciendo en el territorio, como preámbulo de lo que estaba a punto de llegar. A su vez, nos presenta el encuentro entre los católicos democráticos europeos, el compromiso de las principales publicaciones católicas no integristas, con el conflicto como telón de fondo.

El autor se aleja de la idea de que la Tercera España proviene de la periferia del Estado, propiciada por los partidos nacionalistas de perfil social cristiano. Ciertamente Sturzo publica en Cataluña, pero sin identificarse exclusivamente con el paradigma catalanista. Sus interlocutores no están asociados a una causa territorial, sino a un compromiso político de calado democrático, una propuesta que Sturzo presenta de una forma moderna, democrática y derivada de una interpretación teológica dinámica y abierta. Desde el espíritu crítico

y autocrítico que sostiene el fundador del PPI, Botti se muestra especialmente crítico con la Iglesia. Presenta una institución desquiciada, una iglesia –en minúscula- cómplice de los «carniceros franquistas» (en palabras del propio Botti). En aquella España de entreguerras, y en plena Guerra Civil, para los católicos pactar, negociar y transigir era de cobardes. Dicha actitud, sin embargo, contrasta con quienes se mueven en la alta diplomacia internacional y trabajan en la órbita de la internacionalización del conflicto, singularmente para quienes luchan sin descanso para ofrecer una solución negociada y un espacio de reconciliación. El profesor Botti nos presenta la historia vista desde la mirada y el compromiso de Sturzo, un cristiano y un político influyente, aglutinador, que vive en propia carne la ambigüedad humana e histórica. No cabe duda, que Sturzo se siente libre en España, aunque era censurado, cuestionado, mal interpretado, incluso en algunos casos por sus más allegados.

En el contexto de la Guerra Civil, el autor nos invita a visitar los escenarios de la paz, nos presenta a los luchadores alternativos, nos muestra individuos y colectivos que experimentaron la frustración y se considerarán perdedores en el balance general de 1939. En conjunto la obra implementa la constelación de intelectuales, pacifistas cristianos comprometidos con una alternativa que pueda servir de referencia para solucionar el estado en que se halla occidente durante el primer tercio del siglo XX. En torno a la figura de Sturzo, Maritain y tantos cristianos modernos y democráticos, existió un cristianismo que no se cansó de buscar la concordia y creyó en la paz. A la sombra de Sturzo se formó un grupo de acción, que muy posiblemente podría hacerse extensivo a otros colectivos de talante integrador que en sus ámbitos lucharon dentro y fuera del territorio para llegar a una solución negociada. En 1939 no fue posible. Al catolicismo español le faltaba base democrática y a su jerarquía mucho más. Los catolicismos institucionales, dóciles a la Santa Sede, recelosos de la izquierda europea, tampoco apoyaron como era de esperar a quienes intentaban liberar a la Iglesia de componentes monárquicos, conservadores y de valores morales que la secularización y la modernidad habían cuestionado profundamente. En términos generales, el libro muestra el impacto y los valores de quienes querían «ganar la paz», pero para ello tendrían que esperar a 1945, con el nacimiento de un nuevo horizonte europeo.

Select Correspondence of Ronald Syme, 1927-1939



BIRLEY, A. R. (ed.), *Select Correspondence of Ronald Syme, 1927-1939* [*History of Classical Scholarship*, Supplementary Volume 1], Newcastle Upon Tyne-Venezia, 2020, 211 págs. ISBN: 9781838001803.

Mikel Gago | **Universidad del País Vasco (UPV/EHU)**

TRAS LA INSATISFACCIÓN DE RONALD SYME debido al retraso de Ernst Badian editando los volúmenes I-II de los *Roman Papers*, Anthony R. Birley, destacado historiador de la Antigua Roma y discípulo de Syme, se hizo cargo de continuar la labor de Badian en el resto de los volúmenes (III-VII), que, merced a su pericia en la labor de edición, aparecieron con mayor celeridad que los dos primeros tomos. Pero tras la publicación de los dos últimos volúmenes de los *Roman Papers* en 1991, la desinteresada y entregada labor editorial de B[irley] no acabó. En esa misma década aparecían *Anatolica. Studies in Strabo* (Oxford, 1995) y *The Provincial at Rome and Rome and the Balkans 80 BC-AD 14* (Exeter, 1999).

Sin embargo, lo que en esta ocasión B. ha editado esmeradamente no es ninguna nueva monografía inédita u otra selección de artículos de Syme, sino, fundamentalmente, un conjunto de cartas fechadas entre 1927 y 1939. Realmente el proceso de publicación se inició, a

través de diferentes trabajos, en los años noventa y se ha extendido hasta el día de hoy, aunque de manera muy irregular y fragmentaria. Habría que tener presente que buena parte de las cartas que B. presenta en esta publicación, 40 concretamente, ya fueron publicadas por Gustavo A. Vivas en su reciente monografía¹. Fue precisamente B. quien, de forma desinteresada, puso a disposición de Vivas la transcripción de un conjunto de cartas entre las cuales se encontraban las que este publicó.

Ahora B. ha dado cima finalmente a todo este proyecto epistolar comenzado hace veinticinco años. El volumen monográfico comienza con una suerte de «*Preface*», donde los editores de *History of Classical Scholarship* justifican el lanzamiento de los *Supplementary Volumes*; seguidamente –y, a partir de aquí, ya bajo la autoría de B.–, disponemos de una «*Introduction*» (pp. 1-22) y de los agradecimientos (pp. 23-25); a estos les subsigue una fe de erratas de trabajos anteriores, tanto de B. como de otros autores que han escrito sobre Syme (pp. 27-28); la lista de las abreviaturas utilizadas (p. 29); las páginas 31-32 contienen una «*Select Bibliography*»; después, la correspondencia propiamente dicha entre Syme y otros estudiosos dividida en dos capítulos: «*The Letters*» (pp. 33-169) y «*Postscripts*» (pp. 171-178); el primero de los apéndices recoge una entrevista concedida por Syme a un periódico local en Chapel Hill (NC) (pp. 179-184); una breve misiva de Marjorie Simpson a Syme que, en palabras de B., «*sheds a little more light on the end of Syme's service in Yugoslavia [sic]*» («*Endpiece*», pp. 185-186); el segundo apéndice es un conjunto de *handouts* de Syme para dictar conferencias: «*Appendix II: Syme's Notes for Retrospective Talks*» (en adelante *RT*) (pp. 187-202); finalmente en las dos últimas secciones del monográfico hallamos, respectivamente, una lista de las personas nombradas en el segundo apéndice, con un sumario recorrido biográfico para cada una de ellas («*List of Individuals Named in Appendix II*», pp. 203-208), así como una relación de las cartas incluidas en la obra («*List of Letters Included*», pp. 209-211).

La introducción de B. resulta significativamente interesante. En buena medida, se trata de una sumaria biografía de Syme a lo largo de la cronología de las cartas y en función de estas aunque en menor medida también en función de las *RT*, y en la que B. también comenta ciertos aspectos de la visión histórica de Syme con motivo de otras publicaciones, sobre todo recientes, acerca del historiador neozelandés. En la p. 7 B. presenta sumariamente el segundo de los apéndices, esto es, las *RT*, lo que le sirve para introducir dicha serie de comentarios sobre ciertos aspectos de la visión histórica de Syme en alusión a otras publicaciones, en este caso recientes (pp. 7-10). En primer lugar B. propugna, en contra de William V. Harris y Javier Arce, que los acontecimientos contemporáneos sí influyeron en Syme a la hora de escoger el ascenso de Octavio como tema de *The Roman Revolution* (Oxford, 1939) (en adelante *RR*). Para ello esgrime, precisamente, algunas de las notas que Syme tomó en sus *RT*, que, además –remacha B.–, ya habían sido citadas parcialmente por Mark Toher en 2009. Pero B. no menciona el excelente y, en general, injustamente poco citado «*Foreword*» a la reimpresión

1. G. A. Vivas, *Ronald Syme. El camino hasta "La Revolución Romana" (1928-1939)*, Barcelona, 2016, 197-248.

del *Sallust* que data de 2002, obra de Ronald Mellor, y que ya se hacía eco de este aspecto². Más controvertida puede que llegue a resultar la postura que, en segundo lugar, B. adopta sobre el peso de la arqueología en la obra de Syme (pp. 8-10). A tal fin –y de nuevo en contra de Harris y otros–, B. esgrime una serie de argumentos muy atractivos: por ejemplo, la plena consciencia y atracción de Syme por los trabajos de Andreas Alföldi contemporáneos a *RR*, y una justificación de Hartmut Galsterer respecto a los cabos sueltos de *RR* consistente en que Syme, sencillamente, no deseó escribir una monografía completa sobre Augusto. A nuestro juicio, resulta equivocado sostener que Syme ignorase *completamente* la arqueología, aunque, ciertamente, su empleo de esta disciplina fue excepcional, algo que, por tanto, no cuestiona su tendencia general, su cosmovisión historiográfica, de prescindir de este tipo de documentación; no hace falta más que evocar, por ejemplo, el absoluto desinterés de Syme hacia las ruinas de *Iuliobriga* cuando visitó el yacimiento con Arce; o rescatar su categórica respuesta a este mismo historiador cuando, en el primer Congreso Internacional sobre la Historiografía celebrado en Madrid en 1988, le preguntó si creía posible escribir historia antigua sin considerar la arqueología: «*Of course!*»³. En el resto de la introducción (pp. 11-21), B. continúa el mencionado esquema de recorrido biográfico de Syme, llevando a cabo interesantes comentarios de corte historiográfico a propósito tanto de las cartas como de las *RT*; casi al final (pp. 20-21), existe una breve explicación sobre otras cartas contemporáneas no incluidas en esta edición; y finalmente, B. realiza un breve juicio historiográfico acerca de las circunstancias coyunturales de la publicación de *RR*, a saber: defiende que de haberse publicado esta monografía «*in normal circumstances*», su recepción habría sido más positiva, pero, como no fue así, la crítica perspectiva de la única reseña temprana y extensa (B. se refiere a la escrita por Arnaldo Momigliano en 1940) ha tendido a dominar, desde entonces, la historia de la recepción de la obra (pp. 21-22). Aunque esta reflexión de B. resulta sugerente y es cierto que la época de publicación de *RR* no fue la más propicia a fin de que la obra tuviera el mayor eco posible, quizá habría que plantearse –sin ánimo de pecar de determinismo– si no resulta algo estéril aventurar este tipo de ucronías.

La sección correspondiente a «*Some Corrections*» subsana una serie de errores cometidos por Martin Edmond, Glen W. Bowersock y el propio B., algunos de los cuales, de hecho, ya corregidos por los propios Bowersock y B., e incluso ya reconocidos recientemente en otros lugares⁴.

El prolijo apartado dedicado a las cartas propiamente dichas resulta, tal y como prometía, muy interesante. Hallamos en él desde discusiones de naturaleza puramente académica, hasta informaciones de corte mucho más personal. Resulta llamativo, por ejemplo, descubrir la muy cordial relación de la que gozaban Hugh M. Last y Syme durante esta época, y cómo

2. R. Mellor, “Sir Ronald Syme: Life and Scholarship (1903-1989)”, en R. Syme, *Sallust*, Berkeley-London, 2002, vii-xlix.

3. *ap.* J. Arce, “Sir Ronald Syme y la arqueología”, en A. Duplá y M. Romero (Dirs.), “Augusto. Balance historiográfico” [*Revista de Historiografía*, 27], Madrid, 2017, 189-190.

4. *v. gr.* A. R. Birley, “A Letter from Momigliano to Syme, May 1967”, *Politica Antica*, 6, 2016, 157, n. 28.

aquel intentó ayudar a este en sus primeros pasos investigadores (cartas 13.1.28, 17.11.28, 27.11.28 y 9.2.29). Aunque es célebre que con los años la relación entre ambos *scholars* empeoró importantemente, quizá sea ahora de justicia reconocer la labor de valedor que, junto a las ya conocidas de Marcus N. Tod y de John G. C. Anderson, Hugh M. Last parece haber ejercido en favor de Syme durante estos primeros años. Otro aspecto particularmente interesante que revela la correspondencia de Syme, es la difícil situación de algunos de sus colegas del continente europeo a causa de sus orígenes judíos, fundamentalmente Friedrich Münzer (cartas 12.12.38 y 15.7.39), Arthur Stein y Edmund Groag (cartas 29.10.38, 27.1.39, 20.2.39, 5.3.39 y 19.3.39), o por la creciente influencia de los filonazis, como el caso de Andreas Alföldi (carta 23.4.38) –si bien este también era parcialmente judío–. Como hemos señalado recientemente en otro lugar⁵, la tesis de Luciano Canfora sobre la supuesta ambigüedad ideológica de Syme en *RR*⁶ resulta difícilmente compatible con su conocimiento de primera mano de las dificultades de estos colegas –hacia los que, además, profesaba gran admiración académica⁷– y con su manifiesta voluntad de auxiliarlos.

Teniendo en cuenta la reservada naturaleza de Syme y su frugalidad a la hora de dar a conocer detalles biográficos o presupuestos historiográficos, el «*Appendix I: Syme interviewed in Chapel Hill, North Carolina, October 1962*» resulta una auténtica joya. En rigor, ya habíamos conocido algo a Syme en clave periodística en el capítulo que Norman F. Cantor consagró al historiador neozelandés en 1971⁸. En rigor también, conocíamos un breve fragmento de esta entrevista reproducido en la obra de Vivas⁹. La entrevisté, creemos, resultará de enorme utilidad para cualquier escrito biográfico sobre Syme que se elabore de aquí en adelante, máxime a fin de ilustrar sus vivencias durante la guerra.

Las *RT*, divididas en 4 *handouts* (pp. 188-192, 193-195, 196-198 y 199-202), ofrecen información sobre Syme muy sugestiva tanto de corte biográfico (*RT* III) como académico. Como comentario general nos ha llamado la atención que, en contra de la clásica imagen de un Syme en absoluto interesado por la historia del pensamiento, la historiografía, las influencias o incluso las críticas recibidas, estas notas parecen revelar –hasta cierto punto– un Syme algo más sensible a estas cuestiones, así como inclinado a ordenar ciertas fases de su biografía académica (*RT* IV). Existen infinidad de elementos destacables, pero, por cuestión de espacio, vamos a limitarnos a comentar unos pocos. Un aspecto que salpica buena parte de las *RT* es el de que los acontecimientos contemporáneos a la escritura de *RR* (1936-1938) sí influyeron en Syme (*v. gr.* *RT* I.2). Concretamente, Syme incide en la viva y ardorosa exaltación nacionalista promovida por los regímenes fascista y nacionalsocialista de Italia y Alemania, respectivamente (*RT* I.3; II.1; IV.2-3) –habría que subrayar el hecho de que buena parte de

5. M. Gago, “Reseña de: G. A. Vivas, *Ronald Syme. El camino hasta “La Revolución Romana” (1928-1939)*, Barcelona, 2016”, *Veleia*, 36, 2019, 250-254.

6. L. Canfora, *Ideologie del classicismo*, Torino, 1980, 231-235.

7. R. Syme, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939, viii.

8. N. F. Cantor, *Perspectives on the European Past. Conversations with Historians*, Part I, New York, 1971, 103-120.

9. Vivas, *El camino...*, *op. cit.*, 31, n. 21.

estas palabras fueron escritas (y se entiende que, directa o indirectamente, pronunciadas en público) en 1964 y en 1979, esto es, años antes de la tesis de Canfora (1980) mencionada—. Sin embargo, en uno de estos apuntes, agrega: «*Yes, but one can be more precise, because of 1936. Strong negative reasons*» (RT I.2). En este sentido, Syme esgrime la publicación de la constitución soviética (1936) y, de alguna manera, plasma el desconcierto que le produjo la crédula aceptación de este documento por parte de ciertos intelectuales británicos (RT I.2-3; II.1; IV.3). Como acertadamente recuerda B., este aspecto ya fue señalado por Millar en 1981, aunque no fue hasta 2009 cuando Toher se hiciese eco de él citando el propio archivo de Syme; aquí, de nuevo, habría que mencionar el texto de Mellor de 2002, que, a pesar de no citar literalmente estos elementos, sí menciona «*a conference in Seattle in 1979 honoring the fortieth anniversary of The Roman Revolution*», y confirma que Syme se refirió en ella al impacto que le produjo tanto su vista en 1937 a la *Mostra Augustea* como la promulgación de la engañosa constitución soviética¹⁰. Pero hay más con respecto a 1936, pues existen dos alusiones explícitas a la guerra civil española (RT II.1 y IV.2), y la primera de ellas, concretamente, se expresa en los siguientes términos: «*Civil War in Spain [...] Partisan spirit [...] <Hence sympathy for M. Antonius>*». Por ello quizá pueda ahora establecerse, en función de estos apuntes, alguna conexión entre la inspiración concreta que este conflicto bélico parece haber sido para Syme y su punto de vista republicano y antoniano¹¹. Syme expone razones de otra naturaleza para explicar el enfoque de RR, y lo hace nombrando a lo largo de las RT a las principales autoridades académicas que habían coadyuvado a esa historiografía favorable a Augusto (RT II.1). Es más: da la impresión de que Syme desliza, en contra de la historiografía británica, una suerte de acusación de corresponsabilidad con respecto a esta línea de la historiografía germana favorable al *princeps* (RT I.3 y II.1). Así pues, estas notas refuerzan nuestra visión de un Syme que, asistiendo a la escalada progresiva de los totalitarismos europeos a lo largo de la década de los treinta y discrepando de los apologetos exabruptos académicos sobre Augusto, llegado 1936 no pudo resistirse a dejar a un lado *The Provincial at Rome* y responder con un sutil e iconoclasta mentís: RR. Las RT, por último, plantean otra serie de cuestiones relacionadas con las fuentes de inspiración y documentación de Syme. El historiador neozelandés apunta en un lugar que «*Groag & Stein rather than Gelzer & Münzer*» (RT I.3), de lo que B. concluye que Syme estaba contradiciendo el hecho de haber estado en deuda con Matthias Gelzer y con Friedrich Münzer (p. 13). Sin embargo, creemos que Syme se está refiriendo concretamente a «*between 1933 & 1935*», escrito justamente a la izquierda, cuando sus investigaciones aún versaban mayoritariamente sobre el Alto Imperio, así como, especialmente, sobre la *Limesforschung* y la historia del ejército, materias para las cuales se servía fundamentalmente de las columnas de Groag en la *Pauly-Wissowa* y la *Prosopographia Imperii Romani*, y cuando, además, ya se carteaba tanto con Groag como con Stein; con Münzer y Gelzer, en cambio, no empezaría a intercambiar misivas hasta 1937 y 1938 respectivamente, algunos años después de producirse en sus intereses investigadores ese «giro» que Vivas ha

10. Mellor, “Sir Ronald Syme...”, *op. cit.*, xi-xii.

11. Syme, *The Roman...*, *op. cit.*, 6-7

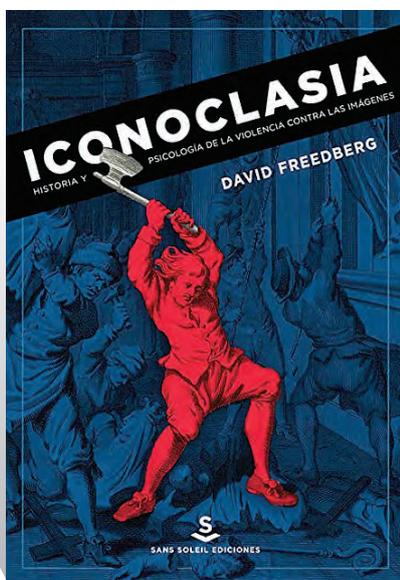
iluminado en su monografía. También aletea en las *RT* la sempiterna polémica de si Lewis Namier influyó o no en Syme. En dos lugares (*RT* I.3 y IV.3), el historiador oxoniense alude a esta hipótesis que planteó Momigliano por primera vez en 1961, y poco después, en ambas alusiones, menciona a Claude H. de Saint Simon (1760-1825); en la primera de ellas, concretamente, «*No time S. Simon*», de lo que B. conjetura que «*perhaps he said that he read Saint Simon rather than Namier in the 1930s*» (p. 191, n. 9); más adelante, al bosquejar la biografía académica de Namier, B. llega incluso a negar toda influencia de este sobre Syme (p. 207¹²). En cualquier caso, y no obstante la insistencia de Syme asegurando hasta el final de sus días que no había leído a Namier antes de escribir *RR*, la argumentación de Momigliano, según Bowersock, resulta bastante compatible con la naturaleza de «*l'ultimo Syme*», quien decía no estar académicamente en deuda con nadie: en los años ochenta, el historiador oxoniense llegó *incluso* a renegar de *toda influencia* por parte de Münzer¹³.

En resumen, nos hallamos ante la última demostración de la ya más que probada capacidad editorial del Prof. A. R. Birley. La sugerente introducción, mediante la acertada estructura de emplear tanto las cartas como las *Retrospective Talks* cual hilo conductor, ilumina no pocos aspectos de la biografía personal y de la trayectoria académica de Syme, y abre –o reabre–, quizá, el debate en alguno de ellos; la sección epistolar, con sus aclaratorias y juiciosas notas a pie de página, permite comprender mejor los vínculos, tanto personales como científicos, entre Syme y sus colegas en una época agitada y compleja; y finalmente, las jugosas *Retrospective Talks* nos revelan, por un lado, un inusual Syme preocupado por su entorno intelectual, la historiografía y «el estado de la cuestión», y por otro lado, nos confirman –o nos despejan toda duda restante sobre– el porqué de la elección del tema de *The Roman Revolution*.

12. *vid.* Vivas, *El camino...*, *op. cit.*, 39

13. G. W. Bowersock, “Momigliano e i suoi critici”, *Studi Storici*, 53, 16, 2012, n. 37.

Iconoclasia. Historia y psicología de la violencia contra las imágenes



DAVID FREEDBERG. *Iconoclasia. Historia y psicología de la violencia contra las imágenes*, Marina Gutiérrez de Angelis (trad.) Vitoria-Gasteiz-Buenos Aires: Sans Soleil, 2017, ISBN: 978-84-947354-3-1, 272 pp.

Elena Muñoz Gómez | **Universidad de Salamanca**

EN 2017 SANS SOLEIL PUBLICÓ SU HOMENAJE A DAVID FREEDBERG, una “autorevisión” compuesta de ensayos inéditos en castellano, donde el historiador aborda el fenómeno de la iconoclasia en el cruce de historia del arte, psicología, sociología, política, antropología y neurociencia. Aunque la imagen -en palabras del profesor sudafricano- incita al impulso “amoroso” de protegerla como “proyección en las representaciones del mundo”, el movimiento puede invertirse. Tal como se plantea, la destrucción de imágenes se basa, como el arte, en la relación de los cuerpos representados y los cuerpos espectadores. Por tanto la iconoclasia es objeto de estudio de la historia del arte materialista. Pero el investigador ilustra con su biografía la dificultad de enfrentarse a la destrucción como tema contrario al ‘espíritu’ que aboga por la conservación de las imágenes artísticas.

El *Prefacio* introduce al libro con una revisión historiográfica de tono autobiográfico. Cuando Freedberg empezó su investigación en los años 60, el fenómeno había sido atendido desde una perspectiva política centrada en la encarnación, entendido el dogma como manifestación del deseo de ver las imágenes como sustitutas del mundo. Se valoran los estudios de iconoclasia bizantina, judía, islámica, grecorromana, del puritanismo británico o la Reforma, que sentaron las bases para la publicación de *El poder de las imágenes* en 1989, descrito como resultado de un análisis de las “respuestas emocionales y viscerales a las imágenes y al arte”, y de una “evaluación crítica de los episodios históricos y contemporáneos de la iconoclasia y sus motivaciones”. El siguiente hito se marca en la Caída del Muro y la sustitución de regímenes y sus símbolos, al tiempo que aumentan ataques a un arte que se abre a nuevas formas comerciales. La recopilación bibliográfica continua con el revisionismo de los años 90, los estudios sobre Oriente y África, y la antropología que alimentan las visiones histórico-psicológicas del siglo XXI. El último jalón, la guerra de Irak, por fin evidencia la dificultad de controlar las imágenes a una “nueva ola” de investigaciones.

En el primer capítulo, *Iconoclasia*, original de la edición, se recopilan cuestiones centrales del estudio: censura, encarnación, género, reproducción, destrucción creativa, implicaciones históricas, teológicas, políticas y psicológicas de estas facetas de la iconoclasia, y sus motivaciones y pretextos.

Se parte de la revuelta protestante de 1566¹. Los factores que conducen a la iconoclasia ligada a este evento político y religioso se esquematizan en los binomios idolatría-figuración y encarnación-carnalidad de la imagen, desenterrando las raíces cristianas de los argumentos reformistas, desde la moderación de Erasmo al extremo de Calvino (irrepresentabilidad de lo inmaterial, concupiscencia de la materialidad y obstrucción de la imagen a la devoción que debe rendirse al prototipo). Al detallar los medios de difusión de estas teorías, los sucesos iconoclastas se relacionan con los sermones: bajo pretexto del abuso católico a las imágenes, cuando se trata de independizar Países Bajos del gobierno español, los predicadores alientan a la “purificación” de las iglesias para adecuarlas al culto protestante. Se trata también la postura contraria, la manera en que, en el Concilio de Trento, se unifican los argumentos católicos reafirmando también principios medievales (encarnación, transferencia al prototipo de la devoción al signo, y legitimidad del culto gregoriano) con los que se defiende una imagen didáctica, moralizante y memorativa. El lazo del arte y la acción social se hace patente en un análisis de monumentos y obras de reproducción implicadas en el debate teórico y en los acontecimientos políticos, dando como resultado una sutil relación dialéctica entre Catholicismo y Reforma. El campo de estudio es rico en matices y paradojas. Los efectos de este breve periodo iconoclasta, según Freedberg, fueron permanentes, y positivos a corto plazo: pese al haber erradicado la figuración en las iglesias, el protestantismo abrió una posibilidad de innovación artística inexplorada hasta entonces.

1. Se estudia en el capítulo 2, *Arte e iconoclasia. 1525-1580: El caso de los Países Bajos del Norte*, ensayo para la exposición de 1986, *Kunst voor de Beeldenstorm. Noordnederlandse Kunst 1525-1580* en el Rijksmuseum.

El historiador define la iconoclasia en la Reforma como expresión social de ruptura con el poder político y religioso bajo pretexto teológico, pero este no es el único contexto. En la iconoclasia ideológica de la Revolución Francesa, el argumento teológico es secundario. Entonces se destruyen y musealizan imágenes del antiguo régimen; conservarlas -según el autor- es usurpar el pasado, y destruirlas conlleva dejar huella visual del acto. Al derribo fotografiado de la estatua de Napoleón siguen las de líderes rusos, la persecución y musealización nazi, ataques a efigies de Saddam Hussein y retratos en la Primavera Árabe que suman el factor de la tendencia no-figurativa islámica y enfatizan la creencia en la vida de la imagen que subrayan recientes episodios africanos. De esta diversidad contextual de la iconoclasia se extrae una clasificación de estereotipos, “motivos de la destrucción” que ejemplifican los grabados de Heemskerck: orinar en estatuas, derribarlas con cuerdas, dañar sus ojos, boca, rostros... El método reduccionista a cambio evidencia similitudes persistentes de formas de acción sujetas -según Freedberg- a condiciones biológicas y a la difusión artística de formas evocadoras de emoción, que dan pie a implicaciones psicológicas: el ataque al cuerpo representado se percibe sobre el propio -apunta el historiador- y esta “empatía” hace efectivo el daño iconoclasta. Se reconoce que el fenómeno no se cierra en categorías ni se explica sólo como fusión de factores históricos, teológicos, políticos, biológicos o psicológicos, en relación con la persona o idea representada y la creencia en la vida de la imagen; si bien la encarnación, ese dogma ligado a la ilusión de fusión de imagen y prototipo vivo, es central en el estudio.

Con el análisis de la censura -antesala de la iconoclasia donde se pretende anular la legitimidad de una persona o idea- se descubre el engranaje de sentimientos opuestos: el *deseo* por el cuerpo representado o la imagen del cuerpo se percibe peligroso y es contestado con un *odio* que puede diagnosticarse patológico o monopolizarse. Ese deseo de control del *poder de las imágenes* se relaciona con la ansiedad que produce su sensualidad y aumenta con su reproducción a la par que se multiplican también los ataques a lo que representan y a esas respuestas mismas. Así Freedberg explica cómo en la historia de las religiones, la censura administra la información y de paso evidencia el miedo al cuerpo en la imagen.

La encarnación también se señala como motor de iconoclasia de guerra, o paz capitalista, en contextos que promueven destrucciones poco selectivas o estratégicas a gran escala, expolios con los que se trata de anular la legitimidad de una cultura, borrar historia y lucrarse. Ello contrasta con una iconoclasia individual, aislada, no organizada ni debida a opinión pública, que no muestra síntomas de comportamiento normal, pero indica lo normalizado del deseo, de la ilusión de vida en la imagen y la respuesta de odio que trata de romperla. La dialéctica de estos actos individuales y colectivos es, para Freedberg, el latido del asunto, y aunque los primeros no puedan categorizarse, el esquema de sus generalidades resulta revelador²:

2. Estas motivaciones recurrentes se tratan en *Los iconoclastas y sus motivos*, capítulo 3 del libro, publicado en el Second Horst Gerson Memorial Lecture en la Universidad de Groningen en 1985, en relación con el proyecto *Art, Humanities, and Neuroscience* de la Italian Academy for Advanced Studies en Columbia, iniciado en 2001.

Se recopilan varios casos del siglo XX. Entre ellos, los ataques a la *Ronda nocturna* de Rembrandt demuestran que el atacante suele percibirse como marginal, social o psicológico; el rasgado a la *Venus del Espejo* de Velázquez bajo pretexto feminista se descubre movido por el sentimiento radical de la ofensa moral de la imagen; el caso de la *Adoración al Becerro* de Poussin es ejemplo de “memoria popular” de iconografía que puede subyacer a una elección moralista; y la justificación del atacante al retrato de la Princesa de Gales en la Galería Nacional - pretendía visibilizar la causa irlandesa en Londres sin ejercer violencia a la persona- denota la posibilidad de pensar contra la anulación de la diferencia entre imagen y prototipo. Esta iconoclasia denota una búsqueda de atención, de publicidad, articulando patología, arte y dinero que entra en juego a través del énfasis sensacionalista de la prensa en el valor de la obra. Y, de nuevo, el fenómeno empieza y termina con el pensamiento simbólico: el ataque a la materialidad del signo desvela que la fusión de significante y significado que mueve el acto es ilusoria. Ni la explicación teológica ni la noción de magia acaban de dar razón de la iconoclasia. Hasta dónde importan las “pasiones primitivas”, es otro interrogante que queda abierto.

La relación publicidad-dinero reaparece en el análisis del caso iconoclasta en Sudáfrica, junto a la combinación de medios de reproducción, política, género, pornografía, raza e iconofobia³. Este episodio espectacular de iconoclasia derivado de la censura -o viceversa- se narra a modo de autobiografía y aplicando la teoría de la *imagen infamante* de Ortalli a un estudio sociopsicológico. Freedberg fue invitado por el Instituto de Estudios Avanzados de Stellenbosch en 2012 a impartir una conferencia (*Iconoclasm, Past and Present*) con motivo de una exposición callejera de esculturas que suscitó que fuesen atacadas bajo pretexto de que el arte debe guardarse en el museo y que las instituciones requieren permiso ciudadano para sacarlas al espacio público. En aquel tiempo Brett Murray había pintado al presidente Jacob Zuma -hacia poco acusado de violación- con el pene desnudo y alusiones al brazo militar del partido gobernante, el CNA, que aprovechó la ofensa para reforzarse. Con el argumento de que la sátira sexual afirmaba prejuicios raciales, la obra fue convertida en instrumento ideológico, cuando las reivindicaciones de género entraban en conflicto con la política del país. Mientras Freedberg daba la conferencia, el retrato fue atacado. La justificación esta vez era que dañar el símbolo ofensivo es defender a la persona, y que la pornografía no es arte. La censura que desató el caso, para el historiador, denota reconocimiento del poder de una obra que aumenta con su carácter derivado y reproducible.

Llevando el estudio a los medios digitales se reinterpreta la *pérdida del aura* benjaminiana, la atenuación del poder de las imágenes debido a una reproducción que conduce a su fetichización. La guerra de Irak y el nacimiento de los *selfies* con las fotos de las torturas de Abu Ghraib desata un consumo visual frenético, transmisión y producción instantáneas con “prótesis oculares”, “extensiones del aparato corporal”, como el teléfono móvil, que provocan

3. En el capítulo 4, *De la difamación a la mutilación: razón de estado y políticas de género en Sudáfrica*, publicado en inglés en *Images of Shame: Infamy, Defamation and the Ethics of oeconomia* en 2016 con versión anterior en la revista *Art South Africa* en 2012.

ansiedad por el control de imágenes con una “nueva forma de aura”. La virtualidad sigue implicando corporalidad y creencia en el poder de imágenes imborrables en tanto reproducibles. Freedberg parte de Settis para comparar estos fenómenos con la *damnatio memoiae* que requería conservar las huellas visuales de una destrucción que, además, puede convertirse en nuevo objeto de censura: Las fotografías públicas del derribo de la estatua de Saddam en Bagdad ocultan los encuadres originales, donde aparecen los marines estadounidenses supervisando el acto; el propio historiador, engañado por estas publicaciones, denuncia la “falta de credibilidad” de las imágenes, y su autocrítica nos sugiere los riesgos de caer también en la credibilidad de la historiografía.

Otra de las cuestiones que sobresalen en el libro es la pregunta acerca del surgimiento contemporáneo de una “estética de la destrucción”. El ejemplo, de nuevo, es el caso sudafricano que partía de la musealización callejera de Stellenbosch implicando el debate sobre cuál es el lugar del arte y quién tiene derecho a decidirlo. ¿Hay algún criterio incontestable que determine que una obra sea o no sea arte? Freedberg reconoce que no escapó al conato de “filisteísmo” al pensar -dice- que la destrucción no puede ser creativa, y así hace un repaso por la obra de artistas que, desde los años 50, han empleado gestos de destrucción como manera de creación en una especie de inversión de los efectos iconoclastas. A veces esto ni siquiera depende del artista, sino de la institucionalización de la obra o el equivalente de su interés ideológico y mercantil. El valor económico o social de una obra suele aumentar al ser objeto de iconoclasia, y el mismo acto de dañarla puede rentabilizarse como “extensión creativa”.

Ante estas observaciones cabe preguntarse si el fenómeno contemporáneo puede seguir llamándose iconoclasia, o acaso la iconoclasia desde el principio no debiera definirse como destrucción, pues dichos gestos ‘destructivos’ del arte conceptual anulan la negación -la acción de la destrucción- convirtiéndola en faceta positiva de la creación. En este sentido la investigación de Freedberg se adentra en el meollo del asunto, aun reconociendo que el pensar que los gestos creativos y destructivos son *la misma cara* de la moneda, es la moda. Si la iconoclastia y la idea de creación de imágenes han estado siempre ligadas -recordemos la huella visual que requiere dejar constancia de un acto iconoclasta para asegurar su función ideológica o religiosa-, podemos dudar también de la posibilidad de aislar y definir el fenómeno como pura destrucción de imágenes. Si la testificación del gesto material de la destrucción iconoclasta es necesaria para su efectividad, ¿qué es la iconoclasia, sino un modo de hacer imágenes de otras imágenes? En cualquier caso, el tema nos “devuelve” a la función de lo manual y material, dice el autor, en un momento en que la reflexión artística debe esforzarse para no ser llevada por una idea de progreso que blande lo virtual y conceptual. La teoría de la respuesta permite abordar la corporalidad de los gestos conceptuales, y por eso -dice Freedberg- es importante pensar la iconoclasia desde la historia del arte: ¿qué papel tiene el arte en la vida?

El último capítulo del libro, *Haciendo y destruyendo imágenes. La iconoclasia en la era de la reproducción digital*, también original del volumen, deja abiertos los problemas de la relación de las imágenes y las personas al abordar la situación actual de la cultura a partir de las producciones visuales del ISIS: grupos iconoclastas que necesitan imágenes y las destruyen demostrándose que tienen vida -asevera el historiador- a la vez que redu-

cen a las personas a condición de imágenes que destruyen del mismo modo. El elocuente paralelismo del gatillo y el botón de la cámara no es menos inquietante que el maridaje de iconoclasia y asesinato que detecta Freedberg en una cultura donde representación y realidad se confunden; defiende que el cuerpo sigue implicado en la iconoclasia a pesar de la “creencia” de que las obras, conceptuales o digitalizadas, son inertes, al tratarse de reacciones a una percepción de realidad -nos aclara-, y la imagen, como ha argumentado la antropología, toma forma en nuestro cuerpo, en nuestra mente. El proyecto del historiador profundiza en el asunto desde la neurociencia.

Podemos comprender y hasta compartir el rechazo a imágenes de líderes -nos dice el profesor Freedberg- al lucro y dispendio en el arte, incluso a su simplicidad; pero en tanto practicantes de una ciencia que históricamente aboga por la conservación de lo bello y el testimonio del pasado, ante la destrucción de las obras -continúa- hay que vencer a la “subjetividad”. Aún sin imágenes materiales conservadas, el análisis de respuestas iconoclastas obliga a considerar factores políticos, económicos, religiosos; la labor requiere de un gran bagaje y capacidad de profundización sociopsicológica. El método y objeto de estudio pueden parecer inadecuados a quienes abogan por la conservación y los “sentimientos nobles” que despierta el arte. Pero la propia metodología transversal se pone a prueba en el libro: no está libre de la necesidad clasificadora de la investigación de casos concretos en la cuerda floja del reduccionismo. “Uno no puede comprender las particularidades de los fenómenos y el contexto a menos que se formulen primero y se reconozcan los aspectos comunes subyacentes -o aparentemente latentes en ellos- a fin de evaluar hasta qué punto son susceptibles de modificación por las especificidades del contexto”. En conclusión, diremos que con esta obra se apunta al corazón de la idea de arte, a la relación entre la obra y su audiencia teniendo en cuenta factores históricos y biológicos, y lo que es más crucial para filósofos e historiadores: cuestiona la legitimidad de la autoridad del juicio que establece qué es y cómo debe reaccionarse ante el arte.



LA TRASCENDENCIA DE REINHART KOSELLECK

La obra del historiador y pensador Reinhart Koselleck (1920-2006) encuentra cada vez más resonancia, y desvela claves para interpretar la modernidad y el tiempo presente. Este número, *Koselleck y la configuración del mundo moderno*, ofrece una monografía dedicada expresamente a su figura. Especialistas de España, Alemania y Francia contribuyen a una exposición rigurosa de su pensamiento, exponen su trascendencia para comprender el significado de la Moderni-

dad y para discutir la crisis del proyecto europeo en un mundo de globalizado a partir de su metodología de historia conceptual, su pensamiento político y su teoría de los tiempos históricos. Se revela una historiografía genuina del discurso histórico-político en el que los cambios en el valor político de los conceptos y del vocabulario político-social, con todas sus tensiones, parecen ser testigo de la consolidación, el triunfo y las crisis de la Modernidad.